JEAN-MICHEL PETOT

MELANIE KLEIN

VOL. 1

PRIMEROS DESCUBRIMIENTOS
Y PRIMER SISTEMA
1919-1932

PAIDÓS

Jean-Michel Petot

MELANIE KLEIN

PRIMEROS DESCUBRIMIENTOS Y PRIMER SISTEMA (1919-1932)

Traducción del francés de Adolfo Negroto
Revisión técnica de Margarita Moya Daumas
y Jaime del Palacio

PAIDÓS

CONTENIDO

OBRAS DE MELANIE KLEIN

NOTA DE LOS REVISORES

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

PREFACIO

1. GÉNESIS Y SURGIMIENTO DE LA VOCACIÓN PSICOANALÍTICA DE MELANIE KLEIN
INFANCIA Y JUVENTUD DE MELANIE KLEIN

1. Su encuentro con el psicoanálisis
2. La estancia en Berlín

LA EDUCACIÓN PSICOANALÍTICA DE FRITZ-ERICH

1. La cuestión de la identidad del pequeño Fritz
2. Los objetivos pedagógicos iniciales de Melanie Klein
3. El desarrollo de Fritz-Erich antes de 1919
4. La fase inicial de educación sexual
5. El segundo período de educación psicoanalítica
6. El tercer período y el primer análisis
7. El cuarto período y el segundo análisis
8. Las enseñanzas que dejaron la educación y el análisis de Erich

2. EL SISTEMA PROTOKLEINIANO

1. El psicoanálisis de Félix (1921-1924)
2. Los elementos teóricos implícitos del enfoque clínico de Melanie Klein antes de 1923
3. El lugar de la inhibición en el proceso defensivo
4. La génesis de las sublimaciones primarias y el sistema protokleiniano
5. Lo normal y lo patológico en el sistema protokleiniano
6. El lugar que ocupa el sistema protokleiniano en la obra kleiniana

3. EL DESCUBRIMIENTO DE LA TÉCNICA DEL JUEGO Y SUS CONSECUENCIAS

1. El nuevo estilo de la creatividad de Melanie Klein
2. El psicoanálisis de Rita
3. El descubrimiento de la técnica del juego
4. Un precursor de la concepción kleiniana del juego: Sigmund Pfeifer
5. El empleo del juego en el tratamiento educativo y curativo de H. von Hug-Hellmuth
6. La originalidad de la invención kleiniana de la técnica del juego
7. La originalidad de la técnica kleiniana de interpretación
8. Surgimiento de la teoría kleiniana de la transferencia
9. Las enseñanzas teóricas del análisis de Rita. De la angustia a la culpabilidad edípica
10. El descubrimiento de las fantasías sádicas pregenitales
11. Sadismo y superyó arcaico
12. El complejo de Edipo arcaico de la niña
13. El complejo de Edipo arcaico del varón

4. DEL APOGEO DEL SADISMO A LOS MECANISMOS DE REPARACIÓN

1. Los primeros años londinenses de Melanie Klein
2. La teoría del desarrollo
3. La psicosis infantil
4. Proyección, escisión, introyección
5. El descubrimiento de los mecanismos de reparación

NOTAS

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

ÍNDICE ANALÍTICO

Acerca del autor

Créditos

A Jacqueline Lenoir

OBRAS DE MELANIE KLEIN

Desde la década de 1940, los trabajos de Melanie Klein fueron traducidos al español y publicados en diversas editoriales argentinas. En los años sesenta, Editorial Paidós emprendió la publicación de las *Obras completas* de Melanie Klein, en seis volúmenes. A partir de 1975, Roger Money-Kyrle reunió las obras de la autora bajo el título general de *The Writings of Melanie Klein* [WMK], en cuatro volúmenes que fueron publicados por The Free Press (Simon and Schuster). En 1990, Paidós adoptó la pauta de las WMK.

En 2009, Harry Karnac publicó *Melanie Klein and Beyond. A Bibliography of Primary and Secondary Sources.* Empleamos el invaluable trabajo de Karnac para referir las fuentes primarias y remitirlas a la más reciente edición de las *Obras completas* de Melanie Klein en Paidós. Las referencias (OC) y la paginación corresponden a esta última colección.

OC I *Amor, culpa y reparación y otras obras*, 1921-1945
WMK I *Love, Guilt and Reparation and other Works*, 1921-1945

OC II *El psicoanálisis de niños*, 1975
WMK II *The Psychoanalysis of Children*, 1975

OC III *Envidia y gratitud y otras obras*, 1946-1963
WMK III *Envy and Gratitude and other Works*, 1946-1963

OC IV *Retrato del psicoanálisis de un niño*, 1961
WMK IV *Narrative of Children Analysis*, 1961

1920	"La novela familiar en *statu nascendi*" "Der Familienroman in Statu Nascendi", *Internazionale Zeitschrift für Psychoanalyse*, 6: 151-154	
1921	"El desarrollo de un niño" "Eine Kinderentwicklung", *Imago*, 7: 251-309 [ver también 1923a]	OC I 15-65
1922	"Inhibiciones y dificultades en la pubertad"	OC I

	"Hemmungen und Schwierigkeiten im Pubertätsalter", *Die Neue Erziehung,* 4	66-70
1923**a**	"El desarrollo de un niño" "The Development of a Child", *International Journal of Psychoanalysis,* 4 (1923): 419-474 [también en 1948a: 13-67; ver también 1921]	OC I 15-65
1923**b**	"El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño" "Die Rolle der Schule in der libidinöse Entwicklung des Kindes", *Internazionale Zeitschrift für die Psychoanalyse*, 9: 323-344 [ver también 1924]	OC I 71-87
1923**c**	"Análisis infantil" "Zur Frühanalyse", *Imago* 9: 222-259 [ver también 1926a]	OC I 88-11 5
1924	"El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño" "The Rôle of the School in the Libidinal Development of the Child", *International Journal of Psychoanalysis*, 5: 312-331 [también en 1948a: 68-86; ver también 1923b]	OC I 71-87
1925**a**	"Una contribución a la psicogénesis de los tics" "Zur Genese des Tics", *Internazionale Zeitschrift für Psychoanalyse*, 11 [ver también 1925b]	OC I 116-136
1925**b**	"Una contribución a la psicogénesis de los tics" "A Contribution to the Psychogenesis of Tics" [también en 1948a: 87-116; ver también 1925a]	OC I 116-136
1926**a**	"Análisis infantil" "Infant Analysis", *International Journal of Psychoanalysis*, 7: 31-63 [ver también 1923c]	OC I 88-115
1926**b**	"Principios psicológicos del análisis infantil" "Die Psychologischen Grundlagen der Frühenalyse", *Imago* 12: 371-373 [ver también 1927a]	OC I 137-147
1926**c**	"Estadios tempranos del conflicto edípico" "Frühstadien des Ödipuskonfliktes", *Internazionale Zeitschrift für Psychoanalyse*, 12: 65-77 [ver también 1928a]	OC I 193-204
1927**a**	"Los principios psicológicos del análisis infantil" "The Psychological Principles of Infant Analysis", *International Journal of Psychoanalysis*, 8: 25-37 [ver también 1926b y 1948a: 140-151]. Publicado en WMK como "The Psychological Principles of Early Analysis"	OC I 137-147

1927**b**	"Simposium sobre análisis infantil" "Symposium on Child Analysis", *International Journal of Psychoanalysis*, 8: 339-370 [también en 1948a: 152-184, y en Hinshelwood, R.D. (ed.), *Influential Papers from 1920's*, Londres, Karnac, 2004: 39-72]	OC I 148-177
1927**c**	"Tendencias criminales en niños normales" "Criminal Tendencies in Normal Children", *British Journal of Medical Psychology*, 7: 177-192 [también en 1948a: 185-201]	OC I 178-192
1927**d**	"La importancia de las palabras en el análisis temprano" "The Importance of Words in Early Analysis"	OC III 321 WMK III 314
1928**a**	"Estadios tempranos del conflicto edípico" "Early Stages of the Œdipal Conflict", *Journal of Psychoanalysis*, 9: 167-180 [ver también 1926c; también en 1948a: 204-214]	OC I 193-204
1928**b**	"Nota sobre 'Un sueño de interés forense'" [Nota sobre "Estadios tempranos del conflicto edípico"] "Note on 'A Dream of Forensic Interest'", *International Journal of Psychoanalysis*, 9: 247-255	OC III 322-324
1929**a**	"La personificación en el juego de los niños" "Personification in the Play of Children", *International Journal of Psychoanalysis*, 10: 193-204 [también en 1948a: 215-226]	OC I 205-215
1929**b**	"Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador" "Infantile Anxiety Situation Reflected in a Work of Art and in the Creative Impulse", *International Journal of Psychoanalysis*, 10: 436-443 [también en 1948a: 227-235]	OC I 216-223
1929**c**	"Deducciones teóricas de un análisis de demencia precoz en la primera infancia" "Theoretical Deductions from an Analysis of Dementia Præcox in Early Infancy"	OC III 324
1930**a**	"La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo" "The importance of Symbol-Formation in the Development of the Ego", *International Journal of Psychoanalysis*, 11: 24-39 [ver también 1948a: 236-250]	OC I 224-237
1930**b**	"La psicoterapia de las psicosis" "The Psychotherapy of the Psychoses", *British Journal of Medical*	OC I 238-240

	Psychology, 10: 242-244 [también en 1948a: 251-253]	
1931	"Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual" "A Contribution to the Theory of Intellectual Inhibition", *International Journal of Psychoanalysis*, 12: 206-218 [también en 1948a: 254-266]	OC I 241-252
1932	El psicoanálisis de niños *The Psychoanalysis of Children*, Londres, Hogarth [ver también 1975]	OC II
1933**a**	"El desarrollo temprano de la conciencia en el niño" "The Early Development of Conscience in the Child" [en Lorand, S. (ed.), *Psychoanalysis Today*, Nueva York, Covici-Friede, pp. 149-162] [también en 1948a: 267-277]	OC I 253-262
1933**b**	"Crítica de *Woman's Periodicity* de Mary Chadwick "Review of *Woman's Periodicity* de Mary Chadwick" [Londres, Noel Douglas, 1933]	OC III 324-325
1934	"Sobre la criminalidad" "Criminality (On)", *British Journal of Medical Psychology*, 14: 312-315 [también en 1948a: 278-281]	OC I 263-266
1935	"Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos" "A Contribution to the Psychogenesis of Manic-Depressive States", *International Journal of Psychoanalysis*, 16: 145-174 [también en 1948a: 282-310]	OC I 267-295
1937**a**	"El destete" "Weaning", en Rickman, J. (ed.), *On the Bringing Up of Children*, Londres, Kegan Paul, 1937	OC I 296-309
1937**b**	*Amor, odio y reparación* (con Joan Riviere) *Love, Hate and Reparation*, con Joan Riviere, Londres, Hogarth, 1937	OC V*
1937**c**	"Amor, culpa y reparación" *Love, Guilt and Reparation*, [también en Klein, M. y J. Riviere, (1937b): 57-119]	OC I 310-345
1940	"El duelo y su relación con los estados maníacodepresivos" "Mourning and its Relation to Manic-Depressive States", *International Journal of Psychoanalysis*, 21: 125-153 [también en 1948a: 311-338]	OC I 346-371
1941	"On Reassurance" [Sobre la tranquilidad] (Trabajo inédito en los Archivos Melanie Klein, en Wellcome Institute). Publicado en versión alemana en C. Frank, *Luzifer Amor*, 18 (36): 23-41 (2005)	
		OC III

1942	"Algunas consideraciones psicológicas. Un comentario" "Some Psychological Considerations: A Comment" [en C. H. Waddington (ed.), *Science and Ethics*, Londres, Allen and Unwin, 1942	325-328
1944	"La vida emocional y el desarrollo del yo del niño, con especial referencia a la posición depresiva" "The Emotional Life and Ego-Development of the Infant with Special Reference to the Depressive Position", en P. H. King y R. Steiner (eds.), *Las controversias Anna Freud-Melanie Klein (1941-1945)*, Madrid, Síntesis, 665-700]	
1945	"El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas" "The Œdipus Complex in the Light of Early Anxieties", *International Journal of Psychoanalysis*, 26: 11-33 [también en 1948a: 3 39-3 90 y en J. Steiner (ed.), *The Oedipus Complex Today: Clinical Implications*, Londres, Karnac, 1989: 11-82]	OC I 372-421
1946	"Notas sobre algunos mecanismos esquizoides" "Notes on Some Schizoid Mechanisms", *International Journal of Psychoanalysis*, 27: 99-110 [también en M. Klein (*et al.*), 1952a: 292-3 20 y en Hinshelwood, R.D. (ed.), *Influential Papers from the 1940 's*, Londres, Karnac, 2005: 337-364]	OC III 10-33
1948**a**	*Contribuciones al psicoanálisis*, Buenos Aires, Hormé, 1964 *Contributions to Psychoanalysis*, 1921-1945, Londres, Hogarth, 1948	OC I**
1948**b**	"Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa" "Contribution to the Theory of Anxiety and Guilt", *International Journal of Psychoanalysis*, 29: 114-123. Publicado como "On Theory of Anxiety and Guilt" [también en M. Klein *et al*. (1952a): 271-291]	OC III 34-51
1950**a**	"Sobre los criterios para la terminación de un psicoanálisis" "On the Criteria for the Termination of a Psychoanalysis", *International Journal of Psychoanalysis*, 31: 78-80	OC III 52-56
1950**b**	"Sobre los criterios para la terminación de un análisis" (Nota aclaratoria) "On the Criteria for the Termination of an Analysis", *International Journal of Psychoanalysis*, 31: 204	OC III 333
1952**a**	(*et al.*) *Desarrollos en psicoanálisis*, Buenos Aires, Lumen Hormé, 2003 *** *Developments in Psychoanalysis*, con P. Heimann, S. Isaacs y J. Riviere, Londres, Hogarth, 1952	
1952**b**	"Los orígenes de la transferencia"	OC III

	"The Origins of Transference", *International Journal of Psychoanalysis*, 33: 433-438	57-65
1952**c**	"La influencia mutua en el desarrollo del yo y el ello" "The Mutual Influences in the Development of Ego and Id", *Psychoanalytic Study of the Child*, 7: 51-68	OC III 66-69
1952**d**	"Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé" "Some Theoretical Conclusions Regarding the Emotional Life of the Infant" [M. Klein (*et al*.) 1952a: 198-236]	OC III 70-101
1952**e**	"Observando la conducta de bebés" "On Observing the Behaviour of Young Infants" [M. Klein (*et al*.) 1952a: 237-270]	OC III 102-128
1952**f**	Prólogo a la segunda edición Preface to 2 nd ed.: Rickman, J. (ed.), *On the Bringing up of Children*, Londres, Kegan Paul, 1937, p. xvii	
1955**a**	(*et al*.) *Nuevas direcciones en psicoanálisis: La significación del conflicto infantil en la pauta de la conducta adulta*, Buenos Aires, Paidós, 1972 *New Directions in Psychoanalysis: The Significance of Infant Conflict in the Pattern of Adult Behaviour*, con P. Heimann y R. Money-Kyrle, Londres, Tavistock, 1955	
1955**b**	"La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado" "The Psychoanalytic Play Technique: Its History and Significance" [en M. Klein, P. Heimann y R.E. Money-Kyrle, 1955a: 1-22]	OC III 129-146
1955**c**	"Sobre la identificación" "On Identification" [en M. Klein, P. Heimann y R.E. Money-Kyrle, 1995a: 309-3 45. También en 1963a: 5 5-98]	OC III 147-180
1956	"Un estudio sobre la envidia y la gratitud" "A Study of Envy and Gratitude" [Conferencia ante la Sociedad Psicoanalítica Británica, posteriormente ampliada como libro (1957). J. Mitchell (ed.), *The Selected Melanie Klein*, Londres, Hogarth, 1986: 211-229]	
1957	"Envidia y gratitud" *Envy and Gratitude: A Study of Unconscious Sources*, Londres, Tavistock, 1957	OC III 181-240
1958	"Sobre el desarrollo del funcionamiento mental"	OC III 241-

	"On the Development of Mental Functioning", *International Journal of Psychoanalysis*, 39: 84-90	250
1959	"Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia" "Our Adult World and its Roots in Infancy", *Human Relations* 12: 291-303 [también en 1963a: 1-22]	OC III 251-267
1960**a**	"Una nota sobre la depresión en el esquizofrénico" "A Note on Depression in the Schizophrenic", *International Journal of Psychoanalysis*, 41: 509-511	OC III 268-271
1960**b**	"Sobre la salud mental" "On Mental Health", *British Journal of Medical Psychology*, 33: 237-241	OC III 272-278
1961	*Relato del psicoanálisis de un niño. La conducción del psicoanálisis infantil ilustrada con el tratamiento de un niño de diez años* *Narrative of a Child Analysis: The Conduct of the Psychoanalysis, of Children as Seen in the Treatment of a Ten-Year-Old Boy*, Londres, Hogarth, 1961	OC IV
1963**a**	(ed.) *Nuestro mundo adulto y otros ensayos* *Our Adult World an Other Essays*, Londres, Heinemann Medical, 1963	
1963**b**	"Algunas reflexiones sobre la *Orestiada*" "Some Reflections on the *Oresteia*" [también en 1963a: 23-54]	OC III 279-305
1963**c**	"Sobre el sentimiento de soledad" "On the Sense of Loneliness" [también en 1963a: 99-116]	OC III 306-320
1975	*El psicoanálisis de niños* *The Psychoanalysis of Children* (nueva edición revisada por H. A. Thorner, en colaboración con Alix Strachey), Londres, Hogarth, 1975 [véase también 1932]	OC II

Notas al pie

* La edición de Paidós de las *Obras completas* de Melanie Klein se publicó inicialmente en seis volúmenes; en el VI se incluían trabajos de sus colaboradores y otros artículos.

** Los trabajos publicados en este libro están contenidos en el volumen I de las *Obras completas*.

*** La publicación de Lumen Hormé no recoge todos los trabajos de la edición inglesa.

NOTA DE LOS REVISORES

Francia, el país más freudiano del mundo, carece de una edición "standard" de la obra de Freud. La de Presses Universitaires de France, que esperaba serlo, ha sido descalificada y está aún incompleta. Y, sin embargo, los traductores franceses de Freud se cuentan entre los psicoanalistas más prestigiados del mundo. Con Melanie Klein, menos estudiada en Francia, no ha habido siquiera un intento de verter las obras completas en ese idioma, aun cuando mucho de su trabajo está traducido y, como en el caso de Freud, los traductores son eminencias de la talla de Daniel Lagache, Margarite Derrida, Marcelle Spira, Françoise y Jean Baptiste Boulanger…

Para bien *y* para mal, en español contamos con dos versiones confiables de la obra de Freud: la que inició heroicamente Luis López Ballesteros en la década de 1920 por instigación de Ortega y Gasset, y la de José L. Etchaberry publicada por Amorrortu, que sigue al pie de la letra la *Standard Edition* de James Strachey.

Muy tempranamente los psicoanalistas argentinos iniciaron, con Arminda Aberastury, la traducción de toda la obra de Melanie Klein con igual heroísmo. Lo hicieron muchas veces al ritmo en que ella misma la producía. Cuando en los años setenta la editorial Paidós decidió seguir la pauta señalada por Roger Money-Kyrle, el editor de los *Writings of Melanie Klein*, el trabajo estaba hecho.

Jean-Michel Petot leyó a Klein en inglés, en francés y en alemán y en los dos volúmenes de su obra la cita de las tres fuentes, lo que nos obligó al trabajo laborioso de remitir todas las citas, que son muy abundantes (el trabajo de Petot es probatorio), a la versión española de Paidós. Otro tanto ocurrió con las citas de Freud a la versión de Amorrortu. Así pues, el lector podrá remitirse al volumen y a la página correspondientes en las versiones en español sin tener que saltar entre distintas ediciones.

Gracias a la investigación bibliográfica de Harry Karnac es posible ahora datar cada uno de los trabajos kleinianos y conocer su fuente. En la edición de la obra del doctor Petot pudimos, entonces, remitir al lector no solo a la edición de Paidós, sino al catálogo definitivo de la obra de Melanie Klein que figura en las primeras páginas de los dos volúmenes de esta edición.

El primer volumen de la obra de J.-Michel Petot, *Melanie Klein. Primeros descubrimientos y primer sistema (1919-1932)*, apareció en Paidós en 1982 y fue vertido por Adolfo Negrotto, uno de los traductores de las *Obras completas de Melanie Klein*. La versión que ahora se presenta está revisada minuciosamente y adicionada con

los criterios bibliográficos mencionados.

En la Bibliografía General consignamos las obras citadas por J.-M. Petot en su traducción más reciente al español.

Algunas precisiones. En la terminología kleiniana hay problemas de traducción irreductibles. Es el caso de lo que Freud quiere significar por *Spaltung*, es decir, el hecho de que el hombre se divide con respecto de sí mismo, y que en español se ha traducido como *disociación, clivaje, escisión*… El concepto es central en la teoría kleiniana. Klein misma manifestó su preferencia por *clivage* cuando discutió el problema con sus traductores franceses, tal vez por esa razón se adoptó *clivaje*; sin embargo, el vocablo nunca acabó por adquirir carta de naturalización en español y terminó desechándose. Nosotros tradujimos siempre *escisión*.

Melanie Klein escribió "bueno" y "malo", entrecomillados, para subrayar el matiz teórico de los conceptos. Aquí prescindimos de las comillas en todos los casos (ella misma no fue consistente en su uso): hoy, todo lector mínimamente informado entiende la peculiaridad de esos términos.

Finalmente, tanto el autor como los revisores deseamos manifestar nuestra gratitud por el entusiasmo y la calidad profesional de Ixchel Barrera, editora de Paidós. Es rigurosamente correcto decir que sin su participación la publicación de estos dos volúmenes en español habría sido imposible.

INTRODUCCIÓN
A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL*

JAIME DEL PALACIO
MARGARITA MOYA DAUMAS

Wittgenstein observó que la queja de Freud frente a las reservas que el psicoanálisis despertaba lo hacía olvidar la fascinación con que sus ideas eran recibidas. Es cierta la fascinación, y el propio Wittgenstein la sufrió, pero también lo es la convicción melancólica de Freud: a sus 80 años no olvidaba las interminables agresiones de las que fue objeto al principio, y prefiguraba la violencia de sus enemigos de hoy: "Sé que en realidad la actitud hacia mí y hacia mi obra es tan poco amistosa como hace veinte años –escribía en 1938 a Marie Bonaparte–. Tampoco deseo ya que cambien las cosas; no quiero ningún 'final feliz' como en el cine". Sus biógrafos suelen recoger los muchos incidentes de acoso: se le tildó de perverso en los círculos médicos vieneses; se impidió la publicación de su obra en las revistas científicas de la época; se le despreció por judío. Vilipendiado y hostigado en sus presentaciones públicas, en una ocasión uno de los participantes golpeó sobre la mesa: "¡Este no es un asunto para una discusión en una reunión científica –gritó–; es un problema para la policía!". ¿Y el gran Karl Kraus no dijo del psicoanálisis que es la enfermedad que pretende curar?

A pesar de todo, el freudismo cundió por el mundo occidental como un nuevo evangelio aunque su encanto estuviera siempre acompañado de un número de detractores que no hicieron sino crecer a lo largo del siglo. Los más feroces de entre ellos lo dieron por muerto y publicaron el obituario en el año 2000, en ocasión del centenario de la aparición de *La interpretación de los sueños*. El difunto debía ser sepultado en el cementerio de las ideas olvidadas, preferentemente al lado de Marx.

A lo largo de su corta vida el psicoanálisis ha sido descalificado desde el punto de vista epistemológico (pseudociencia, falsedad), empírico (no es contrastable) y pragmático (no cura). Las teorías del constructivismo social critican su sordera frente a las contingencias socioculturales y lo tildan de normalizador, esencialista, naturalista y reaccionario. La filosofía de la mente lo acusa de cartesiano, de postular objetos internos, pseudoexplicaciones por disposiciones biológicas; describir homúnculos, confundir razones y causas.

A finales del siglo XX, pues, el psicoanálisis pudo considerarse anticuado desde tres perspectivas: *1)* la del conocimiento científico, en la cual el modelo cognitivo-

neurobiológico de la mente supone superar al freudiano (y al psicoanalítico engeneral); *2)* la de la clínica psiquiátrica, en la que la farmacología y las terapias cognitivo-conductuales ganan cada vez más terreno; *3)* la de las relaciones sociales, en donde la explicación freudiana de una sociedad que reprime los impulsos sexuales del individuo no parece tener ninguna vigencia en un ambiente de casi absoluta permisividad.

Para colmo, la poca simpatía que Freud observaba hacia su persona se volvió asalto a mano armada de tal manera que hicieron ver sus encuentros con la Gestapo como reuniones de amigos: ha sido tachado de falsario, charlatán, plagiario, misógino, incestuoso, homofóbico, fascista, drogadicto, antijudío… Uno de los últimos embates hizo exclamar a Élisabeth Roudinesco: ¿Por qué tanto odio? Y una segunda ola de invectivas lo hizo insistir: ¿Pero, por qué tanto odio? "No se toca impunemente –decía ahí– al sexo, al secreto de la intimidad, a la pulsión de muerte y a la barbarie de los regímenes que someten a las mujeres, los homosexuales, los marginales, los anormales, sin pagar el precio". *Ciencia judía*, la llamaron los nazis; *ciencia burguesa*, los estalinistas; *ciencia satánica*, los movimientos religiosos radicales; *ciencia degenerada*, la extrema derecha; *falsa ciencia*, los filósofos de la "verdadera" ciencia; *ciencia fascista* inventada por un judío vienés ávido y perverso, los revisionistas americanos…[1]

Y sin embargo vivimos en el mundo que él cambió

Eli Zaretsky postula que el psicoanálisis es la primera gran teoría y práctica de la vida personal, y por esta entiende la experiencia de tener una identidad distinta del lugar propio en la familia, en la sociedad y en la división social del trabajo; es decir, una experiencia específica históricamente determinada de singularidad e interioridad que se cimentó sociológicamente en los modernos procesos de industrialización y urbanización, así como en la historia de la familia.[2] Diríase que el psicoanálisis como una ética de la autoconciencia fue creado para el individuo que surgió de la crisis de la Edad Media y el Renacimiento, que fue sustancialmente codificado en la metafísica de la subjetividad cartesiana, alcanzó su pleno desarrollo a lo largo de los siglos XVIII y XIX y hoy naufraga en la atmósfera de la posmodernidad y la modernidad líquida.

Michael Allen Gillespie nos ha enseñado que el individuo moderno fue el resultado de la crisis medieval que tomó cuerpo en la victoria del nominalismo sobre el escolasticismo. El Dios nominalista, voluntarista, no racional, temible en su poder, impredecible, irreductible a la naturaleza o a la razón e indiferente frente al bien y el mal no dejaba más alternativa al hombre que arreglarse por su cuenta. La libertad de elegir no era ya materia de elección. En este sentido Petrarca, dirá Gillespie, con su búsqueda incesante, sus crisis, es el primer individuo en sentido estricto.[3] (No es sorprendente que Petrarca haya dado continuidad al *fin'amor* de la poesía trovadoresca y al *dolce stil nuovo* de Dante para conformar en su vasto *Canzoniere* la concepción del amor en la que vivimos todavía).

Esta es sin duda una gran aportación a la génesis de la modernidad, pero en la medida en que, empleando una idea de Hegel, la filosofía es el tiempo convertido en pensamiento, es Descartes y más tarde la Ilustración (Kant) los que darán su sentido más pleno a la individualidad moderna. *Sapere aude –Atrévete a saber–*. La propuesta kantiana suponía servirse del propio entendimiento como prerrequisito para lograr la autonomía individual que se desprendía naturalmente de la filosofía cartesiana y sus antecesores. Solo de ese modo el individuo tendría la libertad de decidir por sí mismo acerca de la diferencia entre el bien y el mal, en vez de seguir el camino fijado por el nacimiento, la costumbre, la religión, la familia… Pero muy pronto esta idea de la autonomía afectó también a las experiencias consideradas hasta entonces extramorales como la creatividad o el amor. ¿Cómo entender las propias emociones con el propio entendimiento, sobre todo si, como había sentenciado Hume, la razón es, debe ser, solo esclava de las pasiones y no puede aspirar a otro oficio que servirlas y obedecerlas?

También: la idea de la autonomía individual suponía desde luego la de la *mujer*: la emancipación femenina iniciada en el siglo XVIII equivalía a un reclamo por los mismos derechos puesto que hombres y mujeres compartían una naturaleza común en tanto que seres racionales. Un siglo más tarde, aún se insistía en la diferencia de los sexos y se acudía a las virtudes femeninas para reivindicar reformas sociales. ¿Cómo avanzar en este camino si no se investigaba la *naturaleza* de hombres y mujeres, y la de su

distinción?

La autonomía individual suponía, asimismo, la autonomía del otro, lo que implicaba la idea de *democracia*. Hasta el siglo XIX la autoridad había sido paterna, vertical, jerárquica y centrada en la familia. Al concebir una autoridad limitada, responsable y política, en su visión de la democracia, el liberalismo separó el orden privado del público. Esta división se extendió a la familia y la economía. Los cambios sociales, la entrada de las mujeres en la vida pública y la aparición de una cultura de masas sexualizada hicieron cada vez menos visible la frontera. La autoridad familiar había quedado fuera de la esfera pública, sin embargo, estaba siempre presente en la mente de los individuos; había sido interiorizada.[4]

El arte y la literatura (música, pintura, teatro, poesía, novela) del Renacimiento al siglo XVIII y, sobre todo, el Romanticismo, proporcionaron los modelos de identificación y las pautas de conducta a lo largo de más de tres siglos; enseñaron a los hombres y las mujeres cómo debían comportarse, cómo debían ser.[5] Las cuestiones privadas comenzaron a aparecer en público. Procesos como el de Baudelaire (1855) o el de Flaubert (1857); juicios como el de Oscar Wilde (1895) daban visibilidad pública a emociones y conductas íntimas.

Ciertamente, el rápido e inmenso prestigio del psicoanálisis parece deberse, entre otras razones, a que el objeto de la nueva disciplina, una síntesis ni propiamente ilustrada ni propiamente romántica, era uno que no había recibido la atención seria ni del científico ni del humanista: la vida psíquica de ese individuo que estalló en posibilidades en el alba del siglo XX.

Hacer consciente lo inconsciente, como proponía Freud, significaba liberar al hombre de aquello que le impedía usar libremente su razón, pero la responsabilidad no solo incluía las decisiones conscientes, racionales, deliberadas, sino también los pensamientos y las acciones intencionales pero inconscientes. Esto daba a la libertad kantiana un sentido concreto. Promover la capacidad para analizar la propia mente objetivamente y entrar empáticamente en el mundo interno del otro significaba ampliar la capacidad moral. Al proponer la noción de responsabilidad psíquica, el psicoanálisis recogía a la vez la enseñanza bíblica y la tradición humanística para generar una nueva ética que actualizó el afán socrático de la primera Ilustración, la del siglo V a.C.: una vida con sentido requiere una introspección profunda… o –Sócrates *dixit*– no vale la pena de ser vivida.

Al constituirse como la filosofía de la vida personal por excelencia, el psicoanálisis superó los enfoques anteriores. La mera diferencia de género quedó redefinida como una elección de objeto sexual y contribuyó como ninguna otra reflexión a explorar las profundidades de la dependencia.

De la misma manera, el psicoanálisis tomó a su cargo la investigación de la relación del individuo con la autoridad y para ello se sirvió de la *transferencia*, es decir, de la relación del paciente con el analista (la autoridad, parental en última instancia). La

exploración de la transferencia, que distinguió, y distingue aún, al psicoanálisis de cualquier otro método terapéutico se aplicó de la misma manera a la conducta grupal, lo cual trajo al primer plano las transferencias ocultas que dominaban los movimientos sociales y los ámbitos culturales. Su contribución a la democratización de la vida pública y privada, lo mismo que a la "desfamiliarización" fue invaluable.

Así, la idea del hombre que Freud propuso, que delineó a lo largo de toda su vida (y formuló en el *Malestar de la cultura*, 1930), apareció simultáneamente con las formas de vida personal características de la modernidad en su momento más sólido y el psicoanálisis fue el camino óptimo para construirlas. "Conviértete en lo que eres", la convocatoria nietzscheana adquiría sentido concreto en el psicoanálisis.

Desde el principio, además, este fue *aplicado* a la comprensión de otros fenómenos distintos de la mente individual dentro del consultorio en una relación transferencial. Freud y sus primeros seguidores echaron mano de la mitología y el arte para explicar la constitución del psiquismo: Sófocles, Leonardo, Shakespeare, Dostoievski, Hoffman; el comportamiento grupal; la religión; la prehistoria… Pero a la vez estos fueron otros tantos fuegos a los que se acercó la sardina psicoanalítica en el intento de iluminar el proceso simbólico del individuo, pero también de la sociedad y la cultura. Se trataba de dar inteligibilidad a lo real.

Ninguno de los grandes continuadores dejó intocado ese terreno: de hecho, en la medida en que el cambio social y cultural ha modificado la teoría y la práctica, el psicoanálisis se ha convertido en una herramienta para explicar la sociedad y la cultura. Estas, a su vez, quedaron impregnadas por el psicoanálisis de tal manera que hoy no es posible mirarnos a nosotros mismos sin el auxilio de sus categorías.

Desde las cimas del pensamiento (la literatura, las vanguardias artísticas, la música, la poesía; la crítica; la rebeldía juvenil; el feminismo; el movimiento gay; la filosofía continental *y* anglosajona…) hasta sus simas (la manipulación de los grupos, la publicidad y las relaciones públicas –pretendido invento de Edward Bernays, sobrino de Freud y uno de los actores de la transformación de la sociedad por el consumo–; la política y la *realpolitik*…), el psicoanálisis penetró el alma del siglo XX.

Los artistas, los filósofos y los intelectuales lo sacaron del ámbito de la ciencia. El surrealismo, el dadaísmo, el expresionismo, la abstracción en arte son inconcebibles sin el psicoanálisis. Otro tanto ocurre con la música y la novela: compositores como Richard Strauss, Mahler, Schoenberg, Berg, Stravinsky; autores como Schnitzler, Thomas Mann, Franz Kafka, Virginia Wolf, James Joyce, entre muchos otros, estuvieron siempre acompañados por la sombra de Freud. Una lectura seria de Proust no puede prescindir del psicoanálisis.

Recientemente Rubén Gallo ha mostrado el papel que desempeñó el psicoanálisis en la construcción de nuestra identidad a través del peso que tuvo la lectura de Freud en algunos personajes centrales a la cultura mexicana posrrevolucionaria. Gallo destaca la importancia del *Moisés y la religión monoteísta* (1936) en *El laberinto de la soledad* de

Octavio Paz (1950), quizá la mirada más aguda sobre nosotros mismos. (Es cierto que también recoge una ocurrencia de Carlos Monsiváis indigna de Carlos Monsiváis: el psicoanálisis, dice, heredó "las funciones interpretativas y curativas del alma antes monopolizadas por la Iglesia católica, y define un nuevo canon de salud mental en beneficio de la idea del burgués").[6]

La actitud de Wittgenstein es mucho más compleja que el rechazo que se le atribuye con frecuencia: no solo compartió la fascinación de su época por la obra freudiana; más de una vez se declaró "discípulo" y "seguidor" de Freud.[7] De Hopkins a Davidson, de Wollheim a Nagel y Rorty; de Sartre a Ricoeur, Derrida y Žižek o Vattimo y Ferraris la filosofía anglosajona y la continental se sirven del pensamiento psicoanalítico para sus desarrollos y con ello enriquecen al propio psicoanálisis. La Teoría Crítica asociada a la Escuela de Frankfurt de Adorno a Marcuse, de Horkheimer a Habermas, de Lasch a Rieff y Jacoby, adoptaron –a favor o en contra– la perspectiva freudiana en su estudio de la sociedad y la cultura.[8] El giro lingüístico, la hermenéutica cuentan al psicoanálisis entre los suyos. En el canon occidental, los únicos rivales son el Génesis, Platón, Montaigne; Freud, ahí, "es esencialmente un Shakespeare prosificado".[9]

Es verdad que el psicoanálisis es apreciado por intelectuales, artistas, escritores, filósofos, educadores, pacientes, que consideran que ha transformado –en *algo bueno*– la manera en que nos entendemos a nosotros mismos y a los demás. También lo es que el psicoanálisis acompañó, y propició, los mejores momentos y las mejores tendencias de nuestra época: el establecimiento y la extensión de la vida *verdaderamente* personal; el Estado de bienestar; la liberación femenina, la homosexual; los movimientos radicales de la década de 1960; una nueva –y más rica– concepción de la infancia, de la vida emocional, de la sexualidad, de la intimidad, de la educación, de la mujer… de la persona. De la mente. La deuda del pensamiento occidental con las ideas freudianas es apenas cuantificable y su huella indeleble.

Finalmente, Derrida: "[El psicoanálisis] sigue siendo un acontecimiento histórico imborrable… es *algo bueno* y… debe ser amado, sostenido…".[10]

A la muerte de Freud en 1939, el poeta W.H. Auden escribió una conmovedora elegía en la que la alusión a la "sórdida clientela" que el Odio aumentó y lo obligó a exiliarse es parecida a la que ahora "cree curarse matando/ y cubriendo de cenizas el jardín". Aunque no lo quiera, esa legión de sórdidos pacientes que incluyen a la malignidad trivial lo mismo que a los militantes del pensamiento único, vive "en un mundo que él cambió". Y si Freud hubiera tenido éxito, continúa Auden, "…la Vida Generalizada/se tornaría imposible…".

In Memory of Sigmund Freud es un gran poema… y la mejor lección de psicoanálisis para quien sepa leerlo.

Deturpaciones, baldones, desautorizaciones, declaraciones de muerte no han bastado

para enterrar al psicoanálisis. De hecho, la abundancia de escisiones en las asociaciones oficiales, el número de centros de formación, la cantidad de profesionales egresados de esos centros, el recurso a sus teorías para explicar el arte, el cine, la literatura, la política muestran su vitalidad. La cantidad de artículos, revistas, libros de y sobre psicoanálisis parecen repetir una y otra vez la frase de Corneille: "Los muertos que vos matáis gozan de cabal salud". Ciertamente, la vida del psicoanálisis parece con frecuencia comprometida tanto por sus enemigos como, lo que es paradójico, por sus propios amigos. Las actuales tendencias relacionales (*intersubjetivas*, como se llaman a sí mismas para diferenciarse del psicoanálisis "clásico", como si este no hubiera sido siempre "relacional" e "intersubjetivo"), por ejemplo, al corregir los supuestos errores de Freud intentan prescindir de los principios fundantes de la teoría.[11] Las neurociencias, que primero lo arrojaron a la hoguera, ahora lo recuperan como el modelo más adecuado de la mente, "aunque no haya evolucionado científicamente".[12]

Un inmenso número de terapias inspiradas en la doctrina freudiana olvidan con facilidad su origen y se pretenden originalísimas. Pero la disciplina creada por Freud y alimentada y desarrollada por sus continuadores *si muove*. Quizá, incluso, como afirma Žižek: "Es el momento del psicoanálisis".[13]

Freud fundó una disciplina que, como Atenea, salió completa de la cabeza de su creador, pero la naturaleza humana que quería aprehender es inaprehensible, por esta o por cualquier otra disciplina, o por todas. El psicoanálisis, lo dijo, como educar, como gobernar, es una tarea imposible. Los continuadores de Freud enriquecieron sus intuiciones para iluminar otras regiones de la mente, o las mismas de otro modo.

La historia de su objeto de estudio para el psicoanalista no es en modo alguno la de la física o la biología para el estudiante de las ciencias naturales. Hay muchas razones para ello. Los objetos sometidos al proceso científico no están sujetos al devenir, pero sí su forma de estudiarlos. Es en la *explicación* científica en donde se producen las anomalías y el aumento crítico de estas lleva a un cambio de paradigma (si es que la propuesta de Kuhn es sostenible, lo que no es muy claro). Un error frecuente confunde al psicoanálisis con *estas* ciencias porque, en el mejor de los casos, lo piensa como una serie de paradigmas en los que se presentan anomalías; en el peor, ni siquiera se lo considera una ciencia. El objeto *natural* del psicoanálisis (aunque Freud no le fijó ninguno) es la mente del individuo en su relación consigo mismo, su cuerpo y con el mundo (los otros, su historia, su cultura…). El psiquismo del ser humano puede considerarse ajeno al tiempo (fuera del devenir); no así sus manifestaciones. Estas están atadas al devenir y cualquier esfuerzo por aprehenderlas es asintótico al objeto mismo. El psicoanálisis no produce certezas, ni aun provisionales. Sus aparatos conceptuales (modelos de la mente, metapsicología, técnicas para la observación clínica) fueron inaugurados por Freud sin fecha de caducidad. Quienes lo siguieron solo enriquecieron el legado, no cambiaron ningún paradigma. El arte, enseña Nietzsche, es el ejemplo por excelencia de las energías activas; sus distintas expresiones no compiten entre sí ni buscan imponerse sobre otras

para destruirlas: Bach no es mejor que Mozart o Beethoven o Ligetti, o Boticcelli que Picasso, o Tolstoi que Dostoievski o Proust. Se puede amar a todos sin traicionar a ninguno. Así los distintos modelos psicoanalíticos: todos iluminan distintas zonas de la mente, o las mismas de otra manera, y se trabaja desde cualquiera de ellos con el mismo propósito.

Recientemente (2009), Paul Laurent Assoun produjo un *Diccionario temático, histórico y crítico de las obras psicoanalíticas,* que reúne en 1 500 páginas un examen crítico del corpus principal de la disciplina.[14] Ninguna aportación importante es ahí ignorada porque todas, cualquiera de ellas, constituyen un ángulo desde el que es posible emprender y desarrollar la tarea psicoanalítica. Así, ser "freudiano" o "kleiniano" o "lacaniano" o "winnicottiano" o "bioniano" o "kohutiano"; o pertenecer a la tradición inglesa o francesa o norteamericana; o profesar la doctrina de la escuela de las relaciones de objeto o aun de la escuela intersubjetiva o relacional no otorga ninguna marca de superioridad ni hace mejor a ningún psicoanalista que se esfuerce por serlo. La obra de Freud, o la de Lacan o Klein o Bion es muy compleja y ocupó la vida entera de sus autores. Nadie puede presumir de conocerlas todas en un sentido significativo. Como señala el propio Bion, "…un solo hombre, incluso un hombre como Freud, no puede hacer más que arañar la superficie en el corto tiempo de que dispone".[15]

Un error común entre psicoanalistas consiste en suponer que estudiando muchas teorías se comprenderá mejor al paciente. Quizá lo único que se consiga es que el conocimiento superficial de las teorías entorpezca la escucha y la comprensión, lo que por supuesto no significa que cultivar parcelas de otros jardines no ayude a mejorar el propio.

Estudiamos a Freud no porque queramos contribuir al culto de su personalidad o porque sea el "padre" del psicoanálisis o porque lo adoremos en su altar –aunque sin duda muchos lo harán por esas o parecidas razones–, así como muchos han sido diligentes en su demolición como si se tratara de la estatua de uno de los líderes de la ex Unión Soviética, antes amado y ahora odiado. Hay una razón esencial para aplicarse al conocimiento de su obra y tiene que ver con la naturaleza misma de la disciplina que él creó: "En su historia [el psicoanálisis] tiene un curso verdaderamente racional trenzado al hilo de la necesidad lógica […]; los descubrimientos o revelaciones, como se los quiera denominar, se adhieren a una serie de proposiciones lógicamente necesarias como una guirnalda de flores alrededor de una guía que las sostiene".[16]

Una célebre ilustración medieval representa a un Platón, pequeño, en las puntas de sus pies, detrás de un Sócrates majestuoso, en el acto de dictar algo que el maestro escribe. Esta paradoja motivó un extenso libro de Derrida, *La tarjeta postal*, en el que concluye, equivocadamente, que Sócrates sería un muñeco de ventrílocuo: Platón le habría hecho escribir su propio pensamiento pretendiendo que lo recibía de este. Bernardo de Chartres (s. XII) acierta mejor: somos enanos a hombros de gigantes; vemos más y más lejos no porque tengamos una visión más aguda o mayor altura, sino porque

hemos sido alzados y se nos ha permitido mirar por sobre la estatura de nuestros padres-maestros. "Platón ve más lejos que Sócrates: entiende la importancia de dejar una huella escrita para aquellos que le seguirán".[17]

Melanie Klein, sobre los hombros de Freud, construyó un aparato conceptual y una modalidad clínica que la convirtió en la principal guía intelectual de la segunda generación psicoanalítica mundial; una verdadera *chef d'école*, una *maîtresse à penser*, como se llama en francés a los maestros del pensamiento.[18] En 1960, Lacan podía escribir: "la evolución de la teoría analítica está dominada actualmente por la existencia de la escuela llamada kleiniana; es verdaderamente llamativo ver cómo cualesquiera sean las distancias, las reservas, incluso el desprecio que tal o cual sector de la comunidad analítica puede testimoniarle, ella polariza y orienta toda la evolución del pensamiento analítico e incluso el esfuerzo realizado por nuestro grupo".[19]

Cuando en 1952 cumplió 70 años (habría de morir ocho años después, luego de cuarenta años de trabajo infatigable), Melanie Klein estaba en el apogeo de su capacidad y su prestigio. Después de mil batallas libradas al lado de todo tipo de amigos y contra todo tipo de enemigos, podía hablarse con rigor de una Escuela Kleiniana en Inglaterra, y el kleinismo se implantaba en el mundo: Arminda Aberastury había iniciado ya en los años cuarenta la traducción al español de lo que pronto serían las *Obras completas* de Melanie Klein (publicadas desde entonces en esta editorial), y desde la Argentina el psicoanálisis latinoamericano se impregnaba de las concepciones kleinianas en ocasiones de una manera predominante.

En francés, el conocimiento de la obra kleiniana conoció algunas vicisitudes antes de que Françoise y Jean Baptiste Boulanger, con la colaboración de Marcelle Spira, terminaran la traducción de *El psicoanálisis de niños.* (Lacan, que la había solicitado en 1949a la propia Melanie Klein, encargó la tarea a René Diaktine, quien le entregó la mitad. Lacan "perdió" la única copia). Más tarde, Willy Baranger, Marcelle Spira y Margarite Derrida, entre otros, traducirían los textos fundamentales.

La manera en que vivimos el siglo XX en Occidente, piensa George Steiner, es sobre todo un producto austrohúngaro. "Nuestra vida interior se desarrolla en un paisaje cartografiado por Freud y sus discípulos y discrepantes, o en conflicto con ese paisaje. Nuestra filosofía y el lugar central que asignamos al lenguaje en el estudio del pensamiento humano se derivan de Wittgenstein y de la Escuela de Viena del positivismo lógico […] La lógica y la sociología de las ciencias naturales no pueden ser formuladas sin referencia a Karl Popper…". La lista incluye a la música, el arte, la arquitectura, etcétera.[20]

Dos episodios ocurridos en Inglaterra en los años cuarenta ilustran la manera austrohúngara y su trascendencia en otras culturas. El primero de ellos ocurrió el 25 de octubre de 1946, en Cambridge, apenas terminada la Guerra. Karl Popper, invitado por Bertrand Russell, pronunciaba una conferencia: "¿Existen realmente los problemas

filosóficos?". En cierto momento, Wittgenstein, como era su costumbre, lo interrumpió. El agrio debate se prolongó durante diez minutos y terminó cuando este último tomó el atizador de la chimenea para, al parecer, añadir énfasis a sus argumentos. Russell, al fin un lord inglés, tal vez pensó que se trataba de una amenaza seria y lo conminó a dejarlo de inmediato. Wittgenstein abandonó el salón con un portazo.

Tres años antes, en plena guerra, los psicoanalistas se estaban librando en Londres a una explosión de hostilidad parecida que no requirió atizadores pero sí solicitó las armas del arte del insulto. El bando kleiniano se enfrentaba con el que representaba la figura de Anna Freud (pretendida heredera única y legítima del legado de su padre). Como en el caso de Cambridge, se trataba de judíos vieneses que sostenían sus convicciones más allá, mucho más allá, de la corrección política hoy obligatoria en casos semejantes. Anna Freud y sus partidarios pretendían conservar la pureza de la doctrina; Melanie Klein y los suyos, a hombros de Freud, estaban viendo más allá.[21]

Hoy, en nombre de la tolerancia, el relativismo posmoderno se impone y la pasión por las convicciones propias se desdibuja en un clima de ausencia de compromiso. La discusión de Cambridge o la de Londres serían ahora muy raras en su violencia intelectual y en su sinceridad. Las Controversias (1941-1945), como se ha llamado a esa querella entre psicoanalistas, debatían la validez y el estatus de las ideas introducidas por Melanie Klein. Las vilezas y las abyecciones menudearon en uno y otro bandos. Amigos se convirtieron en enemigos acérrimos; los hijos odiaron a los padres (Melitta, la hija de Klein, no volvió a hablar nunca más con ella). Un grupo que reconocía deber tanto a Freud como a Klein optó por mantenerse a igual distancia de unos y otros. El bando kleiniano produjo defensas brillantes: textos fundamentales para la teoría fueron escritos en este contexto.[22] Se hablaba de "la ambición y el egoísmo sorprendentemente desinhibido de Melanie Klein". Esta reprochó a Jones el haber invitado a Freud a que se refugiara en Inglaterra; con ello "había hecho un gran daño al psicoanálisis". Bowlby sentenció que si Ana Freud adoraba en el altar de san Sigmund, Melanie Klein lo hacía en el de santa Melanie.

James Strachey sintetizó:

> …la señora K.[lein] ha realizado algunas importantísimas aportaciones al psicoanálisis, pero es absurdo creer que (a) estas ideas cubren la totalidad del campo o (b) que tienen un valor axiomático. Por otra parte, pienso que es igualmente absurdo que la señorita F.[reud] sostenga que el psicoanálisis es un coto reservado a la familia F.[reud] y que las ideas de la señora K. son fatalmente subversivas.
>
> Estas actitudes de ambas partes son puramente religiosas y constituyen la antítesis misma de la ciencia.[23]

Sin embargo, a pesar de la reprimenda de Strachey, las Controversias son hasta ahora el único momento de verdadera discusión democrática en el gremio. Se suele decir que terminaron en un arreglo pacífico, a la inglesa, que identificó al grupo kleiniano, al annafreudiano y a uno *intermedio*, y sin duda lo fue. Se les acusa igualmente de haber dividido al psicoanálisis, sobre todo en un momento en que la Asociación británica era la única garantía de supervivencia del movimiento. Pero el monolitismo y la rigidez que

siguieron no fueron herederos de la democracia vivida en las Controversias, sino del autoritarismo imperial austríaco: la Asociación Psicoanalítica Internacional y sus múltiples capítulos semejan más una corporación multinacional que tuviera como modelo a la monarquía doble, Kakania, como Musil bautizó para siempre al Imperio Austríaco:** una convivencia de las diferencias –raciales, lingüísticas, etc.–, pero a condición de la aceptación de la concentración absoluta de poder.

Por vez primera, y única hasta ahora en la historia del psicoanálisis, las Controversias hicieron posible discutir amarga, seria y públicamente tres distintas consecuencias de la obra del maestro. El resultado fue no solo la escisión como se suele afirmar, sino la aparición de tres de las cuatro modalidades de comprensión de un quehacer cuya epistemología está siempre en proceso. Es cierto que en el mediano plazo los seguidores de Anna Freud y los freudianos ortodoxos (si es posible llamar de esa manera a los fundadores del psicoanálisis norteamericano) se hicieron literalmente dueños de la Asociación Psicoanalítica Internacional en los Estados Unidos y desde ahí influyeron sobre las asociaciones nacionales con su formación llave en mano y sus pretensiones médicas. Su rechazo enfermizo de las ideas kleinianas, que por otra parte robaron sin recato y sin reconocimiento, empobreció a la disciplina en su conjunto.

El pensamiento de W. R. Bion (1897-1979) es quizá el más influyente en el campo del psicoanálisis actual. Sus obras, de una potente oscuridad, son estudiadas con fervor en el mundo: el psicoanálisis norteamericano empieza a ser fuertemente teñido por las ideas de Bion; su trabajo es seguido en Europa lo mismo que en América Latina, sobre todo en Brasil. Una hipérbole que seguramente le habría hecho gracia, y habría sin duda desestimado, lo nombra "el psicoanalista del siglo XXI". Otra (él que desconfiaba de quien se llamara a sí mismo un "buen analista") ha llevado a dos de los estudiosos de su obra a escribir que se trata del "pensador más profundo en el campo del psicoanálisis y este juicio incluye a Freud".[24]

James Grotstein, un influyente psicoanalista norteamericano reconocido por su obra desarrollada en el seno del pensamiento de Bion, recuerda que el breve tiempo en que supervisó con él no le fue de mucha utilidad porque desconocía la obra del propio Bion y la de Klein. (Prefirió pedirle un análisis, lo que sin duda le resultó más provechoso).

Bion fue analizado por Melanie Klein y con razón es llamado poskleiniano. En hombros de dos gigantes, Freud y Klein, ha mirado sin duda muy lejos. P.C. Sandler[25] atribuye la dificultad de su estudio a la falta de atención, de experiencia analítica, de experiencia de la vida o de las dos anteriores, pero toda la atención, la inteligencia, la dedicación, la experiencia de la vida y del propio psicoanálisis no bastan para leer a Bion con provecho: hace falta un conocimiento profundo de sus maestros, Sigmund Freud y Melanie Klein. Y el estudio de los dos maestros no es menos difícil que el del alumno.

El pensamiento kleiniano es peculiarmente complejo. Es en muchos sentidos una ampliación del freudiano y distinto de este en otros más, aunque ella considerara que su

obra era meramente un complemento y clarificación de la freudiana. Nunca reconoció el gigantesco salto que dio, tanto respecto del método como del modelo de la mente. Además, el estudio de la obra de Melanie Klein enfrenta numerosos obstáculos que van más allá de la atención, la experiencia de la vida e incluso el conocimiento de Freud. El problema tiene distintas fuentes y una, sin duda, es su propio estilo de comunicación y lo que ha sido descrito como la modalidad "dogmática" de sus escritos y de los de sus colaboradores.

La obra de Freud despertó desde siempre la admiración en sus lectores entre otras razones porque es, con Goethe, con Jean Paul, con Novalis, con Brentano, con Nietzsche, uno de los grandes exponentes de la gran prosa alemana. Sin duda parte del encanto de sus ideas se debe al estilo en que se transmitieron (lo que desafortunadamente no se advierte en las traducciones al español o al inglés, consideradas como *standard*).

Ese no es el caso de Melanie Klein.

Esta empezó escribiendo en alemán pero muy pronto se esforzó por escribir en inglés, que era su tercera lengua después del francés. Con frecuencia sus textos parecen describir un diálogo en marcha consigo misma y entre sus propios desarrollos en evolución, por lo que resulta difícil seguirle el paso. Su preocupación por la precisión expresiva hacía de la escritura una actividad a la vez indispensable y fatigosa. Escribe y reescribe de tal manera que su expresión es siempre un *work in progress*.[26] No en vano es contemporánea de la gran preocupación europea por el lenguaje, y sin embargo la transmisión de sus ideas resulta transparente si la comparamos con la poderosa oscuridad de Wittgenstein, Joyce, Becket, Lacan, Bion… La obra de todos ellos, y de otros más, muchos más (Kafka, etc.), es contraria al sentido común, *absurda*, de la misma manera en que lo son Einstein o Plank o la inmensa mayoría de los científicos modernos. (Recuérdese que Anatole France empleó por vez primera la palabra *absurdo* para aplicarla al Universo de Einstein).

El psicoanálisis es –esto se repite hasta el cansancio– un conjunto de teoría y práctica. En el caso de Melanie Klein, otra razón más de la dificultad radica precisamente en que la teoría debe inferirse de sus descripciones clínicas. Sus ideas están profundamente enraizadas en las de Freud, es cierto, pero con frecuencia los conceptos empleados en la teoría clásica tienen en la kleiniana un significado desemejante. *Yo*, *superyó*, *inconsciente*, *narcisismo*, *fantasía*, *objeto*, *escisión*, *proyección*, *introyección*, *complejo de Edipo*, *afecto*, *angustia*, *sexualidad infantil*, etc., adquirieron una significación particular que los alejó de lo que otros interpretaron como el verdadero pensamiento freudiano.

Una causa mayor del brete en que nos pone el estudio de la obra de Melanie Klein radica en las consecuencias de su concepción del *mundo interno*. La realidad interna, psíquica, o mundo interno existen inconscientemente y a la vez en la conciencia del individuo. El punto de partida de Freud fue el descubrimiento del poder de las fuerzas inconscientes que había detrás de lo que sus pacientes comunicaban como algo que

pertenecía a la realidad fáctica. Melanie Klein elaboró este descubrimiento freudiano con su propia idea de los *objetos internos* (otra ampliación de Freud) y con ello enriqueció de un modo revolucionario el modelo de la mente. Para ella, vivimos a la vez en un mundo interno que consideramos tan concreto como el externo. Esto, que parece absurdo, es tan verificable en las patologías graves como en la conducta cotidiana.

Otra consecuencia del modelo kleiniano de la mente está relacionada con la temporalidad. La utilidad instrumental del tiempo físico consiste en impedir que todas las cosas sucedan a la vez. Freud extremó esta noción al sostener que los procesos del sistema inconsciente son *atemporales*. El físico francés Etienne Klein (ningún parentesco con Melanie) corrige la confusión común entre el Tiempo y el devenir. El Inconsciente no es *atemporal*, dice, solo está fuera de la flecha del tiempo; se encuentra en un tiempo sin devenir. Más sensata juzga este Klein la relación que Freud establece entre el Inconsciente y la capacidad de olvido. La compulsión a la repetición, piensa Freud, hace que el sujeto repita un acto en lugar de rememorar su primera ocurrencia. Se repite, precisa Étienne Klein, *para* no recordar. Esta forma de *memoria del olvido* es lo único que no sufre la erosión del paso del tiempo, y lo que confiere su carácter de inalterable y definitivo al núcleo del Inconsciente.[27]

La memoria del olvido fue central en el pensamiento kleiniano. Lo que ella llamó *memories in feelings* (*recuerdos en sentimientos-sensaciones-emociones*) precisó y llevó a sus últimas consecuencias esa peculiar temporalidad del Inconsciente.

"El tiempo –dice Borges; se refiere al devenir–, si podemos intuir esa identidad, es una delusión: la indiferencia e inseparabilidad de un momento de su aparente ayer y otro de su aparente hoy, basta para desintegrarlo".[28] En su peculiar refutación del tiempo-devenir –como la de Bergson, como la de Borges– el pensamiento kleiniano evolucionó hacia una coincidencia exacta de todas las oposiciones: pulsiones de vida, pulsiones de muerte; amor, odio; integración, desintegración; yo, superyó; gratitud, envidia; objeto bueno, objeto malo, etc. Esta tendencia a la totalización (todo ocurre a la vez) aún más que cualquier divergencia sobre la fecha del superyó o del Edipo, o incluso sobre el contenido concreto de la pulsión de muerte, genera grandes dificultades explicativas.

Un resultado necesario de este colapso del devenir es el abandono de la idea de fases del desarrollo. El modelo freudiano resultaba sencillo en su concepción: a una fase oral seguía una anal y otra genital. Pero si todo ocurre a la vez y se resuelve en posiciones, aun si Klein situó su aparición en la flecha del tiempo –la Posición esquizoparanoide es característica de los primeros momentos de la vida; la depresiva surge después– estas terminan por ser "situaciones", en las que la edad en que ocurren es indiferente.

Ya muy tempranamente (1937) John Rickman advirtió que Melanie Klein había descubierto muchos elementos de la vida adulta en la más temprana infancia, y la persistencia de estos elementos a lo largo de la vida sugería que el inconsciente del adulto no difiere esencialmente del infantil.[29] Esta equivalencia no hizo más que acentuarse. En efecto, de la teoría kleiniana parece desprenderse la existencia de un tercero analítico que

es el centro común del analizado y el analista durante la sesión y la piedra de toque del sujeto. Se trata del bebé y el niño que habitan la mente de todo ser humano. No es desde luego el niño de la infancia real, sino un infante *virtual*, *fantasmático*. James Grotstein ha llamado a esta entidad *el niño-delinconsciente-una-vez-y-para-siempre-presente-y-siempre-en-desarrollo*, y ha intentado una tipología de los distintos niños que habitan al adulto.[30]

Quizá la primacía que la clínica tuvo para Melanie Klein la llevó a intuir que la realidad psíquica no se deja aprehender linealmente, sino como una *duración* (Whitehead, Bergson), es decir, un fluir continuo, una penetración indivisible del pasado en el presente.

Donald Meltzer ha insistido en que el método y la teoría kleinianas deben su originalidad, y su peculiaridad, a la observación y el análisis de niños. Es cierto como también lo es el desarrollo que emprendió de las ideas de Freud, Abraham, Ferenczi y otros. Algo, sin embargo, que apenas ha merecido alguna atención es que ese método y esas ideas crecieron y maduraron en el clima intelectual, moral y social de la Inglaterra de los años treinta. Solo la sociedad inglesa podía ofrecer el campo propicio para que en él crecieran las ideas kleinianas, por eso sin duda fueron y son aceptadas ahí tan ampliamente.[31]

Inglaterra había sido la sede de la primera Revolución industrial y también el lugar en que primero se valoró a la familia trabajadora, a la madre trabajadora, a sus hijos. La solidaridad y la amistad tenían un lugar prominente no solo en la vida cotidiana, sino en el pensamiento filosófico y económico: Inglaterra fue la cuna del Estado de bienestar. La fuerte tradición feminista permitió a las primeras psicoanalistas mujeres retomar el debate sobre la sexualidad femenina que se libraba en el continente. (El 40% de la membresía de la propia Sociedad Psicoanalítica Británica estaba formada por mujeres, a diferencia del 20% femenino de la Sociedad vienesa).

Dos tradiciones intelectuales, representadas por la figura de dos filósofos, estaban presentes solo en la cultura inglesa: la filosofía moral de George Moore y la reflexión sobre el lenguaje del segundo Wittgenstein. De acuerdo con Moore, "Las cosas más valiosas que podemos conocer o imaginar son con mucho ciertos estados de conciencia, los cuales pueden describirse *grosso modo* como los placeres del trato humano y el goce de los objetos bellos".[32] Esta fue la tesis que los discípulos y amigos de Bloombsbury adoptaron como una religión. "El Nuevo Testamento es un manual para políticos –escribió Keynes en 1938– en comparación con la espiritualidad del capítulo de Moore sobre El Ideal [incluido en *Principia Ethica*]. No conozco nada que se le parezca en la literatura desde Platón. Y es mejor que Platón porque está casi exento de fantasía".[33]

Los valores que Moore postulaba no eran, desde luego, nuevos: el movimiento romántico sostuvo que el arte poseía un valor intrínseco y el amor había sido considerado como el valor más alto desde Platón. La novedad de Moore es que los relacionó con la tradición del empirismo y el utilitarismo ingleses, lo cual le dio un

contenido concreto. El punto de partida no era el otro en general, como en Kant y en Freud, sino el otro concreto y particular. Moore proponía que las relaciones inmediatas, familia, amigos, tenían prioridad sobre los ideales. (Una célebre declaración del novelista E.M. Forster vinculado al grupo de Bloombsbury es la clave de esta propuesta de Moore: "Si tuviera que elegir entre traicionar a mi país y traicionar a mi amigo, espero que tuviera las agallas para traicionar a mi país").

Por su parte, la reflexión acerca de los lenguajes privados comenzaba a ocupar en esos años el pensamiento de Wittgenstein, por lo demás, amigo a veces íntimo de Moore. Esta preocupación que llevó a una nueva concepción de la mente y que constituye el núcleo de lo que más tarde fueron las *Investigaciones filosóficas,* puede enunciarse de la siguiente manera.[34] Implícita en la filosofía clásica se encuentra la idea de un pensamiento que no requiere ningún lenguaje que se comparta con otros para expresarse; es decir, que el pensamiento puede ser independiente del lenguaje natural y que tiene su propio lenguaje, lo que significaría que yo puedo mantener un diálogo interno en un lenguaje mental exclusivo que solo yo entiendo.

Notablemente, la filosofía de Descartes que tuvo, y tiene, una influencia extraordinaria, sostiene que la mente es una especie de teatro interno en la que el sujeto es un espectador solitario y privilegiado frente a la pantalla de sus propias emociones y creencias, que son privadas. Interpretar al otro sería reconstruir en mi teatro interior lo que supongo que ocurre en el suyo. Los contenidos mentales no están causalmente vinculados a algo externo a ellos; ningún estado psicológico presupone la existencia de ningún otro individuo además del sujeto a quien se atribuye el estado mental. A esta concepción de la mente se le llama *internalista.*[35]

Para refutar esta posición, Wittgenstein argumenta que todo estado mental involucra conceptos y estos suponen (se conectan entre sí a través de) reglas. Solo una regla puede decirnos cómo es posible emplear un concepto, cuándo no debe emplearse, lo que equivale a distinguir su uso correcto o incorrecto. Pero semejantes reglas no pueden ser privadas; todas son públicas y se aprenden socialmente. Así, solo es posible tener una mente si se es miembro de una comunidad social, una forma de vida en la que la mente es generada y que es condición indispensable para la vida mental. *Esto significa que la mente depende causalmente del exterior, y el significado solo puede surgir de una transacción entre lo "interno" y lo "externo"*. El niño feral, Mowgli, tendrá un cerebro y este funcionará correctamente, pero no tendrá una mente tal y como el resto de los seres humanos que viven en sociedad.

Con argumentos parecidos, Wittgenstein objeta que las emociones existan ya determinadas y constituidas y que el lenguaje se limite a expresar lo que ya está ahí. En ese caso, uno reconocería sus emociones simplemente al experimentarlas sin necesidad de una comunidad de aprendizaje para su identificación, nombramiento y descripción. Las emociones, como los estados mentales, son experiencias dotadas de un significado que varía según el tejido conceptual que las acompañe.[36]

Las consecuencias de esta concepción son extraordinarias en la medida en que toda la filosofía ha estado viciada por una modalidad u otra de lenguaje privado. Pero lo que aquí importa destacar es su pertinencia para el modelo kleiniano de la mente.[37] Freud partió de una visión internalista; es decir, que para él una interpretación correcta sería la que representara la realidad psíquica del paciente tal como esta es. Sin embargo, es gracias a su crítica a esa misma concepción (es decir, a la idea de la mente como unitaria, transparente e incorregible) que el psicoanálisis construyó una visión externalista, intersubjetiva, de lo mental. En Klein la tentación internalista no existió nunca y es una convicción *externalista* la que anima la teoría de las relaciones de objeto.*** Nada de lo mental es privado, todo se construye ciertamente siguiendo la línea de dotaciones innatas pero bajo la égida del otro, el mundo, el pecho. En el teatro interno de Klein no hay un yo privilegiado que contempla sus propias emociones y creencias; el propio yo, como el superyó, son compuestos de objetos que siempre tienen una referencia externa. El teatro interior no es privado; es mío y a la vez el gran teatro del mundo, porque el significado de mi mundo interno está siempre en referencia con mi mundo externo. Y ninguno de los dos colapsa en el otro, ni siquiera en las patologías más graves, "narcis-istas" (psicosis, perversiones…) o "social-istas" (neurosis, fobias, normopatías, hipocresía, mentira, cinismo, frivolidad, superficialidad, etc., etc., etcétera).

Su historia personal ilustra quizá mejor que cualquier explicación la manera en que Klein integró tanto esta visión externalista del significado como una nueva concepción ética. A la muerte de su analista, Karl Abraham, Klein perdió todo apoyo frente a los vieneses que no la veían con buenos ojos. En 1925 dio algunas conferencias en Londres por insistencia de su amiga Alix Strachey y un año después decidió aceptar la invitación de Ernst Jones para residir en Inglaterra.

El contacto con el ambiente intelectual inglés de la década de 1930, y que conforma su idea de la *vida personal*, se refleja en las distintas concepciones del yo y del superyó, y no precisamente porque el yo en Klein exista desde el principio de la vida y el superyó se forme apenas un poco después. Tampoco porque la situación edípica aparezca, en Klein, mucho antes que en la teoría freudiana.

Para Freud el yo se forma después de un período de narcisismo primario y mucho antes que el superyó, y mantiene una distancia reflexiva y crítica respecto de los imperativos de este. Para Klein, el yo se forma desde el primer instante de la vida; el superyó es casi simultáneo y tiene el mismo origen: los efectos de la pulsión de muerte y las primeras representaciones de la madre (los primeros *objetos*). Además, el superyó freudiano es el depositario de las preocupaciones morales, mientras que el kleiniano lo es de las preocupaciones éticas. Éticas, no morales, porque ella no se ocupó de normas morales universales sino que atribuyó responsabilidad a otras personas en concreto, empezando por la madre y, sobre todo, por el propio sujeto desde el inicio.

La propuesta kleiniana acerca de la formación del superyó antes del complejo de Edipo y no como heredero de este tuvo repercusiones de gran alcance. Suponía que los

conflictos del individuo son muy tempranos: la agresividad, la culpa y la responsabilidad son el resultado de la más temprana dependencia y están asociados a experiencias de frustración frente a necesidades materiales básicas y –a diferencia de Freud– no están sujetos a las apreciaciones críticas del yo.

Además, no hay tal cosa como un "aparato" mental en la visión kleiniana y los mecanismos de defensa pierden sus cualidades "mecánicas" (se entiende más la inquina de Anna Freud, autora de *El yo y los mecanismos de defensa*). Así, su concepción del mundo interno resulta distinta de la freudiana. Para Freud, convertir los contenidos del ello y del superyó en yo (hacer consciente lo inconsciente) fortalecería a este último y lo llevaría a conseguir cierta independencia. Para Klein, todas las relaciones están impregnadas de contenido ético y moral; no existe punto de vista independiente o impersonal: el mundo interno forma un complejo paisaje tridimensional y bien diferenciado de objetos gratificantes y frustrantes, enemigos y cómplices, parciales y completos. Revelar la fantasía inconsciente (el equivalente de hacer consciente lo inconsciente) lleva a fortalecer el yo, pero sobre todo conduce a la *integración* como la tarea de la vida –porque para ella, la mente opera de manera segregada, no unitaria y con frecuencia desintegrada.

El modelo kleiniano de la mente implica un diagnóstico distinto del problema fundamental al que se enfrentan los hombres y las mujeres modernos. Para Freud, el problema clave había sido reforzar al yo a fin de dar al individuo cierta libertad con respecto al superyó, con respecto a las exigencias del ello y con respecto a la sociedad; para Klein, por el contrario, el problema consistía en construir un mundo interno de objetos completos, lo cual lleva a forjar y sostener relaciones personales éticamente significativas. Ciertamente, los dos intentaron recuperar la bondad del sujeto, pero a uno le importaba en la medida del hombre universal, el imperativo categórico kantiano; para la otra, las relaciones específicas con el otro daban la medida de su bondad o su malignidad.[38]

¿Por qué es Melanie Klein una figura tan significativa?, se pregunta Michael Rustin.[39] A diferencia de Freud, o de Lacan o de muchos otros, ella no intentó, salvo excepcionalmente, extender la comprensión clínica a otros ámbitos. Ni siquiera, salvo en una ocasión, ofreció explicaciones aptas para todo público.

La evidencia de su importancia debe ser buscada en la trascendencia de sus ideas: el psicoanálisis de niños que ella creó se estableció en el mundo siguiendo sus métodos y su ejemplo; ninguna psicoterapia infantil de cualquier corriente puede prescindir de Melanie Klein. La pauta kleiniana está presente en mayor o menor medida en todos los desarrollos de la teoría y la práctica psicoanalíticas de todas las escuelas.[40] La Escuela de las Relaciones de Objeto está inspirada principalmente en su obra. Aun cuando la inmensa mayoría de sus escritos se alejan muy poco del consultorio y son impenetrables para legos, sus sucesores han aplicado sus ideas en los servicios de asistencia social, hospitales, guarderías, escuelas. La observación de bebés desarrollada como una

disciplina autónoma por Esther Bick es una extensión directa de las preocupaciones de Melanie Klein por la más temprana infancia.

La aplicación de las ideas kleinianas y poskleinianas a campos distintos del psicoanálisis ha resultado de un inmenso valor en el intento humano constante e irrenunciable de hacer inteligible lo real. Así, desde esta perspectiva han adquirido en el pensamiento kleiniano una herramienta para vincular el arte con el sentido de la vida.[41] Quizá, sin embargo, una zona que la obra de Melanie Klein ha ayudado a iluminar con mayor claridad está en aspectos centrales de la vida social como el papel de la destructividad, el feminismo, la política, la voracidad del consumo, la fragilidad y superficialidad de los vínculos afectivos, la recomposición de la vida familiar…[42]

En 1981 Jean Laplanche visitó México. Llamó a la primera conferencia que impartió en nuestra Universidad Nacional, "¿Hay que quemar a Melanie Klein?". En ella reconocía las aportaciones kleinianas y advertía contra su uso dogmático del que han sido víctimas tanto por parte de aquellos que se rehúsan incluso a escuchar hablar de ellas, como de quienes se convierten en instituciones "kleinianas". Alertó sobre el grave peligro de convertir el kleinismo en un artículo de fe o en axiomas, como ya había advertido Strachey en los años cuarenta, en una mecánica, una receta de cocina. Porque, ciertamente, Melanie Klein parte de conceptos a los que se puede hacer funcionar casi como una máquina: lo bueno y lo malo, lo interno y lo externo. Así, cualquiera que sea un poco limitado puede llegar a entrar en esa mecánica, y desgraciadamente no toda la gente es creativa.

Laplanche concluía que no hay que encerrar las enseñanzas de Melanie Klein en el gueto, no hay que arrojarla a la hoguera ni marginarla, sino hacerla trabajar, es decir, trabajar su propio texto y la experiencia que de ahí se desprende. Es necesario desconstruir su texto, decía, para encontrar en ese edificio aparentemente monolítico las fases y los planos que no funcionan del todo bien.

Es verdad que no son pocos los analistas dogmáticos que, por falta de experiencia o de comprensión de la teoría, cometen errores muy costosos en la práctica clínica, en detrimento de la salud mental del paciente y de la reputación del psicoanálisis. Las faltas van desde el mal uso del vocabulario a causa de una pobre comprensión que banaliza los conceptos, hasta la burda reificación caricatural. Esto tiene el riesgo de convertir el consultorio en un coto de caza de las partes malignas del paciente (así como el psicoanalista winnicottiano superficial convierte en personas buenas y exentas de responsabilidad a todos, porque otros fueron la causa de sus males), lo que refuerza las ansiedades persecutorias y mantiene la escisión desde el mundo externo. Peor todavía, el diván se transforma en un laboratorio de modificación conductual que impone el deseo del analista. Es necesario tener en cuenta que Melanie Klein no perdió de vista nunca que *la integración opera sobre las partes malas y las buenas del sujeto*.

Hoy en día, decía Laplanche a principios de los años ochenta, Melanie Klein ya no es

arrojada a la hoguera; es ignorada, aislada y, más frecuentemente, saqueada (ella que analizó como nadie las fantasías de robo que acompañan a todo ser humano). Los que la aíslan y olvidan, o la roban sin entender, son los mismos que creen en los postulados de un racionalismo estrecho; son los mismos que hace mucho olvidaron la lección interpretativa de Sigmund Freud: *De alguna manera, Melanie Klein debe estar en lo correcto*.[43]

"Todo lenguaje es de índole sucesiva; no es hábil para razonar lo eterno, lo intemporal".[44] Ciertamente, un lenguaje sucesivo es inepto para explicar las ideas de Melanie Klein que se ocupan de eso que está y no está en el devenir, y sin embargo es el único posible: explicar cualquiera de los grandes conceptos supone la explicación simultánea de todo el entramado, lo que es a todas luces imposible. La esperanza es que "cuando empezamos a creer algo, lo que creemos no es una única proposición sino todo un sistema de proposiciones. (La luz clarea gradualmente sobre el todo)".[45] Y ese todo no es otra cosa que la captación (intuición) de la realidad psíquica con el auxilio ortopédico de una serie de preconcepciones y concepciones o, como se diría en otra terminología, aparatos conceptuales.

En 2009, Harry Karnac publicó una invaluable bibliografía de Melanie Klein.[46] Entre los muchos miles de estudios dedicados al pensamiento kleiniano que ahí se registran, existen muy pocos de naturaleza general. Infinidad de artículos aclaran aspectos particulares y dificultades de comprensión. En vida de Klein, discípulos de la talla de Susan Isaacs, Joan Riviere, Herbert Rosenfeld, Ronald Fairbairn, Donald Winnicott, Wilfred Bion, Roger Money-Kyrle o Jaques Elliot comenzaron a desbrozar el camino. Su discípula más cercana al final de su vida, Hannah Segal, logró un extraordinario estudio introductorio empleado por quien accede por vez primera al complejo edificio kleiniano.[47] Willy Baranger dedicó un especioso libro a la aclaración de los conceptos de *posición* y *objeto* centrales en la teoría klieniana.[48] Elsa del Valle comenzó a publicar su trabajo didáctico de cada una de las obras de Melanie Klein a finales de los años ochenta.[49] Donald Meltzer estudió rigurosamente el caso Richard, que constituye el último tomo de las *Obras completas* de Klein.[50]

La biografía escrita por Phyllis Grosskurth no tuvo una aceptación unánime por parte del *establishment* kleiniano, quizá porque vinculaba vida y pensamiento, sin embargo, sigue siendo el canónico. Sin este, el de Meira Likierman, una biografía intelectual, habría sido imposible.[51] *Melanie Klein* de Julia Kristeva (2000), que se une a los que escribió sobre Hannah Arendt y Colette como parte de su reflexión sobre "Le génie fémenin", sitúa a la psicoanalista como la más original innovadora de la obra freudiana. El kleinismo sudamericano, argentino particularmente, produjo aportaciones fundamentales a la teoría: Heinrich Racker es, al mismo tiempo que Paula Heimann, quien introdujo el concepto de *contratransferencia* con el que hoy en día trabaja la mayor parte de los psicoanalistas en el mundo. Emilio Rodrigué, Marie Langer, Horacio

Etchegoyen, Arminda Aberastury, entre otros, no solo contribuyeron decisivamente a extender el margen de la Escuela Kleiniana en América Latina, sino que crearon importantes elaboraciones teóricas y aportaciones clínicas. En los últimos años Horacio Etchegoyen y Luis Minuchin dieron a conocer sus seminarios sobre Melanie Klein; Bernardo Lince publicó un extenso volumen que aborda las principales preocupaciones kleinianas.[52]

En inglés, por supuesto, se ha publicado la mayor parte de las obras sobre el pensamiento kleiniano, extrañamente ningún estudio sistemático de toda su obra. Dos diccionarios, sin embargo, son indispensables en la biblioteca de todo psicoanalista.[53]

Como puede juzgarse sin dificultad, el corpus de estudios sobre Melanie Klein es inmenso. Hemos mencionado los más generales o indicativos de la aplicación de las ideas kleinianas a disciplinas distintas del psicoanálisis. La rigurosa bibliografía de Harry Karnac ya mencionada puede ser consultada con gran provecho para conocer las fuentes primarias y secundarias publicadas hasta 2009.

En ese corpus destaca por su carácter único la obra de Jean-Michel Petot que ahora presentamos. Ninguna otra ofrece ayuda semejante para el correcto estudio del pensamiento de Melanie Klein. A casi cuarenta años de la publicación, su utilidad y su vocación abarcadora permanecen intactas y, más todavía, son impecables en su rigor analítico.

Estos dos volúmenes han tenido en cierto modo una de las fortunas de la obra que estudian. Publicados en Francia –un país que ha mostrado esporádicamente un gran interés en Melanie Klein pero en donde la sombra de Lacan oscurece a menudo a cualquier otra figura–, y traducidos pronto al inglés, J.-M. Petot fue conocido por todos los lectores interesados en el mundo y sus ideas adoptadas, pero a menudo sin reconocimiento. En la mayor parte de los textos sobre Melanie Klein posteriores a 1980 su sombra anónima recorre el castillo.

Es que estos dos volúmenes de Jean-Michel Petot siguen siendo insuperables.

Con una rigurosa formación en filosofía, psicología y psicoanálisis, su autor emprendió la explicación del texto kleiniano y fue desvelando laboriosamente una a una las ideas desde su nacimiento y a lo largo de todo su desarrollo, sin pasar por alto inconsistencias y contradicciones. Su conocimiento del alemán –y por supuesto, del inglés– le permitió conocer los textos originalmente escritos en esos idiomas y con ello despejar confusiones en el uso del lenguaje y los malos entendidos conceptuales.

Jean-Michel Petot no es un kleiniano. Quizá por esa razón la traducción de sus dos volúmenes al inglés fue recibida a la vez con entusiasmo y con un grano de sal, pero quizá por ello, también, el valor de su análisis es mayor y más riguroso. Amigo de Klein pero más amigo de la verdad, no duda en poner en duda conceptos dudosos ni en aclarar sobreentendidos. De esa manera resuelve muchas incongruencias aparentes y explica por qué se produjeron.

La libertad con la que J.-M. Petot realizó su labor le permitió entender los hallazgos de la creadora del psicoanálisis de niños, poner en evidencia la lucidez con la que se anticipaba a su tiempo y las razones por las que fue ocasión de críticas y ataques mordaces por parte del *establishment* psicoanalítico, pedagógico y científico de su tiempo. La frescura de su investigación y su compromiso único con el saber lo mantiene distante del sometimiento a la persona y a la ideología; así, puede advertir que la esencia de las ideas de Melanie Klein solo se contradice con aquellas teorías psicológicas y psicoanalíticas que en la actualidad son obsoletas.

"Este es un trabajo difícil, importante absolutamente digno de estudio y reflexión", dice Bott-Spillius en la reseña inglesa de estos dos volúmenes. Es cierto: no está destinado a quienes buscan introducciones, sino a quienes están dispuestos a tolerar el misterio, la incertidumbre, las angustias y el dolor que acompaña el conocimiento. El estudio de los textos de Melanie Klein es un requisito indispensable para quienes trabajan desde su óptica y desde la de sus seguidores, lo llamados kleinianos y poskleinianos. Por la dimensión clínica de algunos de los conceptos descubiertos o elaborados por ella (las relaciones internas de objeto, la importancia de la escisión, el valor de la angustia en el desarrollo, la identificación proyectiva, la envidia primaria, por ejemplo) es indispensable para cualquiera que se esfuerce por ser psicoanalista. Hoy en día las obras de Wilfred R. Bion y de Donald Meltzer son estudiadas en infinidad de grupos alrededor del mundo. Ambos hijos legítimos de Melanie Klein, hicieron suyo e instalaron con firmeza y seguridad el pecho bueno original, y en un acto de gratitud y generosidad hacia la madre analítica, tomaron sus teorías como piedra angular desde la que se desprenden sus planteamientos innovadores.

Es imposible acercarse a las propuestas bionianas y meltzerianas sin la compañía de Melanie Klein. Y acercarse a esta en compañía de Jean-Michel Petot garantiza una guía paciente, sabia y segura.

Notas al pie

* Cualquiera que lea *Secrets of the Soul* de Eli Saretzky, los libros de Zygmut Bauman o los de Luc Ferry reconocerá en ellos ideas y conceptos recogidos en este escrito. Mi deuda incluye a muchos otros acreedores. Algunos son mencionados; a otros no puedo distinguirlos de mí mismo. En la antigüedad clásica y hasta el Renacimiento el plagio era obligatorio; hoy día es un delito: me declaro, consciente e inconscientemente, culpable.

** K.k. eran las siglas empleadas para designar el imperio Austrohúngaro y son abreviatura de la doble monarquía, *kaiserlich-königlich* (imperial-real). Se pronuncia ka-ka. Musil derivó *Kakania*. En cualquier caso la alusión fecal es clara.

*** La expresión *relaciones objetales* surge del pensamiento kleiniano y dio origen a la Escuela de Relaciones de Objeto, un club en el cual Melanie Klein no es admitida. La razón principal es que ella, contra Winnicott, Fairbairn, Guntrip –y, desde luego, el llamado psicoanálisis relacional o intersubjetivo– sostiene, como Freud, que esos objetos son *internos* y que ellos mantienen *relaciones* entre sí, *en el mundo interno,* y con los objetos del mundo *externo*. Esto *no* supone internalismo, sino que la persona *internaliza* sus relaciones con el mundo, en un principio la madre, y que esta *internalización* condiciona las transacciones entre el interior y el exterior. En la Escuela hay una tendencia a abandonar los aspectos biológicos (instintos-pulsiones y sobre todo la pulsión de muerte) en favor de la mera psicología, mientras que Freud, y Klein, no los abandonan nunca. Las explicaciones pulsionales son indispensables en las motivaciones. El problema mente-cuerpo ha sido una inevitable constante que el psicoanálisis intenta resolver en un monismo. Otro tanto ocurre con el problema afuera/adentro que ocupó a Wittgenstein en las *Observaciones de la psicología de la filosofía*. Insisto: el mundo interno kleiniano es construido sobre la base de las dotaciones pulsionales del individuo *y* la realidad externa, el otro, en principio la madre.

PREFACIO

Aunque la obra de Melanie Klein es cada vez más apreciada en su justo valor y obtiene un reconocimiento cada vez mayor, no ha sido sin embargo objeto de ningún análisis global. El presente libro intenta colmar esa laguna, proponiendo al lector el estudio de la formación de las concepciones kleinianas en el triple movimiento de la construcción de los conceptos de acuerdo con las necesidades de la teoría, de la consideración de los hechos que impone la clínica y de la remisión constante de la una a la otra.

Desde que J.B. Pontalis (1954, le consagrara un artículo en el que se ocupaba más de la exigencia que animaba su pensamiento que de las formas en las cuales este era expresado, se han publicado varios trabajos que, en su mayor parte, solo se proponen, en el mejor de los casos, exponer las ideas de Melanie Klein, y en el peor, criticarlas. Por lo demás, es necesario reconocer que esos trabajos no son inútiles, ya que si Freud asumió la tarea de pronunciar, publicar y actualizar sus conferencias de introducción al psicoanálisis (Freud, 1916-1917, 1933), Melanie Klein solo una vez en su vida se preocupó de ordenar sistemáticamente el conjunto de sus concepciones. Fue en 1932, y desde entonces nunca pensó en retocar su obra para hacerla coincidir con sus descubrimientos más recientes. De ello resulta que un texto como *El psicoanálisis de niños* (1932) es de difícil abordaje para un lector que no esté perfectamente informado sobre la última formulación de las teorías kleinianas. ¿Debe considerar este pasaje que describe las primeras formas de defensa del yo, aquella exposición sobre la segunda etapa anal, como tesis todavía vigentes y mantenidas por los psicoanalistas kleinianos? ¿Son hipótesis abandonadas largo tiempo atrás? Con este alcance, una relación clara y concisa de las últimas teorías de Melanie Klein resulta valiosa. Pero no nos proponemos cumplir esta tarea, puesto que existe una admirable *Introducción a la obra de Melanie Klein* (1964), escrita, por añadidura, por una de sus discípulas más cercanas, Hanna Segal.*

Intentaremos comprender el pensamiento de Melanie Klein en el curso de su formación. En este sentido, parece legítimo estimar que la culminación y la verdad de lo que ella dijo y escribió durante toda su vida se encuentra en sus formulaciones últimas. En esta perspectiva, un estudio histórico, e incluso epistemológico, podría contribuir a la comprensión de su obra, mostrando cómo y en qué orden aparecieron sus principales ideas.

¿Se tratará entonces de recorrer las formulaciones sucesivas de lo que debemos llamar la doctrina, señalando al pasar lo que es solo una aproximación a una idea que había de

tener más tarde mayor desarrollo, lo que es una adquisición estable y definitiva, lo que solo fue considerado y mantenido por poco tiempo? Una tarea semejante puede ser también muy útil, y ha sido ya realizada en gran medida en el estudio, muy bien documentado, del psicoanalista franco-argentino Willy Baranger (1971). Pero sabemos, a partir de la renovación de los estudios freudianos en los trabajos de Ernest Jones, Alexandre Grinstein y, en Francia, de J. Laplanche y J. B. Pontalis, y más tarde de D. Anzieu, hasta qué punto el conocimiento de los orígenes, e incluso de las prenociones iniciales del pensamiento puede contribuir a aclarar la estructura de una teoría en la que ese pensamiento se expresa en un momento dado.

Sabemos ya que considerar seriamente las concepciones en apariencia más envejecidas del creador del psicoanálisis, buscar el sentido de los enfoques más aberrantes –las huellas filogenéticas, la horda primitiva, el instinto de muerte–, no siempre nos aleja de la teoría viviente y de la clínica, sino que por el contrario a menudo nos lleva de nuevo a ellas: ya que los esquemas hereditarios son solo un medio de insistir en el carácter típico de las organizaciones fantaseadas (que resultan ser, en efecto, en gran medida independientes de las contingencias individuales e incluso culturales, como si hubiera una naturaleza humana inscrita en los programas biológicos), así como la pulsión de muerte se impone para explicar adecuadamente fenómenos como la reacción terapéutica negativa. Por ello, cuando abordemos el estudio de la construcción por Melanie Klein de sus instrumentos conceptuales, nos abstendremos de seleccionar entre lo que sus escritos nos ofrecen de hipótesis de contornos mal definidos, de creencias quizás aún mal dominadas y de ideas destinadas a persistir largamente. Aceptando que todo ello era por igual necesario, trataremos de precisar sus articulaciones y su coherencia, de modo de poner de manifiesto, en cada etapa de su evolución científica, la unidad de su proyecto clínico, la coherencia de sus medios teóricos y la adecuación de los instrumentos a su función.

¿Cuál fue el punto de partida de Melanie Klein? ¿Qué intentó por sobre todo hacer y decir? ¿Qué transformaciones impusieron sus descubrimientos sucesivos a sus creencias iniciales, sus actitudes profundas y, quizá, su proyecto mismo? ¿Qué funciones indispensables cumplieron provisionalmente tales o cuales tesis que no fueron mantenidas en sus concepciones posteriores? ¿Y cuáles son, si existen, los aspectos permanentes de su enfoque teórico, clínico y técnico? Estas son las preguntas que nos proponemos plantear, aunque no pretendamos contestarlas todas.

Sigmund Freud, neurólogo de renombre, descubrió el psicoanálisis practicando el autoanálisis de sus sueños. Creó un espacio en el que el paciente habla, sin verlo, a un terapeuta que permanece también inmóvil y relativamente silencioso. La finalidad de este dispositivo era aliviar un sufrimiento claramente caracterizado como sexual, causado en teoría por el reconocimiento del Edipo. A Freud le llevó bastante tiempo admitir que las insatisfacciones de la pulsión sexual no son todas íntegramente explicables por la represión social de la sexualidad.

Melanie Klein, ama de casa y madre de familia sin formación universitaria, que renunció, apenas salida de la adolescencia, a una vocación intelectual y sin duda médica, llegó al psicoanálisis durante la Primera Guerra Mundial haciéndose analizar primero y dedicándose más tarde a aplicar las enseñanzas del psicoanálisis a la educación de sus hijos, en especial del menor de ellos. Para ella no se trataba de curar, sino de prevenir. El sufrimiento que quería evitar a su hijo no era un sufrimiento sexual ni actual, sino una carencia intelectual y simplemente potencial. Quería, ante todo, protegerlo por anticipado de todo riesgo de inhibición intelectual, dándole la clase de educación que, en función de las ideas psicoanalíticas de la época, creía que era apta para asegurarle el pleno uso de sus facultades intelectuales en el marco de una normalidad concebida como la conjunción de todos los talentos y de todas las aptitudes funcionando sin trabas. Con este objetivo, intentó liberar al niño al máximo, y ante todo liberarlo de la represión de la curiosidad sexual, considerada como fuente de todos los renunciamientos de la inteligencia. Por lo tanto se prodigó sin tasa ni medida a combatir la angustia, signo manifiesto de la presencia de la represión, y a facilitar todas las expresiones directas o indirectas de la espontaneidad del niño: en esta perspectiva, al principio profiláctica y pedagógica más que psicoanalítica, el juego se convirtió en el centro de su interés. Melanie Klein perdió sus ilusiones educativas; al pasar de su hijo a otros niños, de Hungría a Alemania, del aliento del apasionado Ferenczi a la supervisión del prudente Abraham, determinó los límites de su saber y de su poder, elaboró sus teorías más tempranas y consolidó la originalidad de su manejo de la interpretación.

Así, después de haber calibrado la resistencia de las fuerzas inhibidoras y represivas, pero también después de haber observado las modalidades del desarrollo de las sublimaciones, pudo construir, alrededor de 1923, su primer sistema teórico, del cual puede afirmarse que supera en ciertos puntos las concepciones freudianas de la época, especialmente en lo que se refiere a la teoría de la angustia, de la que, no obstante, retuvo el elemento esencial y perdurable, es decir, el vínculo que une la angustia a la represión. Creemos haber demostrado en el capítulo segundo de este libro, que esa primera doctrina de 1923 hizo posible el descubrimiento de la técnica del juego y, de un modo más indirecto, el de las etapas arcaicas del complejo de Edipo y del superyó. Para destacar su solidez, coherencia y profunda originalidad, así como su perfecta adecuación al problema clínico que ella pretendía resolver, la hemos denominado *sistema protokleiniano*.

El hecho de que Melanie Klein haya jugado espontáneamente con su hijo y sus pequeños pacientes antes de transformar esa conducta en una técnica deliberada, se explica por la índole de su objetivo y las circunstancias de su abordaje. Por lo demás, esto no tenía nada de extraordinario; como veremos, no fue la única a quien se le ocurrió tal cosa alrededor de 1920. Pero, a diferencia de muchos otros, Melanie Klein estaba en condiciones de elaborar una teoría acerca de lo que sucedía entre ella y el niño, gracias a los primeros conceptos que forjó especialmente con ese fin. Que esos conceptos hayan

sido verdaderos o falsos, cuenta menos que su fecundidad. Gracias al estatus que le conferían esas ideas, el juego pudo considerarse no solo como el instrumento de una comunicación más fácil, no solo como un material a interpretar –ya veremos que en 1920 dos psicoanalistas distintos adherían cada uno a una de esas dos verdades parciales– sino como ambas cosas a la vez, y por lo tanto como el equivalente de las asociaciones verbales que produce el adulto en el análisis.

Una vez en posesión de la técnica del juego, Melanie Klein pudo hacer en unos pocos meses los tres grandes descubrimientos en los que se apoyará hasta el fin el edificio del psicoanálisis kleiniano y que muchos han acabado por aceptar más o menos subrepticiamente: *1)* la existencia normal y regular de un complejo de Edipo *precoz* hacia el fin del primer año de vida, *2)* la existencia de una forma arcaica del superyó en esta misma época, y *3)* la posibilidad y realidad cotidiana de la transferencia en el análisis de los niños muy pequeños (Bolland, 1965). Una vez establecidos estos hechos esenciales, el universo del inconsciente más arcaico se abrió a la exploración. Lo que Melanie Klein descubrió en él en primer término es el núcleo de la parte psicótica de la personalidad, el mundo incoherente de las fantasías del sadismo oral, anal y uretral y la lucha incesante del yo por escapar al dominio de la angustia y el sadismo haciendo intervenir mecanismos de defensa como la escisión y, sobre todo, la reparación. La primera geografía coherente de esos continentes ignotos será *El psicoanálisis de niños*, publicado en 1932.

Esta primera parte del itinerario de Melanie Klein, quizá la más fascinante aunque no sea la que más ha enriquecido al psicoanálisis, es la que nos proponemos estudiar en el presente libro. En el segundo volumen se estudia la evolución de las concepciones klenianas entre 1934 y 1960. En el primer capítulo de este volumen, después de referir brevemente lo que se conoce de la vida de Melanie Klein antes de que se hiciera psicoanalista, nos ocupamos de reconstruir, con la mayor exactitud posible, la historia de la empresa inicial de educación psicoanalítica con que comenzó y tomó forma la vocación de la creadora de la técnica del juego. En el segundo presentamos de modo explícito los elementos y las articulaciones de ese primer sistema kleiniano, que se encuentra en gran medida implícito en los primeros escritos o solo se expone en ocasión de descripciones concretas y en términos ajenos a toda pretensión de generalidad. Señalamos en especial que ese sistema, antes de ser definitiva y completamente abandonado, fue el que, gracias a sus principales orientaciones, permitió los descubrimientos que harían necesaria su superación. El curso concreto de esa superación, el descubrimiento, gracias al psicoanálisis de la pequeña Rita, de la forma arcaica del complejo de Edipo, y la puesta a punto de la técnica del juego que debía ser adoptada algunos meses más tarde; el descubrimiento de la situación ansiógena femenina, la dificultad en precisar la forma exacta que adopta la fase arcaica del Edipo masculino –dificultad exactamente inversa y simétrica a la que tuvo Freud para concebir el Edipo femenino sin pasar por el arquetipo del desarrollo masculino–, todo esto constituye el objeto del resto de nuestro estudio, en el que intentamos mostrar cómo esa profusión de

hechos y de ideas llegó a reagruparse en una forma coherente, incluso sistemática, en la obra de 1932, término de la evolución que nos hemos esforzado en analizar en esta primera parte de nuestro estudio.

Notas al pie

* La edición en español fue publicada por Paidós (1988).

1
GÉNESIS Y SURGIMIENTO DE LA VOCACIÓN PSICOANALÍTICA DE MELANIE KLEIN

INFANCIA Y JUVENTUD DE MELANIE KLEIN

Melanie Reizes nació en Viena el 30 de marzo de 1882. La familia era judía y el padre médico, pero no parecen haber frecuentado los mismos círculos que la familia Freud. En todo caso Melanie Reizes, que se convirtió más tarde en Melanie Klein, no sabía nada del psicoanálisis antes de leer por casualidad un libro de Freud poco antes de la guerra de 1914. Melanie era la menor de cuatro niños. De su hermana mayor no sabemos casi nada; conocemos mejor a su hermano Emmanuel, nacido en 1877, y a su hermana Sidonie, nacida en 1878. Su padre, el doctor Reizes, tenía más de 50 años cuando ella nació. Procedente de un medio judío ortodoxo, consagró la primera parte de su vida a estudios religiosos y se había propuesto ser rabino. A la edad de 37 años renunció a ese proyecto e inició estudios de Medicina, sin duda en condiciones difíciles. Un pasado semejante atrajo la admiración de su hija menor por su espíritu independiente y su actitud científica (Bion-Rosenfeld-Segal, 1961).

El doctor Reizes ejerció la medicina en la capital austríaca. Sabemos, por la correspondencia de Freud a su novia, que era difícil para un médico carente de títulos universitarios de prestigio, y judío para colmo, hacerse una clientela en esa ciudad. Es probable que el padre de Melanie Reizes lo haya conseguido en un nivel apenas modesto. Como quiera que sea, su esposa debió instalar un negocio para complementar los ingresos de la familia. Este hecho es revelador de estrechez económica, ya que era contrario a las costumbres de la época que la mujer de un médico desempeñara un oficio. Muestra igualmente la energía y el carácter independiente de quien desafió así prejuicios hondamente arraigados para ayudar a su marido y asegurar una buena educación a sus hijos.

En sus primeros años, Melanie desarrolló un fuerte apego por su madre, y también, en circunstancias trágicas, por su hermana Sidonie. Esta cayó gravemente enferma en 1886. Tenía ocho años, y Melanie, cuatro. Obligada a permanecer en su lecho, Sidonie tomó a su cargo la instrucción de su hermana menor. Melanie aprendió así, a los cinco años, lectura, escritura y rudimentos de cálculo. Lo hizo por amor a su hermana, con la cual mantuvo una relación afectiva intensa que dejaría en ella huellas perdurables. Sidonie

murió en 1887.

Fue el primero de los duelos que marcaron la existencia de Melanie Klein.

Algunos años más tarde, sostuvo una relación semejante con su hermano mayor, Emmanuel. Cuando se formó el proyecto de entrar en el *gymnasium* (el equivalente de los liceos clásicos franceses, es decir, el ciclo superior de la educación media) contó con el apoyo y el aliento de su hermano. Gracias a las lecciones de este, que demostró ser un instructor eficaz, pudo triunfar en el concurso de admisión en ese afamado establecimiento secundario, el único que preparaba a las jóvenes para ingresar en la universidad. Durante su adolescencia, Melanie compartió los gustos artísticos y literarios de su hermano, que parece haber sido un joven brillante y bien dotado, pianista y escritor por momentos. En el medio intelectual de los amigos de su hermano, ella desarrolló sus intereses y su curiosidad, vivamente estimulada por la confianza y la admiración que Emmanuel no dejaba de manifestar ante las condiciones nacientes de su hermana menor. Pero también esta relación afectiva e intelectual intensa debía ser interrumpida por la muerte. Emmanuel sufría desde su niñez de trastornos cardíacos, y su hermana sabía, tanto como él mismo, que debía morir muy joven. Murió, efectivamente, en 1902, a la edad de 25 años.

Para esa fecha Melanie Reizes estaba ya prometida a Arthur Klein desde hacía unos tres años. En lugar de iniciar estudios de Medicina como se había propuesto, asistió a cursos de Historia y de Arte en la Universidad de Viena. Se casó en 1903, y desde entonces acompañó a su marido, ingeniero químico, a los diferentes lugares de Europa central donde este ejerció su profesión. Durante esos años tuvo tres hijos: Melitta, nacida en 1904, Hans, nacido en 1907, y Erich, nacido en 1914. Sabemos que la familia Klein se instaló en Budapest algunos años antes de la Primera Guerra Mundial y que permaneció allí hasta la revolución de Béla Kun. Fue en Budapest donde Melanie Klein comenzó a leer las obras de Freud.

1. Su encuentro con el psicoanálisis

Sabemos que Melanie Klein fue psicoanalizada por Sandor Ferenczi durante la Primera Guerra Mundial. Los hitos biográficos incluidos en la introducción de *Amor, culpa y reparación* (1937b, 1937c) nos proporcionan las indicaciones siguientes:

> Solo en tiempos de la Primera Guerra Mundial pudo proseguir, aunque bajo una nueva forma, su interrumpida carrera. Por casualidad llegó a sus manos un libro de Freud y al leerlo sintió que le aportaba algo que de un modo vago ella venía buscando desde siempre. Residía entonces en Budapest y tuvo oportunidad de iniciar un análisis con Ferenczi, quien la alentó a especializarse en el psicoanálisis de niños; y antes del fin de la guerra ya había comenzado a hacerlo, siempre en Budapest (Money-Kyrle, 1975:11).

En realidad, las cosas no pudieron ocurrir así. Freud y Ferenczi esperaban poder crear en Budapest un policlínico y un instituto de psicoanálisis gracias a una importante donación de Anton von Freund, rico cervecero de Budapest que era discípulo de Freud y que llegó a ser miembro del famoso comité secreto fundado, después de la disidencia de Jung, por los discípulos más allegados de Freud, a iniciativa de Ernest Jones, para defender el psicoanálisis y a su fundador y para dirigir el movimiento. Budapest iba a convertirse así en el centro principal del psicoanálisis. Pero estos proyectos surgieron recién en 1918, durante las semanas exaltantes del Congreso de Budapest, en cuyo transcurso pareció que la nueva ciencia lograría el apoyo de las autoridades, a causa de los servicios que había prestado en el tratamiento de las neurosis de guerra (Jones, 1955: 213).

El 27 de agosto de 1918, un mes antes del congreso, Karl Abraham no conocía aún a Anton von Freund, y Freud le escribió: “Creo que Sachs le proporcionó a usted algunas informaciones sobre el doctor Von Freund, a quien me estoy refiriendo. […] Es muy probable que Budapest sea en el futuro la central de nuestro movimiento”. (Freud-Abraham, 1907-1926: 403). En realidad la donación de un millón de coronas que Von Freund había prometido se redujo a una suma inferior a causa de la enfermedad y muerte del donante y, sobre todo, su valor efectivo llegó a ser insignificante como consecuencia del derrumbe de la moneda de los imperios centrales después de la derrota. Budapest no se transformó en la sede principal del movimiento psicoanalítico y el proyecto de fundación de un policlínico no se concretó. En realidad, sabemos hoy que Melanie Klein nunca ejerció el psicoanálisis en Budapest. Pronto volveremos a ocuparnos de la índole de sus actividades psicoanalíticas en Hungría.

Su análisis con Ferenczi, en cambio, está comprobado. Pero no nos resulta posible establecer con certeza en qué fecha tuvo lugar el tratamiento. Se pueden, sin duda, excluir algunos períodos determinados. No es imposible que Melanie Klein haya consultado a Ferenczi, el principal discípulo húngaro de Freud, quien gozaba ya de una reputación halagadora en su país, en los meses que siguieron al comienzo de la guerra. Pero el tratamiento no pudo haber comenzado entonces: alrededor del 20 de octubre de 1914 Ferenczi fue movilizado como médico militar de un regimiento de húsares y destinado con su unidad a Papa, ciudad que distaba, por ferrocarril, más de 160

kilómetros de Budapest, y debió abandonar su clientela (Jones, 1953-1957, II: 187-188). Permaneció allí hasta enero o febrero de 1916, en cuya fecha fue nombrado médico jefe de una clínica neurológica militar. No es imposible que un hombre de actividad desbordante como él haya vuelto a tomar entonces pacientes en análisis. Karl Abraham, quien también tenía a su cargo un servicio psiquiátrico militar en Allenstein, cerca de Koenigsberg, tomó algunos pacientes en tratamiento en esa localidad (Freud-Abraham, 1907-1926: 400-401). Por lo tanto es posible que el análisis de Melanie Klein haya tenido lugar en esa época. En tal hipótesis, debió interrumpirse, o terminar, a mediados de febrero de 1917. Por ese entonces, en efecto, Ferenczi enfermó de tuberculosis pulmonar. Padecía también de bocio exoftálmico y debió pasar tres meses en un sanatorio, en Semmering, estación de altura situada a unos 60 kilómetros al sur de Viena. Volvió a Budapest a fines de mayo, después de haber sostenido con Freud largas entrevistas durante las cuales ambos discutieron las opiniones de Lamarck sobre la evolución: comienzo, para uno, de *Más allá del principio del placer* (1920), y para el otro, de *Thalassa* (1924e). Ferenczi residió desde entonces en Budapest, se ocupó de organizar las vacaciones que tomaría Freud en los Tatra en el verano de 1917 y de preparar el Congreso de Psicoanálisis que se desarrolló en Budapest los días 28 y 29 de septiembre de 1918.

El análisis de Melanie Klein pudo, por consiguiente, haber comenzado o haberse reiniciado en mayo de 1917. No sabemos en qué consistió ese tratamiento. Como Sandor Ferenczi elaboró durante los años de la guerra los principios de su *técnica activa*, que incluía órdenes y prohibiciones dirigidas al paciente, puede suponerse sin arriesgar demasiado que este hombre íntegro y entusiasta, que nunca hacía las cosas a medias, aplicaba esa técnica a todos sus pacientes y que Melanie Klein fue tratada de ese modo. La técnica estaba destinada a abreviar los períodos improductivos del trabajo analítico. En una primera etapa el analista ordena al paciente que satisfaga sus tendencias sexuales reprimidas. Luego esas satisfacciones son prohibidas y analizadas relacionándolas con los afectos y las escenas infantiles. Ferenczi había recibido la aprobación de Freud, quien, por lo demás, no formuló explícitamente la regla de abstinencia hasta 1918, en el Congreso de Budapest (Freud, 1919). Por otra parte, en sus escritos técnicos Ferenczi (Ferenczi, 1919b: 37) se muestra muy circunspecto en cuanto a las indicaciones de su método. Como quiera que sea, Melanie Klein quedó impresionada por la brillante personalidad de su analista. En el prefacio a la primera edición de *El psicoanálisis de niños* (1932) escribió:

> Ferenczi fue el primero que me introdujo en el psicoanálisis. También me hizo comprender su verdadera esencia y significado. Su fuerte y directa comprensión del inconsciente y del simbolismo y su notable *rapport* con la mente infantil tuvieron una duradera influencia en mi comprensión de la psicología del niño pequeño. También me señaló mi aptitud para el análisis de niños, por cuyo progreso tomó un interés personal, alentándome a dedicarme a este campo de la terapia analítica, tan poco explorado hasta entonces. Más aún, hizo cuanto pudo para apoyarme en mis primeros esfuerzos. Es a él a quien debo mis primeros pasos en mi trabajo de analista (1932: 14).

Sabemos, por el testimonio de Willy Hoffer (1961), que Melanie Klein asistió al Congresode Psicoanálisis de Budapest en septiembre de 1918. Pero lo hizo como uno más de los miembros del público, que fue bastante numeroso: el congreso no estaba reservado con exclusividad a los psicoanalistas, y las conferencias tuvieron lugar en el gran salón de la Academia de Ciencias de Hungría. Allí vio a Freud por primera vez. Este leyó –contra su costumbre de hablar sin recurrir a anotaciones– su artículo sobre "Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica" (Freud, 1919). Melanie Klein quedó sin duda entusiasmada, ya que ese congreso fue verdaderamente excepcional, no solo por la calidad de las comunicaciones, sino también, y sobre todo, por su atmósfera. En apariencia el psicoanálisis estaba a punto de ser reconocido por las autoridades: los congresistas fueron recibidos oficialmente por la Municipalidad de Budapest, y entre los estudiantes de la universidad circuló una petición de que se creara la cátedra de Psicoanálisis y se nombrara en ella a Ferenczi. La donación de Anton von Freund despertaba grandes esperanzas. Todo esto había de cambiar en menos de dos meses, como consecuencia del derrumbe de los imperios centrales.

Cuando Melanie Klein presentó, un año después, su primera comunicación a la Sociedad Húngara de Psicoanálisis, suscitó mucho interés y recibió elogios de Ferenczi y de Von Freund, quien le formuló preguntas especialmente pertinentes y que la ayudaron a madurar algunas de sus concepciones. Posteriormente, en ocasión del Congreso Internacional de Psicoanálisis de La Haya, en septiembre de 1920, Ferenczi la presentó a Karl Abraham, quien la invitó a trasladarse a Berlín. Parece comprobado que Ferenczi no la guio en su tarea y, en especial, que no supervisó su primer trabajo psicoanalítico. Se limitó a alentarla y a prestarle libros (Hoffer, 1961: 1-3). Melanie Klein fue elegida miembro titular de la Sociedad Húngara el 13 de julio de 1919, inmediatamente después de haber leído su primer artículo. Aún no había comenzado a practicar el psicoanálisis, por lo menos en el sentido con que lo entendemos hoy en día.

En marzo de 1919 había dejado Budapest, a causa de la situación política. La derrota de las potencias centrales determinó el fin del Imperio Austro-Húngaro, el 31 de octubre de 1918. El 16 de noviembre se proclamó la República Húngara, designándose a Mihály Károlyi como presidente provisional. La derrota y la ocupación aliada provocaron dificultades económicas, y también perturbación política cuando se supo que los vencedores se proponían amputarle a Hungría los dos tercios de su territorio. En este contexto se produjo, el 20 de marzo de 1919, la sublevación dirigida por Béla Kun y el partido comunista, estableciéndose la República Soviética Húngara. El levantamiento de Béla Kun instaló en el poder durante cuatro meses un régimen que se mostró muy favorable al psicoanálisis: se creó una cátedra de Psicoanálisis para Ferenczi, y otra, de Psicoanálisis Aplicado, se asignó a Géza Roheim. Pese a ello Melanie Klein, probablemente a instancias de su marido, se trasladó con este y sus hijos a Ruzomberok (Hoffer, 1961: 2), pequeña ciudad de Eslovaquia, donde, según parece, vivían parientes del marido. Desde allí volvió a Budapest en el mes de julio para asistir a la reunión de la

Sociedad Psicoanalítica Húngara, en la que leyó su trabajo (1921, 1923a: 15*n*). Residió en Ruzomberok cerca de un año.

Su primer trabajo no se basa en datos obtenidos en el curso de un psicoanálisis clásico, sino en la observación del desarrollo de un niño (1921, 1923a: 15-65) durante el período en que este recibía de su madre explicaciones destinadas a satisfacer su curiosidad sexual, puesta en evidencia por sus numerosas preguntas. El trabajo describe los efectos que produjeron en el niño esas explicaciones. Estamos en condiciones de afirmar que ese niño era Erich, el segundo hijo de Melanie Klein, que tenía entonces cinco años (1921, 1923a: 27-30). La educación sexual del niño comenzó en marzo de 1919, tan pronto como la familia Klein llegó a Ruzomberok, y prosiguió después de la lectura del trabajo; luego se transformó en una verdadera psicoterapia psicoanalítica del niño llevada a cabo por su madre, en Ruzomberok y más tarde en Berlín. Esta psicoterapia se prolongó hasta 1922. Melanie Klein, que la describió adoptando para Erich el seudónimo de Fritz, aclaró en muchas oportunidades que antes de trasladarse a Berlín no había analizado a ningún otro niño: "Mi primer paciente fue un niño de cinco años. Me referí a él con el nombre de 'Fritz' en mis primeros trabajos publicados. […] Entre 1920 y 1923 reuní más experiencia con otros casos de niños…" (1955b: 130-131), escribió al respecto. Entre 1920 y 1923 Melanie Klein residió en Berlín, y por lo tanto fue allí donde comenzó a analizar niños, con la excepción ya señalada de su propio hijo.

No existe mucha documentación relativa a los últimos meses de 1919 y los primeros de 1920. Del 8 al 12 de septiembre de 1920 asistió al Congreso de Psicoanálisis de La Haya, el primero que tuvo lugar sin la presencia de Freud, y el primero, también, que reunió después de la guerra a los psicoanalistas anglosajones y a los de Europa central. Durante el Congreso, Ferenczi la presentó a Karl Abraham, que presidía la Sociedad Berlinesa de Psicoanálisis. Abraham, que era un hombre prudente y reflexivo, algo propenso a los entusiasmos inmediatos, se sintió lo bastante impresionado como para sugerirle, durante el Congreso, que se instalara en Berlín y practicara allí el psicoanálisis de niños. Melanie Klein aceptó la invitación y se dispuso a trasladarse a Berlín. En el Congreso de La Haya tuvo también oportunidad de oír y de conocer a Hermine von Hug-Hellmuth, a quien se consideraba entonces la principal especialista en análisis de niños. El contacto fue muy frío: Hermine von Hug-Hellmuth mostró reserva frente a la novicia entusiasta y carente de formación universitaria; Melanie Klein se sintió decepcionada y, por lo demás, no tardó en comprobar que su predecesora no tenía gran cosa que enseñarle. Ambas coexistieron en la Sociedad Psicoanalítica de Berlín sin colaborar entre sí.

A principios de diciembre de 1920 encontramos a Melanie Klein en Budapest. El 5 de diciembre asistió a una reunión científica de la Sociedad de Psicoanálisis y presentó una comunicación titulada "Contribution to Analysis in Early Childhood", mencionada en el *International Journal of Psycho-Analysis* (1: 370). Hacia fin de año, su primer artículo *publicado* apareció en el *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, bajo el título

"Der Familienroman in Statu Nascendi" (1920). Se trata de un episodio extraído del caso de Erich (Fritz) y no de su trabajo leído en julio de 1919, el cual no fue publicado por *Imago* hasta 1921. El 14 de diciembre ya había partido de Budapest, y escribió a Ferenczi para pedirle que le enviase un libro (Hoffer, 1961: 2). Pasó las fiestas de fin de año en Ruzomberok y luego se trasladó a Alemania. Lo hizo en compañía de sus hijos pero no de su marido, quien había hallado un empleo en Suecia y se instaló en ese país. La separación fue definitiva: el divorcio fue decretado poco después.

2. La estancia en Berlín

Melanie Klein llegó a Berlín en enero de 1921. Continuó el "psicoanálisis" de Erich y recibió valiosos consejos de Abraham (1955b: 130). Ya el 3 de febrero la Sociedad de Psicoanálisis dedicó una sesión a su relato de la segunda parte de la educación psicoanalítica de Erich, y la sesión de la semana siguiente fue destinada por entero a discutir esa comunicación. El 5 de mayo hizo una exposición sobre los trastornos de orientación en los niños. Esta exposición no ha sido publicada, pero su contenido fue retomado en "Análisis infantil" (1923c, 1926a).

En 1922 pasó a integrar la lista de los miembros asociados de la Sociedad Psicoanalítica de Berlín. Comenzó a trabajar en el policlínico. Continuó la psicoterapia de Erich y multiplicó sus comunicaciones –por lo general breves y relacionadas con aspectos clínicos– presentadas en las sesiones científicas de la sociedad berlinesa: "An Anecdote Taken from the Life of Walter Scott" (Una anécdota tomada de la vida de Walter Scott), el 24 de enero; "'Sunday Neurosis' in a Child" (Una "neurosis del domingo" en un niño), el 24 de febrero, informe sobre un caso observado en el policlínico y que confirmaba las opiniones de Ferenczi sobre las neurosis de los domingos (Ferenczi, 1919a); "Some Observations on Latent Anxiety" (Algunas observaciones sobre la angustia latente), el 21 de marzo, texto sin duda idéntico al artículo titulado "La ansiedad infantil y su significado para el desarrollo de la personalidad", cuya existencia y aprovechamiento para la redacción de "Análisis infantil" (1923c, 1926a) surge de la bibliografía compilada para *Contributions to Psychoanalysis* (1948a) por Lola Brook, quien fue su secretaria y amiga íntima durante los últimos 15 años de su vida; "Some Observations on a School Exercise" (Algunas observaciones sobre una composición escolar), el 11 de abril, y "Compulsive Dissimulation and Mythomania" (Compulsión a la disimulación y a la mitomanía), el 2 de mayo.

Los días 25, 26 y 27 de septiembre de ese año (1922) se celebró en Berlín el Congreso Internacional de Psicoanálisis. Freud asistió y leyó un texto que no ha sido publicado: "Some Observations on the Unconscious" (Algunas observaciones sobre el Inconsciente). Fue el último congreso al que concurrió. El nivel científico fue particularmente elevado y estimulante para el pensamiento: Abraham leyó su texto sobre la melancolía (1924b: 322-330); Ferenczi presentó y resumió *Thalassa* (1924), Géza Roheim leyó "Nach dem Tod des Urvaters" (Después de la muerte del padre primitivo) (1923). Melanie Klein tuvo la alegría inmensa de leer, en presencia de Freud, un artículo titulado "El desarrollo y la inhibición de las capacidades", que constituye el núcleo esencial de su posterior "Análisis infantil" (1923c, 1926a: 424). En 1923 Melanie Klein siguió presentando sus comunicaciones científicas a la Sociedad Psicoanalítica de Berlín: "Remarks on the Analysis of a Child" (Observaciones sobre el análisis de un niño), el 13 de febrero; "How Children Play at Doctor" (El juego del doctor tal como lo practican los niños), el 10 de abril, y una breve comunicación clínica el 8 de mayo (estos textos no han sido publicados). El 20 de febrero fue elegida miembro titular de la Sociedad. Pero esas

comunicaciones sobre cuestiones de detalle no son sin embargo lo esencial. En el curso de ese mismo año, Melanie Klein emprendió una segunda experiencia psicoanalítica excepcional (la primera fue el análisis de su hijo) e inventó la técnica del juego, que será la base de todos sus descubrimientos posteriores. El 7 de octubre de 1923 Karl Abraham informó de esto a Freud (sin obtener respuesta): "La Señora Klein ha realizado en los últimos meses con éxito terapéutico el psicoanálisis (PsiA) de un niño *[sic]* de tres años" (Freud-Abraham, 1907-1926: 493). Fue, en efecto, durante el verano cuando Melanie Klein analizó a la pequeña Rita; la niña contaba dos años y tres meses al comenzar el tratamiento y este se prolongó durante tres o cuatro meses. El análisis se realizó en el domicilio de la niña, que jugaba espontáneamente con sus juguetes, y Melanie Klein analizó el juego, como lo había hecho en el caso de Erich. La técnica del juego fue, pues, impuesta en cierto modo por los mismos niños. Solo en una segunda etapa, en ese mismo año de 1923, Melanie Klein, alertada por lo que ocurrió en los comienzos del análisis de Rita, decidió analizar a los niños en su propio domicilio –para evitar que la familia interfiriera en el tratamiento– y concibió la idea de proporcionarles juguetes, transformando así un fenómeno espontáneo en una técnica deliberada.

El análisis de Rita confirmó los datos obtenidos en el de Erich e hizo posibles nuevas adquisiciones: la demostración de la existencia y la severidad de una instancia crítica interna a una edad muy temprana, la importancia de las fantasías sádicas anales y uretrales, las primeras apreciaciones sobre la situación de angustia típica de la niña. Señaló el verdadero comienzo del psicoanálisis kleiniano tal como lo conocemos hoy en día.

También en 1923 tuvo lugar la redacción y publicación de dos extensos artículos (1921, 1923a; 1923b, 1924), basados en el material obtenido durante la experiencia con Erich y en los primeros análisis realizados en 1921 y 1922. Mostraremos más adelante (en el Capítulo 2) cómo esos textos contienen ya una concepción muy original de las relaciones entre la represión, la inhibición y la sublimación, concepción que Melanie Klein modificará posteriormente pero que proveyó la base teórica de la técnica del juego, cuyos resultados determinaron que la abandonase. El año 1923 constituye, pues, un hito decisivo.

De la vida privada de Melanie Klein en esta época es poco lo que sabemos: se divorció poco después de 1921. Por otra parte –aunque no es posible establecer una relación entre ambos hechos– a comienzos de 1924 inició un análisis con Karl Abraham. Del 22 al 23 de abril participó en el Congreso Internacional de Salzburgo, el segundo de los celebrados en esa ciudad. Freud, extenuado por la enfermedad, no concurrió. Durante el Congreso, Abraham fue elegido presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Melanie Klein leyó una comunicación titulada "La técnica del análisis de niños pequeños",[1] que no ha sido publicada. Se trata de la primera versión del célebre artículo sobre "Principios psicológicos del análisis infantil" (1926b, 1927a), al que por lo general se considera como el primer texto en que se exponen las ideas kleinianas.

Sabemos, por una nota de Melanie Klein (1926b, 1927a: 138), que esta sostuvo en Salzburgo que los niños, en las primeras formas de las teorías sexuales infantiles, conciben y desean el coito como acto oral. Pero lo verosímil es que en ese texto no estuvieran presentes, en su forma definitiva, todas y cada una de las tres tesis fundamentales de 1926: *1)* el comienzo del complejo de Edipo inmediatamente después del destete, *2)* la introyección del superyó desde la aparición del conflicto edípico, y *3)* la existencia de la transferencia en la técnica del psicoanálisis de los niños muy pequeños con un papel comparable al que desempeña en el adulto. Solo la tercera fue sin duda formulada con claridad, ya que el análisis de Rita le permitió entregarse a importantes reflexiones de orden técnico, mientras que la importancia del sadismo oral se manifestó durante los análisis, comenzados todos ellos en 1924, de Ruth, Trude, Peter y Erna (1955a, 1955b), y quizá durante el análisis de la propia Melanie Klein con Abraham, quien, como sabemos (Abraham, 1924a), estaba muy atento a todo lo que se relacionase con este punto. La comunicación que Melanie Klein presentó en el Congreso produjo una fuerte impresión en Ernest Jones, presidente de la Sociedad Británica de Psicoanálisis y principal responsable del *International Journal of Psycho-Analysis.* Jones le abrió las columnas de su revista y la invitó a trasladarse a Londres el año siguiente para dar una serie de conferencias. Algunas psicoanalistas inglesas, en especial Alix Strachey y Joan Riviere, ya habían presentido la importancia de los trabajos de Melanie Klein, y desde el comienzo le brindaron un apoyo que fue muy valioso para ella.[2]

En ese mismo año de 1924 en que trata a los cuatro niños que hemos mencionado, presenta varias comunicaciones en las sesiones de la Sociedad Psicoanalítica de Berlín: "Efecto que producen las interrupciones del tratamiento en el análisis de niños" y "La actividad del superyó en el cuarto año de vida de un niño", ambas el 6 de mayo. El 14 de junio, en colaboración con dos colegas, presenta interpretaciones de dibujos infantiles. En el otoño, el análisis de Erna está lo bastante avanzado como para permitirle relatarlo bajo el título "Extracto del análisis de una neurosis obsesiva en una niña de seis años", en la reunión de psicoanalistas alemanes organizada por Abraham el 11 y 12 de octubre en Würzburg. Después de haber oído esta exposición, Abraham sostuvo, en la discusión que siguió: "El porvenir del psicoanálisis está en el psicoanálisis de niños". Esta declaración sorprendió en extremo a Melanie Klein, que no tenía clara conciencia de la importancia de sus descubrimientos y se consideraba fiel discípula de Freud y de Abraham. Sentía que el camino seguido por ella era tan natural y evidente, que cualquier otro discípulo de Freud habría podido obtener los mismos resultados, y que las particularidades de sus concepciones eran el reflejo directo de las del psiquismo del niño pequeño. El 11 de noviembre de 1924 se refirió a las "Manifestaciones infantiles del sentimiento de culpabilidad". El 13 de diciembre, por último, presentó una comunicación sobre "Los principios psicológicos del análisis en la infancia". Debe suponerse que este artículo era o bien extenso o bien importante desde el punto de vista teórico, ya que, contrariamente al hábito berlinés de las comunicaciones clínicas breves, le fue dedicada una sesión entera

(*International Journal of Psycho-Analysis*, 1923, 4). Es posible identificar esta comunicación y el célebre artículo "Principios psicológicos del análisis infantil" (1926b, 1927a), publicado recién en 1926, y que retrospectivamente ha sido considerado un verdadero manifiesto de las ideas kleinianas. En diciembre de 1924, en efecto, el análisis de Trude ya había concluido; los de Peter y Ruth estaban muy adelantados, y el de Erna llevaba ya más de seis meses (y habría de prolongarse aún otros 18). Melanie Klein conocía por ese entonces los vínculos del sadismo oral con la fase inicial del complejo de Edipo, hecho central en el que se basa el artículo de 1926.

Poco es lo que intervino en los debates de la Sociedad Psicoanalítica de Berlín en el año 1925. Solo se señala de ella una breve comunicación, en febrero, sobre "Analogía entre ciertos crímenes y las fantasías de los niños". En compensación, publicó "Una contribución a la psicogénesis de los tics" (1925a-b: 116-136), artículo que no incluye aún ninguna de las nuevas ideas y continúa directamente los textos de 1923. En esta época parece hallarse plenamente absorbida por su análisis con Abraham. Pero este, que sufría de enfisema, se trasladó a Holanda para dar tres conferencias. Volvió a principios de junio, afectado por lo que creía ser una bronquitis, y debió guardar cama. El análisis de Melanie Klein se interrumpió así, al cabo de 14 meses, y no volvió a reiniciarse. En realidad Abraham se había lastimado la faringe al tragar, en Holanda, una espina de pescado. Esto le produjo una bronconeumonía infecciosa, luego un absceso pulmonar y por último un absceso subfrénico. Los ataques de fiebre se alternaron con intervalos libres y estados de euforia –que le daban la ilusión de estar próximo a curarse– hasta el primero de enero de 1926, fecha de su muerte. Entretanto no había podido retomar sus actividades (Freud-Abraham, 1907-1926).

Poco después de la interrupción de su análisis, Melanie Klein, que, como todo el mundo, esperaba una rápida curación de Abraham, se trasladó a Inglaterra para pronunciar las conferencias que le había pedido Jones el año anterior. Permaneció seis semanas y dio seis conferencias ante los miembros de la Sociedad Británica de Psicoanálisis. Obtuvo una acogida calurosa y una adhesión general a sus ideas que la sorprendió gratamente: en Berlín, solo Abraham le dispensaba un apoyo sincero. En esta oportunidad Jones la invitó a instalarse en Inglaterra por lo menos durante un año. Algunos colegas le pidieron que analizara a sus hijos.

De regreso en Berlín, asistió a la evolución de la enfermedad de Abraham. Cuando él murió, su duelo fue por cierto largo y penoso: Melanie Klein, por lo general tan activa, no presentó ninguna comunicación ni publicó ningún artículo hasta fines de 1928, a excepción de "Principios psicológicos del análisis infantil" (1926b, 1927a), que apareció en 1926 pero probablemente fue redactado o por lo menos comenzado en 1924 (Freud-Abraham, 1907-1926). Aparte de los efectos perturbadores propios de una situación semejante, Melanie Klein perdió con Abraham su principal garante en el plano científico y su único apoyo real en Berlín. La Sociedad Berlinesa de Psicoanálisis se le hizo difícil de soportar. Las propuestas británicas se le presentaron entonces bajo otro aspecto.

Mientras Abraham vivió, Melanie Klein no quiso alejarse de Berlín: según lo afirman María Torok y Nicolás Abraham en su introducción a la edición francesa (1968:9) de *Contributions to Psychoanalysis* (1948a), esperaba obtener en su diván lo que ella ya era capaz de procurar a los niños. Después de la muerte de Abraham aceptó la oferta de Ernest Jones, concluyó los análisis que tenía en curso, en especial el de Erna, y se preparó para instalarse en Londres. Tenía entonces 44 años. Sin nada que la ligara ya al Continente, entró en una nueva etapa de su carrera, que haría de ella la inspiradora de la escuela inglesa de psicoanálisis.

1. La cuestión de la identidad del pequeño Fritz

Al referirse en 1953 a las circunstancias en que inventó su técnica de psicoanálisis de niños por medio del juego, Melanie Klein expresó:

> Mi primer paciente fue un niño de cinco años. Me referí a él con el nombre de Fritz en mis primeros trabajos publicados (1921, 1923a, 1948a, 1923b, 1924, 1926b, 1927a). Al principio creí que sería suficiente influir en la actitud de la madre. Le sugerí que debía incitar al niño a discutir libremente con ella las muchas preguntas no efectuadas que se encontraban obviamente en el fondo de su mente e impedían su desarrollo intelectual. Esto tuvo un buen efecto, pero sus dificultades neuróticas no fueron suficientemente aliviadas y pronto decidimos que debía psicoanalizarlo (1955b: 130).

En realidad, el caso de Fritz desempeñó un papel considerable en los primeros escritos de Melanie Klein. El artículo publicado en 1921, compuesto por dos partes, de las cuales la primera fue leída en la Sociedad Psicoanalítica de Budapest en julio de 1919 (1921, 1923a: 15*n*), y la segunda, en la Sociedad Psicoanalítica de Berlín en febrero de 1921 (1921, 1923a: 39*n*), le está dedicado íntegramente. El caso vuelve a ser mencionado en dos artículos publicados en 1923: "El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño" (1923b, 1924: 71-87) y "Análisis infantil" (1923c, 1926a, 1926a: 88-115).

En "El desarrollo de un niño" (1921, 1923a), Melanie Klein presenta al niño en estos términos: "El niño en cuestión es el pequeño Fritz, hijo de conocidos que viven cerca de mi casa. Esto me dio oportunidad de estar a menudo en compañía del niño, sin ninguna restricción. Además, como la madre sigue todas mis recomendaciones, puedo ejercer amplia influencia en su crianza" (1921, 1923a: 16). Cuando Melanie Klein escribió estas líneas residía en Eslovaquia, y cabe deducir, por lo tanto, que el niño también vivía en Ruzomberok. Pero en "Análisis infantil" nos informa que reinició el análisis del niño cuando este contaba algo menos de siete años, es decir en 1921. Ahora bien, en esa época ella se encontraba en Berlín. Sería necesario pues, que la familia del niño, por extraordinaria coincidencia, se hubiese mudado también a Berlín, o bien –y esto es algo que cuesta admitir– que el niño hubiese sido enviado a Berlín para continuar allí su análisis. Ello nos induce a creer que se trataba probablemente del hijo menor de Melanie Klein, Erich, nacido en 1914, y cuya edad coincide exactamente con la de Fritz. Se comprende así que el niño haya seguido a Melanie Klein a Alemania y que esta haya podido prevalerse desde el principio de la docilidad de la madre ante sus consejos y de la influencia que de este modo estaba en condiciones de ejercer sobre la educación de "Fritz".

Por otra parte, conviene señalar que es inexacta la declaración de la creadora de la técnica del juego, de que "El desarrollo de un niño" (1921, 1923a) fue su primer artículo publicado. En realidad, la parte inicial de ese texto es, efectivamente, su primera comunicación que tuvo a un público como destinatario: los miembros de la Sociedad

Húngara de Psicoanálisis. Pero solo fue publicado en 1921, junto con la segunda parte, bajo el título y en la forma con que lo conocemos actualmente. Ahora bien, en 1920 el *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse* había publicado, en su sección regular de "Mitteilungen aus dem infantile seelenleben" (Comunicaciones sobre la vida psíquica infantil), un artículo de Melanie Klein (Budapest) titulado "Der familienroman in Statu Nascendi". Ese artículo, que Lola Brook incluyó en la bibliografía de *Contributions to Psychoanalysis* (1948a), es uno de los pocos textos de Melanie Klein que nunca fue traducido al inglés ni reeditado. Al examinarlo se comprende la razón de que se lo haya dejado caer en el olvido: su contenido, con escasas diferencias, fue reproducido íntegramente en "El desarrollo de un niño" (1921, 1923a: 18-19) y consiste en lo siguiente: al aproximarse la Pascua, el niño se sintió visiblemente decepcionado por las explicaciones de su madre relativas a la inexistencia del Conejo de Pascua, que es, según la tradición de los países germánicos, quien lleva a los niños los juguetes y golosinas que son escondidos en los jardines en la mañana de Pascua. Después de eso se había mostrado reservado y se había encaprichado con los hijos de los vecinos, que le aseguraban que el Conejo de Pascua existía realmente. En tales circunstancias, la madre aprovechó una conversación para instruir al niño sobre el embarazo y el nacimiento de los bebés. Las explicaciones fueron mal recibidas, y dos días después de esa conversación el niño anunció que iba a cambiar de padres y que se iría a vivir con los vecinos. Melanie Klein describe el episodio en forma detallada y vincula ese deseo de cambiar de familia con la formación de la novela familiar, descrita por Freud ("La novela familiar de los neuróticos", 1909). Pero el niño en cuestión, cuya identidad con Fritz es manifiesta, es designado explícitamente en ese artículo como el hijo de Melanie Klein: "El niño, que tiene ahora cinco años, es fuerte y sano…" (1921, 1923a: 16). "Era antes de Pascua y él había oído decir muchas cosas lindas sobre el Conejo de Pascua" (1920: 154). Sin duda esa precisión motivó que se excluyera el artículo de las compilaciones publicadas más tarde.

Por consiguiente, el origen de la técnica kleiniana del psicoanálisis de niños por medio del juego se encuentra en la relación que Melanie Klein mantuvo con su hijo entre los días previos a la Pascua de 1919 y el fin de ese "análisis", en 1921. Ella misma señala a nuestra atención la importancia que tuvo esa relación en el desarrollo posterior de su obra: "Este análisis era el comienzo de la técnica psicoanalítica del juego, porque desde el principio el niño expresó sus fantasías y ansiedades principalmente jugando, y al aclararle consistentemente su significado, apareció material adicional en su juego. Es decir, en esencia, ya usé con este paciente el método de interpretación que se hizo característico de mi técnica" (1955a: 130). Es inevitable relacionar el caso de Erich con el de Juanito, cuyo análisis, el primero que se haya hecho de un niño pequeño,[3] ha sido relatado por Freud (1900, 1909).

En ambos casos el análisis fue realizado por uno de los padres del niño. Lo que hoy nos parece extraño era tenido entonces por cosa natural e incluso mirado como condición

de posibilidad del análisis de un niño muy pequeño: "Solo la reunión en una sola persona de la autoridad paterna con la médica, la conjunción del interés tierno con el científico posibilitaron en este único caso obtener del método una aplicación para la cual de ordinario habría sido inapropiado" (Freud, 1909: 7). Como más tarde lo haría Ferenczi con Melanie Klein, Freud alentó a los padres de Juanito, que eran sus fieles adeptos, a observar a su hijo, entonces menor de tres años, desde un punto de vista psicoanalítico, con el propósito particular de verificar las hipótesis expuestas el año anterior en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905). Los padres multiplicaron sus observaciones e informaron regularmente a Freud (Freud, 1909: 8).

La intención inicial de los padres no era solo estudiar el desarrollo de Juanito, sino "… educar a su primer hijo con más compulsión que la requerida a toda costa para mantener las buenas costumbres; y como el niño se iba convirtiendo en un muchacho alegre, despierto y de buena índole, prosiguió con toda felicidad ese ensayo de dejarlo crecer y manifestarse sin amedrentamiento" (Freud, 1909: 8). Pero 18 meses después del comienzo de sus observaciones constataron la aparición de un síntoma fóbico, y el padre tomó la decisión de efectuar el análisis del niño. También en el caso de Erich el objetivo de Melanie Klein era al principio puramente educativo. Pero la educación se transformó en análisis cuando se hizo evidente que el niño no lograba la liberación como se había anticipado y presentaba en cambio una agravación de algunos rasgos neuróticos. Por lo tanto, puede considerarse que Melanie Klein partió en 1919 del mismo punto del que Freud y el padre de Juanito habían partido unos 12 años antes. Solo que ella pudo llegar más lejos gracias a la comprensión del simbolismo de los juegos del niño, que le permitiría superar el principal obstáculo, señalado por Freud en 1918, y que consiste en la incapacidad del niño para producir asociaciones verbales.[4]

2. Los objetivos pedagógicos iniciales de Melanie Klein

La ambición inicial de Melanie Klein era puramente pedagógica, pero también grandiosa y caracterizada por un tono de entusiasmo militante: no se trataba de curar perturbaciones neuróticas, de cuidar, de readaptar al niño a su ambiente para permitirle reincorporarse al término medio, como se propuso posteriormente Anna Freud. La perspectiva era del todo diferente: la humanidad promedio no es normal, es enferma sin saberlo. La enfermedad más difundida es la inhibición intelectual, y Melanie Klein (1921, 1923a: 32-3 9) pasa revista a sus exteriorizaciones más triviales, basándose siempre en el postulado siguiente, que permanece implícito sin dejar por ello de ser manifiestamente operante: solo es normal de verdad una actividad intelectual que incluya la capacidad de abarcar toda la extensión del campo de los intereses y a la vez la capacidad de penetrar en profundidad, que se ejerza tanto en el dominio práctico como en los dominios científicos y especulativos, que se halle íntegramente subordinada al principio de realidad y liberada, en especial, de la ilusión religiosa. Todas las formas de "perjuicio principal hecho a la capacidad intelectual" (1921, 1923a: 33) que describe en julio de 1919 se basan en la supresión, por efecto de la represión, de una u otra de las aptitudes que, a su juicio, son de pleno derecho el resultado de un desarrollo natural de las capacidades del ser humano. Su convicción se fundamenta en el contraste, tan a menudo señalado, entre la espontaneidad y la vivacidad intelectual del niño pequeño y el carácter más restringido, en cierto modo "aplanado", de los intereses intelectuales del niño en edad escolar. La diferencia obedece a la represión de la curiosidad sexual que es inherente al complejo de Edipo.

El inventario que realizó de los tipos de inhibición merece un breve examen. El "… rechazo por la investigación minuciosa en y por sí misma" (1921, 1923a: 33-34) no es natural, sino que procede directamente de la oposición de los adultos a la curiosidad sexual del niño: en la investigación profunda, el niño que sigue existiendo en el adulto teme descubrir "cosas prohibidas" (1921, 1923a: 33) por sus padres en otro tiempo. No puede permitirse, por lo tanto, más que una curiosidad superficial. En otros casos la actividad intelectual sigue siendo posible, e incluso puede ser brillante, pero solo de manera sectorial: el sujeto se detiene ante las consecuencias que implicarían sus ideas; en particular, teme cuestionar las ideas que la autoridad le impone como verdaderas (1921, 1923a: 34). En un tercer tipo, el del "investigador" (1921, 1923a: 34), la inteligencia se reduce en cuanto a la extensión; atraído por un solo problema, el sujeto "…puede dedicarse toda su vida al mismo sin desarrollar ningún interés particular fuera de la esfera limitada que ha elegido" (1921, 1923a: 34). Otro tipo de sabio no está sujeto a esa restricción relativa al campo de intereses, pero "…fracasa rotundamente en lo que respecta a las realidades mayores o menores de la vida diaria" (1921, 1923a: 34); la hipótesis de una retracción del interés motivada por la carga exclusiva del pensamiento abstracto le parece a Melanie Klein inadmisible: solo la represión que ha gravitado en la niñez sobre el conocimiento de las realidades concretas de naturaleza sexual puede

explicar la claudicación de la inteligencia en la esfera práctica.

Todos esos estados de realización intelectual disminuida deben imputarse al carácter represivo de una educación que prohíbe las manifestaciones de la curiosidad sexual del niño. Pero la educación tiene también un efecto perturbador al oponerse al libre funcionamiento de la prueba de realidad y al imponer al niño ideas preconcebidas, sin dejarle la posibilidad de elaborarlas por medio de un esfuerzo personal y de distinguir por sí mismo lo verdadero de lo falso:

> La sumisión permanente al principio de autoridad, la mayor o menor limitación y dependencia intelectual permanente están basadas en esta primera e importantísima experiencia de la autoridad, en la relación entre los padres y el niño pequeño. Su efecto se ve reforzado y apoyado por el cúmulo de ideas éticas y morales que se le presentan al niño debidamente completadas y que forman otras tantas barreras a la libertad de su pensamiento (1921, 1923a: 36-37). Sin embargo, la espontaneidad intelectual del niño resiste a esta intrusión del mundo de los adultos: "…un intelecto infantil más dotado, cuya capacidad de resistencia ha sido menos lesionada, puede a menudo emprender una batalla más o menos exitosa contra ellas" (1921, 1923a: 37).

Tal vez el niño lograría preservar su libertad intelectual si los adultos no dispusieran de un recurso absoluto: la ilusión religiosa: "La idea de una deidad invisible, omnipotente y omnisciente es abrumadora para el niño" (1921, 1923a: 37). Esta idea de Dios es particularmente fácil de introducir en el niño en razón de su experiencia arcaica de dependencia absoluta respecto de la madre; cuando crece y "…se da cuenta de su soledad y debilidad ante las grandes fuerzas de la vida, percibe esta situación como la de su infancia y trata de negar su desolación con una revivificación regresiva de las fuerzas protectoras de la infancia" (1921, 1923a: 37) (Cf. Freud, 1910: 115). El niño se forja la idea de un Dios protector que lo protegerá del desamparo (*Hilflosigkeit)* frente al mundo, como la madre omnipotente protege al lactante. Además, la creencia infantil en la omnipotencia de los pensamientos proporciona un motivo para aceptar la idea de Dios: en una relación de causalidad circular, la idea de Dios alimenta el sentimiento de omnipotencia que ha contribuido a su aceptación.

La capacidad de recurrir a la prueba de realidad se halla definitivamente alterada por la separación de un vasto grupo de pensamientos, de ideas recibidas, de normas inculcadas ante los cuales el juicio personal debe someterse. La educación se hace así cómplice del narcisismo infantil y de la innata tendencia a la represión (1921-1923a: 36) del niño. Logra la socialización de este al precio de una mutilación de su inteligencia de carácter tal, que el simple ejercicio de un pensamiento independiente puede parecer excepcional: "Tenemos tendencia a subrayar el coraje del pensador, que en oposición a la costumbre y a la autoridad, logra llevar a cabo investigaciones completamente originales. No habría tanta necesidad de coraje si no fuera que los niños necesitan un espíritu especial para pensar por sí mismos, en oposición a las más altas autoridades, las cuestiones delicadas que en parte son negadas y en parte prohibidas" (1921-1923a: 36). La actitud del educador interesado en aplicar los conocimientos psicoanalíticos habrá de ser pues muy simple: ausencia de educación religiosa, supresión de los tabúes relativos a la curiosidad

sexual del niño, educación sexual, lucha contra la creencia en lo maravilloso y contra las manifestaciones de la "…megalomanía casi incurable del ser humano" (Ferenczi, 1913h: 74) que se expresa en el sentimiento de omnipotencia de los pensamientos.

Este programa revela indiscutiblemente la influencia de Sandor Ferenczi. Los temas que interesaban a este eran tan diversos que a menudo se olvida que hizo su entrada en el círculo de discípulos de Freud leyendo en 1908, en el Congreso de Salzburgo, un artículo en el que formulaba la pregunta siguiente: "¿Qué enseñanzas prácticas puede extraer la pedagogía de las observaciones hechas por la investigación psicoanalítica?" (Ferenczi, 1908d: 53). En él señalaba con insistencia uno de los más graves errores de la educación, "…el rechazo de las emociones y de las representaciones. Podríamos afirmar incluso que cultiva la negación de las emociones y las ideas" (Ferenczi, 1908d: 54). Pero, como lo demostró Freud, lo reprimido siempre retorna, y las tendencias reprimidas por la educación solo pueden continuar en ese estado si se crean "…poderosos organismos defensivos, de funcionamiento automático y cuya actividad consume muchísima energía psíquica" (Ferenczi, 1908d: 55). Así la personalidad se debilita como consecuencia de la lucha incesante que libra contra lo reprimido:

> La educación moral basada en el rechazo produce en toda persona sana cierto grado de neurosis y origina las condiciones sociales hoy en vigor, donde el santo y seña del patriotismo encubre con toda claridad intereses egoístas, donde bajo el estandarte del bienestar social de la humanidad se propaga al aplastamiento tiránico de la voluntad individual, donde se busca en la religión o bien un remedio contra el miedo a la muerte –orientación egoísta– o bien un modo lícito de intolerancia mutua. […] La neurosis y el egoísmo hipócrita son, pues, el resultado de una educación fundada sobre dogmas y que olvida la auténtica psicología del hombre (Ferenczi, 1908d: 57).

Lo que impresiona en el texto de Ferenczi es que atribuye los efectos de la represión a la influencia de la educación y sugiere que el psicoanálisis debe inspirar una modificación de las actitudes pedagógicas que permitiría prevenir las neurosis y los males producidos por aquella: "Espontáneamente surge aquí la cuestión: ¿cuál será el medio terapéutico y profiláctico contra estos males?" (Ferenczi, 1908d: 53). Y como tratándose de Ferenczi la respuesta nunca se hace esperar demasiado, afirma seguidamente: "La pedagogía es para la psicología lo que la jardinería para la botánica" (Ferenczi, 1908d: 54). Hay una gran analogía con lo que expresara Freud en esa misma época: es la moral sexual "civilizada" lo que aniquila al individuo. El progreso de la educación requiere que se suprima la idea de Dios y se introduzca la educación sexual: "Considero un significativo progreso en la educación de los niños que el Estado francés haya remplazado el catecismo por un libro elemental que les procura los primeros rudimentos de sus derechos y obligaciones civiles, y de los deberes éticos que tendrán en el futuro. Pero ese manual es enojosamente incompleto, pues no incluye el ámbito de la vida sexual" (Freud, 1907: 121).[5]

Sin embargo, tanto para Ferenczi como para Freud, el objetivo que se tiene en vista cuando se piensa en una pedagogía inspirada en el psicoanálisis es la expansión de la

personalidad del niño en todas sus dimensiones; y el acento se pone, sobre todo en el caso de Ferenczi, en la preservación y el aumento de la capacidad de experimentar placer: el mal que él quiere evitar es que la educación haga al niño "…incapaz de disfrutar sin inhibición de los placeres naturales de la vida" (Ferenczi, 1908d: 53). Este objetivo es compartido por Melanie Klein en 1919. Pero lo que esta añade, y que constituye su aporte personal, es la posición de privilegio que confiere a la inteligencia y a la autonomía intelectual. Para ella, en esa época, el síntoma más inquietante es la falta de espontaneidad intelectual. La finalidad de la educación psicoanalítica del pequeño Erich será ante todo liberar su curiosidad dando satisfacción a su curiosidad sexual y preservándolo de la represión.

3. El desarrollo de Fritz-Erich antes de 1919

La educación psicoanalítica de Erich comenzó unos días antes de la Pascua de 1919. El niño tenía entonces cuatro años y nueve meses. Nació, por lo tanto, aproximadamente en junio de 1914. Entre su sexto y su decimooctavo mes de vida, su padre había estado ausente. Cuando tenía unos veinte meses manifestó un amor exagerado por su padre. Comenzó a hablar, relata su madre, "solo a los dos años". Melitta y Hans habían sido, según parece, más precoces, y en la observación de Melanie Klein es posible percibir un signo de esa inquieta atención que ponía en el desarrollo intelectual de sus hijos, ya que en realidad la edad en que comenzó a hablar Erich es perfectamente normal. Entre los dos y los tres años experimentaba terrores nocturnos. A los dos años y nueve meses se escapó de la casa: lo hallaron en una calle cercana, contemplando la vidriera de una relojería. La tendencia a escaparse persistió en alguna medida durante seis meses. A los tres años vio a su hermano desnudo mientras lo bañaban y exclamó alegremente: "¡Karl [Hans] también tiene un pipi!", y le dijo: "Por favor, pregúntale a Lene [Melitta] si ella también tiene un pipi" (1921, 1923a: 23). A los tres años y seis meses se expresaba correctamente, pero "incluso entonces no se observaron esas frases especialmente llamativas, como las que se oyen ocasionalmente a edad muy temprana en niños bien dotados. A pesar de esto, daba la impresión, tanto por su aspecto como por su conducta, de ser un niño inteligente" (1921, 1923a: 16). Según la opinión de su ambiciosa madre, le llevaba mucho tiempo adquirir nociones claras. No aprendió a nombrar los colores hasta después de cumplidos los cuatro años. A los cuatro años y tres meses comenzó a formular preguntas, en especial: "¿Para qué se necesita un papá? y ¿Para qué se necesita una mamá?". No se comprendió el significado profundo de esas preguntas y se le respondió que uno necesitaba un papá para que lo quisiera y lo cuidase (1921, 1923a: 18). El niño no insistió en esas preguntas. A los cuatro años y seis meses adquirió las nociones de ayer, hoy y mañana. A juicio de su madre, se encontraba retrasado en los aspectos prácticos: no comprendía por qué era necesario pagar a los comerciantes y se asombraba de que gente que tenía tantas cosas y en tal cantidad no las regalase. En esa misma época, el número de preguntas que formulaba aumentó notablemente. El sentimiento de omnipotencia seguía estando firmemente arraigado: contra toda evidencia, aseguraba que sabía cocinar, leer, escribir, etc. Un día le pidió a su madre que pusiera a cocer espinacas para que se convirtieran en patatas, y ella dedujo que era una manifestación de su creencia en su omnipotencia. Otra vez le pidió que le regalara de inmediato la ciudad de B., en la que proyectaban pasar el verano siguiente. Manifestaba una aversión pronunciada por las carreteras y las calles. No obstante, le interesaban muchísimo los vehículos y no se cansaba de jugar al cochero o al chofer.

Todos estos datos que anteceden, relativos al desarrollo de Erich antes de que comenzara su educación psicoanalítica, y que se encuentran dispersos en los cuatro artículos dedicados por Melanie Klein a exponer su caso entre 1919 y 1923, indican que el niño progresaba normalmente. Lo que cabe tomar en cuenta es que en múltiples

ocasiones su madre mostró una preocupación infundada respecto de su desarrollo intelectual.

4. La fase inicial de educación sexual

Conviene señalar la extrema brevedad de la experiencia que Melanie Klein comunicó a la Sociedad Psicoanalítica de Budapest el 13 de julio de 1919. La observación duró en total menos de tres meses. Las intervenciones pedagógicas abarcaron dos períodos, uno de tres días y otro de cuatro, separados por un breve intervalo. Los resultados fueron evaluados tomando en cuenta la evolución del niño durante las seis semanas siguientes.

El proceso comenzó de manera fortuita. Sabemos que Erich formulaba más preguntas desde hacía unos tres meses. Cuando Melitta y Hans evocaban en su presencia acontecimientos que él no conocía, se le explicaba que en esa época aún no había nacido. A Erich parecía desagradarle la idea de que él no había estado allí desde siempre. Preguntaba: "¿Dónde estaba yo antes de nacer?" (1921, 1923a: 17). Y, algo más tarde: "¿Cómo se hace una persona?" (1921, 1923a: 17-18). Melanie Klein le dio explicaciones sobre el crecimiento en el interior del cuerpo materno, sin mencionar para nada el papel que desempeña el padre en la concepción, de acuerdo con la regla que se había fijado inicialmente: "Dejaremos al niño adquirir tanta información sexual como exija el desarrollo de su deseo de saber…" (1921, 1923a: 16). Esta regla presenta un aspecto positivo: se responde acabadamente a la pregunta del niño, sin cambiar de tema antes de que él mismo lo haya hecho, y una limitación: solo se le informa sobre los hechos que inspiran sus preguntas. Ante las explicaciones de su madre, Erich reaccionó mostrándose distraído y turbado, pero comenzó a repetir diariamente la pregunta. Luego se dirigió a Hans y a la niñera, quienes le contaron la fábula de la cigüeña, y les reiteró muchas veces la misma pregunta.

Al cabo de varios días recurrió nuevamente a su madre y le repitió la pregunta en esta forma: "¿Cómo se hace una persona?" (1921, 1923a: 17-18). Esta vez reaccionó de muy distinto modo a sus explicaciones: le opuso la fábula de la cigüeña, y el desmentido de Melanie Klein llevó a una revisión general de las creencias infantiles: el Conejo de Pascua, Santa Claus, los ángeles, todo eso no existe. Por el contrario, los cerrajeros sí existen: el niño comenzó a adquirir puntos de referencia intelectuales para la prueba de realidad. Sin embargo, sobrevinieron acontecimientos que muestran las dificultades con que tropezaba para asimilar la educación sexual. El principal es el episodio al que se hace referencia en *Der Familienroman in Statu Nascendi* (1920), vinculado a las dificultades que se oponían a la instauración de la prueba de realidad. Algunas semanas antes de ese episodio, Melanie Klein había negado la veracidad de la fábula relativa al Conejo de Pascua, que contaban los hijos de los vecinos. Como esa historia le agradaba mucho, Erich había recibido con disgusto las explicaciones de su madre. Reaccionó del mismo modo cuando ella le dijo que el diablo, del cual también hablaban los niños L. (los hijos de los vecinos), no existía: en ambos casos intentó mostrar a su madre el Conejo de Pascua y el diablo, pero solo se trataba de un conejo y un potro que estaban en un prado. La familia L. constituía, pues, un medio cuya influencia contrariaba las explicaciones de su madre. Dos días después de la conversación sobre el origen de los

niños, el Conejo de Pascua, Santa Claus, etc., Erich anunció que iba a cambiar de familia. En lo sucesivo sería hermano de los niños L. Mantuvo esa decisión durante todo el día, negándose a obedecer a Melanie Klein, a quien ya no consideraba su madre. Para lograr que volviera a su casa a la noche, hubo que pedir a los vecinos que lo hicieran marcharse. Se reconcilió con su madre, y a la mañana siguiente la recibió con esta pregunta: "Mamá, dime, ¿cómo viniste tú al mundo?" (1921, 1923a: 19). Melanie Klein relató el incidente a Ferenczi y adoptó la interpretación sugerida por este: a causa de sus represiones anteriores, Erich se sintió muy turbado por las explicaciones de su madre; quiso elegir para sí una familia en la que no se naciera de un modo tan desagradable y corriente, sino de un modo más poético y refinado.

En todo caso, al regresar con su madre Erich comenzó a expresar más libremente su curiosidad. Durante algún tiempo hizo preguntas sobre los detalles del crecimiento del feto, sobre el mecanismo propio de ese crecimiento. Un día lluvioso, circunstancias fortuitas provocaron que se plantease la cuestión de la existencia de Dios. Erich preguntó si Dios sabía realmente durante cuánto tiempo iba a seguir lloviendo. Melanie Klein le contestó que Dios no hacía la lluvia, sino que la lluvia venía de las nubes, y le explicó el asunto (1921, 1923a: 20). Al día siguiente, Erich volvió a plantear las tres preguntas: sobre el origen de los niños, su desarrollo y la lluvia. Formuló además esta otra: "Pero ¿hay realmente Dios?" (1921, 1923a: 20). Melanie Klein se encontró entonces en una posición incómoda: ella era atea y no había impartido educación religiosa a sus hijos. No obstante, la enseñanza propia de la época incluía la instrucción religiosa y la idea de Dios formaba parte de la educación de los niños. Arthur Klein, su marido, que no era practicante, conservaba una creencia basada en una concepción "panteísta de la deidad" (1921, 1923a: 21). Pero la cuestión no había creado problemas hasta ese momento y ellos no habían resuelto nada de común acuerdo. Después de vacilar un instante, Melanie Klein contestó que Dios no existe, y agregó, en respuesta a una objeción de Erich, que muchos adultos no tienen conocimientos precisos y no pueden hablar con exactitud. Esta conversación indujo al niño a tratar de dominar las relaciones entre existencia y percepción actual: lo que él ve existe, pero, ¿por qué no ve todo lo que existe, por ejemplo la casa de su tía, que no puede ver en ese momento? ¿Le pasa lo mismo a su madre? ¿Puede o no ver ella esa casa, situada en otra ciudad? Después la interrogó sobre el origen del sol, etc. Por la tarde, cuando regresó su padre, al que su madre no había podido poner al corriente, le preguntó si creía que Dios existía. Arthur Klein contestó afirmativamente. En el momento en que llegó su esposa, le estaba explicando al niño, a raíz de la discusión iniciada por este: "…nadie ha visto nunca a Dios y algunos creen que Dios existe y otros creen que no existe. Yo creo que existe, pero tu madre cree que no existe" (1921, 1923a: 21). Esta respuesta tranquilizó al niño, que al comienzo de la escena mostraba gran ansiedad. Después de formular otras preguntas tomó partido por el parecer de su madre: Dios no existe, pero las cosas que no se pueden ver existen, en especial los tranvías.

Ese día señaló un vuelco decisivo. Erich adquirió un criterio para juzgar sobre la existencia de los objetos. Por primera vez, asimismo, constató una divergencia de opiniones entre sus padres y se vio precisado a hacer una elección intelectual. Las expectativas de su madre comenzaron a cumplirse: al haberse quebrantado la autoridad parental como criterio de verdad, y al no tener ya a su disposición este punto de referencia, el niño aplicó a la cuestión de la existencia de Dios un método de verificación extraído de la reflexión sobre su experiencia personal. Después de ese día sus preguntas se multiplicaron en diversas direcciones.

El material que Melanie Klein recogió durante las seis semanas siguientes puede clasificarse según dos ejes principales: liberación y sublimación de la curiosidad sexual, y fortalecimiento del sentido de la realidad correlacionado con la declinación del sentimiento de omnipotencia. En cuanto al primer rubro, la índole de las preguntas relativas al nacimiento se modificó, y desde entonces se refirieron a la comparación entre personas y animales. Las preguntas sobre el origen y el modo en que se formaban las cosas abarcaron todos los órganos y partes del cuerpo humano, los animales, las plantas y sus partes, los objetos inanimados. La curiosidad del niño se dirigió al interior del cuerpo, a sus contenidos: orina, heces. Un día en que ayudaba a desgranar chícharos hizo esta observación, que Melanie Klein se limitó a hacer constar:[6] "…dijo que le iba a dar un enema a la vaina, abriría el 'popó' y sacaría la caca" (1921, 1923a: 24). También le interesaba el mecanismo interno de las cosas, como los grifos, el revólver, los juguetes mecánicos. En la misma época surgen preguntas que son signo de una interrogación sobre la diferencia de los sexos: ¿su madre había sido siempre mujer? ¿Él había sido siempre varón? Estos procesos corresponden a una doble liberación de su intelecto: en extensión y en profundidad. Melanie Klein comprobó por primera vez el hecho que había postulado: la disminución de la represión trae como consecuencia la capacidad de sublimar, hecho cuya descripción y explicación ocupará un lugar central, tres años más tarde, en sus primeras teorías personales.

En lo que respecta a la segunda línea de desarrollo, el sentido de la realidad progresó rápidamente en el niño. Su adaptación práctica mejoró: admitió las necesidades del comercio, se interesó en el dinero, comenzó a recurrir a su hermana para que le leyera artículos de una enciclopedia sobre el diablo con el fin de formarse una opinión definitiva sobre la cuestión de su existencia. Aunque no le fue fácil, terminó por reconocer que los hijos de los vecinos, que de un tiempo a esa parte lo maltrataban y le mentían, se portaban mal con él. Renunció a buscar excusas para ellos y eligió otros compañeros de juegos. Puso a prueba la omnipotencia de sus padres y fue reconociendo progresivamente los límites de su poder, lo cual a veces lo complacía (no eran más poderosos que él) y otras lo disgustaba (si ellos no podían hacer ciertas cosas, lo mismo se aplicaba a él). Aprendió a distinguir la diferencia de sentido entre querer y poder. Emprendió una investigación sistemática sobre los aspectos que tocaban más de cerca a su relación con sus padres: ¿Qué le estaba permitido hacer? ¿Por qué? ¿Cuáles eran sus

derechos y deberes? ¿Cuáles los de sus padres? Se hizo precisar que toda prohibición que le estuviese dirigida tenía un motivo, y discutía con pertinencia cuando le daban órdenes cuyas razones no le resultaban comprensibles. Al cabo de seis semanas era capaz de distinguir por sí mismo, en la mayoría de los casos, entre las "historias", bellas pero irreales, y las "cosas verdaderas", que no son necesariamente bellas pero que existen de verdad, y se forjó la noción general de esas dos categorías.

Melanie Klein esbozó una explicación dinámica y económica de los fenómenos observados: la evolución del conflicto entre la curiosidad sexual y la "tendencia a la represión" (1921, 1923a: 34) ha tenido el efecto de activar el conflicto entre la creencia en la omnipotencia de los pensamientos (inspirada por el principio de placer) y el principio de realidad. Los intereses sexuales y los intelectuales, al confluir, pudieron predominar sobre la adhesión a la ilusión de omnipotencia. En el origen de todo este proceso la "tendencia a la represión" fue vencida porque se vio privada del apoyo que antes le aportaba la relación con los padres: las explicaciones sobre el proceso del nacimiento y la divergencia entre los padres respecto de la existencia de Dios debilitaron su posición.

Estos son los hechos y las ideas que Melanie Klein expuso en su primera comunicación. Como ya lo mencionamos, recibió una acogida muy favorable por parte de los psicoanalistas de Budapest y fue aceptada sin tardanza como miembro de la Sociedad. Durante la discusión, Anton von Freund le hizo una crítica y una sugerencia. Reconoció el carácter psicoanalítico de sus observaciones, pero le reprochó el que sus intervenciones no hubieran tenido ese mismo carácter: ella, afirmó, no le comunicó al niño ninguna interpretación; además, y por sobre todo, solo tuvo en cuenta las preguntas expresadas y la curiosidad consciente del niño. Una educación verdaderamente psicoanalítica debería tomar en cuenta también las *preguntas inconscientes* y contestarlas. En el momento Melanie Klein defendió su posición, pero más tarde habría de reconocer la pertinencia de la observación. En segundo lugar von Freund (que sin duda conocía la identidad entre Fritz y Erich, circunstancia que, según todo permite suponerlo, Melanie Klein no había ocultado durante su exposición) le sugirió que separara el momento del análisis de otros momentos y aspectos de la relación entre madre e hijo, asignando un lugar y una hora fijos a ese tipo de conversación, a las aclaraciones sobre la sexualidad y a las eventuales interpretaciones. Como en el caso anterior, Melanie Klein comenzó por rechazar este consejo, para aceptarlo más tarde.

5. El segundo período de educación psicoanalítica

Después de esta primera fase, durante dos o tres meses Erich siguió haciendo numerosas preguntas y desarrollando su sentido práctico. Poco a poco se fue volviendo manifiesto que repetía indefinidamente preguntas cuya respuesta ya conocía desde hacía mucho. Melanie Klein comenzó a sospechar que la observación de von Freund era acertada: la represión estaba lejos de haber sido eliminada, las preguntas que Erich no hacía ni había hecho nunca acerca del papel desempeñado por el padre en la concepción y acerca del acto sexual lo perturbaban a nivel inconsciente y se traducían en preguntas carentes de sentido para la conciencia. No obstante, Melanie Klein todavía no puso en práctica el consejo que había recibido y se contentó con observar. La situación empeoró con bastante rapidez: en los dos meses siguientes Erich casi no formuló preguntas nuevas, repitiendo en cambio compulsivamente preguntas estereotipadas. A la estereotipia de las preguntas se añadieron sucesivamente una actitud de retraimiento y una inhibición respecto del juego. Erich daba muestras de aburrimiento incluso cuando estaba con su madre, no se interesaba ya en absoluto por las historias que esta le contaba. La distracción que había manifestado al comienzo de su educación analítica, cuando escuchaba las respuestas que le daban, reapareció. Perdió interés en los otros niños y no sabía qué hacer cuando se encontraba en su compañía. Tuvo algunas dificultades con la alimentación. Además perdió su afición al juego, incluso a jugar al cochero o al chofer, actividad que antes solía mantenerlo ocupado durante horas enteras.

El cambio no equivalía a una neurosis definida, puesto que su salud seguía siendo buena y no tenía problemas para dormir, pero representó para Melanie Klein su primer fracaso y, sin duda, una gran desilusión. Se vio obligada a aceptar el parecer de Anton von Freund e interpretó entonces la inhibición general de Erich como una consecuencia del triunfo de la tendencia a la represión: “Luego de que hubo planteado muchas y distintas preguntas como sustitutos de las que había reprimido, había llegado en el curso posterior del desarrollo, al punto en que evitaba del todo preguntar y también escuchar, ya que esto último podría, sin haberlo él pedido, procurarle lo que rehusaba conseguir” (1921, 1923a: 43). La evaluación del período que siguió a la primera fase de explicaciones sexuales tuvo que ser cambiada: la formulación de preguntas, su número, su profundidad creciente eran signo de un retroceso de la represión, de una mayor tolerancia de la censura frente a los afloramientos del inconsciente, pero no el signo de la liberación definitiva. Era pues necesario asumir por segunda vez la educación sexual del niño, dándole en esta oportunidad informaciones completas. Al hacerlo así, Melanie Klein superó sus propias resistencias, que hasta entonces habían hallado expresión en una filosofía optimista y en la ilusión de que explicaciones muy superficiales serían suficientes. Esta profundización a la vez personal y teórica habría de enriquecer sus métodos. Melanie Klein descubrirá el *juego* y la *fantasía*, destinados a ocupar más tarde un lugar prominente en su técnica y su teoría, gracias a un enfoque que llegará a ser, también él, característico de su método, y que consiste en ir mucho más allá de las

preocupaciones manifiestas del niño.

Desde entonces se mantuvo al acecho de la primera manifestación de curiosidad de Erich, que habría de proporcionarle la oportunidad de completar sus aclaraciones anteriores. Un día el niño preguntó cómo crecen las plantas a partir de las semillas y su madre le explicó el proceso de la fecundación: Erich escuchó apenas sus explicaciones y la interrumpió rápidamente. Otra vez mencionó que para que una gallina ponga huevos se necesita también un gallo, pero abandonó el tema sin tardanza, y su actitud general siguió siendo inhibida en todos los terrenos. La liberación se produjo bruscamente algunos días después, cuando Melanie Klein, dándole un caramelo, le contó una historia que le agradó mucho: el caramelo esperaba por él desde hacía mucho tiempo, y la aventura del caramelo dio lugar a un relato que encantó a Erich, y luego a otro más. A partir de ese momento el niño refirió espontáneamente historias fantásticas cada vez más largas y complejas, con una animación extraordinaria. Melanie Klein comenzó entonces a comunicarle con prudencia sus interpretaciones, para vencer las resistencias que interrumpían a veces los relatos, y descubrió así la función de dar nuevo impulso que cumple la interpretación, la que adquirirá más tarde una importancia considerable en su técnica psicoanalítica. Algún tiempo después reaparecieron también las preguntas, relacionadas con el origen y la fabricación de los objetos.

Simultáneamente Erich reanudó sus contactos con otros niños y volvió a jugar, solo o con sus compañeritos. En sus fantasías y sus juegos era posible reconocer con claridad las pulsiones edípicas: fantaseaba acerca de dos vacas que marchaban juntas, hasta que una se encaramaba en el lomo de la otra y cabalgaba sobre ella. Una mañana dijo a su madre: "Yo treparé arriba tuyo, tú eres una montaña y yo te trepo" (1921, 1923a: 45); expresó el deseo de ver desnuda a su madre y de ver "el retrato que está en tu estómago" (1921, 1923a: 46), es decir el lugar donde estaba él antes de nacer. En sus juegos, dos piezas de ajedrez son un soldado y un rey; el soldado insulta al rey y lo ponen preso; muere, pero vuelve a la vida, promete no reincidir y solo es arrestado. Dos estatuillas que representan perros son su padre y él: una es bella (él) y la otra desagradable (su padre). Esta aparición del fantaseo edípico se acompaña de un cambio general. Erich se muestra cada vez más alegre y locuaz. En poco tiempo y con muy poca ayuda aprende a leer, con tal avidez "…que casi parece un niño precoz" (1921, 1923a: 46). Recordando la preocupación que manifestaba Melanie Klein por el supuesto retardo de su hijo, es fácil imaginar hasta qué punto la satisfizo esta evolución.

El episodio decisivo de esta segunda fase de su educación analítica es una conversación que tuvo lugar después de que reapareciera en sus juegos y fantasías la teoría sexual infantil del niño anal, según la cual los niños están hechos de alimento y son idénticos a las heces: a veces, sentado en su orinal, decía que sus cacas eran niños malos que no querían salir, o bien amenazaba con pegarles porque eran demasiado duros o tardaban demasiado en salir.

Un día, sentado en el orinal, le explicó a su madre que las cacas habían vuelto a subir

corriendo hasta el balcón (el estómago) y que no querían bajar al jardín (el orinal). Ella le comunicó esta interpretación: "¿Son estos los niños que crecen en tu estómago?" y, como el niño reaccionara favorablemente, prosiguió con sus aclaraciones sobre la diferencia entre las heces y los niños, y le recordó las explicaciones que ya le había dado sobre el acto sexual, sobre el papel del semen y los óvulos. Erich expresó el deseo de "… ver cómo se hace un niño dentro así" y, poco después, el deseo de tener un hijo con ella. Melanie Klein le comunicó entonces la prohibición del incesto: cada hombre tiene solo una mujer, ella era la mujer del padre de Erich, cuando él sea grande ella será vieja y él se casará con una bella joven. Erich estuvo a punto de llorar, le hizo prometer que de todos modos ella viviría con él y luego formuló muchas preguntas sobre el crecimiento del feto (1921, 1923a: 47).

Después de esta conversación asimiló activamente a nivel consciente la totalidad de las explicaciones que le habían dado, renunció en gran parte a la teoría del niño anal y se interesó mucho menos por su estómago, del que antes solía hablar a menudo. En los días siguientes el fantaseo edípico se hizo cada vez más claro y su madre le proporcionó interpretaciones de un estilo ya *kleiniano*. Así, con motivo de un sueño, contó una historia complicada en la que intervenían un auto grande y otro pequeño que entraban en un tranvía: el auto pequeño marchaba entre el grande y el tranvía. Su madre le comunicó esta interpretación: "Le explico que el motor grande es su papá, el coche eléctrico su mamá y el motorcito él mismo, y que él se ha puesto entre papá y mamá porque le gustaría mucho apartar a papá del todo y quedarse solo con su mamá y hacer con ella lo que solo a papá le está permitido hacer" (1921, 1923a: 49). Esta interpretación dio como resultado que, tras una breve vacilación, se reanudara el relato. Entraron en escena otros autos y hubo una pelea entre dos choferes, uno de los cuales era su abuelo. Después de un silencio y de dirigir una mirada inquieta a su madre, Erich prosiguió con el relato de la trifulca. Melanie Klein le preguntó entonces quién era el adversario. "Yo", contestó inmediatamente, y convirtió su narración en aventuras guerreras cada vez más complicadas. A medida que las fantasías y los juegos de ese tipo se multiplicaron, su madre disminuyó el número de sus interpretaciones, por cuanto consideraba que "… parte de sus complejos se habían vuelto para él conscientes o por lo menos preconscientes" (1921, 1923a: 52) y que con eso bastaba.

Esta segunda fase de intervención analítica duró unos dos meses a partir del episodio del caramelo, que la había provocado. Es obvia la importancia que, a nuestro juicio, tuvo en la profundización de la relación con Erich y en el futuro de la técnica psicoanalítica del juego.

En esta fase se produjeron dos transformaciones. Una se refiere a la actitud de Melanie Klein, que obtuvo una apreciación más exacta de la profundidad de la represión y de las fantasías inconscientes. Sobre todo, nos parece, abandonó sus objetivos iniciales. Ya no acordó prioridad al desarrollo de la curiosidad intelectual, todo ocurrió como si hubiera tomado distancia con respecto a su deseo narcisista de hacer de Erich una

segunda edición de Emmanuel, un ser superior en el plano intelectual. Se vio enfrentada con un fracaso que le hizo comprender a destiempo el alcance de las observaciones de Anton von Freund. Se tiene la impresión, cuando se comparan los dos momentos de la intervención, de que en el primer período el abordaje del inconsciente fue solo un medio al servicio de un proyecto de pedagogía elitista, en el contexto de una ideología muy próxima a la *Aufklärung*, la filosofía racionalista de las luces, del espíritu crítico, del libre pensamiento, del rechazo de la autoridad y de las religiones. En la práctica real de Melanie Klein, esa ideología sirvió para racionalizar la carga narcisista de Erich. En el segundo período, en cambio, la perspectiva pedagógica pasó a segundo plano, se hizo menos ideológica y fue proclamada en un tono menos militante. Por esto mismo logró tener éxito, y cuando su madre cambió de actitud, no solo pudo Erich jugar e imaginar, sino que también aprendió a leer en unas semanas y dio una impresión de precocidad. Es esta respuesta de Erich lo que constituye la segunda transformación: desde que su madre renunció parcialmente a proyectar en él su ideal narcisista, pudo expresarse utilizando sus propios medios, es decir, con el juego y la fantasía. Entonces se entabló, durante varias semanas, una extraordinaria comunicación fantaseada entre la madre y el niño, que permitió la elucidación parcial del Edipo en el momento preciso en que este alcanzaba su máxima intensidad. Este período de dos meses le permitió comprender a Melanie Klein la equivalencia que se da entre el juego, el sueño y la fantasía como manifestaciones del inconsciente, y le proporcionó su primera experiencia respecto de la secuencia: aclaraciones –rechazo aparente– reanudación del juego, probatoria de que la explicación fue aceptada inconscientemente. Habría de aplicar más tarde esta secuencia a la teoría de la interpretación. Este período, nos parece, marca la segunda etapa del despegue kleiniano que precede a la elaboración de lo que designaremos como las teorías de 1923 (véase el Capítulo II).

Este período tan fecundo se vio interrumpido por circunstancias exteriores. A fines de 1919 Melanie Klein estuvo enferma durante dos meses y ya no pudo dedicarse tanto a Erich. Durante la enfermedad de su madre, el niño estuvo muy angustiado. Tenía dificultad para conciliar el sueño; se mostraba menos juicioso, estaba triste, jugaba mucho menos y manifestaba una diligencia excesiva –que desde entonces Melanie Klein fue capaz de reconocer como compulsiva– en aprender a leer, y desarrolló una leve fobia a los niños que encontraba en la calle. Tan pronto como se restableció, la primera preocupación de Melanie Klein fue luchar contra las manifestaciones de angustia de su hijo.

6. El tercer período y el primer análisis

Ello dio lugar a un período de seis semanas que Melanie Klein llamó de *análisis* para distinguirlo de las otras fases, que habían sido denominadas de *educación psicoanalítica*. Al parecer, fue entonces cuando introdujo los dispositivos técnicos aconsejados por Anton von Freund: "Establecí cierto horario –incluso aunque tuviera que cambiarlo ocasionalmente– destinado al análisis y aunque a causa de nuestro estrecho contacto diario yo estaba mucho con el niño, en seguida hubo adhesión a esto" (1921, 1923a: 63). La índole del material cambió: se centraba más en los sueños y las fantasías y mucho menos en el juego. Melanie Klein trató de interpretar los sueños de Erich de acuerdo con el método clásico descrito por Freud: separación de los elementos del contenido manifiesto y asociaciones de ideas a partir de cada uno de ellos. Tropezó con la dificultad prevista por Freud: los niños no son capaces de producir asociaciones libres a pedido. Renunció entonces parcialmente a la exploración sistemática de los sueños y basó sus interpretaciones en la comparación de los sueños entre sí y en el simbolismo.

Esta fase de *análisis* puso de manifiesto componentes homosexuales originados en el complejo de Edipo negativo del niño. Uno de sus sueños angustiosos, en que lo perseguían hombres armados de palos, fusiles y bayonetas dio lugar a una interpretación acompañada de nuevas aclaraciones: cuando Melanie Klein le explicó que los palos, fusiles, etc. representaban el gran pene de su padre, que él deseaba y temía al mismo tiempo, el niño objetó que "…las armas eran duras y en cambio el pipi es blando" (1921, 1923a: 53), lo cual llevó a que se le recordasen las explicaciones relativas a la erección. El niño, continuando su relato, dijo que uno de los hombres (que lo perseguían en el sueño) se había introducido en el otro "…¡y quedaba solo uno!" (1921, 1923a: 53). En otros sueños y en las fantasías en que se prolongaban sentía miedo a la cola del diablo y describía el estómago y el vientre como un interior amueblado (1921, 1923a: 53). Pero alguien se sentaba en una silla, ponía su *cabeza* sobre la *mesa* y la casa entera se derrumbaba. En respuesta a una pregunta de su madre, precisó que ese intruso catastrófico era un palito "…llegó a través del pipi hasta la barriga y hasta el estómago" (1921, 1923a: 53): deseaba y temía el coito con su padre, del cual pensaba con aprensión que podía destruirlo.

También manifestaba por las brujas y las envenenadoras un temor que Melanie Klein no logró interpretar de una manera que la satisficiese: lo relacionó en parte con la vieja teoría sexual del niño anal, fabricado con el alimento, y en parte con la hostilidad que Erich le reservaba a causa de que ella le había prohibido que se masturbara. No obstante, entrevió por primera vez el mecanismo de escisión cuya descripción habría de constituir más tarde una de sus principales contribuciones a la teoría psicoanalítica (1946): el personaje de la bruja no era otra cosa que el representante de una imagen obtenida por medio de la "división (*Abspaltung*) de la *imago* materna" (1921, 1923a: 55). Esta imago inquietante "…que ha disociado de su madre amada, para conservarla tal como está" (1921, 1923a: 55). Este precursor de la madre mala escindida era la imago de la mujer

con pene; uno de sus símbolos era la vaca, cuyo "pene" da la leche. La escisión mencionada explica la ambivalencia que por entonces mostraba Erich hacia el sexo femenino: llegó a manifestar una antipatía irrazonable hacia las niñas y las mujeres adultas. En la interpretación de otro sueño se observa el primer signo de interés por parte de Melanie Klein en el mecanismo de proyección. Erich soñó que estaba con un oficial. Salían de un lugar, el patio de un depósito, donde había visto vagonetas que entraban y salían de unos edificios. El oficial lo amenazaba y lo mantenía contra el piso. El movimiento de vaivén de las vagonetas representaba el coito con su madre. El niño deseaba participar en el coito de sus padres. Pero en lugar de interpretar su angustia como temor de ser castrado por el padre en castigo de ese deseo prohibido, Melanie Klein la interpretó en forma diferente: el niño, frustrado en su deseo incestuoso, quería atacar a su padre, en quien proyectaba su hostilidad y por quien, en consecuencia, temía ser destruido. Se trata de un esbozo de su teoría personal acerca de la situación de peligro del niño. Que sepamos, Freud nunca recurrió a la proyección en el padre de la hostilidad parricida del niño para explicar la génesis de la angustia de castración.

Al cabo de esas seis semanas de análisis, las manifestaciones de angustia desaparecieron. El niño iba a la cama sin inconvenientes y dormía sin despertarse. Sus juegos recuperaron su riqueza y volvió a tomar contacto con otros niños. Únicamente subsistió, muy atenuada, su fobia a los niños desconocidos. En ese momento –junio de 1920, si nuestra reconstrucción de la cronología es exacta–, Melanie Klein se separó de su hijo y no lo volvió a ver con regularidad hasta seis meses después. En todo caso, la observación y la intervención psicoanalítica se interrumpieron. Sabemos que durante ese período Melanie Klein asistió al Congreso de La Haya, donde Ferenczi la presentó a Abraham. Por otra parte, en 1920 Arthur Klein se instaló en Suecia. Es posible que su mujer se haya reunido allí con él. Lo cierto es que volvió al lado de Erich a fines de 1920 y se trasladó con sus hijos a Berlín, adonde llegaron en los primeros días de 1921. El 3 de febrero presentó a la Sociedad Berlinesa de Psicoanálisis su artículo sobre Erich, el cual fue publicado en ese mismo año por la revista *Imago.* En el curso de esos seis meses el niño no había sufrido ninguna recaída a pesar de la separación, e incluso había intentado librarse por sí mismo de su fobia obligándose a salir a la calle, a la carrera y con los ojos cerrados al principio y después más sosegadamente, de lo cual se sentía orgulloso. Sin embargo, a fines de 1920 manifestaba un marcado rechazo por el análisis y por los cuentos de hadas, siendo este el único aspecto en que era dable observar una regresión: Melanie Klein evaluó en esa época su experiencia con un optimismo moderado pero real, muy alejado de los comentarios entusiastas con que finalizaba su comunicación de 1919. Estimaba que, en conjunto, las dificultades neuróticas habían sido poco a poco superadas y que podía formularse un pronóstico favorable: "…puede esperarse que logrará su liberación de la madre por el camino adecuado; es decir, por la elección de un objeto que se parezca a la imago materna" (1921, 1923a: 63). Pero su experiencia anterior la había alertado lo bastante sobre la persistencia de los complejos inconscientes

como para despojar de ilusiones a su optimismo: "…no quisiera aseverar que había terminado en el punto que he descrito hasta aquí. La manifestación de tanta resistencia al análisis, y el desagrado por los cuentos no parecen indicaciones de que probablemente su crianza posterior dará de cuando en cuando ocasiones para recurrir al análisis" (1921, 1923: 57).

7. El cuarto período y el segundo análisis

El análisis, en efecto, se reanudó tan pronto como estuvieron instalados en Berlín. Esta vez, Melanie Klein "fue muy a lo profundo" (1923c, 1926a: 89). Podemos reconstruir su desarrollo basándonos en las muchas alusiones que contienen al respecto dos artículos publicados en 1923: "El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño" (1923b, 1924) y "Análisis infantil" (1923c, 1926a). Al comenzar a asistir a la escuela, Erich desarrolló una verdadera neurosis infantil, que se manifestó por una acentuada fobia escolar; esta se hizo extensiva rápidamente al camino que llevaba a la escuela y reactivó en toda su intensidad su antigua fobia a los paseos. Con toda probabilidad el análisis se centró al principio en la fobia al movimiento y al camino de la escuela y solo en un segundo tiempo exploró las significaciones que tenían para el niño el ambiente y las tareas escolares. En efecto, el 5 de mayo de 1921 Melanie Klein presentó una comunicación sobre "The Disturbances of Orientation in Childhood" ("El desarrollo y la inhibición de las capacidades") (1923c, 1926a: 424*n*), de la que sabemos por Lola Brook (1948a: 348) que es uno de los textos reunidos en "Análisis infantil" (1923c, 1926a). Ahora bien, la casi totalidad de los ejemplos clínicos que el artículo publicado proporciona sobre el tema se refieren al caso de Fritz. Solo el 11 de agosto de 1922 hizo una exposición sobre "The Analysis of a School Composition" (Análisis de una composición escolar), que se relaciona, sin duda, con uno de los materiales utilizados para "El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño" (1923b, 1924). Ya hemos tenido ocasión de comprobar la rapidez con que Melanie Klein, en sus comienzos, publicaba lo que acaba de descubrir, y creemos que de ello es posible extraer una regla que aplicaremos a nuestro caso.

Si esto es así, el análisis estuvo dirigido en un comienzo a establecer el significado inconsciente del rechazo al camino de la escuela, antes de ocuparse del significado de la escuela misma. Tan pronto como la angustia que se hallaba en la base de esa fobia se hizo manifiesta, pudo comprobarse que estaba vinculada a los árboles que bordeaban la ruta y con un puente –completamente imaginario– que se suponía que el niño debía atravesar. A Erich le agradaban los caminos que corrían por el campo, en el cual le complacía orinar. Pero temía que los árboles del camino de la escuela cayeran sobre él: "El árbol representaba para él el enorme pene del padre, que deseaba cortar y que por eso temía" (1923c, 1926a: 105).[7] El puente imaginario suponía un agujero en el cual podía caer. Un trozo de cordel tirado en el camino le daba miedo, pues le recordaba una serpiente. Una bruja podía volcar sobre él y sobre su cartera un frasco lleno de tinta: esta bruja era la imagen escindida de la madre con pene, y el frasco representaba el pene. Hacia la misma época recorría a veces el camino de la escuela saltando sobre un pie y decía que le habían cortado un pie. La angustia de castración era, pues, la causa de la fobia.

Las fantasías surgidas durante el análisis permitieron profundizar este punto. El niño afirmaba que iría con gusto a la escuela si pudiera evitar el trayecto, e imaginaba toda

clase de recursos para lograrlo: podría colocar una escalera entre la ventana de su cuarto y la de la maestra, o bien tender una cuerda, también de ventana a ventana. Llegó a inventar una máquina capaz de lanzar la cuerda a los diferentes lugares de la ciudad a los que quería dirigirse. Todo esto era manifiestamente una elaboración de sus teorías sexuales infantiles y de sus fantasías en las que se representaba el interior del cuerpo como si fuera el interior de una casa. Semejante identidad fantaseada valía también para el espacio en general. Relataba fantasías en las que su cuerpo y el cuerpo de su madre eran ciudades, de complicada geografía, y más tarde países, con hombres, animales y objetos. Describía en forma detallada su red ferroviaria, recorrida por "tren-Pipí" y "tren-Caca" (1923c, 1926a: 107). Las estaciones terminales y los andenes representaban la boca, el ano y el pene. Otras estaciones y andenes eran los ojos y las aberturas de las orejas y de la nariz. "Así encontramos que su sentido de orientación, anteriormente muy inhibido, pero que se desarrolló ahora en forma notable, estaba determinado por su deseo de penetrar en el cuerpo de la madre e investigar su contenido, con los pasadizos para entrar y salir de él y los procesos de fecundación y nacimiento" (1923c, 1926a: 108).

Después de algún tiempo de análisis esto se manifestó muy claramente en los juegos del niño: un día Erich tomó uno de sus juguetes, un perrito al que a menudo llamaba *hijo* en sus juegos y fantasías, y lo deslizó sobre el cuerpo de su madre al tiempo que describía sus viajes: en el pecho había montañas, y en la región genital, un gran río. Pero el viaje terminaba mal: otros juguetes acusaban al perrito de haber cometido una mala acción (por ejemplo, de haber dañado el auto de su amo) y lo golpeaban o lo mataban. Por lo tanto, la angustia de castración era responsable de algo más que del rechazo a recorrer el camino de la escuela. Este síntoma era solo la expresión de un trastorno fundamental de la relación con el espacio, que se había manifestado ya en distintas oportunidades en la vida anterior del niño: a los cinco años no comprendía que varias horas después de haber partido de Budapest no siguiera estando allí; pedía a su madre que le regalara ya mismo la ciudad en que iban a pasar el verano siguiente; más tarde, como sabemos, se resistía a salir a la calle e incluso dejó de lado su juego favorito (jugar al cochero o al chofer) y por último apareció la fobia a los niños que encontraba en la calle, fobia que consiguió superar por su propio esfuerzo en los últimos meses de 1920. En la escuela tenía dificultad para aprender geografía.

Esta inhibición general del sentido de orientación espacial provenía del significado simbólico del espacio, que remitía a lo que Melanie Klein denominó "geografía del cuerpo de la madre" (1923c, 1926a: 108-109*n*). La expresión parece haber sido tomada de Abraham. El análisis permitió entonces poner en evidencia un fuerte interés previo por el movimiento y la exploración del espacio: Erich se había escapado varias veces de su casa cuando tenía unos tres años y había manifestado desde muy temprana edad su interés por los vehículos: de tracción a sangre, automóviles, tranvías de Budapest y vagonetas de la fábrica en que trabajaba el padre. La *geografía del cuerpo de la madre* servía ya entonces de base a ese interés cuya represión correspondía a la represión del

deseo primario que se expresaba por su intermedio: marchar equivalía al coito con la madre, la observación del movimiento de los vehículos equivalía a la observación del movimiento del pene. La represión del complejo de Edipo se había extendido a sus derivados simbólicos y había cambiado el placer primario en angustia. La interpretación de la angustia de castración, al llevar los deseos edípicos a la conciencia, permitió un nuevo desarrollo de los juegos de movimiento y de la exploración del espacio.

El análisis de las fantasías vinculadas con la vida escolar permitió observar las mismas redes fantaseadas. En apariencia, las interpretaciones relativas a la geografía simbólica del cuerpo precedieron la exploración sistemática de los significados inconscientes de los ejercicios escolares, puesto que las fantasías que menciona Melanie Klein (1923b, 1924) son de una riqueza y una complejidad considerables. Erich había aprendido a leer en Ruzomberok, empleando en ello un celo excesivo, que demostraba la índole compulsiva de su aprendizaje. En la escuela debía ahora aprender a escribir y a contar. El aprendizaje de la escritura le resultó muy trabajoso; más tarde multiplicó las faltas de ortografía reiterativas, tropezando siempre con los mismos grupos de letras, y tuvo muchas dificultades con la división.[8] Desde el comienzo se puso de manifiesto que la maestra representaba la imago de la mujer con pene y que las tareas simbolizaban el coito y la masturbación. Las buenas calificaciones representaban el pene que le restituía la madre castradora. Con la escritura se vinculaban otras fantasías más específicas: "… las líneas de su libro de ejercicios eran caminos, el libro era el mundo y las letras cabalgaban sobre motocicletas, esto es, sobre la lapicera. Otras veces, la lapicera era un bote y el cuaderno era un lago. Encontramos que muchos errores de Fritz (que por un tiempo no pudieron ser superados, hasta que fueron resueltos en el análisis, en que desaparecieron sin dificultad) estaban determinados por sus muchas fantasías acerca de las diferentes letras que eran amigas unas con otras o se peleaban y tenían toda clase de experiencias. En general, consideraba a las minúsculas como hijas de las mayúsculas. Veía a la 'S' mayúscula como emperador de las largas eses germanas; tenía dos ganchos en las puntas para distinguirlo de la emperatriz, la 's' final, que tenía solamente un gancho" (1923c, 1926a: 110). Casi todas las letras y las cifras tenían su mitología particular. La 'i' y la 'e' del alfabeto latino eran amigas inseparables que viajaban siempre en la misma motocicleta: se amaban hasta tal punto que casi no era posible distinguirlas. Las letras correspondientes del alfabeto gótico viajaban en una motocicleta de otra marca. Las 'íes' góticas eran hábiles e inteligentes, tenían armas, vivían en grutas, etc. En cambio las 'eles' eran sucias, groseras, repugnantes; las calles de su ciudad estaban llenas de basura: representaban sin duda las heces. A Erich le resultaba muy difícil escribir la doble 'S' alemana, hasta que la fantasía subyacente se volvió consciente: una de las 'S' era su padre y la otra el mismo Erich. Debían viajar juntas por el mar,[9] a bordo de un barco representado por la pluma. La 'S-Erich' se adelantaba siempre a la 'S-padre' y la dejaba en tierra (1923b, 1924: 76-77).

Su inhibición general respecto de la escritura se basaba en una inhibición especial

relativa a la ‘i’, cuyo doble movimiento de ascenso y descenso también está presente en las demás letras. El punto sobre la ‘i’ representaba un empuje del pene, lo mismo que los puntos y los puntos y comas; explicando que había que apretar fuerte en ese punto, levantaba y después deprimía la pelvis. Cuando le fue posible expresar sus fantasías, llegó a experimentar placer en escribir, urdiendo argumentos cada vez más numerosos relacionados con las letras.

Su inhibición respecto de las divisiones, sin duda más tardía, se manifestó en una época en que Melanie Klein comenzaba a vislumbrar la importancia del sadismo anal. Erich había comprendido perfectamente el principio de la división, pero sus operaciones estaban siempre equivocadas. Sus asociaciones remitieron a fantasías relativas a la acción de bajar las cifras del dividendo: había que tirar de ellas violentamente hacia abajo y esto no debía agradarles. A poco recordó un número de circo en el que se cortaba una mujer en pedazos sin matarla, lo cual condujo a la primera fantasía canibalística que se describe en la obra kleiniana: “Luego me relató (también en conexión con una fantasía previamente elaborada) que, en realidad, todo niño quiere tener un pedacito de su madre, a quien se debe cortar en cuatro partes; demostró exactamente cómo gritaba, cómo le llenaban la boca de papel, para que no gritase, las muecas que hacía, etc. Un niño [Fritz = Erich] tomaba un cuchillo muy afilado y la destrozaba […]” (1923b, 1924: 81). Después de hacer una descripción larga y minuciosa de esa fantasía, durante la cual mostró signos de nerviosidad, admitió que los pedazos eran comidos por los niños. “Surgió entonces que siempre confundía el restante con el cociente en la división y que siempre los colocaba en sitio equivocado porque, por supuesto, inconscientemente se trataba de pedazos de carne sangrientos. Con estas interpretaciones desaparecieron por completo sus inhibiciones” (1923b, 1924: 81-82). Desde el día siguiente Erich hizo bien todas sus divisiones, para estupefacción de la maestra y de él mismo.

En ese momento Erich tenía probablemente cerca de ocho años, y al parecer su análisis no se prolongó más allá de esa época. Desde 1921, en efecto, las actividades psicoanalíticas de su madre se intensificaron y la absorbieron cada vez más. Tomó como pacientes a otros niños, y también, aunque más episódicamente, a personas adultas. Desde 1922 trabajó en el policlínico psicoanalítico y dictó cursos para maestras de jardín de niños. Pero, por sobre todo, parece ser que las interpretaciones psicoanalíticas comunicadas a Erich en 1921 tuvieron efecto resolutivo y que el niño superó definitivamente su neurosis, cuyas manifestaciones, aunque tenaces, nunca fueron muy graves. En todo caso, Erich se curó de su fobia escolar y sus trastornos de orientación espacial.

8. Las enseñanzas que dejaron la educación y el análisis de Erich

A nuestro parecer, las principales enseñanzas que dejó a Melanie Klein el análisis de su hijo fueron esencialmente de orden metodológico. Erich no presentaba los síntomas masivos cuya comprensión haría posible la elaboración de las concepciones propiamente kleinianas, pero su dificultosa educación permitió que se forjaran de modo progresivo las herramientas (dispositivos técnicos y primeras nociones teóricas) gracias a las cuales su madre pudo abordar sus primeros casos realmente difíciles.

Nos limitaremos aquí a examinar los aspectos técnicos de las enseñanzas de la educación psicoanalítica de Erich, ya que es nuestro propósito dedicar el capítulo siguiente al análisis de las concepciones teóricas que tuvieron en ella su origen y a mostrar de qué modo estas constituyen un primer sistema prekleiniano, cuya relación con el sistema kleiniano propiamente dicho merece detallado examen. En el ámbito de la técnica, Melanie Klein aprendió con Erich: la insuficiencia de los mejores métodos pedagógicos; la profundidad de las fuentes de la culpabilidad y de la angustia; la interrelación del juego con las fantasías inconscientes; la lentitud con que se elaboran las interpretaciones; la necesidad de interpretar la angustia inconsciente, que siguió siendo el aspecto característico de su método.

La comprobación de la insuficiencia de todo método pedagógico fue una lección sin duda amarga de su experiencia con Erich. Ya hemos señalado las ilusiones que abrigaba Melanie Klein en el momento en que, después de algo menos de tres meses de educación psicoanalítica, parecía persuadida de que la revelación del origen de los niños y el rechazo por Erich de la idea de Dios lo protegerían de las inhibiciones intelectuales. Este optimismo racionalista se basaba en el desconocimiento de la profundidad y la precocidad de la represión de la curiosidad sexual del niño. Implicaba en segundo lugar una definición singularmente ambiciosa e intelectualista de la normalidad, en la cual creemos adivinar la influencia de un ideal narcisista. Pero esta carga narcisista es lo que la impulsó a perseverar cuando se hizo evidente que los efectos benéficos de la primera fase de educación sexual no habían durado más de tres meses. Melanie Klein había creído alcanzar un triunfo definitivo. Hubo de perder sus ilusiones, pero los progresos logrados por Erich en esos tres meses le probaron que el instrumento tenía eficacia y que bastaba con reemprender la tarea. En el transcurso de las cuatro fases, cada vez más psicoanalíticas, de su relación educativa y psicoterapéutica con Erich, los objetivos pedagógicos del comienzo fueron reemplazados por objetivos enunciados en términos específicamente psicoanalíticos: liberación de la actividad fantaseadora, liberación del juego. Melanie Klein comprendió la necesidad de explorar el inconsciente como paso previo a cualquier tentativa de reeducación pedagógica, así como la verdad de la paradoja que habría de oponer durante toda su vida a los partidarios de las demás escuelas del psicoanálisis de niños, y cuyo reconocimiento, al menos parcial, obtuvo finalmente: el psicoanálisis solo puede ayudar a la pedagogía si pone entre paréntesis toda preocupación pedagógica. La buena adaptación social y escolar del niño no puede ser la meta del

psicoanalista de niños: es, a lo sumo, un beneficio secundario del psicoanálisis.

Esto implica una actitud profunda, más fundamental que las medidas y nociones técnicas en las cuales halla expresión: la *normalidad* no puede enunciarse en función de criterios objetivos, sino en función de la libertad, de la fluidez y variedad de la actividad fantaseadora. Conservó, así, un elemento esencial de sus presupuestos ideológicos de 1919: para el psicoanálisis no es admisible ninguna referencia a criterios externos. E incluso lo profundizó: después de haber deplorado la falta de precocidad de su hijo, llegó a ser capaz de considerar inquietante la excesiva diligencia que ponía en el aprendizaje de la lectura, es decir, de considerar las conductas intelectuales como conductas sin privilegio especial, cuyo refuerzo excesivo puede ser un signo patológico y cuya significación no puede ser evaluada aisladamente, sino solo en su relación con el conjunto de la personalidad. Alcanzó de este modo lo que Daniel Lagache (1964) denominó "categoría de conjunto". Al mismo tiempo halló un medio de realizar evaluaciones mejor fundamentadas, y descubrió –para emplear una expresión de su discípulo Wilfred Bion– los verdaderos "objetos psicoanalíticos" (1963: 29-30): las organizaciones fantaseadas, cuya descripción le permitiría más tarde abordar sobre nuevas bases la psicopatología en su conjunto.

Podríamos, pues, enunciar la primera enseñanza que le dejó la educación de Erich en los siguientes términos: los objetivos del psicoanálisis de niños solo pueden ser definidos en términos psicoanalíticos. Cabría pensar que este enunciado no es sino una tautología estéril o un tecnicismo de corto alcance: es, en todo caso, al margen de toda formulación técnica o teórica, una actitud que ella fue la primera, y durante mucho tiempo la única, en asumir en materia de psicoanálisis de niños, y es también un resultado directo de la experiencia vivida con Erich.

La segunda actitud profunda de Melanie Klein originada en esa experiencia es su sensibilidad tan especial frente a la angustia. Sabemos que esa actitud se reflejará más tarde en una teoría, escasamente admisible desde un punto de vista freudiano estricto, sobre la angustia inconsciente, y en una técnica de interpretación muy particular. Lo que nos interesa aquí es que esa susceptibilidad a la angustia es producto de su relación con Erich. Surgió sin duda de *un insight* inconsciente. Este *insight*, a nuestro juicio, existía ya bajo la superficie en las racionalizaciones intelectualistas de 1919: afirmar, como ella lo hizo entonces, que todo menoscabo del desarrollo intelectual es signo de un sufrimiento inconsciente y resultado de una represión, significa tanto como procurarse los medios, siete años antes de *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud, 1926), de desentrañar la angustia oculta tras la inhibición o la falta de interés manifiestas. El vínculo que había establecido con tanta firmeza entre el placer y el ejercicio de la inteligencia la llevó a reparar en el sufrimiento de Erich tan pronto como este renunció a su curiosidad, así como a ponerlo al descubierto. Asumió de este modo una actitud por completo ajena a la técnica analítica codificada de la época –si no a la práctica de Freud–, que consiste en activar el desarrollo de la angustia. Conviene recordar aquí que una actitud semejante

resultaba incomprensible desde el punto de vista metapsicológico antes de la revisión, en 1926, de la teoría psicoanalítica de la angustia. Melanie Klein llegó a conmoverse y, sobre todo, a sentir temor ante la intensidad de la angustia que experimentaba Erich durante la última fase de su análisis.

Ella misma relató cómo esa actitud espontánea se transformó en 1921en una técnica deliberada:

> …me desvié de algunas de las reglas establecidas hasta entonces, pues interpreté lo que pareció más urgente en el material que el niño me presentaba y mi interés se focalizó en sus ansiedades y en sus defensas contra ellas. Este nuevo enfoque me enfrentó en seguida con serios problemas. Las ansiedades que encontré analizando este primer caso eran muy agudas, y a pesar de que fortalecía mi creencia de estar en el camino correcto el observar una y otra vez la atenuación de la ansiedad producida por mis interpretaciones, a veces me perturbaba la intensidad de las nuevas ansiedades que manifestaba. En una de esas ocasiones pedí el asesoramiento del Dr. Karl Abraham. Me contestó que como mis interpretaciones habían producido frecuentemente alivio y obviamente el análisis progresaba, no veía motivo para cambiar el método de acceso. Me sentí alentada por su apoyo y, efectivamente, en los días siguientes la ansiedad del niño, que había llegado a un máximo, disminuyó considerablemente, conduciendo a mayor mejoría. La convicción ganada en este análisis influyó vivamente sobre todo el curso de mi labor (1955b: 130).

Esta necesidad intensamente experimentada de combatir la angustia al menor signo nos parece inseparable de la actitud que hemos señalado antes y que consiste en evaluar una conducta solo por el lugar que ocupa en la dinámica total de la personalidad. La angustia es, en efecto, la manifestación inmediata e interior del trastorno psíquico, el signo (en la primera teoría psicoanalítica de la angustia) de la represión de una cierta cantidad de libido que queda bloqueada en estado de estancamiento, la señal y el precursor (en la segunda teoría freudiana) que anuncia el embate de un movimiento pulsional en desacuerdo con el yo y la intervención inminente del proceso defensivo, el signo de la actividad de la pulsión de muerte (en la teoría kleiniana definitiva). Cualquiera que sea el marco de referencia teórico, señala los puntos críticos del conflicto defensivo, es decir, aquello sobre lo que debe actuar la interpretación, por lo menos en última instancia.

Ofrece un criterio estrictamente psicoanalítico acerca de la pertinencia de la intervención del psicoanalista.

Todas las otras enseñanzas que extrajo del análisis de Erich nos parece que pueden reducirse a esas dos transformaciones de su actitud. El descubrimiento de la escasa influencia ejercida por la renuncia a los métodos pedagógicos coactivos mostró, por simple deducción, el origen profundo de las fuentes de la represión, ya que en esa época todo el mundo, incluida Melanie Klein, consideraba que la angustia era consecuencia de la represión (o más exactamente, del aumento de las excitaciones internas provocado por la acumulación de la libido frustrada por efecto de la represión). El descubrimiento de la precocidad de la represión fue consecuencia de la interpretación de inhibiciones muy precoces (Melanie Klein terminó por interpretar el retardo del habla en Erich como una inhibición) que probaban la existencia de una angustia muy precoz (la cual se revelaba

también en los terrores nocturnos) y por lo tanto la existencia de una represión contemporánea de ella.[10]

La interrelación del juego con las fantasías inconscientes se le apareció con claridad en la dinámica concreta de la angustia. Esa interrelación condujo directamente a la tesis esencial de 1923, que examinaremos en el próximo capítulo: la inhibición es consecuencia de una *angustia inconsciente*.

Por su parte, el descubrimiento de la lentitud –pero también de la realidad– de la elaboración en el niño, está relacionado con el de la profundidad de las fuentes de la angustia. Desde el comienzo, la madre de Erich no se dejó desalentar por la distracción del niño durante sus explicaciones, por su oposición o sus tentativas de cambiar de familia: advirtió en ellas la resistencia a la educación sexual, emanada de la tendencia innata a la represión, cuya importancia subestimó entonces pero sin dejar de reconocer su existencia. Una vez atemperado su optimismo de novicia por las fluctuaciones de la actitud de Erich, desarrolló una actitud de optimismo fundado en la experiencia. Incluso cuando el niño no escuchaba, en realidad oía, y lo que oía se abría camino en su inconsciente. Sabemos que Melanie Klein describió a menudo la actitud característica del niño ante una interpretación profunda: al principio está distraído y desatento, pasa con frecuencia a otra cosa y algún tiempo después un juego o un dibujo muestran que la interpretación ha sido aceptada. Fue Erich quien le hizo ver la constancia de esta secuencia característica, en los momentos esenciales de la primera y la segunda fases de su educación sexual (aunque no en las dos fases posteriores de análisis).

Este conjunto de factores indujo a Melanie Klein a sostener, a partir de la tercera fase (la primera fase de análisis, en 1920), lo que habría de perdurar como uno de los fundamentos del psicoanálisis kleiniano: la idea del carácter universalmente benéfico del psicoanálisis de niños. Esta idea tiene un aspecto negativo y de algún modo polémico: generalizando lo que Freud afirmó respecto de Juanito, Melanie Klein sostuvo la inocuidad absoluta del psicoanálisis aplicado al niño pequeño: “Seguramente no hay razón para temer un efecto de enormes alcances por el análisis temprano…” (1921, 1923a: 61). Como ya lo señalara Freud, la supresión de la represión no lleva a la realización pura y simple de los deseos sexuales y agresivos, sino al enriquecimiento de las sublimaciones. El psicoanálisis no cumple por lo tanto una función solo curativa –esto será también una constante de la actitud kleiniana– sino preventiva y, aun si no cupiera calificarla de pedagógica, al menos formativa: “Lo que el análisis temprano puede hacer es procurar protección de graves shocks y superar inhibiciones. Esto ayudará no solo a la salud del individuo sino también a la cultura, porque la superación de inhibiciones abrirá nuevas posibilidades de desarrollo” (1921, 1923a: 61). En consecuencia –y aquí asoma la divergencia con Freud– las perspectivas de su aplicación son ilimitadas. Por el momento, Melanie Klein piensa sobre todo en los niños normales: “Creo que ninguna crianza debe hacerse sin orientación analítica, ya que el análisis proporciona una ayuda muy valiosa y, desde el punto de vista de la profilaxis, hasta ahora incalculable” (1921, 1923a: 57). Ya

que toda infancia normal supone una neurosis infantil, el psicoanálisis es siempre pertinente: "Sería entonces aconsejable prestar atención a los incipientes rasgos neuróticos de los niños; pero si queremos detener y hacer desaparecer estos rasgos neuróticos, entonces se convierte en una necesidad absoluta la intervención más temprana posible de la observación analítica y ocasionalmente del análisis" (1921, 1923a: 64). Como medio de llevar a la práctica ese proyecto, Melanie Klein pensaba en la creación de jardines de infantes psicoanalíticos, dirigidos por mujeres psicoanalistas, jardines semejantes al que Vera Schmidt había organizado en Leningrado: "No hay duda de que una analista que tiene bajo sus órdenes algunas niñeras entrenadas por ella puede observar a muchos niños como para reconocer la conveniencia de una intervención analítica y llevarla a cabo" (1921, 1923a: 65). Más tarde, después de que hubo inventado la técnica del juego, se orientó en cambio hacia los casos patológicos más graves. A partir de 1924 analizó niños prepsicóticos, y treinta años más tarde su método permitió a su alumno Emilio Rodrigué esta asombrosa realización técnica: el análisis de un niño psicótico con mutismo (1955a: 147-184). Pero desde el principio hasta el fin mantuvo esta afirmación: el campo de aplicación del psicoanálisis de niños es ilimitado.

2
EL SISTEMA PROTOKLEINIANO

A su llegada a Berlín, Melanie Klein, al mismo tiempo que llevaba a cabo el segundo análisis de Erich, comenzó a practicar el psicoanálisis de niños. Sus pacientes, escasos al principio, fueron aumentando gradualmente en número. Los textos publicados en 1923 y 1925 mencionan a algunos de ellos: Félix, Ernst y Grete fueron analizados antes de 1923; Werner y Walter, citados ambos en 1925, por esa época hacía poco que habían iniciado su análisis. El caso de Félix es el que tuvo mayor desarrollo: se lo cita en diez pasajes diferentes, algunos de los cuales abarcan muchas páginas. Su análisis, comenzado en 1921, incluyó 370 sesiones. "Como solamente venía tres veces por semana…", el análisis duró tres años y tres meses, y terminó en el transcurso de 1924 (1925a, 1925b: 116). Se trata del primer análisis prolongado, "profundo", como se decía entonces, realizado por Melanie Klein. Gracias a él pudo volver más precisa su técnica, confirmar las enseñanzas proporcionadas por la relación con Erich e ilustrar sus primeras concepciones psicoanalíticas, que en gran parte derivó de la interpretación de los problemas neuróticos de Félix.

1. El psicoanálisis de Félix (1921-1924)

Cuando comenzó su análisis, Félix, un niño de 13 años, no tenía síntomas definidos, pero presentaba en forma muy nítida las manifestaciones de lo que Franz Alexander (1923) había denominado *carácter neurótico*.

Poco emotivo, no sentía inclinación por el estudio a pesar de su inteligencia, y se mostraba poco sociable. Algún tiempo antes del comienzo de su análisis había tenido un tic que no llegó a preocuparlo, como tampoco a quienes lo rodeaban. Este cuadro clínico, que no incluía síntomas acentuados sino inhibiciones, correspondía exactamente a los intereses teóricos de Melanie Klein durante este período, por lo cual Félix, juntamente con Fritz (Erich) al principio y luego solo, tuvo una importancia considerable en los escritos de 1923 y 1925. Los artículos "El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño" (1923b, 1924) y "Análisis infantil" (1923c, 1926a) dedican un amplio espacio al relato de sus fantasías. El artículo de 1925, "Una contribución a la psicogénesis de los tics" (1925a, 1925b, 1948a), le está consagrado casi por entero.

Desde el comienzo de su psicoanálisis, que coincidió exactamente en el tiempo con el segundo análisis de Erich, Melanie Klein partió de la misma hipótesis que aplicaba a este último: el rechazo de la escuela y el escaso rendimiento escolar tenían el sentido de una inhibición neurótica. Había pues que interpretar las fantasías que subyacían a las actividades escolares con el fin de hacer surgir la angustia que impedía el éxito. A diferencia de Erich, las inhibiciones de Félix tenían que ver más con su relación con el maestro que con el valor simbólico especial de los ejercicios. Sin embargo, ese valor simbólico tenía un papel claramente discernible. Así, relataba Félix que algunos muchachos de su clase se habían copiado unos a otros en una composición de griego. Este hecho fue el punto de partida de una fantasía acerca de cómo podría arreglárselas para mejorar su posición en la clase: imaginó que podría lograrlo matando a todos los que lo precedían. De esta manera, únicamente el maestro sería más importante que él, pero el maestro estaba fuera de su alcance. Detrás de esta imposibilidad se ocultaba, para Melanie Klein, el deseo fantaseado de ocupar el lugar del profesor sobre el estrado, de hablar en su lugar y de reducirlo a silencio. Diversas asociaciones permitieron analizar esa fantasía: un día Félix pensó que el profesor, que estaba parado frente a la clase, con la espalda apoyada en su escritorio, iba a caer, que rompería el escritorio al introducirse en él y que se lastimaría. Esa fantasía ponía de manifiesto su concepción sádica del coito: el profesor representaba al padre y el escritorio a la madre. El deseo de ocupar el lugar del padre, surgido del complejo de Edipo de Félix, hallaba expresión en el deseo de suplantar al maestro al frente de la clase.

El deseo homosexual surgido del complejo de Edipo invertido intervenía en la rivalidad con los compañeros de clase: se trataba de estar más cerca del profesor. Los dos movimientos pulsionales provocaban la angustia de castración: el maestro atacado en las fantasías podía vengarse, el maestro objeto del deseo homosexual podía castrar a Félix en un coito sádico. La angustia le impedía pues al muchacho tener éxito en la

escuela, ya que el éxito hubiera representado la realización de sus deseos homosexuales o parricidas: como en el caso de Erich, esa angustia era la causa de la inhibición.

Melanie Klein observó una segunda analogía con su hijo: sabemos que Erich, antes de sufrir de una inhibición generalizada del sentido de la orientación, había mostrado una verdadera afición por la exploración y el movimiento (fugas hacia los tres años, interés por los vehículos, pasión por el juego del cochero y del chofer). De igual modo Félix, antes de perder interés por las tareas escolares, había sido, hasta los 11 años, un excelente alumno. La inhibición no era por lo tanto un déficit puro y simple, sino que provenía de la represión de un interés. Melanie Klein se enteró de que en la época en que se desempeñaba con éxito en las tareas escolares, Félix era desmañado, daba muestras de agitación física excesiva, no podía mantener quietas las piernas durante la clase y experimentaba una gran aversión por los deportes y la gimnasia. El cambio se produjo cuando su padre, que había sido movilizado, volvió de la Primera Guerra Mundial. Amenazó con castigar a su hijo por su miedo a los ejercicios físicos y, de hecho, le pegó y lo trató de cobarde. Al mismo tiempo descubrió y reprimió la masturbación de Félix. El director de la escuela murió; una enfermedad intercurrente del niño determinó un examen nasal que reactivó la angustia de castración (que el niño asociaba con las intervenciones médicas y quirúrgicas desde que, a los tres años, fuera circuncidado). Félix consiguió vencer su miedo, se apasionó por el futbol y practicó gimnasia y natación. Renunció, aunque con gran esfuerzo, a la masturbación. Pero cuando su padre trató de controlar sus tareas escolares, perdió su afición al estudio y la escuela se convirtió para él en una tortura. En cierto modo, las inhibiciones se trocaron.

Todo ocurrió como si Félix no pudiese desempeñarse bien al mismo tiempo en la escuela y en los ejercicios físicos: el fracaso en una de las actividades debía servir de compensación al éxito en la otra. Sin embargo, Melanie Klein no se conformó con esta comprobación. Se sintió intrigada por el desarrollo bastante tardío del interés por el deporte y se preguntó de dónde provenía ese interés y, en especial, de dónde extraía su energía. Dio así un paso que nos parece decisivo puesto que constituye el preludio de la elaboración de sus primeras concepciones teóricas: por primera vez tuvo la idea de tratar de establecer el significado inconsciente de una actividad normal y bien lograda, que no supone regresión alguna en el nivel de funcionamiento del aparato psíquico. Los hechos ocurridos después del regreso del padre demuestran que Félix transfirió sus intereses de la tarea escolar a los deportes. Las amenazas y conminaciones paternas explican el fenómeno en la medida en que modificaron el factor de concordancia con el yo (ego sintonía). Pero ¿permiten comprender plenamente el trueque de los valores de placer y displacer vinculados con esas actividades? Es necesario suponer que la energía psíquica depositada en las tareas escolares fue retirada de estas y dirigida a los deportes. Ahora bien, la interpretación de las dificultades escolares permitió poner en evidencia la naturaleza del fantaseo relacionado con la escuela: teoría sexual infantil del coito destructor, que funciona como expresión y como puesta del conflicto y del compromiso

entre las pulsiones edípicas activas y pasivas. Solo una equivalencia inconsciente entre el deporte y la competición escolar podía explicar el cambio de las aficiones de Félix. El análisis se volcó por consiguiente a la exploración de los significados inconscientes del futbol.

Desde el comienzo Félix parece haber establecido un vínculo entre ese deporte y la masturbación. La única fantasía masturbatoria de carácter consciente era, en los primeros tiempos de su análisis, la siguiente: *Está jugando con algunas niñitas, acaricia sus pechos y juegan juntos al futbol. En este juego está continuamente perturbado por una choza que puede verse detrás de las niñitas* (1925a-b: 118). La cabaña condujo a Félix a evocar un cuarto de baño y recuerdos relacionados con su madre. Esta evocación permitió a Melanie Klein interpretar la fijación anal del niño y su hostilidad inconsciente hacia su madre. El futbol, juego en el que es necesario hacer entrar la pelota en el arco, surgió como representación simbólica del coito. El hecho de jugar futbol equivalía para el inconsciente a la masturbación y servía para descargar la tensión sexual incrementada. Pero lo que, como consecuencia, planteaba un problema, era el rechazo anterior de los ejercicios físicos en todas sus formas. Fiel a su hipótesis general, a la que se adhería desde 1919 y según la cual todo rechazo encubre una inhibición, Melanie Klein consideró que la torpeza y la cobardía anteriores de su paciente eran efecto de una inhibición precoz: su afición inicial por el movimiento, vinculada desde el principio con representaciones sexuales, había sido objeto de una primera represión que le dejaba como única salida la agitación física durante la clase. La actividad escolar, que expresaba las mismas fantasías inconscientes, había podido escapar de la represión porque esas fantasías se manifestaban en una forma más encubierta y por lo tanto más acorde con el yo. Así, las mismas pulsiones libidinales habían podido descargarse, entre los seis y los 11 años, en forma de placer en la tarea escolar y en forma de angustia en el temor a los ejercicios violentos. El regreso del padre y su brutal intervención no hicieron otra cosa que modificar la economía de ese equilibrio inestable actuando sobre el factor de concordancia con el yo: el cambio de aficiones que fue su consecuencia siguió un camino ya trazado por las conexiones inconscientes entre el deporte y el estudio como sustitutos de la masturbación y de los intereses sexuales.

La continuación del análisis puso en evidencia lo que de compulsivo y reactivo tenía la afición por el futbol. Cuando Félix comprendió que el deporte solo era para él un sustituto poco satisfactorio de la masturbación, su interés por el futbol disminuyó, al tiempo que comenzó a manifestar una atención renovada por algunas disciplinas escolares. Paralelamente pudo superar en forma progresiva la angustia que le producía tocar sus órganos genitales y se entregó de nuevo a la masturbación al alcanzar la edad de 14 años.

Sin embargo, Félix no podía aún permitirse una mejoría en su estado sin pagar por ella de un modo u otro. En el momento preciso en que realizó los progresos relatados, su tic, que hasta entonces solo se había manifestado en forma espaciada, entró a dominar el

cuadro clínico. Ese tic incluía tres fases: comenzaba con una sensación de desgarramiento en la nuca, la cual producía en primer término un movimiento de la cabeza hacia atrás y luego una rotación del cuello de derecha a izquierda; terminaba con un movimiento por medio del cual el mentón iba a apoyarse sobre el pecho y al que acompañaba la sensación de perforar algo. El tic había aparecido, poco antes del análisis, como consecuencia de la observación clandestina de las relaciones sexuales de los padres. Melanie Klein pudo relacionar la primera fase del tic con la identificación de Félix con su madre (sensación de ser brutalmente penetrado); la segunda, con los movimientos del niño destinados a facilitarle la observación visual y auditiva de la escena, y la tercera, con la identificación con el padre en un papel activo y sádico. La frecuencia del tic fue disminuyendo a medida que se ahondaba la exploración de los deseos homosexuales de Félix y de las fantasías relacionadas con la escena primaria, vivida en la primera infancia y reactivada por la observación reciente del coito de los padres.

Durante este período del análisis, el muchacho adquirió una nueva fuente de placer. Comenzó a interesarse por la música, a asistir a conciertos y a apasionarse por algunos directores de orquesta y algunos músicos. Resultó fácil vincular este interés con la sublimación de las pulsiones homosexuales que antes habían hallado una vía de descarga en el tic, y comprender que la afición por la música no surgía entonces sino que reaparecía después de un largo período de inhibición. Algunos comentarios sobre el piano de cola que, durante un concierto, le había impedido ver al instrumentista evocaron recuerdos encubridores: Félix recordó haber sentido miedo en su primera infancia al ver su reflejo deformado en la superficie pulida del piano que tenían sus padres. Evocó la ubicación de su cama en relación con la de sus padres, cuando dormía en la misma habitación que ellos, antes de cumplir seis años: el armazón de la cama grande le impedía ver lo que ocurría en ella, y su observación de la escena primaria había sido esencialmente auditiva. Esa experiencia era la causa de su interés arcaico por los ruidos y sonidos, signos audibles de la actividad genital de su padre. En su tercer año de vida le gustaba cantar: era una forma de identificarse con su padre. Este placer fue reprimido después de la intervención quirúrgica que, a los tres años, le practicaron en su pene, pero había tenido tiempo de interesarse en los elementos rítmicos y motores de la música. El director de orquesta se le aparecía como un padre tolerante que permitía a los músicos (sus hijos) participar en el concierto (sus relaciones sexuales con la madre), dirigiéndolos y guiándolos. Cuando el interés por la música resurgió durante el análisis, a la admiración pasiva se sumaron elementos que expresaban una actividad mayor: el joven melómano se sentía fascinado por el virtuosismo de los grandes directores y hubiera querido saber cómo hacían para conseguir que los músicos siguieran el compás con tanta precisión.

A medida que tomaba conciencia del significado de ese interés, los elementos activos se fueron desarrollando. Después de algunos pasos en el acto homosexual, pudo experimentar una admiración apasionada por una actriz y evolucionar así a la elección de un objeto heterosexual. Luego entabló relación con una muchacha mayor que él, y

Melanie Klein le pidió que la interrumpiera, al menos provisionalmente, para evitar que el tratamiento despertara la ira de su padre. Cuando concluyó el análisis, Félix, que tenía entonces 16 años, había vuelto a ser un buen alumno, se interesaba por la música y el teatro y había alcanzado una posición genital heterosexual. La afición compulsiva por los deportes, y también el tic, habían desaparecido.

Al término de este análisis, el primero que realizó en condiciones corrientes, Melanie Klein fue capaz de relacionar la evolución total de su paciente con las transformaciones sucesivas de sus fantasías masturbatorias, las cuales gobernaban el conjunto de sus inhibiciones, su síntoma y sus sublimaciones. Pudo también establecer que las diferentes variaciones de esas fantasías organizaban las relaciones de objeto de Félix en las diferentes épocas de su desarrollo y de su análisis. Cuando este, en su primera infancia, compartía el dormitorio de sus padres, el contenido de sus fantasías masturbatorias incluía con frecuencia un personaje compuesto, medio viejo y medio niño (mitad su padre y mitad él mismo), que descendía de un tronco de árbol; luego, cabezas de héroes griegos; en la pubertad, el impulso heterosexual trajo consigo la fantasía de las niñas con las que jugaba a futbol, y más tarde, durante el análisis, la de una mujer acostada encima de él, y por último, acostada debajo de él. Los progresos en el desarrollo y en el tratamiento no se tradujeron solamente en un abandono, un juicio condenatorio o un desgaste puro y simple de las fantasías inconscientes reveladas por la interpretación, sino también en una elaboración de esas fantasías en un nivel genético más elevado, tanto desde el punto de vista libidinal como desde el punto de vista de la estructura de la relación objetal. El tratamiento psicoanalítico de Félix permitió así ampliar las conclusiones derivadas de la educación psicoanalítica y de las psicoterapias de Erich. Condujo a Melanie Klein a elaborar una teoría genética de las organizaciones fantaseadas que orientó la interpretación y proporcionó una primera teoría del tratamiento.

2. Los elementos teóricos implícitos del enfoque clínico de Melanie Klein antes de 1923

Esta concepción de las fantasías puede reducirse a cierto número de enunciados, que Melanie Klein no siempre formula con alcance general, pero a partir de los cuales puede apreciarse, examinando los datos clínicos que proporciona y las interpretaciones que hace de ellos, que según su criterio no admiten sino muy pocas excepciones.

TESIS 1. Toda conducta y toda actividad psíquica son el acting-out o la expresión de fantasías inconscientes o preconscientes

Esta tesis no fue formulada con carácter general en los textos del período 1921-1925, que es el que aquí nos interesa; sin embargo, nos creemos autorizados a considerar que está presente a título de supuesto implícito cuando pasamos revista al número y la variedad de las actividades y las formaciones psíquicas que Melanie Klein relaciona con fantasías, sean estas inconscientes o preconscientes. Se observan, sucesivamente:

- ***La actividad motriz***, la marcha, la exploración del espacio, el sentido de la orientación, la afición por los paseos. Erich proporciona la ilustración prototípica: "Voy a dar un ejemplo de fantasías que aparecieron más tarde en su análisis, donde es evidente el significado placentero original del camino. […] El placer original por los caminos corresponde a su deseo de coito con la madre. […] En relación con esto existían muchas fantasías que demostraban que estaba bajo la influencia de la imagen mental del interior del cuerpo de su madre, y por identificación con ella, del suyo propio" (1923c, 1926a: 106-107).
- ***Los gustos y las aversiones alimentarios.*** El ejemplo de Erich es también característico a este respecto. Melanie Klein vincula sus numerosas fantasías relativas al estómago con sus actitudes alimentarias: "…el estómago tenía para este niño una significación peculiar. […] También a veces se quejaba a la hora de la comida, aunque no muy a menudo, de frío en el estómago, y declaraba que era a causa del agua fría. Manifestaba también activo desagrado por diversos platos fríos" (1921, 1923a: 46). En otra fase de la educaciónde Erich: "Esto representaba la fecundación a través de la comida, y su rechazo de cierta clase de alimentos estaba determinado por estas fantasías" (1923c, 1926a: 107).
- ***La agudeza perceptiva:*** "Cuando llegó al análisis, Félix tenía una tendencia muy pronunciada a no ver las cosas que estaban más cerca de él". Para Melanie Klein la explicación era que "… estaba conectado con la represión de la escoptofilia, que fue aumentada por la escena primaria" (1925a-b: 121).
- ***La imagen del cuerpo*** fue descrita, en el caso de Erich, como una representación elaborada por medio de innumerables ensueños relacionados con las funciones

corporales y con la identificación con la madre. Señalamos las fantasías de Erich concernientes al estómago y al útero considerados como casas o departamentos, con sus puertas (los orificios corporales), sus balcones, sus muebles, etc.; a las heces, la orina y el pene personificados –los "trenes-Caca (1923c, 1926a: 107), el "general Pipí" (1923c, 1926a: 102)– en numerosos argumentos imaginarios; al cuerpo materno equiparado a una ciudad, y, en definitiva, al universo entero (la "geografía del cuerpo de la madre") (1923c, 1926a: 1099).

- ***La voz, el canto y el habla*** se hallan infiltrados por fantasías sexuales: "Se comprobó en este análisis [el de Grete] que la tartamudez de la niña se debía a la sexualización tanto del hablar como del cantar. El subir y bajar la voz y los movimientos de la lengua representaban el coito" (1923b, 1924: 74). Sabemos que "Ya en su tercer año de vida Félix había demostrado en el canto una identificación con su padre" (1925a-b: 119).
- ***Las actividades físicas y los deportes*** no fueron vinculados con un fantaseo subyacente solo en el caso de Félix. Después de haber afirmado al respecto: "Estas fantasías nos demuestran cómo algunas de sus fijaciones fueron elaboradas en un interés por los juegos" (1923c, 1926a: 101), Melanie Klein agrega en una nota: "Descubrí con el análisis, tanto de varones como de niñas, que era típico este significado del futbol y también de todo tipo de juegos con pelotas" (1923c, 1926a: 101*n*).
- ***Los conciertos, los espectáculos, el cine.*** Ya vimos numerosos ejemplos en el caso de Félix. Melanie Klein multiplicó las afirmaciones en tal sentido: "En muchos casos apareció claramente que teatros y conciertos, de hecho cualquier ocasión en que hay algo que ver u oír, siempre pasaban por ser el coito de los padres –oír y mirar, representan a la observación en la realidad o en la fantasía– así como los telones que caen representan objetos que estorbaban las observaciones, tal como la ropa de cama, los costados de la cama, etc…" (1923c, 1926a: 112). En otro pasaje, señala: "En la señora H., encontré que una notable apreciación artística de los colores, formas y cuadros estaba determinada en forma similar, con esta diferencia: que en ella las observaciones y fantasías infantiles tempranas se referían a aquello que podía ser *visto*" (1923c, 1926a: 112).
- ***Las actividades escolares e intelectuales.*** Nos contentaremos con recordar los innumerables juegos y ensueños de Erich, mencionando asimismo que Lisa, Ernst y Grete presentaban otros semejantes. Esto atañe al conjunto de los ejercicios y las disciplinas escolares: lectura, escritura, aritmética, gramática, historia, geografía, ciencias naturales.

> Con respecto a los análisis de oraciones, Grete hablaba de un verdadero desmembramiento y disección de un conejo asado. (…) En el análisis de Lisa, me enteré de que, al estudiar historia, uno debía transportarse a lo que hacía la gente en tiempos antiguos (…) las fantasías infantiles de batallas,

aniquilamiento, etc., también tenían un papel importante, de acuerdo con el concepto sádico del coito (…) en conexión con el interés reprimido centrado alrededor de la matriz de la madre (…) el interés en las ciencias naturales se encuentra también frecuentemente inhibido (1923b, 1924: 83).

- ***Los síntomas neuróticos***, por supuesto, son causados por las fantasías subyacentes, y Melanie Klein se muestra también como fiel discípula de Freud en lo que respecta a los sueños, los actos fallidos, los recuerdos encubridores, etcétera.
- ***Las relaciones objetales*** en su totalidad están determinadas por fantasías inconscientes y preconscientes.
- ***La organización de la personalidad***. Esta idea se halla expresada especialmente con referencia al caso particular de Félix: "…había una estrecha conexión del tic con la personalidad entera del paciente, tanto con su sexualidad como con su neurosis, con el resultado de sus sublimaciones, con el desarrollo de su carácter y con su actitud social. Esta conexión estaba enraizada en sus fantasías masturbatorias…" (1925a-b: 127).

Esta enumeración, que abarca todos los géneros y todos los niveles de conducta, pone de manifiesto el lugar central que la fantasía ocupaba ya en esa época en la actitud global de Melanie Klein, aunque todavía no hubiera encontrado para ella una formulación explícita.

Quizá sorprenda al lector nuestra insistencia respecto de este punto. El concepto de la presencia activa de los argumentos fantaseados es hoy común a un gran número de autores psicoanalíticos, sobre todo en Francia y Gran Bretaña. Conocemos la importancia que ha tenido esta concepción en el estudio psicoanalítico de los pequeños grupos: Wilfred Bion (1961) clasificó los diferentes tipos de grupos según las tres formas típicas que asume el grupo básico identificado con la actividad fantaseadora inconsciente común a los miembros del grupo: dependencia, ataque y fuga, apareamiento. Con una perspectiva más general, Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis escribieron:

Asimismo, en la cura, el psicoanalista se dedica a descubrir la fantasía subyacente, tras las producciones del inconsciente, como el sueño, el síntoma, el actuar, las conductas repetitivas, etc. El progreso de la investigación hace aparecer incluso aspectos de la conducta muy alejados de la actividad imaginativa y, a primera vista, gobernados por las solas exigencias de la realidad, como emanaciones, "derivados" de fantasías inconscientes. Desde esta perspectiva, todo el conjunto de la vida del sujeto aparece como modelado, organizado por lo que podría denominarse, para subrayar su carácter estructurante, *una actividad fantaseadora* (Laplanche-Pontalis, 1996: 141-142).

Subsiste el hecho de que, por lo que sabemos, ningún texto de Freud se orienta en ese sentido. Se podrían, por supuesto, multiplicar las referencias para demostrar que a veces considera tal actividad puramente pensante o tal conducta en apariencia racional de la vida práctica como expresión de una fantasía, pero no hace al respecto una afirmación general. A nuestro juicio, podría incluso pensarse que algunos conceptos freudianos se oponen en forma directa a esta concepción: Freud sostuvo a veces, y ello en sus últimos

escritos, que en ciertos casos el complejo de Edipo puede no ser reprimido sino suprimido y superado. En Freud el concepto de fantasía se vincula estrechamente con la idea de una vía regresiva de la excitación, a la que se opone una vía progresiva, controlada, en la primera tópica, por la conciencia y la percepción. Un texto como "Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico" (Freud, 1911) opone claramente la alucinación –prototipo de la fantasía– a la prueba de realidad. Muchos autores, en especial los de la escuela norteamericana de la psicología del yo y los de la escuela británica de Anna Freud, estiman que hay actividades psíquicas que son puramente racionales y que no deben nada a las fantasías, siempre que se den determinadas condiciones favorables. Así, Anna Freud escribe:

> El niño debe superar una larga línea de desarrollo antes de alcanzar el punto en que es capaz, por ejemplo, de regular de modo activo y racional la ingestión de alimentos, tanto en cantidad como en calidad, de acuerdo con sus propias necesidades y apetito, y de manera independiente de sus relaciones con la persona que lo alimenta y de sus fantasías conscientes e inconscientes (A. Freud, 1965: 60).

En otro pasaje del mismo libro admite que se pueden comprobar, por medio de la observación extra analítica de niños muy pequeños o de adolescentes predelincuentes, "…alternancias entre estos dos tipos de funcionamiento: en los períodos de calma mental la conducta es gobernada por los procesos secundarios, pero cuando algún impulso (de satisfacción sexual, de agresión, de posesión, etc.) se vuelve urgente, son los procesos primarios del funcionamiento quienes toman el control" (A. Freud, 1965: 25). En una concepción semejante la fantasía, infiltrada por el proceso primario cuya marca lleva siempre, incluso en sus formas más "secundarizadas", parece más un agente de desorganización que de organización de la conducta.

Asimismo tenemos buenas razones para pensar que, si hoy estamos habituados a admitir que la fantasía modela y organiza el conjunto de la conducta y que, según Daniel Lagache, la representación de la realidad se halla infiltrada por la fantasía (Lagache, 1964), lo debemos ante todo a la influencia de las ideas kleinianas. Freud no zanjó esta cuestión. Fue Susan Isaacs, amiga y discípula de Melanie Klein, quien por primera vez enunció explícitamente la idea de "…la fantasía como contenido primario de los procesos mentales inconscientes" (Isaacs, 1943: 69). La idea parecía en esa época lo bastante novedosa como para que Susan Isaacs propusiera distinguir entre *fantasy*, ensueño diurno que puede ser consciente o reprimido, y *phantasy*, actividad psíquica previa a la represión, y para que Ernest Jones hiciera al respecto el comentario siguiente: "Recuerdo una situación similar existente hace algunos años acerca de la palabra *sexualidad*. Los críticos se quejaban de que Freud cambiaba el significado de esta palabra y el mismo Freud estuvo de acuerdo en dos ocasiones; pero yo siempre protesté que no había modificado la significación de la palabra, sino ampliado el concepto…" (Isaacs, 1943: 69*n*). Susan Isaacs *amplió* sin duda la noción de fantasía, proporcionando así una formulación teórica a una orientación implícita de la práctica de Melanie Klein que era ya discernible en 1923.

TESIS 2. Todas las fantasías conscientes son derivados o variantes de las fantasías masturbatorias conscientes e inconscientes

En lo que respecta al enunciado de esta tesis, conviene hacer las mismas observaciones que acompañan a la precedente: nunca fue formulada expresamente con tal grado de generalidad. Subsiste el hecho de que es muy difícil hallar en los textos de Melanie Klein anteriores a 1926 un solo ejemplo de fantasía que no esté vinculada, en forma directa o indirecta, a la actividad masturbatoria. Citamos antes (Cf. supra pág. 127) el pasaje en que establece una relación entre la personalidad total de Félix y su tic; el texto prosigue de este modo: "Esta conexión estaba enraizada en sus fantasías masturbatorias, y en el caso de Félix resultó especialmente evidente que estas fantasías influyeron en forma esencial en sus sublimaciones, neurosis y personalidad" (1925a-b: 127). La idea había sido solamente vislumbrada durante la educación psicoanalítica de Erich. En apariencia, fue el análisis de Félix lo que la llevó a admitirla, y sabemos, de acuerdo con sus propias declaraciones, que la había destacado en la exposición oral (no publicada) que hizo en 1924 en el Congreso de Salzburgo (1932: 29).

TESIS 3. Las fantasías masturbatorias, por su parte, son variantes o derivados de la escena primaria, real o fantaseada

Esta tesis se halla presente desde 1923, en el ámbito clínico ya que no en el teórico. También en este caso el psicoanálisis de Félix desempeñó un papel decisivo. "El análisis nos llevó a remontarnos a las primeras fantasías masturbatorias directamente conectadas con su observación de la relación sexual de los padres" (1925a-b: 125).

Esta tesis permite comprender la equivalencia inconsciente de todas las sublimaciones por medio de las cuales se descargan las tensiones sexuales activadas por la observación de la escena primaria. Melanie Klein insistió especialmente en señalar la influencia que ejercen sobre la forma de las fantasías masturbatorias las condiciones reales de la escena primaria, favoreciendo determinado tipo de percepción de una u otra parte del cuerpo, y también la actitud, activa o pasiva, adoptada por el sujeto:

> En Fritz, era el movimiento del pene a lo que él estaba fijado; en Félix, eran los sonidos que había oído; en otros, los efectos de los colores. […]. En la fijación a la escena primaria (o fantasías), el *grado de actividad*, que es tan importante para la sublimación misma, indudablemente determina también si el sujeto desarrolla talento para la creación o para la reproducción (1923c, 1926a: 113).

Es importante destacar que en 1923 esta idea no había sido expuesta con el detalle con que se la trata en la teoría posterior. Su conexión con el conjunto de los conceptos psicoanalíticos no había sido aún establecida. En especial, el vínculo de las fantasías masturbatorias con el autoerotismo o la relación objetal permanecía en la oscuridad: desde una perspectiva freudiana estricta, las conductas autoeróticas están acompañadas desde el comienzo por la representación alucinatoria del pecho, que aparece así como

precursor de las fantasías masturbatorias. Resulta entonces difícil relacionar las fantasías masturbatorias con la fantasía originaria de la escena primaria, que no podría organizarlas sino más tarde, cuando surgen las pulsiones genitales. Melanie Klein no consideró en ningún momento este problema en sus escritos del período 1921-1925. Puede señalarse, sin embargo, que la masturbación presente en los casos clínicos en que se basaba era siempre una masturbación fálica, incluso cuando las fantasías que la acompañaban contenían elementos sádico-anales y, más raramente, sádico-orales. Conviene asimismo hacer notar que en esta época Melanie Klein, si bien utiliza a veces en sus consideraciones teóricas las nociones clásicas de autoerotismo y de narcisismo (pronto veremos un ejemplo), prácticamente no hace de ellas ninguna aplicación clínica.

TESIS 4. Toda conducta o aptitud no desarrollada se halla inhibida a causa de la angustia provocada por la represión de las pulsiones libidinales que les sirven de base por mediación de un tipo particular de fantasías masturbatorias

Dos ideas convergieron para dar nacimiento a esta tesis. Una está presente desde el comienzo de la educación de Erich y tiene origen en el supuesto fundamental de Melanie Klein según el cual el estado normal no es un estado medio, sino un estado óptimo que implica el pleno desarrollo de todas las aptitudes, supuesto al que inicialmente acompañaba la ilusión de que una educación no coactiva sería suficiente para permitir el desarrollo pleno de la creatividad del niño. En 1923 Melanie Klein renunció a esta ilusión y, como lo demostraremos en las páginas que siguen, admitió la existencia de inhibiciones normales. Sin embargo, mantuvo con la mayor firmeza, en el plano clínico, la actitud que consiste en atribuir a la represión la carencia de una aptitud cualquiera. Pero la experiencia recogida la indujo a adaptar esta posición en función de la historia anterior del niño: el psicoanálisis de Félix confirmó la legitimidad de su tesis cuando se puso de manifiesto que la aversión y el temor que experimentaba el niño, entre los seis y los 11 años, por los deportes y las actividades físicas estaban relacionados con la represión precoz de un interés anterior. Pero el progresivo despertar de la afición por la música del adolescente, al mismo tiempo que proporcionaba un argumento en apoyo de la concepción según la cual su falta de interés previa se debía a la angustia, demostró a Melanie Klein que solo cabe hablar de inhibición verdadera allí donde se ha manifestado una disposición anterior. La tesis inicial fue mantenida, pero también limitada. En esta forma limitada y confirmada por los datos clínicos, se convirtió en uno de los puntos de partida de las construcciones teóricas de 1923.

TESIS 5. Los progresos del tratamiento y del desarrollo se basan en la libertad de la actividad fantaseadora. La cura psicoanalítica es una reeducación de la capacidad de fantasear

Esta idea procede directamente de las tesis anteriores. Siguió siendo hasta el fin una de las constantes del enfoque psicoanalítico kleiniano. Proviene del objetivo inicial de Melanie Klein, que era de índole educativa, y tomó la forma con que la hemos enunciado a comienzos del segundo período de la educación psicoanalítica de Erich, hacia fines de 1919; fue entonces, en efecto, cuando Melanie Klein advirtió que la disminución de la curiosidad sexual de Erich se acompañaba de una inhibición general de la imaginación y de los juegos, y pudo comprobar que el resurgimiento de los intereses intelectuales era precedido y provocado por una liberación extraordinaria de las fantasías. Es altamente probable que esta tesis, que desde el punto de vista lógico deriva de las otras, las haya precedido históricamente: la experiencia adquirida con Erich acerca de la función dinamizante de la liberación de la fantasía le permitió comprobar a Melanie Klein que todas las actividades del niño se hallaban influidas por fantasías. Durante el análisis de Félix concibió las tesis 2 y 3 y dio forma definitiva a la tesis 4.

Melanie Klein concibió el psicoanálisis de niños como una forma de reeducación por el hecho de que su punto de partida fue un proyecto educativo, y de que sus primeros pacientes presentaban solo una sintomatología bastante leve dominada por la fobia escolar y la inhibición. Estos dos factores contribuyeron a hacerle concebir el objetivo del proceso analítico en términos de reeducación de las inhibiciones y de preparación de los niños para el éxito escolar y la creatividad, de tal modo que puede admitirse que en su enfoque psicoanalítico de 1923 campeaba sin discusión una perspectiva pedagógica.

Importa sin embargo destacar la extremada originalidad que caracterizaba, ya en 1923, sus concepciones relativas a los vínculos entre psicoanálisis y pedagogía. Sería un grave error suponer que en los primeros años Melanie Klein compartía las ideas de Hermine von Hug-Hellmuth, retomadas más tarde por Anna Freud. Sabemos que para H. von Hug-Hellmuth el psicoanálisis de niños debía cumplir una función a la vez psicoanalítica y pedagógica. En 1920 declaró en el Congreso de La Haya:

> La tarea *curativa* y educativa del análisis no consiste solo en liberar a la joven criatura de sus sufrimientos: debe también proporcionarle valores morales y estéticos. El destinatario de ese tratamiento curativo y educativo no es el hombre ya formado, capaz, una vez liberado, de asumir la responsabilidad de sus acciones: es el niño, el adolescente, es decir seres humanos que están aún en una fase de desarrollo, que deben ser fortalecidos por la dirección educativa del analista, a fin de que se conviertan en adultos capaces de tener una voluntad firme y metas definidas. Quien es a la vez analista y educador no debe olvidar nunca que la finalidad del análisis de niños es el análisis del carácter: en otros términos, la educación (Hug-Hellmuth, 1921: 287).

Todas las psicoanalistas de niños de esa época admitían que para que el análisis pudiera aplicarse a estos, dada su incompletud, era necesario introducir en él modificaciones técnicas. Concebían el psicoanálisis como auxiliar de la educación. Melanie Klein, en cambio, ya en 1919 se representaba sus relaciones de manera por completo diferente. Para ella lo que correspondía no era aumentar la carga de las exigencias educativas impuestas a los niños, sino aligerarla. Cuando descubrió el predominio de la actividad fantaseadora en la actividad psíquica, halló un fundamento

clínico para su creencia, en un comienzo puramente ideológica, en las capacidades propias del niño para crecer y desarrollar su intelecto, y se apartó en forma radical de la concepción reinante en su época. Si la incapacidad del niño para soportar las disposiciones educativas requiere la intervención del análisis, este deberá encarar una reeducación, pero prescindiendo de inculcar normas, valores, conocimientos o lo que fuere. Buscará, por el contrario, anular la obra de la represión con el fin de restituir al niño su capacidad de fantasear, base de todo desarrollo. Se trata, pues, para emplear un lenguaje contemporáneo, no de educación sino de formación, en el sentido en que se emplea el término en la psicología social de los grupos pequeños: la formación que, como lo ha demostrado Kurt Lewin, en cuanto supone una descristalización de los antiguos hábitos y normas, permite una elaboración autónoma de nuevas normas y nuevas decisiones. Más aún, Melanie Klein consideraba que esta dimensión de reeducación viene impuesta al análisis solo por razones prácticas: nadie piensa en llevar a un niño al analista a menos que se desarrolle mal. Para ella el psicoanálisis debía en realidad preceder a la educación, que tendría así el campo libre:

> Lo mejor sería por lo tanto, invertir el proceso; primero habrían de quitarse las inhibiciones presentes en mayor o menor grado en todo niño y la labor de la escuela debería partir de esta base. Cuando ya no necesitara disipar sus fuerzas en desalentadores ataques contra los complejos, la escuela podría lograr una obra fructífera y significativa en el desarrollo del niño (1923b, 1924: 87).

En la medida en que se trata de devolver al niño las aficiones y aptitudes que tenía en otro tiempo pero que fueron reprimidas, el trabajo psicoanalítico consiste, según Melanie Klein, en una reeducación. En la medida en que esta restitución al niño de su capacidad de fantasear es una condición previa para el éxito de cualquier educación, consiste en una preeducación. Es un hecho conocido que esta tesis, con modificaciones de detalle, siguió siendo hasta el fin un elemento principal del psicoanálisis kleiniano y un punto de controversia con la escuela de Anna Freud.

3. El lugar de la inhibición en el proceso defensivo

A diferencia de lo ocurrido con las tesis precedentes, que en general se hallan implícitas en los trabajos del período 1921-1923, Melanie Klein elaboró en 1923 una teoría explícita y extremadamente precisa de la inhibición, de la sublimación, de la simbolización y de sus relaciones desde un punto de vista metapsicológico. Por lo común se presta poca atención a esta primera teoría kleiniana de la sublimación. Desconcierta a los psicoanalistas kleinianos, que no encuentran en ella los conceptos que les son familiares –el Edipo precoz, la proyección, la introyección, el sadismo oral– y consideran que Melanie Klein no había hallado aún su propio camino. Ha sido ignorada y rechazada por los psicoanalistas ajenos a la escuela kleiniana, al igual que todo el resto de la obra de Melanie Klein. Por nuestra parte, nos proponemos demostrar que esta metapsicología de la sublimación es un conjunto coherente, perfectamente adaptado a la explicación del material clínico del que disponía en esa época Melanie Klein; que desempeñó un papel importante en la invención de la técnica del juego, invención que no hubiera sido posible sin su concurso, y que nunca fue abandonada, sino, por el contrario, rechazada en la teoría kleiniana posterior. Podría decirse, respetando las proporciones, que ocupa en la obra kleiniana un lugar comparable al que ocupa en la obra freudiana el *Proyecto de psicología* (Freud, 1895). Esta teoría, parcialmente expuesta en "El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño" fue desarrollada en "Análisis infantil" (1923c, 1926a).

- ***El lugar de la inhibición en el proceso defensivo.*** El punto de partida de Melanie Klein fue la reflexión sobre el fenómeno de la inhibición, del cual su práctica le había revelado la importancia, la frecuencia y la relación con la angustia. La premisa del psicoanálisis de niños es, al comienzo, la equivalencia entre la angustia y la inhibición:

  > La íntima conexión entre ansiedad e inhibición fue notablemente esclarecida por el análisis del pequeño Fritz […] la ansiedad (que en un momento fue muy considerable, pero que gradualmente se fue apaciguando después de haber alcanzado cierto punto) seguía de tal modo el curso del análisis, que era siempre un indicio de que las inhibiciones estaban por ser removidas. Cada vez que la ansiedad era resuelta, el análisis daba un gran paso hacia adelante, y la comparación con otros análisis confirma mi impresión de que la importancia de nuestro éxito en hacer desaparecer inhibiciones está en proporción directa con la claridad con que la ansiedad se manifiesta como tal y puede ser resuelta (1923c, 1926a: 89).

  Cuando la angustia retrocede, la actividad inhibida se desarrolla y da lugar a una sublimación. Pero el psicoanálisis de Félix indujo a Melanie Klein a considerar que toda inhibición supone un interés primitivo reprimido, el cual, según pensaba, era una sublimación.

De este modo dio en reflexionar, en 1923, sobre las relaciones entre la angustia y la represión: si el psicoanálisis de niños, y en especial el de Félix, permitía reconocer el importante papel desempeñado por las inhibiciones en la sintomatología de los trastornos

del niño pequeño, ¿cuáles eran las relaciones existentes entre las inhibiciones y los síntomas neuróticos? Si ambos fenómenos se originaban en la represión, ¿a qué factores se debía que la represión diera lugar a veces a una inhibición y otras a un síntoma? Por otra parte, Melanie Klein llegó a distinguir entre inhibiciones normales e inhibiciones neuróticas. ¿Diferían unas y otras por su mecanismo? ¿En qué casos era normal una inhibición y en cuáles neurótica? Finalmente, ¿por qué algunas aptitudes podían desarrollarse sin impedimentos en tanto que otras eran reprimidas? La respuesta a estas preguntas, que le permitiría construir una teoría general del síntoma, la inhibición y la sublimación, se basó en el análisis del proceso de la represión y de la aparición de la angustia.

En la primera teoría freudiana de la angustia (*Inhibición, síntoma y angustia,* 1926d), la angustia tenía una sola forma que recibió más tarde el nombre de *angustia automática*. Freud concebía la angustia como la manifestación afectiva de un proceso cuantitativo: el incremento de la suma de excitaciones en el interior del aparato psíquico. Así, en sus textos referentes a las neurosis actuales, Freud admitía que en esos trastornos la libido insatisfecha se descargaba en forma de síntomas somáticos difusos y de angustia. Freud separó de la neurastenia descrita por Beard un síndrome dominado por la ansiedad general al que llamó *neurosis de angustia* (Freud, 1895b: 91). Entre las manifestaciones de la tendencia ansiosa observó la existencia, junto a síntomas en los que la ansiedad se hallaba acompañada por trastornos somáticos o se unía de manera más o menos lábil a un contenido representativo, manifestaciones de angustia en estado puro: "Muy frecuente es el terror nocturno (*pavor nocturnus* de los adultos), por lo común acompañado de angustia, disnea, sudor, etc. No es nada más que una variedad del ataque de angustia. […] Por otra parte, me he convencido de que también el *pavor nocturnus* de los niños no es más que una forma perteneciente a la neurosis de angustia" (Freud, 1895b: 95-96).

La idea que domina la concepción freudiana de la neurosis de angustia es que en ella la angustia es flotante, se fija en mayor o menor grado a ciertas situaciones o a ciertas representaciones, pero que ocupa el primer plano en relación con todos los otros síntomas: "Un ataque tal puede consistir en el sentimiento de angustia solo, sin ninguna representación asociada, o bien mezclarse con la interpretación más espontánea…" (Freud, 1895b: 94). Esta angustia no debe nada a la represión; es el resultado inmediato del aumento de la cantidad de excitaciones provocado por la abstinencia sexual voluntaria o forzada, sea cual fuere la posición psíquica del sujeto respecto de esa abstinencia y respecto de la sexualidad, aceptada y asumida, o bien reprimida. Freud describió así una angustia virginal, una angustia de los cónyuges jóvenes insatisfechos de sus primeros contactos sexuales, una angustia de las esposas cuyos maridos sufren de eyaculación precoz o de impotencia, etc. La frustración sexual impide que la excitación sexual se descargue de modo adecuado y provoca directamente la acumulación de tensión que se manifiesta como angustia. Freud mantuvo hasta el fin esta concepción de la neurosis de

angustia como neurosis actual.

La angustia que se observa en las psiconeurosis tiene su origen en un proceso semejante, con la diferencia de que la frustración sexual es producto de un proceso intrapsíquico: la represión. Las pulsiones libidinales reprimidas no pueden acceder a la descarga y a la satisfacción, y por lo tanto se acumulan en el interior del aparato psíquico, donde aumentan la cantidad de excitaciones. En razón de la equivalencia general entre el principio de constancia y el de placer, ese aumento de tensión produce displacer y, cuando las tensiones en cuestión son de naturaleza libidinal, produce angustia. La angustia se presenta así como una manifestación afectiva cuya cuantía de afecto es proporcionada por la energía pulsional sexual reprimida. Bajo el efecto de la represión, la libido se transforma en angustia. Toda manifestación de angustia tiene esta etiología. Las reflexiones kleinianas de 1923 se encuadran, en su conjunto, en esta concepción freudiana, salvo por el hecho de que Melanie Klein ignora por completo la eventualidad de una transformación directa de la libido en angustia en el marco de la neurosis actual, eventualidad que, por lo demás, los psicoanalistas consideran ya en esta época una noción abstracta más que una realidad clínica.

Reafirmando pues, de acuerdo con Freud, que la descarga en forma de angustia es "…el destino más inmediato de la libido afectada por la represión" (Freud, 1916-1917: 373), Melanie Klein coincide con él en considerar que la finalidad de los síntomas neuróticos es proteger al sujeto contra el desarrollo de la angustia, y halla la confirmación en la sintomatología infantil: en los accesos de angustia que los niños ocultan a menudo a sus familiares, en los terrores nocturnos. Así: "…en los niños precederá invariablemente a la formación de síntomas y será la primera manifestación neurótica que allana el camino, por así decirlo, para los síntomas" (1923c, 1926a: 90). Sin embargo, aunque la angustia es un fenómeno general en la infancia, no todos los niños recurren en forma duradera a los síntomas neuróticos para protegerse contra el desarrollo de la angustia que se origina en la libido reprimida. La aparición y la consolidación de los síntomas neuróticos son signo de un fracaso de la represión: esta, que como todo proceso psíquico se rige por el principio de placer, tiene por objeto evitar el displacer vinculado con una pulsión peligrosa. Si solo puede reemplazar el displacer por la angustia no habrá logrado su objetivo, aunque haya conseguido transferir al inconsciente los representantes representativos de la pulsión. Pero, desde un punto de vista estrictamente económico, el éxito de la represión es difícil de comprender en la primera teoría freudiana: si es verdad que la libido reprimida se transforma en angustia, ¿en qué se convierte esa angustia en el caso de la represión exitosa, es decir, no acompañada de angustia?

Es aquí donde se manifiesta la originalidad de la concepción de Melanie Klein, y ello de dos modos diferentes:

1) Intenta, expresándose con cierta ambigüedad, lo cual es signo de una considerable turbación, reducir a una sola posibilidad (su transformación en angustia) los tres destinos de la pulsión al término del proceso de represión: *a)* la supresión pura y

simple de modo tal que no se encuentran rastros de ella, *b)* la aparición de un afecto de un tono cualitativo especial, y *c)* la transformación en angustia (1923c, 1926a: 91). No cree posible que la pulsión desaparezca: tiene que transformarse en angustia. "En ese caso, la ansiedad estaría presente inconscientemente por un tiempo…" (1923c, 1926a: 91). Al razonar de esta manera, Melanie Klein tropieza con el concepto de afecto inconsciente, que ya había detenido a Freud. Sabemos que este, en su metapsicología, había descartado radicalmente la idea de que un afecto pudiese ser inconsciente o reprimido. Puesto que no es sino la percepción por la conciencia de un proceso de descarga secretoria o motriz, el afecto, o más exactamente el quántum de afecto asociado a la pulsión que es objeto de represión, no puede estar presente en el aparato psíquico fuera de la conciencia: es suprimido o inhibido, a diferencia de la representación que se conserva indefinidamente sin cambios (Freud, 1915: 173-176). Una vez establecido esto, Freud admitió que en la práctica se solía emplear, en forma carente de rigor, la expresión "sentimientos inconscientes". Melanie Klein afirmó que compartía esas opiniones, pero al mismo tiempo desplazó el énfasis de manera notoria: consideró que Freud había justificado el empleo del término "afectos inconscientes", aunque rodeándolo de reservas teóricas, y admitió por lo tanto la existencia de una angustia inconsciente derivada del proceso de represión. Puede verse en esto el primer signo precursor de las posiciones que habría de adoptar más tarde, según las cuales todos los afectos comienzan por ser inconscientes antes de llegar a la conciencia. Pero, por el momento, solo se trata de una interpretación forzada –y, necesario es decirlo, poco menos que errónea– de algunos textos de Freud.

2) Sugirió una identificación del mecanismo que permite mantener el afecto reprimido en estado de disposición virtual, así como el mecanismo que conduce a la inhibición. Desde esta perspectiva, la inhibición se transforma en el procedimiento que permite al sujeto normal inhibir la angustia y evitar la formación de síntomas neuróticos. Gracias a esta hipótesis, Melanie Klein pudo relacionar su abordaje clínico de los fenómenos de inhibición y las actitudes teóricas que se hallan presentes en él, con una concepción global del proceso defensivo. El psicoanálisis de Félix demostró que las actividades que fueron inhibidas producían un placer primario vinculado a las fantasías masturbatorias relacionadas con ellas. Al ser reprimidas estas fantasías, también lo fueron las actividades que se basaban en ellas. La libido que se les había incorporado a través de las fantasías masturbatorias se transformó en angustia y las actividades mismas se volvieron ansiógenas. Fueron entonces abandonadas y, en la medida en que al evitarse la actividad ansiógena resultaba posible evitar la angustia, la inhibición permitía librarse de esta.

- ***Inhibiciones y sublimaciones.*** No podemos dejar de comparar esta descripción del

> proceso de la inhibición con la descripción freudiana de la génesis del síntoma fóbico de la histeria de angustia, incluida en los textos publicados en esa época y, sobre todo, en el caso Juanito. Sabemos, en efecto, que en la histeria de angustia la fobia permite ligar la angustia anexa a las fantasías pulsionales reprimidas relacionándola con un objeto o una situación exteriores. A partir de allí, para evitar el sufrimiento basta con evitar el objeto o la situación llamados fobígenos. Cuando un sujeto ha logrado desplazar su angustia al exterior, lo único que necesita hacer es eludir todas las circunstancias que podrían dar lugar al surgimiento de la angustia, valiéndose para ello de barreras psíquicas: precauciones, inhibiciones e interdicciones. Estas estructuras defensivas se nos presentan bajo la forma de fobias y constituyen, a nuestro juicio, la esencia de la enfermedad (1923c, 1926a: 94). En este sentido, el mecanismo de la inhibición tal como lo describe Melanie Klein se asemeja al de una fobia de situación: el sujeto que ha desplazado la angustia hacia actividades, las evita del mismo modo que el fóbico evita la situación fobígena. Esta asimilación permite comprender los elementos innegablemente agorafóbicos que estaban presentes en las manifestaciones más espectaculares de la inhibición del sentido de la orientación que afectaba al pequeño Erich, así como en la típica huida hacia delante que le permitió librarse por sí mismo, cuando tenía seis años, de su fobia a los niños que encontraba en la calle.

Sin embargo, la analogía no es completa. Para Freud la fobia proviene del desplazamiento hacia una situación exterior, y de la fijación a esta situación, de una cantidad de libido ya transformada en angustia por la represión. La carga de una situación por la libido convertida en angustia es posterior a la represión, y es también la consecuencia de esta: si no hubiera sido reprimida, la libido hallaría satisfacción directa en una descarga adecuada. El desplazamiento aparece de este modo como un proceso que sucede a la represión, y constituye un procedimiento defensivo de índole patológica que da origen a un síntoma neurótico. Para Melanie Klein en cambio, en cuanto concierne a la inhibición, el desplazamiento de la angustia hacia una actividad del yo no hace sino seguir la vía trazada por una carga libidinal previa de esa actividad. Cuando la represión transforma la libido en angustia, esa transformación no afecta únicamente a la cantidad de libido que ha permanecido ligada a metas directamente sexuales, sino que se extiende asimismo al conjunto de las cantidades de libido que han cargado las actividades del yo. Por lo tanto, toda actividad del yo puede volverse angustiosa. En tal caso se produce un fenómeno de inhibición general de los intereses y de las actividades, del que Erich ofreció un ejemplo impresionante algunos meses después de la primera tentativa de educación psicoanalítica. La angustia propiamente dicha fue evitada al precio de una restricción global de la vida psíquica. Solo se la hallaba en forma de aburrimiento, de aversiones varias, de torpezas y de sentimientos más o menos difusos de displacer que ilustran bien el concepto de una angustia “impedida de desarrollarse”. Pero, en la mayor

parte de los casos, la angustia se hallaba repartida en forma desigual en las diferentes actividades del yo, así como la libido había estado desigualmente repartida en ellas: las conductas influidas por aquellas entre las fantasías que eran las derivaciones más próximas de las fantasías masturbatorias, eran ansiógenas, y fueron por lo tanto abandonadas; las conductas que se acompañaban de fantasías más encubiertas pudieron ser conservadas. Así, entre los seis y los 11 años, Erich perdió su afición por los deportes y las actividades físicas, en los que el movimiento rítmico se relacionaba con fantasías masturbatorias mal disimuladas, en tanto que pudo desempeñarse con éxito en las actividades escolares, influidas por fantasías más desplazadas, más encubiertas.

Está claro que la explicación propuesta por Melanie Klein para el mecanismo de la inhibición puede aplicarse igualmente al de la fobia: la fobia que manifestó Erich a los niños que encontraba en la calle, y más tarde respecto del camino de la escuela, eran para ella casos particulares de la inhibición del sentido de la orientación que reemplazó en su hijo al intenso placer que previamente le producían la marcha y la exploración del espacio. Por lo demás, parece ser que Melanie Klein se inspiró, para elaborar su concepción de una carga libidinal previa de la actividad inhibida, en un artículo de Karl Abraham (1913c) dedicado al estudio de las formas graves de agorafobia. Abraham señaló que, en el caso de uno de sus pacientes, la marcha era imposible a causa de su significado de sustituto del coito: "…el bailar y el cantar le ofrecían un sustituto de las gratificaciones sexuales que le estaban negadas por sus inhibiciones neuróticas" (Abraham, 1913c: 179). Abraham, que se adhería hasta cierto punto a la concepción más clásica, admitió pues la idea de que la carga sexual de la marcha era posterior a la represión de las pulsiones incestuosas de su paciente. No obstante, fue más allá de esta concepción en dos aspectos. En primer lugar, señaló la relativa frecuencia conque se da en los neuróticos una verdadera compulsión a la marcha: "En los neuróticos, no es raro que el acto de caminar sea acompañado por una excitación sexual, especialmente de tipo genital" (Abraham, 1913c: 179).

Después de dejar sentado lo anterior, dio de la agorafobia la explicación siguiente: "El 'negativo' de esta particular perversión, de acuerdo con la hipótesis enunciada por Freud en sus *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), parece ser la neurosis que conocemos como 'agorafobia'" (Abraham, 1913c: 179). Dicho esto, admitió que el placer sexual que se experimenta en la marcha es *negado* en la agorafobia, es decir, que esta supone un placer de marchar anterior a la aparición del síntoma: subrayó que el significado sexual de la marcha sería "…familiar a todo psicoanalista que haya investigado un caso de ansiedad motriz. No obstante, no es suficiente señalar meramente el significado simbólico de caminar; debe subrayarse el valor placentero del caminar en sí mismo" (Abraham, 1913c: 180). En consecuencia, se sintió impulsado a buscar una explicación para ese placer primario de la marcha y lo atribuyó a factores constitucionales: "Mi investigación del presente caso […] me ha llevado a la conclusión de que los neuróticos que sufren de ansiedad motriz comienzan con una afición al movimiento constitucionalmente

exacerbada, y que las inhibiciones neuróticas del movimiento corporal se han originado después, cuando fracasa la represión de esa tendencia" (Abraham, 1913c: 180). Este esquema explicativo era muy específico: Abraham lo aplicaba únicamente a la agorafobia. Por otra parte, solo mencionaba la constitución al referirse al exceso de placer en la locomoción, y relacionaba la inhibición de la marcha con un fracaso por extralimitación de la represión: al no desvincular la marcha de su significado libidinal, que se presenta como un elemento perturbador y patológico, la represión prohibía a la vez la actividad del yo y del placer sexual incorporado en ella. Melanie Klein generalizó la explicación haciéndola extensiva a todas las inhibiciones y a todas las fobias. Dejó de lado el concepto de una constitución patológica y atribuyó a las fantasías masturbatorias el desplazamiento de la libido de las actividades sexuales a las actividades del yo, proceso que ya no concebía como intrínsecamente patológico sino como parte del desarrollo normal de las aptitudes, y como conducente, en todos los casos de adquisición de una afición o una aptitud, a un fenómeno normal.

Desde esta perspectiva, no puede establecerse ninguna diferencia fundamental entre una inhibición y una sublimación por lo que respecta a su origen. Melanie Klein consideraba, en efecto, que la sublimación no era un destino muy especial de una pulsión, reconocible solo en el caso del arte o de la actividad intelectual, sino que había sublimación cada vez que una pulsión sexual hallaba una satisfacción sustitutiva después de haber sido desplazada hacia una actividad del yo: fenómenos como la marcha, el canto, los deportes aparecen así como sublimaciones de las pulsiones sexuales, como lo indica la índole masturbatoria de las fantasías vinculadas con ellos. Hay por lo tanto una equivalencia genética entre la inhibición y la sublimación. Melanie Klein llegó incluso más lejos, al estimar que *toda inhibición supone una sublimación previa exitosa*: en la medida en que la aversión por una actividad es una forma atenuada de la angustia que acompaña a dicha actividad, esa angustia solo puede alcanzar la cantidad necesaria para provocar la inhibición en la medida en que una cantidad igual de libido halló antes el medio de satisfacerse en esa actividad. Así Erich solo pudo desarrollar una inhibición general del sentido de la orientación porque había experimentado anteriormente un placer considerable en la experiencia y en la exploración del espacio, placer del que dan prueba sus juegos y las fugas que protagonizó a la edad de tres años.

Las inhibiciones adquieren un carácter neurótico cuando afectan una función esencial de la vida física o psíquica: locomoción, orientación, aprendizaje escolar. En los casos normales, las inhibiciones permiten reducir la angustia provocada por la represión del complejo de Edipo. Recaen entonces sobre las sublimaciones logradas anteriormente, pero a las que el sujeto puede renunciar sin perjuicio grave. Así Félix, para quien la escena primaria tenía esencialmente carácter auditivo, había sublimado en el canto, desde su más tierna infancia, sus pulsiones edípicas activas. Cuando sus pulsiones activas fueron reprimidas, su energía libidinal se transformó en angustia: el canto se convirtió en una actividad ansiógena y fue abandonado. Pero este abandono, que permitía evitar la

angustia, aseguraba al mismo tiempo la subsistencia de otras sublimaciones en las que el placer podía conservarse intacto.

La teoría de la inhibición se reduce pues, en último análisis a una teoría de la sublimación. La cuestión de saber cuál es el origen de una inhibición se reduce a la cuestión de saber por qué debe abandonarse tal sublimación y no tal otra. La respuesta que dio Melanie Klein a esta cuestión implica la consideración de un factor cuantitativo y otro cronológico, estrechamente vinculados entre sí. Desde un punto de vista cuantitativo, el número y la variedad de las sublimaciones desempeñan un papel decisivo. Cuanto mayor es el número de sublimaciones, más se asiste a un reparto de la libido en cantidades que son tanto más escasas cuanto más numerosas las sublimaciones. En los casos extremos este proceso da lugar a la existencia simultánea, en un mismo sujeto, de gustos, intereses y actividades que son en su totalidad superficiales. En los casos normales el sujeto dispone de sublimaciones que son numerosas pero que se hallan cargadas, todas ellas, de una cantidad de energía que les permite desarrollarse. Cuando se produce la represión del complejo de Edipo, la angustia puede entonces ser ligada por medio del abandono de una o varias sublimaciones que conserven una relación estrecha con los elementos reprimidos del complejo. En tal caso se transforma en displacer frente a determinadas actividades, en aversión por ciertos alimentos, etc. Resulta claro que en esta concepción el grado de deformación de las fantasías masturbatorias desempeña un papel esencial: cuanto más acabadamente ha logrado el sujeto transferir su libido a objetos, situaciones y actividades sin relación directa con la escena primaria y las prácticas masturbatorias, mayor será la probabilidad de que esas fuentes de placer eludan la represión, menor la cantidad de libido que permanecerá unida a los deseos prohibidos, menor pues la cantidad de libido afectada por la represión, y menor, por consiguiente, la angustia. La sublimación permite, en efecto, descargar las tensiones sexuales y por lo tanto evitar la angustia. Pero corresponde insistir en el punto siguiente: lo importante para la preservación de la sublimación no es la distancia objetiva que separa una actividad determinada (deporte, estudio, etc.) de las fantasías masturbatorias vinculadas con la escena primaria, sino el grado de deformación, la variedad y la flexibilidad de las fantasías que subyacen en esa actividad: cuando el movimiento de la mano en la escritura es asociado de manera inmediata con los movimientos del coito, la escritura resulta una sublimación menos apropiada que, por ejemplo, el deporte, con la condición de que las fantasías relativas a los movimientos de la pelota no los hagan aparecer directamente como movimientos del pene.

Es pues muy importante que las fantasías tengan la posibilidad de experimentar numerosas transformaciones para que la sublimación pierda progresivamente su vínculo inicial con la escena primaria. Esta transformación requiere tiempo. Cuanto más tardía es la represión, más precoz la carga libidinal de las actividades del yo y mayor la probabilidad de que el trabajo de carga de esas actividades desarrolle sublimaciones numerosas, variadas y que no evoquen ya directamente para la conciencia las situaciones

iniciales de excitación sexual (escena primaria). En último análisis, por lo tanto, la salud psíquica depende de una carrera de velocidad entre el proceso de sublimación y la represión, y la condición fundamental para esa salud es el trabajo de la fantasía que da origen a las sublimaciones.[1] Cuando la actividad de la fantasía ha cumplido su función antes de que intervenga la represión, "…en la medida en que las sublimaciones hasta aquí efectuadas sean cuantitativamente abundantes y cualitativamente fuertes, la ansiedad con la cual están ahora investidas será completa e imperceptiblemente distribuida entre ellas y descargadas así" (1923c, 1926a: 93). En esta hipótesis, que corresponde a los casos más favorables, se logra un óptimo cuantitativo y cualitativo, de modo tal que la angustia no produce ninguna inhibición verdadera, ningún abandono de una actividad cargada de libido, y solo se manifiesta en forma atenuada: "Cuanto más perfectamente realiza su trabajo el mecanismo de la represión exitosa, menos fácil resulta reconocer la ansiedad, aun en la forma de aversión. En las personas enteramente sanas y en apariencia completamente libres de inhibiciones, aparecen en última instancia solo en forma de inclinaciones debilitadas o parcialmente debilitadas" (1923c, 1926a: 92). En la mayor parte de los casos normales, la angustia es ligada por algunas inhibiciones, las cuales constituyen el precio que se ha pagado para lograr la salud: "…la inhibición interviene en mayor o menor grado en el desarrollo de todo individuo normal, si bien también en esto es solo el factor cuantitativo el que determina si será sano o enfermo" (1923c, 1926a: 91). La persona saludable, es la que ha podido "… descargar en forma de inhibiciones lo que a un neurótico lo ha llevado a la neurosis" (1923c, 1926a: 91).

A medida que se avanza hacia lo patológico aparecen en primer término las inhibiciones neuróticas, cuya diferencia con las de la persona normal es puramente cuantitativa, y luego los síntomas neuróticos. Los fenómenos de inhibición normal y patológica representan, pues, los grados intermedios de una *serie complementaria* que vincula el síntoma neurótico con la salud basada en la sublimación: "…podemos postular las series complementarias inferidas ya entre síntoma por un lado y sublimación eficiente por el otro" (1923c, 1926a: 101). Esta serie debe dar lugar a casos de sublimación menos eficientes. Pero sucede que la suerte de la represión depende esencialmente del grado de desarrollo alcanzado por las sublimaciones en el momento en que aquella se produce. Por ello los procesos que dan lugar a la salud o a la enfermedad dependen todos, en último análisis, del encuentro precoz entre los primeros procesos de represión y la sublimación. Aunque es exacto que el carácter, la personalidad, los hábitos y las inhibiciones se forman en el período de declinación del complejo de Edipo y de la neurosis infantil, se trata solo del efecto de procesos anteriores. La suerte se decide en época mucho más temprana, ya que el "…resultado de la represión aparece entonces en forma notoria algo después…" (1923c, 1926a: 93*n*).

- ***Precocidad de la represión.*** Melanie Klein llegó así, *por vía de la ampliación de su concepción de la inhibición y de la sublimación*, a la idea de que el mecanismo de la represión opera a una edad mucho más temprana de lo que se piensa

generalmente. Se lo puede reconocer en su efecto característico, el desarrollo de la angustia que se observa en el niño pequeño. Como de costumbre, Melanie Klein no considera ni por un instante la hipótesis según la cual la angustia de los niños muy pequeños podría ser un proceso automático debido a la simple acumulación de tensiones como consecuencia de la insatisfacción. Si alguna vez menciona a ese precursor de la angustia que es el trauma del nacimiento, lo hace para insistir de inmediato en la reactivación de ese afecto en la organización edípica: "He descubierto muchas veces en el análisis la angustia del nacimiento como angustia de castración que revivía material temprano y he encontrado que resolviendo la angustia de castración se disipaba la angustia del nacimiento" (1923c, 1926a: 93). Para ella, por lo tanto, toda angustia es el resultado de la represión, y solo hay represión en el conflicto edípico. Por consiguiente, toda angustia infantil es el producto y el signo de la actividad de la represión, y así, de la existencia *previa* del complejo de Edipo. Ahora bien, las manifestaciones más intensas y espectaculares de la angustia de los niños pequeños son las manifestaciones de terror nocturno: "No parece, por lo tanto, arriesgado considerar el pavor nocturno que aparece a los dos o tres años como ansiedad originada en el primer estadio de represión del complejo de Edipo, cuya ligazón y descarga prosigue posteriormente por diversos caminos" (1923c, 1926a: 93). La teoría de la inhibición conduce así directamente a la noción de un complejo de Edipo arcaico, contemporáneo de los primeros terrores nocturnos, noción que será desarrollada a partir de 1926 y se convertirá en uno de los aportes más valiosos de Melanie Klein al psicoanálisis y a las ciencias humanas en general. Esta hipótesis se hallaba presente, pues, ya en 1923. Surgió como resultado de la reflexión sobre las relaciones entre la angustia y la represión. Aún no había sido comprobada en forma empírica, pero su comprobación dará lugar precisamente a la constitución de la teoría kleiniana propiamente dicha, cuyo origen se remonta a las concepciones protokleinianas de 1923: "Es claro (pero el hecho requiere aún verificación) que si fuera posible emprender un análisis del niño en el momento del *pavor nocturnus* o poco después, y resolver su ansiedad, se disolvería el terreno subyacente a la neurosis y se abrirían posibilidades de sublimación" (1923c, 1926a: 93*n*).

4. La génesis de las sublimaciones primarias y el sistema protokleiniano

Pero en 1923 Melanie Klein no disponía aún de los datos clínicos que le permitirían más tarde seguir ese camino. Toda la concepción protokleiniana de la inhibición –que es vista como una sublimación reprimida– acuerda un lugar destacado al proceso de las primeras sublimaciones, y este por lo tanto es el camino que sigue la conceptualización. Puesto que en el análisis de Félix, como también en el de Erich, quedó demostrada la existencia de sublimaciones precocísimas, ¿cómo fueron estas realizadas? Para responder a esta pregunta, Melanie Klein elaboró una teoría de la *sublimación primaria*, la cual permite dar cuenta de las sublimaciones secundarias más tardías. Esta vasta síntesis se apoya en la concepción freudiana del narcisismo primario y en diversos trabajos psicoanalíticos de Ferenczi, Jones y Sperber. Apunta a proporcionar una explicación psicológica global de la génesis de la carga libidinal del mundo exterior y de las actividades pertenecientes a la vida de relación.

El problema de la carga de la realidad exterior

La teoría protokleiniana de la sublimación primaria supone la concepción freudiana del narcisismo primario entendido como un estado anobjetal, que fuera formulada en 1916 (Freud, 1916-1917: 414), pero que también se encuentra prefigurada en dos artículos escritos en 1913 por Ferenczi (1913h, 1913u) y en los cuales Melanie Klein se inspiró ampliamente. En la primera fase de la existencia, caracterizada por una sexualidad autoerótica, las pulsiones libidinales no tienen razón alguna para dirigirse hacia el objeto, desde el momento en que hallan satisfacción *in situ*, en el propio cuerpo, en sus zonas erógenas, y dominan el objeto de manera omnipotente en la experiencia alucinatoria de satisfacción. El primer movimiento de las pulsiones sexuales, cuando se diferencian como tales de las funciones de autoconservación en las que se apoyan, es un movimiento por el que se apartan del objeto primario al que apuntaban desde el comienzo las pulsiones de autoconservación: el pecho materno. Conviene pues distinguir dos fases, que coinciden con las que Freud denominó, respectivamente, fase del yo-realidad del comienzo y fase del yo-placer purificado. En la primera, las pulsiones sexuales se hallan aún confundidas con las pulsiones de autoconservación, que les muestran el camino del acceso a la realidad. En la segunda, la libido, aunque sigue apoyándose en las pulsiones del yo, se desliga de ellas parcialmente y se satisface por medio de la succión en el vacío, la succión de los dedos, etc. –primeras manifestaciones del autoerotismo–, así como por medio de la satisfacción alucinatoria que las acompaña. Pero en 1923 Melanie Klein estima que esa separación no es completa:

> Sabemos que en el estadio narcisista, los instintos del yo y los sexuales están todavía unidos porque en un principio los instintos sexuales entran en el terreno de los instintos de autoconservación. El estudio de las neurosis de transferencia nos ha enseñado que posteriormente se separan funcionando como dos formas separadas de energía y desarrollándose de diferentes modos. Aunque aceptamos como válida la diferenciación entre instintos del yo e instintos sexuales, sabemos por otra parte, gracias a Freud, que una parte de los instintos sexuales permanece asociada a lo largo de la vida con los instintos del yo y los provee de componentes libidinales (1923c, 1926a: 95-96).

Contrariamente a las interpretaciones habituales del narcisismo primario y de la prueba de realidad, es pues necesario admitir que las pulsiones del yo que permiten el establecimiento progresivo de una relación sensoriomotriz con el mundo exterior no son autónomas ni están provistas exclusivamente de una energía propia: se hallan cargadas de una energía libidinal que permitirá al sujeto encontrar la vía del interés por el mundo exterior. El desarrollo del sentido de la realidad está subordinado al transporte progresivo de cantidades de energía libidinal, desde el organismo propio autoeróticamente cargado hasta los objetos y las personas del mundo exterior. Este concepto, que Melanie Klein generalizó en 1923, se hallaba presente en forma esquemática ya en su primer escrito: al observar en la primavera de 1919 que Erich oscilaba entre el sentido de la realidad y el sentimiento de omnipotencia narcisista, consideró que el desarrollo rápido del sentido de la realidad era una victoria sobre la represión: el hecho de que Erich pudiese dirigir su

curiosidad a las condiciones generales de la existencia y de la percepción, a la fabricación y el origen de las cosas, a la definición de lo posible y de lo real, de lo permitido y lo prohibido, le pareció un signo de que a través de la curiosidad sexual que se sublimaba extendiéndose a dominios no directamente sexuales, era la libido lo que cargaba las funciones de percepción y de juicio.

Había pues un conflicto en el niño entre una parte del yo en la que se originaba la represión y otra parte del yo cargado libidinalmente: el aporte libidinal era indispensable para que el niño pasara de la etapa de la omnipotencia de los pensamientos a la prueba de realidad. Nos hallamos aquí en el punto opuesto a las concepciones clásicas de Freud, quien afirmó:

> El relevo del principio de placer por el principio de realidad, con las consecuencias psíquicas que de él se siguen […] no se cumple de una sola vez ni simultáneamente en toda la línea. Pero mientras este desarrollo se cumple en las pulsiones yoicas, las pulsiones sexuales se desasen de él de manera muy sustantiva […] la pulsión sexual quede suspendida en su plasmación psíquica y permanezca más tiempo bajo el imperio del principio de placer, del cual, en muchas personas, jamás puede sustraerse.
>
> A raíz de estas constelaciones, se establece un vínculo más estrecho entre la pulsión sexual y la fantasía, por una parte, y las pulsiones yoicas y las actividades de la conciencia, por la otra [El término alemán *Phantasie* designa a la vez la imaginación como facultad del espíritu y la fantasía producto de esa facultad] (Freud, 1911: 227).

Para Melanie Klein, por el contrario, el sentido de la realidad solo puede predominar si es cargado libidinalmente. Esto la llevó a examinar las vías y las etapas de acuerdo con las cuales se efectúa la carga libidinal de la realidad.

La concepción protokleiniana del simbolismo

El proceso que describió implica el hecho de que la carga libidinal de la realidad es secundaria en relación con la carga libidinal del cuerpo, proceso este último que a su vez se realiza a partir de la carga autoerótica primaria de las zonas erógenas. El medio por el que se efectúa esta evolución coincide con las fases iniciales del *simbolismo*, para emplear el término de Melanie Klein, o de la *simbolización*, como diríamos hoy. La formación del símbolo y la carga libidinal del propio cuerpo y luego del mundo no son sino dos aspectos del mismo proceso que da lugar a la instalación de las *sublimaciones primarias*.

El concepto de una construcción de la imagen del cuerpo en el marco de los procesos de cargas libidinales reconoce un origen lejano en la descripción que hizo Freud (de la génesis del síntoma histérico). Sabemos que para Freud las zonas histerógenas de Charcot eran el producto de un desplazamiento de las zonas erógenas. Ferenczi había retomado esta idea y había extendido su aplicación mucho más allá de la psicopatología de la histeria, hasta el punto de erigirla en principio explicativo de la génesis de los símbolos descritos por Freud. En la medida en que el simbolismo era considerado por Freud un modo de expresión arcaico, algunos autores lo habían relacionado con un déficit de las capacidades de discriminación del hombre primitivo o del niño pequeño: el simbolismo sería así una confusión pura y simple entre objetos que presentaban semejanza. Ferenczi no rechazó por completo esta concepción, pero destacó su insuficiencia: además de esta condición negativa, la formación del símbolo requiere una condición positiva que es de índole afectiva. Mientras no tiene una razón afectiva para interesarse en los objetos exteriores que van a convertirse en los símbolos del cuerpo y de las partes del cuerpo, el niño no los percibe ni piensa en ellos:

Hasta que la necesidad de adaptarse y en consecuencia a tomar conciencia de la realidad, el niño se preocupa exclusivamente de la satisfacción de sus impulsos, es decir, de las partes de su cuerpo que son la base de esta satisfacción, de los objetos apropiados para suscitarla y de los actos que la provocan. Partes de su cuerpo aptas para realizar una excitación sexual (zonas erógenas) son, por ejemplo, la boca, el ano y el órgano genital que atrae especialmente su atención (Ferenczi, 1913u: 136-137).

Conviene tener en mente la concepción psicoanalítica del desarrollo de las etapas del sentido de la realidad, establecida por Ferenczi en el artículo que lleva ese título (*El desarrollo del sentido de realidad y sus estadios,* 1913h) y al que pertenecen las líneas que acabamos de transcribir: el niño no posee, en la etapa del yo-placer purificado, un "buen criterio objetivo" que le permita distinguir el interior del exterior. Todo lo placentero es introyectado, todo lo que provoca displacer es rechazado al exterior. Así, los "objetos que son capaces de suscitar" la satisfacción son objetivamente exteriores (los pechos de la madre, la madre misma como persona real) pero subjetivamente interiores. Sabemos que Jean Piaget (que hasta principios de la década de 1930 fue miembro de la Sociedad Suiza de Psicoanálisis) describió posteriormente ese fenómeno desde un punto de vista cognitivo, demostrando que en las primeras etapas de la inteligencia sensorio-motriz el objeto percibido se halla en la dirección que prolonga la acción propia. Por lo tanto, el yo-placer purificado es en primer término un caos en el que coexisten sin organización grupos de sensaciones y de esquemas motores que remiten a las diferentes zonas erógenas del cuerpo.

La primera etapa del desarrollo del sentido de la realidad pasa, según Ferenczi, por el descubrimiento de las partes del cuerpo a partir de las zonas erógenas:

> …hallamos también asimilaciones análogas entre los diferentes órganos del cuerpo: el niño identifica el pene con los dientes, el ano con la boca; es posible que el niño encuentre de este modo para cada parte de la mitad inferior del cuerpo bloqueado afectivamente un equivalente en la mitad superior del cuerpo (principalmente en el rostro y la cabeza) […]. Del mismo modo los ojos se han convertido en símbolo de los órganos genitales a los que se han identificado desde hace tiempo sobre la base de un parecido superficial; también de este modo la parte superior del cuerpo por lo general ha adquirido la significación simbólica que tiene a partir del momento en que el rechazo ha despertado nuestro interés hacia la parte inferior del cuerpo (Ferenczi, 1913u: 137-138).

Refiriéndose a este pasaje, Melanie Klein se manifiesta de acuerdo con las ideas de Ferenczi y agrega una explicación a esa identificación sobre la base de un parecido superficial de las partes del cuerpo entre sí. Extendiendo los conceptos de Ferenczi, sostiene que, en lo que respecta a la identificación primaria (es decir, expresado con la terminología que toma de Ferenczi, en lo que respecta a la doble equivalencia, primero entre partes inferiores y superiores del cuerpo y luego entre partes del cuerpo y objetos del mundo exterior), el fundamento de la comparación debe buscarse en el valor del placer común a dos partes del cuerpo, aunque de diferente cualidad: "Según Freud, la primera orientación del sujeto hacia su propio cuerpo está acompañada también por el descubrimiento de nuevas fuentes de placer. Puede muy bien ser esto lo que hace posible la comparación entre diferentes órganos y zonas del cuerpo" (1923c, 1926a: 96). Hay pues un proceso continuo de carga del cuerpo que comienza con el surgimiento de la sexualidad mediante la carga libidinal de las zonas erógenas y se extiende progresivamente, a través de los dedos, las extremidades, el rostro, etc., al conjunto del revestimiento cutáneo.

Esta idea de que el fundamento de la comparación debe buscarse en la equivalencia del valor de placer de los términos comparados parece haber sido enunciada por Ferenczi en 1913, en los textos que acabamos de citar. Pero la forma generalizada con que Melanie Klein la utiliza en 1923 resulta de las modificaciones aportadas por Jones a esta hipótesis, bajo la influencia de un artículo publicado en 1912 por Sperber (1923c, 1926a: 96*n*). Al interrogarse sobre el origen del simbolismo desde un punto de vista ontogenético y filogenético, Ernest Jones, sin dejar de reconocer la intervención de los factores negativos (incapacidad del espíritu del hombre primitivo para discriminar), insiste en el papel directo e indirecto del principio de placer en la identificación que constituye la base del simbolismo. En primer lugar, el espíritu primitivo solo se interesa en lo que es fuente de placer: "…la mente primitiva regida por este principio [de placer] presta más atención en aquello que la afecta de modo más personal, es decir, en lo que es capaz de procurarle el máximo de placer o el máximo de dolor. Ignora las distinciones entre dos ideas cuando estas distinciones carecen de interés para él y solo repara en aquellas que le interesan" (Jones, 1919: 149). Entonces, "…cuando la mente primitiva es expuesta ante una nueva experiencia, acepta con entusiasmo la semejanza, aunque mínima, entre esta y las

anteriores […] esto está gobernado por el principio de placer-dolor […] la asociación entre bienestar y placer o entre dificultad y trabajo y dolor es primordial" (Jones, 1919: 149-159). Esta concepción del predominio del principio de placer fue elaborada por Ernest Jones en el marco de una psicogénesis del simbolismo.

Melanie Klein concibió la idea de aplicar esta hipótesis a la comparación de las partes del cuerpo entre sí, y pudo de este modo esbozar el concepto de que la génesis de la imagen del cuerpo no es un proceso propio de las funciones cognitivas del yo, sino que se basa en el movimiento de la libido regido por el principio de placer.

Una vez que la imagen del cuerpo se ha constituido por la vía de las equivalencias libidinales entre sus partes, la libido puede cargar las imágenes del mundo exterior escurriéndose a lo largo de equivalencias –comparables con las establecidas dentro del propio cuerpo– entre partes del cuerpo y objetos. Volvemos a encontrar aquí las ideas de Ferenczi. En virtud de la dominación exclusiva del principio de placer en las primeras etapas del desarrollo del niño: "No es nada extraño que su atención sea atraída en primer lugar por las cosas y los procesos del mundo exterior que le recuerdan, debido a un parecido aunque sea lejano, sus experiencias más apreciadas" (Ferenczi, 1913h: 72).

De este modo se establecen esas relaciones profundas, "…que persisten durante toda la vida entre el cuerpo humano y el mundo de los objetos, a las que llamamos *relaciones simbólicas*. En este estadio el niño no ve en el mundo más que reproducciones de su corporeidad, y por otra parte, aprende a configurar todas las diversidades del mundo exterior según su cuerpo" (Ferenczi, 1913h: 72). Sabemos que esta concepción, a la que Ferenczi no dio mayor desarrollo, se convirtió a partir de 1921 en uno de los ejes principales de la práctica de Melanie Klein, antes de ocupar, después de 1927, un lugar definitivo en su teoría. Ya en 1919, en efecto, el segundo período de la educación de Erich y más tarde su análisis revelaron que el mundo exterior y el cuerpo se simbolizan recíprocamente. Recordaremos aquí que durante el período de liberación de la actividad fantaseadora que siguió al comienzo de la segunda fase de educación psicoanalítica, el niño multiplicaba las fantasías relacionadas con las funciones de excreción y con el estómago: sentado en su orinal se quejaba de que sus cacas eran niños malos que no querían bajar al jardín (la bacinica) y habían vuelto a subir al balcón (el estómago). Esta equivalencia simbólica sirve de base a la identidad fantaseada niño = heces y se halla presente en las numerosas fantasías de Erich relativas al estómago, al que concibe como el interior de una casa amueblada y equipada para ofrecer comodidad al niño anal durante su estadía en ella. Más tarde, en las complejas fantasías del niño en las que su cuerpo y el cuerpo de su madre eran representados como ciudades, y luego como países de geografía complicada, atravesados por una red de vías férreas por la que circulaban trenes-Caca y trenes-Pipí, Melanie Klein reconoció los efectos del mismo sistema de símbolos y relacionó los trastornos de la orientación de Erich con la represión de esta "geografía del cuerpo de la madre" inspirada por los intereses libidinales incestuosos (1923c, 1926a: 109*n*).

Todo este fantaseo acerca del espacio y del cuerpo materno se cumple en dos sentidos: en los ejemplos clínicos solo se comprueba efectivamente la representación del cuerpo por medio de objetos del mundo exterior. El estómago es una casa, las extremidades y las articulaciones del cuerpo son "fronteras", y sus orificios, puertas y ventanas. Como lo señalaron Freud, Ferenczi y Jones, en el simbolismo las zonas erógenas del cuerpo y los procesos sexuales se indican siempre por medio de objetos o de fenómenos no sexuales; según ellos, la situación inversa no se da jamás. A esta asimetría de la relación simbólica se la vincula clásicamente, con Ferenczi, a la "sobrecarga simbólica" que reciben los objetos del mundo exterior y las partes superiores del cuerpo, "…a partir del momento en que el rechazo ha despertado nuestro interés hacia la parte inferior del cuerpo" (Ferenczi, 1913u: 138).

Freud (*Conferencias de introducción al psicoanálisis,* 1916-1917) admitió sin embargo, conviene señalarlo, que el empleo del simbolismo en el sueño no se debe a la intervención de la censura, sino que es inherente al modo de representación del inconsciente. Todo ocurre como si los símbolos no se limitaran a funcionar como sustitutos de las cosas, órganos, zonas erógenas y procesos sexuales simbolizados, sino que estuvieran cargados de un valor propio de placer, por una parte, y constituyeran, por la otra, el único modo de designación plenamente *satisfactorio* (en el sentido estrictamente libidinal del término) para esas zonas, procesos, etc. De buena gana propondríamos la hipótesis siguiente: la carga libidinal de los objetos del mundo exterior, al mismo tiempo que les confiere a estos un valor de placer, permite que el niño se represente, a través de esos objetos exteriores ahora equivalentes al cuerpo y a sus partes, el interior de su cuerpo, que hasta entonces solo conocía por mediación de las sensaciones cenestésicas y kinestésicas.

En la "identificación primaria", la equivalencia simbólica implicaría dos fenómenos recíprocos: las representaciones de las cosas exteriores reciben la carga libidinal de las partes del cuerpo sobre la base de una semejanza advertida por imperio del principio de placer; las partes visibles y los órganos invisibles del cuerpo, así como su organización en un espacio representado, son pensados por medio de las imágenes proporcionadas por esos objetos del mundo exterior y, en primer lugar, por el cuerpo de la madre, que el niño explora y cuyas partes pone en relación con las de su propio cuerpo, ya que solo puede representar el conjunto y la conexión de este en el cuerpo de su madre. Los objetos del mundo exterior y, en primer lugar, el cuerpo de la madre, derivarían así su valor simbólico irremplazable del hecho de que proporcionan al niño el único medio que le permite a este representarse su cuerpo. Esta idea no se encuentra así expresada en los textos de Melanie Klein. No forma parte ni de las ideas "protokleinianas" de 1923 ni de las ideas kleinianas posteriores. Nos parece, sin embargo, que está necesariamente implícita en el material aportado por Melanie Klein, referente al sentido de la orientación y a "la geografía del cuerpo materno" en Erich. Por sobre todo, creemos que solo ella puede explicar ciertas declaraciones contradictorias –y simultáneas, cosa que impide

atribuir la divergencia a una evolución del pensamiento– de la misma Melanie Klein. En "Análisis infantil" (1923c, 1926a) escribió, refiriéndose a Erich: "…existían muchas fantasías que demostraban que estaba bajo la influencia de la imagen mental del interior del cuerpo de su madre, y por identificación con ella, del suyo propio. Lo representaba como un pueblo, a veces como un país y después como el mundo…" (1923c, 1926a: 107). En este pasaje lo simbolizado es primordialmente el cuerpo de la madre, y el de Erich solamente se identifica con él. Sin embargo, dos páginas más adelante, Melanie Klein admite una idea sugerida por Abraham, que parece exactamente opuesta a la anterior: "…Abraham señaló que el interés en la orientación, en relación con el cuerpo de la madre, es precedido en un estadio muy temprano por el interés en la orientación en relación con el cuerpo del sujeto mismo. Esto es seguramente exacto, pero esa primera orientación parece compartir el destino de la represión solo cuando se reprime el interés en la orientación en relación con el cuerpo de la madre, desde luego por los deseos incestuosos ligados a dicho interés" (1923c, 1926a: 108-109*n*). Más allá del contenido literal del texto, el hecho de que Melanie Klein afirme a la vez la prioridad genética –sugerida en 1921 por Abraham– del reconocimiento relacionado con el propio cuerpo y la primacía, en el conflicto psíquico, de la imagen del cuerpo materno respecto de la del cuerpo propio, únicamente se comprende si se parte de una distinción entre un orden genético de las cargas libidinales que progresa desde el cuerpo propio al cuerpo de la madre, y un orden simbólico de las representaciones en el que solamente puede adquirirse una imagen del cuerpo propio por medio de una identificación con el cuerpo de la madre. La hipótesis que hemos propuesto no contiene ni más ni menos que esa distinción.

Subsiste el hecho de que si bien en el material fantaseado se manifiesta únicamente el orden simbólico de las representaciones, la interpretación lo reduce siempre al orden genético o a segmentos parciales del mismo. Así, las interpretaciones que Melanie Klein comunica a Erich reducen siempre las casas, las ciudades, etc., a la representación fantaseada del estómago o del cuerpo de la madre. El proceso inverso, que en la teoría kleiniana ulterior se volverá posible, sin abandonar el marco genético, gracias a la noción de reintroyección de los objetos proyectados, no figura en absoluto en los textos de 1923. Es legítimo suponer que ello ocurre porque Melanie Klein no dispone aún de los instrumentos teóricos (el concepto de reintroyección) que le permitirían, por ejemplo, explicar la representación por parte de Erich de su propio cuerpo en relación con el cuerpo materno, sin trastornar el orden genético, que para ella sigue siendo primordial. Es razonable considerar que el punto esencial de su concepción lo constituye la idea de que la identificación primaria se cumple de acuerdo con un movimiento libidinal que va del cuerpo propio a los objetos exteriores, conforme a lo expresado por Ferenczi: en una etapa temprana de su desarrollo el niño trata de redescubrir los órganos de su cuerpo y sus actividades en todos los objetos que encuentra.

Las sublimaciones primarias

El proceso de carga libidinal del cuerpo, y más tarde del mundo exterior, se acompaña de un proceso de carga de las actividades del yo y del propio cuerpo. Las primeras fases de ese proceso se confunden pura y simplemente con la carga del propio cuerpo a partir del desplazamiento de la libido inicialmente depositada en las zonas erógenas: los ejercicios motores y vocales del lactante dependen de esa apropiación sensorio-motriz del propio cuerpo bajo la dominación de la libido autoerótica. Melanie Klein concentra su atención en forma excluyente sobre la segunda fase de esa evolución, la cual supone que la carga objetal se encuentra, si no concluida, por lo menos en curso y parcialmente realizada. En esta fase comienza la carga libidinal de las actividades del yo, orientándose en primer término hacia la palabra y el movimiento: "El habla y el placer en el movimiento tienen siempre una catexia libidinal que es también de carácter simbólico genital. […] Después del uso que hacen los instintos sexuales de los instintos de autoconservación en relación con la función de nutrición, las siguientes actividades del yo hacia las que se vuelven son el lenguaje y el placer en el movimiento" (1923c, 1926a: 114). La carga de la palabra y del movimiento sigue el mismo camino que las cargas anteriores: el que indican las equivalencias determinadas por el principio de placer entre las zonas erógenas –y muy especialmente la zona genital–, por una parte, y por la otra la voz y la motricidad voluntaria. En este sentido se trata de la extensión de la identificación primaria de las partes superiores del cuerpo con sus partes inferiores. Pero el habla y los movimientos, sobre todo la marcha, tienen también el valor de una representación simbólica de la escena primaria. Durante el análisis de Grete "se comprobó en este análisis que la tartamudez de la niña se debía a la sexualización tanto del hablar como del cantar. El subir y bajar la voz y los movimientos de la lengua representaban el coito" (1923b: 74). Para Erich, "…la palabra hablada era idéntica a la escrita. La palabra significaba "pene" o "niño", mientras que el movimiento de la lengua y la lapicera significaba "coito" (1923c, 1926a: 110-111). En el curso de su tercer año Félix había expresado, por medio de su afición por el canto, la "…identificación original […] con su padre, o sea, la fantasía heterosexual de relación sexual con la madre" (1925a-b: 120). El habla es pues, en general, una actividad del yo cargada por las pulsiones libidinales, esencialmente genitales y, en menor medida, anales: "El significado del lenguaje como actividad genital… se confirmó en mis trabajos en mayor o menor grado en todos los casos. En mi opinión, tanto esto como la determinación anal son típicos" (1923c, 1926a: 111). Lo mismo se aplica al movimiento: en el caso de Erich es en especial evidente que "El placer original por los caminos corresponde a su deseo de coito con la madre […] vemos que en estrecha conexión con esto, su interés por explorar caminos y calles (que formaba la base de su sentido de orientación) se desarrolló con la liberación de la curiosidad sexual…" (1923c, 1926a: 106-107). Estas actividades que permiten la descarga de la libido por la vía de una carga sexual basada en el simbolismo responden exactamente a la definición kleiniana de la sublimación: "…la capacidad de emplear la libido superflua en una catexia

de tendencias del yo" (1923c, 1926a: 92). Melanie Klein las definió, pues, como *sublimaciones primarias* (1923b, 1924: 84). En su condición de tales, poseen los atributos y funciones siguientes:

- El mecanismo que les da origen es de idéntica naturaleza que el de las sublimaciones posteriores; las sublimaciones primarias resultan de la aplicación de una sobrecarga libidinal a las tendencias del yo, proceso que ya hemos visto desarrollarse en la carga del propio cuerpo contenida en la del mundo exterior. Melanie Klein reduce explícitamente ese proceso al apoyo de las pulsiones sexuales en las pulsiones del yo: "Después del uso que hacen los instintos sexuales de los instintos de autoconservación en relación con la función de nutrición, las siguientes actividades del yo hacia las que se vuelven son el lenguaje y el placer en el movimiento" (1923c, 1926a: 114).
- La carga libidinal de las sublimaciones primarias es contemporánea a la aparición del simbolismo –o, como diríamos hoy, de la simbolización–que sustituye a la identificación (es decir, a la confusión primitiva, bajo el imperio del principio de placer, entre lo simbolizado y el símbolo) en el momento mismo en que surgen esas sublimaciones primarias:

  > …vemos que la *identificación* es un estadio preliminar no solo de la formación de símbolos sino al mismo tiempo de la evolución del lenguaje y de la sublimación. Esta última se produce por medio de la formación de símbolos; las fantasías libidinales quedan fijadas en forma simbólico-sexual sobre objetos, actividades e intereses especiales. […] El eslabón que conectó esto fue probablemente el placer por el movimiento, o más bien el órgano mismo (1923c, 1926a: 97).

  Las sublimaciones primarias representan una etapa decisiva en el desarrollo del yo, por cuanto solo ellas se basan en la identificación, lo cual presupone, para que el placer libidinal pueda agregársele, la existencia de un placer anterior de índole no libidinal que corresponda a la satisfacción de las pulsiones del yo: el "placer mismo del órgano (*Organlust*)".[2] Gracias a esta unión del placer del órgano y el placer libidinal propiamente dicho que viene a apoyarse en el primero, la actividad del yo –habla y movimiento– es identificada con una satisfacción libidinal, mientras que las primeras manifestaciones de la represión, al volver inconscientes a las representaciones sexuales simbolizadas, transforman la *identificación* en *símbolo.* Con la aparición del simbolismo las sublimaciones secundarias podrán hallar el camino de las actividades del yo sin que deban ser, de algún modo, atraídas por un placer de órgano previo. La libido puede así cargar, partiendo del movimiento y del habla, actividades que por sí mismas no generan ningún placer: "…cuando la represión comienza a actuar y se progresa de la identificación a la formación de símbolos, es este último proceso el que proporciona una oportunidad a la libido de desplazarse a otros objetos y actividades de los de auto conservación, que originariamente no poseían una tonalidad placentera. Aquí llegamos al mecanismo

de la sublimación" (1923c, 1926a: 97). Por supuesto, en este pasaje debe entenderse que el término sublimación se refiere a la sublimación secundaria, por oposición a las sublimaciones primarias, que hacen posible ese mecanismo pero no dependen de él.

- Por la vía de la identificación, precursora del simbolismo, las sublimaciones primarias adquieren el valor de equivalentes de la escena primaria. La carga libidinal del habla y del movimiento se realiza "…por intermedio de la identificación temprana del pene con el pie, la mano, lengua, cabeza y cuerpo, transferida luego a las actividades de dichos miembros, las que adquieren así el significado de coito" (1923c, 1926a: 114). Las representaciones simbólicas que las acompañan son pues las primeras fantasías masturbatorias que se relacionan directamente con la escena primaria. Así Melanie Klein, al interrogarse a propósito del caso de Félix sobre los factores específicos de la psicogénesis del tic, separa la vinculación entre las fantasías masturbatorias y la escena primaria, de los factores que provocan el tic, a causa precisamente de la generalidad de esa vinculación:

  > Las fantasías masturbatorias subyacentes al tic son ciertamente inespecíficas, porque sabemos que tienen la misma importancia para casi cualquier síntoma neurótico, y como he tratado demostrar repetidamente, para la vida de fantasía y las sublimaciones. Pero incluso el contenido especial de las fantasías masturbatorias que era común a mis dos casos –identificación simultánea con ambos padres en tanto que el sujeto mismo participa– no parece en sí mismo específico. Uno se encuentra seguramente con este tipo de fantasía en pacientes que no tienen ni un tic (1925a-b: 134).

- Las sublimaciones primarias fracasan en proporcionar una satisfacción completa a las pulsiones libidinales que les dan origen. Este fracaso parcial es la causa de la movilidad de la libido, que debe buscar sin pausa nuevos medios de satisfacción. Tal insatisfacción irremediable de la libido explica la repetición permanente, a todo lo largo del desarrollo, de la formación de nuevos símbolos, así como el hecho de que la libido sea, como consecuencia de ese dinamismo que le es propio, el motor de toda actividad:

  > Freud demostró que aquello que parece ser un impulso hacia la perfección en los seres humanos es el resultado de la tensión nacida de la disparidad entre el deseo humano de gratificación (que no es satisfecho por todo tipo posible de formaciones reactivas sustitutivas y de sublimaciones) y la gratificación que obtiene en la realidad. Creo que debemos referir a este motivo no solo lo que Groddeck llama la compulsión a hacer símbolos, sino también un constante desarrollo de los símbolos (1923c, 1926a: 114).

- La cuestión de saber por qué la libido está irremediablemente insatisfecha permanece abierta en 1923.

  ¿Es ello así, en esencia –de acuerdo con los lineamientos de Freud y de Abraham–, porque una satisfacción sustitutiva, la única que la represión tolera, no permite la descarga adecuada de la libido, según la frase citada parece sugerirlo? ¿Es porque la libido desea desde el principio un estado de satisfacción total y perdurable, que la realidad nunca sería capaz de procurar, como lo afirmará más

tarde Melanie Klein? El carácter resueltamente económico de las ideas protokleinianas nos induce a pensar que en esa época Melanie Klein sustentaba la primera de esas hipótesis.

- Las sublimaciones primarias son la base del desarrollo incesante de otras sublimaciones, a las que proveen de su energía. Todas las sublimaciones se reducen, en último análisis, ya al habla, ya al movimiento:

> …partiendo del punto en el cual las condiciones previas para la capacidad de sublimación derivan de las fijaciones libidinales, en las sublimaciones más tempranas –que considero son el hablar y el placer en el movimiento– las actividades y los intereses del yo, que se extienden constantemente, logran una catexis libidinal al adquirir un significado simbólico sexual, de modo que hay constantemente sublimaciones en distintas etapas (1923b, 1924: 84).

- El desarrollo de las sublimaciones se cumple según un orden determinado que corresponde a la vez al orden de las etapas de desarrollo de la libido y al orden de las etapas del sentido de la realidad. Es por medio de sublimaciones primarias como los componentes pulsionales alcanzan la sublimación bajo la supremacía genital. Por lo tanto, podemos tratar de explicar las concepciones de Melanie Klein recurriendo a la imagen de un edificio de las sublimaciones que tendría la forma de una pirámide irregular cuyo vértice no estaría situado necesariamente sobre la recta perpendicular al plano de la base que pasa por la intersección de las medianas de dicha base, sino que podría desplazarse, en la parte superior, de acuerdo con la cantidad de libido sublimada en el plano y con el eje dominante de las sublimaciones: eje del habla o eje del movimiento. La base correspondería a las sublimaciones primarias, comunes a todos los seres humanos (*Figura* 1).

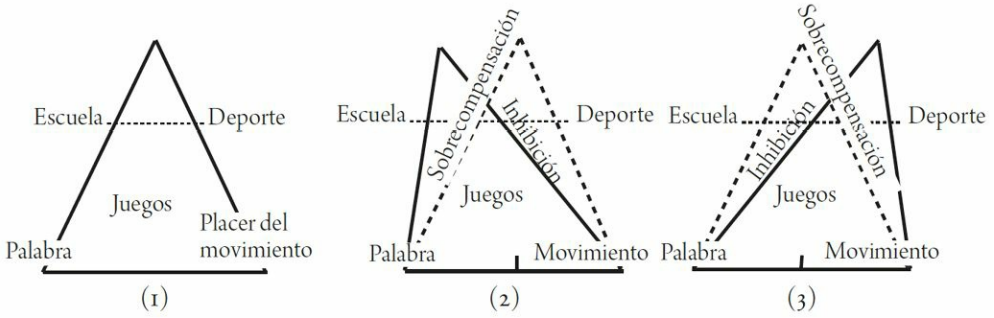


FIGURA 1

- La primera de las sublimaciones secundarias es el juego. Las conductas lúdicas ocupan un lugar estratégico en el desarrollo, por cuanto resultan inmediatamente de las sublimaciones primarias de que se valen y de las que no son, en cierto modo, sino una combinación. Al mismo tiempo permiten la carga libidinal por el sujeto de las actividades y los objetos en el mundo de la ficción, antes de enfrentarlos en la realidad. Cumplen así una función adaptativa muy importante, que por lo demás procede de su función de descarga de las tensiones. El juego, que corresponde a la

primera capa de las sublimaciones, sostiene la capa siguiente, que abarca los primeros ejercicios escolares y los deportes. Las sublimaciones de este segundo nivel solo tendrán éxito si el juego ha cumplido su tarea de carga anticipada de esas actividades.

- La estructura del edificio de las sublimaciones explica la clínica de las inhibiciones. En efecto, el fundamento de toda inhibición es una sublimación anterior reprimida. Así Félix sufrió, entre los seis y los 11 años, una inhibición respecto de los deportes y las actividades físicas. La energía libidinal fue transferida por completo a los intereses escolares, los cuales adquirieron un valor de sobrecompensación (*Figura* 1.2). Después de las amenazas y las burlas de su padre, las cargas se intercambiaron: el éxito escolar quedó inhibido, pero la sublimación en el deporte llevaba la marca de su origen: "Se hizo cada vez más claro para él durante el análisis que los juegos eran una supercompensación infructuosa de la angustia, un sustituto infructuoso de la masturbación" (1925a-b: 118).

Puesto que todas las sublimaciones se basan en el juego, todas las inhibiciones se basan en la inhibición del juego: "…las raíces de inhibiciones posteriores y también de la inhibición vocacional se encuentran, sobre todo, en aquellas que frecuentemente parecen haber desaparecido y que concernían a los más tempranos estudios. Sin embargo, las inhibiciones a estos estudios tempranos están basadas en las inhibiciones al juego" (1923b, 1924: 84). En consecuencia, la riqueza y la espontaneidad o, por el contrario, la pobreza y el carácter estereotipado de los juegos del niño se convierten en un criterio diagnóstico muy importante. En la medida en que el juego lleva a cabo la primera síntesis de las sublimaciones primarias –el placer del movimiento y del habla–, es al mismo tiempo el medio privilegiado del desarrollo de las sublimaciones, y por lo tanto el tratamiento psicoanalítico del niño debe producir una liberación del juego. El método psicoanalítico es a la vez un procedimiento de investigación y una terapia. Como procedimiento de investigación debe interpretar los juegos infantiles, poniendo de manifiesto las fantasías masturbatorias subyacentes en cada actividad lúdica y reduciéndolas a la escena primaria, de la que son una elaboración. Como terapia solo puede lograr su objetivo de reducir los síntomas y restituir las sublimaciones por medio de la interpretación del fantaseo que se expresa en los juegos. La regresión formal necesaria para la cura debe restablecer el juego, cuya inhibición ha sido el primer momento de la formación del síntoma neurótico o de la inhibición de una aptitud. Las dos dimensiones –heurística y terapéutica– de la técnica psicoanalítica aplicada a los niños llevan a conferir al juego un valor privilegiado en el tratamiento, como signo diagnóstico, material a interpretar y medio en que se desenvuelve el proceso analítico. Por otra parte, la especulación teórica basada en la noción de identificación y en el estudio de los precursores del simbolismo y de la sublimación conduce a considerar el juego como la manifestación inmediata de las dos sublimaciones primarias en las que se

fundan las sublimaciones posteriores. Todas las líneas de fuerza de las concepciones protokleinianas de 1923 llevan pues a concentrar la atención en la función del juego. La invención de la técnica psicoanalítica del juego es, por lo tanto, para nosotros, una consecuencia de las primeras ideas psicoanalíticas de Melanie Klein, cuya amplitud, coherencia, importancia y fecundidad no suele ser reconocida, y que hemos tratado de reconstruir partiendo de pasajes teóricos y de sugerencias dispersos en los cinco textos publicados antes de 1926. Gracias a la invención de la técnica del juego, por otra parte, Melanie Klein pudo tratar a niños muy pequeños y enfrentarse con una patología grave que hasta entonces no formaba parte de su experiencia. Los nuevos datos clínicos obtenidos por medio de esta técnica habrían de mostrar la insuficiencia y determinar la modificación profunda de las concepciones protokleinianas propiamente dichas.

5. Lo normal y lo patológico en el sistema protokleiniano

Podemos ahora retomar la cuestión que dejamos parcialmente en suspenso al finalizar la sección dedicada a los elementos teóricos implícitos en el enfoque clínico de M. Klein antes de 1923. El conjunto de las construcciones teóricas protokleinianas apunta a resolver el problema de lo que se podría llamar, parafraseando y generalizando la noción freudiana de *elección de neurosis* (*Neurosenwahl*),[3] la *elección del método de descarga de la angustia:* ¿qué factores diferenciales específicos determinan los tres tipos de evolución (sublimación, inhibición, neurosis) que conducen, respectivamente, a la salud (basada en las sublimaciones reprimidas) y a la formación del síntoma neurótico? La elección entre sublimación e inhibición, como ya vimos, supone siempre una fase previa de sublimación exitosa de la libido mediante una carga libidinal que ha tenido tiempo de desarrollarse y enriquecerse antes de que se produzca la represión. Esta elección es, por lo tanto, posterior a la instalación de las sublimaciones primarias, y Melanie Klein pudo efectuar su análisis teórico ya durante el segundo análisis de Erich y a comienzos del de Félix, en los primeros meses de 1921. Pero la formación del síntoma neurótico –en realidad presenció casi exclusivamente la del síntoma histérico– es anterior a las sublimaciones primarias, o al menos corresponde a una intervención precoz de la represión que no da tiempo a desarrollarse a las sublimaciones primarias ni al juego. En consecuencia, la angustia provocada por la represión de la libido no puede descargarse en forma de sublimación ni de inhibición. Como la libido no ha cargado aún en cantidad suficiente las actividades del yo –el habla y el movimiento–, nos hallamos en la etapa genéticamente anterior de la identificación primaria.

En el caso de la histeria, se trata de la primera etapa de esa identificación primaria, la de la construcción de la imagen corporal mediante la carga de los órganos y las partes de la mitad superior del cuerpo: el desplazamiento y la condensación, de acuerdo con las leyes del proceso primario regido por el principio de placer, los convierten en equivalentes de las partes de la mitad inferior (según la formulación de Ferenczi) o, más exactamente, de las zonas erógenas. El fenómeno de la conversión histérica tiene pues como condición específica la intervención precoz de la represión en la primera etapa de la identificación primaria, precisamente al término de esa primera etapa, en el período en que el proceso de carga de la mitad superior del cuerpo se superpone al proceso, ya comenzado, de carga de los objetos exteriores sobre la base de su identificación con las partes del cuerpo. Esta hipótesis permite explicar algunas características esenciales de la histeria de conversión. La descarga de la angustia por la vía de una inervación somática remite a la fijación en la fase en que las partes del cuerpo poseen un valor equivalente de placer libidinal: el desplazamiento de las zonas erógenas que da lugar a las zonas histerógenas de Charcot reconoce este origen. El hecho de que la conversión se base en una fantasía que con frecuencia pone de manifiesto una "identificación […] toma prestado un único rasgo" (Freud, 1921: 101) remite a la equivalencia, precursora del simbolismo, entre las zonas erógenas, la parte superior del cuerpo y los objetos (incluidas

las personas) del mundo exterior. Melanie Klein pudo por lo tanto escribir: "… tenemos en la sintomatología de la histeria una reproducción de la capacidad para el desplazamiento de las zonas erógenas que se manifiestan en la orientación e identificación temprana del niño. De este modo, vemos que la identificación es también un estadio preliminar de la formación del síntoma histérico, y es esta identificación[4] la que capacita al histérico para efectuar el típico desplazamiento de abajo hacia arriba" (1923c, 1926a: 98). La elección entre la línea evolutiva que conduce a la histeria y aquella que conduce al conjunto sublimación-inhibición depende pues de un primer factor, que es la fecha en que aparece la represión y surge la angustia consecutiva; esa fecha no se evalúa solo en relación con la cronología, sino también en relación con la etapa en que actúan las cargas libidinales. En lo que respecta a las causas de esa precocidad de la represión, Melanie Klein no se pronuncia explícitamente. A veces admite la importancia de los factores accidentales: un ejemplo es el traumatismo ocasionado por la intervención quirúrgica de que fue objeto Félix, la cual materializó la amenaza de castración de modo excesivamente precoz. A menudo admite, sobre todo en el caso de Erich, el papel que desempeña una "tendencia constitucional a la represión". Conviene señalar, sin embargo, que su mutismo respecto de esta cuestión se explica fácilmente: por muy precoces que hayan sido el traumatismo en el caso de Félix y la manifestación de la tendencia innata a la represión en el de Erich, sobrevinieron, con todo, después del desarrollo de las sublimaciones primarias, y ambos niños solo presentaron síntomas neuróticos leves en el marco de una sintomatología dominada por las inhibiciones.

En esta época Melanie Klein no tenía aún ninguna experiencia clínica de la histeria de conversión y sus hipótesis eran meramente especulativas. Creemos, pues –dicho sea para dar fin al examen de este punto–, que interpretaremos con bastante fidelidad su pensamiento si afirmamos que admitía, entre los factores constitucionales y los acontecimientos externos, la serie complementaria descrita por Freud y mencionada por ella en contextos afines, aunque, sin embargo, diferentes.

El segundo factor específico de la elección entre el síntoma histérico y la sublimación-inhibición debe buscarse en la constitución: en ciertos individuos las actividades del yo poseerían una aptitud constitucional para recibir las cargas libidinales: "Por otra parte, podemos suponer que hay aún otro factor de importancia para la capacidad de sublimación: uno que bien podría formar una parte considerable del talento con que un individuo está constitucionalmente dotado. Me refiero a la facilidad para que una actividad o tendencia del yo adquiera una catexia libidinal y la medida en que de este modo sea receptiva" (1923c, 1926a: 98). Para esta receptividad innata de las actividades del yo, que estaríamos tentados a relacionar con el placer de órgano tal como parece entenderlo Melanie Klein en esa época o con el placer constitucional en la marcha descrito por Karl Abraham en 1913, y también de considerar como un placer funcional no sexual, Melanie Klein halla un garante y un elemento simétrico en la noción clásica de

"complacencia somática" tal como se la emplea en la teoría de la histeria: "…en el plano físico, vemos una analogía en la rapidez con que es inervada una zona especial del cuerpo y la importancia de este factor en el desarrollo de los síntomas histéricos" (1923c, 1926a: 98). Los individuos se distribuirían así a lo largo de un continuo cuyos extremos serían la complacencia somática, que predispone a la histeria, y lo que podríamos llamar una complacencia yoica, que predispone a la sublimación y por lo tanto a la salud: "Estos factores, que podrían constituir lo que entendemos por *disposición* formarían una serie complementaria, como aquellas con que estamos familiarizados en la etiología de las neurosis" (1923c, 1926a: 98). Melanie Klein admite además un tercer factor, que sería "…la capacidad para mantener la libido en estado de suspensión" (1923c, 1926a: 98), también de índole constitucional. Se trata del precursor, en la teoría protokleiniana, de la "capacidad constitucional para tolerar la angustia", a la que describirá más tarde como uno de los factores que permiten la elaboración de la posición esquizoparanoide.

La interacción de estos tres factores da cuenta de la dirección que toma la evolución, sea hacia el síntoma histérico, sea hacia las sublimaciones. De este modo concluye la indagación general llevada a cabo por la teoría protokleiniana sobre la psicogénesis de la sublimación, la inhibición y el síntoma. Esta concepción, que da amplia cabida a los factores constitucionales, destaca sin embargo la noción del momento en que aparece la represión, el cual es en definitiva el factor diferencial, sea cual fuere la índole –constitucional o circunstancial– de sus determinantes. La cuestión decisiva es, en último análisis, la siguiente: ¿cuándo se ha transformado la libido en angustia a causa de la represión? Si ello ha ocurrido en la etapa de la identificación primaria, asistiremos a la formación de síntomas histéricos; si en la etapa de las sublimaciones primarias, tendremos inhibiciones neuróticas; si en la etapa de las sublimaciones secundarias, tendremos las inhibiciones leves que constituyen el precio que debe pagar el individuo normal por su salud psíquica. Esto induce a Melanie Klein a considerar la existencia de manifestaciones muy precoces de la represión.

Ahora bien, desde el comienzo de sus actividades psicoanalíticas, se atuvo firmemente a dos prenociones fundamentales. Por una parte, prescindió por completo de la noción freudiana de una angustia verdadera que sería independiente de la represión. La segunda teoría freudiana de la angustia y la subsistencia de la noción de una angustia anterior a la represión (denominada ahora angustia automática) no ejercieron ninguna influencia sobre ella: solamente modificó su actitud respecto de este punto al elaborar su propia teoría de la angustia en relación con el concepto de pulsión de muerte. Melanie Klein consideraba pues que los terrores nocturnos del niño de dos años eran la manifestación de la angustia provocada por la represión.

Por otra parte, desconocía aún los mecanismos de defensa anteriores a la represión, cuya teoría solo elaboró después de 1926, y se atenía a la idea de que la represión se ejerce siempre contra las pulsiones edípicas. Esto la condujo, al desarrollar sus concepciones de 1923, a admitir la hipótesis de que, por lo menos en algunos niños, el

complejo de Edipo está ya presente y es afectado por la represión en el momento de los terrores nocturnos, es decir entre los dos y los tres años. Los textos de 1923 ofrecen algunos ejemplos clínicos: Erich comenzó a hablar tardíamente –así lo juzgó su madre– a causa de la represión de que era objeto ya entonces la voz, cargada de libido de acuerdo con un simbolismo genital; se escapó varias veces hacia los tres años porque sublimaba sus pulsiones genitales en la marcha y en la exploración del espacio, que tenían el valor simbólico de una exploración del cuerpo de la madre inspirada por las pulsiones incestuosas del complejo de Edipo; a Félix le gustaba cantar durante su tercer año de vida porque de ese modo expresaba su identificación con el papel activo del padre en la escena primaria. Se trata aún de indicaciones dispersas y no de una concepción cabal y rigurosamente formulada. Ello no significa que la atención de Melanie Klein no esté orientada al descubrimiento de la represión precoz y del complejo de Edipo precoz. En este sentido, puede decirse que las concepciones protokleinianas de 1923 constituyen la base de dos de las principales tesis kleinianas de 1926: la existencia de un complejo de Edipo arcaico y de un superyo arcaico, que no son concebidos como fenómenos *precoces* según el matiz de anticipación a una fecha normal implícito en el término, sino como formas iniciales normales del complejo de Edipo y del superyó *clásico*, del mismo modo que la escultura griega *arcaica* es la forma inicial de la escultura *clásica* de la época de Fidias.

6. El lugar que ocupa el sistema protokleiniano en la obra kleiniana

Las concepciones protokleinianas de 1923, originadas esencialmente en los análisis de Erich y Félix –que pusieron en contacto a Melanie Klein con una sintomatología caracterizada ante todo por las inhibiciones–, incluyen una teoría genética tributaria de la psicología normal y consideraciones psicopatológicas que son su consecuencia. En lo que concierne a la descripción del desarrollo normal, la originalidad de Melanie Klein se advierte en la vasta síntesis que hizo de los conceptos, más fragmentarios, de Ferenczi, Jones y Abraham para poder explicar el desarrollo de la personalidad en general, y sobre todo de las funciones del yo, en términos de cargas libidinales. Introdujo así la idea de una continuidad genética entre el autoerotismo, la formación de la imagen corporal, la simbolización y las sublimaciones primarias y luego secundarias.

En lo que respecta a la teoría del proceso de defensa, vinculó la angustia, en todas sus formas, con la represión del complejo de Edipo. La psicopatología que esta ocasiona le permitió postular una psicogénesis de la histeria, la inhibición y la sublimación que constituye un sistema coherente.

Como es sabido, Melanie Klein dejó de lado esas ideas en 1926. No obstante, según lo hemos señalado en más de una oportunidad, muchas de las nociones protokleinianas prefiguran directamente las nociones kleinianas posteriores. Por lo tanto, a nuestro juicio, es posible afirmar que el sistema protokleiniano de 1923, lejos de representar una forma de pensamiento que Melanie Klein habría de rechazar más tarde en bloque, contiene ya los elementos esenciales de la teoría posterior, con excepción de los datos propiamente clínicos obtenidos en los primeros análisis que llevó a cabo utilizando la técnica del juego.

Distinguiremos tres tipos de hipótesis:

1) Algunas de las ideas protokleinianas serán pura y simplemente abandonadas: la principal es la concepción, esencial en 1923, de que la libido desempeña el papel de *primum movens* del desarrollo. A partir de 1926 Melanie Klein reconocerá la importancia de las pulsiones agresivas, y en *El psicoanálisis de niños* (1932), adherirá a la noción freudiana de una pulsión de muerte. Desde 1927 la libido no cumple otra función que la de tratar de atenuar la acción de las cargas agresivas, a las que se considera el motor del desarrollo de la relación con el mundo exterior, del simbolismo y de las sublimaciones.

   La idea de que toda angustia proviene de la represión de la libido conocerá el mismo destino. En la teoría posterior, la angustia será el modo de reacción afectivo del yo frente a la actividad interna de la pulsión de muerte. No obstante, su papel y su importancia serán reconocidos con mayor firmeza todavía. Estas dos ideas del sistema de 1923 son las únicas que no reaparecerán más tarde. Es exacto que son parte fundamental de ese sistema y que en torno de ellas se organizan todas las demás hipótesis: la teoría de 1923 era una teoría libidinal, y todo el resto adquiría sentido por su relación con esta idea central que

proporcionaba un principio de unidad sistemática. Al ser abandonada después del descubrimiento del sadismo arcaico y de la primacía de las pulsiones agresivas, las concepciones protokleinianas pierden su carácter sistemático y corren el riesgo de convertirse en una rapsodia de elementos teóricos y de conceptos clínicos sin unidad.

2) Algunas de las ideas protokleinianas fueron conservadas al precio de una revisión de sus vínculos recíprocos y de una transformación parcial de su contenido. En la mayoría de los casos, la transposición tuvo por objeto hacer concordar la hipótesis antigua con el descubrimiento de la primacía del sadismo oral. Corresponde incluir en este grupo:

   - La teoría de la inhibición, que sufrió modificaciones considerables: en el sistema kleiniano definitivo la inhibición supone una carga anterior, pero ya no una sublimación exitosa. La condición para la inhibición pasa a ser la carga de ciertas actividades por las pulsiones agresivas, generadoras de la angustia de retaliación, que determina el abandono de la actividad peligrosa. El vínculo entre la angustia y la inhibición, núcleo, ya en 1921, de la primera hipótesis kleiniana sobre la inhibición, es conservado. Pero después de 1928 la angustia ya no proviene de la libido reprimida: solo las pulsiones agresivas generan angustia.
   - La teoría de la sublimación sufrió modificaciones correlativas: la idea de la índole libidinal de la sublimación es conservada. Como la primacía ha pasado de la libido a las pulsiones agresivas, junto con la prioridad genética, la sublimación ya no es un proceso primario, situado en la continuación directa de la construcción de la imagen del cuerpo y del mundo, sino un proceso secundario en relación con la carga agresiva. Al ser introducida, en 1927, la noción de mecanismo de reparación, la sublimación basada en la reparación pasa a ser un camino que nace en el mismo punto de bifurcación que la inhibición: después de una primera carga agresiva del objeto o de la actividad del yo, o bien la angustia de retaliación provoca la inhibición de la función, o bien la libido, siguiendo el camino trazado por las actividades agresivas, carga los mismos objetos o las mismas actividades del yo, con lo que atenúa la angustia reparando en la fantasía los objetos dañados por el sadismo arcaico y da lugar a una reconciliación con el objeto que constituye el fundamento de la sublimación: sublimación e inhibición son por lo tanto dos destinos divergentes y contemporáneos que corresponden a dos tipos de defensa, eficaz la una y mutiladora la otra, contra la angustia.
   - El esquema general de la génesis del simbolismo se conserva íntegramente, al precio de una modificación de la perspectiva, radical por cierto: el proceso en su totalidad es atribuido a la actividad de la pulsión de muerte. A partir de

1932 la pulsión de muerte explica a la vez el origen de la angustia y del proceso de desarrollo de la vida de relación: "…el instinto destructivo es dirigido contra el propio organismo y por consiguiente debe ser considerado por el yo como un peligro. En mi opinión, es este el peligro que el individuo experimenta como ansiedad" (1932: 142).

Desde esta perspectiva, el desarrollo en su totalidad se presenta como regido por las exigencias de la lucha contra la angustia endógena: el mecanismo de defensa primitivo, que es la deflexión de la pulsión de muerte hacia el exterior, es decir, la proyección del peligro interno en los objetos, los cuales se convierten así en perseguidores imaginarios, determina un interés precoz por esos objetos, a los que es necesario vigilar con el fin de defenderse. La modificación de la perspectiva es, pues, radical. Dicho esto, conviene destacar que si bien el tren ha sido enganchado a otra locomotora, el orden de los vagones sigue siendo exactamente el mismo. El orden según el cual el instinto de muerte carga los órganos y las partes del cuerpo de la madre (y no ya del cuerpo propio), el cuerpo de la madre como totalidad y, más tarde, sobre la base del simbolismo y de la *geografía del cuerpo de la madre*, los objetos del mundo exterior, sigue siendo exactamente el mismo que describen los textos de 1923.

- La teoría de las fantasías esbozada en 1923 resulta ampliada y considerablemente enriquecida por el descubrimiento, en 1924, de las fantasías sádico-orales y sádico-anales. No hay cambios esenciales, salvo por el hecho de que las fantasías ya no son vinculadas únicamente con la libido: se describen fantasías sádicas y fantasías surgidas de un compromiso entre las pulsiones sádicas y las libidinales. La función de las fantasías en relación con la pulsión –sea esta libidinal o sádica– se describe con un refinamiento creciente y da lugar a una teoría cada vez más explícita, pero la concepción kleiniana definitiva sigue no obstante los lineamientos de la teoría de 1923.
- La idea de que todas las fantasías son masturbatorias, elaboradas a partir de la escena primaria, se desdibuja en 1934 (1935) al ser introducida la noción de las posiciones psicóticas, pero mantiene su vigencia en el período posterior, y en especial en 1932, en la vasta síntesis teórica de *El psicoanálisis de niños* (1932). Por lo demás nunca fue totalmente abandonada, puesto que se siguió aplicando a las fantasías que acompañan el conflicto edípico.
- Los objetivos pedagógicos que aún pueden hallarse aquí y allá en los textos de 1923 son abandonados, pero la evolución de la doctrina se cumple en el sentido de las ideas ya presentes en el sistema protokleiniano; esas ideas

permiten considerar el tratamiento psicoanalítico como una verdadera reeducación de la capacidad de fantasear, equivalente, cuando se aplica a los niños muy pequeños, a una preeducación. Lejos de ser dejada de lado, esta concepción es, por el contrario, acentuada. Más aún, las ideas psicopedagógicas del comienzo reaparecen en otro nivel, mucho más arcaico, y las doctrinas kleinianas de 1934 servirán de base a concepciones pediátricas (por ejemplo, las de D.W. Winnicott) y a una verdadera teoría del maternaje de la educación temprana, en la que vuelve a manifestarse con todo vigor la preocupación profiláctica de los primeros escritos (1937 a).

3) Algunas ideas, relativamente secundarias en el sistema protokleiniano, pasan a ser fundamentales en la concepción kleiniana definitiva.

   - La importancia del juego como sublimación secundaria inicial y fuente de todas las demás, ya reconocida en 1923, es considerablemente aumentada por la utilización, a partir de la segunda mitad de ese año, de la técnica psicoanalítica del juego, que se convierte en el fundamento técnico de todo el psicoanálisis kleiniano.
   - La precocidad del complejo de Edipo ya no se considera un fenómeno excepcional o patológico, sino un hecho normal: la teoría del complejo de Edipo arcaico se convierte en idea esencial de Melanie Klein hasta el descubrimiento, en 1934, de la posición depresiva.
   - La precocidad de la angustia provocada por la represión del complejo de Edipo, fuertemente destacada ya en 1923, se prolonga a partir de 1926 en lo que será la segunda gran idea del psicoanálisis kleiniano: la teoría del superyó arcaico.
   - El mecanismo de la escisión, que Melanie Klein menciona episódicamente desde 1921 (1921, 1923a: 55), solo vislumbrado, aunque ya se lo designe por este nombre, adquiere progresivamente la función de un verdadero organizador de la vida psíquica y se convierte en una noción central del sistema kleiniano definitivo. Debe señalarse, no obstante, que a la inversa de lo que ocurre en los tres casos precedentes, la teoría definitiva no se limita a acentuar y a otorgar un lugar más importante en la conceptualización de hipótesis que ya habían sido firmemente articuladas. En el caso de la escisión, la teoría definitiva da una amplitud que nada permitía prever en los primeros trabajos a lo que antes de 1923 no era aún sino una intuición clínica.

En cambio, el análisis del juego y de los estadios arcaicos del Edipo y del superyó se

encuentran ya ampliamente prefigurados en el sistema protokleiniano. No aparecen allí como tesis fundamentales, sino como hipótesis que requieren verificación. Nunca se insistirá lo bastante, sin embargo, en el hecho de que estas hipótesis están subordinadas de manera estricta a los principios de la teoría libidinal de 1923, sin la cual, por cierto, no hubieran podido ser formuladas. Melanie Klein confirió al juego el valor de una sublimación creadora de nuevas sublimaciones porque pudo conceptualizar su intuición clínica de la posición estratégica del juego en el tratamiento de la angustia en una teoría que vincula firmemente la angustia con las sublimaciones primarias y con el simbolismo. Sin el aporte del concepto, incluso si debía ser abandonado más tarde, su intuición hubiera sido infructuosa. La misma observación puede hacerse en lo que concierne al Edipo y al superyó arcaico: solo su confianza ilimitada en las ideas de Freud –a las que habría de sobrepasar posteriormente– acerca de la transformación de la libido en angustia bajo el efecto de la represión y de la inexistencia de represión fuera del complejo de castración –y por lo tanto fuera del complejo de Edipo– le permitió deducir, por medio de un razonamiento puramente teórico, que la angustia de los primeros terrores nocturnos es ya el producto de la represión y que comprueba, en consecuencia, la existencia previa del conflicto edípico.

Podemos entonces afirmar que el sistema protokleiniano, lejos de ser la obra inhábil de una autodidacta que se inicia en la especulación teórica, contiene ya tres de las principales inspiraciones de la obra kleiniana, que anticipan directamente los grandes descubrimientos del período 1923-1926. Además, seis de sus elementos esenciales –las teorías de la inhibición, la sublimación, la identificación, la identificación primaria de las partes del cuerpo entre sí y con los objetos, la concepción de la angustia y la concepción de las fantasías masturbatorias y de su relación con la escena primaria– fueron integrados parcialmente en el sistema de 1932 y subsistieron, con diversas modificaciones y limitaciones, incluso en las últimas formulaciones del pensamiento kleiniano. Creemos describir exactamente el mecanismo de esta transposición a la teoría posterior si decimos, con el lenguaje de los arquitectos, que esos elementos fueron *recalzados*, como se hace con un edificio que se quiere conservar pero que amenaza ruina porque sus cimientos son frágiles: se lo sostiene por medio de una plataforma provisional, se remueven los cimientos antiguos y se los reemplaza por otros más sólidos, que a continuación deben ser empalmados exactamente con las partes antiguas de la construcción para que estas queden apoyadas en los nuevos cimientos de manera estable. Después de 1926, Melanie Klein entendió que su teoría libidinal era frágil y no podía proporcionar al conjunto de sus concepciones la unidad, la coherencia y la estabilidad que requerían. Renunció por lo tanto a esa teoría, pero la reemplazó por una idea nueva, la de la primacía de las pulsiones de destrucción, que pasó a sostener el antiguo edificio al precio de algunas modificaciones de su estructura.

En cuanto a la teoría libidinal abandonada, esta pertenece desde entonces, para expresarlo con las palabras de Henri Poincaré, a ese vasto cementerio de hipótesis que es

la historia de las ciencias. Pero, una vez registrado su deceso, cometeríamos un error si la dejáramos olvidada en los registros de estado civil. Científicamente perimida, la teoría conserva no obstante un interés histórico y epistemológico esencial. Así como la física newtoniana hizo posible la creación del dispositivo experimental de Michelson y Morley gracias al cual se descubrieron los hechos que obligaron a abandonarla, también la teoría libidinal de 1923, al destacar el papel desempeñado por el juego en la construcción de las sublimaciones, permitió que su autora inventara, ya a fines de ese mismo año de 1923, la técnica del psicoanálisis por medio del juego, que debía poner en evidencia hechos clínicos impensables en una metapsicología limitada a las cargas libidinales.

3
EL DESCUBRIMIENTO DE LA TÉCNICA DEL JUEGO Y SUS CONSECUENCIAS

1. El nuevo estilo de la creatividad de Melanie Klein

Las concepciones protokleinianas conducían de modo natural a la idea de que un análisis llevado a cabo a una edad muy temprana haría posible el desarrollo posterior armonioso del niño: "Es claro (pero el hecho requiere aún verificación) que si fuera posible emprender un análisis del niño en el momento del *pavor nocturno* o poco después, y resolver su ansiedad, se disolvería el terreno subyacente a la neurosis y se abrirían posibilidades de sublimación. Mis observaciones me llevan a creer que no es imposible hacer investigaciones analíticas en niños de esa edad" (1923c, 1926a: 93*n*). A mediados de 1923 Melanie Klein tuvo la oportunidad de verificar su hipótesis: se le pidió que psicoanalizara a una niñita de menos de tres años, a la que llamó Rita. El análisis incluyó 83 sesiones, lo cual corresponde, habida cuenta de la periodicidad de una sesión diaria a la que la escuela kleiniana se atuvo siempre y observa incluso en la actualidad, a una duración de entre tres y cuatro meses. El tratamiento fue interrumpido prematuramente a causa de la mudanza de la familia, que partió a establecerse en el extranjero, pero esas semanas bastaron para revelar a Melanie Klein el universo de las fantasías más arcaicas, que no dejaría desde entonces de explorar. Para nosotros este análisis señala la tercera etapa del despegue kleiniano: es el punto de partida de la ingente labor clínica y teórica que se refleja en sus escritos desde 1926 en adelante. Sabemos que Karl Abraham no se engañó al respecto y que anunció a Freud la proeza que acababa de cumplir su protegida:

> Desde el punto de vista científico tengo otra buena nueva que dar. En mi trabajo sobre la melancolía, etc., cuyo manuscrito tiene Rank, he partido de la hipótesis de una *desazón primitiva* [*Ur-Verstimmung*] en la infancia como modelo de la posterior melancolía. La señora Klein ha realizado en los últimos meses con éxito terapéutico el psicoanálisis de un niño (*sic*) de tres años. Ese niño [se trataba del análisis de Rita] mostraba dicha melancolía original [*Ur-Melancholie*] en estrecha relación con el erotismo oral. Su caso permite unos exámenes asombrosos de las pulsiones de un niño (Freud-Abraham, 1907-1926: 493).

Debe señalarse sin embargo que Abraham ignoraba en parte la índole de las enseñanzas que Melanie Klein derivó de esta experiencia y que tendía a reducir su alcance a una confirmación de sus concepciones personales. Por lo demás es probable que la misma Melanie Klein no fuese en esa época de un parecer diferente y que se

considerase ante todo como una discípula de Abraham: esperaba comenzar su análisis con él, como en efecto lo hizo en febrero o marzo de 1924. En abril de 1924 [trabajo no publicado] leyó en el Congreso de Psicoanálisis de Salzburgo una comunicación que permanece inédita, titulada "Hacia la técnica del análisis de niños muy pequeños". Conocemos una parte del contenido de ese trabajo, que es probablemente una primera versión del texto de 1926 sobre los "Principios psicológicos del análisis infantil" (1926b, 1927a), por las indicaciones que proporcionó al respecto la misma Melanie Klein:

> En mi comunicación leída en el Congreso de Salzburgo en 1924 dije que detrás de toda forma de actividad de juego yace un proceso de descarga de fantasías de masturbación, operando en la forma de un continuo impulso a jugar; y este proceso, que actúa como una compulsión de repetición, constituye el mecanismo fundamental del juego infantil y de todas las sublimaciones subsiguientes, y que las inhibiciones en el juego y en el trabajo surgen de una represión fuerte e indebida de aquellas fantasías y, con ellas, de toda la vida imaginativa del niño. Las experiencias sexuales del niño están enlazadas con sus fantasías masturbatorias y por medio del juego logran representación y abreacción. En estas repetidas experiencias, el primer plano y el fundamental en los análisis tempranos lo ocupa la representación de la escena primaria. Por regla general, es solo después de haber realizado una buena parte del análisis y después de que la escena primaria y las tendencias genitales del niño han sido, en cierto modo, puestas al descubierto que llegamos a las representaciones de sus experiencias y fantasías pregenitales (1932: 29).

En el texto de 1926 menciona asimismo lo siguiente: "En el artículo que leí en el Congreso de Salzburgo en abril de 1924, di ejemplos para mostrar que los niños conciben y desean el coito al principio como acto oral" (1926b, 1927a: 138*n*). Como consecuencia de esta exposición, Ernest Jones la invitó a dar una serie de conferencias sobre el psicoanálisis de niños en Londres, adonde ella se trasladó en el verano de 1925. Durante el año 1924 Melanie Klein llevó a cabo mediante la técnica del juego, que acababa de poner a punto, el análisis de Trude (tres años y tres meses), y comenzó los de Ruth (cuatro años y tres meses) y Peter (tres años y nueve meses), que finalizó en 1925, como también el de Erna (seis años), que duró hasta 1926. Presentó varias comunicaciones sobre cuestiones menores a la Sociedad Berlinesa de Psicoanálisis antes de leer, el 13 de diciembre de 1924, un artículo titulado (como el texto que se publicó en 1926) "Principios psicológicos del análisis infantil", que es sin duda el nexo entre la exposición de Salzburgo y el texto definitivo. En octubre de 1925, durante una reunión de psicoanalistas alemanes organizada en Würzburg por Karl Abraham, hizo una presentación sobre el caso de Erna, comentada en el *Bulletin of the International Journal of Psycho-Analysis* en estos términos: "En un trabajo titulado 'Resumen del análisis de una neurosis obsesiva en una niña de seis años', la señora Klein (Berlín) relacionó las manifestaciones patológicas con la vida pulsional anormal del niño y proporcionó aclaraciones sobre su técnica y sobre los resultados del tratamiento" (Abraham, 1925: 100). En el curso de la discusión que se entabló sobre este trabajo, Karl Abraham declaró, ante el asombro de Melanie Klein, quien no tenía aún clara conciencia de la importancia de sus descubrimientos: "El porvenir del psicoanálisis está en el psicoanálisis de niños". No obstante Melanie Klein solo habría de publicar el caso de

Erna en *El psicoanálisis de niños* (1932). Por lo demás, publicó muy poco en este período de elaboración de las grandes teorías kleinianas, y esperó mucho más, antes de publicar sus ideas, de lo que esperara en el período precedente.

En 1924 tenía 42 años, salía de un período crítico jalonado sobre todo por su divorcio y comenzaba su análisis con Abraham. Durante esta crisis de la mitad de la vida pasó del tipo de creatividad juvenil descrito por Elliott Jaques (1974) a una creatividad *esculpida*. En 1919 no había esperado ni tres meses para exponer ante la Sociedad de Budapest y para publicar parcialmente (1920) su experiencia de educación sexual de su hijo, sin tomarse siquiera el trabajo de disimular la identidad del niño. En 1921 proporcionó informaciones sobre Erich obtenidas en el momento mismo de redactar su artículo. En 1923 se refirió, en artículos publicados, al caso de Félix, dos años antes de haber terminado el análisis de este adolescente. Entre los 37 y los 41 años publicó en total cinco artículos donde exponía ideas que iba concibiendo en el momento en que los redactaba. A su manera de proceder de entonces se le puede aplicar la descripción que hace Elliott Jaques de la modalidad con que trabajan los creadores en su juventud:

> …la creatividad tiene como característica el ser ardiente. Es intensa, espontánea, la obra es desde el principio definitiva. Las efusiones espontáneas de Mozart, Keats, Shelley y Rimbaud son su prototipo. La mayor parte del trabajo parece hacerse inconscientemente. La producción consciente es rápida, ya que la rapidez de creación a menudo está limitada solo por la capacidad del artista para registrar materialmente las palabras o la música que le sirven de expresión (Jaques, 1978: 280).

Después de 1923, Melanie Klein procedió con lentitud y prudencia mucho mayores. En tres años publicó solo dos artículos. Uno, el más extenso, se relaciona por su contenido con el período precedente: trata el caso de Félix (1925a, 1925b) y, aunque apareció en 1925, no contiene ninguna de las nuevas ideas que su autora había comenzado a formular claramente hacía ya más de un año. El otro (1926b, 1927a), que solo abarca diez páginas de gran densidad, siguió en elaboración durante dos años y, como ya lo indicamos, conoció por lo menos tres versiones sucesivas antes de ser publicado en 1926. En los varios artículos –todos ellos breves y densos– que siguieron, retomó incansablemente, hasta 1932, el estudio de los mismos cuatro o cinco casos –Rita, Trude, Ruth, Peter, Erna–, profundizando en cada oportunidad la conceptualización, hasta llegar a la síntesis de *El psicoanálisis de niños* (1932), que constituye la culminación de ocho años de trabajo. También aquí la pertinencia de las ideas de Elliott Jaques es llamativa:

> En contraste con esto, la creatividad en las cercanías de los cuarenta es *esculpida*. La inspiración puede ser ardorosa e intensa. El trabajo inconsciente no es menor que antes. Pero separa una gran distancia al primer impulso de inspiración del producto creado y terminado. La inspiración misma puede llegar más lentamente. Aunque haya bruscos brotes de inspiración, solo se trata del comienzo del proceso de creación de la obra. La inspiración inicial debe exteriorizarse primero en estado bruto. Entonces comienza un proceso de formación y factura de un producto externo, mediante modelados y remodelados del material. Utilizo el término *esculpido* porque la naturaleza del material del escultor –estoy pensando en el escultor que trabaja con piedra– obliga al artista a mantener este tipo de relación con el producto de su imaginación creadora. Allí aparece toda una

> interacción entre, por un lado, el trabajo inconsciente intuitivo, la inspiración, y por otro lado la percepción atenta del producto externo que está siendo creado, y la reacción ante este. […] Este proceso de puesta fuera de uno es la esencia del trabajo creador a la edad de la madurez adulta… (Jaques, 1978: 280).

Cada una de estas frases puede aplicarse al cambio que se produjo en el modo de trabajar de Melanie Klein después de que hubo alcanzado los 40 años.

Se pueden asimismo reconocer las características de la "madurez adulta" de que habla Elliott Jaques en la manera como Melanie Klein, duramente afectada por la interrupción de su análisis, y luego por la muerte de Abraham el 1º de enero de 1926, reaccionó ante esta pérdida: sumida en profundo duelo, después de madura reflexión adoptó la decisión de trasladarse a Londres, al principio en forma provisional, y luego la de instalarse allí definitivamente. En el otoño de 1926, tras un silencio que se prolongó casi un año, reinició su actividad científica: resignada pero no vencida (Jaques, 1978: 301), comenzó una segunda etapa de su vida, la de la madurez definitiva, que haría de ella una verdadera jefa de escuela.[1]

2. El psicoanálisis de Rita

En nuestra opinión, la tercera etapa del despegue kleiniano comenzó con el análisis de Rita y la invención más o menos simultánea o ligeramente posterior de la técnica del juego. Cuando se le pidió que psicoanalizara a Rita, en la primavera de 1923, la niña, que aún no había cumplido los tres años, sufría de trastornos neuróticos graves desde hacía ya un año. Aunque aparentaba ser muy inteligente, presentaba una inhibición casi completa respecto del juego. Era muy difícil de educar y sus padres se hallaban en permanente desconcierto ante sus oscilaciones entre un comportamiento excesivamente bueno y una turbulencia desenfrenada. Contra un fondo general de ansiedad, se destacaban perturbaciones intermitentes del estado de ánimo que recordaban en todo a los estados melancólicos del adulto, aspecto que interesó sobremanera a Karl Abraham. Era incapaz de soportar las frustraciones y reaccionaba ante la menor contrariedad con explosiones de cólera o con un profundo abatimiento. Lloraba a menudo sin motivo aparente y sin explicar la causa cuando se le preguntaba. Perseguía a su madre con preguntas cargadas de angustia: "¿Soy buena?", "¿Me quieres?" (1945: 400), pero podía muy bien pasar sin transición a una actitud de desafío en respuesta a una ligera reprimenda. Era caprichosa, tenía problemas con la alimentación y a menudo no tenía apetito. A esto se agregaba un síntoma obsesivo característico y plenamente constituido: se trataba de un ritual relacionado con el acto de acostarse, cuyas exigencias se estaban volviendo cada vez más minuciosas e imperativas desde hacía varios meses. El punto principal –e inicial– era el siguiente: había que arroparla ceñidamente con su manta, y también a su muñeca. De lo contrario, decía, un ratón o un *Bützen* (palabra inventada por ella, que designaba los órganos genitales) entraría en su cuarto por la ventana y le arrancaría su *Bützen* de un mordisco (1945: 404).

Por su parte, la madre de Rita sufría de una neurosis obsesiva grave y se mostraba en extremo ambivalente hacia la pequeña. Había amamantado a la hija –que era la primogénita– durante algunos meses. Los primeros biberones habían sido muy mal recibidos, y lo mismo ocurrió cuando se comenzó a darle alimentos sólidos. No fue posible suprimir el último biberón vespertino –que todavía tomaba cuando comenzó su análisis–porque cada vez que se intentó la niña se sumía en una aflicción que aterraba a los padres. Rita había adquirido hábitos higiénicos desde comienzos de su segundo año y en apariencia su madre había manifestado mucha ansiedad en la energía con que procuró inculcarle esos hábitos.

La niña había mostrado una preferencia muy clara por la madre hasta cumplir el año; luego mostró una preferencia acentuada por el padre y vivos celos de la madre. Cuando tenía 15 meses y hablaba ya lo bastante para hacerse entender, ocurrió en varias ocasiones que se subiera a las rodillas del padre y expresara muy claramente el deseo de que la madre abandonara la habitación y los dejara solos. Desde su nacimiento y hasta que tuvo dos años había compartido el dormitorio de sus padres y presenciado varias veces sus relaciones sexuales. Su madre quedó encinta cuando Rita tenía 15 meses. A los

18 meses el comportamiento de la niña cambió por completo. Su madre volvió a ser la preferida, pero la relación de Rita con ella siguió siendo en extremo ambivalente. A menudo le demostraba un odio violento, pero al mismo tiempo se apegaba a ella y no podía soportar el no tenerla a la vista, aunque solo fuera un instante. En cuanto al padre, en ese entonces sentía por él una franca aversión (1945: 402).

Hacia la misma época tuvo terrores nocturnos intensos y manifestó una fobia a diversos animales, sobre todo a los perros. Su neurosis se desencadenó a los dos años, a causa del nacimiento de su hermano. Sus juegos se empobrecieron, se inhibieron, se volvieron estereotipados y compulsivos. Se pasaba horas enteras vistiendo y desvistiendo a su muñeca, sin usar para nada la imaginación. Paralelamente apareció y luego se desarrolló el ceremonial del momento de acostarse, con todos los problemas anexos que ya hemos mencionado.

Teniendo en cuenta la edad de la pequeña paciente y su resistencia a separarse de la madre, Melanie Klein realizó el análisis en la casa de los padres, en la habitación de la niña, bajo la mirada inquieta de la familia, que se preguntaba cómo se portaría Rita cuando estuviera a solas con la psicoanalista. En un texto tardío, Melanie Klein relató la forma en que se había desarrollado la primera sesión del tratamiento de Rita:

> Yo tenía muchas dudas acerca de cómo enfrentar este caso, ya que el análisis de una niña tan pequeña era un experimento completamente nuevo. La primera sesión pareció confirmar mis presentimientos. Cuando Rita quedó sola conmigo en su habitación, mostró en seguida signos de lo que tomé por una transferencia negativa: estaba ansiosa y callada, y muy pronto pidió salir al jardín. Lo consentí y salí con ella; puedo agregar que lo hicimos bajo los ojos atentos de su madre y su tía, quienes lo tomaron como una señal de fracaso. Se sorprendieron mucho cuando volvimos a la habitación unos diez o quince minutos más tarde. La explicación de este cambio era que mientras estábamos afuera yo había estado interpretando su transferencia negativa (también eso en contra de la práctica usual). Por algunas cosas que ella dijo, y porque estaba menos asustada cuando nos encontramos afuera, concluí que estaba particularmente atemorizada de algo que yo podía hacerle cuando estaba sola conmigo en la habitación. Interpreté eso, y refiriéndome a sus terrores nocturnos, ligué su sospecha de mí como una extraña hostil con su temor de una mujer mala que la atacaría cuando se encontrase indefensa por la noche. Cuando minutos después de esta interpretación, le sugerí que volviéramos a la habitación, aceptó en seguida (1955a-b: 131).

Con todo, el hielo no se había roto aún. En los comienzos del análisis la niña toleraba la presencia de Melanie Klein, pero se limitaba a persistir en su comportamiento habitual: juego pobre y estereotipado con la muñeca, acompasado de vez en cuando por la afirmación de que la muñeca no era su bebé. La analista pudo explicarle a la niña que tenía miedo de ser la madre de su muñeca porque temía quitarle a su madre su bebé real, el hermanito que había nacido cuando Rita tenía dos años. Fue posible interpretar entonces un detalle que se agregaba a veces al ceremonial del momento de acostarse. A menudo Rita exigía que se colocara un elefante de felpa cerca de su lecho y del de la muñeca. La función del elefante era impedir que la muñeca se levantara durante la noche y fuera a la habitación de los padres para hacerles daño o quitarles algo. Con frecuencia Rita castigaba a su muñeca por tener intenciones tan perversas, de modo tal que la "… reacción de rabia y ansiedad que se producía cuando 'la niña' era castigada en el juego,

muestra que en la mente de Rita actuaban ambos papeles: el de la autoridad que infligía el castigo y el del niño que lo recibía" (1929a: 208). En ese juego el elefante representaba al padre que le impedía a la pequeña acercarse a él, suplantar a la madre y destruirla. El miedo al padre real como agente de la prohibición del incesto permitió comprender, además del juego del elefante, un episodio que la niña recordaba: cuando tenía dos años, se había echado a llorar al ver que su padre amenazaba en broma a un oso que aparecía en un libro de imágenes. Rita se había identificado con el oso, cuyo significado se puso de manifiesto más tarde. Todo este material reveló el temor que sentía Rita de ser castigada cruelmente por el deseo inconsciente que había experimentado, durante el embarazo de su madre, de quitarle el niño que llevaba en su seno, de matarla y de reemplazarla junto al padre. En esta etapa del análisis el juego perdió parte de su carácter estereotipado y de su falta de relación con la realidad. Pero en su desarrollo, la situación tendía siempre a favorecer a los personajes severos, rencorosos y punitivos: Rita mostraba en su juego "…la tendencia a reconocer la realidad solo en la medida en que se relacionaba con las frustraciones que había sufrido y de las que nunca se había recuperado" (1929a: 212). La pequeña paciente manifestaba aún su transferencia negativa hablando de una manera deliberadamente incomprensible. Con frecuencia quería salir del cuarto, pero por lo común bastaba con repetirle la interpretación del primer día para que desistiera de su propósito.

Cuando el juego se fue haciendo más libre y flexible, a menudo se centraba en el tema de un viaje que Rita emprendería con su oso de felpa para visitar a una amable señora que le haría regalos. Este juego del viaje, con sus diversas variantes, ocupó desde entonces un lugar fundamental en el análisis. Al comienzo, el viaje terminaba siempre mal. Una malvada mujer lo perturbaba. A veces Rita quería conducir el tren por sí misma: se libraba del maquinista, pero este volvía para amenazarla. Al llegar a destino, encontraba muchas veces una harpía en vez de la amable señora. El análisis reveló que el maquinista ocupaba el lugar del padre: en el juego el oso de felpa era a menudo objeto de disputas entre la viajera y el maquinista: "…el osito representaba el pene del padre y la rivalidad de Rita con el padre estaba expresada en la lucha por el pene" (1945: 404). Esta rivalidad se originaba en el odio hacia el padre que frustraba los deseos incestuosos, pero también en el deseo de tener un pene para poder satisfacer a la madre, deseo que había aparecido en la época de los terrores nocturnos, como consecuencia de la represión del complejo de Edipo. A medida que el análisis exploraba sus significados inconscientes, el juego de Rita evolucionaba, el viaje comenzaba a realizarse sin tropiezos y surgían otros juegos que aludían claramente a la escena primaria.

Así, tomó un día un elemento de un juego de construcción, diciendo que era una mujercita. La puso al lado de la caja de cartón que contenía el juego de construcción, tomó otro elemento, más alargado, al que llamó martillito, y con él golpeó la caja hasta perforarla, acompañando sus actos con el comentario siguiente: "Cuando el martillo pegaba fuerte, la mujercita se asustaba *mucho*" (1945: 404). El martillo, afirmó Melanie

Klein, representaba el pene del padre, la caja representaba a la madre, y la mujercita, a la misma Rita; "toda la situación la representaba siendo ella testigo de la escena primaria" (1945: 403). En la fase final del análisis, la angustia provocada por la doble rivalidad –con el padre en la posición masculina del complejo de Edipo invertido y con la madre en la posición femenina del complejo positivo– se había atenuado lo bastante como para permitir que el ceremonial desapareciera y que elementos netamente libidinales dominaran y reemplazaran a los elementos agresivos. Rita mostraba entonces en sus juegos sentimientos verdaderamente maternales hacia su oso y su muñeca.

Un día declaró, poco antes de la interrupción del tratamiento, mientras acunaba y besaba a su oso: "Ahora no me siento desgraciada, porque ahora tengo un bebé a quien quiero mucho" (1945: 408). Por entonces el oso había perdido su significado de una rivalidad con el padre. Rita había vuelto a la posición edípica femenina que a los 18 meses no había podido conservar, a causa de su terror de ser castigada por su madre. El análisis había permitido vencer esa angustia, que se manifestaba en los terrores nocturnos de la pequeña y en todo su comportamiento, como también el retorno a una situación edípica normal que prometía un desarrollo menos perturbado.

El análisis duró unos tres o cuatro meses y debió ser interrumpido a comienzos del otoño de 1923, por cuanto los padres partieron para el extranjero, donde iban a instalarse. Pero durante largo tiempo Melanie Klein recibió noticias de Rita y pudo evaluar los resultados a largo plazo del tratamiento. Los síntomas obsesivos no volvieron a aparecer. La angustia disminuyó, como también los síntomas depresivos y la incapacidad para tolerar las frustraciones. Las relaciones con el padre y el hermano llegaron a ser buenas. La relación con la madre, sin dejar de ser ambivalente, mejoró lo bastante como para provocar un cambio en la actitud de la madre, que se volvió menos ambivalente respecto de su hija. El tratamiento tuvo, pues, resultados durables, aunque parciales: algunos años más tarde Melanie Klein escribió:

> Pude convencerme personalmente de la naturaleza duradera de los resultados de su análisis. […] Encontré entonces que había entrado en el período de latencia de un modo satisfactorio y que su desarrollo intelectual y caracterológico era bueno. Sin embargo, cuando la vi de nuevo tuve la impresión de que hubiera sido conveniente haber continuado su análisis algo más. Todo su carácter y naturaleza demostraba sin lugar a dudas rasgos de una disposición obsesiva (1932: 24*n*).

Todavía en 1930, a los siete años de haber finalizado el tratamiento, Melanie Klein recibió noticias de Rita por intermedio de su madre, "…me dijo que se desarrollaba satisfactoriamente" (1932: 24*n*).

La imagen que hemos dado del tratamiento de Rita es sin duda inexacta en algunos aspectos, y con seguridad muy incompleta y llena de lagunas. Nuestras dudas se refieren sobre todo al orden cronológico de ciertos detalles, y más aún a su relación con algunos hechos que no hemos mencionado hasta ahora. Una de las razones para ello es el carácter disperso y fragmentario de los pasajes que se ocupan de Rita en la obra kleiniana. Pero la causa esencial de nuestras dificultades reside en la importancia

excepcional que tuvo el caso de Rita para Melanie Klein. Durante los veinte años que siguieron a este análisis, no dejó de mencionarlo en sus escritos, revelando a veces ciertos detalles únicamente con el propósito de ilustrar ideas que acababa de concebir. Pocas son las concepciones posteriores, e incluso tardías, de Melanie Klein que no hayan sido ilustradas al menos una vez con el ejemplo de Rita. En este sentido Rita, la primera en beneficiarse con un tratamiento psicoanalítico kleiniano, se equipara con Richard, que fue sin duda uno de los últimos niños que Melanie Klein analizó por sí misma, y sobre cuyo tratamiento –también muy breve e interrumpido– reflexionó durante veinte años, hasta su muerte (1961). Es significativo el hecho de que cuando decidió, después de haber elaborado su concepción de la posición depresiva y de la posición esquizoparanoide, precisar su posición respecto del complejo de Edipo y conciliar sus descripciones anteriores con sus nuevas hipótesis, haya elegido el caso de Richard para exponer el desarrollo del muchacho y el de Rita para ilustrar el desarrollo de la niña. Así, la presentación más completa de que disponemos en relación con el análisis de Rita data de 1945 –para entonces habían transcurrido ya 22 años desde la interrupción del tratamiento–, y en ella la información sobre los hechos está acompañada por interpretaciones que aluden a los mecanismos esquizoides, a la reparación, etc., interpretaciones que Melanie Klein no pudo haber hecho en 1923.

Esto es lo que justifica nuestra reserva y nuestras objeciones en lo que concierne a ciertos aspectos del material mencionados en los escritos posteriores a 1926, y sobre todo en lo que concierne a los elementos orales que tanto impresionaron a Karl Abraham. En su carta a Freud del 7 de octubre de 1923, Abraham destacaba que la melancolía original de Rita estaba "…en estrecha relación con el erotismo oral" (Freud-Abraham, 1907-1926: 493). En las indicaciones que proporciona Melanie Klein hay sin duda muchos elementos que abonan esa opinión: Rita no había sido privada de su último biberón en la época en que comenzó su tratamiento, y la influencia del traumatismo del destete resulta evidente en su intolerancia posterior a toda frustración, y sobre todo a la frustración de sus deseos edípicos infligida por el padre. Sin duda el análisis de Rita dio origen a la tesis que Melanie Klein sostuvo en Salzburgo en 1924, según la cual los niños "…conciben y desean el coito en primer término como un acto oral": no se alcanza a comprender, en efecto, de dónde podría haber provenido esta idea sino del tratamiento de Rita, puesto que los análisis de Trude, Ruth, Peter y Erna se hallaban apenas en su comienzo. Melanie Klein, sin embargo, no hizo ningún comentario teórico acerca de estos problemas de destete antes de 1932, y solo en 1936 decidió explicar con detalle en el artículo "El destete" (1937a) las circunstancias del destete de Rita.

Por otra parte, debe subrayarse que cuando Abraham habla de erotismo oral se refiere a una etapa de organización de la libido, ambivalente por cierto hacia el final (la etapa sádico-oral canibalística), pero que supone esencialmente una relación de *amor parcial* con el objeto. Ahora bien, cuando Melanie Klein habla de la oralidad de Rita, lo hace dentro del rubro del sadismo oral provocado por el destete, del odio y el terror hacia la

madre, y, en textos aún más tardíos, de la avidez y de la envidia. En estas condiciones, debemos renunciar al propósito de determinar en qué momento del análisis le fue interpretado a Rita su erotismo oral, puesto que ni siquiera sabemos si tal cosa ocurrió. Es muy posible que Melanie Klein solo haya descubierto las interpretaciones relativas a la oralidad después de finalizado el tratamiento. Sabemos por ejemplo, por sus propias manifestaciones, que solo se dio cuenta de la importancia del sadismo oral en 1924-1925, durante los análisis de Ruth y de Peter, y hemos de ver que el uso inmediato que hizo del caso de Rita con fines teóricos en 1926 supone una insistencia casi exclusiva en la técnica del juego y en la precocidad del complejo de Edipo y del superyó. En lo que respecta a la oralidad, el único punto que sigue siendo altamente probable es este: en 1924 Melanie Klein había concebido ya la teoría según la cual el complejo de Edipo surge de la frustración oral del destete, que provoca un cambio de objeto, una conversión del seno materno al pene paterno, con una finalidad de incorporación oral. Esta teoría fue inspirada sin duda por el análisis de Rita. Pero, de un modo más general, Melanie Klein necesitó varios años para *esculpir* las ideas que concibió gracias a su pequeña paciente.

3. El descubrimiento de la técnica del juego

La técnica del juego no fue aplicada en el caso de Rita de una manera sistemática y deliberada. En cierto modo, fue impuesta por la niña y por las circunstancias. El tratamiento se llevaba a cabo en la habitación de la pequeña, en medio de sus objetos familiares y sus juguetes. Durante las sesiones Rita se dedicaba a jugar, en parte porque no era capaz de verbalizar íntegramente sus emociones y sus fantasías y, dada su edad, le era más fácil traducirlas en actos, y en parte, también, porque el juego le permitía evitar un enfrentamiento demasiado directo con la psicoanalista. Por cierto que Melanie Klein no tenía intención de dar preferencia al juego sobre otros modos de expresión, pero su experiencia previa con Erich la había habituado a comprender el significado de las actividades lúdicas, y las tesis protokleinianas de 1923 la habían provisto de una concepción claramente formulada acerca del papel del juego en la génesis de las sublimaciones: podía por lo tanto entenderse sin dificultad con su pequeña paciente y considerar los juegos como equivalente de las asociaciones de los adultos. Pero durante el análisis de Rita mantuvo una actitud pasiva en ese terreno, limitándose a aceptar los juegos de la niña y a interpretarlos. Podrían compararse –*mutatis mutandis*– los papeles que en la invención de la técnica del juego desempeñaron Erich y más tarde Rita, por una parte, y Melanie Klein, por la otra, con los que desempeñaron, en la invención de la técnica psicoanalítica, Anna O., Bertha Pappenheim y Emmy von N., por una parte, y Breuer y más tarde Freud, por la otra. Así como Bertha Pappenheim impuso a un Breuer atento y benévolo sus estados crepusculares y su hipermnesia autohipnótica, Erich se comunicó con su madre por medio de sus juegos y de las fantasías que actuaba en ellos, observando Melanie Klein una actitud de simpatía receptiva que reproducía la de Breuer. La analogía, sin embargo, no es completa, por cuanto Freud ya había transformado en técnica deliberada la *talking cure* de Bertha Pappenheim cuando Emmy von N. le dijo un día que sus incesantes preguntas obstaculizaban sus asociaciones y él se dio por enterado. Melanie Klein, en cambio, solo convirtió el psicoanálisis por medio del juego en una técnica sistemática –reproduciendo así el paso que dio Freud tras haber recibido las confidencias de Breuer sobre Bertha Pappenheim– después que Rita le impuso un tratamiento centrado exclusivamente en el juego.

La técnica del juego sugerida por Rita solo fue realmente inventada por Melanie Klein –es decir, utilizada en forma deliberada por iniciativa de la analista– después de la terminación de ese análisis o, en todo caso, cuando estaba próximo a terminar. Melanie Klein describió esa invención en 1953, en "La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado" (1955b). En 1923, en el segundo semestre, había iniciado el tratamiento de una niña de siete años a la que podía considerarse normal, pese a su pronunciada aversión por la escuela.

Alertada por su experiencia con Rita acerca de los inconvenientes de un análisis realizado en el domicilio de los padres, Melanie Klein había decidido que en adelante trataría a los niños en su propia oficina. Las primeras sesiones fueron inexpresivas y

monótonas. La niña hablaba con dificultad y solo comunicaba informaciones triviales sobre su vida escolar. Algunas interpretaciones suscitaron nuevos relatos, no mucho más ricos que los precedentes. En suma, el proceso psicoanalítico no lograba ponerse en marcha:

> …no conseguiría mucho más de ese modo. En una sesión en que hallé nuevamente a la niña callada y ensimismada, la dejé diciendo que regresaría en un instante. Fui a la habitación de mis hijos, recogí unos pocos juguetes, autos, pequeñas figuras, algunos ladrillos y un tren, los puse en una caja y volví junto a la paciente. La niña, que no tenía inclinación por el dibujo u otras actividades, se interesó en los juguetes pequeños y empezó a jugar en seguida. Por su juego concluí que dos de las figuras representaban a ella y a un niño pequeño, un compañero de escuela de quien ya había oído antes. Aparentemente había algo secreto en la conducta de estas dos figuras y otros individuos de juguete eran presentados como interfiriendo o mirando y se los dejaba de lado. Las actividades de los dos juguetes condujeron a catástrofes, tales como su caída o choque con autos. Repitió sus acciones con señales de ansiedad creciente. En este punto interpreté, teniendo en cuenta los detalles de su juego, que alguna actividad sexual parecía haber ocurrido entre ella y su amigo, y que eso le hacía temer mucho ser descubierta, y por lo tanto desconfiaba de otras personas. Señalé que mientras jugaba, ella se había vuelto ansiosa y pareció a punto de interrumpir el juego. Le recordé que a ella le disgustaba la escuela, y que eso podía conectarse con el temor de que la maestra descubriera su relación con el compañero y la castigara. Por sobre todo estaba asustada y por lo tanto desconfiaba de su madre, y ahora podía sentirse del mismo modo con respecto a mí. El efecto de esta interpretación sobre la niña fue sorprendente: su ansiedad y desconfianza primero aumentaron, pero muy pronto dieron lugar a un alivio evidente. Su expresión facial cambió, y a pesar de que no admitió ni negó lo que yo había interpretado, mostró luego su conformidad produciendo nuevo material y volviéndose mucho más libre tanto en su juego como en su conversación; también su actitud hacia mí fue mucho más amistosa y menos suspicaz (1955a: 132-133).

El proceso analítico tuvo así comienzo y el tratamiento pudo evolucionar con éxito, determinando la desaparición de las inhibiciones y el mejoramiento de las relaciones con la madre. Este fue, pues, el primer análisis conducido en forma deliberada de acuerdo con la técnica del juego. Juzgamos que esta niña no es otra que la pequeña Inge, a quien Melanie Klein menciona tres veces en *El psicoanálisis de niños* (1932). En ambos casos se trata de una niña de siete años, normal si se exceptúa su inhibición respecto de la escuela, cuyo análisis tuvo carácter profiláctico más bien que terapéutico; hay además concordancia en las fechas: "El análisis de Inge, que ocupó 375 horas en total, era un tratamiento profiláctico. Su principal dificultad era una inhibición con respecto a la escuela. […] En los siete años que pasaron desde el final de su tratamiento se ha desarrollado satisfactoriamente y ha entrado con éxito en la pubertad" (1932: 77*n*). Este texto fue escrito en 1931: por lo tanto el análisis de Inge terminó en 1924 y tuvo una duración de unos ocho meses (175 sesiones a razón de cinco o seis sesiones por semana); todo nos induce a pensar que el relato que hemos transcrito relativo a la invención de la técnica del juego debe relacionarse con los comienzos del análisis de Inge.

4. Un precursor de la concepción kleiniana del juego: Sigmund Pfeifer

En 1923, cuando concretó su invención técnica más importante, Melanie Klein no era la primera ni la única en utilizar el juego como técnica en el psicoanálisis de niños. No obstante la escasa simpatía que le inspiraban la personalidad y los métodos de Hermine von Hug-Hellmuth, siempre reconoció la prioridad de su predecesora, que había comenzado a psicoanalizar niños ya en 1917. En cambio, nunca mencionó la labor de Sigmund Pfeifer, psicoanalista de Budapest a quien probablemente conoció y que había publicado en 1919 un extenso y documentado artículo, basado en la observación psicoanalítica de niños (y no en material extraído del tratamiento de niños, que, según parece, el autor no realizaba) y titulado "Expresiones de las pulsiones eróticas infantiles en el juego. Posiciones psicoanalíticas sobre las principales teorías del juego" (*Imago*, 5). Posterior en seis años al texto puramente descriptivo y puramente psicopatológico de Sandor Ferenczi sobre el pequeño Arpad (Ferenczi, 1913k), este artículo, que nunca fue traducido ni vuelto a publicar desde 1919 es, por lo que sabemos, el primer texto que no solo incluye descripciones sino también una teoría completa del juego del niño normal. Contiene hipótesis muy interesantes que incursionan directamente en algunas posiciones kleinianas. Pfeifer comienza por asimilar el juego a las formaciones del inconsciente descritas por Freud y le asigna un lugar en la serie sueño-fantasía-acto fallido-recuerdo encubridor-chiste-etc., invocando la identidad entre los procedimientos de elaboración del juego y los del trabajo del sueño. Tanto en el sueño como en el juego, observa este perspicaz psicoanalista, están presentes la condensación, el desplazamiento y la simbolización. Al igual que el sueño, el juego está al servicio del cumplimiento imaginario del deseo, que se manifiesta por medio de actuaciones simbólicas en lugar de recurrir a la formación de imágenes.

Pfeifer cita el ejemplo de un niño normal cuyo juego preferido, entre los cuatro y los seis años, era el del cerdo atravesado. A guisa de cerdo utilizaba un gran trozo de madera sobre el cual se sentaba gruñendo como un puerco. La muerte del cerdo representaba el asesinato del padre, en tanto que los gruñidos del niño expresaban su identificación con el padre-cerdo y su deseo de tomar su lugar. En este último aspecto, el juego estaba sobredeterminado: el trozo de madera, guarnecido con una silla de montar, representaba a la madre víctima del coito sádico del padre, con el cual se identificaba el niño. Resulta llamativa la analogía de todo esto con las tesis que habría de sostener más tarde Melanie Klein: el descubrimiento de las fantasías subyacentes en el juego y la relación de esas fantasías con la escena primaria.

Hay una segunda analogía que también asombra: Pfeifer describió, con el nombre de "escisión con identificación" o "disociación con identificación" (*Abspaltung mit Identifikation*), el mecanismo que a su juicio era característico del juego, y le asignó una función de distribución de la libido entre las personas y de distribución de las identificaciones, doble función basada en el valor simbólico de los juegos:

> Añadiría que este mecanismo, cuya operación pude observar en el juego, tiene en él un significado especial […] le permite al niño que juega exteriorizar la posición que ocupa en relación con los complejos del incesto y del erotismo anal –para limitarnos a los más importantes–, los que, como se sabe, tienen un valor prototípico para el desarrollo del carácter de todo individuo; abre el camino a la transferencia de esos complejos y, en forma típica, a la que se efectúa a los compañeros de juego, los hermanos y hermanas, y más tarde a sus semejantes, la sociedad, la ley y, en una palabra, a todas las formas de autoridad (Pfeifer, 1919: 256).

La escisión y la separación de las diferentes posiciones –activa y pasiva, genital y pregenital– del niño frente a sus complejos determinan una distribución (*Verteilung)* (Pfeifer, 1919: 256) de las identificaciones escindidas entre los compañeros de juego.

Si a las concepciones de Pfeifer se les suma la idea –propia de Melanie Klein– de que esas identificaciones escindidas se distribuyen también entre las personificaciones del juego solitario del niño –y ya hemos visto en el ejemplo del juego del cerdo atravesado que esta realidad no escapó a la percepción clínica de Pfeifer, aunque no haya teorizado al respecto–, tendremos punto por punto las tesis kleinianas de 1929 (1929a). Después de pasar revista a las teorías "psicobiológicas" del juego (Schiller, Spencer, Lazarus y Wundt) y de criticarlas desde el punto de vista psicoanalítico, Pfeifer finaliza su artículo exponiendo una nueva idea original: en la época del Edipo el juego es la expresión directa de la sexualidad infantil; después de la represión del complejo del incesto y de producido el ingreso en el período de latencia, el juego se convierte, en los niños normales, en la única posibilidad de descarga motriz de las pulsiones sexuales: "…cuando se llega al período de latencia, la sexualidad del niño, que no ha desaparecido, solo puede manifestarse en el juego" (Pfeifer, 1919: 281). Vemos aquí anticipada otra de las ideas fundamentales de Melanie Klein: el juego está al servicio de la descarga de las fantasías masturbatorias. Actuación de la escena primaria, escisión con identificación, distribución de las identificaciones escindidas entre los personajes del juego, descarga de la sexualidad autoerótica: la concepción kleiniana del juego se halla así prefigurada en forma casi total. Pero Pfeifer se limitó al papel de observador del niño y nunca se le ocurrió analizarlo valiéndose del juego: su teoría no desembocó en una práctica.

5. El empleo del juego en el tratamiento educativo y curativo de H. von Hug-Hellmuth

En el caso de Hermine von Hug-Hellmuth, en cambio, nos hallamos frente a una práctica sin teoría. Su comunicación al Congreso de La Haya en 1920 (Hug-Hellmuth, 1921), que es su principal aporte y durante cuya lectura estuvo presente Melanie Klein, consiste en un verdadero catálogo de las razones por las cuales resulta imposible psicoanalizar a un niño y que justifican el empleo de un método de tratamiento educativo y curativo de inspiración psicoanalítica. El niño se encuentra en una situación muy distinta de la del adulto que solicita un análisis: "El niño no acude al analista por su propia determinación; […] el niño se halla inmerso en experiencias reales que están provocando su neurosis. […] El niño, a diferencia del adulto, no desea en absoluto cambiar ni modificar su actitud frente a quienes lo rodean" (Hug-Hellmuth, 1921: 287-288). Por lo tanto, es especialmente difícil hacerle comprender el objetivo del tratamiento, y la mitad del artículo de H. von Hug-Hellmuth está destinada a describir los procedimientos y los ardides que emplea con el fin de romper el hielo. Se concibe pues que sea necesario analizar al niño en su domicilio para facilitarle las cosas y sobre todo para que no pueda […] irse de pinta del análisis en caso de que sus padres se hayan cansado de acompañarlo a la psicoanalista. A esta imposición se agregan verdaderas maniobras de seducción, justificadas por el hecho de que "… la primera sesión del tratamiento tiene una importancia excepcional, puesto que proporciona la oportunidad de establecer un *rapport* con la criatura y de 'romper el hielo'. […] A menudo, en el caso de los pacientes que se obstinan en guardar silencio, recurrir a un ardid puede ser muy útil" (Hug-Hellmuth, 1921: 293). Nos es imposible resistir la tentación de reproducir el relato de una de esas artimañas:

> Por ejemplo, un niño de nueve años que experimentaba impulsos suicidas no me prestó ninguna atención durante la primera sesión de tratamiento. Se limitó a apoyar su cabeza sobre la mesa y no respondió a ninguna de mis observaciones. Una mosca que pasó cerca de su rostro me dio la idea de fingir que se me había metido una basurita en un ojo. De inmediato el niño que, como siempre, deseaba ocupar el primer plano, se levantó de un salto y dijo: "Por favor, déjeme que mire. Yo se la voy a sacar, pero usted no debe restregarse el ojo". Así, después de que me hubo auxiliado, se rompió el hielo, porque él pensaba que me había sido útil. Posteriormente, cada vez que una fuerte resistencia lo inducía a replegarse en el silencio, me bastaba con pedirle ayuda o consejo para que el análisis volviera a encaminarse favorablemente (Hug-Hellmuth, 1921: 294).

H. von Hug-Hellmuth menciona el empleo del juego dentro del rubro de los procedimientos destinados a romper el hielo: "Cuando la psicoanalista se ocupa de niños de siete a ocho años, a menudo puede preparar el terreno participando en las actividades lúdicas, las cuales le proporcionan el medio para reconocer numerosos síntomas, hábitos característicos y rasgos de carácter; y en el caso de los pacientes muy jóvenes, ocurre con frecuencia que el juego ocupe un lugar importante desde el comienzo hasta el fin del tratamiento" (Hug-Hellmuth, 1921: 295). Pero el empleo del juego que hace y

recomienda no tiene mucho en común con el que hará de él Melanie Klein. Hermine von Hug-Hellmuth imaginaba juegos y relatos con el propósito de interesar al niño en el tratamiento y para provocar sus reacciones. A este respecto su técnica no deja de presentar semejanza con el psicodrama moreniano, inventado hacia la misma época, en el cual Moreno tomaba decisiones sobre el argumento a representarse en función de lo que conocía de la personalidad de los actores bien predispuestos y les prescribía su actitud interior. Veremos ahora cómo Hermine von Hug-Hellmuth obtuvo la participación de otro niño renuente a hablar, del que sospechaba que había observado la vida sexual de sus padres:

> Durante una de las primeras sesiones del tratamiento le conté la historia de un niño que al llegar la noche no quería irse a dormir, y que hacía tanto ruido que tampoco dejaba dormir a sus padres. Le dije además que el pequeño Rudi también hacía ruido durante la siesta, cuando su padre quería descansar; su padre se enojaba y lo azotaba (la reacción del pequeño Hans[2] consistió en precipitarse al aparador, tomar un *krampus*[3] que se encontraba allí y golpearme el brazo mientras decía "eres mala"). En realidad su padre, oficial de alto rango, estaba de servicio desde el comienzo de la guerra y solamente se reunía en Viena con su familia durante sus breves licencias. […] Al día siguiente, sus deseos de muerte dirigidos contra su padre se manifestaron más claramente. Jugaba con un carrito y derribaba a menudo al chofer, del cual yo le había dicho que era el padre de Rudi. Yo fingía telefonear al niño para darle noticias de su padre. Se suponía que Rudi lloraba amargamente al oír esas noticias, y yo decía que Rudi, pese a que antes había deseado alejar a su padre tan severo, estaba ahora muy triste, porque no obstante sus deseos en verdad quería mucho a su padre. La reacción del pequeño Hans fue muy característica: me escuchaba, acostado en el suelo, y preguntaba una y otra vez con impaciencia: ¿Qué va a hacer Rudi ahora? (Hug-Hellmuth, 1921: 295).

El juego conserva, en este ejemplo, la función de romper el hielo. Pero esta vez no interviene la seducción. Aunque hay de por medio una intención de tranquilizar (en última instancia Rudi es un niño bueno), el juego se emplea, en esencia, para provocar una reacción del niño, llegando hasta su inconsciente. Corresponde señalar tres particularidades del enfoque de H. von Hug-Hellmuth: *1)* la analista capta con claridad el hecho de que el niño ha comprendido el juego inconscientemente, o incluso de manera consciente, y que su reacción ha sido provocada por el contenido latente de este: la agresividad edípica de Hans contra su padre; *2)* utiliza el juego como un lenguaje al que ella misma no vacila en recurrir, como un modo de expresión figurado muy apto para comunicarse con el inconsciente del niño; *3)* considera que ese lenguaje es suficiente, y es en este punto donde su práctica llega a relacionarse con una conceptualización: el análisis del niño debe limitarse a volver preconscientes los contenidos inconscientes. La modificación de los elementos patógenos inconscientes puede lograrse sin necesidad de pasar por el lenguaje y la conciencia:

> Mientras que en el análisis de un adulto tratamos de obtener una toma de conciencia plena de los impulsos y de los sentimientos inconscientes, en el caso del niño basta con que esa especie de confesión se exprese sin palabras en un acto simbólico. El análisis de niños nos enseña, en verdad, que los acontecimientos psíquicos son admitidos en organizaciones muy diferentes de las del adulto, con las que la relación puede ser mucho más estrecha o mucho más lejana, y que numerosas impresiones dejan en el niño huellas claramente marcadas, aun cuando no hayan atravesado el umbral de la conciencia. La analista no debe volver conscientes esos recuerdos fragmentarios de las escenas primarias: posiblemente el acto de relacionar las impresiones

> nuevas con esas impresiones antiguas se cumple en el preconsciente, y se dejará a las experiencias posteriores, a un estadio más avanzado del desarrollo, la tarea de hacerlas llegar a la conciencia (Hug-Hellmuth, 1921: 296).

Por lo tanto la técnica de Hermine von Hug-Hellmuth no apunta a un efecto específicamente psicoanalítico –el de la cura tipo–, sino que se basa en el principio de lo que, en el ámbito del chamanismo, el etnólogo Claude Lévi-Strauss habría de llamar más tarde "la eficacia simbólica" (Lévi-Strauss, 1949). En este sentido, pensamos qué su técnica del juego incursiona directamente en la técnica del psicodrama psicoanalítico del niño, descrita por Didier Anzieu (1957), mucho más que en la técnica psicoanalítica del juego de Melanie Klein.

6. La originalidad de la invención kleiniana de la técnica del juego

Mientras que Pfeifer se interesó desde un punto de vista puramente científico en el juego como expresión del inconsciente, H. von Hug-Hellmuth lo consideraba un procedimiento apto para esquivar la conciencia y ponerla entre paréntesis. La técnica kleiniana del juego llevó a cabo una síntesis de estas dos concepciones, pero agregándoles la interpretación, que es lo único que puede producir efectos específicamente psicoanalíticos. Sin embargo, tenemos la casi certidumbre de que Melanie Klein debe muy poco a sus dos precursores. En lo que respecta a Pfeifer, debemos limitarnos a conjeturas basadas en lo que sabemos de la personalidad y la actitud de la creadora del psicoanálisis por medio del juego: hasta 1926 Melanie Klein no pretendía en absoluto ser original. Se consideraba una discípula de Freud, una alumna de Ferenczi y de Abraham, cuyos consejos solicitaba. Siempre que podía relacionaba sus propias ideas con las de sus predecesores y multiplicaba las referencias en sus artículos publicados: Abraham, Alexander, Boehm, Mary Chadwick, Ferenczi, Anton von Freund, Groddeck, la misma H. von Hug-Hellmuth, Jones, van Ophuijsen, Rank, Reik, Roheim, Sadger, Sperber, Spielrein, Stárcke y Steckel, sin contar a Freud, son invocados muchas veces en sus cinco primeros artículos, y a menudo Melanie Klein se vale de su autoridad real o supuesta para respaldar sus propias hipótesis. Por lo demás, nunca se encontrará en ella el equivalente de la actitud celosa y ceñuda de Freud respecto de la paternidad de sus ideas, que a veces lo llevó a embarcarse en querellas sobre prioridad. Melanie Klein intervino a menudo en polémicas, pero nunca para defender su prioridad, y siempre que pudo invocó un precursor: así, vinculó la idea –que sin embargo le pertenecía– de la posición esquizoparanoide con una sugerencia de Fairbairn, y la de la envidia con Karl Abraham, quien no obstante no hizo más que entrever esta realidad clínica. En lo que concierne al juego, mencionó siempre escrupulosamente la prioridad de H. von Hug-Hellmuth.

De buena gana propondríamos pues la hipótesis de que en el nivel consciente no fue influida por Pfeifer, ya que estamos razonablemente seguros de que, en caso contrario, lo hubiera citado decenas de veces: ahora bien, ni siquiera menciona la existencia de su artículo. Sin embargo, nos resulta difícil suponer que no lo haya conocido. Pensamos que leyó el artículo de Pfeifer cuando fue publicado pero que las ideas allí expuestas no encontraron en ella mayor repercusión: en 1919 acababa de comenzar la educación sexual de Erich y no habría de tomar conciencia de la importancia del juego sino a principios de 1920. Fue descubriendo pues por sí misma hasta 1923 –e incluso hasta 1929, ya que solo en esta última fecha concibió la idea de la escisión con identificación expuesta por Pfeifer– la mayor parte de los conceptos de este autor. Sabemos que tales fenómenos criptomnésicos desempeñaron un papel en el descubrimiento del psicoanálisis por Freud, como también en la invención del psicodiagnóstico por Herman Rorschach (Anzieu, 1973: 40-44). Puede recordarse el caso de alguien más próximo a Melanie Klein. Sandor Ferenczi recibió el encargo, en el año 1900, de hacer la crítica de *La interpretación de los sueños* de Freud: después de una rápida lectura Ferenczi se negó

por estimar que el libro carecía de mérito. Fue el test de asociación de Jung el que, algunos años más tarde, despertó su interés por el psicoanálisis y lo indujo a leer de verdad los escritos de Freud. Todo permite suponer que en el caso de Melanie Klein intervino un fenómeno análogo: solo pudo comprender las ideas de Pfeifer cuando las redescubrió a partir de su experiencia personal, después de haber olvidado esa lectura remota y sin duda apresurada. En lo que se refiere a una eventual influencia de H. von Hug-Hellmuth, la cuestión es mucho más clara y no vacilaremos en afirmar que esa influencia fue mínima. El artículo de la analista de niños vienesa fue leído en el Congreso de 1920 y publicado en 1921. Ahora bien, como ya vimos, Melanie Klein utilizaba desde comienzos de 1920 un procedimiento destinado a suscitar fantasías, muy similar al que H. von Hug-Hellmuth describió ocho o nueve meses más tarde: la segunda fase de la educación sexual psicoanalítica de Erich había comenzado, en efecto, con el episodio del caramelo, prometido al niño, según relata Melanie Klein, desde hacía largo tiempo, y hubo también una historia cuya narración encantó a Erich y dio lugar a la liberación de sus fantasías y de su juego (1921: 44-46). A partir de esa época Melanie Klein empleó el procedimiento en sus tres aspectos definidos por H. von Hug-Hellmuth: invención del tema del juego por la analista; comunicación por ese medio con el inconsciente del niño; abstención, por prudencia, de toda interpretación, y confianza en una modificación inconsciente de las fantasías que permitiría prescindir de la verbalización y de la toma de conciencia. La actitud kleiniana habría de originarse precisamente, desde comienzos de 1920, en la superación de ese procedimiento durante el primer análisis de Erich, en el que hemos creído ver la segunda etapa del despegue de Melanie Klein. Por lo demás, en 1923 nada tiene en común la técnica psicoanalítica del juego con el procedimiento recomendado por H. von Hug-Hellmuth.

En el tratamiento educativo y curativo de la psicoanalista vienesa el juego es solo uno de los múltiples medios de que dispone el terapeuta y que permiten romper el hielo y establecer el contacto. La introducción del juego en el tratamiento es el producto de una decisión del analista, en una perspectiva medianamente manipuladora, y a título de mal menor impuesto por la falta de adaptación del niño de siete u ocho años a la cura tipo. En la lenta evolución que siguió la técnica kleiniana, el juego fue impuesto en cambio por los niños y Melanie Klein lo aceptó sin ideas preconcebidas. Fue necesario que Rita se dedicara exclusivamente a jugar desde el comienzo hasta el fin de su tratamiento para que el procedimiento espontáneo se convirtiera, con Inge, en una técnica deliberada.

Hermine von Hug-Hellmuth no vacilaba en adoptar una actitud muy activa y en asumir la dirección del juego, decidiendo acerca de su tema, personajes y desarrollo. Melanie Klein observaba, por el contrario, una neutralidad absoluta: el juego es un lenguaje que habla el niño y no la psicoanalista, cuyo papel consiste en comprender y aportar interpretaciones verbales. De esta manera, el juego no se concibe como un lenguaje, en la acepción propia del término, adecuado al escaso desarrollo intelectual del niño pequeño y que es conveniente emplear para dialogar con él, sino como una

traducción deformada de las fantasías actuadas simbólicamente, en el modo como el sueño representa por medio de imágenes, deformándolos, pensamientos latentes claros, ordenados y lógicos. En los casos verdaderamente patológicos la deformación es tal que impide toda libertad asociativa, y la "resonancia en la fantasía" no se da sino que debe ser restablecida por la interpretación psicoanalítica. La técnica kleiniana tiene como objetivo restaurar por medios específicamente psicoanalíticos esa capacidad de comprensión simbólica que H. von Hug-Hellmuth considera haber alcanzado y en la cual basa un tipo de psicoterapia que permite prescindir de comunicarse verbalmente con el pequeño paciente y de proporcionarle interpretaciones.

Esta divergencia de carácter técnico obedece así a una divergencia teórica fundamental. Para H. von Hug-Hellmuth, como más tarde para Anna Freud, quien adoptó la mayor parte de sus ideas, el niño de siete u ocho años apenas si es capaz de experimentar sentimientos de culpabilidad. Su temor al castigo real infligido por los padres es mucho más intenso que su angustia moral, la cual resulta de un conflicto intersistémico entre el yo y lo que en 1920 se denominaba aún el ideal del yo. La relación de autoridad apenas comienza a ser interiorizada. Melanie Klein en cambio admite que los terrores nocturnos corresponden ya entonces a la represión –y no a la inhibición por obra de los familiares– de las primeras etapas del complejo de Edipo, y que son la primera manifestación de la culpabilidad. Siempre creyó que la angustia era el resultado de la represión y que la deformación de los juegos se debía a una abrumadora culpabilidad. Gracias a sus concepciones protokleinianas de 1921-1923, sabe que el juego es la realización inmediata de las sublimaciones primarias y que todos los niños neuróticos sufren de una inhibición respecto del juego y que han perdido la capacidad de resonancia en la fantasía a causa de sus sentimientos de culpabilidad.

Desde entonces, ningún procedimiento destinado a tranquilizar le pareció satisfactorio. Cuando el pequeño Hans de Hermine von Hug-Hellmuth oye decir que Rudi deseaba la muerte de su padre pero que en el fondo lo quería mucho, esto solo lo tranquilizará si ama realmente a su padre y siempre que lo ame lo bastante como para reprimir sus deseos de muerte sin formar síntomas neuróticos: todo lo cual supone que su odio es moderado y que la organización de su personalidad cae dentro de los límites de lo normal o, en todo caso, que no se halla afectado por una neurosis grave. Pero si Hans no ama a su padre, o si, pese a amarlo, lo detesta intensamente, no podrá sentirse comprendido como consecuencia de una intervención de la psicoterapeuta que niega o minimiza la agresividad que lo aterroriza por dentro. Solo la interpretación podrá tranquilizarlo de verdad, porque solo ella le demostrará que la psicoanalista ha calibrado la magnitud de su odio sin sentirse intimidada. Aunque esta concepción del efecto de la interpretación fue elaborada solo recientemente por el psicoanalista británico Wilfred Bion, discípulo y continuador de Melanie Klein, que funda su conceptualización en el concepto kleiniano tardío de la identificación proyectiva, vemos que en los hechos fue aplicada ya en el análisis de Rita y que, si bien implícita, sirvió de base a la primera interpretación

proporcionada a Inge en el marco de la técnica del juego creada pocos minutos antes: lo que determinó el efecto contundente de la interpretación fue el hecho de que la analista comprendió y dijo lo que Inge quería mantener oculto, sin abandonar su total neutralidad. En la concepción de H. von Hug-Hellmuth, en cambio, se considera que el niño no es aún civilizado, que sus pulsiones no encuentran ninguna oposición interna y que una actitud semejante de la analista podría ser interpretada como que autoriza la maldad del niño o como la aceptación de una complicidad perniciosa. "El tratamiento educativo y curativo [debe] inculcar en el niño valores estéticos y morales" (Hug-Hellmuth, 1921: 287).

7. La originalidad de la técnica kleiniana de interpretación

La técnica psicoanalítica del juego no podría haber sido inventada sin el análisis de Rita. Pero el análisis de Rita no podría haberse llevado a cabo sin el conocimiento previo de que el niño de tres años sufre una angustia de culpabilidad abrumadora, y este conocimiento presupone dos condiciones que debe llenar la analista: *1)* una hipersensibilidad a la angustia, una capacidad de *insight* en este terreno que era sin duda un rasgo de la personalidad de Melanie Klein y cuyo efecto se hallaba además incrementado por una capacidad de identificación con el niño, basada inicialmente en la proyección del narcisismo materno en Erich; presente desde el comienzo de su labor psicoanalítica, esta capacidad de *insight* determinó su actitud global y le confirió su estilo particular; *2)* la posesión de un sistema teórico coherente que permita integrar en un aparato conceptual el hecho de la precocidad de la angustia y de la culpabilidad: podemos así afirmar, una vez más, que no se habría llegado a la técnica del juego de no mediar la construcción previa del sistema que hemos propuesto llamar *protokleiniano*. La atención prestada a las manifestaciones de la angustia se sitúa pues en el punto de convergencia de una actitud profunda de Melanie Klein y de una hipótesis deducida de la teoría; es, tanto como el procedimiento del juego, lo que define la técnica psicoanalítica kleiniana.

Así lo señalamos en un capítulo anterior (cap. I, pp. 116 y ss.). Pero resultará útil que comparemos ahora brevemente la técnica kleiniana, tal como se halla configurada hacia fines de 1923, con la técnica psicoanalítica empleada generalmente con los adultos y con la adaptación de esa técnica a los niños en las escuelas de psicoanálisis infantil surgidas de la prédica de Hermine von Hug-Hellmuth. En lo que respecta al psicoanálisis de adultos, por lo general se admite que la interpretación debe ser exacta, oportuna, concisa, moderada en cuanto a frecuencia y repetitiva. El concepto de *oportunidad* incluye al menos dos dimensiones: lo que se llama a veces la regla de la superficialidad, según la cual deben interpretarse primero los elementos que afloran a la conciencia, para penetrar luego gradualmente en las capas profundas del inconsciente; el respeto por una cierta unidad de pertinencia de la fantasía es una regla de orden y un corolario de la precedente: en un período determinado del análisis no se interpreta todo a la vez, sino solo los elementos que tienen entre sí una conexión natural en las redes de fantasías inconscientes; la regla según la cual debe analizarse un tipo de defensa determinado antes de someter a interpretación la pulsión que constituye el objeto de esa defensa; finalmente, puesto que la transferencia es una resistencia además de ser el motor de la cura, se deduce de la regla precedente que toda conducta de origen arcaico debe ser interpretada en la transferencia antes de ser relacionada con sus prototipos arcaicos. La concisión y la infrecuencia de las interpretaciones son de origen bastante reciente, o por lo menos se definen hoy de manera mucho más estricta que en tiempos de Freud. La repetición de la interpretación en formas diversas tiene por objeto facilitar la elaboración.

En el tratamiento educativo y curativo ideado por Hermine von Hug-Hellmuth, la interpretación era parcialmente exacta y se ponía énfasis en la oportunidad solo en el

caso de la regla de la superficialidad y en el de la vigilancia en cuanto a la pertinencia de las fantasías. La concisión y la infrecuencia relativa no se practicaban más allá de lo que por lo general se hacía en esa época en el análisis de adultos. En lo que concierne a la exactitud de la interpretación, sabemos que H. von Hug-Hellmuth se contentaba con una exactitud parcial porque consideraba inoportuno volver consciente el significado de las manifestaciones del complejo de Edipo. La oportunidad se definía de modo tan restrictivo que en algunos casos la abstención de toda interpretación era la regla. Una prudencia semejante evitaba que se *corriese el menor riesgo* de violar la regla de no confusión de los registros de la fantasía, dado que deliberadamente no se iba más allá de la superficie. No se intentaba interpretar las resistencias, sino superarlas recurriendo a procedimientos destinados a inspirar confianza. En cuanto a la transferencia, su interpretación desempeñaba un papel de escasa importancia. H. von Hug-Hellmuth reconocía, en efecto, la existencia de *transferencias* (en plural, como solía decirse en esa época) (Freud, 1909: 231) pero no de una *neurosis de transferencia,* puesto que se admitía que "…el niño se halla aún inmerso en experiencias reales que están provocando su neurosis…" (Hug-Hellmuth, 1921: 288). Con todo, su concepción era menos terminante y más abierta que, por ejemplo, la que habría de sostener Anna Freud seis años más tarde. En realidad, no parece haber tenido una teoría claramente formulada sobre este punto, y si bien admitía la existencia de alguna forma de transferencia, no aconsejaba su interpretación: "Tratar de este asunto [con el niño] requiere una prudencia especial en la elección de las palabras, incluso cuando ella [la transferencia] ha sido claramente reconocida, porque en el fondo el niño no tiene ningún deseo de cambiar a sus padres por una persona extraña, aunque cuente con excelentes razones para hacerlo" (Hug-Hellmuth, 1921: 300). En suma, el analista que practicaba el tratamiento educativo y curativo debía reemplazar a los padres e "inculcar en el niño valores morales y estéticos" (Hug-Hellmuth, 1921: 287) aprovechando la transferencia positiva, pero sin interpretarla.

La técnica kleiniana de 1923 muestra divergencias con la de la psicoterapia educativa de la escuela vienesa y también con la del psicoanálisis de adultos. Se basa en la interpretación del complejo de Edipo en la transferencia. Se distingue así de la primera por cuanto mantiene el requerimiento de una total exactitud de las interpretaciones y reconoce la capacidad del niño para producir una transferencia completa, que debe ser interpretada. Al apoyarse en un método de interpretación de la angustia profunda del niño, se diferencia asimismo de la técnica clásica utilizada con los adultos. Desde el punto de vista de las normas usuales, la regla de la superficialidad es, si no abandonada, por lo menos modificada en casi todos sus aspectos: si la angustia es consecuencia de la represión de la pulsión inconsciente, resulta lógico que en la técnica kleiniana se interprete primero la angustia inconsciente y luego las defensas que la provocan, para adoptar a continuación el orden habitual. La primera interpretación comunicada a Rita nos proporciona a la vez el primer ejemplo y la ilustración de las características de la

técnica kleiniana de esa época. De acuerdo con su extensa explicación, Melanie Klein interpretó primero el temor que ella inspiraba a Rita; esta "…estaba particularmente atemorizada de algo que yo podía hacerle cuando estaba sola conmigo en la habitación" (1955a: 131). Es por lo tanto la angustia lo primero que se nombra. El segundo momento de la interpretación destaca el carácter transferencial de esa angustia, vinculándola con su prototipo: "…refiriéndome a sus terrores nocturnos, ligué su sospecha de mí como una extraña hostil con su temor de una mujer mala que la atacaría cuando se encontrase indefensa por la noche" (1955a: 131). Interesa sobremanera observar que la angustia no estaba vinculada con un peligro real (algún castigo impuesto por los padres) sino con una fantasía, y que la interpretación bastó para calmar la ansiedad de Rita, gracias a lo cual la sesión pudo proseguir en el lugar previsto.

Nos encontramos aquí frente a una práctica característica: en todos los ejemplos de los comienzos de un análisis que proporcionó después Melanie Klein volvemos a hallar este esquema. Ya en la primera interpretación se afirma la originalidad de la técnica kleiniana, reducida en este ejemplo a sus dos elementos iniciales, y también principales –la interpretación de la *angustia* que se manifiesta en la *transferencia negativa*–, los que, por lo tanto, formaban parte de esa técnica a mediados de 1923. Durante el análisis de Rita se pone en evidencia un tercer aspecto característico: la interpretación completa de la angustia mediante su vinculación con las pulsiones hostiles contra la madre y el padre, surgida de las formas positiva y negativa del complejo de Edipo. Esto supone un cuarto elemento que ya se encontraba presente –aunque en forma implícita– en los análisis de Erich y de Félix: no es la libido sino la pulsión agresiva lo que da origen a la angustia. Vimos ya que esta relación fue señalada en el análisis de Erich: Melanie Klein atribuyó directamente la angustia de castración del niño al hecho de que este volviera contra sí mismo la agresividad que experimentaba hacia su padre, sin mencionar el papel eventual de las amenazas o reprimendas de este último. Relación que volveremos a encontrar en el artículo de 1926, también en la exposición de un caso clínico. Su formulación en términos generales solo tuvo lugar en 1932, en *El psicoanálisis de niños.* Debemos, sin embargo, tomar nota del parecer de Melanie Klein, quien afirmó que se adhería a esa idea desde 1926: "En el trabajo sobre el cual se basa este ("Principios psicológicos del análisis infantil", 1926b) ya he expresado mi opinión[4] de que los impulsos de odio y de agresión son la causa más profunda y el fundamento del sentimiento de culpa" (1932: 25*n*). Por lo tanto resulta legítimo admitir que los cuatro elementos esenciales de la técnica kleiniana –la importancia concedida a la angustia, la interpretación de la transferencia, la interpretación profunda que se remonta hasta el complejo de Edipo y hasta las pulsiones agresivas[5] que dan origen a la angustia– ya habían sido descubiertos hacia la época en que finalizó el análisis de Rita y que a partir de allí servirían de base a una reflexión teórica.

8. Surgimiento de la teoría kleiniana de la transferencia

La polémica con Anna Freud y la cuestión de la neurosis de transferencia

Con respecto a las posiciones que sostuvo Melanie Klein sobre la transferencia, interesa aclarar dos equívocos muy difundidos. El primero se ha originado en las declaraciones de Melanie Klein, quien, al describir su técnica, insistía habitualmente en el hecho de que esta supone el análisis de la transferencia negativa y no solo de la transferencia positiva. Por lo común se admite, como lo admitía ella misma, que se trata de una innovación técnica. Creemos que la cuestión requiere ciertas precisiones. Es exacto que la técnica kleiniana se distingue en este aspecto de la de Anna Freud, continuadora de Hermine von Hug-Hellmuth, por cuanto Anna Freud subestimó siempre los fenómenos de la transferencia negativa. En 1926 afirmó, criticando las concepciones de Melanie Klein:

> Esta [refiriéndose a Melanie Klein] cree poder deducir la existencia de una actitud ambivalente del niño frente a su madre cuando aquel se muestra hostil a la analista en la primera sesión, rechazándola o aun atacándola. Simplemente el elemento hostil de ambivalencia se ha desplazado hacia la analista. Pero, por mi parte, creo que las cosas no suceden así. Cuanto más cariñosamente esté vinculado el niño pequeño a su propia madre, menos impulsos amistosos tendrá para personas extrañas (A. Freud, 1926: 58).

En la concepción de Anna Freud, la hostilidad del niño hacia el analista se debe solo a su indiferencia, en armonía con el criterio de Freud, según el cual lo que se opone originalmente al amor no es el odio sino la indiferencia total. Indiferente al analista, el niño reacciona con agresividad a la frustración que ha experimentado: la ausencia de su madre. Ahora bien, la primera mención que hizo Melanie Klein de la necesidad de interpretar la transferencia negativa se encuentra en un texto de 1927, que es una réplica a las críticas de Anna Freud. Anteriormente no había puesto énfasis en la cuestión, limitándose a dar algunos ejemplos. El motivo para ello es que no mantenía sobre el tema ninguna divergencia fundamental con Hermine von Hug-Hellmuth (1921), quien también interpretaba la transferencia negativa e incluso opinaba que su análisis era más fácil que el de la transferencia positiva: "…podemos hallar los medios de explicar la transferencia negativa, que por lo general se acepta mucho más fácilmente que la idea de la transferencia positiva" (Hug-Hellmuth, 1921: 300). Pensamos, pues, que el énfasis puesto en la técnica de interpretar la transferencia negativa no es un elemento importante de la técnica kleiniana como tal. Las múltiples declaraciones de Melanie Klein sobre el punto no tienen otro significado que el de una enérgica defensa de un aspecto de su método que solo pasó al primer plano a causa de las críticas de Anna Freud.

La cuestión más general de la teoría kleiniana de la transferencia es mucho más delicada. Las dificultades provienen, en este caso, de dos fuentes: por una parte, la cuestión ha perdido claridad a causa de las reiteradas críticas de Anna Freud y sus discípulos; por la otra, las verdaderas concepciones de Melanie Klein son de una gran sutileza y se relacionan con un punto fundamental y por lo común mal comprendido de

sus ideas psicoanalíticas: la noción de objeto interno. Por lo general, se considera que el fondo del debate consiste en lo siguiente: los psicoanalistas de niños de la escuela de H. von Hug-Hellmuth y de Anna Freud admiten la existencia de transferencias limitadas, pero se oponen enérgicamente a la idea de que los niños sean capaces de desarrollar una verdadera neurosis de transferencia, idea que defienden Melanie Klein y sus discípulos.

El examen de los argumentos de Anna Freud permite destacar los puntos siguientes: 1. Niega valor a las interpretaciones que hace Melanie Klein de los actos del niño en análisis: "Melanie Klein también interpreta todos los actos del niño frente a los objetos que se encuentran en la habitación o frente a la persona del analista" (A. Freud, 1927: 52). 2. Reconoce sin embargo la existencia de ciertas manifestaciones transferenciales: "Creo, en cambio, que la vinculación cariñosa, la transferencia positiva, como la designa la terminología psicoanalítica, es la condición previa de todo trabajo ulterior" (A. Freud, 1927: 53); pero como ejemplos de transferencia solo menciona fenómenos positivos cuyo carácter estrictamente transferencial es, para nosotros, discutible: "Se recordará que en la primera conferencia destaqué la necesidad de establecer en el niño una sólida fijación en el analista y de llevarlo a una verdadera relación de dependencia, propósito que no trataría de alcanzar con tanta energía y tan múltiples recursos, si considerase posible analizar al niño sin contar con semejante transferencia" (A. Freud, 1927: 53). 3. Señala que la transferencia no puede tener una gran importancia por razones teóricas: "El pequeño paciente no está dispuesto como lo está el adulto, a reeditar sus vinculaciones amorosas porque, por así decirlo, aún no ha agotado la vieja edición. Sus primitivos objetos amorosos, los padres, todavía existen en la realidad y no solo en la fantasía, como el neurótico adulto" (A. Freud, 1927: 58). 4. Y dice, para finalizar: "Es cierto que el niño mantiene relaciones muy vivaces con el analista y que también expresa en ellos muchas de las reacciones adquiridas en la relación con sus propios padres […] pero no obstante ello, el niño no llega a formar una neurosis de transferencia" (A. Freud, 1927: 57).

Al ser atacada vigorosamente, Melanie Klein respondió con un ardor apasionado, y veinte años más tarde pudo señalar que Anna Freud se había ido acercando de modo progresivo a sus concepciones. Creemos, sin embargo, que el debate no fue planteado con claridad. Melanie Klein contraatacó en un punto en verdad extraño de las ideas de Anna Freud, demostrando que la dificultad para reconocer la transferencia deriva del papel educativo que en la técnica vienesa asume el terapeuta, quien renuncia de este modo a la neutralidad psicoanalítica. Demostración nada difícil, puesto que la misma Anna Freud expresa: "Las finalidades pedagógicas que como veremos, se combinan con las analíticas, hacen que el niño sepa muy bien qué considera conveniente o inconveniente el analista, qué aprueba o reprueba. Pero, desgraciadamente, una personalidad tan definida y, en muchos sentidos, quizás sean un mal objeto de transferencia, es decir, inconveniente para su interpretación" (A. Freud, 1927: 59).

En la técnica kleiniana, en cambio, el analista conserva su neutralidad y puede así

comprobar la presencia en el niño de una auténtica capacidad de transferencia. Pero resulta claro que para Melanie Klein el debate no se hallaba planteado entre el reconocimiento de la transferencia pero no de la neurosis de transferencia por una parte y, por la otra, el reconocimiento de la transferencia y de la neurosis de transferencia. Para ella se trataba de la subestimación (Anna Freud) opuesta a la evaluación correcta (ella misma) de la capacidad de transferencia del niño. Pero no se esforzó en replantear explícitamente la discusión y por lo tanto contribuyó a oscurecerla. Más aún, al contestar a Anna Freud se ocupó de rebatir punto por punto lo que esta afirmaba, y en lugar de rectificar ciertas inexactitudes de la crítica que se le hacía defendió la tesis que Anna Freud le atribuía y que hasta entonces nunca había formulado. En 1927 escribió: "… debo discutir las conclusiones de Anna Freud, tanto como sus premisas. En mi experiencia, aparece en los niños una plena neurosis de transferencia, de manera análoga a cómo surge en los adultos" (1927b: 161). Ahora bien, esta es la única vez que emplea en su obra la expresión "neurosis de transferencia". No se la encuentra en ningún otro trabajo publicado, anterior o posterior a 1927. Si no fuera por esta declaración explícita –aunque única y formulada en el marco de una polémica–, tendríamos buenas razones para pensar que el concepto mismo de neurosis de transferencia es ajeno a las concepciones kleinianas, ya que en todas las ocasiones en que otro psicoanalista hubiera empleado esta expresión, Melanie Klein –dejando de lado la excepción que constituye ese texto de 1927 – se refiere, desde el principio al fin, a la situación de transferencia. Interesa pues clarificar el debate y, ante todo, situar la teoría kleiniana de la transferencia en relación con las descripciones clásicas.

J. Laplanche y J. B. Pontalis definen así la transferencia:

> Designa, en psicoanálisis, el proceso en virtud del cual los deseos inconscientes se actualizan sobre ciertos objetos, dentro de un determinado tipo de relación establecida con ellos y, de un modo especial, dentro de la relación analítica. Se trata de una repetición de prototipos infantiles, vivida con un marcado sentimiento de actualidad.
>
> Casi siempre lo que los psicoanalistas denominan transferencia, sin otro calificativo, es la transferencia en la cura (Laplanche-Pontalis, 1996: 439).

Del comentario que acompaña a esta definición extraemos los elementos siguientes: 1. A menudo se ofrece de la transferencia una definición restringida en lo que concierne al ámbito en que se manifiesta (no hay transferencia fuera de la cura psicoanalítica), pero amplia en lo que concierne a su naturaleza (todo lo que ocurre en la cura se considera transferencial). 2. A esta concepción, los autores oponen la de Freud: hay fenómenos de transferencia fuera de la cura y no todo lo que se manifiesta en la cura es transferencial; citan una frase tomada del caso de Dora:

> ¿Qué son las transferencias? Son reediciones, recreaciones de las mociones y fantasías que a medida que el análisis avanza no pueden menos que despertarse y hacerse conscientes; pero lo característico de todo el género es la sustitución de una persona anterior por la persona del médico (Freud, 1905: 101).

Agregan este comentario: "Acerca de estas transferencias (obsérvese el plural), Freud

indica que no son diferentes por naturaleza, tanto si se dirigen al analista como a alguna otra persona y, por otra parte, solo pueden convertirse en aliados de la cura a condición de ser explicadas y 'destruidas' una por una" (Laplanche-Pontalis, 1996: 441-442). 3. La evolución de las ideas de Freud sobre la transferencia culmina en la noción de neurosis de transferencia:

> Freud descubre que lo que se revive en la transferencia es la relación del sujeto con las figuras parentales. […] Esta extensión del concepto de transferencia, que hace de esta un proceso que estructura el conjunto de cura según el prototipo de los conflictos infantiles, conduce a Freud a establecer una noción nueva, la de neurosis de transferencia (Laplanche-Pontalis, 1996: 442).

En lo que atañe a la neurosis de transferencia, prescindiremos del sentido nosográfico del término (que designa esencialmente a la histeria y a la neurosis obsesiva, distinguiéndolas dentro del grupo de las psiconeurosis, de las neurosis narcisistas o melancolía) y solo nos ocuparemos del que guarda relación con nuestro problema. J. Laplanche y J.B. Pontalis la definen así: "Dentro de la teoría de la cura psicoanalítica, neurosis artificial en la cual tienden a organizarse las manifestaciones de transferencia. Se constituye en torno a la relación con el analista; representa una nueva edición de la neurosis clínica; su esclarecimiento conduce al descubrimiento de la neurosis infantil" (Laplanche-Pontalis, 1996: 251). En efecto, Freud escribió:

> Con tal que el paciente nos muestre al menos la solicitud [*Entgegenkommen*] de respetar las condiciones de existencia del tratamiento, conseguimos, casi siempre, dar a todos los síntomas de la enfermedad un nuevo significado transferencial, sustituir su neurosis ordinaria por una neurosis de transferencia, de la que puede ser curado en virtud del trabajo terapéutico (Freud, 1914: 156).

Según J. Laplanche y J.B. Pontalis,

> …la diferencia entre las reacciones de transferencia y la neurosis de transferencia propiamente dicha puede concebirse como sigue: en la neurosis de transferencia todo el comportamiento patológico del paciente viene a centrarse ahora en su relación con su analista. [y, por lo tanto]: Dentro de esta perspectiva, la secuencia siguiente puede considerarse como el modelo ideal de la cura: la neurosis clínica se transforma en neurosis de transferencia, cuyo esclarecimiento conduce al descubrimiento de la neurosis infantil (Laplanche-Pontalis, 1996: 252).

Queda en claro que estas definiciones presentan la neurosis de transferencia como el resultado de una organización de *las transferencias* que reemplazan a la neurosis clínica del adulto. La neurosis clínica del adulto y la neurosis de transferencia del adulto son dos nuevas ediciones de la neurosis infantil. En este sentido, Anna Freud tenía razón cuando señalaba que el niño no desarrolla una neurosis de transferencia porque no está preparado para reeditar sus relaciones con sus padres, y no vemos en las concepciones kleinianas ningún elemento que contradiga *este punto específico.* Más aun, afirmaríamos que entre Melanie Klein y Anna Freud, es la segunda la que está más cerca de admitir la posibilidad de que un niño desarrolle una neurosis de transferencia, en el sentido habitual del término:

> Existen medios y caminos para llevar al niño a la posición del adulto, tan conveniente para el progreso del análisis, es decir, a la neurosis de transferencia. Será necesario hacerlo, por ejemplo, cuando se trate de un neurótico grave rodeado por un medio hostil al análisis o al niño mismo. En tal caso deberá ser alejado de su familia e internado en alguna institución adecuada (A. Freud, 1927: 60).

Anna Freud estimaba que en tales condiciones el niño se volvería indiferente a su familia y se apegaría al analista, y que "Se trataría entonces de una verdadera neurosis transferencial, en el sentido de la que nos presenta el adulto, una neurosis en cuyo foco se encontrará, como objeto, el analista" (A. Freud, 1927: 61).

Para Melanie Klein este nuevo avatar de la neurosis no debía ser aislado del conjunto de las manifestaciones patológicas bajo el nombre de neurosis de transferencia, primero, porque el apego del niño al analista no sería una transferencia en sentido estricto, y segundo, porque la concepción que ella tenía de la transferencia era radicalmente distinta. Tanto para Melanie Klein como para Anna Freud, cuando el niño se halla en análisis su relación con sus objetos reales (los padres) y con el analista tiene la misma naturaleza intrínseca. Pero la verdadera divergencia reside en esto: para Anna Freud la relación del niño con sus padres es una relación real, como lo es la relación del niño con el analista, que simplemente reproduce la primera, y es igualmente real. Por ello el tratamiento debe ser, como lo sostenía H. von Hug-Hellmuth, educativo y curativo a la vez; el analista como objeto real es el objetivo de actitudes afectivas y conductas, comparte todo esto con los padres pero no los reemplaza (A. Freud, 1927: 57-58). Optará, pues, por compartir también la actitud educativa de estos.

Transferencia y objetos introyectados

Melanie Klein ve las cosas de otro modo: los análisis de Erich, pero sobre todo el de Rita, le inspiraron la idea, ya expuesta por Freud, de que la transferencia no opera solo en la cura sino también en las relaciones amistosas, amorosas u hostiles reales de la vida cotidiana. Su originalidad consiste en haber hecho extensiva esta idea a los niños pequeños: cuando el niño llega al análisis, sus relaciones reales con sus objetos reales son ya en cierto sentido relaciones de transferencia. Con esto queremos expresar que la actitud del niño de tres años frente a sus padres no se halla determinada por la realidad de la actitud de estos, sino por una imago interna, por una representación imaginaria y deformada de sus padres. Ya Erich había proporcionado una primera ocasión de advertir este fenómeno: en la época de su fobia escolar, temía que una bruja lo envenenara (1921, 1923a: 54). Un año después imaginó que en el camino de la escuela una bruja podría volcarle encima el contenido de un tintero: esa bruja era "… una figura […] que a mi parecer había obtenido por división de la *imago* materna" (1921, 1923a: 55), y era esa escisión lo que explicaba la aversión *real* que mostraba Erich por algunas mujeres. Podríamos decir, haciendo un empleo anacrónico de una terminología kleiniana muy posterior, que sus relaciones con la madre real y con las mujeres reales que detestaba se hallaban determinadas por la escisión y la proyección de la madre "buena" y de la madre "mala", respectivamente.

Lo que en el caso de Erich era aún una impresión fugaz se convirtió, con el psicoanálisis de Rita, en una inspiración fundamental de la teoría kleiniana. Melanie Klein descubrió que Rita mantenía dos clases de relaciones con sus padres; en unas los consideraba tal como eran en realidad, en tanto que en otras intervenían, a través de ellos, imagos deformadas por la fantasía: cuando Rita lloraba porque su padre había amenazado al oso de un libro de imágenes, "…lo que determinó su identificación con el oso fue su miedo al reproche del padre real" (1926b, 1927a: 141). Conviene distinguir entre esta clase de temor y esta otra:

> El análisis reveló que ella no se *animaba* a jugar a ser la madre porque la muñeca-bebé representaba para ella entre otras cosas, a su hermanito, que había deseado arrebatar a su madre, incluso durante el embarazo. Pero aquí la prohibición del deseo infantil ya no provenía de la madre *real*, sino de la madre introyectada, cuyo rol representó ante mí en diversas formas, y quien ejercía una influencia más severa y cruel sobre ella que lo que su madre real hubiera hecho nunca (1926b, 1927a: 141).

Por supuesto que esta madre introyectada tiene por prototipo a la madre real, deformada por las fantasías de la niña, y es en sí misma una fantasía, pero el temor que inspira es –aunque Melanie Klein no haya empleado este término– transferido a la madre real, a partir de una etapa muy precoz del desarrollo. La transferencia que se observa en el psicoanálisis de niños no es pues un desplazamiento de la relación con los padres reales a la relación con el analista, sino la aplicación a un nuevo objeto del mismo tipo de relación establecida con los padres, la transferencia a objetos reales de los sentimientos que se experimentan hacia los objetos introyectados.

Bastarán pues tres observaciones para comprender plenamente las declaraciones que hizo Melanie Klein en esa época sobre la técnica psicoanalítica aplicable a los niños:

1) Como lo probaremos más adelante, Melanie Klein reconoció en primer término, en el ámbito de la interpretación de la angustia, la existencia y el efecto ansiógeno de los objetos introyectados. Solo en 1932 reconoció la existencia de la madre buena junto a los objetos malos introyectados.
2) En la relación con los padres, las actitudes frente a los padres reales y las actitudes frente a los objetos introyectados coexisten y se entremezclan sin cesar. Las reprimendas de la madre real ayudan a que se le transfieran (más tarde Melanie Klein hablará de proyección, pero aún no empleaba este concepto cuando analizaba a Rita) los sentimientos de odio y de terror provocados por la imago de la madre mala. Sus caricias y sus manifestaciones de cariño producen el efecto contrario. La neurosis del niño pequeño supone pues importantes elementos de transferencia, pero no es cabalmente una relación de transferencia, porque las actitudes reales de los padres siguen siendo introyectadas, y sobre todo porque los padres *reales* son los prototipos *reales* de los objetos introyectados, construidos por deformación de su ser *real*. En la teoría kleiniana posterior será esta interacción (*interplay*) de los padres reales con los padres introyectados lo que permitirá la disminución del carácter irreal de los objetos introyectados y su adecuación progresiva a la realidad de los padres.
3) La técnica del psicoanálisis de niños consiste precisamente en suprimir esta interacción, lo que se logra gracias a la neutralidad del analista, quien solo responde a los dichos y actos del niño con interpretaciones, no ordena ni prohíbe casi nada, no desaprueba ni aprueba nada. En estas condiciones el niño transfiere al analista sus objetos introyectados, exactamente como lo hace con sus padres, y la ausencia de respuesta real por parte del analista permite simplemente la manifestación en estado puro de la capacidad de transferir que el niño posee en todos los instantes y en todos los ámbitos de su existencia. Las declaraciones que hizo Melanie Klein en 1927 sobre la presencia de una neurosis de transferencia completa en el niño deben ser entendidas desde esta perspectiva. La transferencia está presente en todas partes, incluso en la neurosis clínica, pero solo la situación estrictamente psicoanalítica creada por la técnica del juego le permite surgir y manifestarse con pureza en forma de lo que Melanie Klein optó por denominar en esa época *neurosis de transferencia*, según el uso clásico, denominación que le fue sugerida por las críticas de Anna Freud.

Por otra parte, dado que hasta 1929 los objetos introyectados eran esencialmente objetos malos, se comprende la razón por la que Melanie Klein insistía hasta tal punto en la transferencia negativa en sus ejemplos clínicos y en su polémica con Anna Freud.

Concebía la transferencia como una nueva edición, con los objetos reales, de los sentimientos experimentados hacia el objeto introyectado.[6] Ahora bien, hasta 1927 solo veía los objetos introyectados como más amenazadores, más severos y más ansiógenos que los objetos reales. Por lo tanto sus instrumentos conceptuales determinaban que por el momento no pudiese abordar la transferencia, en el ámbito teórico, sino en la forma de transferencia negativa. Pero también le permitían concebir la transferencia como el verdadero motor de la cura, ya que la interpretación hace posible que se establezca rápidamente un nuevo tipo de interacción entre los objetos introyectados y el analista, quien sirve de interlocutor e interpreta las actividades lúdicas. El objetivo del proceso analítico es pues disminuir los afectos patógenos en y por medio de la transferencia, y el niño desarrolla una neurosis de transferencia plena y total, en el sentido con que Melanie Klein entendía este término, que no coincide exactamente con su sentido clásico.

9. Las enseñanzas teóricas del análisis de Rita. De la angustia a la culpabilidad edípica

Además de inspirar a Melanie Klein la idea de la técnica del juego y una teoría sobre esa técnica que sirvió para orientar su empleo, sobre la base de una revisión del concepto clásico de transferencia, el análisis de Rita dio lugar a ciertas comprobaciones de las que derivó la transformación profunda que Melanie Klein impuso a la concepción psicoanalítica global del psiquismo infantil y de su desarrollo. Del tratamiento de Rita surgieron las tres ideas principales que caracterizan la teoría kleiniana entre 1923 y 1927: la precocidad de las etapas iniciales del complejo de Edipo, la formación precoz del superyó como consecuencia de la introyección de los objetos parentales y la infiltración por un sadismo extremo de las primeras etapas del Edipo y de la formación del superyó.

Ya antes del análisis de Rita, Melanie Klein había concebido la hipótesis de que los terrores nocturnos del tercer año son una manifestación de la angustia provocada por la represión inicial del complejo de Edipo. Solo se trataba entonces de una hipótesis pendiente de comprobación. El ejemplo de Rita vino a proporcionar la verificación esperada. Después de haber preferido a su madre durante su primer año, Rita presentaba, a partir de los 15 meses, todos los signos de un complejo de Edipo ya instalado: su preferencia por su padre era clara, y sus celos y su deseo de excluir a su madre eran igualmente pronunciados, hasta el punto de que los padres lo habían notado y habían advertido a la analista antes del comienzo del tratamiento.

El análisis de Rita también puso en evidencia el papel de la frustración oral y su influencia sobre la aparición del complejo de Edipo. El destete de la niña había sido muy difícil y le costó muchísimo habituarse al biberón y más tarde a los alimentos sólidos. No fue posible conseguir que renunciara al último biberón del día y que tomara en esa ocasión la leche en una taza. En 1923 Melanie Klein no tenía aún una visión del sadismo oral tan clara como podría pensarse. La única alusión a las pulsiones canibalísticas que contienen los escritos protokleinianos se refiere a una fantasía de descuartizar y devorar a la cual atribuye la inhibición de Erich frente a la operación aritmética de la división (1923b, 1924: 81). También sabemos que Abraham, al anunciar a Freud la conclusión del análisis de Rita, destacó el hecho de que Melanie Klein había logrado poner en evidencia el papel del erotismo oral y la existencia de la melancolía originaria que él había postulado. Esta decepción originaria estaba vinculada con el difícil destete de Rita. Por lo tanto, la idea que, sobre la base de este análisis, concibió Melanie Klein, en el sentido de que la conversión hacia el padre que marca el comienzo del complejo de Edipo femenino resulta del debilitamiento de los vínculos con la madre provocado por la frustración del destete, no tiene en cuenta para nada el sadismo oral. La etapa inicial del complejo de Edipo comienza pues a fines del primer año y alcanza su apogeo a mediados del segundo.

La concepción de la angustia se enriquece con una nueva dimensión. A consecuencia del análisis de Rita, adquiere de golpe una connotación de culpabilidad. Este cambio se

advierte sin dificultad si se realiza un análisis cuantitativo del vocabulario de los primeros escritos kleinianos. La palabra *angustia* aparece varias decenas de veces en las 126 páginas que abarcan los textos anteriores a 1926 en la edición inglesa de *Contribuciones al psicoanálisis* (1948a). En cambio, el término *culpabilidad* solo se emplea tres veces: una de ellas, la más significativa, en un pasaje en el que se analiza un *texto de Freud* sobre la legitimidad de la expresión "sentimiento inconsciente de culpabilidad", análisis en el que Melanie Klein apunta más a la noción de angustia inconsciente que a la de sentimiento de culpabilidad. Si examinamos ahora las diez páginas de su artículo "Principios psicológicos del análisis infantil" (1926b, 1927a), publicado en 1926, comprobaremos que en él se utiliza dos veces la palabra *terror*, cinco veces la palabra *angustia* (una de ellas en la expresión "su angustia y su culpabilidad") y 11 veces la palabra *culpabilidad*. Esta inversión de la tendencia en lo que concierne al uso de los términos (la frecuencia de la palabra *culpabilidad* se multiplica bruscamente por 46) pone de manifiesto una de las consecuencias esenciales del análisis de Rita: la angustia infantil es concebida desde entonces en términos de culpabilidad, en el sentido cabal del vocablo, o sea que ya no se la vincula con una transformación directa de la libido en un afecto displacentero, sino con una tensión intrapsíquica entre el yo y una instancia *interna* severa y amenazante.

Los objetos introyectados cuyo estudio abordamos al examinar la teoría de la técnica del juego constituyen la primera forma del superyó, que por lo tanto se halla presente desde las fases iniciales del complejo de Edipo y que permitirá explicar todas las manifestaciones de angustia y sus consecuencias, en especial la inhibición y la perturbación de las sublimaciones. A partir de entonces la angustia aparece como independiente de la represión (ya no representa el quántum de afecto de la pulsión que ha sido reprimida), si bien no está aún en claro cuál es el vínculo que existe entre ellas: Melanie Klein deja de lado la primera teoría freudiana de la angustia en la misma época en que también lo hace Freud. Pero mientras que en 1926 Freud reemplaza de inmediato su teoría anterior por otra en la que establece la distinción entre la angustia señal –instrumento y condición de la represión– y la angustia automática, Melanie Klein solo logra entrever, en algunas observaciones clínicas, su teoría de la angustia, cuya formulación completa tendrá lugar algunos años más tarde. Lo que ha quedado claramente establecido a partir del análisis de Rita es que la angustia de los terrores nocturnos es una angustia del yo frente al superyó, concepción que Freud acababa de enunciar y que Melanie Klein adoptó casi de inmediato.[7]

Ello no obstante, la relación entre el superyó y las pulsiones hostiles del niño, que se convertirá más tarde en uno de los elementos fundamentales de la teoría kleiniana, se encuentra ya claramente indicada en los primeros pasajes de la descripción del análisis de Rita. Si en los comienzos de su análisis esta no se atrevía a hacer de madre de su muñeca, era a causa de la prohibición que emanaba de "…la madre introyectada… quien ejercía una influencia más severa y cruel sobre ella que lo que su madre real hubiera

hecho nunca" (1926b, 1927a: 1 41). Aunque no se aborde todavía con claridad el mecanismo que permite pasar del odio a la culpabilidad, vemos que la relación entre esta culpabilidad y los deseos hostiles de la pequeña dirigidos contra su madre es señalada sin lugar a dudas en el estudio del caso clínico cuando Melanie Klein menciona, sin agregar ningún comentario especial, que en sus juegos Rita "…estaba representando internamente ambos papeles: el de las autoridades que juzgan y el del niño que es castigado" (1926b, 1927a: 141), y que en los juegos de viajes la amenaza del padre introyectado se manifiesta en forma de un retorno amenazador y de tentativas de venganza por parte del maquinista del tren, cuyo lugar la niña había ocupado.

Rita inspiró asimismo la primera forma de la descripción kleiniana de la agresividad del niño contra su madre y el prototipo de las concepciones relativas a los ataques sádicos contra el cuerpo materno. Rita no se atrevía a hacer de madre de su muñeca porque esta representaba al niño que ella había querido quitarle a su madre encinta. La culpabilidad es así relacionada, tan pronto como aparece en el ámbito conceptual de la teoría kleiniana, con una fantasía de deseo agresivo dirigido al niño que se halla en gestación en el cuerpo de la madre, que la pequeña quiere quitarle, destruyéndola. Este tipo de interpretación de la hostilidad edípica de la niña, aplicado por primera vez a Rita, allanó el camino a la descripción posterior del sadismo y a las modificaciones de la teoría del complejo de Edipo que fueron su consecuencia y que no se refieren solo a la *época de aparición* y a la *causa de la activación* del complejo, sino también al *contenido* de los deseos, de las fantasías y de las teorías sexuales que se organizan en torno de él.

Si concedemos tanta importancia al análisis de Rita no es solo porque puso a Melanie Klein en la senda del descubrimiento de la técnica del juego, de la transferencia primaria, de las etapas iniciales del complejo de Edipo y del superyó, y del sadismo del niño. También otros casos, aparte del de Rita, dieron ocasión a descubrimientos no menos importantes. El sadismo de Rita no fue en su momento reconocido como tal, sino que se lo describió como agresividad. No fue hasta 1924, con el análisis de Trude, cuando surgió el concepto de sadismo anal y uretral, y hasta 1924-1925, con los de Ruth y Peter, cuando se menciona el sadismo oral –cuando ya había comenzado el análisis con Karl Abraham, quien sin duda ejerció en este aspecto una influencia determinante–. Por otra parte Erna, analizada entre 1924 y 1926, proporcionó un material más rico aun que el de Rita, a juzgar por la extensión de los pasajes que les fueron dedicados a una y a otra. Sin embargo, el caso de Rita ocupa un lugar privilegiado: con la publicación de *El psicoanálisis de niños* (1932) se agota el contenido de las enseñanzas que dejaron las curas de Ruth, Peter, Trude y Erna, que solo se vuelven a mencionar en textos de carácter retrospectivo o histórico. Rita sigue siendo el eje de la conceptualización. Creemos que esta condición privilegiada se debe al hecho de que su análisis, además de lo *importante* –que a veces se halla presente con más claridad en otros análisis–, permite mejor que ninguno que se destaque lo *esencial*, es decir, el carácter central y exclusivo del complejo de Edipo en la neurosis y en el desarrollo normal del niño.

Sabemos que quienes, veinte años más tarde, propusieron que se excluyera a Melanie Klein de la Sociedad Británica de Psicoanálisis, le reprocharon haber encabezado una disidencia al quitar al complejo de Edipo su papel de complejo nuclear de la vida psíquica y al atribuir esa función de organizador primordial a la posición depresiva. Pero entre 1923 y 1933, el primer sistema kleiniano más bien hubiera sido merecedor de que se le reprochara lo contrario, por cuanto la orientación predominante en este período consistía en vincular todas las manifestaciones pulsionales y todas las formas de los mecanismos de defensa con un complejo de Edipo completo, total o enriquecido, descrito de manera mucho más detallada y en formas infinitamente más variadas que en la concepción freudiana. Durante esos años de 1923-1933, el psicoanálisis kleiniano no podía aparecer como una disidencia, sino, por el contrario –si se admite que lo que define el psicoanálisis freudiano es, en esencia, la interpretación del complejo de Edipo en y por medio de la transferencia–, como una extensión de las teorías freudianas y, si se quiere, como un ultrafreudismo, en el sentido con que en la época de la Restauración se hablaba en Francia de los ultrarrealistas, que eran, según la frase célebre, más papistas que el Papa. Desde este punto de vista, Melanie Klein era, en el período que nos ocupa, más freudiana que Freud.[8] La fuente de esta posición fue el análisis de Rita, y esta es la causa por la que Melanie Klein recurrió nuevamente a Rita cuando intentaba, en 1945, articular el Edipo con las posiciones psicóticas. Al examinar ahora la evolución que sufrieron, entre 1923 y 1927, los principales elementos de la primera concepción kleiniana en sentido estricto, no debemos perder de vista el hecho de que cada uno de ellos solo adquiere su sentido cabal cuando se lo relaciona con el complejo de Edipo, y que esta omnipresencia del Edipo se manifestó por de pronto, del modo más evidente, en el caso de Rita.

10. El descubrimiento de las fantasías sádicas pregenitales

Trude y el sadismo anal y uretral

Vinculada con la fantasía de apoderarse del bebé en gestación, la hostilidad edípica de Rita hacia su madre fue descrita exclusivamente en función de la rivalidad por el amor del padre, y por lo tanto relacionada, a título de efecto secundario –aunque importante–, con las pulsiones genitales heterosexuales. En la evolución que experimentó durante los cuatro años siguientes, la teoría, sin llegar a disociar esta agresividad del Edipo, fue afinando su descripción y relacionándola cada vez más claramente con las pulsiones sádicas que se entremezclan con la libido genital, aunque sin confundirse con ella, y logran así integrarse en el complejo de pulsiones y fantasías del Edipo.

La primera etapa de esta evolución está jalonada por el análisis, realizado en 1924, de una niñita de tres años y tres meses, Trude, análisis que permitió descubrir la acción del sadismo anal y uretral. En las palabras de Melanie Klein:

> Uno de los casos en que la naturaleza anal y uretro-sádica de estos impulsos destructivos se me aclaró, fue el de Trude. […] En la primera etapa de su análisis me pidió que fingiera estar en cama y dormir. Ella entonces diría que iba a atacarme y que buscaría excrementos en mis nalgas (según comprobé, los excrementos también representaban niños) y que ella iba a sacarlos. Después de esos ataques se acurrucaba en un rincón, jugando a que estaba en cama, cubriéndose con almohadones (que protegían su cuerpo y que también representaban niños); al mismo tiempo orinaba realmente y demostraba claramente que temía ser atacada por mí (1955a: 140-141).

La puesta en evidencia del elemento anal y del elemento uretral se basaba en la asociación entre la agresividad y las manifestaciones de incontinencia de la niña, como también en el hecho de que en el juego por ella sugerido se traslucía la teoría sexual infantil del niño anal. La asociación entre la agresividad y las teorías sexuales infantiles, observada en este caso en un plano simplemente clínico, se convirtió en poco tiempo en uno de los puntos importantes de la teoría kleiniana del sadismo infantil.

Más concretamente, el vínculo entre la etapa anal y la agresividad era ya en esa época un concepto clásico del psicoanálisis. Freud (1905b) había relacionado el elemento de erotismo anal pasivo con la erogeneidad de la mucosa anal, y el elemento de actividad con una pulsión de apoderamiento, cuya fuente –muscular– remite en primer término a las pulsiones del yo y sería en un principio independiente de la sexualidad, "…aun cuando puede unirse a ella en una fase precoz merced a una anastomosis próxima a sus puntos de origen" (Laplanche-Pontalis, 1996: 328). Esta pulsión de dominar el objeto de manera activa proporciona el componente sádico de la etapa sádico-anal: "…la actividad se debe a la pulsión de apoderamiento en sentido amplio, pulsión que especificamos con el nombre de sadismo cuando la encontramos al servicio de la pulsión sexual" (Laplanche-Pontalis, 1996: 328).

Sabemos que Karl Abraham, en la época en que Melanie Klein analizaba a Trude, proponía una distinción entre dos fases de la etapa sádico-anal, distinción que volvemos a hallar en las dos dimensiones –erótica y sádica– de esa etapa: "*1)* el erotismo anal

contiene tendencias placenteras opuestas. *2)* Dos tendencias opuestas similares existen en el campo de los impulsos sádicos" (Abraham, 1924b: 324-325). En el erotismo anal, el goce se obtiene en primer término al expulsar las heces, y luego al retenerlas. En el sadismo, la oposición se plantea entre destruir y conservar para dominar: "El componente instintivo del sadismo, tal como existe en la libido infantil, también manifiesta dos tendencias opuestas en acción. Una de estas tendencias es la de destruir al objeto (o al mundo externo); la otra es la de controlarlo" (Abraham, 1924b: 327). Estas dos oposiciones se coaligan: "El análisis de los pacientes neuróticos nos ha enseñado que el conjunto de tendencias, el *conservador*, que surgen de las fuentes anales sádicas –tendencias a retener y a controlar el objeto– se combinan y refuerzan mutuamente. Y del mismo modo hay una estrecha alianza entre las tendencias *destructivas* que provienen de esas dos fuentes –tendencias a expeler y destruir el objeto" (Abraham, 1924b: 327). Entre estas dos configuraciones sádicas anales, Abraham establece un orden genético y dinámico. El impulso a rechazar y expulsar precede al impulso a retener y conservar, y este se constituye por represión de la dirección pulsional destructiva. La distinción entre la primera y la segunda etapa del estadio sádico-anal ocupa un lugar esencial en la psicopatología psicoanalítica, porque el paso de una a la otra señala asimismo el comienzo del amor objetal:

> …en la línea divisoria entre ambas fases tiene lugar un cambio decisivo en la actitud del individuo hacia el mundo externo. En realidad, podemos decir que es en esta línea divisoria donde comienza el "amor-objetivo" en el sentido estricto, pues es en este punto donde comienza a predominar la tendencia a conservar el objeto (Abraham, 1924b: 330).

Melanie Klein fue incluyendo progresivamente esta concepción en su teoría. En 1924 aceptaba lo siguiente: la pulsión sádico-anal no pretende únicamente controlar el objeto o apoderarse de él: pretende también, en su fase más arcaica, la destrucción del objeto. A partir de entonces relacionó la dimensión sádica de la hostilidad edípica y de los deseos de muerte relativos al rival, con el sadismo anal y uretral durante algunos meses, y con el sadismo en general (incluido el sadismo oral) hasta el fin de su obra. En la rivalidad que siente el niño hacia el progenitor del mismo sexo, el *motivo* de los deseos de muerte lo proporciona sin duda el complejo de Edipo y, por lo tanto, las pulsiones genitales, pero el *contenido* de las fantasías por medio de las cuales esos deseos se expresan lo inspiran las pulsiones sádicas anales y uretrales observadas en el análisis de Trude.

A esta confluencia del complejo de Edipo arcaico y el sadismo anal se la describe ya como un fenómeno que se manifiesta en las teorías sexuales infantiles. Trude, lo mismo que Rita, sentía celos de su madre embarazada de una hermanita, que nació cuando Trude tenía dos años, y deseaba ser la madre de ese hijo de su padre y ocupar al lado de este el lugar de su madre. Pero este complejo de Edipo arcaico es contemporáneo de la etapa sádico-anal: comienza después del destete por efecto de la conversión de la libido oral del pecho de la madre al pene del padre, y lo acompañan sucesivamente la etapa anal de destrucción sádica y de rechazo del objeto y la etapa más tardía de conservación

y de dominio del objeto. La combinación de las pulsiones genitales nacientes con las pulsiones sádico-anales da origen a las teorías sádicas y anales del nacimiento y de la concepción de los niños. En el caso de Trude, la teoría del nacimiento era la del niño anal: identificaba al bebé por nacer con las heces. En los años siguientes Melanie Klein desarrolló una idea que no parece haberse aplicado en su momento al caso de Trude: la agresividad anal está dirigida menos contra las heces como objetos a expulsar que contra los objetos –en primer lugar el cuerpo materno– que en esas fantasías son atacados por medio de las heces, a las que se identifica con sustancias peligrosas. Podemos no obstante preguntarnos si esta idea no había sido anticipada en la "Contribución a la psicogénesis de los tics" (1925a-b), texto que hemos relacionado con el período protokleiniano a causa de su contenido clínico y teórico predominante, pero cuya redacción es posterior al análisis de Rita y contemporánea del de Trude. Melanie Klein escribió en él, refiriéndose a Félix: "Se hizo evidente que también había sentido el deseo reprimido de insultar a su maestro con lenguaje coprofílico y ensuciarlo con heces. Esto nos llevó nuevamente a la escena primaria, ante la que había surgido el mismo deseo con respecto al padre, y se había expresado con evacuación y llanto" (1925a-b: 124). Se trataría pues de la reconsideración, desde una nueva perspectiva inspirada por Abraham, de un hecho ya observado por Freud, quien destacó la índole sexual de la defecación como reacción a la escena primaria y sostuvo que por medio de ella se expresa la excitación sexual: esa reacción es "…un estado de excitación de la zona anal (en el sentido más lato). En otros casos de parecida índole la observación del comercio sexual terminó con una micción; un hombre adulto habría registrado una erección en iguales circunstancias" (Freud, 1918: 75). En la nueva perspectiva de Melanie Klein, esta forma de reaccionar adquiere el valor de una agresión: las heces son, en la fantasía, los instrumentos de las pulsiones sádicas anales que tienden a la destrucción del objeto.

Las pulsiones sádicas uretrales, que en el caso de Trude se presentaban unidas a las anales, fueron descubiertas al mismo tiempo que estas por Melanie Klein. También en este caso la fuente era freudiana y la influencia más destacada correspondía a Abraham, quien en 1920 publicó un artículo titulado "La valoración narcisista de los procesos excretorios en los sueños y en la neurosis" (1920a: 243-246) en el cual, retomando las ideas de Freud, insistía en la omnipotencia bienhechora o *destructiva* atribuida a la orina y a las heces. En la obra de Melanie Klein se menciona por primera vez esta idea en el Apéndice, redactado en 1925, a "Una contribución a la psicogénesis de los tics" (1925a-b): refiriéndose a un niño, Walter, cuyo análisis había comenzado poco antes, señaló la repetición regular durante las sesiones de "…un estallido de ira, acompañado por descargas motoras agresivas y una representación de ataques anales y uretrales de ensuciar dirigidos todos a los padres en coito" (1925a-b: 136).

Generalmente se considera, con justicia, que las teorías kleinianas se caracterizan por la importancia que otorgan al sadismo oral. Se trata, sin embargo, de la forma de sadismo que Melanie Klein descubrió más tardíamente. Todos los elementos orales del material proporcionado por Rita y por Trude fueron relacionados, en su momento, con el erotismo oral. El descubrimiento del sadismo oral fue posible gracias al análisis de otros dos niños: Ruth, de cuatro años y tres meses, y Peter, de tres años y nueve meses, siendo este último el primer varón con quien se utilizó la técnica del juego. En "La técnica psicoanalítica del juego: su historia y su significado" (1955b), Melanie Klein expresa al respecto: "Pero en otros análisis, efectuados en 1924 y 1925 (Ruth y Pedro, ambos descritos en *El psicoanálisis de niños,* 1932), también comprendí la parte fundamental que los impulsos oral-sádicos desempeñan en las fantasías destructivas y en las ansiedades correspondientes, encontrando así confirmación completa de los descubrimientos de Abraham en el análisis de niños pequeños. Estos análisis, que me dieron mayor campo para la observación, ya que duraron más que los de Rita y Trude, me llevaron hacia una comprensión más completa del rol fundamental de los deseos y ansiedades orales en el desarrollo mental, normal y anormal" (1955a: 141). Melanie Klein especifica en una nota: "La convicción creciente acerca de la fundamental importancia de los descubrimientos de Abraham fue también el resultado de mi análisis con él, que comenzó en 1924 y fue interrumpido 15 meses más tarde por su enfermedad y muerte" (1955a: 141*n*).

Los fragmentos publicados del análisis de Rita ponen de relieve esencialmente la frustración oral que experimentaba la pequeña y no incluyen descripciones detalladas de fantasías sádicas orales. Ruth, en cambio, lo mismo que Rita y Trude, había deseado quitar a su madre encinta el niño que llevaba en su seno, herirla y darle muerte. Pero mientras que esos ataques fueron relacionados con los celos genitales en el caso de Rita y con el sadismo anal en el de Trude, son ahora vinculados con el sadismo oral, y la intensa frustración oral de la niña se interpreta como la consecuencia, en las fantasías, del

asesinato sádico-oral de la madre por la pequeña: "A consecuencia de sus deseos de robar y matar a su madre temía que esta la abandonase para siempre, no volver a verla viva o que su buena y tierna madre que le decía 'buenas noches' se transformase en una mala madre que la atacase por la noche" (1932: 47).

Al parecer, fue el análisis de Peter el que le reveló toda la complejidad del fantaseo sádico-oral. Sabemos que en mayo de 1925 Melanie Klein presentó una comunicación –que no ha sido publicada– sobre la analogía entre ciertos delitos y las fantasías de los niños. En un texto posterior (1927c) dio algunos detalles sobre el material que había empleado. En su trabajo comentaba dos hechos delictuosos recientes que habían acaparado la atención de los berlineses: el arresto de dos criminales, uno de los cuales tenía relaciones homosexuales con jóvenes a los que luego mataba y cuyos cadáveres quemaba después de haberlos decapitado y descuartizado, en tanto que el otro mataba a sus víctimas y empleaba sus cuerpos para hacer salchichas.

Melanie Klein relacionó esos delitos con las fantasías de un niño, del que nos hace saber que se trataba de Peter (1927c: 185). Peter, en efecto, había relatado una fantasía en la que practicaba la masturbación mutua con su padre y su hermano menor representaba el acto por medio de un juego con muñecas, le cortaba la cabeza a una de ellas y vendía el cuerpo a un carnicero imaginario, conservando sin embargo la cabeza porque consideraba que era el trozo más apetecible. En determinado período de su análisis, Peter representó en sus juegos innumerables escenas en las que descuartizaba y devoraba, al tiempo que hacía pedazos una buena cantidad de estatuillas y muñecas. Como por lo demás se trataba de un niño clínicamente normal, cuyo análisis era solo profiláctico (los padres, conscientes del excesivo número de neuróticos graves que había en la familia, creían que un análisis precoz libraría a Peter de ese destino, adhiriéndose así a las opiniones de Melanie Klein sobre el psicoanálisis como preeducación) y cuya grave neurosis infantil solo habría de quedar al descubierto gracias al mismo análisis, Melanie Klein quedó fuertemente impresionada. Además, el período de 14 o 15 meses que duró este análisis fue contemporáneo, con una aproximación de uno o dos meses, del de 14 meses que duró su propio análisis con Abraham, quien en esos años de 1924 y 1925 escribió sus últimas obras, precisamente aquellas en que más ahonda en el análisis del sadismo oral. Todas estas experiencias llevaron a Melanie Klein a compartir íntegramente las concepciones de su psicoanalista y a incluir la totalidad de sus descubrimientos en el esquema del desarrollo de la libido propuesto por este. A continuación de una etapa oral preambivalente, el sadismo acompaña la segunda etapa oral, las dos fases de la etapa sádica anal y la etapa genital infantil, todas las cuales son etapas ambivalentes en las que la libido se une a las pulsiones agresivas. La ambivalencia solo se supera en la etapa genital adulta, en el caso del adolescente normal. Desde esta perspectiva, el sadismo debe describirse en sus tres registros fundamentales: oral, anal y uretral, al tiempo que se establece un vínculo estrecho entre el estilo de actividad de las pulsiones orales preambivalentes, anobjetales pero libres de sadismo, y las pulsiones

genitales postambivalentes, objetales pero también desligadas de las pulsiones sádicas. Veremos a continuación la influencia que ejerció esta idea sobre la concepción del complejo de Edipo arcaico.

En lo que respecta al sadismo podemos señalar, a modo de conclusión, que Melanie Klein necesitó menos de dos años para descubrir la totalidad de las variantes del sadismo infantil, cuya elaboración teórica requerirá seis o siete años. En este ámbito más que en ningún otro la técnica del juego le dio acceso, desde su invención, a un material de una extraordinaria riqueza, cuyo afloramiento resulta tanto más espectacular cuanto que nada en las teorías protokleinianas permitía preverlo.

11. Sadismo y superyó arcaico

Los análisis de Ruth y de Peter, además de proporcionar los elementos necesarios para completar la descripción del sadismo, permitieron la elaboración en profundidad de la teoría de la angustia. Desde entonces Melanie Klein vio siempre en la angustia, cuyo significado de culpabilidad se había puesto de manifiesto ya en el análisis de Rita, una consecuencia directa del sadismo infantil. Nos hallamos aquí frente a una idea esencial de las concepciones kleinianas según la cual la angustia es producto del temor a la retaliación. Esa idea no le fue inspirada por los primeros análisis que llevó a cabo utilizando la técnica del juego. Aparece ya mencionada en el relato del análisis de Erich, cuyo temor de ser muerto por su padre estaba relacionado con sus propios deseos de muerte dirigidos contra este, y no, como lo estipulaba la concepción clásica, con una amenaza de castración real o imaginada a partir de los esquemas filogenéticos, de las fantasías originarias. Ya en esta época Melanie Klein concibió la idea de que el inconsciente está dominado por la fórmula ojo por ojo y diente por diente. Si el niño teme la castración, no es a causa de sus deseos de muerte, sino porque ha deseado castrar a su padre. Si ha sentido deseos de muerte contra su padre, temerá que este lo mate. De acuerdo con esta fórmula –que corresponde al destino pulsional, descrito por Freud, de la vuelta en contra del sujeto–, a cada fantasía sádica específica corresponde una fantasía de angustia que es idéntica a la primera en todos sus detalles y en la que al sujeto le ocurre lo mismo que, en sus fantasías sádicas, inflige a sus objetos. Así, cada descubrimiento de una nueva fuente de agresividad sádica conduce al descubrimiento de una angustia típica correlativa o, para expresarlo de un modo más preciso, de una fantasía ansiógena correlativa en la que se halla representada, en forma de *situación ansiógena,* la vuelta en contra del sujeto de la fantasía sádica correspondiente. La evolución de la teoría de las situaciones de angustia guarda pues un exacto paralelismo con la de la teoría del sadismo. Erich teme que su padre le dé muerte. Rita teme que su madre destruya el interior de su cuerpo, no se atreve a jugar a ser la madre de su muñeca y pide que la arropen prolijamente con sus mantas para evitar que su madre mala introyectada la ataque durante su sueño. Trude teme que su madre la despoje de sus heces, a las que identifica con bebés. Y Ruth y Peter temen que sus padres los hagan padecer hambre, los corten en pedazos y los devoren.

Este concepto de *temor a la retaliación* se vincula estrechamente con el de objeto introyectado o, como se lo denominaría más tarde, objeto interno, acerca del cual ya expusimos lo esencial en la sección octava de este capítulo. El concepto de objeto introyectado está directamente relacionado con el de temor a la retaliación, por cuanto este, en el inconsciente, transforma los objetos reales atacados en objetos vengadores. A causa de la creencia infantil en la omnipotencia de los pensamientos, a la cual precede, según la teoría de Abraham (1920b), la creencia en la omnipotencia de los excrementos utilizados como armas destructivas en las fantasías sádicas, el niño vive en dos registros: en uno de ellos es capaz de experimentar la realidad y de mantener relaciones

relativamente realistas con sus padres reales, mientras que en el otro –que sufre constantemente la influencia del primero–cree que de verdad ha destruido y herido a sus padres, y teme su venganza. Por lo tanto, la relación objetal del niño pequeño supone a la vez una relación con objetos reales y una relación con objetos imaginarios, que entre 1923 y 1927 la teoría kleiniana describe en primer término como exclusivamente sádicos y vengadores. Estos objetos imaginarios son producto de la *introyección* de los padres reales, contra quienes se dirigen prioritariamente las fantasías sádicas.

La descripción del mecanismo de la introyección –que sería relacionado más tarde con la fantasía sádico-oral de la incorporación canibalística, en la cual el sujeto incorpora, absorbe objetos dañados por su acción de devorarlos, por consiguiente vengativos, que se convierten en perseguidores internos– es posterior al período 1923-1927: fue elaborada después de concluido el análisis de Erna, que tuvo lugar entre 1924 y 1926. Melanie Klein comprobó la existencia de los objetos introyectados cuando aún no estaba en condiciones de comprender la introyección misma. El concepto de *objeto introyectado*, en la génesis real de las concepciones kleinianas, que se aparta en este caso del orden lógico y coherente con que serían presentadas más adelante, no proviene de la observación de los procesos de introyección sino de la idea del temor a la retaliación. En este sentido, es obvio que en esa época el concepto de *introyección* no tenía el significado que le otorga el psicoanálisis kleiniano ni tampoco el que le asignaba Freud. Más bien relacionaríamos el empleo que le daba Melanie Klein en esa época con la definición harto vaga que propuso Ferenczi (1909c) cuando acuñó el término: después de atribuirle una estrecha vinculación con la transferencia[9] y de describir, a modo de ejemplo, procesos que hoy consideraríamos típicamente proyectivos, Ferenczi afirmó: "…mientras el paranoico proyecta al exterior las emociones penosas, *el neurótico intenta incluir en su esfera de intereses la mayor parte posible del mundo exterior*, para hacerla objeto de fantasías conscientes o inconscientes" (Ferenczi, 1909c: 107). La introyección se define, por medio de una referencia que no deja de ser vaga a la absorción corporal, como un medio de extender los intereses a los objetos, recurriendo a su integración en las fantasías del sujeto. Es muy probable que hacia 1926 el término no tuviera un significado mucho más preciso para Melanie Klein, quien por su parte describió al objeto introyectado como un objeto cuya característica esencial es la de no corresponder a la percepción, como consecuencia de la deformación que sufre al integrarse en el universo de la fantasía, que el niño no distingue totalmente del universo real.

Esos objetos introyectados amenazadores constituyen el núcleo del superyó. Entre 1923 y 1927 Melanie Klein, obedeciendo a sus preocupaciones dominantes, concibe al superyó como estrechamente relacionado con el sadismo y el complejo de Edipo. La teoría definitiva, que distingue un superyó bueno escindido de otro malo, no surgió hasta 1927, cuando los progresos en la conceptualización de la introyección condujeron a extender el papel asignado a este mecanismo.

Al igual que los objetos introyectados que constituyen su núcleo, el superyó del niño pequeño es al principio de una severidad y una crueldad extremas, las cuales no se hallan en relación directa con las exigencias reales que sus padres tienen para con él:

> Quisiera mencionar el caso de un niño de cuatro años [se trata de Gerald, uno de sus primeros pacientes en Londres] cuyos padres no solo nunca lo castigaron ni amenazaron sino que en realidad son extraordinariamente cariñosos y buenos […] Basado en la conocida fórmula que prevalece en el inconsciente, el niño espera en razón de sus propios impulsos canibalísticos y sádicos, castigos tales como castración, ser cortado en pedazos, devorado etc., y vive perpetuamente aterrado por ello. El contraste entre su tierna y cariñosa madre y el castigo con que lo amenaza su propio superyó es realmente grotesco, y es una ilustración del hecho de que no debemos de ningún modo identificar los objetos reales con aquellos que el niño introyecta (1927b: 163-164).

Esta crueldad del superyó es consecuencia directa del predominio del sadismo en las fases iniciales de su formación, y su descripción atravesó las mismas etapas que las del sadismo: Melanie Klein lo concibió primero como producto del temor a la retaliación que sentía Rita a causa de sus ataques contra su madre, inspirados por sus celos edípicos; luego, le atribuyó también una dimensión sádico-anal y sádico-uretral, a raíz del análisis de Trude, y más tarde una dimensión oral fundamental, a raíz de los análisis de Ruth y Peter. De resultas de ello sostuvo que el superyó del niño pequeño es más severo que el del adulto, y también más cruel, por cuanto corresponde a una fase más antigua y más arcaica del desarrollo.

En lo que respecta a este punto, las ideas de Melanie Klein contradicen abiertamente a las teorías psicoanalíticas que gozaban de aceptación general en la época. Sabemos, en efecto, que para Freud el superyó era el heredero del complejo de Edipo, y por lo tanto una instancia que se formaba en el período de declinación de un Edipo concebido como tardío. La teoría kleiniana afirma, por el contrario, que el superyó se forma desde el comienzo del complejo de Edipo, al cual, por otra parte, se lo considera mucho más precoz. Esto implica una renovación completa de las perspectivas abiertas por Ferenczi y Abraham, en quienes Melanie Klein se inspiró inicialmente. Ambos autores ya habían intentado definir los precursores del superyó y del sentimiento de culpabilidad. Ferenczi había descrito una moral esfinteriana vinculada con el aprendizaje de los hábitos de higiene, a la cual calificaba de "precursor fisiológico del superyó" en la etapa anal. Abraham había atribuido el origen de la angustia a la etapa canibalística, sosteniendo que el sentimiento de culpabilidad hacía su aparición en la primera etapa sádico-anal. Para ambos no se trataba sino de formas aún embrionarias del funcionamiento de una instancia que solo habría de constituirse como tal durante el complejo de Edipo, al que atribuían una fecha de aparición tardía, de acuerdo con la cronología freudiana. Influida en un comienzo por ellos, Melanie Klein no elaboró sin embargo su concepción amplia del superyó desarrollando la investigación iniciada por sus precursores. Tal cosa habría supuesto que se fijara deliberadamente el propósito de establecer la génesis de esa instancia. Pero, como sabemos, procedió de modo exactamente opuesto: aunque en un comienzo no tenía intención alguna de ahondar en el problema, se encontró frente al

material aportado por los primeros psicoanálisis llevados a cabo mediante la técnica del juego, en el que la culpabilidad ocupaba un lugar dominante.

Desde una perspectiva estrictamente freudiana, que ese material confirmaba en un todo, relacionó el superyó con el complejo de Edipo, al que debió asignar una fecha de aparición más temprana, sin dejar de señalar que las modificaciones por ella introducidas no iban más allá:

> Resumiendo mis conclusiones: ante todo deseo recalcar que, según mi opinión, no contradicen las observaciones del profesor Freud. Pienso que el punto esencial de las consideraciones adicionales que he hecho está en que sitúo esos procesos en épocas más tempranas, y en que las diferentes fases (especialmente en los estadios iniciales) se fusionan más libremente la una con la otra de lo que hasta ahora se suponía (1928a: 203-204).

La tesis kleiniana de la precocidad del superyó resultó así impuesta en primer término por la clínica, siendo al principio totalmente independiente de una problemática de los orígenes o de los precursores del superyó: las interpretaciones comunicadas a Rita prueban que hubo un momento en que el superyó arcaico era aún concebido como temor a la retaliación por una agresividad relacionada con la hostilidad edípica. Solo en una segunda etapa, al profundizar la descripción del sadismo, Melanie Klein retoma y combina las hipótesis de Ferenczi y Abraham: relaciona sin esfuerzo la moral esfinteriana, la angustia sádico-oral y la culpabilidad sádico-anal con el funcionamiento de un superyó ya existente. Vinculado desde el principio al conflicto edípico, ese superyó es introyectado por efecto de las pulsiones genitales incipientes, que son las que en último análisis explican su formación, incluso si sus contenidos ansiógenos deben ser relacionados con las pulsiones sádico-orales y sádico-anales que infiltran las pulsiones genitales en las etapas iniciales del complejo edípico. En esta perspectiva ultrafreudiana o ultraedípica los elementos sádico-orales y sádico-anales del superyó no podrían ser los precursores del superyó genital. Incluso si son iniciales, no son primarios sino secundarios, no son organizadores sino organizados; no proporcionan la intencionalidad sino solo el estilo del superyó arcaico. El pensamiento de Melanie Klein sobre esta cuestión fue evolucionando y posteriormente llegó a admitir la existencia de precursores orales del superyó, y más tarde de un superyó oral: pero esta no era aún su posición entre 1923 y 1927.

Esta teoría del superyó dejó sentir su influencia sobre las concepciones técnicas, a las que aportó una justificación suplementaria. En su controversia de 1927 con Anna Freud, Melanie Klein insistió con la mayor firmeza en la precocidad y la severidad del superyó, que le proporcionaron argumentos para rebatir las críticas formuladas por su contrincante en *Psicoanálisis del niño* aparecido en 1926. Anna Freud, en efecto, interpretando los puntos de vista freudianos en forma muy restrictiva –mucho más restrictiva que la del mismo Freud al comentar el análisis de Juanito– sostuvo que los niños, en comparación con los adultos, son mucho más dependientes de sus objetos reales y mucho menos dependientes de un superyó que es aún embrionario o débil. De ahí que el temor a los

castigos y la búsqueda de la aprobación de los padres y, eventualmente, del psicoanalista, pese mucho más que el sentimiento de culpabilidad propiamente dicho. Como argumento en favor de esta tesis se cita la frecuencia del *acting out* en el niño pequeño, que es interpretada como signo de la debilidad del superyó. Esta concepción proporciona una justificación teórica a los preceptos técnicos que Anna Freud tomó de Hermine von Hug-Hellmuth: la insuficiencia de una actitud puramente psicoanalítica e interpretativa, la prudencia en el análisis del complejo de Edipo y la necesidad de observar una actitud pedagógica y de inculcar normas y valores morales durante el tratamiento educativo y curativo. Basándose en su teoría exactamente opuesta del superyó, Melanie Klein sostuvo, en defensa de su técnica, que el superyó del niño no es más débil que el del adulto y que el *acting out* no se debe a un superyó débil sino a un superyó excesivo y abrumador que no acepta ningún compromiso.

El superyó del niño, sádico y amenazante, es en su esencia idéntico al del adulto. La única diferencia notable se relaciona con el estilo: el superyó del adulto se muestra como menos cruel, más evolucionado que el de los primeros años de la existencia. Pero solo se trata de una diferencia superficial: en el adulto, lo mismo que en el niño pequeño, las capas profundas del superyó amenazan con castrar, desmembrar, devorar; en el adulto, estas amenazas son simplemente encubiertas por formaciones superficiales y tardías. Más allá de estas apariencias, la realidad es la misma: "…contrariamente a Anna Freud, estoy llevada a creer por el análisis de niños que su superyó es un producto sumamente resistente, inalterable en su núcleo, y que no es esencialmente diferente del de los adultos" (1927b: 164). Lo que explica la aparente ausencia de culpabilidad en los niños es la inmadurez de su yo, incapaz de defenderse adecuadamente de las exigencias excesivas y las amenazas aterradoras del superyó: "La única diferencia es que el *yo más maduro* de los adultos está más capacitado para llegar a un acuerdo con el superyó" (1927b: 164). El material aportado por el análisis de niños debe pues ser interpretado como prueba de una estrategia defensiva inadecuada del yo frente a las exigencias del ello, pero también del superyó. De lo que se desprende que la técnica de Anna Freud es totalmente errónea: al auxiliar al yo en su lucha contra el ello, refuerza un superyó abrumador cuya existencia ignora y que es la causa de los problemas del niño. Aumenta así la angustia de este en vez de calmarla e incurre en una rudeza innecesaria (1927b: 153) al activar la angustia y la culpabilidad del niño sin eliminarlas luego por medio de la interpretación.

En la perspectiva de Melanie Klein, el principal enemigo, tanto del yo del niño como del analista, no es el ello sino el superyó, fuente de la angustia, la culpabilidad y la actuación. Los actos de violencia y las fantasías sádicas de los niños no son emanación directa de las pulsiones sino respuestas del yo a las amenazas de los objetos introyectados que constituyen el núcleo del superyó. El sadismo del niño es sin duda primario: a él se debe la deformación de las imágenes introyectadas. Pero una vez que esos objetos introyectados amenazan desde el interior, el niño transfiere a los objetos reales las amenazas provenientes del superyó y se defiende de ellas por medio del

contraataque sádico dirigido a los objetos reales. Entra así en un círculo vicioso (1927c: 187), en el que su propio sadismo refuerza el sadismo de los objetos introyectados y viceversa. Cuando el sadismo primario es constitucionalmente excesivo o cuando el yo es muy inmaduro, la única defensa posible contra esos afectos terroríficos es la represión de las fantasías sádicas, defensa que puede considerarse inadecuada ya que impide la abreacción de las pulsiones sádicas por medios simbólicos en las fantasías y en los juegos, las deja por lo tanto intactas y vuelve inevitables los episodios masivos de retorno de lo reprimido. Pero la represión alcanza también al sentimiento de culpabilidad,[10] que retorna igualmente, como necesidad de ser castigado. El círculo vicioso prosigue en el inconsciente e inspira los *acting out*, que asumen de este modo el triple significado de una satisfacción del sadismo, de una defensa inadecuada del yo contra un superyó cruel y, en la medida en que conducen a que se los refrene, de una satisfacción de la necesidad de castigo proveniente del superyó.

Las conductas malas y antisociales del niño (y también, como ya lo observara Freud, del adulto) son prueba de una derrota del yo frente al ello, pero asimismo, y por sobre todo, frente al superyó. Esta derrota fue concebida en 1927 como resultado exclusivo de la debilidad del yo, incapaz de emplear, en condiciones económicamente desfavorables, una estrategia defensiva eficaz basada en la sublimación. Esta teoría fue atenuada más tarde, pero, en la evolución posterior de las concepciones kleinianas, el fracaso del proceso defensivo fue siempre relacionado con ese círculo vicioso, o círculo maligno, que llegó a ser un concepto importante del sistema kleiniano y al cual se opuso, en 1937, un círculo benigno reparador. Paralelamente se descubrieron aspectos buenos y alentadores del superyó. Su fuerza o su debilidad era un factor importante en lo que respecta al ingreso en el círculo bueno o en el malo. Pero a esta fase la precedió un período durante el cual, como ya lo indicamos, la teoría del superyó destacaba sobre todo los elementos siguientes: su origen edípico, su aparición precoz, su crueldad extrema debida al temor a la retaliación por las fantasías sádicas y su fuerza abrumadora en relación con el yo.

12. El complejo de Edipo arcaico de la niña

Paralelamente a esta primera teoría del superyó, el análisis de Rita confirmó, con base en una progresión análoga del pensamiento, el hecho –anticipado ya en el sistema protokleiniano– de la aparición precoz del complejo de Edipo, cuyo vínculo con el sadismo, la angustia y el superyó fue aclarado más tarde por los análisis de Trude, Ruth, Peter y Erna. Ya en el análisis de Rita, el esquema general de la evolución del Edipo se manifestó con claridad: aparición a raíz de la frustración oral del destete; primera fase del complejo positivo en la primera mitad del segundo año; fase de represión y de complejo negativo a partir de la mitad del segundo año; fase terminal de retorno del complejo positivo con el aumento cuantitativo de las pulsiones genitales en la época del complejo de Edipo clásico descrito por Freud, que coincide así con la tercera y última etapa de una larga evolución. Los análisis de Trude, Ruth y Erna permitieron precisar los efectos del sadismo oral y anal sobre las formas iniciales del conflicto edípico, mientras que el de Peter permitió fijar la concepción kleiniana de la evolución del complejo de Edipo del varón.

Una de las particularidades de la descripción kleiniana del Edipo es que invierte la perspectiva habitual, que considera al Edipo femenino como una forma modificada e incompleta del Edipo del varón. El camino seguido por Melanie Klein consistió en descubrir primero el Edipo arcaico en los análisis de niñitas, para observarlo luego en el análisis de varones, especialmente en el de Peter. Sin duda que en ello intervino en parte el azar, por cuanto la técnica del juego fue aplicada a tres niñas pequeñas antes de ser empleada con Peter. Podemos pensar, sin embargo, que ese azar, cuyo papel es innegable, coincidió con una necesidad inherente a la naturaleza del Edipo arcaico, cuyas fases iniciales son más fáciles de observar en la niña que en el varón. La descripción kleiniana del Edipo arcaico implica, además del reconocimiento de su aparición precoz, la revisión total de la teoría freudiana de la sexualidad femenina, la reinterpretación de las manifestaciones de la envidia del pene y la postulación de un complejo de feminidad del varón que corresponde con el complejo de masculinidad de la niña. Todos estos factores concurren a determinar que la descripción kleiniana del complejo de Edipo masculino sea la aplicación al varón de un esquema genético concebido primeramente en el análisis del complejo de Edipo arcaico femenino.

Destete y primera fase femenina

La primera etapa del complejo de Edipo femenino comienza con el destete. Esta idea, sugerida por el análisis de Rita, fue expuesta por Melanie Klein ya en 1924, en Salzburgo, y se incorporó en forma permanente a su doctrina: "Yo veo la privación del pecho como la más fundamental causa del acercamiento al padre" (1926c, 1928a: 200). La frustración oral provoca el abandono de la madre como objeto privilegiado de la libido de la niña pequeña. Entre 1923 y 1927 se agregaron a este hecho fundamental, en carácter de factores adicionales, los elementos siguientes:

1. Las frustraciones anales que experimenta la niña cuando se le inculcan hábitos de higiene contribuyen a aumentar el odio hacia la madre y a precipitar la conversión hacia el padre.
2. Influida por Helene Deutsch, Melanie Klein admitió que "…el desarrollo genital de la mujer se completa con el afortunado desplazamiento de la libido oral a la genital" (1926c, 1928a: 199). Pero, a diferencia de la psicoanalista vienesa, consideraba que ese desplazamiento es extremadamente precoz, que se produce desde que surgen las primeras pulsiones genitales y que proporciona el quántum de energía libidinal genital indispensable para la conversión hacia el padre y para la aparición del Edipo. Por lo tanto, sigue inmediatamente al Edipo.
3. Las pulsiones genitales aparecen en la segunda mitad del primer año. Su refuerzo por la libido oral después del destete se ve facilitado por su índole femenina y receptiva: la libido de la niña no es primero viril o fálica como lo creía Freud, sino que tiene desde un comienzo una meta específicamente femenina y receptiva. Esta semejanza entre la meta de la libido oral y la de la libido genital facilita la transferencia de la energía libidinal de la una a la otra.
4. Desde un principio las pulsiones genitales femeninas se acompañan de un "reconocimiento inconsciente de la vagina" y de su función oral y receptora (1926c, 1928a: 199). A este conocimiento se suman sensaciones vaginales que dan origen a formas típicamente femeninas de masturbación (1926c, 1928a: 199). Esta libido receptora, aumentada con el aporte de las pulsiones orales, se dirigirá por lo tanto hacia un objeto que pueda ser incorporado.
5. Este objeto, que viene a reemplazar al pecho de la madre, es el pene del padre. Tal conclusión, que procede directamente del análisis de Rita, ya había sido presentada por Melanie Klein al Congreso de Salzburgo, en 1924. Los niños conciben y desean en primer término el coito como un acto oral, y la meta receptiva común a la vagina y a la boca, al mismo tiempo que favorece el "desplazamiento a los genitales de la libido oral", confiere a las primeras pulsiones edípicas un carácter a la vez oral y vaginal.
6. Este carácter pulsional mixto –oral y genital– otorga un matiz especial a la primera

> posición de rivalidad edípica con la madre: "…la envidia y el odio a la madre poseedora del pene del padre parece ser, en el período en que surgen estos primeros impulsos edípicos, un motivo más para que la niña se vuelva hacia el padre" (1926c, 1928a: 199).

Esta idea, inspirada por el análisis de Ruth, incluye dos aspectos, distintos desde el punto de vista lógico pero descubiertos simultáneamente por Melanie Klein. El primero es el papel que desempeñan las teorías sexuales infantiles como organizadores del deseo edípico, papel entrevisto ya en la comunicación presentada en Salzburgo. La envidia y los celos que provoca la madre se relacionan con la teoría del coito como acto oral, ya que la niña imagina en su fantasía que su madre incorpora el objeto –el pene del padre– hacia el que se dirige en ese momento su deseo. Este primer punto parece haber quedado establecido a la terminación del análisis de Rita, de acuerdo con la concepción de la rivalidad a que dicho análisis dio lugar: la hostilidad de la niña contra su madre aparecía como una consecuencia del deseo incestuoso hacia el padre. Más adelante Melanie Klein demostró que esa hostilidad se manifiesta en las fantasías sádicas pregenitales, que son organizadas por las teorías sexuales en las que se reflejan las tendencias edípicas incipientes, al tiempo que, por su parte, confieren a esas teorías su matiz sádico-anal y sádico-oral. Como sabemos, esta referencia al sadismo anal, y más tarde el sadismo oral, es consecuencia de los análisis realizados en 1924 y 1925.

En un ámbito muy próximo, la misma relación se da entre la identificación edípica con la madre y el sadismo pregenital: "La identificación de la niña con la madre resulta directamente de los impulsos edípicos" (1926c, 1928a: 199). Esta identificación se acompaña de sentimientos de rivalidad y hostilidad que se unen con las pulsiones sádicas orales y sádicas anales: "…esta identificación coincide con las tendencias anal-sádicas de robar y destruir a la madre" (1926c, 1928a: 199). La primera posición de rivalidad con la madre se caracteriza de este modo por un fantaseo sádico de extraordinaria violencia, tan intenso que puede llegar a enmascarar las tendencias edípicas genitales, a cuyo servicio, sin embargo, se encuentran las pulsiones sádicas: "Los estadios tempranos del conflicto edípico están tan dominados por las fases pregenitales del desarrollo que la fase genital, cuando comienza a ser activa, está al principio muy oculta, y solo más tarde, entre los tres y cinco años, se torna más claramente reconocible" (1926c, 1928a: 204). La teoría kleiniana incluye pues, a la vez, la afirmación del predominio de las pulsiones genitales en la fase inicial del complejo de Edipo y la explicación de que esta supremacía resulta difícil de observar.

La segunda fase del complejo de Edipo femenino, que se caracteriza por el abandono del padre y el retorno a la madre, también es producto de la convergencia de varios factores. Todos estos tienen un rasgo en común: surgidos, por lo menos en parte, de la primera posición edípica, su desarrollo, que es la consecuencia, lleva sin embargo a un cambio radical de esa posición.

El primero de esos factores se relaciona con la progresiva superposición de las

pulsiones sádicas a las tendencias genitales. El surgimiento de las pulsiones edípicas es contemporáneo a la aparición de las pulsiones sádicas, las que, según las descripciones de Abraham, aceptadas cada vez más por Melanie Klein en el transcurso de los años 1924 y 1925, alcanzan su apogeo durante la etapa sádico-oral. En ese momento la relación de fuerzas es favorable a las pulsiones sádico-orales y sádico-anales, que eclipsan a la libido genital. El exceso de sadismo determina la introyección de objetos fantásticamente deformados por la omnipotencia, que confiere un valor de realidad a los ataques imaginarios de que dichos objetos han sido víctima, lo cual origina el temor a la retaliación. La pequeña que desea destruir a su madre, cortarla en pedazos, devorarla, quitarle el pene del padre y los bebés –reales o imaginarios– que lleva en el vientre, introyecta una madre dañada cuyos ataques vengadores teme cada vez más y de la que se defiende por medio de contraataques fantaseados más y más sádicos: ingresa así en el círculo maligno bajo la influencia de un superyó sádico-oral y sádico-anal cruel y tiránico que amenaza con devorarla, cortarla en pedazos, etcétera.

El terror a la madre introyectada, que impide a Rita jugar a ser la madre de su muñeca –a la que identifica con el bebé que quiso sustraer a su madre real– es la situación de angustia específica de la niña, en la que se origina su culpabilidad edípica: "A causa de las tendencias destructivas que en una época dirigió contra el cuerpo de la madre o ciertos órganos del mismo, y contra los niños en el vientre, la niña espera la retribución en forma de destrucción de su propia capacidad de maternidad o de los órganos relacionados con su función y de sus propios hijos" (1926c, 1928a: 201). Esta angustia que, hacia los 15 o 18 meses, determina el abandono de la primera posición femenina, es comparable con la angustia de castración del varón: "La intensa ansiedad de la niña por su feminidad puede ser vista como análoga al temor a la castración del niño ya que seguramente contribuye al rechazo de sus impulsos edípicos" (1926c, 1928a: 201).

El segundo grupo de factores que ocasionan el abandono de la primera posición edípica proviene de la relación con el padre. El factor precipitante es la frustración de los deseos orales y genitales que se sufre en esa relación. Puesto que las caricias del padre "…tienen ahora el efecto de una seducción y se las ve como 'la atracción del sexo opuesto'" (1926c, 1928a: 199), la ausencia de satisfacción oral y genital directa en la relación heterosexual lleva a una decepción más o menos fácil de tolerar para la niña. La capacidad para sobrellevar esta nueva frustración depende, en efecto, de la manera como fue recibida la frustración oral del destete. Por esta vía, la primera relación preedípica con la madre ejerce toda su influencia sobre la relación edípica arcaica con el padre. Transcurrido un tiempo más o menos largo –cuya duración depende de la capacidad de la niña para tolerar la frustración, y por consiguiente de la calidad de su relación anterior con su madre–, la falta de satisfacción de sus deseos edípicos determinará que estos sean abandonados, así como la frustración del destete había ocasionado algunos meses antes el rechazo de la madre como objeto. La relación con el padre también es afectada de otro modo por la actitud hacia la madre. En la primera posición edípica, las pulsiones genitales

y el odio a la madre concurren a consolidar el apego al padre. Si en la dosificación de estos elementos el odio a la madre predomina sobre las tendencias genitales receptoras como causa de la elección incestuosa del padre, la relación heterosexual será tanto más vulnerable a los ataques del superyó materno y tanto más frágil. El padre no solo será abandonado como objeto de amor, de acuerdo con las amenazas y las exigencias de la madre introyectada, sino que será también odiado como frustrador. El odio a los hombres, que constituye la base de algunas formas de homosexualidad femenina, debe ser vinculado con esta etapa.

La fase fálica

En el punto de convergencia de estos dos procesos –terror creciente a la madre introyectada y desengaño respecto del padre–, la niña invierte la posición inicial e ingresa en la segunda fase de su desarrollo edípico. Vuelve la espalda a su padre, se acerca a su madre y desde entonces considera a su padre como un rival. Freud observó esta fase y la describió con el nombre de *fase fálica*, afirmando que marcaba la entrada de la niña en el Edipo. En cierto sentido, Melanie Klein confirmó las concepciones de Freud: en la niña pequeña hay sin duda una fase masculina, anterior a la entrada en el complejo de Edipo. Admitió también que esta fase se caracteriza por la envidia del pene, por el deseo de la niña de poseer el órgano genital masculino, teoría que, sin embargo, era controvertida en esa época por la mayor parte de las psicoanalistas. Conocemos los elementos esenciales de la caracterización freudiana de la fase fálica que J. Laplanche y J.B. Pontalis resumen así: "…el niño o la niña no reconocen en esta fase más que un solo órgano genital, el masculino, y la oposición de los sexos equivale a la oposición fálico-castrado. La fase fálica coincide con el momento culminante y la declinación del complejo de Edipo; en ella predomina el complejo de castración" (Laplanche-Pontalis, 1996: 148). En lo que respecta a la niña, describen la forma especial que asume su complejo de castración: "En la niña, la ausencia de pene es sentida como un perjuicio sufrido, que intenta negar, compensar o reparar" (Laplanche-Pontalis, 1996: 58), y definen la envidia del pene de esta manera:

> Elemento fundamental de la sexualidad femenina y móvil de su dialéctica. La envidia del pene surge del descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos: la niña se siente lesionada en comparación con el niño y desea poseer, como este, un pene (complejo de castración); más tarde, en el transcurso del Edipo, esta envidia del pene adopta dos formas derivadas: deseo de poseer un pene dentro de sí (principalmente en forma de deseo de tener un hijo); deseo de gozar del pene en el coito (Laplanche-Pontalis, 1996: 118).

Al exponer sus primeras ideas personales, Melanie Klein aceptó los datos empíricos señalados por Freud, pero cuestionó la interpretación asignada a la mayoría de ellos. En la etapa fálica, sostuvo, la niña no ignora la diferencia entre los sexos ni la existencia de la vagina, pero las niega. La ignorancia es solo consciente: el conocimiento de la vagina es inconsciente y reprimido durante la fase fálica. La etapa fálica no coincide en la niña con el apogeo y la declinación del Edipo, sino con la declinación de la primera posición femenina. El complejo de castración y la envidia del pene, si bien prevalecen en esa etapa, no pueden describirse como elemento fundamental de la sexualidad femenina y motor de su dialéctica: toda perspectiva dialéctica *debe* ser excluida. La fase fálica no es un momento de negación indispensable para la evolución del proceso edípico, sino un hecho irreductible a todo desarrollo de la idea entendida en el sentido filosófico del término, ya que es tan poco factible deducir la fase fálica con el complejo de Edipo como deducir dialécticamente a este último de la fase fálica. El proceso de la fase fálica se explica en su totalidad por el encuentro de dos líneas de desarrollo, diferentes por su origen, que se entrecruzan. El desarrollo edípico propiamente dicho deriva de las

pulsiones genitales. Los elementos negativos del complejo deben relacionarse con dos fuentes pulsionales distintas: las pulsiones sádico-orales y las sádico-anales, que el complejo edípico organiza antes de ser eclipsado por ellas. La envidia del pene no se origina en el descubrimiento de la diferencia anatómica entre los sexos: esa diferencia se conoce ya inconscientemente desde que surgen las pulsiones genitales, y por lo tanto deja sentir su influencia en la primera fase edípica. Podemos, pues, resumir así las posiciones kleinianas de 1927: la fase fálica de la niña sucede a una primera posición femenina y, lejos de ser la manifestación de las tendencias genitales infantiles, constituye la prueba de la represión inicial de estas; la fuente pulsional de este período de Edipo negativo debe buscarse en las tendencias sádicas que determinan la formación del superyó arcaico.

El ingreso de la niña en la fase fálica supone, en efecto, la frustración de su erotismo genital infantil. La intensidad y la duración de esta fase dependen de la gravedad de esa frustración. Las pulsiones genitales de la primera etapa edípica se debilitan al ser contrariadas: el pene del padre no puede reemplazar al pecho de la madre como fuente de satisfacciones reales; las tendencias maternales no pueden verse satisfechas. El erotismo genital es pues decepcionante, y su fracaso renueva la frustración originaria del destete. Hacia la misma época, las tendencias sádicas orales y sádicas anales alcanzan su punto culminante y, como consecuencia del temor a la retaliación, el miedo a la venganza de la madre introyectada se vuelve terrorífico. Determina así el abandono de la primera posición edípica, de acuerdo con un proceso que no responde en absoluto a una evolución lógica de la situación, sino que, por el contrario, atestigua la influencia de fuerzas intrapsíquicas perturbadoras: las pulsiones sádicas. A partir de ese momento, la niña se aleja del padre, que le niega el coito y la maternidad, y lo detesta como frustrador, del mismo modo como ha detestado a la madre frustradora del destete y de la educación en los hábitos higiénicos.

Se vuelve hacia la madre para aplacarla o, más exactamente, se apega a su madre real para aplacar a la madre cruel introyectada. Desde esta perspectiva, el ingreso en la fase fálica no está acompañado por el desprecio hacia la madre o su desvalorización, y la supremacía del pene es solo una consecuencia del acercamiento con la madre. En esta nueva posición la niña, que detesta a su padre a causa de la frustración que ha experimentado, lo considera un rival en relación con su madre. La fantasía de tener un pene posee una doble raíz: revela la persistencia del deseo edípico primitivo (robar el contenido del cuerpo de la madre: heces = niños = pene) en una forma desplazada (robar el pene del padre) y por lo tanto menos angustiante, ya que en esta etapa el padre, amado hasta entonces, no es introyectado como un perseguidor sádico y no parece muy peligroso; asimismo expresa el deseo de sobrecompensar el odio culpable y angustiante hacia la madre por medio de fantasías en que la niña, gracias al pene que ha robado al padre, la colma sexualmente y le da hijos. Esto corresponde a la sobrecompensación del deseo inicial de robarle sus hijos. Es razonable ver en esta sobrecompensación, mencionada en 1927, el antecedente de la noción de reparación.[11]

La envidia del pene puede así considerarse como el fantaseo que acompaña a un derivado deformado –por el desplazamiento y la inversión– del complejo de Edipo inicial. Es pues el producto de un trabajo defensivo: "La identificación con el padre está menos cargada de ansiedad que la identificación con la madre; además el sentimiento de culpa hacia ella impulsa a sobrecompensarla con una nueva relación amorosa con ella" (1926c, 1928a: 200).

La fase fálica se caracteriza, pues, en su apogeo, por un complejo de Edipo negativo o invertido: la niña adopta imaginariamente una posición masculina, desea ser un varón, sueña con dar hijos a su madre, con apoderarse del pene de su padre, con alejarlo y excluirlo. Esta fase fálica puramente defensiva no tiene ninguna posibilidad de provocar la aparición del complejo de Edipo clásico, salvo con su fracaso. Como ya lo observara Freud, es necesario que la niña renuncie a su posición masculina para ingresar en el Edipo. Pero no se trata de un factor único ni determinante. En particular el odio hacia la madre, que proporciona un motivo poderoso para abandonar la posición masculina, no proviene del complejo de castración: el perjuicio imaginario de la falta de pene solamente puede desencadenar ese odio reactivando la hostilidad primitiva contra la madre, que la fase fálica no había sino desplazado al padre. Si la fase fálica se desvanece, ello ocurre porque en "…contra de esta nueva relación amorosa con ella actúa el complejo de castración que dificulta una actitud masculina, y también el odio hacia ella que proviene de situaciones más tempranas. El odio y la rivalidad con la madre, sin embargo, la llevan nuevamente a abandonar la identificación con el padre y acercarse a él como objeto para amar y ser amada" (1926c, 1928a: 200). Pero esta nueva transformación solo es posible, en definitiva, porque la disminución de las pulsiones sádicas invierte la relación de fuerzas en favor de las pulsiones genitales. Entonces el miedo a la madre introyectada se debilita, ya que los ataques dirigidos contra ella en la fantasía están menos infiltrados por la agresividad oral y anal, y se relacionan de modo más exclusivo con la rivalidad edípica propiamente dicha, basada en las pulsiones genitales: "…si hay una relación más positiva con la madre, construida sobre la posición genital, no solamente estará la mujer más libre de sentimiento de culpa en relación con sus hijos, sino que su amor por su esposo será fuertemente reforzado" (1926c, 1928a: 200).

Aunque la idea no haya sido enunciada explícitamente, según todas las apariencias Melanie Klein admitía en 1927 que la rivalidad edípica tardía con la madre no daba lugar a la introyección de un superyó amenazador, sino de un ideal digno de imitar en el que la dimensión destructiva pasaba a segundo plano. Por lo tanto, el superyó incluía tres niveles sucesivos que correspondían a las tres etapas del Edipo: "

> Desde la temprana identificación con la madre en la que el plano anal-sádico es tan preponderante, en la niña se originan celos y odio y se forma un superyó cruel extraído de la *imago* materna. El superyó que se desarrolla en esa etapa por una identificación paterna puede ser también amenazante y causar ansiedad, pero nunca parece alcanzar las mismas proporciones que las que derivan de la identificación materna. Cuanto más se estabiliza en una base genital la identificación con la madre, tanto más se caracterizará por la devoción de una madre generosa. De este modo, esta actitud afectiva positiva depende de las características del ideal

materno alcanzado en el estadio pregenital o genital (1926c, 1928a: 202).

Interpretando fielmente la inspiración kleiniana, podemos decir que en la rivalidad con la madre de la primera etapa edípica, la niña y la madre introyectada rivalizan en sus ataques sádicos recíprocos, mientras que en la posición edípica definitiva rivalizan en su ternura y amor por el padre. Melanie Klein sufrió la influencia de Abraham en lo que concierne a este punto, pero fue más lejos que él: la libido genital en sí misma está libre de ambivalencia, y esto puede observarse ya en la etapa genital infantil. Desde esta perspectiva, Melanie Klein vinculó todos los elementos hostiles del complejo tardío con la supervivencia y la atenuación de los elementos sádicos heredados de las dos formas anteriores. Salvada esta diferencia, se adhirió en lo esencial a la descripción freudiana en lo que respecta al apogeo y la declinación del complejo de Edipo posfálico de la niña. La única divergencia que se advierte se relaciona con la idea de que el complejo femenino, lejos de extinguirse en forma progresiva e incompleta, es reprimido como el del varón por efecto de una angustia femenina homóloga a la angustia de castración. Pero solo se trata de una repetición atenuada –que no llega hasta la adopción de una posición masculina, limitándose en cambio al abandono de la elección de objeto incestuosa– del abandono del primer amor incestuoso por el padre como consecuencia del temor a la venganza de la madre introyectada.

13. El complejo de Edipo arcaico del varón

Ya hemos mencionado el hecho de que la descripción kleiniana del complejo de Edipo de la niña precedió a la del Edipo masculino. Examinando las manifestaciones edípicas de Rita, Trude y Ruth sin permitir que la obsesionara el deseo de encuadrarlas en el esquema construido para el varón, Melanie Klein pudo considerar al Edipo femenino como un proceso autónomo, al que no era posible caracterizar recurriendo a una adaptación del esquema masculino. Había descubierto un paralelismo más completo que el admitido por Freud entre las formas masculinas y femeninas del complejo: unas y otras se originan por igual en las pulsiones genitales propias de cada sexo; en todos los casos la represión se debe a una angustia característica de cada sexo (angustia de castración en el varón; temor de la niña de que su madre introyectada la destruya por dentro, la despoje y la vuelva estéril). Cuando en 1924-1925 el análisis de Peter le ofreció la oportunidad de estudiar las etapas iniciales del complejo masculino, recorrió en sentido inverso el camino que había seguido Freud y concibió la evolución del varón de acuerdo con el modelo que había elaborado para la niña. Ello no deja de presentar dificultades: genéticamente, el orden de sucesión de las etapas aparece como idéntico en ambos sexos, pero el significado de esas etapas es diferente. Al igual que la niña, el varón atraviesa una primera fase *femenina* de rivalidad sádica oral y sádica anal con la madre. Como en el caso de la niña, el temor a la madre introyectada lo impulsa a adoptar una posición masculina por efecto de la represión de su complejo femenino. Pero, dado que esta posición coincide con su orientación genital, será mantenida en el período del Edipo clásico, cuyo comienzo señala. Por lo tanto, el paralelismo es incompleto: la tercera fase falta en el varón. Tenemos así el cuadro siguiente:

	PRIMERA FASE	SEGUNDA FASE	TERCERA FASE
Niña	♀	♂	♀
Varón	♀	♂	♂

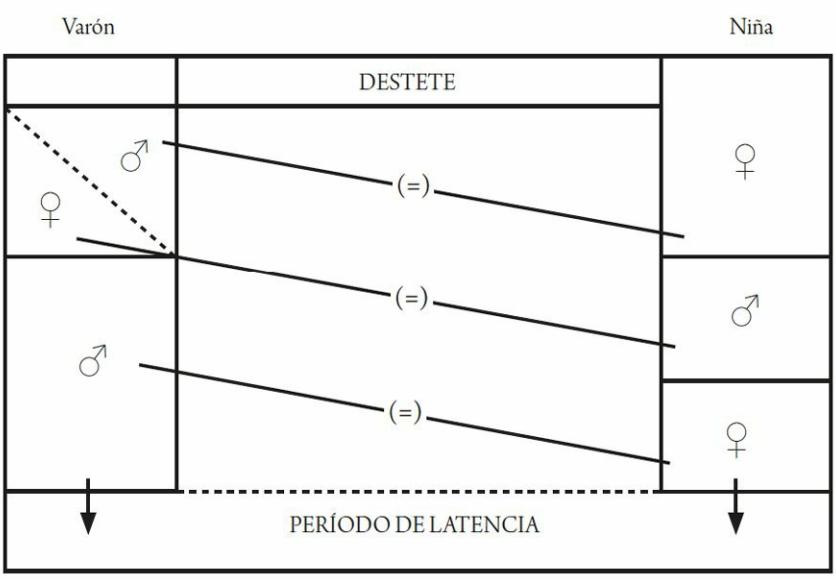
Sin duda fue el deseo de mantener un paralelismo estricto lo que llevó a Melanie Klein a postular la existencia de una primera fase edípica positiva en el varón, que precedería a la posición femenina. Pero en este caso las exigencias de la simetría y las de la cronología resultan difíciles de conciliar, por cuanto la posición femenina del varón es sin duda contemporánea de la de la niña. Por lo tanto, Melanie Klein debió admitir que existía una superposición considerable entre las etapas primitivas del complejo de Edipo. Sostuvo la prioridad de la posición masculina del varón, al decir que "…las tendencias edípicas son liberadas a consecuencia de la frustración que el niño experimenta con el destete…", y que "…son reforzadas por las frustraciones anales sufridas durante el aprendizaje de hábitos higiénicos" (1926c, 1928a: 193). Melanie Klein precisó, con respecto a la fase siguiente: "El niño, al sentirse impelido a abandonar la posición oral y anal por la genital,

pasa a los fines de *penetración* asociados con la posesión del pene. Así cambia no solo su posición libidinal, sino también su fin, y esto le permite retener su primitivo objeto de amor" (1926c, 1928a: 193). Este texto parece sugerir que en 1927 Melanie Klein admitía la existencia de una primera posición masculina basada directamente en las pulsiones genitales, y anterior a la fase de feminidad común a ambos sexos. Pero, debemos señalarlo, en ningún trabajo kleiniano se describe esta primera fase masculina, mencionada solo episódicamente si no es para hacer referencia a su superposición con la fase de feminidad del varón, a la cual confiere las características que permiten diferenciarla, mediante determinados matices, de la posición correspondiente de la niña. Hay pues cierta ambigüedad, que ya estaba presente en 1926, y que persistirá hasta el fin [en "Principios psicológicos del análisis infantil" (1926b, 1927) a todos los ejemplos se refieren a las niñas.] Al exponer las concepciones de Melanie Klein, una comentarista tan sagaz y autorizada como Hanna Segal escribió en 1964:

> Tanto para el varón como para la niña el primer objeto de deseo es el pecho de la madre, y al padre se lo percibe primero como rival… el pene del padre se convierte rápidamente, para ambos sexos, en un objeto alternativo de deseo oral hacia el que la criatura se puede dirigir apartándose del pecho. […] Para el varoncito este volverse hacia el pene del padre como alternativa del pecho de su madre es primeramente un movimiento hacia la homosexualidad pasiva, pero al mismo tiempo la incorporación del pene de su padre lo ayuda a identificarse con él y de este modo refuerza su heterosexualidad (Segal, 1964: 116).

En la última formulación de las ideas kleinianas, la posición inicial del varón es aparentemente una posición femenina y el modelo elaborado en 1924 para la niña resulta aplicable al varón. En este sentido, el esquema anterior refleja adecuadamente el pensamiento final de Melanie Klein. Subsiste el hecho de que no permite integrar esa primera posición heterosexual que el texto de 1927 postula tanto para el varón como para la niña.

Si queremos exponer con exactitud las concepciones de 1927, deberemos admitir una separación entre el orden genético –o, más propiamente, dinámico-genético– y el cronológico. Habría, por lo tanto, contemporaneidad de las fases femeninas de ambos sexos, pero la fase femenina del varón sería, si no posterior cronológicamente, al menos secundaria en el plano causal con respecto a una posición edípica positiva primaria, pero no anterior; tal es lo que resulta del énfasis puesto por Melanie Klein en la superposición y la confusión de las etapas iniciales del complejo edípico, cuya sucesión es sin embargo tan clara en el caso de la niña. Habría que admitir, pues, el esquema siguiente, en el que las etapas ubicadas en una misma línea horizontal son contemporáneas pero no homólogas, y cuya homología dinámica y genética (definida sobre la base del carácter primitivo o invertido de la posición edípica), indicada por medio de las líneas oblicuas, se encuentra desfasada con respecto a su correspondencia cronológica:



Pero, cualesquiera que sean las dificultades teóricas suscitadas por la cuestión de la simetría de las formas masculinas y femeninas del Edipo, la fase femenina del varón no deja de ser el mayor aporte del período 1923-1927 a la concepción kleiniana del complejo de Edipo masculino. Se trata de una posición de rivalidad con la madre, exactamente igual en su contenido a la de la niña, e infiltrada por las mismas fantasías sádico-orales y sádico-anales. "*Las tendencias a robar y destruir están en relación con los órganos* de la concepción, embarazo y parto, que el niño piensa existen en la madre, y además con la vagina y los pechos, fuente de la leche, que son codiciados como órganos de receptividad y abundancia desde la época en que la fase libidinal es puramente oral" (1926c, 1928a: 196-197). Aunque la fase de feminidad no sea reconocida en 1927como la más primitiva, se le asigna un lugar esencial en el desarrollo del varón, cuya primera etapa edípica plenamente caracterizada (la etapa heterosexual más primitiva es más el objeto de un postulado teórico que de una descripción clínica) resulta así señalada por una "…temprana identificación con la madre" (1926c, 1928a: 202), durante la cual el niño desea llevar un hijo en su vientre (*to bear a child*). En esta posición femenina el varón sufre una frustración irremediable de su deseo femenino de maternidad, frustración de la que deriva el "complejo femenino de los hombres" (1926c, 1928a: 197). Este complejo de feminidad es en cierto modo el equivalente del deseo femenino de tener un pene: ambos deseos están condenados a verse frustrados y provocan un sufrimiento que nunca lograrán mitigar verdaderamente las satisfacciones sustitutivas simbólicas posteriores. Treinta años más tarde, Melanie Klein relacionó este sufrimiento común a ambos sexos con la envidia primaria del pecho, y es significativo que tres de las cuatro primeras veces que emplea en su obra la palabra *envidia* lo haga para referirse, en el artículo de 1927 que comentamos, a la envidia masculina de la maternidad (1926c, 1928a: 197, 199, 200) y a la envidia del pene.[12]

Así como la mujer no renuncia jamás en su inconsciente a la envidia del pene,

tampoco el hombre renuncia a su envidia de la maternidad, y en "Estadios tempranos del conflicto edípico" (1928a) Melanie Klein esboza una psicología del complejo de feminidad del hombre que se asemeja en alguna medida a la descripción hecha en 1920 por Karl Abraham en su "Manifestaciones del complejo de castración femenino" (1920b). Según Abraham, el destino normal de la envidia del pene es transformarse en deseo de recibir un hijo del padre, deseo que en la pubertad deberá "…ser disociado ahora de la idea de su padre, y su libido, así liberada, tiene que encontrar un nuevo objeto" (Abraham, 1920b: 263). Pero cuando esta evolución no se produce o solo se produce de modo incompleto, el deseo primitivo de tener un pene subsiste, pudiendo adoptar dos formas diferentes. En su forma de realización del deseo, ejemplificada por el "tipo homosexual", "…las fantasías inconscientes de la mujer dicen: 'soy la afortunada poseedora de un pene y ejerzo la función masculina'" (Abraham, 1920b: 267). En su "tipo arcaico (vengativo)", que se caracteriza por la crítica de todo lo masculino, "…la negativa a reconocer la importancia del órgano masculino está implícita, aunque en una forma mitigada, la castración del hombre" (Abraham, 1920b: 272). Esta voluntad de castrar al hombre se manifiesta en comportamientos dirigidos a desengañarlo, menospreciarlo y humillarlo.

En lo que respecta a los destinos del complejo de feminidad del hombre, Melanie Klein postula tipos comparables. En los casos normales, la envidia de la maternidad encuentra una expresión sublimada en la paternidad y en las relaciones amorosas: "…por un lado su relación con las mujeres será de carácter positivo y por el otro el deseo de tener un niño y el componente femenino, que juega un papel tan esencial en el trabajo de los hombres, encontrará oportunidades más favorables para la sublimación" (1926c, 1928a: 198).

El equivalente del tipo revanchista de Abraham está representado por los hombres que hacen ostentación de agresividad y desprecio hacia las mujeres. En ellos, junto al rechazo del papel femenino provocado por la angustia de castración, se da, en un plano más profundo, el miedo a la madre introyectada y la revancha contra el superyó materno. "Esta excesiva agresión se une al placer de atacar que proviene de la situación edípica, directa, genital, pero representa la parte de la situación que es el mayor factor asocial en la formación del carácter. Esto explica por qué la rivalidad del hombre con las mujeres será mucho más asocial que su rivalidad con los mismos hombres, que está ampliamente incitada por la posición genital" (1926c, 1928a: 198). Al igual que sus homólogos femeninos, estos hombres desprecian, critican y desvalorizan al sexo opuesto.

El tipo de cumplimiento del deseo no se da con idénticas características en el complejo de feminidad del hombre. Asume una forma desplazada y, en consecuencia, más próxima de la sublimación, y por lo tanto de la evolución normal, que de un rasgo de carácter neurótico. Melanie Klein describe dos desenlaces del complejo de feminidad que pueden relacionarse con ese tipo. En uno de ellos, "…su sentimiento de estar en desventaja queda entonces disimulado y sobrecompensado por la superioridad que él extrae de

poseer el pene" (1926c, 1928a: 197). La afirmación de la virilidad se exacerba y, en las formas extremas, se aproxima al tipo revanchista. La envidia de la maternidad puede tener, sin embargo, otro desenlace: gracias a un "desplazamiento hacia el plano intelectual" de su rivalidad con las mujeres, el hombre encuentra una sobrecompensación (*Uberkompensation*) en el sentimiento de su superioridad intelectual y, en los casos más favorables, halla un equivalente simbólico de la fecundidad materna en la creatividad intelectual, científica o artística.

Pero lo más frecuente es que la sublimación del deseo de maternidad como deseo de paternidad vaya acompañada de una sobrevaloración del papel masculino fundada en la sobrestimación del pene, fenómeno normal pero que lleva la marca de la sobrecompensación del deseo femenino de tener hijos. Esta actitud se origina en la fase de declinación de la posición femenina sádico-anal del varón, que culmina con el ingreso en la etapa fálica. En esta fase el varón puede superar el deseo de robar los hijos de su madre gracias a la modificación de la relación de fuerzas pulsionales ocasionada por la disminución del sadismo pregenital y el refuerzo de las pulsiones genitales. La sobrestimación narcisista del pene que caracteriza a la etapa fálica refleja, además de este fenómeno pulsional, el desplazamiento y a la vez la negación de la envidia de la maternidad debidos al temor a las represalias de la madre introyectada. Pero, a diferencia de la niña, en esta fase el varón también obtiene intensas satisfacciones libidinales autoeróticas y narcisistas derivadas de la posesión de un pene, al tiempo que la presencia real –y fácilmente comprobable– de ese órgano mitiga su temor de ser destruido por la madre introyectada, y más tarde, a medida que la nueva posición masculina se va consolidando, su temor de ser castrado por el padre introyectado. De acuerdo con su sexo biológico y con la orientación de sus pulsiones, que le proporcionan satisfacciones y apaciguan su angustia, la fase fálica le permite al varón hallar un equilibrio satisfactorio que conservará hasta el período de latencia: en este punto la descripción kleiniana coincide con la descripción clásica de Freud.

La concepción del Edipo de Melanie Klein se caracteriza, pues, en lo esencial, por una ampliación considerable de la gama de los fenómenos que son relacionados con el complejo. Lejos de reducirse a una manifestación contemporánea de la fase fálica, a una crisis relativamente breve e intensa, el complejo de Edipo se concibe como un proceso complicado pero también ordenado, que dura varios años y abarca la totalidad del desarrollo entre el destete y el período de latencia. Su riqueza y sus innumerables variantes, su papel de organizador de las pulsiones genitales, permiten relacionarlo con casi todos los procesos de la vida psíquica del niño pequeño. La evolución del superyó, sobre todo, es vinculada estrechamente con la del complejo de Edipo, y la descripción de su interacción constituye el punto culminante de las ideas kleinianas del período 1923-1927, las que seguirán siendo hasta el fin, con algunas diferencias de matiz, un elemento esencial del "sistema kleiniano". Estos dos aportes teóricos también se hallan ligados de manera estrecha con la invención de la técnica psicoanalítica del juego, verdadera fuente

del psicoanálisis kleiniano, y con la reflexión sobre los principios del tratamiento psicoanalítico de los niños. En 1927, por lo tanto, el núcleo del sistema kleiniano se encuentra ya constituido. Posteriormente fue enriquecido, pero, a diferencia del sistema kleiniano de 1923, no sufrió cambios importantes, y cuando el descubrimiento de la posición depresiva vino a limitar el papel asignado en el desarrollo al complejo de Edipo, no se produjeron modificaciones fundamentales en la descripción de la organización interna de ese complejo, del mismo modo como, en astronomía, el reemplazo del modelo geocéntrico por el heliocéntrico no llevó a modificar la descripción de la revolución de la Luna alrededor de la Tierra. Integrado en un sistema más vasto del que ya no era más el centro, el sistema kleiniano de 1923-1927 *siguió siendo un elemento constante del psicoanálisis kleiniano.*

4
DEL APOGEO DEL SADISMO A LOS MECANISMOS DE REPARACIÓN

1. Los primeros años londinenses de Melanie Klein

Los primeros años londinenses de Melanie Klein son aquellos en que preparó y redactó la vasta síntesis que es *El psicoanálisis de niños* [*Die Psychoanalyse des Kindes*, que Alix Strachey tradujo al inglés], publicada en 1932. Son también aquellos en que se originó alrededor de ella una corriente de interés, simpatía y colaboración. Este movimiento fue desde entonces lo bastante general en la Sociedad Británica de Psicoanálisis como para que a veces se hable de una Escuela Británica de Psicoanálisis que se tiende a distinguir de las escuelas continentales. Un pasaje de Ernest Jones da cuenta del clima que reinaba en torno de la creadora del análisis por medio del juego en la época de su llegada a Londres:

> En septiembre me escribió [Freud] una extensa carta en la que se quejaba vivamente de que yo estaba realizando una campaña pública en contra de su hija Ana y acaso, de ese modo, también contra él. El único hecho en que se basaba ese arranque de su parte era el haber publicado yo en el *Journal*, un largo informe del tema del psicoanálisis de niños.[1] Era un tópico este que durante años había interesado a nuestra Sociedad, en la que había muchas analistas, y que llegó a interesar más aún con la llegada a Inglaterra, un año antes, de Melanie Klein (Jones, 1997: 152).

La simpatía de Jones era particularmente activa. Fue él quien invitó a la creadora de la técnica del juego a dictar en Londres, en el verano de 1925, la serie de conferencias sobre el análisis de niños cuyo texto fue el punto de partida de la obra de 1932. Fue también él quien propuso a Melanie Klein que se instalara en la capital británica después de la muerte de Abraham, invitación para la que tenía razones personales tanto como científicas.[2] Joan Riviere, una de las discípulas británicas más allegadas a Freud, que la había analizado en 1922[3] y con quien intercambiaba una abundante correspondencia, fue una de las primeras en interesarse en los trabajos de Melanie Klein, como también Susan Isaacs, Ella Sharpe y Alix Strachey, la futura traductora de *El psicoanálisis de niños* (1932). Nina Searl había comenzado a analizar niños antes de que Melanie Klein se instalara en Inglaterra. Aunque al principio se mostró vacilante en lo que respecta a la técnica y a las ideas de esta última, no tardó en aceptarlas y fue así la segunda persona que practicó el análisis por medio del juego. Entre 1927 y 1932 la influencia kleiniana se

extendió a toda la Sociedad Británica de Psicoanálisis, sin ser objeto de las reticencias ni de las oposiciones declaradas que surgieron más tarde, después de 1934. Melanie Klein, por lo tanto, no era ya la única en ser kleiniana, pero no por ello se convirtió en un jefe de escuela que fuera seguido pasivamente por discípulos a los que impusiera el producto de sus especulaciones personales. Muy pronto sus colegas inglesas reaccionaron frente a sus ideas y reflexionaron y escribieron acerca de hechos descubiertos o llevados al primer plano por el psicoanálisis de los niños pequeños: el origen de los sentimientos de culpabilidad, la formación del superyó y el desarrollo arcaico de la niña pequeña. A veces pusieron en evidencia hechos cuya existencia admitió Melanie Klein, pero fue excepcional en esta época que ideas auténticamente kleinianas y destinadas a seguir siéndolo fueran propuestas por primera vez por alguien que no fuera Melanie Klein. Sus amigas se preocupaban sobre todo por buscar argumentos adecuados para reafirmar sus convicciones y, a veces, para contrarrestar sus reticencias relativas a las nuevas ideas. Trataron de confrontar los descubrimientos kleinianos con la metapsicología freudiana y de elaborar síntesis conciliadoras. Pero mientras ellas se interesaban en las tesis de 1927 y en los problemas que estas suscitaban, Melanie Klein diversificó sus experiencias, profundizó su reflexión e hizo bien pronto nuevos descubrimientos.

Tres de ellos sobresalen entre los demás: el descubrimiento y la exploración, bajo el nombre de *fase de apogeo del sadismo*, del núcleo de lo que puede llamarse, siguiendo a Wilfred Bion (1957), la parte psicótica de la personalidad, la descripción y la interpretación de la psicosis infantil en términos de perturbación de la formación de símbolos y el reconocimiento de los mecanismos de reparación. Todos estos descubrimientos parecen haber surgido, lo mismo que la mayor parte de las innovaciones de menor importancia que los acompañaron, de la aplicación del psicoanálisis por medio del juego a niños esquizoides, en primer término, y abiertamente psicóticos, más tarde. Las tres ideas más importantes fueron expuestas en 1929-1930 en tres artículos publicados en sucesión, con intervalos de algunos meses: “La personificación en el juego de los niños” (1929a), “Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador” (1929b) y “La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo” (1930a). Dos años más tarde, *El psicoanálisis de niños* (1932) constituyó la síntesis de esos nuevos elementos y de los resultados ya establecidos en 1927. Es esta evolución lo que trataremos de registrar en lo que sigue. Pero es conveniente que precisemos antes un punto de señalada importancia.

Durante este período el vocabulario y el estilo de Melanie Klein fueron tomando forma rápidamente. Adquirieron algunos de los rasgos típicos que permiten identificar desde las primeras líneas un texto de la creadora de la técnica del juego. Después de haber presentado, en 1926 y 1927, descubrimientos fácticos o técnicos, pero siempre extremadamente concretos, se abocó a la tarea de su elaboración teórica. Este hecho nos obliga a realizar un examen atento de la evolución de su léxico, que refleja el proceso de la formación de sus conceptos. Pero la tarea es a veces difícil: en esta época de sus

primeros años londinenses, Melanie Klein piensa y escribe aún en alemán. Es cierto que muy pronto comenzó a publicar artículos redactados directamente en inglés y de los que a veces no contamos con versión alemana: "Tendencias criminales en niños normales" (1927c), así como su informe al Simposio de mayo de 1927 sobre el análisis de niños, son otros tantos ejemplos.[4] Pero viene al caso señalar que los textos más importantes y más innovadores fueron redactados en alemán. Es lo que ocurrió con los tres textos de 1929. Es sobre todo el caso de *El psicoanálisis de niños* (1932), que fue traducido por Alix Strachey a partir de un manuscrito que correspondía a un estado del texto al cual la autora incorporó posteriormente añadidos bastante numerosos, de modo tal que la edición inglesa quedó durante mucho tiempo amputada de pasajes accesibles solamente en alemán.

Pero existe hasta tal punto el hábito de considerar a Melanie Klein como autora inglesa que, en lo esencial, las traducciones francesas fueron hechas –salvo algunas correcciones– a partir de las versiones inglesas. Es necesario hacer notar, por lo demás, que la misma Melanie Klein no opuso ninguna objeción en el caso de *El psicoanálisis de niños* (1932), la única de sus obras que fue traducida al francés en vida de la autora. Se trata de traducciones claras y fieles de la versión inglesa; pero esta última a menudo se aparta de la alemana, y por lo tanto los textos de que disponemos en lengua francesa resultan con frecuencia difíciles de utilizar en el marco de un examen prolijo del aparato conceptual de Melanie Klein, que se basa en un vocabulario por lo general preciso y cargado en alemán de connotaciones múltiples que se pierden incluso en la mejor de las traducciones. Dado el carácter de nuestra empresa, deberemos pues proponer para los fragmentos que citaremos una versión que diferirá, a veces notablemente, de las traducciones publicadas.[5] Estas diferencias se basan en el hecho de que, como quiera que en la mayor parte de los casos nos limitamos a citar pasajes breves, podemos prescindir de toda preocupación por la elegancia y la legibilidad y atenernos a una traducción palabra por palabra, lo más literal posible, destinada a ilustrar nuestra argumentación o a ser retomada en nuestros comentarios. Es así como, resignándonos en muchos casos a una considerable falta de fluidez, esperamos darnos los medios de destacar la interacción entre las instancias de la clínica, el surgimiento de un sistema de conceptos adecuados a ellas y la creación de un lenguaje técnico que desempeña en ese proceso diversos papeles: a veces puramente instrumental, a veces guía de la conceptualización, y en ocasiones fuente de confusiones, cuando no de atolladeros teóricos (véase más adelante).

2. La teoría del desarrollo

La teoría de la fase de apogeo del sadismo

Entre 1927 y 1932 Melanie Klein aplicó lo esencial de sus esfuerzos en el ámbito de la teoría de las pulsiones a la elaboración de su teoría de una fase en la que el sadismo alcanza su punto máximo. Esta teoría presentaba para ella un interés particular en la medida en que le permitía a la vez explicar la severidad del superyó introyectado en las fases arcaicas del complejo de Edipo, proporcionar así un fundamento teórico más sólido a los descubrimientos anteriores y comprender la naturaleza de los mecanismos psicóticos que actúan durante esta fase, lo que condujo a una verdadera renovación de la psicopatología infantil. En este sentido, no es exagerado decir que la teoría de una fase de culminación de las pulsiones sádicas, al relacionar los descubrimientos de 1927 con los de los años 1929-1931, confiere su unidad profunda al sistema kleiniano de 1932, del que en verdad constituye el elemento organizador.

Sin duda la idea de que el sadismo se desencadena durante las etapas iniciales del conflicto edípico estaba presente ya en 1926 en "Principios psicológicos del análisis infantil" (1926b, 1927a), pero la noción explícita de una fase de apogeo del sadismo solo fue elaborada más tarde, presumiblemente en 1928, durante el análisis de un niño psicótico, Egon. En todo caso fue en 1929cuando Melanie Klein introdujo expresamente este concepto, en "Las situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador" (1929b). Lo bautizó algunos meses más tarde, en "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo" (1930a). Se trata de la *Höchste Blüte des Sadismus*, bien pronto abreviada como *Höchstblüte des Sadismus*: esta expresión desusada, que parece extrañamente anticuada para la conciencia lingüística alemana contemporánea, no es fácil de traducir con exactitud. En sentido figurado significa la 'más alta prosperidad del sadismo'; en sentido propio, quiere decir literalmente 'la más alta flor del sadismo'. La fase a la que se refiere este término técnico es sin duda la de la *más alta* manifestación del sadismo por cuanto se caracteriza por la conjunción y la acumulación de tres factores de intensificación (*Steigerung*) de la agresividad. Uno de ellos se relaciona con las metas pulsionales sádicas que, en razón de la superposición de las etapas pregenitales, se suman, o incluso se potencian muy poco tiempo después del comienzo de la etapa canibalística.

La mayor parte de los lectores de Melanie Klein habrán notado sin duda la frecuencia con que aparece en su obra la expresión "con todos los medios del sadismo", que denota muy exactamente este fenómeno, lejos de ser, como podría creerse, un simple recurso estilístico. Las metas pulsionales de las pulsiones sádicas (morder, ensuciar con excrementos, cortar, quemar, etc.) se convierten, en efecto, en los medios fantaseados de una relación de objeto que apunta a la aniquilación de este. Esta intensificación del sadismo, que es el resultado de la multiplicación de sus medios, constituye el aspecto más evidente y mejor conocido del apogeo del sadismo. Pero no se ha destacado lo bastante

que la intensificación del sadismo se refiere igualmente a los *motivos* de la agresión (muy en especial a sus bases pulsionales) y a su *objeto*. Queremos decir con esto que, para Melanie Klein, solo se produce verdaderamente el apogeo del sadismo cuando *todas* las pulsiones concurren con las pulsiones sádicas propiamente dichas para producir ataques fantaseados contra el objeto o, más exactamente, contra los objetos, puesto que el apogeo del sadismo supone asimismo que todos los objetos son atacados cuando lo es aquel que los representa. Ahora bien, en lo que concierne a la descripción de estos dos últimos factores, la originalidad y la profundidad del pensamiento kleiniano, así como su riqueza clínica, no ceden en nada a las que se manifiestan en el inventario de "todos los medios del sadismo".

Las pulsiones que se acumulan para producir la intensificación del sadismo no incluyen solo las pulsiones sádicas propiamente dichas. La oralidad de succión aporta también su concurso en la medida en que es la frustración del destete lo que desencadena, para Melanie Klein, los comienzos simultáneos del sadismo y del complejo de Edipo. Las pulsiones genitales precoces proporcionan su apoyo a la agresividad contra el rival, pero ni las pulsiones de succión ni las genitales pueden aumentar de verdad el sadismo. Esta función es atribuida al *impulso epistemofílico*, que establece con las pulsiones sádicas los vínculos más precoces y más estrechos. En lo que respecta al objeto del sadismo máximo, lo constituye la imagen compuesta de los dos padres, de tal suerte que la mala relación con uno de ellos no puede ser compensada por la buena relación establecida con el otro. La fantasía de los *padres combinados* constituye el objeto monstruoso adecuado para asegurar el tercer tipo de intensificación del sadismo.

Podemos así proponer una definición del *apogeo del sadismo* que da cuenta exactamente del uso que Melanie Klein hizo de esta noción entre 1927 y 1934. Hay apogeo del sadismo cuando el niño es impulsado por las pulsiones sádicas orales, sádicas anales y sádicas uretrales y por la pulsión de saber, a aniquilar, por todos los medios del sadismo, a los padres combinados. A fin de que esta definición resulte plenamente inteligible, será útil destacar lo que significan en la teoría kleiniana la pulsión de saber y los padres combinados.

El impulso epistemofílico y el apogeo del sadismo

El concepto de pulsión de saber apareció en la obra de Melanie Klein ya con la primera formulación de las tesis de 1926-1927. Sabemos, por lo demás, que la insistencia en el deseo de saber y en las sublimaciones intelectuales fue siempre característica de su enfoque. Su primer proyecto psicoanalítico fue liberar a su hijo de las inhibiciones comunes, dándole explicaciones sobre la sexualidad cuando se hallaba en la edad del complejo de Edipo. La teoría de las sublimaciones y de las inhibiciones era el centro del sistema protokleiniano e hizo posible el descubrimiento de la técnica del juego. Para designar ese deseo de saber, basado en último análisis en la curiosidad sexual de la edad edípica, Melanie Klein no tuvo necesidad de recurrir a un concepto especial, y cuando empleó el término, muy corriente en alemán, de pulsión de saber (*Wissenstrieb*) no le asignó un estatus especial ni un lugar aparte entre las manifestaciones de la curiosidad sexual.[6] Sin embargo, ciertas ideas que ya estaban presentes en la época protokleiniana persistieron a través de todas las modificaciones de la teoría: es el caso de la que fundamenta todas las sublimaciones en el núcleo de las fantasías masturbatorias, es decir, en el fantaseo de la escena primaria. Es también el caso de la que establecía, ya durante el análisis de Fritz-Erich, una equivalencia completa entre el cuerpo de la madre y el mundo exterior. En cambio, Melanie Klein dejó de lado el término *escoptofilia* (*Schaulust,* que significa tanto placer como deseo de ver, curiosidad), término relacionado con la temática de la escena primaria y del cual había hecho un uso bastante frecuente en numerosos pasajes clínicos antes de 1926. El término desapareció de su vocabulario hacia esta época y las realidades que designaba fueron relacionadas con la pulsión de saber. Podría pensarse por lo tanto que solo se trata de un cambio de terminología que pone de manifiesto una modificación de escasa importancia en una noción ya antigua del pensamiento kleiniano.

Parece ser, además, que en lo que respecta a este punto Melanie Klein sufrió la influencia de la psicoanalista británica Mary Chadwick, que había publicado un artículo titulado "Uber die Würzel der Wissbegierde" (La raíz del deseo ávido de saber) (Chadwick, 1925a: 54 68), artículo que, en efecto, citó en muchas ocasiones. Cuando en 1927 introdujo la noción de *Wisstrieb,* retomó la tesis según la cual la sobrestimación masculina del pene y de las capacidades intelectuales viriles se remonta "…a la frustración de su deseo de tener un hijo, y el desplazamiento de este deseo al plano intelectual" (1928a: 197). En 1932 volvió a insistir en esta cuestión, citando siempre a Mary Chadwick: el impulso epistemofílico concuerda con la rivalidad y la envidia del hombre hacia la mujer. Y, en realidad, este vínculo se encuentra señalado en el texto de 1925: Mary Chadwick parte en él, curiosamente, de dos cuestiones que en ese entonces estaban de actualidad en Gran Bretaña: el acceso de las mujeres a la enseñanza superior y la censura de varias obras que difundían métodos contraceptivos. Mary Chadwick postuló un vínculo inconsciente entre estos dos temas. Recurriendo a las hipótesis evolucionistas, que gozaban de favor en esa época, recordó que los primitivos prohíben a

sus mujeres el conocimiento de ciertos secretos reservados a los hombres y niegan en sus creencias la posibilidad de que la mujer sepa que se halla embarazada.[7] En esa forma se plantea el problema de la curiosidad y del deseo de saber, y el artículo describe la ontogénesis de ese deseo de acuerdo con las ideas más comúnmente admitidas en psicoanálisis: la exploración oral, táctil, visual y auditiva del propio cuerpo y de sus zonas erógenas hasta el momento en que "…la pulsión de investigar (*Forschungstrieb*), de acuerdo con la ley del desarrollo de las pulsiones sexuales, se vuelve hacia otras personas; así surge su función de satisfacción erótica en el marco de la sexualidad infantil, es decir, independientemente de la primacía de los órganos sexuales" (Chadwick, 1925a: 58). Por cierto que este desarrollo pulsional es contrarrestado por prohibiciones que la educación opone a la pulsión, y cuando Mary Chadwick procura apreciar el impacto de esas limitaciones de la pulsión, postula dos principios que parecen predestinados a integrarse con toda naturalidad en las teorías kleinianas de la pulsión de saber. Primer principio: para el niño, conocer es poseer: "…hay una estrecha relación entre el conocimiento de una cosa y la toma de posesión de la misma. En las concepciones infantiles, conocimiento y posesión se identifican a menudo, de modo que el conocimiento adquiere un valor psíquico pleno de satisfacción" (Chadwick, 1925a: 58). Segundo principio: como consecuencia, frustrar el conocimiento equivale a privar de la posesión real de una cosa, y las frustraciones experimentadas en el ámbito de la curiosidad son tan dolorosas como las demás: "Es justamente por esto que la frustración en materia de saber es tan grave; es como si se sacara de la mano o de la boca del niño el objeto de satisfacción" (Chadwick, 1925a-b: 58). Por lo tanto, desde una perspectiva muy semejante a la de Melanie Klein, la curiosidad sexual será, según su destino –mantenimiento, represión, sublimación–, el origen ya de síntomas neuróticos, ya de sublimaciones exitosas, entre las que figura en lugar destacado la pulsión de saber.

Esta curiosidad sexual, siempre según Mary Chadwick, se refiere esencialmente a la cuestión del origen de los niños, y su frustración provoca una gran amargura:

> Los niños se sienten conmovidos y humillados por la privación de un saber tan fervientemente deseado y sufren una herida narcisista. Conciben su ignorancia como desvalorización en relación con los adultos, cuyos conocimientos admiran –como consecuencia de una formación reactiva contra la envidia reprimida– como si se tratara de omnisciencia. [Este sentimiento de disminución narcisista] …se relaciona con otro que se le asemeja por su contenido y que tiene que ver con la carencia de algo que los adultos poseen, es decir, con el complejo de castración (Chadwick, 1925a: 59).

Mary Chadwick estudia a continuación las formas particulares que adopta la pulsión de saber en ambos sexos. Considera que en el varón esta tendencia es reforzada por el destino normal del complejo de feminidad, punto teórico en el que sigue a Otto Rank. Cuando el varón debe renunciar a su deseo homosexual pasivo de recibir un hijo del padre, transforma por desplazamiento su deseo de tener en deseo de saber, "…de tal modo que esta pulsión de saber constituye la única huella cierta del deseo original y prueba a la vez que el esfuerzo por conocer el objeto ha reemplazado al esfuerzo por

poseerlo" (Chadwick, 1925a: 60). Así queda establecido el fundamento de las sublimaciones futuras, ya que el impulso epistemofílico "…desplazado a otros objetos, se vuelve hacia formaciones sustitutivas sublimadas del deseo de tener un hijo". Pero esta frustración inicial, incluso si es sobrecompensada, deja una huella: la envidia respecto de la capacidad de ser madre de la mujer conducirá al hombre a negarle acceso al saber o al conocimiento, en virtud del odio envidioso que en todo niño se dirige en primer término a su madre y cuya génesis es descrita de este modo:

> I. Odio a la madre a causa de las prohibiciones que emanan de ella y se oponen a la satisfacción de la avidez de saber en el sentido de las etapas de organización oral arcaica, autoerótica, sádico-anal, narcisista y fálica. *II.* Odio a la madre a causa de su mayor saber y de su negativa a comunicarlo. *III.* Desplazamiento final al impulso epistemofílico del deseo original de recibir un hijo cuando ese deseo se revela como irrealizable. *IV.* Esfuerzo para prohibir a la mujer la satisfacción sustitutiva, puesto que sigue siendo la rival que ha obtenido la victoria en el ámbito en que verdaderamente importa (Chadwick, 1925a: 65).

Tales análisis no podían dejar de despertar un eco en Melanie Klein. Esta había estudiado fenómenos semejantes en el análisis de Erna y es posible que haya conocido en Berlín a Mary Chadwick, quien presumiblemente estuvo en esa ciudad en 1922 (época en la que Melanie Klein participó en reuniones de la Sociedad Alemana de Psicoanálisis) y que, como ella, recurría a un tipo de interpretación influido por Abraham. En todo caso, ya en 1927 Melanie Klein afirmó, en el Congreso de Innsbrück, la existencia de un impulso epistemofílico, atribuyéndole una vinculación con la envidia y la rivalidad, un destino infausto por naturaleza y un papel esencial en el desarrollo. Pero, de acuerdo con su descubrimiento de las etapas arcaicas del Edipo, no se trata de la curiosidad tardía del niño que se aproxima al período de latencia sino de una forma arcaica del impulso epistemofílico que Mary Chadwick no había contemplado: "La curiosidad que se muestra abiertamente más tarde, sobre todo en el cuarto o quinto año de vida, no es el principio, sino la culminación y terminación de esta fase del desarrollo que también he encontrado en el conflicto edípico en general" (1928a*:* 195). Esta forma arcaica de la pulsión de saber es experimentada en una atmósfera de dolor y frustración extremos y se caracteriza por una relación desdichada con el lenguaje, cuyo valor de comunicación es presentido por el niño en edad preverbal, pero del que se siente excluido puesto que aún no lo comprende.

La descripción de Melanie Klein sugiere en su conjunto la idea de una verdadera situación traumática: un yo no preparado es acosado por tensiones demasiado numerosas y demasiado fuertes contra las cuales no se puede defender con eficacia: "Encontramos que se derivan importantes consecuencias de estar el yo tan poco desarrollado cuando es asediado por la aparición de las tendencias edípicas y la incipiente curiosidad sexual asociada a ellas. El niño aún no desarrollado intelectualmente es invadido por problemas e interrogantes" (1928a: 195). El yo fracasa completamente en satisfacer esta ansia de saber porque carece del lenguaje, lo único que le permitiría, por de pronto, el reconocimiento consciente de esas preguntas, y luego, su formulación en palabras y su

comunicación. De ahí que la curiosidad sexual arcaica esté destinada necesariamente a la insatisfacción: "Uno de los más amargos motivos de queja que hemos encontrado en el inconsciente es que esta cantidad abrumadora de interrogantes, que son aparentemente solo en parte conscientes, y aun cuando son conscientes, no pueden ser expresados en palabras, permanecen sin contestación" (1928a: 195).

En virtud de la dimensión traumática de esta situación, nos hallamos en el nivel del desamparo primario, la *Hilflosigkeit* de Freud, pero en virtud de la dimensión relacional que introduce la vinculación con el lenguaje, nos hallamos ya plenamente en la dimensión relacional de la frustración (*Versagung* = negación de satisfacción) y del rencor: "Otro reproche que sigue muy de cerca a este es que el niño no podía comprender las palabras. De este modo sus primeros interrogantes remontan más allá de los comienzos de su comprensión del lenguaje" (1928a: 195). De ello resulta un sentimiento abrumador de no saber, tanto más insoportable cuanto que se basa en la realidad, puesto que el niño no sabe nada de preciso sobre los procesos sexuales. Este sentimiento de frustración específica proporcionará más tarde, en ambos sexos, el apoyo para un componente particularmente amargo del complejo de castración. Aunque el término *envidia* no figura en este pasaje, se hallan reunidas todas las condiciones para que la decepción del deseo de saber culmine en ese sentimiento: estos dos motivos de queja hacen surgir un extraordinario monto de odio (1928a: 195).

Teniendo en cuenta la importancia cuantitativa y la precocidad que postuló Melanie Klein para esta tendencia, debemos interrogarnos sobre la verdadera naturaleza de esta pulsión de saber. Sin duda el término alemán *Trieb* es mucho menos técnico que el de *pulsión*, pero el hecho de que quien lo emplea sea una psicoanalista indica que se reconoce a la realidad considerada un cierto parentesco con lo que Freud había descrito en la tercera edición (1915) de *Tres ensayos de teoría sexual* bajo el mismo nombre de *Wissenstrieb*.

Para Freud esta tendencia no era una auténtica pulsión sino un producto compuesto; no obstante, proporcionaba satisfacción a una pulsión parcial, el placer-deseo de ver (*Schaulust*): "La pulsión de saber no puede computarse entre los componentes pulsionales elementales ni subordinarse de manera exclusiva a la sexualidad. Su acción corresponde, por una parte, a una manera sublimada del apoderamiento, y, por la otra, trabaja con la energía de la pulsión de ver" (Freud, 1905: 176-177). Mary Chadwick había enunciado una concepción diferente: aparecida antes que las tendencias edípicas, pero sin mantener una índole autoerótica, la pulsión de saber era para ella –contra la opinión expresada por Freud– una de esas *pulsiones parciales* definidas por el fundador del psicoanálisis en 1905 (Freud, 1905: 174-176), cuya característica es la de hallar precozmente el camino del objeto en tanto que todas las demás pulsiones permanecen centradas autoeróticamente en sus zonas erógenas, y por lo tanto mucho antes del comienzo del Edipo.

Melanie Klein, que había hecho retroceder la aparición del conflicto edípico

ubicándola en el segundo semestre del primer año, no podía ya hacer uso del concepto de pulsión parcial y caracterizó claramente la pulsión de saber como una tendencia edípica: su entrada en escena, afirmó, está ligada a la de las pulsiones edípicas y su comienzo es más arcaico que lo que generalmente se cree, como "…también he encontrado en el conflicto edípico en general" (1928a: 195). Pero lo que confiere interés a esta pulsión, edípica en su origen, es el hecho de que resulta desviada precozmente de su meta por el sadismo y de que entra muy pronto en el orbe de las pulsiones agresivas. Se encuentra así provista de un estatus ambiguo de intermediario entre el Edipo y el sadismo. De su origen edípico conserva su meta voyeurista de contemplación, así como su objeto, el vientre de la madre: "Este instinto, activado por el surgimiento de las tendencias edípicas, está al principio principalmente en relación con el cuerpo de la madre, al que se supone escenario de todos los procesos y desarrollos sexuales" (1928a: 195). Pero el sadismo, aunque no le imponga un cambio de objeto, le impone un cambio de meta de acuerdo con las exigencias que le son propias en la etapa anal: "El niño está aún dominado por la posición sádico-anal de la libido, la que le impulsa a desear *apropiarse* de los contenidos del cuerpo" (1928a: 195).

Así pues, la pulsión de saber sigue el destino común de todas las pulsiones en la época en que comienza el Edipo: infiltrada por el sadismo, dirigida hacia una meta que no era inicialmente la suya, es controlada durante algún tiempo por las pulsiones agresivas y seguirá el destino de estas, que es el de suscitar las defensas más enérgicas del yo. La herida narcisista provocada por el carácter traumático de la irrupción de las primeras preguntas en un yo carente de lenguaje y los sentimientos de culpabilidad provenientes de la "…temprana conexión entre el impulso epistemofílico y el sadismo" (1928a: 195) amenazan proporcionar otros tantos motivos para la represión de esta pulsión y dejan entrever la posibilidad de una nueva explicación de la inhibición intelectual.

Pero en lo que concierne a las etapas del desarrollo de la relación de objeto, se atribuye a la pulsión de saber un papel importante, aunque no exclusivo, en los procesos que conducen al apogeo del sadismo. Contribuye, en efecto, a desencadenar el comienzo de la fase de identificación con la madre, postulada por Melanie Klein en 1927. Sin duda las expresiones empleadas carecen de precisión y no detallan lo bastante la influencia respectiva de los diferentes factores que codeterminan el ingreso en esa fase. La eficacia causal es imputada sin distinción al hecho de que

> […] el instinto epistemofílico y el deseo de tomar posesión llegan pronto a estar íntimamente conectados el uno con el otro, pero también con el sentimiento de culpa provocado por el incipiente conflicto edípico. […] Esta significativa conexión anuncia en ambos sexos una fase de desarrollo de vital importancia, y que no ha sido hasta aquí suficientemente valorizada. Consiste en una identificación muy precoz con la madre (1928a: 195).

Podría intentarse, por lo menos a título de hipótesis, establecer lo que corresponde a cada uno de los tres factores postulados. Recordaremos que la fase de feminidad es precedida –por lo menos en el varón– por una fase edípica activa, contemporánea de la

etapa sádica anal y cuyos elementos genitales están a tal punto encubiertos por los elementos sádicos que, en realidad, la significación global de esta fase parece más sádica que libidinal en sentido estricto. Estas fijaciones sádicas determinan la introducción de un superyó cruel y terrorífico, lo cual provoca con bastante rapidez el abandono de la actividad, ya que, cuanto más cruel es el superyó, más temido es el padre como castrador. La angustia de retaliación ocasiona pues el abandono de la primera posición masculina del varón (se recordará que esta primera posición masculina, invocada en los textos de 1927, deja de ser mencionada al evolucionar el pensamiento kleiniano). El papel desempeñado por el sadismo anal también es claro: la fase de feminidad tiene sus bases en el nivel sádico-anal (1928a: 196) pero le da un contenido nuevo: apoderarse de las heces, a las que se identifica con los hijos. Se reconoce en ello una variante de la segunda meta de la pulsión de saber, precisamente aquella que le es sobreañadida por influencia del sadismo anal. Pero, ¿cuál es entonces la contribución propia de la pulsión de saber como tal? Es, nos parece, la de mantener el vientre de la madre y sus contenidos en la posición del objeto. En este sentido, Melanie Klein se aproxima mucho a la posición de Mary Chadwick, quien definió la pulsión de saber como pulsión parcial, ya que lo propio de las pulsiones parciales es que su vínculo con el objeto es más fuerte y más precoz que el de las demás pulsiones (Freud, 1905: 176-179). En lugar de volverse hacia el padre como tal y de querer recibir de él un hijo, el niño queda fijado al interior del cuerpo materno y es ahí de donde desea robar las heces, los hijos, el pene del padre, etc. La subsistencia de este vínculo objetal no puede ser atribuida en apariencia ni a las pulsiones sádico-anales ni al sentimiento de culpabilidad. En cambio parece lógico atribuirla a una pulsión cuyo objeto primitivo es el vientre de la madre y cuya meta únicamente ha sufrido la influencia del sadismo.

La teoría de la pulsión de saber es así más sugerente que precisa. La cuestión de su naturaleza instintual profunda sigue siendo oscura: al comienzo no es sádica; muy pronto se une a las pulsiones edípicas, pero no es genital. Engloba el placer-deseo de ver y, aunque las indicaciones sean imprecisas, parece tener una fuente independiente de la libido propiamente dicha, tanto como de la agresividad, a las cuales se une rápidamente. La función más evidente que cumple en la teoría kleiniana de esta época es la de connotar una frustración de un género muy particular, en la que la dimensión de fantasía prevalece ampliamente sobre la dimensión de realidad; puesto que si la frustración oral supone una parte irreductible de realidad factual, la frustración de la pulsión de saber es un fenómeno puramente interno, al que el objeto real no contribuye en nada, por cuanto la exigencia de saber solo es frustrada porque carece de los medios instrumentales para enunciarse y por lo tanto para manifestarse. Esta frustración puramente interna provoca una rabia y una agresividad cuya dimensión proyectiva, aunque no haya sido explícitamente elaborada, parece particularmente clara. Representa un factor puramente interior, ampliamente independiente del medio, en la intensificación del sadismo que comienza su más alta floración. Es sin duda el primer ejemplo, en la obra de Melanie

Klein, de esas relaciones de objeto precoces independientes de las zonas erógenas que para Fairbairn, Guntrip y Willy Baranger constituyen lo esencial de su aporte.

Todos los medios del sadismo en su apogeo

La fase de apogeo del sadismo es la etapa canibalística. Se inicia con el comienzo de la fase canibalística y dura hasta el fin de la primera etapa anal. La indecisión entre estas dos proposiciones, enunciadas en dos artículos distintos aparecidos en el mismo año de 1929 (1929a, 1929b) muestra una cierta confusión de Melanie Klein que nos sentiríamos tentados a relacionar con su dificultad para utilizar el esquema de Abraham. Para la ortodoxia abrahamiana, ambas proposiciones son admisibles: cada una de esas dos transiciones –del canibalismo total al canibalismo parcial y de la eyección a la retención– señala un aumento de la tendencia a preservar el objeto. Por lo tanto nos parece más satisfactorio considerar que esa indecisión en cuanto a la época en que se produce el apogeo del sadismo corresponde a una situación más profundamente basada en la dificultad de reunir dos realidades clínicas, cada una de las cuales considerada aisladamente favorecería una u otra de estas conclusiones. Ya que, en un sentido, el sadismo máximo es el de la etapa canibalística, que es el más brutal y el más radicalmente destructor; pero, en otro sentido, el sadismo máximo es el de la primera etapa anal, en la cual los ataques orales están lejos de haber desaparecido y están acompañados por ataques anales y uretrales que vienen a enriquecer el tono fundamental de todo un conjunto de armónicos siniestros. Melanie Klein no tardó en resolver la cuestión del tiempo genético de la culminación del sadismo: "…la fase del desarrollo en la que el sadismo alcanza su punto máximo, comienza en mi opinión, con la emergencia de los instintos sádico-orales y finaliza con la declinación del primer estadio anal" (1931: 244 *n.*). Esta concepción subsistió en *El psicoanálisis de niños* (1932) donde aparece vinculada cada vez más con la insistencia en el significado evolutivo y psicopatológico de la frontera entre las dos etapas anales. Pero en lo que respecta a la definición del sadismo en términos de brutalidad o de variedad de los ataques, la incertidumbre habrá de prolongarse.

Si el sadismo máximo es el de los ataques directos, una fuente pulsional será tanto más sádica cuanto más próxima se encuentre genéticamente de la etapa oral. Si el sadismo máximo es el que despliega la totalidad de sus diversos medios, una pulsión determinada será tanto más sádica cuanto más entremezcle sus manifestaciones con las de otras formas de agresividad. A riesgo de contradecirse a veces en los detalles, Melanie Klein se mostró inclinada a servirse simultáneamente de estos dos presupuestos tan difícilmente compatibles entre sí.

La teoría de las pulsiones uretrales proporciona el ejemplo más claro de esta relativa indiferencia de la autora de *El psicoanálisis de niños* (1932) en cuanto a las exigencias de la coherencia sistemática. Ya en 1924, en el análisis de Trude, reconoció la acción precoz de esas pulsiones. Pero los análisis de Peter y de Ruth le permitieron comprobar algunos meses más tarde el papel predominante del sadismo oral. Solo en 1929 retomó la descripción y la interpretación de las pulsiones uretrales, que aún no se distinguen claramente de las pulsiones anales: "…en los ataques fantaseados contra el cuerpo

materno desempeñan un papel considerable el sadismo uretral y anal, que se agrega muy pronto al sadismo oral y el muscular. En la fantasía, los excrementos son transformados en armas peligrosas: orinar es para el niño lo mismo que lastimar, herir, quemar, ahogar…" (1930a: 225). En *El psicoanálisis de niños* (1932) el sadismo uretral adquiere un estatus particular: es, de todas las formas del sadismo, la más íntimamente aliada al sadismo oral (1932: 144). Melanie Klein anunció su intención de "…hacer notar la gran importancia, hasta aquí poco reconocida, del sadismo uretral en el desarrollo del niño" (1932: 144). Las fantasías de destrucción en que la orina es representada como una sustancia que quema, disuelve, corroe, etc., están regidas, en efecto, por la equivalencia simbólica leche = orina. Estas fantasías son una "…reacción sádica contra el hecho de haber sido privados de líquido por su madre y están dirigidas fundamentalmente contra su pecho" (1932: 144), según un mecanismo que interesa sobre todo por cuanto vale como paradigma para la formación de las fantasías sádicas en general: este mecanismo consiste en la transformación del placer que procura al objeto en su contrario, con el agregado de elementos destructores.

> Como venganza, por no obtener "bastante" leche de la madre, producirán, en su imaginación, una cantidad excesiva de orina, y así destruirán su pecho, ahogándolo o licuándolo; y como una venganza por no tener leche buena de ella producirán un líquido dañino con el que quemarán o envenenarán su pecho y la leche que este contiene (1932: 224*n*).

Al margen de este aspecto directamente sádico, las pulsiones uretrales desempeñan también un papel importante en el desarrollo. Contribuyen en una medida no despreciable a favorecer la transferencia del interés libidinal del pecho de la madre al pene del padre: a partir del deseo oral por el pene identificado con el pezón, se desarrolla un interés más específicamente uretral por el pene, en razón de su capacidad urinaria más evidente que la del órgano femenino de la micción. Este interés que, según Melanie Klein, se manifiesta en la incontinencia de orina, adquiere rápidamente en ambos sexos el significado de una posición masculina. Así, tanto si se trata de la evolución del sadismo como de la libido, las cargas uretrales suceden inmediatamente a las cargas orales. Pero al mismo tiempo, y siempre como consecuencia de la preocupación por destacar la importancia de las manifestaciones del sadismo uretral, "El desarrollo temprano de la conciencia en el niño" (1933a: 258) presenta la noción, más tarde abandonada, de una etapa uretral, etapa sádica que sería intermediaria entre la etapa sádica oral y la etapa anal. Así, el sadismo uretral adquiere una determinada autonomía en relación con el sadismo oral, en el marco de una tentativa evidente de explicar la intensificación del sadismo por la activación simultánea de todos sus medios.

Pero en estas condiciones la noción de una relación privilegiada entre lo oral y lo uretral es difícil de mantener y lo uretral se aproxima otra vez a lo anal, sumando ambos sus medios específicos a los medios orales: "Los datos que me ha sido posible reunir en primeros análisis demuestran que entre las tendencias oral-sádicas se inserta una etapa en que se hacen sentir tendencias uretral-sádicas, y que las tendencias anal y uretral son una

continuación directa de las oral-sádicas, en cuanto a fin específico y objeto de ataque" (1933a: 258). En realidad, es evidente que la noción de *etapa* se encuentra aquí prácticamente despojada de todo contenido, que la interposición de una etapa uretral entre la etapa oral y la anal tiene, más que un sentido genético, un sentido que, a falta de una expresión más apropiada, llamaríamos *estructural*: con lo que queremos señalar que el sadismo anal no se puede deducir de la frustración oral de modo tan inmediato como el sadismo uretral. Por lo tanto, las tres "etapas" sádicas se superponen hasta tal punto que tienden a ser simultáneas en el momento de su apogeo, de modo tal que poco antes de que se produzca el viraje de 1934, vemos perfilarse la noción de una especie de período pansádico cuyo esquema organizador ya no es enunciado en términos de metas pulsionales sino en términos deliberadamente objetales: "…el niño entra en una fase en que dirige todos los instrumentos de su sadismo hacia el único fin de destruir el cuerpo de su madre y lo que ese cuerpo contiene" (1933a: 259). Pero resulta claro que una fase semejante, en la que las metas (*aims*) son solo *instrumentos* puestos simultáneamente al servicio de un proyecto (*purpose*) de destrucción del objeto, anticipa directamente la posición paranoide, y que ella no es fácil de conciliar ni con la tesis de una etapa sádica uretral bien diferenciada ni con la de una especie de primado de los ataques canibalísticos.

¿Significa esto que en 1933 Melanie Klein se obstinaba en utilizar el lenguaje del punto de vista genético cuando este se había convertido ya para ella en una gran dificultad? Una tesis semejante puede quizá sostenerse en lo que se relaciona con la teoría clásica de las etapas, pero la preocupación kleiniana por mantener la idea de una secuencia fija corresponde, a nuestro parecer, a una exigencia muy precisa: junto a la sucesión de las zonas y de las metas, y parcialmente en correspondencia con ella, la autora de "La importancia de la formación de símbolos" (1930a) distingue, dentro de la fase de apogeo del sadismo, dos tiempos netamente contrastados en función del carácter directo o insidioso de los ataques imaginarios. El primer momento es el del sadismo brutal, sin disimulo ni disfraz; para Melanie Klein, en apariencia, los ataques canibalísticos son todos de este tipo. El segundo tiempo es el de un sadismo a la vez refinado e insidioso, e incluso hipócrita; el que, por lo tanto, se caracteriza por procedimientos más indirectos de realización imaginaria de la destrucción del objeto. Pero sería erróneo creer que ese sadismo, anal y uretral en esencia, sea menor que el del canibalismo. En esa época la teoría kleiniana estaba ya suficientemente liberada de toda influencia ajena a sus propias exigencias como para dejar de lado por completo la tesis de Abraham según la cual la etapa sádica oral centrada en la incorporación canibalística total es más destructora que la etapa siguiente. Por lo tanto, *El psicoanálisis de niños* (1932) propondrá la idea de que los ataques sádicos del segundo tipo remiten a un sadismo superior al de los ataques brutales, fundando explícitamente esta afirmación en consideraciones metapsicológicas que no dejan ninguna duda sobre su evaluación de los fenómenos. "Además del aumento cuantitativo que experimenta el sadismo del niño en

cada punto de origen, se producen cambios cualitativos que lo aumentan todavía más" (1932: 148). En este sentido. resulta lícito decir que el sadismo solo está verdaderamente en su apogeo cuando se halla en posesión de todos sus medios y, por consiguiente, cuando los elementos uretrales y anales han contribuido con argumentos, cuya cantidad, variedad y riqueza son casi ilimitadas (1932: 148). Es pues esencial para la teoría del apogeo del sadismo que subsistió en el sistema de 1932, la idea de una secuencia genética fija que permite fundamentar la distinción de las dos formas del sadismo en la sucesión cronológica de sus puntos de fijación. Y si la teoría del sadismo insidioso es tan importante para Melanie Klein, es porque se trata de un descubrimiento cuya significación clínica, en la que no dejó de insistir durante los treinta años siguientes, le pareció fundamental desde el primer momento.

El sadismo brutal recurre sobre todo a los dientes y las mandíbulas para llevar a cabo ataques imaginarios que consisten en devorar, despedazar y cortar. Cuando hace intervenir a las heces o la orina, es para quemar o ensuciar el objeto. El sadismo insidioso o refinado emplea esas sustancias como explosivos, venenos, agentes de destrucción mágica y misteriosa: "En la primera parte de esta fase, donde reina una franca violencia, los excrementos son considerados como instrumentos de ataque directo, pero más tarde adquieren un significado de sustancias explosivas o venenosas" (1932: 148). La individualización de estas fantasías resulta esencial para la comprensión de la paranoia y de los fenómenos persecutorios; la desconfianza paranoica podrá explicarse por la proyección en el objeto del sadismo insidioso del sujeto, que teme de parte de su perseguidor lo que él le ha hecho sufrir en sus fantasías inconscientes. Gracias a este descubrimiento es posible asignar puntos de fijación precisos a los dos grupos de psicosis en los que se manifiestan más claramente elementos persecutorios:

> El período inicial de la fase de sadismo máximo es aquel en que los ataques son concebidos como de un carácter violento. He encontrado en este período el punto de fijación de la demencia precoz. En la segunda parte de esta fase los ataques fantaseados son imaginados como envenenamientos, y predominan los impulsos sádicos uretrales y anales. Creo que este es el punto de fijación de la paranoia (1930a: 237).

Los análisis de John y de Dick permitieron profundizar la descripción y la interpretación de esta clase de hechos, cuya conceptualización fue retomada una vez más por la teoría kleiniana tardía bajo el rubro de identificación proyectiva. Las fantasías de John, afectado por una inhibición intelectual importante, hacían intervenir animales peligrosos contra los que debía luchar sin descanso, por temor a que destruyeran el mundo entero. Esos animales representaban las heces del niño, que este introducía imaginariamente en el cuerpo de su madre para dañarla y envenenarla y para destruir por ese mismo medio los contenidos de su cuerpo. Temiendo la retaliación, el niño sentía miedo ante la presencia supuesta dentro de su cuerpo de esos excrementos envenenados que el objeto atacado podría introducir mágica y secretamente en los orificios de este: temía así no solo sus propios excrementos sino también los ataques que podría llevar a cabo en el interior de su cuerpo el objeto introyectado. Este hecho permitió verificar y

reinterpretar la teoría de la paranoia que Karl Abraham había tomado de Stärcke y van Ophuijsen. No resultaba claro en esa concepción por qué el paranoico creía ver en el bastón fecal el pene de su perseguidor. El descubrimiento del sadismo insidioso permitió aclarar este punto: teme la presencia de excrementos peligrosos en su intestino quien fantasea que introduce mágicamente sus propios excrementos envenenados en el ano de la madre; experimenta la introyección anal como una fractura destructiva quien fantasea la destrucción del objeto por medio de una fractura semejante. Se comprende mejor por qué el paranoico no puede ni expulsar el perseguidor interno ni retenerlo: cada vez que lo evacúa violentamente, teme su retorno insidioso, tanto más peligroso cuanto más violenta haya sido la evacuación.

La fantasía de los padres combinados y el apogeo del sadismo

La teoría de los medios del sadismo nos ha familiarizado con la idea de que el apogeo del sadismo no coincide exactamente con la más arcaica de sus fases. El examen de la naturaleza del objeto de las pulsiones sádicas vino a confirmar esta tesis. Entre 1927 y 1932 el sadismo máximo no apunta, según la concepción kleiniana, ni al pecho de la madre ni a la madre misma, sino a los padres unidos en el coito. Más precisamente, en 1929 se fusionaron dos temas hasta entonces independientes para dar lugar al descubrimiento de la imagen unificada o combinada de los padres, que a partir de entonces es designada con un término especial (*vereinigten Eltern*, y más tarde, en los textos escritos directamente en inglés, *combined parents*). El primero se refiere al desarrollo de la agresividad contra la madre, a la descripción de los ataques sádicos orales contra el pecho y luego contra la madre o el interior de su cuerpo. El segundo consiste en el inventario, cada vez más detallado a medida que se acumula el material obtenido por medio de la técnica del juego, de las variaciones de la concepción sádica del coito, y en la interpretación, cada vez más firme, del aspecto cruel de las fantasías de la escena primaria en términos de cumplimiento del deseo.

La idea de que la agresividad del niño se dirige contra el pecho de la madre antes de dirigirse contra la madre como objeto completo no es típica de las primeras ideas kleinianas. Es cierto que hacia 1927 hallamos la idea de que la etapa canibalística implica morder el pecho (1927c: 178) (afirmaciones como esta son poco frecuentes antes de 1934), pero se trata más de una alusión a las ideas de Abraham que del desarrollo espontáneo de un tema personal. Solo en 1932 se enuncia claramente la idea de que el primer objeto no es la madre como persona sino el pecho.[8] Pero antes de que surgiera esta idea, la concepción kleiniana de las primeras relaciones objetales había sufrido ya una evolución nada desdeñable. Esta evolución no ha sido señalada hasta ahora por una razón fácil de adivinar: en los textos de este período se da, sin que medie una referencia explícita por parte de Melanie Klein sobre el punto, una diferencia apreciable entre la evolución del sadismo y la de la libido.

Ahora bien, el pecho es, desde 1924 y en armonía con la concepción unánimemente reconocida en psicoanálisis, el primer objeto de la *libido*, y la originalidad de la creadora de la técnica del juego se manifiesta en la tesis según la cual la frustración del destete aleja al niño del pecho y provoca su conversión hacia el pene del padre, tesis que tiene como corolario la idea de que la primera posición edípica es femenina en ambos sexos,[9] y se funda en una transferencia directa de las pulsiones de succión a las pulsiones genitales incipientes. En lo que concierne al objeto, la libido pasa pues del *pecho* al *pene* antes de dirigirse a la *persona* del progenitor de sexo opuesto. Pero la sucesión de los objetos de la agresividad es muy distinta: nada indica que Melanie Klein haya pensado antes de 1929 que el pecho frustrador fuera el objeto de ataques sádicos por parte del lactante en la época del destete.[10] La agresividad solo es explorada en el marco de la rivalidad edípica y a través de los contenidos de las fantasías ansiógenas que la representan en el espejo.

Esta agresividad contra el o la rival de las primeras etapas edípicas fue descrita primero en términos de castración por mordedura, de robo o destrucción de los hijos contenidos en el vientre de la madre, de extracción violenta de las heces contenidas en su intestino. En los primeros textos que se refieren a la técnica del juego, los ataques son aún descritos en términos muy realistas y se dirigen al cuerpo exactamente percibido de la madre como persona completa y como rival de la niña que, por su parte, teme ataques muy precisos contra su propio cuerpo: Rita teme que un ratón o un *Bützen* (órgano genital) entre por la ventana para quitarle su propio *Bützen* de una dentellada; Trude golpea durante una sesión el vientre de su analista, expresando claramente su intención de abrirlo para sacarle los excrementos. El carácter interno o introyectado del objeto víctima de los ataques y cuya venganza se teme no está muy lejos de ser considerado una ilusión defensiva, un disfraz que el progreso del análisis permitirá superar:

> los niños empiezan a distinguir entre la madre "imaginada" y la madre real, y entre el muñequito de madera y su hermano como bebé vivo. Entonces insisten firmemente en que querían hacer tal o cual daño solo al bebé de juguete; dicen que por supuesto aman al bebé real. Solo cuando han sido superadas resistencias muy poderosas y de larga data los niños se dan cuenta de que sus actos agresivos estaban dirigidos hacia los objetos *reales* (1926b, 1927a: 146).

Únicamente en el último de los textos de 1927 aparece la idea de que el sadismo tiene como objetivo principal a la madre como objeto libidinal y el interior de su cuerpo como representación fantaseada. Incluso entonces no hay conexión entre esas dos ideas. La primera solo fue introducida para responder a la pregunta de por qué el superyó de los niños de cuatro años coincide con una imagen irreal y fantástica de padres que devoran, cortan y muerden: es porque el niño de un año desea destruir su objeto libidinal mordiéndolo, devorándolo y cortándolo (1926c, 1928a: 194). En cuanto al importante descubrimiento de que lo que el sadismo ataca es el interior del cuerpo de la madre, solo tuvo lugar en relación con la descripción y la definición de la pulsión de saber (1928a: 195). El elemento común de estas dos afirmaciones es que el objeto atacado no coincide con un objeto real de la percepción, sino con una imagen *irreal* o *supuesta* cuyo carácter interior se afirma esta vez con claridad: se trata de la madre como cubierta de piel que envuelve y contiene los objetos parciales, del "…cuerpo de la madre, al que se supone escenario de todos los procesos y desarrollos sexuales" (1926c, 1928a: 195). Aquí debemos distinguir dos nociones que el pensamiento kleiniano, en su evolución posterior, llegará a confundir, pero que antes de 1934 estaban bien diferenciadas: el objeto primario del sadismo que, en cierto modo, le es sugerido por la pulsión de saber, es el interior del vientre materno, y aquello que tiene la en mira son más los contenidos que el continente como tal. Por otra parte, ese objeto es una imagen fantásticamente deformada, un objeto de la imaginación y no de la percepción; es lo que Melanie Klein llama un *objeto interno*. Pero entre el empleo de la palabra interior en la expresión objeto interior y el que se le da en la expresión interior del cuerpo-vientre materno, aunque hay homonimia, no hay todavía sinonimia. Hay solo esta relación, que deriva de una simple comprobación de

sentido común: precisamente por ser interior, el contenido del vientre materno no es visible, es representado por fantasías y no por percepciones, y es particularmente apto para convertirse, en otra acepción del adjetivo, en un objeto interno.

A medida que Melanie Klein fue aprendiendo a conocer mejor el universo de las fantasías arcaicas, asignó cada vez más a ese interior del vientre materno, objeto primario de la pulsión de saber y del sadismo, el valor de un prototipo de toda realidad exterior. Los contenidos imaginarios del vientre materno son, exactamente, los prototipos de todos los objetos externos, mientras que el cuerpo materno, en tanto que continente, es el prototipo del mundo: "Las fantasías sádicas dirigidas contra el interior del cuerpo materno constituyen la relación primera y básica con el mundo exterior y con la realidad" (1930a: 226). Algunos meses más tarde, en el primer pasaje en que se vuelve a mencionar el pecho, esta vez en posición de objeto primario, expresa: "En la primera realidad del niño no es exageración decir que el mundo es un pecho y un vientre lleno de objetos peligrosos, peligrosos a causa del impulso del propio niño a atacarlos" (1930b: 238). Hay pues, si nos atenemos al desarrollo de la relación objetal sádica en tanto guiada por la pulsión de saber, un aumento del sadismo, que depende de la evolución de su objeto: si el sadismo, tal como lo presentan los textos de 1929, apunta de entrada a un objeto que vale como totalidad del mundo existente, se comprende que, definido ya entonces como máximo, tanto en el plano de sus energías pulsionales como en el de sus medios, lo sea también en razón de las características de su objeto primario.

En forma paralela con la evolución que acabamos de describir, la teoría de la escena primaria se va transformando poco a poco. Sabemos que ya en el sistema protokleiniano se le asignaba una importancia capital, puesto que se la consideraba el núcleo de las fantasías masturbatorias, cuya actividad sublimada daba lugar a todos los talentos, intereses, juegos, etc. Pero por entonces únicamente se trataba de describir, en la línea de la tradición freudiana clásica, la concepción sádica del coito como un error de interpretación del niño, y la agresividad suscitada por ese espectáculo en el varón como dirigida ante todo al padre considerado como rival. Este esquema sufrió una primera transformación –pero solo en un caso aislado y sin que llegara a afirmarse la generalidad del hecho observado– cuando Melanie Klein descubrió que para Erna las manifestaciones de ternura que intercambiaban sus padres no tenían otro objeto que perseguirla, provocándole envidia: una observación semejante implica que la niña consideraba aún a sus padres como aliados contra ella, lo que, según la lógica de las concepciones kleinianas, presupone que habían sido originariamente atacados en forma conjunta en las fantasías de la niña, ya que todo temor es el reflejo especular de una fantasía de agresión. Pero esto no se afirma explícitamente.

En 1927 se produce una modificación que puede relacionarse más fácilmente con la cronología de los descubrimientos de Melanie Klein: la escena primaria es concebida como sádica bajo la influencia del sadismo dominante del niño. Pero la relación propuesta es concebida aún en términos vagos y se ubica en el esquema freudiano del

error de interpretación: el niño, cuya libido se halla estrechamente unida a la agresividad y que desea el coito en una forma canibalística o anal, supone que los padres lo practican en alguna de esas formas, las únicas que él puede imaginar:

> Sabemos gracias a Freud que hay cierto conocimiento inconsciente que el niño obtiene, aparentemente, en forma filogenética. A este pertenece el conocimiento sobre el coito paterno, el nacimiento de los niños, etc.; pero es de carácter bastante vago y confuso. De acuerdo con el estadio sádico-oral y sádico-anal que él mismo está atravesando, el coito llega a significar para el niño una situación en la que juegan el papel principal comer, cocinar, intercambio de heces y actos sádicos de todo tipo (morder, cortar, etc.) (1927c: 183).

De esta manera, podría decirse que se trata aquí de proyección, no en el sentido psicoanalítico del término, sino en el sentido en que en psicología se habla de proyección para connotar procesos como el siguiente:

> El sujeto percibe el medio ambiente y responde al mismo en función de sus propios intereses, aptitudes, hábitos, estados afectivos duraderos o momentáneos, esperanzas, deseos, etc. […]; un hombre de negocios considerará todos sus objetos desde el punto de vista de lo que puede comprarse o venderse ("deformación profesional"); el hombre de buen humor tiende a ver la vida "de color de rosa", etc. (Laplanche-Pontalis, 1996: 307).

La *Schaulust*, el deseo-placer de ver, estaba dirigida a la escena primaria. Cuando la pulsión de saber reemplaza a este componente voyeurista, afecta los acontecimientos y procesos sexuales que se supone tienen lugar en el interior del cuerpo de la madre. Sin duda esto es válido también para la escena primaria, aunque no se lo afirme explícitamente. Será necesario esperar hasta 1927 para hallar una mención de la fantasía según la cual el niño espera encontrar en el interior del cuerpo materno el pene del padre incorporado durante el coito (1926c, 1928a: 200). A partir de entonces todo está dispuesto para que sea elaborada la imagen unificada de los padres, lo que ocurrirá en 1929 (1929b: 219). El sadismo apunta a destruir o robar del interior del cuerpo de la madre no solo las heces y los niños, sino también el pene del padre. Así, ninguno de los objetos cargados hasta entonces por el niño en el curso de su desarrollo se libra de sus pulsiones agresivas. Los objetos parciales de la libido oral, el pecho y el pene, lo mismo que los objetos más o menos completos (representados por sus órganos) de las primeras etapas edípicas son alcanzados simultáneamente por un sadismo del que, en lo sucesivo, nada se libra, y esto tanto menos por cuanto el cuerpo de la madre se considera equivalente al mundo en su totalidad.

El sadismo se encuentra así en su más alta floración, en el punto en que la relación de objeto, hablando con propiedad, se vuelve más antiedípica que edípica. En efecto, tanto en el complejo directo como en su forma invertida, los ataques sádicos contra uno de los padres se acompañan de amor y de ternura por el objeto de las pulsiones incestuosas. El niño conserva así una relación positiva, alentadora y tranquilizadora con uno de sus padres, aquel cuyo amor le resulta más importante en un momento determinado. Posee un recurso y una protección contra los ataques imaginarios del rival. El ataque de los padres combinados suprime casi totalmente ese recurso. Contra ellos el niño se encuentra

solo y no puede buscar apoyo en uno de los objetos reales sino solo en la imagen interna de los padres buenos cuya presencia, en ese contexto dominado por el sadismo, es por lo menos dudosa. Según la lógica del temor a la retaliación, el niño que ataca simultáneamente todos sus objetos los teme, como lo prueba el héroe de *El niño y los sortilegios*, todos a un tiempo. Al sadismo más intenso corresponde la situación ansiógena más terrorífica y más paralizante: aquella que quiebra o deforma el yo del niño psicótico. La profundización de la teoría de las pulsiones es correlativa de uno de los descubrimientos fundamentales de Melanie Klein, el de los rasgos específicos de las psicosis infantiles.

El hecho de que el descubrimiento del apogeo del sadismo y de su triple génesis en el registro de sus fuentes, sus medios y sus objetos sea el aporte más decisivo del pensamiento kleiniano a la teoría de las pulsiones, se pone de manifiesto aun más claramente por contraste cuando se considera la indiferencia y la concisión con que Melanie Klein se refiere, generalmente en forma ocasional, a las etapas posteriores. Resulta así evidente que no existe una teoría kleiniana de la segunda etapa anal como fase del desarrollo libidinal y agresivo. Nunca se la describe sino como un período de disminución del sadismo; es ubicada fuera del apogeo paroxístico de las pulsiones destructoras, y el único relieve que se le otorga resulta de su oposición a las etapas anteriores más que de su naturaleza y su actividad libidinales propias. En este aspecto Melanie Klein sigue siendo discípula de Abraham, e incluso llega más lejos que su maestro en su insistencia sobre el antagonismo entre las dos etapas anales (1932: 159, 166-170). Esta actitud se acentúa a tal punto que se buscaría en vano en toda la obra kleiniana un solo elemento pulsional primario –erótico o agresivo–que pueda ser atribuido a esa fase, o una sola frase sobre la meta sexual de retención o sobre la pulsión de dominio. Lo que todos los otros autores consideraron pulsiones anales tardías, ella lo trata generalmente bajo el rubro de estrategias de sobrecompensación o de formaciones reactivas destinadas a contrarrestar y a superar el sadismo brutal o insidioso de la primera etapa anal.

La segunda etapa anal no es pues más que una etapa reactiva. Está investida bajo la presión de la angustia que no ha podido ser disipada en la etapa precedente recurriendo al mecanismo de eyección. Se caracteriza por una importante transformación de los objetos ansiógenos, en el sentido de una disminución de su carácter terrorífico. Se halla marcada por el desarrollo de formaciones reactivas: repugnancia, orden, limpieza, piedad; por la búsqueda del amor y la aprobación de los objetos reales. En fin, como sabemos, señala la entrada en el universo psicológico de la neurosis, y la neurosis que tiene en ella su punto de fijación es la neurosis obsesiva, que será descrita precisamente como reactiva a una psicosis subyacente, a la que tiene la función de ligar y dominar.

De las etapas tardías del Edipo, Melanie Klein no dice casi nada, o por lo menos no habla de ellas sino para tomar posición respecto de lo que otros autores han manifestado. Así Karen Horney había propuesto, ya en 1923, distinguir dos fuentes de la envidia del

pene. Una, muy precoz, correspondería a cargas voyeuristas y exhibicionistas, es decir, en términos freudianos, a una de esas pulsiones parciales que no se unen sino tardíamente a la corriente principal de la sexualidad. La otra, más tardía, sería reactiva a la decepción edípica (Horney, 1924). Según Ernest Jones, que retomó ideas semejantes, "Es la privación resultante de la continua decepción por el hecho de que nunca se le permitirá compartir el pene del padre en un coito, ni tener así un bebé, lo que reactiva el temprano deseo de la niña de poseer un pene propio" (Jones, 1927: 36; cf. 25-47). La fase *deuterofálica* sería entonces una regresión a una fase *protofálica*; entre ambas se ubicaría un período edípico directo. Frente a tales especulaciones, la actitud de Melanie Klein es imprecisa, por lo menos en el nivel de las declaraciones explícitas. La intención subyacente, que consiste en oponerse a la tesis freudiana de un Edipo desencadenado, en la niña, por la envidia del pene, no puede sino suscitar su adhesión. Pero las formas que adopta esa tentativa no coinciden con la experiencia adquirida en el psicoanálisis de niños, y sugieren un modelo genético difícil de conciliar con el que la creadora de la técnica del juego se había formado. Resulta difícil discernir, en efecto, dónde podría ubicarse, en la secuencia descrita por Melanie Klein –Edipo arcaico, envidia del pene, etapas posteriores del Edipo– la sucesión invocada por Horney y Jones: fase fálica precoz, Edipo directo, segunda fase fálica. Esta es sin duda la causa por la que *El psicoanálisis de niños* (1932) no hace más que citar a esos autores sin tomar una posición clara en lo que respecta a sus hipótesis y se limita a la comprobación de una comunidad de preocupaciones. Todo esto se halla muy lejos de lo que realmente interesa a Melanie Klein.

3. La psicosis infantil

La concepción genética de Karl Abraham no era solo una teoría del desarrollo del niño normal, sino también el fundamento de una teoría psicopatológica de los puntos de fijación de las neurosis y las psicosis, en la medida en que cada fase individualizada en la teoría corresponde al punto de fijación de un trastorno psicopatológico bien determinado. Se puede distinguir entre la intención global de Abraham y las modalidades concretas de su realización en detalle. La idea directriz de su tentativa de sistematización es la preocupación por resolver el problema de la elección de la neurosis por medio de consideraciones exclusivamente genéticas, asignando a cada fase del desarrollo normal el punto de fijación de una enfermedad y solo de una. El detalle de la correspondencia entre determinada etapa y determinada afección no fue íntegramente aceptado por Melanie Klein: así, en especial, su falta total de interés hasta 1934 por la depresión y la melancolía, que no suelen hallarse, pese a las suposiciones iniciales de su maestro,[11] en la clínica infantil, determinó que no mencionara jamás este tipo de perturbaciones. Se preocupó en cambio por indicar el punto de fijación de la esquizofrenia y se apartó de Abraham en este aspecto: en lugar de relacionarla, como él, con una fijación oral de succión (que Abraham había considerado para explicar la retirada psicótica en función del autoerotismo), la basó en una fijación canibalística, colocándola así en el lugar que Abraham había atribuido a la psicosis maníaco-depresiva. Con esta única excepción, Melanie Klein se mostró hasta 1932, en materia de psicopatología, como una discípula fiel del teórico berlinés.

Sin embargo, no se adhirió de entrada al esquema psicopatológico de Abraham. Lo aceptó después de haber seguido un camino propio que pasa por descubrimientos clínicos surgidos de la práctica del psicoanálisis de niños y que la obra de Abraham no permitía prever. Fue, en efecto, la experiencia clínica de la creadora de la técnica del juego lo que determinó su actitud frente a las teorías de sus precursores. Si antes de 1929 se refiere apenas y emplea muy pocas veces las contribuciones de Abraham a la psicopatología, es porque trataba entonces a niños neuróticos o que consideraba tales. Las perturbaciones que afectaban a estos niños se originaban en las etapas arcaicas del complejo edípico, que Melanie Klein consideraba, hasta 1934, como el núcleo de la neurosis. Las concepciones de Karl Abraham no eran aptas para apoyar este enfoque, por cuanto relacionaban las neurosis con etapas relativamente tardías, mientras que la técnica del juego permitía poner de manifiesto las raíces orales. Solo cuando debió enfrentar en su práctica los problemas técnicos y teóricos de la psicosis infantil se vio obligada a buscar instrumentos conceptuales adecuados que hicieran posible su comprensión. Encontró algunos en Abraham y comenzó a mencionar cada vez más sus descubrimientos. Pero le fue preciso inventar por sí misma un número considerable. Así, las contribuciones más originales de Melanie Klein a la teoría psicoanalítica entre 1927 y 1932 proceden en su totalidad, directa o indirectamente, de su experiencia de la psicosis infantil; esto se aplica, en primer término, a la fase de apogeo del sadismo.

Los hechos que descubrió entonces y que fue la primera en describir, no solo en la historia del psicoanálisis sino en la de la psiquiatría, así como la clasificación de las teorías explicativas que propuso, hicieron posible todos los progresos efectuados en psicopatología infantil en el último medio siglo, a los que se anticipó ampliamente. Las resistencias de los psiquiatras de niños al psicoanálisis y las reticencias de muchos psicoanalistas frente a lo que consideraban como un sistema kleiniano arbitrario y especulativo han oscurecido este hecho histórico. Las controversias de 1943 recluyeron durante largo tiempo a los kleinianos en una especie de gueto, y la actitud adoptada en relación con sus aportes asumió a menudo el aspecto de una verdadera conspiración de silencio. El alcance de la obra de Melanie Klein en psicopatología es mejor comprendido desde hace algunos años (Giovacchini, 1972). Nos proponemos mostrar a continuación que ella había formulado claramente en 1932 casi todas las ideas que transformaron la psicopatología del niño a partir de 1945, incluidas aquellas que se han impuesto más recientemente.

El problema de la psicosis fue abordado por primera vez en uno de sus escritos en el año 1929. Este hecho puede vincularse con los análisis de Egon y Dick, que le proporcionaron un medio de acceso progresivo a la comprensión del universo psicótico. En un primer momento, el tratamiento de Egon la puso frente a un caso en que las inhibiciones respecto del juego y de las asociaciones libres impedían la producción de un material lo bastante abundante como para que fuera posible interpretarlo, al tiempo que el contacto era frío y distante, de modo que nada, ni la figuración simbólica ni la manifestación afectiva permitían la intervención de la analista. En un segundo momento, el análisis de Dick, niño de cuatro años callado y retardado, permitió la aplicación a un caso extremo de soluciones que habían tenido éxito con Egon, confirmando su valor. Egon era un niño de unos diez años, alumno brillante, cuyas perturbaciones no se habían manifestado hasta los cinco años: el niño había podido por lo tanto hacer adquisiciones que sin duda facilitaron su tratamiento. Aunque presentaba un núcleo esquizofrénico, esto ocurría en una forma y en condiciones que resultaban favorables a su elucidación. Su análisis, lento y difícil, y cuyo curso desconcertó a Melanie Klein en un comienzo, duró unos dos años e incluyó alrededor de 425 sesiones. Tuvo lugar en 1927 y 1928 (1932: 87*n*.), solo unos meses después de la interrupción del tratamiento de Erna, que había posibilitado, entre 1924 y 1926, la exploración del núcleo paranoico subyacente en una sintomatología de aspecto francamente obsesivo.

Recordando un cuarto de siglo más tarde la época de sus primeros descubrimientos, la creadora de la técnica del juego ubicó su primer contacto con la psicosis en el análisis de Erna. Esta niña, nos dice, era sin duda alguna paranoica y su caso

> …me ayudó mucho a preparar el terreno para diversas conclusiones que presenté en el Décimo Congreso Psicoanalítico Internacional en 1927 (1926c-1928a), en particular la opinión de que la razón fundamental de la psicosis es un temprano superyó, constituido cuando los impulsos y fantasías oral-sádicos están en su punto culminante, idea que desarrollé dos años más tarde, acentuando la importancia del sadismo oral en la esquizofrenia (1955a-b: 142).

Resulta claro que Melanie Klein es víctima en este caso de una ilusión retrospectiva, puesto que en "Estadios tempranos del conflicto edípico" (1928a) no se refiere en absoluto a los problemas de la psicosis; pero debemos tomar razón de la continuidad que establece este pasaje entre el análisis de Erna y los descubrimientos de 1929. Pensamos que esa transición gradual fue facilitada por el tratamiento de Egon, que permitió confirmar lo aprendido con el análisis de Erna y posibilitó además adaptar la técnica a las particularidades del contacto psicótico, que en 1927 era una experiencia nueva para Melanie Klein. Esto explica el hecho de que haya sido capaz, cuando le confiaron a Dick, de hallar con mucha rapidez la actitud adecuada en el plano técnico y de elaborar en unas semanas los conceptos fundamentales de su teoría de la psicosis infantil. Le bastó con relacionar las intuiciones suscitadas por las experiencias de los cinco años anteriores y con organizarlas para que tomara forma este descubrimiento –sin duda el más importante de la historia reciente de la psicopatología infantil–, que es el de la existencia en el niño pequeño de formas de psicosis irreductibles a las que se observan en el adulto, formas cuyo determinismo debe buscarse en el fracaso del yo en la tarea de dominar el sadismo en su apogeo por medio de mecanismos de defensa eficaces, cuya frecuencia es considerable y que adoptan fácilmente la apariencia del retardo. Ya en 1929 Melanie Klein enunció las ocho tesis siguientes:

1) La esquizofrenia infantil es mucho más común de lo que generalmente se admite (1930a: 235)

El hecho de que pocas veces se la advierta obedece a un conjunto de factores convergentes. El primero y, sin duda, el más importante, es que no se juzga a los niños del mismo modo que a los adultos. El peso de las normas sociales recae sobre los niños de otro modo –con intensidad mayor y menor a la vez– que sobre los adultos. En la clínica infantil es difícil diferenciar las perturbaciones profundas de la adaptación de las perturbaciones episódicas sin significado patológico. Muchas manifestaciones de índole psicótica son atribuidas a la mala educación o, por el contrario, a la docilidad del niño. Así George, un paciente de seis años de Melanie Klein, se entregaba durante las sesiones de análisis a un juego constantemente reiterado: era el jefe de una banda de cazadores de animales salvajes que combatía perpetuamente con enemigos que también contaban con la ayuda de animales salvajes. Victorioso, mataba a sus enemigos y comía sus animales, pero inevitablemente surgían nuevos enemigos y sin cesar la batalla se reiniciaba y el juego debía recomenzar. Este niño, nos dice su analista, no solo sufría de una neurosis grave sino que también presentaba rasgos paranoides. Encerrado en sus fantasías, estaba completamente desconectado de la realidad: se creía constantemente rodeado por magos, hechiceras, etc. En este sentido, era sin duda psicótico. Pero, para los familiares, una conducta semejante, aunque les resulte un tanto extraña, no es considerada en la mayor parte de los casos como patológica. Para esto sería necesario que los padres tuvieran más información y más intuición de la que suelen tener. Agreguemos que George, lo mismo que Erna y muchos otros niños, no hacía nada para facilitar el diagnóstico: consciente del carácter extraño y poco creíble de los motivos de su angustia, mantenía acerca de ellos un silencio total y jamás se había confiado a sus familiares.

Por último, en 1929 la tendencia a consultar espontáneamente a un psiquiatra o a un psicólogo no se hallaba tan extendida como en la actualidad. De esta manera, según se lo comprueba con frecuencia en los pacientes adultos que han sido psicóticos en su niñez, los niños pueden padecer psicosis auténticas sin que sus familias piensen ni por un instante en acudir a consulta, incluso cuando no forman parte de los estratos desfavorecidos. Así, todo se concierta para inducir a error con respecto a la frecuencia de las psicosis infantiles: la tolerancia de los familiares con respecto a una patología que a menudo es provocada por ellos mismos, al menos parcialmente, y la falta de información psicológica de la mayoría, a la que se suma la falta de insight de los padres de niños psicóticos.

2) El cuadro clínico de la psicosis infantil es sui géneris

No se lo puede reducir al de la psicosis del adulto. Se caracteriza por el aspecto vago y multiforme de la sintomatología. Como lo expresó Melanie Klein, "…los rasgos diagnósticos de psicosis en la infancia son esencialmente diferentes de los de la psicosis clásica" (1930b: 239). Esto resulta de las características propias del niño, ser en desarrollo, y del funcionamiento de su aparato psíquico, en el que la fantasía y el juego ocupan un lugar preponderante. Por ello el diagnóstico será más seguro si se basa en criterios evolutivos y lúdicos: la fijación, en lo que respecta a los temas de los juegos y de las actividades, a una etapa que normalmente ya debería haber sido superada ("…yo diría que el rasgo más siniestro en un niño de cuatro años sería la actividad no disminuida de los sistemas de fantasía característicos de un niño de un año" [1930b: 239]). Signos clínicos de retardo, retirada de la realidad, absorción completa en el juego y la fantasía, carácter extremado e irreal de la ferocidad y la bondad de los personajes de los juegos simbólicos, carácter estereotipado y repetitivo de esos juegos y, a veces, la ausencia de todo juego y de toda actividad. Pero todo esto escapa por lo común a la observación del adulto, y solo el analista de niños puede establecer el diagnóstico de psicosis gracias a la técnica del juego: los signos más característicos de la psicosis infantil son de una índole tal que solo se manifiestan plenamente en la sala de juegos.

Sin duda, los rasgos generales de la estructura psicótica son los mismos en el adulto y en el niño, pero en este último su manifestación exterior es mucho más difícil de identificar que en el adulto. Las ideas de persecución y los temores hipocondríacos adoptan fácilmente la apariencia de simples conductas de disgusto o de malestares de escasa importancia. La inhibición intelectual o escolar pasa por pereza, la "…incapacidad de concentrarse en cualquier ocupación, conducta tonta y charla sin sentido, no nos sorprenden como tan notables en los niños" (1930b: 239). La obediencia catatónica o el negativismo pasan inadvertidos o se los combate recurriendo a medios educativos inadecuados. La hiperkinesis, las estereotipias, los manierismos son difíciles de distinguir de la exuberancia, de las pequeñas compulsiones que constituyen variaciones de lo normal y de las actitudes lúdicas. Así, en la medida en que la psiquiatría clásica describe las psicosis en términos de pérdida de contacto con la realidad, es necesario revisar las definiciones cuando se trata de clínica infantil: la relación del niño con la realidad es totalmente diferente de la del adulto en la medida en que el niño vive en un universo mucho más infiltrado por las fantasías, en un mundo físico carente de regularidades necesarias, en un mundo humano deformado por las proyecciones. "Los fundamentos de las relaciones con la realidad de la temprana infancia son de un carácter enteramente diferente" (1930b: 238), ya que el niño normal presenta conductas que, en el adulto, señalarían la psicosis. Por lo tanto es imposible diagnosticar la psicosis del niño sin recurrir a un examen del modo de estructuración de sus fantasías: los contenidos de las situaciones ansiógenas y el tipo de defensas movilizadas contra ellas. "En la primera realidad del niño no es exageración decir que el mundo es un pecho y un vientre lleno de

objetos peligrosos, peligrosos a causa del impulso del propio niño a atacarlos" (1930b: 238).

3) El criterio para la clasificación de las psicosis infantiles debe ser la naturaleza de los mecanismos de defensa utilizados

Melanie Klein no se propuso incluir todas las formas de psicosis infantil en un cuadro general definido de manera imprecisa. Al tiempo que destacaba la existencia de rasgos comunes en las psicosis infantiles, que permiten oponerlas a la psicosis del adulto, no por eso dejó de mantener una distinción clara entre las formas que denominó *paranoicas* y las que designó con los términos de *esquizofrenia*, *demencia precoz* y *parafrenia*. El contacto con la realidad, que solo presenta un interés limitado cuando se quiere hacer de él, en una perspectiva "adultocéntrica", el criterio de un diagnóstico diferencial entre la psicosis infantil y la neurosis o la normalidad, es susceptible de otro empleo. Es posible evaluarlo a partir de formas de actividad propias del niño.

Entre un niño esquizofrénico o parafrénico[12] que no es capaz de jugar en el sentido exacto del término y el niño normal que presenta una capacidad bastante grande de multiplicar los argumentos de sus juegos y de cambiar de identificación sin dejar de permanecer relativamente cerca de la realidad, es decir, sin dejar de ser verista en la elección de los temas, hay sin duda casos intermedios. Algunos niños paranoicos solo reconocen la realidad en el marco de su vivencia persecutoria; otros, por el contrario, niegan la realidad en beneficio de la representación exclusiva de realizaciones de deseos, mientras que el niño neurótico solamente puede reconocer de la realidad lo que se opone a sus deseos. Desde esta perspectiva, la aptitud para reconocer todo o parte de la realidad exterior y el valor afectivo (exclusivamente frustrador, exclusivamente persecutorio o más diversificado) de lo que se ha reconocido son los indicios que revelan no un anclaje inexplicable en la realidad sólida y tranquilizadora, sino el tipo de estrategia defensiva utilizada por el niño contra sus sentimientos de angustia. En efecto, Melanie Klein comprobó que la situación de peligro es más o menos la misma, excepto en cuanto a la intensidad, en la mayor parte de los niños, neuróticos o psicóticos y, entre estos últimos, esquizofrénicos o paranoicos. Solo difieren los mecanismos empleados para hacer frente al temor provocado por esas fantasías comunes, y el grado de elaboración y encubrimiento de los contenidos más arcaicos. El problema de la elección de la enfermedad se planteó, pues, en términos tales que, para resolverlo, será necesario evocar o bien factores cuantitativos, o bien factores relacionados con los procedimientos de defensa utilizados, sin que estas dos soluciones sean incompatibles entre sí.

Aunque sin excluir las consideraciones económicas, en 1929 Melanie Klein se inclinó por la segunda alternativa. Cuando relató el caso de Dick, sostuvo una tesis que en adelante ocuparía un lugar central en sus concepciones: la cualidad de la relación del sujeto con la realidad exterior depende de la cualidad de su relación con los objetos introyectados. Y como la índole más o menos inquietante de esos objetos depende de las proyecciones del sujeto mismo y del carácter más o menos sádico de estas, la relación del sujeto con la realidad exterior pone de manifiesto, al fin de cuentas, su relación con sus propias pulsiones sádicas.

Si Dick, al comienzo de su análisis, no puede jugar, es porque una "…excesiva y prematura defensa del yo contra el sadismo impide el establecimiento de la relación con la realidad y el desarrollo de la vida de fantasía" (1930a: 237). Contra el "…temor al castigo que recibiría (en especial por parte del pene del padre) cuando hubiese penetrado en el cuerpo de la madre" (1930a: 229), solamente pudo recurrir a una defensa extrema que consistía en bloquear todo acto de agresividad de su parte y en cesar toda elaboración simbólica de su sadismo. Por lo tanto, no pudo interesarse en la realidad por temor a destruirla y a ser destruido a su vez: de ahí el autismo de sus juegos y de su relación de objeto. Si Erna presta a la realidad una atención constante pero completamente falseada por la desconfianza, es porque de acuerdo con las modalidades de los ataques sádicos de la primera etapa anal teme a su vez ser víctima de los ataques anales y uretrales insidiosos –orina corrosiva, heces explosivas, gases tóxicos introducidos mágica y secretamente en los orificios corporales– que ella dirigió contra el cuerpo de su madre. Debe pues vigilar sin pausa una realidad que constantemente supone amenazadora y tanto más inquietante cuanto que parece inofensiva. Así, la psicosis infantil relativamente tardía es asimilable a la paranoia. Remite, como ya lo había establecido Karl Abraham, a una fijación predominante en la primera etapa anal, reinterpretada como etapa de los ataques sádicos insidiosos. La esquizofrenia de Dick remite a una fijación más precoz en la etapa canibalística, contrariamente a las conclusiones de Abraham, que creía ver en ella fijaciones predominantes en la etapa de succión y ubicaba en el nivel sádico oral la melancolía, cuyo estudio era el punto de partida de su sistema genético. Pero mientras que Abraham se proponía más que nada hacer corresponder una entidad nosológica con la actividad de un grupo pulsional preciso, Melanie Klein se preocupó ante todo por distinguir estrategias defensivas. La insistencia en las operaciones de defensa es correlativa de la insistencia en las superposiciones de las etapas y en la intrincación de todos los medios del sadismo. Si no hay ninguna diferencia fundamental entre los ataques sádicos de las fantasías de Dick y los de las de Erna o Rita, es en el yo y en sus defensas donde debe buscarse el principio de diferenciación entre las organizaciones psicopatológicas.

Así, por esta vía inesperada, Melanie Klein, que optó por proseguir, gracias a la técnica del juego, la exploración de las capas más profundas del inconsciente en una época en que la mayoría de los psicoanalistas se volvían hacia la psicología del yo y de sus mecanismos de defensa, terminó por reencontrar el camino del estudio del proceso defensivo. Por una paradoja que no tiene nada de misterioso, fue ella, en definitiva, quien hizo los mayores aportes, después de Freud, a la teoría de los mecanismos de defensa: proyección, reparación, escisión, etc. En lo que respecta a la sintomatología de las psicosis infantiles, la aplicación de este principio permitió fundamentar la distinción entre las dos principales formas identificadas: son de índole paranoica las psicosis en las que predomina una relación proyectiva con la realidad, y de índole esquizofrénica aquellas que se acompañan de un repliegue en el universo fantaseado y lúdico, de una

huida de la realidad, incluso de la suspensión de todo interés por el mundo exterior. Al desarrollar esta última idea, Melanie Klein logró uno de sus descubrimientos más decisivos, en la forma de la tesis siguiente, que ella fue la primera, y durante mucho tiempo la única, con sus discípulas británicas, en sostener.

4) La psicosis infantil adopta con frecuencia la apariencia del retardo

Sin duda ya se había observado antes de Melanie Klein la existencia de una relación entre la psicosis y el déficit intelectual. Pero ello ocurrió en el marco de la psicopatología del adulto, y el vínculo era considerado terminal y fatal: la demencia precoz culminaba inevitablemente, para Kraepelin, en un estado deficitario. Pero, en la concepción kleiniana, la relación se invierte: el vínculo es inicial y la angustia psicótica es lo primero y lo que bloquea desde el comienzo el desarrollo de la relación afectiva y cognitiva con la realidad.

Por otra parte, en el ámbito de la psicopatología infantil nadie había considerado hasta entonces que los estados de retardo pudieran tener una etiología que no fuera orgánica. En este punto principalmente, Melanie Klein innovó de manera radical, anticipándose en una veintena de años a las perspectivas que se abrieron a muchos en el marco del análisis del trabajo de Kanner (1943).

5) Las psicosis infantiles deficitarias provienen de una perturbación del pensamiento simbólico

También en este aspecto, el alcance del aporte kleiniano fue decisivo, y se trata quizá de la cuestión respecto de la cual introdujo las innovaciones más radicales. En la actualidad estamos hasta tal punto saturados de discursos sobre el orden simbólico, la función simbólica, la lógica simbólica, etc., que nos resulta difícil concebir que hubo una época en que el término no era de uso corriente. Sin embargo, el *Diccionario* de Littré (2010) solo se ocupa del símbolo en relación con sus sentidos retórico, religioso, iconográfico y químico. Conviene recordar que los trabajos que difundieron el empleo de las nociones de símbolo y simbolismo provienen de tres fuentes principales que son en su totalidad posteriores a las reflexiones de Melanie Klein. La primera de ellas es la obra del filósofo Ernst Cassirer titulada *Filosofía de las formas simbólicas*, cuyos tres volúmenes son contemporáneos de las contribuciones de Melanie Klein. El primero, sobre *El lenguaje*, fue publicado en 1923, año en que aparecieron los dos artículos protokleinianos que exponen las primeras concepciones del simbolismo que hicieron posible el descubrimiento de la técnica del juego. El tercero, titulado *Fenomenología del conocimiento,* apareció en 1929, es decir, en el mismo año que el artículo "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo" (1930a). En este tercer volumen, que Melanie Klein no pudo haber conocido, se encuentran las páginas consagradas a la patología de la conciencia simbólica. Pero recordemos que esos desarrollos solo se refieren a una patología deficitaria y que Cassirer se interesaba en la pérdida del poder de evocar y de relacionar del símbolo: como veremos, el descubrimiento kleiniano tiene un sentido exactamente opuesto.

La segunda fuente es la lingüística, surgida indirectamente de las enseñanzas de Ferdinand de Saussure. Pero también en este caso es necesario precisar que la definición saussuriana del signo lingüístico –y no del símbolo– había pasado totalmente inadvertida en vida de ese autor. En 1929, solo sus discípulos ginebrinos y los investigadores del Círculo Lingüístico de Praga, en ese entonces desconocidos, estaban al tanto del *Curso de lingüística general* (1915), y lo citaban. Sus trabajos solo hallaban repercusión en un público especializado antes de que Claude Lévi-Strauss los hiciera conocer del público instruido proponiendo su método como modelo para las ciencias humanas en general. Por lo demás, el empleo de la noción de símbolo parece más característico de los autores que se inspiran en la lingüística que de los lingüistas mismos.

La tercera fuente son los trabajos de Jean Piaget sobre la función simbólica. Pero *La formación del símbolo en el niño* data de 1945, y el interés por las actividades simbólicas en el ámbito de la psicología genética y el de la psicología comparada, que no es anterior a 1930, parece haber sido inspirado en gran medida por Cassirer. Es cierto que Piaget se interesó muy tempranamente en el simbolismo, pero fue en la época en que pertenecía a la Sociedad Suiza de Psicoanálisis y participaba en los congresos de psicoanálisis; el simbolismo del que hablaba entonces era el que Freud había descubierto

y descrito (Piaget, 1923). Así, tanto en el dominio de la antropología de los símbolos como en diversos dominios de la psicología, Freud fue el primero en nombrar, describir o llamar la atención sobre una clase de realidades de las que nadie se había ocupado antes. Podemos decir que cuando Melanie Klein relacionó las particularidades de la psicosis infantil deficitaria con una perturbación del simbolismo, no se limitó a hacer un descubrimiento clínico fundamental, sino que creó al mismo tiempo la noción moderna del símbolo, al agregar una connotación cognitiva al concepto que Freud había forjado. En efecto, la única definición de la simbólica que conocía era la de Freud: nomenclatura de imágenes típicas que constituían un código disponible desde el principio para el inconsciente y cuyo origen filogenético era admitido en forma bastante general. Ferenczi, Jones y ella misma seis años antes habían intentado describir su ontogénesis. Pero la idea de una relación entre la simbólica del inconsciente y las lenguas habladas era vaga, marginal y a veces caprichosa (especulaciones de Sperber, consideraciones de Freud sobre el doble sentido antitético de las palabras primitivas) y, en todo caso, nunca dejó de ser puramente especulativa.

La originalidad de Melanie Klein consistió en relacionar la incapacidad de Dick para producir un juego simbólico con su incapacidad para conservar y manejar correctamente los símbolos verbales, perturbaciones ambas que remiten a una distorsión más fundamental de una función de representación simbólica, sobre cuya naturaleza se vio entonces precisada a interrogarse. Lo hizo con tanto más entusiasmo cuanto que esta no era para ella una cuestión novedosa.

Recordaremos que en la teoría protokleiniana el simbolismo se consideraba un proceso esencialmente libidinal y constitutivo de toda carga de la realidad exterior y de las operaciones subjetivas relacionadas con ella: impulsos afectivos tanto como operaciones cognitivas. Cuando Melanie Klein retomó en 1929 la cuestión de la formación del símbolo, se propuso actualizar sus teorías anteriores para tomar en cuenta sus descubrimientos relativos a la angustia y al sadismo. Concibió esta modificación según una modalidad acumulativa: no se trataba de renunciar a parte alguna de sus concepciones de 1923, sino de agregarles datos nuevos: “Puedo ampliar ahora lo expresado entonces (1923c, 1926a) y afirmar que, junto al interés libidinal, es la angustia que surge en la fase descrita [el apogeo del sadismo] la que pone en marcha el mecanismo de identificación” (1930a: 225).[13]

Una presentación semejante de la transformación que ella realiza presupone la compatibilidad lógica de la teoría de 1923 con la de 1929. Nos resulta imposible adherirnos a esta idea. En las concepciones de 1923, la teoría libidinal de la formación del símbolo permitía responder a la cuestión siguiente: ¿cómo llega a dirigirse a los objetos la libido anobjetal del lactante? Pero, con excepción de la tesis de un estado anobjetal inicial, la teoría libidinal de 1923 no ofrece ya ningún interés. El problema que se proponía resolver ha perdido significación. Pasar de una concepción que hace de la libido el factor dinámico a otra que asigna ese papel a la angustia representa, en efecto,

renunciar implícitamente a la tesis de un narcisismo primario, de un estado anobjetal inicial. En el pensamiento de Melanie Klein –y también en el de Abraham, que hace surgir este afecto en la etapa sádica oral–, la angustia es por definición el signo de una relación de objeto, y más precisamente de un ataque sádico (con una importante excepción, a la que nos referiremos más adelante). Hacer de la angustia un factor de la formación del símbolo es, por lo tanto, hacer comenzar ese proceso en un tiempo en que la relación con los objetos se encuentra ya establecida. Por eso mismo, lo que resulta modificado es el significado general de la concepción kleiniana de la formación del símbolo. Esta concepción ya no tiene la función de explicar la carga pulsional del no yo en general a partir de un estado en que solo el yo es investido (la palabra *yo* no designa aquí una instancia especial sino la personalidad global). Lo que debe explicar ahora es cómo la investidura pulsional es transferida de ciertos objetos primordiales a otros objetos. Ya no se trata del problema tan general, de índole ampliamente especulativa, de la carga pulsional de la realidad exterior, sino de la cuestión mucho más limitada de la carga de ciertos aspectos de la realidad que no tienen inicialmente valor biológico o afectivo:

> Como el niño desea destruir los órganos (pene-vagina-pecho) que representan los objetos, comienza a temer a estos últimos. Esta angustia contribuye a que equipare dichos órganos con otras cosas; debido a esa equiparación estas, a su vez, se convertirán en objetos de angustia. Y así el niño se siente constantemente impulsadoa hacer nuevas ecuaciones que constituyen la base de su interés en los nuevos objetos, y del simbolismo (1930a: 225-226).

La formación del símbolo es, pues, indiscutiblemente, posterior al establecimiento de la relación de objeto. La conservación de la teoría libidinal no tiene, por lo tanto, sino un alcance retórico.

Pero, si bien es fácil discernir la naturaleza del problema que interesa a Melanie Klein en 1929, no lo es tanto comprender la solución propuesta. La principal fuente de oscuridad es la confusión permanente de dos realidades distintos que, sin embargo, tiende a distinguir en su vocabulario, y que son la *equivalencia* (*Gleichsetzung*) y el *símbolo* propiamente dicho. Hanna Segal (1957) diferencia claramente estas dos nociones: la *ecuación simbólica* es una forma arcaica de vinculación entre dos representaciones, se acompaña de su confusión pura y simple, y no hay ninguna distancia posible entre los dos términos puestos en ecuación; en el símbolo propiamente dicho, en cambio, dos representaciones son puestas en relación de modo tal que una puede valer por la otra, pero también son separadas y claramente reconocidas como distintas.

Gracias al significado simbólico de los objetos, estos pueden servir de base a las sublimaciones: así, un sujeto normal puede sublimar sus fantasías y tendencias masturbatorias tocando el violín con virtuosismo y encontrando en ello una gran satisfacción. Pero el psicótico no puede hacer lo mismo, ya que, como él dice, "sería masturbarse en público" (Segal, 1957: 76): no es capaz de manejar símbolos y queda atrapado en las equivalencias o ecuaciones simbólicas.

Sin incurrir en ningún anacronismo –Hanna Segal efectuó esa esclarecedora distinción en 1957–, creemos posible demostrar que Melanie Klein tenía ya en vista en 1929 una hipótesis muy semejante a la de su discípula. El texto de "La importancia de la formación de símbolos" (1930a) sería en efecto incomprensible si se prescindiera de esa interpretación. Pero antes de ofrecer la prueba directa, nos dejaremos guiar por el examen de las dificultades del razonamiento que se presenta en ese texto. Dos puntos resultan particularmente espinosos: ¿cómo y por qué el temor a los objetos parciales contribuye a que se los equipare con otras cosas? Y si es cierto que esta equiparación es la base de la simbólica, ¿cómo se pasa de la primera a la segunda? En 1932, en *El psicoanálisis de niños* (1932), se formula la proposición siguiente: "…el temor del niño a los objetos introyectados lo incita a desplazar este miedo al mundo externo. Al hacerlo, sus órganos, objetos, heces, y toda clase de cosas, así como sus objetos internalizados, son equiparados con los externos; también distribuye su temor de estos objetos externos sobre un gran número de objetos equiparándolos unos con otros" (1932: 161).

Un texto semejante nos lleva a distinguir tres momentos sucesivos de la identificación simbólica, avanzando del más tardío al más primordial:

- *Equivalencia entre los objetos físicos*: El texto de 1952 parece sugerir que la equivalencia se establece directamente entre dos objetos físicos. Sin embargo, es probable que Melanie Klein haya concebido esta relación como secundaria a una relación de cada uno de los objetos físicos considerados como un objeto libidinal o ansiógeno. Ferenczi y Jones habían contemplado esta modalidad del proceso de ontogénesis del símbolo y Melanie Klein adhirió a sus opiniones sobre este punto en 1923. Así cuando, una vez establecido el proceso analítico, Dick se vuelve capaz de realizar juegos simbólicos, la carga de una cosa lleva rápidamente a tentativas de destruirla o deteriorarla; se vuelve entonces inquietante y es abandonada por otras cosas, con las cuales se reproduce el proceso. En apariencia no hay una relación directa entre esos objetos –clóset, lavabo, estufa eléctrica– sino solo una relación simultánea de cada uno de ellos con el cuerpo de la madre, con el que son, uno tras otro, identificados. De este modo, las equivalencias horizontales entre una cosa y otra dependen estrechamente de su equivalencia común con un objeto interior. Se hace necesario pues considerar esta forma previa de identificación.
- *Equivalencias entre objetos libidinales o ansiógenos y objetos físicos:* La única idea que expresa Melanie Klein sobre este punto es la siguiente: es la proyección lo que determina esta equiparación, motivada por el temor al objeto introyectado. Sin duda le parece que la descripción de este mecanismo es demasiado común como para merecer una elaboración especial en ese contexto: constituye la causa de, entre otras, las fobias arcaicas (y sobre todo las zoofobias de la primera etapa anal). Su precursor es la eyección anal. Su función consiste en atenuar la angustia,

reemplazando el temor de un objeto temido, del que no se puede huir porque ha sido introyectado, por el de otro objeto exterior y, por añadidura, menos temido. En este sentido, el pensamiento kleiniano no hace más que radicalizar la teoría freudiana de la fobia: es más fácil evitar un animal fobígeno que al padre, que aparece cuando él quiere (1932: 171); de modo análogo, es más fácil evitar al padre real que al padre introyectado, y el mecanismo de proyección opera pues, según Melanie Klein, entre el objeto interno y el objeto externo, exactamente del mismo modo como, según Freud, el desplazamiento opera entre el padre (real y externo) y su sustituto fobígeno.

- *Equivalencias simbólicas entre los objetos parciales:* Nada se expresa que sea apto para explicar la formación de las equivalencias entre los objetos parciales: heces, pene, pecho, etc. Descritas por Freud, comprobadas universalmente en los sueños, el mito y el folklore, están ya dadas antes de toda proyección. Todos los órganos y todos los productos corporales son equivalentes desde el principio para el inconsciente. La equivalencia es primaria y no necesita ser explicada, por lo menos para Melanie Klein. Así, la teoría kleiniana de 1929 se propone describir las etapas de la extensión de las equivalencias simbólicas e indicar su sentido psicológico, es decir, la finalidad económica del proceso: dominar la angustia fragmentándola en pequeñas cantidades gracias a su distribución en muchos objetos. Pero no pretende enseñarnos nada acerca de la formación de las equivalencias mismas.

La razón es simple. En el fondo, Melanie Klein no considera la equivalencia como un hecho positivo que resulte de una actividad del yo o del aparato psíquico en general, sino como un hecho puramente negativo. Si los objetos libidinales o ansiógenos son representados por sus órganos, si el pecho, el pene, las heces, los niños intercambian constantemente sus significados y sus cargas, no corresponde ver en ello un hecho semiótico producido por un acto mental de síntesis sino el resultado de una incapacidad para discriminar. No nos encontramos aquí frente al registro del simbolismo propiamente dicho, que supone el proceso secundario (al menos si se lo toma en la acepción de Hanna Segal, que, según nos proponemos demostrar, es también implícitamente la de Melanie Klein), sino frente al registro de la confusión y, para expresarnos con el lenguaje de esa época, de una lógica afectiva que desconoce el principio de identidad y de no identidad.

El verbo *gleichsetzen* y el sustantivo *Gleichsetzung*, con los cuales Melanie Klein designa lo que nosotros hemos traducido por *equiparar o establecer una equivalencia*, quieren decir: poner en pie de igualdad, igualar. Encontramos esos términos, por ejemplo, en el pasaje siguiente: “En la fase canibalística, los niños equiparan cada clase de comida con sus objetos, como los representan sus órganos, de modo que toma más el significado del pene del padre o del pecho de la madre y son amados, odiados o temidos como ellos. Las comidas liquidas son equiparadas con la leche, heces, orina y semen, y las sólidas, a las heces y otras sustancias del cuerpo” (1932: 170). Parece claro que un sistema

semejante de remisiones recíprocas en la indiferenciación está más acá del proceso de simbolización. Por lo demás, Melanie Klein, siempre atenta a distinguir en cada clase de realidad los simples precursores de las auténticas etapas arcaicas (*Frühstadien*) de la realidad considerada, se limita a considerar la equivalencia como la *base* del simbolismo y del interés por los objetos exteriores. Pero entre la base del simbolismo y el simbolismo propiamente dicho hay una distancia, y en ninguna parte es esta distancia más evidente que en la clínica de la psicosis.

En efecto, en el artículo de 1929 Melanie Klein opone muy claramente dos formas del vínculo semiótico entre dos realidades: pero esta oposición no se superpone de entrada a la distinción teórica entre la equivalencia y el símbolo, sino que se relaciona con la distinción práctica entre los vínculos semióticos –equivalencia o símbolo– que inhiben la actividad de la fantasía y aquellos que la facilitan. Ahora bien, aunque el punto de partida y la intención no sean los mismos según que nos interesemos en una u otra de tales oposiciones, estas parecen sin embargo coincidir muy ampliamente.

Esta conclusión no puede dejar de imponerse a quien lea atentamente el informe del análisis de Dick. Cuando Melanie Klein emprendió el psicoanálisis de este niño, se vio enfrentada a un impedimento fundamental (1930a: 229) que describió en términos de carencia: Dick no tenía relación simbólica con las cosas, estas no tenían valor afectivo para él, y por consiguiente, cuando manipulaba objetos, ello estrictamente no quería decir nada, no se podía considerar su juego o su actividad como una representación simbólica basada en fantasías. Es la totalidad del desarrollo del niño lo que había sido trabado, de tal modo que presentaba una sintomatología deficitaria:

> Después de un débil comienzo, la formación de símbolos se había detenido. Las primeras tentativas habían dejado su huella en un interés que, aislado y sin relación con la realidad, no podía servir de base a nuevas sublimaciones. El niño era indiferente a la mayor parte de los objetos y juguetes que veía a su alrededor, y tampoco entendía su finalidad o sentido. Pero le interesaban los trenes y las estaciones, y también las puertas, los picaportes y abrir y cerrar puertas.
>
> El interés hacia esos objetos y acciones tenía un origen común: se relacionaba en realidad con la penetración del pene en el cuerpo materno. […] Por lo tanto, lo que había producido la detención de la actividad de formación de símbolos era el temor al castigo que recibiría […] cuando hubiese penetrado en el cuerpo de la madre (1930a: 229).

Tomemos nota por el momento de que ese interés, cuyo significado libidinal y sádico era inconsciente, fue también el único que se conservó (suponiendo que hayan existido otros) y fue considerado por Melanie Klein como un verdadero símbolo, pese al hecho de que no sirvió de "base" a sublimaciones posteriores.

Aunque se interesaba por las manijas de las puertas, Dick era incapaz de sostener un cuchillo, tijeras o cualquier otro utensilio. Esta conducta había sido precedida, en sus primeros años, por la negativa a masticar los alimentos. La interpretación de Melanie Klein destaca simultáneamente la equivalencia entre las acciones inhibidas y un ataque sádico oral, así como el carácter paralizante de esta equivalencia: "El desarrollo ulterior de Dick había sido perturbado porque el niño no podía vivir en fantasías la relación

sádica con el cuerpo de la madre" (1930a: 229). Pero la conclusión que se impone en este caso es que las incapacidades de Dick no se debían a una falta de significado o de carga de la realidad sino, por el contrario, a un exceso de significado: si la actividad de la fantasía quedó en suspenso, no es porque faltara una relación simbólica entre hacer pedazos con los dientes y cortar con un cuchillo, relación que normalmente debería permitir la descarga sublimada de las pulsiones agresivas, sino porque esa relación era demasiado evidente: la acción de cortar con un cuchillo se confunde hasta tal punto en el inconsciente con la de atacar el pecho con los dientes, que Dick no pudo permitírsela, como tampoco el enfermo del ejemplo de Hanna Segal podía permitirse tocar el violín en público. El símbolo es tan poco diferenciado de la cosa simbolizada, que no puede eludir la inhibición que afecta a esta última. Así, la pretendida falta de capacidad simbólica refleja no una ausencia de significado de los objetos o de las actividades con ellos relacionadas, sino la proliferación incontrolable de sus significados. Si Dick no tiene relación afectiva con las cosas no es porque, recluido en un estado anobjetal, no les confiera ningún sentido (1930a: 229); en tal caso se asemejaría a esos afásicos descritos por Cassirer hacia la misma época y que carecen efectivamente de capacidad simbólica. Es, en cambio, porque para él "…el mundo es un pecho y un vientre lleno de objetos peligrosos" (1930b: 238) que es necesario evitar a toda costa. Lo que falta en la psicosis –falta que es normal en las primeras etapas del Edipo– no es la relación entre los términos equivalentes sino su discriminación, la capacidad de distinguir entre el símbolo y la cosa simbolizada.

Salvo si se parte del reconocimiento, por lo menos implícito, de este hecho, no podría comprenderse la actitud de Melanie Klein en el comienzo del análisis de Dick. Sabemos, en efecto, que con este niño recurrió a un procedimiento muy semejante a los que recomendaba Hermine von Hug-Hellmuth en 1920: como el niño no jugaba ni realizaba ninguna actividad espontánea, Melanie Klein utilizó la información que había obtenido de los familiares acerca de su interés estereotipado por los trenes y colocó frente a él trenes de juguete de distinto tamaño, explicando verbalmente el significado que les atribuía (el tren pequeño era el tren-Dick, y el grande, el tren-papá); tan pronto como el niño esbozaba un gesto y pronunciaba una palabra, ella interpretaba. Ahora bien, contrariamente a lo que a menudo se piensa, Melanie Klein no solía valerse de procedimientos tan salvajes:

> …en el caso de Dick he modificado mi técnica habitual. En general, no interpreto el material hasta tanto este no ha sido expresado a través de varias representaciones, pero en este caso, en que la capacidad de expresión por medio de representaciones casi no existía, me vi obligada a interpretar sobre la base de mis conocimientos generales, pues en la conducta de Dick las representaciones eran relativamente vagas (1930a: 233).

Pero si Dick carecía realmente de capacidad para la representación simbólica, ¿cómo es posible que su psicoanalista haya podido establecer contacto con él basándose en su conocimiento general de la simbólica? ¿La actitud activa adoptada tenía por objeto enseñar al niño significados simbólicos que este no conocía? ¿No se trata más bien de un

acto que presupone que los conocimientos generales en los que es necesario basarse se aplicaban también a Dick, o sea que incluso este poseía la capacidad de comprender las equivalencias simbólicas?

En realidad, la influencia de las interpretaciones repetidas pudo observarse en la aparición de una aptitud inédita para formar símbolos y utilizarlos. Pero esta adquisición no consistió en la formación de nuevos vínculos semióticos, sino que fue una toma de conciencia de las equivalencias experimentadas inconscientemente. Esta toma de conciencia facilitó la discriminación de términos equivalentes. Cuando las cosas reales fueron diferenciadas de los objetos internos, dejaron de provocar una angustia desmesurada y el niño pudo por lo tanto interesarse en ellas de una manera activa, compararlas, reconocerlas y aprender su nombre (1930a: 233). Sin embargo, resulta claro que un proceso semejante no se refiere a la *formación* de símbolos sino a su utilización. El proceso por el que se pasa de la *equivalencia simbólica* al *símbolo* propiamente dicho no se encuentra descrito en ese contexto. Debemos limitarnos a recordar lo que Melanie Klein decía anteriormente, en 1923 (hay símbolo cuando la represión ha rechazado la representación de la cosa simbolizada al inconsciente, dejando subsistir en el preconsciente la imagen simbolizante) (1923c, 1926a: 97), y a señalar lo que ella, 25 años más tarde, consideró que había pensado al comprobar la importancia del simbolismo en el juego: el paciente

> me señaló, cuando interpreté su acción de dañar una figura de juguete como representando ataques a su hermano, que él no haría eso a su hermano *real*, solo lo haría con su hermano de *juguete*. Mi interpretación, por supuesto, le aclaró que era realmente a su hermano a quien quería atacar; pero el ejemplo muestra que solo por medios simbólicos era él capaz de expresar sus tendencias destructivas en el análisis (1955b: 144).

También en este caso, treinta años después del sistema protokleiniano, la necesidad de expresarse simbólicamente es relacionada con algo semejante a la represión. Tenemos pues buen fundamento para suponer que esta era ya la opinión de Melanie Klein en 1929, sin dejar de señalar no obstante la fragilidad de los indicios de que disponemos.

Lo que en definitiva corresponde destacar es el hecho paradójico de que la labor kleiniana de 1929-1932, que nos introduce en una concepción del vínculo simbólico a cuyo respecto tenemos constantemente la impresión de que las distinciones de Hanna Segal operaban ya sin ser explícitamente formuladas, no nos proporciona sin embargo ninguna teoría articulada acerca de la naturaleza del vínculo simbólico. El único punto que despierta el interés de Melanie Klein es el aspecto práctico de su funcionamiento. En este sentido, la descripción de la relación simbólica es menos importante para ella que la individualización de las condiciones económicas y la identificación de los mecanismos que permiten ese descongelamiento de las sublimaciones y las realizaciones simbólicas de deseos pulsionales que se observa cuando el plano de un niño psicótico progresa. Después de haber localizado en el nivel de la actividad simbólica el trastorno principal de la psicosis deficitaria del niño, omite deliberadamente elaborar la teoría de la función normal a partir de su perturbación y dirige su interés a la descripción de los mecanismos

de la curación: distribución de las identificaciones, repartición de la angustia que culmina en su *dosificación*. Por eso no existe en la época de *El psicoanálisis de niños* (1932) una teoría acerca de ese simbolismo con el cual se relacionan todas las sublimaciones, sino una teoría detallada de la proyección, la escisión y la reparación, las cuales permiten utilizar los símbolos en el sentido de la sublimación. Pero antes de ocuparnos de la conceptualización de esos mecanismos, debemos concluir nuestro estudio de la teoría de la psicosis infantil.

6) La perturbación de la actividad simbólica en la psicosis deficitaria proviene, en último análisis, del conflicto defensivo

Aunque Melanie Klein describe en términos de carencia la perturbación de la actividad simbólica de Dick, en ningún momento la considera un déficit susceptible de ser invocado como factor primario de las perturbaciones psicóticas, como un factor que permita explicar, por ejemplo, la debilidad del yo y su incapacidad para elaborar estrategias defensivas menos mutiladoras. Por el contrario, piensa que lo que afecta, si no a los niños psicóticos en general por lo menos a Dick, es un exceso de desarrollo del yo. Lo que lo paraliza y traba su desarrollo no es un sadismo más excesivo que el de otros niños sino el hecho, que Melanie Klein presenta como fortuito y que no trata de explicar, de la aparición "demasiado precoz y demasiado importante" de un proceso, positivo en sí mismo, cuya base pulsional es genital y por lo tanto libre de sadismo, a saber "la identificación con el objeto atacado". A causa de esta identificación el niño no puede soportar su propia agresividad, puesto que la formación reactiva de la piedad impide toda manifestación sádica en una época en que el sadismo se encuentra normalmente en su apogeo y debe hallar los medios de expresarse. Para contrarrestar el sadismo se ve obligado a inhibir toda actividad, tanto práctica como fantaseadora. Así, el origen primordial de la detención del desarrollo que constituye la psicosis deficitaria de Dick es, en cierto modo, un exceso de la fuerza del yo: "La temprana actuación de las reacciones provenientes del plano genital era el resultado de un desarrollo prematuro del yo; no obstante, solo había conseguido inhibir el desarrollo ulterior del yo" (1930a: 232).

7) La psicosis infantil implica una angustia disimulada pero devastadora

También en lo que respecta a este punto Melanie Klein deja atrás, en su primer contacto con la psicosis, la opinión corriente de los psiquiatras y de la mayor parte de los psicoanalistas de su época. Por supuesto, advierte que los psicóticos parecen carecer de afectos. El cuadro clínico de Dick incluye, en especial, "…una ausencia casi total de afectividad y de angustia, gran alejamiento de la realidad y falta de accesibilidad, así como de rapport emocional […] indiferencia ante el dolor" (1930a: 234). A estas consideraciones del diagnóstico de demencia precoz formulado por el psiquiatra y psicoanalista londinense Douglas Forsyth, Melanie Klein les reconoce valor clínico, y la primera sesión con Dick demostró la exactitud de la observación médica. Pero sabemos que si en definitiva Dick fue analizado, es precisamente porque la creadora de la técnica del juego supo ver en esa falta de afectividad superficial la máscara de una angustia inexpresable y no vaciló en recurrir a un método de acercamiento dirigido a fomentar –e incluso a provocar– la producción de fantasías. A medida que las sesiones se fueron sucediendo, la opresión de la angustia se volvió más evidente, ya que las interpretaciones la hicieron surgir a la luz, lo que permitió superarla después de haberla experimentado. Se logró que "…la angustia se hiciese manifiesta, y que se atenuara así la que existía en estado latente" (1930a: 233). Esto significa decir que la falta de angustia en el psicótico –niño o adulto– encubre una angustia oculta pero devastadora. Desde entonces, Melanie Klein consideró este hecho tan firmemente establecido que no experimentó la necesidad de esgrimir ningún argumento en apoyo de su tesis cuando la mencionó de manera casi incidental en 1932: "Sabemos que en el psicótico existe una cantidad de ansiedad mucho mayor que en el neurótico" (1932: 156).

8) La neurosis infantil es un conjunto de defensas contra un núcleo psicótico subyacente

Corolarios: esta tesis es especialmente verdadera en el caso de la neurosis obsesiva; la neurosis infantil presenta a menudo rasgos obsesivos pronunciados.

La teoría de la neurosis infantil, primer ámbito de aplicación de los descubrimientos iniciales de Melanie Klein, experimentó, a partir de 1929, la influencia retrospectiva del descubrimiento de la fase de apogeo del sadismo y de las angustias psicóticas correspondientes. El aporte de *El psicoanálisis de niños* (1932) sobre este punto no consiste en el remozamiento de la descripción de una enfermedad muy conocida, sino, principalmente, en el descubrimiento de la precocidad de ciertas formas auténticas de neurosis obsesiva (por lo menos en el plano de la sintomatología) y en la interpretación que se hace de ellas. Sin embargo, corresponde hacer notar que la existencia muy precoz de esas formas no era desconocida para la creadora del análisis por medio del juego, ya que Rita las presentaba de modo típico. Pero lo que caracteriza desde entonces el enfoque kleiniano de las neurosis es, además del interés exclusivo por la neurosis obsesiva –al parecer, entre 1927 y 1934 no se menciona ni una sola vez la histeria en la obra kleiniana, salvo… en una cita de Freud–, una teoría original y elegante, cuya fecundidad clínica ha sido señalada a menudo y que permite explicar simultáneamente el núcleo edípico de esta afección y su estrecha relación con la paranoia. Lo esencial de esa concepción consiste en lo siguiente: los mecanismos obsesivos, suscitados invariablemente por las exigencias de la lucha contra las angustias arcaicas, típicas de las primeras etapas del Edipo, procuran disminuir esas angustias haciendo intervenir procedimientos más evolucionados, menos sádicos y menos violentos que las defensas propias de las primeras etapas del desarrollo. Si fracasan, se fijan y se consolidan en una neurosis estructurada, cuya formación refleja la intensidad extrema de las angustias arcaicas y, por lo tanto, del sadismo primario. Si tienen éxito, son progresivamente abandonados o transformados en mecanismos adaptativos que corresponden al nivel genital y por lo tanto a la ligazón definitiva del sadismo por las tendencias libidinales.

Así, la concepción expuesta en *El psicoanálisis de niños* (1932) permite comprender tres hechos que se observan con frecuencia:

a) La extrema frecuencia de los mecanismos obsesivos en la neurosis infantil, e incluso, podría añadirse, en la vida corriente del niño normal, también fuera de los períodos de crisis, no hace sino poner de manifiesto la actividad de un conjunto de procesos pulsionales y defensivos cuya intervención es indispensable para que puedan superarse las tendencias canibalísticas y sádico-anales: anulación, sobrecompensación, reparación.

b) El carácter inquietante del pronóstico de una neurosis obsesiva muy precoz. Si nos atenemos a la concepción freudiana clásica, resulta muy difícil comprender por qué la fijación debería ser más perjudicial que la regresión. La concepción

kleiniana de 1932 permite comprender la formación precoz de la neurosis relacionándola con el bloqueo del proceso del desarrollo normal por efecto de las angustias psicóticas subyacentes. La neurosis obsesiva es así un compromiso entre lo que W. Bion (1957) llamará más tarde la "parte psicótica de la personalidad" y la parte no psicótica. En este sentido, la neurosis obsesiva estructurada del niño pequeño sería, más que un estado auténticamente neurótico correspondiente a la neurosis obsesiva del adulto, un estado límite según la acepción que da Jean Bergeret a este término, que niega la posibilidad de abordar abiertamente y de elaborar en forma completa un Edipo clásico. Esta concepción tiene además la ventaja de explicar mejor el rigor del superyó en la neurosis de los niños de más edad o de los adultos: "…el severo superyó que figura en ella no es otro que el superyó terrorífico y no alterado, correspondiente a los primeros estadios de desarrollo del niño" (1932: 178). Desde esta perspectiva es posible reinterpretar fácilmente los aspectos principales de la sintomatología obsesiva y compulsiva: las dificultades tan frecuentes de los obsesivos con las posesiones, la compulsión a acumular objetos y a desprenderse de ellos, la compulsión a tomar y a dar, remiten a la imago de la madre terrorífica de la educación en los hábitos de higiene, que exige "…que devuelva las heces y los niños que le ha robado" (1932: 178). La aversión a la suciedad y la afición a la limpieza derivan del temor que siente el sujeto por sus propios excrementos, identificados en el inconsciente con sustancias tóxicas a partir de la fase del sadismo insidioso. La necesidad de someter a su control a los allegados corresponde a la necesidad de controlar los objetos internos peligrosos: el ello y el superyó proyectados en los objetos reales, más fáciles de dominar que los objetos internos.

La afinidad entre la psicosis y la neurosis obsesiva es tal que, en los casos más graves, las dos afecciones pueden sucederse pura y simplemente. Es lo que ocurre durante la evolución de ciertos niños muy perturbados que, en el curso de la primera etapa anal, atraviesan por estados de paranoia rudimentarios (1932: 180) que serán superados en la etapa siguiente gracias a la instalación de una neurosis obsesiva. Este vínculo precoz entre el estado paranoide y el estado obsesivo constituye una especie de punto de apoyo para una eventual regresión. Así los casos más graves de neurosis obsesiva –precisamente aquellos en que esta afección sigue a un estado paranoide– suponen siempre el riesgo de una evolución hacia la psicosis: "Si sus mecanismos obsesivos no pueden vencer adecuadamente aquellas perturbaciones, sus rasgos paranoides subyacentes aparecerán en la superficie o hasta podrá sucumbir a una paranoia" (1932: 180).

4. Proyección, escisión, introyección

La proyección

La noción de proyección, destinada a desempeñar un papel fundamental en las teorías de Melanie Klein, no apareció en ellas sino tardíamente. Solo en 1929 comenzó a utilizar la palabra y la idea. Fueron pues necesarios seis años completos de práctica del análisis por medio del juego para que su interés se orientara hacia los movimientos proyectivos. Este hecho resulta aún más sorprendente si se recuerda que, desde 1926, empleó con frecuencia los conceptos de *objeto introyectado* y de *introyección*. Si se abstuvo por completo de utilizar el concepto de *proyección*, no fue sin duda por ignorancia: se trata de una noción clásica en psicoanálisis, presente desde el comienzo en los escritos de Freud. Además, la misma Melanie Klein había empleado por lo menos dos veces la palabra en 1921 y, lo que es digno de destacarse, el empleo que le había dado prefiguraba directamente el que le daría después de 1929. Al describir e interpretar un acceso de miedo de Fritz-Erich, lo comentó así: "el miedo se mostró como la proyección de sus deseos agresivos inconscientes" (1921, 1923a: 51). Algunas páginas más adelante escribió: Fritz "… proyecta sobre su padre su propia agresividad contra este último" (1921, 1923a: 56-57). Hallamos pues en esos textos tempranos no solo el empleo seguro de una noción freudiana, sino también un matiz personal en la insistencia puesta en el temor a la retaliación, que el concepto de proyección viene precisamente a connotar, como también lo hará en las concepciones kleinianas definitivas.

¿Cómo entender por consiguiente que Melanie Klein haya podido prescindir durante tanto tiempo de una noción tan adecuada a sus necesidades? La respuesta es simple: durante muchos años se ocupó de lo más urgente, es decir, de poner en evidencia el hecho clínico en el que se basa una de las tesis de 1926, el hecho de que las angustias precoces son angustia de retaliación, de que su contenido es el temor de sufrir lo que se ha infligido al objeto en los ataques imaginarios y de que deben ser consideradas como sentimientos de culpabilidad liberados por la primera represión del Edipo, debida a la aparición del superyó precoz. Al estudiar las tesis de 1927, hemos demostrado que el descubrimiento del sentido de los terrores nocturnos es lo que probablemente dio origen al reconocimiento simultáneo del Edipo inicial y del superyó que lo acompaña. Ahora bien, la noción de superyó era en 1926, y más aún en 1923, una noción reciente, forjada por Freud en 1923, en la misma época en que Melanie Klein descubría la técnica del juego. Los textos freudianos de 1922 y 1923, al referirse a la formación del ideal del yo y luego del superyó, hacen intervenir ampliamente la identificación, que es considerada en forma reiterada en términos de introyección (Freud, 1921, 1923). Cuando debió describir la constitución de una instancia prohibitiva interna, Melanie Klein empleó por lo tanto con toda naturalidad el lenguaje de la introyección, siguiendo el ejemplo de Freud. Pero el empleo de este concepto presupone la naturaleza incorporadora, o más exactamente centrípeta, de la formación de la instancia interna a partir de un modelo exterior: posición

perfectamente compatible con la concepción freudiana, pero que se volvió cada vez más difícil de conciliar con la clínica del psicoanálisis infantil, la cual impuso rápidamente la comprobación de una diferencia considerable entre las figuras internas prohibitivas y los padres reales, de los que se supone que proporcionan el modelo.

Como quiera que sea, Melanie Klein se atuvo durante largo tiempo a la idea de que la instancia del superyó, producto de una identificación, es un objeto introyectado. Y en la medida en que ese objeto introyectado es deformado en la fantasía por efecto del temor a la retaliación, intentó durante mucho tiempo relacionar esa deformación con el proceso de la introyección. Al obrar de este modo, se basó en realidad en un concepto mucho más similar al definido en 1909 por Ferenczi que al que sus propios escritos establecerían claramente después de 1934. Y como, siguiendo a su primer analista, consideraba como dependientes de la introyección –entendida en un sentido bastante impreciso como inclusión en el yo por medio de una especie de asimilación– procesos que dependen en realidad de la proyección y sobre todo, si tomamos en cuenta la formulación definitiva de su pensamiento, del temor a la retaliación, era por consiguiente inevitable que renunciara al empleo de esa noción. No resulta pues exagerado afirmar que el desarrollo espontáneo de la teoría de la proyección, comenzado en 1921 en el contexto de la problemática del temor a la retaliación, fue perturbado por la intervención de una teoría de la introyección sugerida por Freud pero que provenía en realidad de Ferenczi. Conviene además destacar que esta primera teoría kleiniana de la introyección tiene la particularidad, sorprendente para quien se halle familiarizado con los textos más tardíos de Melanie Klein, de no interactuar con la proyección. Cuando reaparece, la introyección se encuentra asociada a un mecanismo que resulta legítimo considerar como una forma, la primera en ser descubierta y descrita, de lo que se llamará más tarde escisión y, desde 1929 hasta *El psicoanálisis de niños* (1932), asistiremos al establecimiento de una comunicación creciente entre estos dos conjuntos que en un comienzo fueron ampliamente independientes: el precursor supuesto de la escisión y la proyección, por una parte, y la introyección, la incorporación y la interiorización, por la otra.

Los dos mecanismos formadores de roles en el juego

Si nos atenemos a lo que expresa Lola Brook, secretaria y amiga de Melanie Klein, en el índice analítico que redactó en 1945 para la primera edición de *Contributions to Psycho-Analysis* (1948a), la escisión fue mencionada por primera vez en la obra kleiniana en 1929, en "La personificación en el juego de los niños" (1929a). En realidad, es exacto que en el texto inglés de ese artículo se habla de *splitting-up*, término que, con una pequeña modificación *(spliting-off* en lugar de *splitting-up*), es el que utilizó más tarde Melanie Klein en sus obras en inglés para designar lo que se conoce comúnmente como escisión. Pero es importante destacar que en la época que estamos considerando, la creadora de la técnica del juego pensaba y escribía en alemán.* Ahora bien, nos encontramos aquí ante un hecho sorprendente: aunque el término *splitting* figura en dos pasajes diferentes del artículo, en la versión alemana no se encuentra el término equivalente, es decir *Spaltung*. Cuando cita un artículo de Rado, quien en 1927 había descrito una forma particular de la escisión de la imago materna, Melanie Klein habla de separación (*Trennung,* lo cual resulta paradójico, sobre todo porque Rado había empleado el término *Spaltung*). Cuando habla en su propio nombre del mecanismo hacia el cual quiere atraer la atención, emplea el término *Zerlegung* (1929a: 205). ¿Equivale este término al de escisión? La cuestión es difícil de resolver. *Zerlegen* es una palabra muy corriente que quiere decir, en lógica y en química, descomponer (*to break down*) o analizar y, en mecánica, desarmar (*dismantle*). Implica la noción de una desarticulación no destructiva del todo que se realiza siguiendo las líneas naturales de separación de las partes y deja subsistente la posibilidad de reconstituir el conjunto por recomposición, síntesis o rearmado.

Podemos señalar desde ahora que el ámbito semántico de estos términos es en parte común y en parte complementario del de *Wiederherstellung*, con el que más tarde designará el proceso de restauración. Ello no quita que la función del episódico concepto de *Zerlegung* sea la de designar uno de los procesos que más tarde fueron pensados en términos de escisión. La *Zerlegung* es uno de los componentes elementales del mecanismo de formación de roles (*Rollenbildung*; en inglés, *personification*), el cual también aparece fugazmente en el artículo al que da título (1929a). La formación de roles, que se observa en el juego del niño que imagina personajes, los representa él mismo alternativamente o los hace representar por sus compañeros (o por su analista), aparece descrita como un mecanismo de desprendimiento, en el sentido que le asigna Daniel Lagache (1964), más que como un mecanismo de defensa. Aunque Melanie Klein no emplea a su respecto el término *sublimación*, la formación de roles tiene todas las características de esta y, en primer lugar, la de producir placer. La función de este mecanismo lúdico consiste en luchar contra el superyó arcaico de un modo que es a la vez radical, económico y elegante.

El superyó del niño pequeño es al mismo tiempo excesivo, heterogéneo e inestable. Es una pesada tarea para el yo lograr la síntesis de una instancia única a partir de un

conglomerado tan caótico de identificaciones muy variadas. La eficacia de la formación de roles depende del modo en que opera: lejos de extenuarse en un intento por mantener la síntesis imposible, el yo suspende su esfuerzo y *de-compone* (*zerlegt*) –o deja que se *de-compongan* por sí mismas– las identificaciones contradictorias. Estas identificaciones son *proyectadas* en los personajes del juego. Así distribuidas o repartidas (por medio de un mecanismo denominado *Teilung* o *Verteilung*), pueden ser enfrentadas una a una por un yo tanto más fuerte cuanto que no consume su energía en el mantenimiento de la síntesis. Además, y como ventaja adicional, el yo se ve reforzado por las nuevas posibilidades de enfrentar la angustia que le ofrece la distribución de las imagos proyectadas en los personajes lúdicos: gracias a este mecanismo, ya no es el terrible superyó lo que debe ser enfrentado en bloque, sino esta o aquella de las identificaciones que lo componen y que son más fáciles de combatir, de modo tal que el yo obtiene éxitos que lo alientan y aumentan su confianza en sus propias capacidades y, por lo tanto, lo refuerzan. Gracias al empleo de la *de-composición* y de la proyección,

> …la síntesis del superyó, que solo puede ser mantenida con mayor o menor esfuerzo, puede ser abandonada por el momento y, además, disminuye la tensión de tener que mantener la tregua entre el superyó como un todo y el ello. El conflicto intrapsíquico se hace así menos violento y puede ser desplazado hacia el mundo externo. El placer así obtenido se incrementa cuando el yo descubre que este desplazamiento hacia el mundo externo le proporciona diversas pruebas reales de que los procesos psíquicos, con su catexia de ansiedad y culpa, pueden tener un resultado favorable y puede reducirse la ansiedad (1929a: 211).

La *de-composición* es pues el punto de partida de una secuencia de procesos psíquicos que culminan en la distribución de la angustia. Es este último resultado lo que importa, y los textos posteriores, que vuelven a ocuparse del fenómeno, no mencionan ya la *decomposición*.

Lo que ocurre es que muy pronto se hizo evidente que la proyección ofrecía un interés mayor que la formación de roles, a la que, por otra parte, contribuye. Resulta legítimo suponer que la conceptualización, más tarde abandonada, del mecanismo de la formación de roles solo es el signo de un esfuerzo aún titubeante por reintroducir la proyección en el centro del sistema teórico de Melanie Klein. En efecto, vemos que se confiere al mecanismo de formación de roles una de las funciones que más tarde serán atribuidas a la proyección, a saber, la de producir la transferencia. Este punto nos parece muy significativo por cuanto la concepción kleiniana de la transferencia, según la forma que adoptó en la polémica con Anna Freud comenzada en 1927, se encuentra estrechamente vinculada con la noción de *objeto introyectado*. Lo que el niño transfiere al analista no es su relación con sus padres reales sino su relación con sus padres introyectados. En 1929 Melanie Klein valorizó la formación de roles porque le proporcionaba la posibilidad, hasta entonces inaccesible para ella a causa de su prejuicio introyectivo, de considerar lo que la transferencia tiene de proyectivo: “Tengo que señalar ahora el significado de este mecanismo en la vida mental de los adultos. Llegué a la conclusión de que es la base de un fenómeno de grande y universal significado,

esencial también para el trabajo analítico, tanto en niños como en adultos, a saber, de la transferencia" (1929a: 213). Conviene recordar que Melanie Klein insistía sin cesar en el carácter esencialmente móvil de la transferencia, en las oscilaciones rápidas de la transferencia positiva a la negativa, de la transferencia paterna a la materna, que se producen muchas veces dentro de una misma sesión.

La ventaja de la noción de formación de roles está en que permite poner de manifiesto este hecho, en la medida en que el niño, durante el análisis por medio del juego, hace representar al analista roles muy diferentes en rápida sucesión: "Si la fantasía de un niño es suficientemente libre, adjudicaría al analista, durante su juego en el análisis, los roles más variados y contradictorios. Por ejemplo, me hará representar el papel del ello, porque en esta forma proyectada, sus fantasías pueden tener una descarga sin inspirar tanta ansiedad" (1929a: 213). Así, este mecanismo no solo es válido para el superyó sino también para su antagonista, el ello: gracias a este proceder, el yo puede variar sus identificaciones y sus actitudes en el marco de estrategias de alianza con el superyó en contra del ello o, a la inversa, con el ello en contra del superyó. En la medida en que un aspecto interno del sujeto se halla personificado en el juego, este lleva, por su misma índole, a vivir una relación intersubjetiva de acuerdo con el modelo de una relación intrasubjetiva o, lo que es el mismo fenómeno pero considerado desde otro ángulo, a descomponer y a repartir dos aspectos de la personalidad entre los dos sujetos que participan en el juego: yo y el otro. El aspecto adaptativo de este proceso resulta evidente en el marco de la técnica psicoanalítica del juego: "…el debilitamiento del conflicto o su desplazamiento al mundo externo, por medio de mecanismos de disociación [*Zerlegung]* y proyección, es uno de los principales incentivos para la transferencia y una fuerza propulsora en el trabajo analítico" (1929a: 213-214). Lo que nos interesa destacar en la descripción de esta conducta lúdica es que la reintroducción de la noción de *proyección* no fue el resultado de una elaboración teórica, de una eventual toma de conciencia de las ambigüedades de la noción de *objeto introyectado* o de la dificultad para explicar el temor a la retaliación en términos puramente introyectivos: lo que la determinó fue la necesidad de poner de manifiesto las causas de la eficacia terapéutica inherente al juego mismo, independientemente de la utilización deliberada de las actividades lúdicas como vehículo de una comunicación psicoanalítica, y con el propósito de aprender a obtener el máximo de provecho de esas conductas espontáneas. Al principio, la teoría de la proyección no tenía pues ninguna relación con el concepto de *introyección*. En cambio se encontraba estrechamente vinculada con el mecanismo que parece representar la primera forma de escisión descubierta por Melanie Klein –la de-composición– y, aunque la cita siguiente se caracteriza sin duda más por la torpeza de la expresión que por la ponderación minuciosa de los términos en los cuales fue enunciada, no por eso deja de afirmar, desde el primer empleo de estos conceptos, la con naturalidad profunda y la identidad de orientación de ambos procesos: "Llegué a la conclusión de que esta disociación [*splitting of* = escisión] del superyó en sus identificaciones primarias

introyectadas en los diferentes estadios del desarrollo es un mecanismo análogo a la proyección, con la que está estrechamente conectado" (1929a: 211). Pero en adelante, sin que la proyección pierda jamás esta propiedad fundamental de ejercerse sobre aspectos *de-compuestos* de la propia persona o de sus imagos internas, el acento recaerá sobre el movimiento proyectivo más que sobre la *de-composición* del superyó, cuya teoría solo será retomada más tarde y bajo otras designaciones.

Proyección, deflexión, eyección

Después de haber sido reintroducido, el concepto de *proyección* siguió siendo impreciso durante algún tiempo. Designa esencialmente un movimiento de exteriorización que Melanie Klein no había intentado denotar por medio de un término técnico cuando vislumbró por primera vez, tres años antes de describirlo en forma más completa, el procedimiento lúdico al que acabamos de referirnos. Proyectar es "…expulsar al padre y a la madre que en la elaboración del complejo de Edipo ha absorbido dentro de sí [y este alejamiento] contribuye en gran medida al placer extraído del juego" (1926b, 1927a: 141-142). El hecho de arrojar físicamente un objeto lejos de sí parece proporcionar el modelo concreto más convincente del mecanismo de proyección: así, cuando Dick dejó de lado un cochecito estropeado en una sesión precedente, "…estaba expresando su expulsión, tanto del objeto dañado como de su propio sadismo (o de los recursos por este utilizados), que de este modo era proyectado al mundo exterior" (1930a: 231). La confluencia de la introyección con la proyección tuvo lugar en 1931, pero esto ocurrió en un pasaje que solo contiene una alusión, y la insistencia en la dimensión de rechazo fuera de sí se trasluce en la tentación de revisar la terminología y hablar de *extrayección* (1931: 249). Solo en 1932, en *El psicoanálisis de niños* (1932), hallamos una teoría claramente articulada de la proyección, de sus funciones y de sus precursores.

Desde entonces, el nombre de proyección ya no se aplicará a todo proceso *extrayector*. Su empleo se verá limitado por la determinación clara del significado de los términos conexos: deflexión (*Abdrängung*), desplazamiento (*Verschiebung* o *Verlegung*) y eyección (*Ausstossung*). En síntesis, la deflexión es el precursor ontogénico de la proyección. La proyección tiene como base pulsional y como prototipo corporal la eyección de las heces, proceso dominante en la primera etapa anal. El resultado de la proyección es el desplazamiento de la meta o del objeto o de ambos, así como de la fuente de peligro. Aunque la deflexión es el precursor de la proyección, no se identifica con esta y tampoco es una forma arcaica de la misma: conocemos la importancia que tenía para Melanie Klein la distinción entre los simples precursores y los *Frühstadien*. La teoría de la deflexión es el primer ejemplo –y uno de los pocos– en la obra kleiniana de la afirmación de un fenómeno psíquico cuya comprobación directa o indirecta no puede lograrse en el análisis por medio del juego. Se trata en efecto de un proceso absolutamente inicial cuya noción fue tomada de Freud y que formaba parte de la teoría de la pulsión de muerte. Una de las grandes innovaciones teóricas de 1932 es la adhesión de Melanie Klein a la concepción freudiana expresada en *Más allá del principio de placer* (Freud, 1920), adhesión que a veces se ha considerado superficial o basada en un error. Se ha dicho, en especial, que bajo el rótulo de instintos de muerte, Melanie Klein se ocupa en realidad de las pulsiones agresivas, desconociendo así el carácter más profundo de la noción freudiana de pulsión de muerte: la compulsión a la repetición, la tendencia a la autodestrucción. Sin embargo, en cuanto a estos dos aspectos, al tiempo que se remite directamente a la teoría de Freud, la enriquece considerablemente

proporcionándole la dimensión clínica que le faltaba, sin eliminar por ello lo que, en efecto, es esencial en la especulación freudiana: el retorno indefinido de lo mismo y el masoquismo primario.

Prolongando el razonamiento de Freud relativo al trabajo de la pulsión de muerte contra el organismo, prolongando por otra parte sus propios descubrimientos clínicos según los cuales la angustia procede particularmente de la agresividad, Melanie Klein arriba, en el punto de convergencia de esas dos elaboraciones, a la tesis siguiente: "…el instinto destructivo es dirigido contra el propio organismo y por consiguiente debe ser considerado por el yo como un peligro. En mi opinión, es este el peligro que el individuo experimenta como ansiedad. Así, la ansiedad surge de la agresión" (1932: 142). Como consecuencia de ello, lo que era en Freud un proceso hipotético y desencarnado se reviste de realidad concreta y al mismo tiempo se vuelve apto para ser pensado en el marco general de la teoría psicoanalítica de los procesos de defensa.

Cuando Freud, en efecto, ubica en el comienzo de la vida psíquica el conflicto entre Eros y Tánatos, cuando postula una lucha entre la pulsión de muerte y la libido narcisista, resulta muy difícil considerar esta confrontación originaria como un conflicto defensivo regido por la ley común a esta clase de procesos: aumento de la tensión intrapsíquica, angustia automática y defensa contra la pulsión. Freud no se ocupa en ningún momento de relacionar las etapas que se pueden discernir mediante un análisis del proceso abstracto que describe ni de las manifestaciones concretas observables. La lucha entre la pulsión de muerte y la libido narcisista se resuelve en un compromiso: una parte de la pulsión de muerte es apartada, desviada o *deflexionada* hacia el exterior, lo que le procura un objeto distinto de la propia persona y una posibilidad de descarga compatible con las exigencias de la libido narcisista. Las pulsiones de muerte deflexionadas hacia el exterior se convierten en las pulsiones agresivas propiamente dichas, en tanto que las que permanecen *en el interior* conservan su orientación masoquista. Aunque Freud no lo haya mencionado explícitamente en 1919 (Freud, 1920), es probable que esta deflexión de la pulsión de muerte pertenezca al ámbito del comportamiento de expulsión de lo que es malo o desagradable, característico del yo-placer purificado del comienzo de la existencia descrito en 1915 (Freud, 1915: 130), y también al comportamiento de rechazo y de explusión oral que constituye la base de la denegación (Freud, 1925: 254).

Melanie Klein adoptó la teoría freudiana en su totalidad, destacando dos puntos que a su juicio eran esenciales:

1) *La deflexión de las pulsiones de muerte da origen al sadismo y no solo a la agresividad.* Se ha reprochado a veces a Melanie Klein que empleara el término sadismo dándole un sentido insulso, e incluso erróneo, al olvidar que el sadismo no es únicamente la agresividad, aunque sea extremada, sino la unión de la agresividad con la sexualidad. El reproche no es del todo infundado, pero conviene hacer notar que la deflexión de la pulsión de muerte concreta la primera interacción entre Eros y Tánatos: si el empuje y la meta pulsional del sadismo

representan la contribución, a esta combinación pulsional, de la pulsión de muerte, su objeto le es asignado por las pulsiones de vida. Además, cuando Freud se ocupa del proceso paralelo, es decir, del destino de las pulsiones de muerte que han conservado como objeto la propia persona y no son ni más ni menos ligadas por las pulsiones de vida que las que han sido deflexionadas, no vacila en considerarlas como las formas iniciales del masoquismo. Cualquier objeción válida que se haga a Melanie Klein alcanzaría también a Freud y, si se admite la noción freudiana del masoquismo primario, es necesario aceptar también la total legitimidad de la explicación kleiniana del origen del sadismo.

2) *Esta pulsión de muerte deflexionada da origen a la primera relación de objeto.* En el conflicto originario entre la pulsión de vida y la pulsión de muerte, la libido es narcisista en la misma medida en que la pulsión de muerte es masoquista. El primer estado de las pulsiones es pues, tanto para Melanie Klein en 1932 como para Freud, anobjetal. El camino del interés por el objeto es despejado por el sadismo, cosa que permitía prever desde 1929 el texto dedicado a *El niño y los sortilegios* (1929b) y los descubrimientos clínicos resultantes de los análisis de Egon y Dick. Esta prioridad de la carga sádica del exterior deriva de la acción de la libido narcisista movilizada por la angustia que provoca el peligro de la autodestrucción. De aquí proviene una tendencia, permanente en la obra kleiniana a partir de 1932, a considerar que en la constitución de la relación de objeto y, de modo más general, de la relación con la realidad (exterior), el elemento motor es proporcionado por el sadismo, en tanto que la carga libidinal no hace sino seguir y contrarrestar la carga tanática.

3) *El proceso de deflexión sienta las bases de la proyección pero no se confunde con ella.* Se trata de un proceso, mientras que la proyección se define a menudo como un mecanismo. Con respecto a esta cuestión, Melanie Klein se remite a Freud: este considera que "…este proceso está en lo más profundo de las relaciones individuales hacia sus objetos y en la base del mecanismo de proyección" (1932: 142-143).

4) *El yo está presente desde el comienzo de la existencia.* Sobre la naturaleza y el grado de organización de este primer yo se nos dice solo lo siguiente: es él quien, alimentado por la energía de la libido narcisista y, por tanto, de las pulsiones de vida, lleva a cabo la deflexión de una parte de las pulsiones de muerte.

5) *El yo dispone desde el comienzo de un segundo medio de defensa contra las pulsiones de destrucción, que consiste en movilizar una parte de ellas contra las demás.* Si la primera operación del yo consiste en crear, por medio de la deflexión, precursores de la relación de objeto y de la proyección, su segunda acción consiste en organizar el campo pulsional interno, introduciendo en él una brecha que es el preludio, la forma inicial (y no el precursor) de su organización tópica en

instancias diferentes: "Me parece que el yo tiene aún otro medio de dominar los impulsos destructivos, todavía adheridos al organismo. Puede movilizar parte de ellos como una defensa contra la otra parte. De este modo el ello sufrirá una división que, según creo, es el primer paso para la formación de las inhibiciones instintivas y del superyó, lo cual puede ser similar a la represión primaria" (1932: 143).

6) *Lo que hace posible la escisión en el ello es la incorporación del objeto.* Aunque sin precisar de qué modo, Melanie Klein afirma que la presencia del objeto incorporado (*einverleibt*, y no introyectado ni interiorizado) facilita que se introduzca la discordia en el ello por mediación de ese segundo proceso. "…el objeto incorporado se convierte en el arma de defensa contra los impulsos destructivos que están en el interior del organismo" (1932: 143), lo que lleva a admitir la simultaneidad del proceso de incorporación del objeto con el de la escisión del ello: "…una división de este tipo se hace posible por el hecho de que tan pronto como empieza el proceso de incorporación del objeto, el objeto incorporado se convierte en el arma de defensa contra los impulsos destructivos" (1932: 143) y, en realidad, desde que comienza el proceso de incorporación. Este pasaje plantea dos problemas. Por lo pronto, subsiste cierta ambigüedad en lo que respecta a la sucesión cronológica, y más aún en lo que respecta al orden causal entre las operaciones que describe: la incorporación del objeto y su acción como elemento defensivo son simultáneas, como también lo son, según parece, con la escisión en el ello. Pero ¿qué puede decirse de la deflexión? ¿Debe admitirse una estricta contemporaneidad entre la incorporación, precursor de la introyección, y la deflexión, precursor de la proyección, o más bien, como parece desprenderse del texto, una prioridad de la proyección? Por otra parte, vemos que en ese pasaje el agente de la defensa es el objeto incorporado. Pero el mismo texto atribuye la iniciativa de esa defensa al yo. ¿Significa esto decir que el yo y el objeto incorporado se confunden pura y simplemente y que el yo como instancia distinta solo se forma por y en su identificación con el objeto incorporado? ¿Debe considerarse por el contrario que el yo es el director de un proceso en el que el objeto incorporado solo es el agente ejecutivo, y admitir en consecuencia un yo preexistente a toda relación de objeto que sería responsable de la deflexión, en tanto que la incorporación del objeto y la actividad de este al servicio de la defensa no ocurrirían sino en un segundo tiempo para producir un proceso –la escisión en el ello– que sería por esencia secundario? En apariencia estas dos cuestiones, por lo demás puramente especulativas, quedan sin respuesta en el marco del sistema kleiniano de 1932.

Como quiera que sea, interesa, para dar por concluida la consideración de este punto, señalar categóricamente que la deflexión da origen a la vez al sadismo, a la proyección y

a las relaciones de objeto, lo cual establece una relación fundamental y una especie de connaturalidad entre estas tres clases de fenómenos, con respecto a los cuales los textos clínicos de esta época de la producción kleiniana nos proporcionan en efecto ilustraciones que se renuevan sin cesar desde 1929, e incluso, aunque solo de un modo implícito, desde 1926. Podemos así explicarnos el tenor, sorprendente si se lo compara con los textos anteriores de Melanie Klein, de este pasaje puramente teórico, fundado únicamente en el razonamiento y en el comentario de los textos freudianos. Ocurre que, al proceder de este modo, Melanie Klein encuentra el medio, no de protegerse contra las críticas, que le reprocharían su heterodoxia, multiplicando las manifestaciones de fidelidad a Freud y llevando esa fidelidad mucho más allá de lo necesario, sino el medio de explicar y de fundamentar en el plano metapsicológico una relación –descubierta en la clínica– entre proyectar impulsos hostiles, odiar, tener miedo e interesarse en las personas y en las cosas con miras a advertir a tiempo sus eventuales veleidades agresivas para poder defenderse de ellas.

Este punto debe ser destacado tanto más claramente cuanto que las especulaciones kleinianas sobre el instinto de muerte no gozan de favor en la comunidad psicoanalítica internacional. Sin detenernos a considerar el rechazo puro y simple que expresa la mayoría, mencionaremos el hecho de que Jones, que durante tanto tiempo coincidió con Melanie Klein, no la siguió jamás en este punto y –observando por su parte una gran reserva con respecto a la teoría expuesta en *Más allá del principio de placer* (Freud, 1920)– señaló en 1957 que solo tres psicoanalistas adherían aún a esa concepción: Karl Menninger, Hermann Nunberg y Melanie Klein (Jones, 1919-1939). Incluso un comentarista tan benévolo como Willy Baranger, psicoanalista argentino autor de la traducción francesa de *Desarrollos en psicoanálisis* (Heimann, Isaacs y Riviere, 1952a) y de un estudio sobre las concepciones de Melanie Klein (Baranger, 1971) considera que la teoría pulsional de 1932 es un elemento sobreañadido que oculta y desnaturaliza lo esencial de los descubrimientos kleinianos. Esto significa decir que la especulación instintivista (Baranger, 1971) representa, sea una supervivencia, un resto de adhesión no crítica a las teorías freudianas –pero entonces habría que explicar por qué esa parte de la teoría fue mantenida hasta el fin–, sea un esfuerzo artificial para disimular la extensión de las divergencias con Freud bajo la apariencia de una fidelidad obstinadamente proclamada –en cuyo caso debería explicarse por qué Melanie Klein escogió este punto preciso para permanecer fiel a la letra de las enseñanzas freudianas cuando los garantes más autorizados de una eventual ortodoxia habían renunciado a ello desde hacía largo tiempo. Nos parece más esclarecedor admitir que una tenacidad semejante en la defensa de ideas tan poco populares solo puede corresponder a instancias profundas de la clínica psicoanalítica y de la conceptualización por medio de la cual Melanie Klein trataba de explicarlas. Para la analista de Dick era esencial forjar los medios conceptuales que le permitieran comprender la confluencia regular del sadismo, la proyección y el interés por la realidad exterior: ningún otro motivo puede dar cuenta, a nuestro juicio, de la

permanencia en las formas sucesivas de las concepciones kleinianas, de una teoría de la deflexión del instinto de muerte.

Conviene pues aclarar los vínculos que, según Melanie Klein, unen la deflexión con la proyección. El paso de uno a otro de estos fenómenos supone la existencia de dos procesos intermedios: la interiorización del objeto y la eyección sádico-anal del objeto. El primer resultado de la deflexión de las pulsiones de destrucción es la constitución del objeto como tal, y también como objeto peligroso. Si es verdad que la libido sigue siempre los caminos despejados previamente por las pulsiones de muerte, y que, como lo afirmara Freud (1915a), el odio es más antiguo que el amor (1932: 150), resulta inevitable que el primer objeto incorporado sea un objeto atacado y, por consiguiente, un objeto peligroso. Por lo tanto, el efecto benéfico de la deflexión es anulado parcialmente, puesto que la *fuente de peligro* se encuentra de nuevo instalada en el interior. La operación de expulsión debe pues ser renovada, en condiciones diferentes, sobre la base de una historia anterior (deflexión, constitución de una fuente de peligro externo, interiorización de esta) por un yo más desarrollado, provisto de pulsiones más diferenciadas y de esquemas motores, perceptivos, de fantasía y verbales más elaborados.

Melanie Klein ubica este momento, en que la interiorización de los objetos peligrosos se vuelve verdaderamente angustiosa, en el curso de la fase de apogeo del sadismo, cuando se superponen las manifestaciones canibalísticas de la segunda etapa oral y las manifestaciones rechazantes de la primera etapa anal. Bajo la influencia de las pulsiones anales, que en esta etapa tienen una finalidad esencialmente exteriorizadora, centrífuga, el proceso de exteriorización asume la forma de la eyección (*Ausstossung*) sádico-anal, cuyo prototipo –por lo menos en la teoría de Abraham– es la defecación. La aplicación de este proceso anal al objeto incorporado es comprensible sobre todo porque se trata de un objeto parcial. Como tal, entra en el juego de las equivalencias simbólicas descritas por Freud. Según la idea dominante que resulta de la convergencia de los textos de Melanie Klein sobre este punto, ese objeto parcial es o bien un pecho, o un pene o, más verosímilmente, una imago ambigua y compuesta que no es ni una cosa ni la otra sin dejar de ser ambas, de acuerdo con la indiferenciación típica de los términos equiparados, y que no ha sido aún simbolizada en un sentido exacto de este vocablo. Sea como fuere, hay "…equiparación de los objetos introyectados con las heces" (1932: 160). Esta aplicación, típica de la primera etapa anal, del proceso de eyección a un objeto parcial "malo" interiorizado, constituye la primera forma de la proyección. El primer mecanismo merecedor de ese nombre se basa pues en la primera etapa anal, es anterior a la frontera entre los puntos de fijación de las psicosis y los de las neurosis y es el prototipo normal de la proyección delirante. Para surgir requiere una fuente de peligro *interno*, la localización de esta fuente de peligro en un objeto *parcial* y el prototipo corporal de la evacuación de las heces.

La proyección y los mecanismos que producen la simbolización: repartición y dosificación de la angustia

Estas condiciones se dan simultáneamente y en alto grado durante la primera etapa anal. No es entonces sorprendente que en ese momento "…apremian la actividad de los mecanismos de proyección hasta su límite extremo" (1932: 160). En efecto, como consecuencia de la intensidad del sadismo, hay necesidad absoluta de rechazar fuera de sí los objetos parciales terroríficos. Pero este proceso, que tiene un propósito estrictamente defensivo y determinado por el apremio del temor frente a los objetos internos, da como resultado la diferenciación y el enriquecimiento de la relación de objeto. En este sentido, no corresponde únicamente a la psicología de la afectividad sino también a la psicología del desarrollo cognitivo, ya que da origen a conductas de inspección y de exploración del mundo exterior: "…el temor del niño a los objetos introyectados lo incita a desplazar este miedo al mundo externo. Al hacerlo, sus órganos, objetos, heces, y toda clase de cosas, así como sus objetos internalizados, son equiparados con los externos; también distribuye su temor de estos objetos externos sobre un gran número de objetos equiparándolos unos con otros" (1932: 161). Por lo tanto, los objetos exteriores son ansiógenos y es necesario vigilarlos a fin de protegerse de ellos.

El sujeto que funciona según esta modalidad tendrá quizá una percepción de la realidad deformada por sus proyecciones, pero en todo caso estará en contacto con ella y habrá superado la etapa del autismo. La proyección, determinada por el temor a los introyectos terroríficos de la fase de apogeo del sadismo, se transmuta en una verdadera conducta adaptativa gracias a la intervención de un factor pulsional –la naturaleza insidiosa de los ataques anales, que requiere una vigilancia constante de las fuentes de peligro– y del mecanismo de repartición o distribución (*Verteilung*). Por una extraña compensación, el temor a la retaliación contribuye a la observación atenta de la realidad:

> …El secreto y la astucia que atribuye a estos ataques lo conduce a observar el mundo con ojo sigiloso y suspicaz, y así fortalece sus relaciones con la realidad por un lado, aunque esta relación pueda ser falsa [de ahí que] su temor del objeto introyectado –a pesar de los mecanismos de proyección– es un constante incentivo para mantener en acción dichos mecanismos (1932: 160).

En cuanto a la distribución, se trata del mecanismo que ya vimos actuar en la formación de roles: tiene un significado esencialmente económico; gracias a él la angustia es fraccionada en pequeñas cantidades que el yo puede afrontar sin demasiado riesgo, lo que le permite obtener "…pruebas reales de que los procesos psíquicos, con su catexia de ansiedad y culpa, pueden tener un resultado favorable y puede reducirse la ansiedad" (1929a: 211). Pero sabemos que este aspecto cuantitativo se acompaña necesariamente de un aspecto cualitativo altamente positivo en lo que respecta a las sublimaciones, ya que permite comprender en último análisis por qué el niño se interesa por los objetos exteriores que antes le eran por completo indiferentes.

Para que un objeto o una actividad exteriores adquieran algún interés, es necesario que sean peligrosos. Pero no deben serlo demasiado, ya que en ese caso el niño se alejaría del mundo exterior. Se necesita pues un grado óptimo de peligro y de angustia para asegurar el desarrollo de los intereses y actividades sobre la base del simbolismo. La distribución tiene precisamente la función de asegurar esa *dosificación* (*Dosierung*) de la angustia. De este modo, la teoría de la formación de roles queda superada, pero lo esencial se conserva, incluido en una concepción más amplia. El proceso que determina la *de-composición* del superyó, la proyección y la distribución no se limita a la formación de personajes lúdicos, ni tampoco a la producción de la transferencia, sino que posee un significado mucho más amplio y se aplica en realidad al conjunto de las relaciones con la realidad exterior. Al mismo tiempo que se reconoce su alcance, se delimitan más claramente sus bases pulsionales.

En cuanto a la noción de *de-composición* (*Zerlegung*), ha quedado en el camino. Sin duda se podría considerar que este eclipse es solo aparente: no hay ninguna necesidad de un mecanismo activo destinado a *de-componer* el superyó cuando este aún no se halla verdaderamente compuesto ni organizado de manera coherente. Además la distribución parece heredar las principales funciones de la *de-composición*. Pero lo que realmente importa es saber si la *de-composición* de 1929 es en la obra de Melanie Klein otro nombre para el proceso que se denominará más tarde escisión o si se trata de un mecanismo distinto. Ahora bien, tanto si estamos en presencia de dos mecanismos diferentes como *Zerlegung* y *Spaltung* o de dos modalidades de *splitting*, creemos esencial señalar que el movimiento descrito como descomposición-distribución-dosificación (*Zerlegung-Verteilung-Dosierung*) connota ante todo lo que podría llamarse el aspecto de dispersión, de fragmentación sobre una multiplicidad de objetos que para Melanie Klein es inherente a la proyección. En apariencia no constituye un mecanismo verdaderamente distinto de la proyección. Esta es la causa de que la terminología que se le aplica sea inestable y poco uniforme y de que dé lugar a afirmaciones aparentemente enigmáticas, pero respecto de las cuales, si nuestra hipótesis es exacta, se convendrá en que están perfectamente fundadas: la *de-composición* es un "…mecanismo análogo a la proyección, con la que está estrechamente conectado" (1929a: 211).

Ahora bien, sin que ello implique subestimar los múltiples lazos entre la proyección y la escisión, no es posible considerarlas como análogas. La escisión (*Spaltung*), que solo en 1932 aparece con este nombre en la obra de Melanie Klein, es en *El psicoanálisis de niños* (1932) una operación distinta de la proyección, que sucede a esta y solo se produce si la proyección ha preparado de algún modo el terreno. Pero la diferencia más importante entre la *de-composición*, como simple modalidad del funcionamiento de la proyección, y la escisión, resulta sin duda de su naturaleza pulsional y de su nivel genético: la primera es el medio por excelencia de la elaboración del sadismo en su apogeo; la segunda solo se despliega plenamente cuando la primera ha cumplido su función y el sadismo ha sido dominado.

La escisión en la teoría de 1932

El psicoanálisis de niños (1932) presenta la escisión de las imagos como un mecanismo característico de la segunda etapa anal. Es pues relativamente tardía y, en especial, es contemporánea de la represión. Por lo tanto, debemos cuidarnos de no confundirla con esa *arcaica escisión en el ello* que mencionamos al ocuparnos de las primeras operaciones defensivas relacionadas con la incorporación del objeto (véase más atrás), lo cual puede ser similar a la represión primaria (1932: 143). La escisión en el ello es un proceso hipotético invocado en el marco de una reconstrucción especulativa de las etapas más arcaicas del proceso defensivo, en tanto que la escisión de las imagos es un proceso clínicamente observable. El empleo de la misma palabra –que por otra parte es muy corriente en alemán, y no solo en el vocabulario psicológico– para denotar estas dos realidades, refleja simplemente el hecho de que Melanie Klein, que se hallaba en ese momento en la tarea de forjar el concepto de escisión de las imagos, no había tomado aún la decisión de reservar en forma exclusiva, para la designación de esta última, el término cómodo y corriente que se suele emplear para expresar tanto que un muro se resquebraja como que alguien "parte un cabello" (*Haare spalten*).** Correlativamente, Melanie Klein habla aun en ciertos pasajes de partición (*Teilung*) o de separación (*Trennung*) de las imagos para referirse con toda evidencia a la escisión propiamente dicha (1932: 232-233). Pero aunque el vocabulario es aún impreciso, el concepto ha adquirido ya una coherencia tal que es posible identificarlo sin temor a equivocarse.

La escisión, mecanismo típico de la etapa en que el sadismo ya no se encuentra en su apogeo, va unida a una toma de conciencia del temor a la retaliación. Esta aparente paradoja se explica con facilidad: en la etapa de apogeo del sadismo, el temor a sufrir represalias por parte del objeto atacado es demasiado abrumador como para que pueda tener acceso a la conciencia; por lo tanto es negado, en especial por medio de la eyección-proyección. Cuando estos procesos han logrado cierta elaboración del sadismo y de la angustia, y sobre todo cuando las pulsiones libidinales comienzan a predominar sobre las pulsiones sádicas, el yo puede tomar conciencia de su temor a las represalias provenientes del objeto. Por lo tanto, y habida cuenta de la evolución de las pulsiones en que la tendencia a la conservación del objeto predomina sobre la tendencia a la destrucción, el yo se somete y acepta las prohibiciones de un superyó severo (1932: 166) en lugar de tratar de eyectarlo-aniquilarlo por medio del procedimiento de la primera etapa anal.

Como sabemos, por otra parte, que las relaciones intersubjetivas se ajustan a las relaciones intrasubjetivas, cabe esperar que esta modificación de la actitud respecto del superyó y de los objetos interiorizados se acompañe de una transformación correspondiente en la relación de objeto: el yo, que se somete al poder del superyó, reconoce el poder del objeto. Así, en el estadio anal siguiente el "principal método que adopta el yo para vencer la ansiedad –en este punto– es tratar de satisfacer tanto los objetos externos como los internalizados; el yo se defiende contra la angustia sobre todo

tratando de conciliarse con los objetos del mundo exterior al mismo tiempo que con los que han sido interiorizados" (1932: 167).

Sabemos que este método permite al yo encontrar en el amor y la aprobación de los objetos exteriores la desmentida de sus temores relativos a los peligros con que lo amenazan los objetos introyectados. En estas condiciones, la relación de objeto y la relación con la realidad permiten que el yo se fortalezca progresivamente frente al superyó. Ahora bien, este establecimiento de relaciones de objeto buenas solo es posible gracias a la actuación del mecanismo de la escisión, que permite anudar con un objeto bueno una relación no dominada por el sadismo:

> Una relación de objeto de esta clase es provocada por una disociación de la imago materna en buena y mala. La ambivalencia del individuo frente al objeto no solo representa un paso más en el desarrollo de sus relaciones de objeto, sino que es un mecanismo de fundamental importancia para vencer el miedo a su superyó, distribuyéndolo, después de haberlo dirigido al exterior, sobre un número de objetos, de modo que algunos de ellos representan el objeto que él atacó y que por lo tanto le amenaza con peligro y otros, especialmente su madre, significan la persona bondadosa y protectora (1932: 167).

Vemos así cuál es el lugar que ocupa la escisión en las ideas kleinianas de 1932. Es exactamente correlativa de los mecanismos de reparación y, como estos, permite eludir el círculo maligno. A causa de ello la ambivalencia cambia completamente de sentido; en Freud y en Abraham tiene un signo negativo: para Abraham es característica de la etapa intermedia del desarrollo de la relación de objeto, comienza en la etapa canibalística y solo termina en la etapa genital adulta, se manifiesta durante largo tiempo entre una fase oral de succión que es preambivalente por ser anobjetal y una fase ambivalente plenamente objetal que permite superarla; para Melanie Klein, en cambio, es de signo positivo por cuanto permite la selección; la separación del amor y del odio. Lo que ocurre es que Melanie Klein no la define ni la concibe del mismo modo que sus precursores. Para estos, corresponde a la unión del amor y el odio en la relación con el mismo objeto, y nociones tales como la de sadismo o la de conflicto de ambivalencia tienen estrecha vinculación con ella. Como lo señalan Laplanche y Pontalis, la ambivalencia "…se descubre, sobre todo, en determinadas enfermedades (psicosis, neurosis obsesiva), así como en ciertos estados (celos, duelo), y caracteriza algunas fases de la evolución de la libido, en las que coexisten amor y destrucción del objeto (fases sádico-oral y sádico-anal)" (Laplanche-Pontalis, 1996: 21). Tiene pues una connotación netamente patológica. Pero, para Melanie Klein, la idea de que una relación de objeto podría no incluir ambivalencia parece difícilmente concebible, en el sentido de que todo movimiento libidinal hacia el objeto es siempre secundario en relación con un movimiento agresivo, al que, en el mejor de los casos, se propone reparar (véase más adelante, pp. 378 y ss.). Por lo tanto, lo que Freud y Abraham denominaron *ambivalencia*, pertenece para Melanie Klein al marco de un segundo momento en el que la agresividad ya no es dominante y puede ser enfrentada por el yo. Considerada desde una perspectiva global tan distinta de la de Freud o de Abraham, la ambivalencia recibirá otra definición: lo que

Melanie Klein denomina de este modo –sin ocuparse de señalarlo explícitamente– es siempre la ambivalencia ya condicionada por la escisión de las imagos. Es decir que cuando el sadismo no se encuentra más en su apogeo, el odio es *suavizado* por el amor (*mildern*; los textos ingleses posteriores dirán *mitigate*) (1952a) y la ambivalencia surge en la relación con el *objeto introyectado*. Pero tan pronto como aparece la ambivalencia, aparece también la tendencia a conservar el objeto introyectado –que predomina sobre la de aniquilarlo por medio de la eyección–, así como la *escisión*, que permite la separación del amor y del odio y su repartición en objetos diferentes. En suma, tan pronto como aparece la ambivalencia en relación con el objeto interno, desaparece de la vivencia consciente, puesto que la escisión interviene en forma inmediata.

En este sentido, y pese a las diferencias que hemos señalado, la escisión viene a retomar en la teoría de 1932 una de las funciones anteriormente atribuidas a la descomposición, la de poner orden en las relaciones de objeto, clasificarlas, diversificarlas y lograr así la dosificación de la angustia.

Por ello se revela como inmediatamente apta para dar forma al complejo de Edipo clásico o tardío y para estimular las reparaciones y sublimaciones de todas clases que lo acompañan:

> Al dividir (*Teilung*) a su madre en buena y mala y a su padre en bueno y malo, liga el odio que siente por su objeto a la madre o al padre malos o se aleja de ellos mientras que dirige sus tendencias restitutivas a su madre y padre buenos, y en su imaginación repara en ellos el daño que ha hecho a sus imagos paternas en sus fantasías sádicas (1932: 232-233).

La disociación de los objetos introyectados en buenos y malos es pues el precursor inmediato tanto como el factor precipitante de la oposición edípica tardía entre el rival y el objeto del amor incestuoso, netamente diferenciados. En tal sentido, en 1932 la escisión más esencial no es por cierto la de la imago materna, como lo será después de 1934.

El verdadero punto de impacto de la escisión es, en 1932, la imago terrorífica de los padres combinados, en la cual se concentran, en la etapa de apogeo del sadismo, todos los medios del sadismo y, por lo tanto, todos los temores. El momento decisivo de la disminución del sadismo es aquel en que esa imago paralizante puede ser deshecha.

> Si junto con la imago de los padres combinados, las imagos del padre y de la madre separadas [*Trennung*] especialmente de la madre buena operan con suficiente fuerza, las crecientes relaciones de objeto del niño y su adaptación a la realidad darán por resultado que sus fantasías sobre el pene del padre dentro de la madre perderán su poder, y su odio, ya disminuido, estará más fuertemente dirigido hacia su objeto real. Esto tendrá el efecto de separar las imagos de los padres combinadas todavía más completamente, y su madre será ahora preponderantemente el objeto de sus impulsos libidinales, mientras que su odio y ansiedad irán hacia su padre real (o el pene del padre), o, por desplazamiento, hacia algún otro objeto, como en el caso de las fobias de animales. Las imagos separadas de su padre y de su madre se mantendrán más precisas y la importancia de sus objetos reales aumentará y entrará ahora en una fase en la que sus tendencias edípicas y su miedo a ser castrado por su padre real adquirirá importancia (1932: 255).

Así, cada vez que se la menciona en *El psicoanálisis de niños* (1932), la escisión

aparece como el mecanismo típico de las fases tardías del complejo de Edipo descrito por Freud, de su elaboración y de su adecuación progresiva.

La escisión hace posibles los juegos sexuales de los niños entre sí, juegos a los que Melanie Klein reconoce en general un valor positivo y altamente adaptativo:

> …no solo gratifican su libido, sino que los capacitan para obtener refutaciones a los diferentes miedos en relación con el acto sexual. He encontrado repetidas veces que si tales objetos sexuales han actuado además como figuras bondadosas, las primeras relaciones sexuales de esta naturaleza ejercen una influencia favorable sobre las relaciones de la niña con sus objetos y sobre sus futuras relaciones sexuales. […] Al servir como prueba basada en la realidad de la existencia del pene bueno, las relaciones de la niña con su hermano fortificaron su creencia en el pene introyectado bueno y moderaron su miedo a los objetos introyectados malos (1932: 233-234).

La escisión hace posible la adecuación del complejo de ambivalencia con respecto al rival, en el sentido en que lo entiende Melanie Klein, es decir, haciendo desaparecer las manifestaciones aparentes de ambivalencia: en la adolescencia

> …la aparición de una nueva imago paterna idealizada y de nuevos principios, junto con el aumento de demandas que el niño hace a sí mismo, le ayudan a alejarse de sus objetos originarios. Esto da por resultado que es más capaz de retomar su originaria posición de afecto al padre y aumentarla y que corre menos riesgo de chocar con él. Esto ocurre al mismo tiempo que una división (*Spaltung*) de la imago paterna. Puede entonces admirar y amar la imago paterna exaltada y dirigir los fuertes sentimientos de odio que en este período de su desarrollo tiene, contra la imago paterna mala, a menudo representada por el padre real o por un sustituto, tal como un maestro (1932: 201).

Por lo tanto, la ambivalencia (en el sentido kleiniano de coexistencia de dos relaciones de objeto escindidas) permite superar el conflicto ambivalente (en el sentido de Abraham, es decir, de un conflicto entre el amor y el odio):

> Así, dividiendo la imago paterna dirige sus tendencias violentas y destructivas hacia otros objetos. Si, por consiguiente, reunimos su sobrecompensación admirativa hacia algunos objetos y su excesivo odio y desprecio para otros, tales como maestros, parientes, etc., que nosotros descubrimos durante el análisis, podemos abrirnos camino hacia un completo análisis de su complejo de Edipo y sus afectos, tal como en el caso de los niños bastante pequeños" (1932: 97).

Mecanismo adecuado para volver compatibles el amor y el odio, distribuyéndolos o repartiéndolos (*teilen, verteilen*) entre objetos diferentes, la escisión es por esta causa uno de los mecanismos determinantes del acceso a una relación de objeto sólida. Es lo que hace posible la carga genital definitiva del objeto edípico y la identificación con el rival en sus aspectos idealizados. Es lo que permite relacionarse con la realidad, proyectar en objetos reales, a partir de una determinada etapa del desarrollo, figuras internas benévolas y serviciales. Conviene pues destacar los vínculos que unen especialmente la escisión y los mecanismos de reparación. A causa de la escisión "…algunos de ellos representan el objeto que él atacó y que por lo tanto le amenaza con peligro y otros, especialmente su madre, significan la persona bondadosa y protectora" (1932: 167). Por esto el niño encuentra en la realidad objetos buenos que puede introyectar y con los que

puede identificarse: “A medida que el individuo avanza hacia su estadio genital y sus imagos introyectadas se hacen más amistosas… Puede ahora emplear mecanismos restitutivos y formaciones reactivas de lástima frente a sus objetos para aplacar su superyó” (1932: 167). Nos vemos pues inducidos a describir en estos términos el proceso que determina la puesta en marcha de los mecanismos de reparación y de la piedad: escisión, proyección e introyección. Pero, ¿de qué introyección se trata?

El concepto de objeto interno y las dificultades de la noción de introyección

Sabemos, en efecto, que todos los textos anteriores a *El psicoanálisis de niños* (1932) relacionan la introyección con la presencia en el interior de objetos malos, atacados primitivamente por el sadismo y cuya venganza se teme. El hecho de que existen imagos internas buenas junto con imagos malas fue reconocido en 1929 (1929a: 209), aunque sin ser verdaderamente integrado en la teoría. Solo en el libro de 1932 se encuentran pasajes que mencionan la existencia de procesos de introyección de objetos buenos. Pero estos pasajes alternan con muchos otros que describen las imagos internas en términos que evocan el sadismo y la angustia y que ofrecen un cuadro inquietante del mundo interior. A nuestro juicio este conjunto de hechos solo puede ser apreciado correctamente a la luz de las dos ideas siguientes:

- Pese a las apariencias, Melanie Klein no formuló una teoría de la introyección antes de 1932 y, en todo caso, antes de 1931.
- La teoría propuesta en 1932 es aún poco coherente y no está plenamente delimitada; solo lo estará en 1934.

Aclaremos ante todo la primera de estas afirmaciones, que podría parecer una paradoja. Es cierto que en los textos publicados a partir de 1926 Melanie Klein emplea muchas veces los términos *objeto introyectado* e *introyección*. Por ello, y como por lo demás todo el mundo sabe que la obra kleiniana, después de 1934, incluye una teoría plenamente elaborada de la introyección y de sus relaciones con la proyección, la escisión, etc., es muy natural imaginar una perfecta continuidad entre los empleos sucesivos del término. Pero esa continuidad no existe y, en realidad, hay muy poca relación entre la verdadera introyección y lo que se designa con ese término alrededor de 1927. Ya hemos señalado que la noción de introyección connota el fenómeno del temor a la retaliación en cuanto a uno de sus efectos más destacados, la deformación fantástica de las imagos de los objetos reales, a partir de su percepción exacta.

Cuando el término introyección hace su aparición en 1926, el acento no recae de ningún modo sobre el mecanismo sino sobre su resultado, es decir, la presencia de un objeto introyectado. En lo que respecta al sentido de este término, aparece netamente como el antónimo del término *objeto real*. Designa figuras prohibitivas imaginarias que se descubren cuando se analiza la culpabilidad precoz de los niños pequeños; el prototipo es la madre introyectada cuyas amenazas impedían a Rita jugar con su muñeca: "…la prohibición del deseo infantil ya no provenía de la madre real, sino de la madre introyectada, cuyo rol representó ante mí en diversas formas, y quien ejercía una influencia más severa y cruel sobre ella que lo que su madre real hubiera hecho nunca" (1926b, 1927a: 141). La noción de objeto introyectado se refiere en primer término a lo que Melanie Klein llamó también poco después una imago, es decir una imagen no

verista de los objetos y, ante todo, de los padres. Pero la deformación que experimentan las imagos de los objetos no supone ningún misterio: corresponde simplemente al temor a la retaliación. A este respecto, conviene sin duda relacionar la confusión que se hace el niño entre las prohibiciones provenientes de los padres reales y las provenientes de los padres introyectados, con la distinción que hacen transitoriamente, según el mismo texto de 1926, los niños en análisis entre la madre imaginaria del juego (literalmente la *madre representada* y la madre real). Esta distinción aparece en el curso de la elaboración de las interpretaciones que se refieren, según el contexto, a los deseos de ataques sádicos y al temor a la retaliación que resulta de ellos, y tiene un significado defensivo. Se la señala en el marco de una conducta de denegación: "…los niños empiezan a distinguir entre la madre imaginada y la madre real, y entre el muñequito de madera y su hermano como bebé vivo. Entonces insisten firmemente en que querían hacer tal o cual daño solo al bebé de juguete; dicen que por supuesto aman al bebé real" (1926b, 1927a: 146). Pero se trata solo de una etapa inicial de la elaboración de las interpretaciones. Cuando finalmente se vencen las resistencias, el niño toma conciencia de que "…sus actos agresivos estaban dirigidos hacia los objetos reales" (1926b, 1927a: 146). Más tarde aún, hacia el fin del análisis, los niños son a veces capaces de recordar con humor el hecho increíble de que querían realmente devorar a su madre o cortarla en pedazos (1926b, 1927a: 146).

Estos textos sugieren que la frontera entre los objetos reales y los objetos introyectados o representados es extremadamente móvil y depende en gran medida del vigor de los mecanismos de defensa; una agresividad muy reprimida solo podrá manifestarse con respecto a los juguetes o a esos personajes imaginarios del juego que parecen ser la primera forma en que se manifiesta la existencia de los objetos introyectados. Una agresividad mejor integrada podrá prescindir de esos disimulos. Así, lo que Melanie Klein trata de describir en términos de oposición entre objeto introyectado y objeto real es, además del carácter irreal de las figuras interiores –es decir, repitámoslo, simplemente imagos que el niño se forja de sus objetos–, la tendencia del niño a no reconocer o a negar la identidad entre la madre del juego y la madre real. Pero Melanie Klein conocía este mecanismo desde 1921 y ya en esa época lo designó, por lo menos una vez, con el término *escisión* (*Abspaltung*) y lo relacionó con la ambivalencia (1921, 1923a: 55). A partir de 1926describió incansablemente la distancia inconmensurable que hay entre las figuras internas terroríficas y los padres reales, la coexistencia de dos relaciones objetales que se desarrollan paralelamente en dos planos distintos y casi sin interferirse: estas descripciones ponen el acento en un estado de aislamiento entre dos registros simultáneos de las vivencias, el cual es quizá, parcialmente por lo menos, imputable a la acción de una operación defensiva, pero no proponen un término especial para designar esta falta de relación entre la imago y el objeto real, que por lo común se describe como bueno. Ahora bien, a nuestro juicio la realidad clínica de que se trata parece coincidir con la que, a partir de 1946, denotará el concepto de *escisión*

esquizoide, al que no debe confundirse con la escisión cuya aparición en la teoría kleiniana de 1932 ya hemos descrito, y que será vinculada, en 1934, con la posición depresiva. Así, sea cual fuere su denotación más importante, la noción kleiniana de objeto introyectado connota, en 1927 y, en apariencia, hasta 1932, un desconocimiento de la identidad profunda entre la imago irreal y su prototipo real, desconocimiento en el que la teoría kleiniana posterior verá una forma de la escisión; esta connotación es sobre todo evidente porque las descripciones kleinianas de esta época tienden, en su conjunto, a oponer los objetos malos introyectados a los objetos buenos, y porque además la denotación introyectiva del concepto de objeto introyectado siguió siendo imprecisa durante largo tiempo.

En la teoría kleiniana definitiva, el temor a la retaliación fue explicado en términos de proyección. Sabemos que la proyección supone necesariamente una cierta disociación acompañada de desconocimiento, hecho que en 1929 se intenta poner de manifiesto por medio de la noción de *descomposición*. Ya en 1926, algunos pasajes clínicos, y en especial el que acabamos de citar, implican en apariencia una interpretación semejante: si los niños distinguen entre la madre de sus juegos y la madre real, es porque se niegan a reconocer que su agresividad está dirigida contra los objetos reales: si Rita teme las amenazas de la madre introyectada, es porque ha querido robar su bebé a su madre encinta. Pero, entre 1926 y 1932, Melanie Klein describió este fenómeno precisamente en términos introyectivos, y sabemos que esto fue así probablemente porque el fenómeno representaba para ella el comienzo de la formación del superyó, al que concebía en esencia como un proceso introyectivo. De ello resulta que en sus escritos la noción de introyección se vuelva completamente exangüe, como lo prueba este pasaje en el que su aparición no agrega nada al sentido, que más bien contribuiría a oscurecer:

> El niño mismo desea destruir su objeto libidinal mordiéndolo, devorándolo y cortándolo, lo que le provoca angustia, ya que el despertar de las tendencias edípicas es seguido por la introyección del objeto, el que se transforma entonces en alguien de quien se debe esperar un castigo. El niño en consecuencia teme ahora un castigo que corresponda a su ataque (1926c, 1928a: 194).

¿Significa esto que un objeto atacado pero no introyectado no sería temido o no se convertiría en castigador? Una tesis semejante supone admitir que la introyección por sí misma está dotada del poder de deformar. Por lo tanto, el objeto introyectado no sería castigador por el hecho de haber sido atacado en la fantasía, de que sus represalias han inspirado temor, de que ha sido introyectado; se habría vuelto peligroso y castigador por el hecho mismo de la introyección. Una de las consecuencias más llamativas de esta deformación que Melanie Klein impone al concepto de introyección es que este se vuelve inadecuado para la descripción exacta de los hechos que se manifiestan en el análisis por medio del juego.

Durante muchos años, al considerar equivalentes el objeto introyectado y el objeto deformado por el temor a la retaliación, a Melanie Klein le resultará muy difícil explicar la existencia de objetos introyectados benévolos y serviciales. Se trata, sin duda, de una

dificultad de algún modo secundaria que proviene de lo trabajoso que le resulta delimitar exactamente el ámbito de extensión de uno de los hechos que descubrió durante los primeros análisis por medio del juego: el superyó severo de las primeras etapas no es una imagen exacta de los padres y de sus exigencias, sino una caricatura. Desde esta perspectiva, siempre central para Melanie Klein, que es la del análisis de la angustia y del sentimiento de culpabilidad, la oposición pertinente entre padres introyectados y padres reales se reduce a la oposición entre padres fantástica e irrealmente crueles y padres reales buenos o más o menos buenos.

La severidad de las imagos internas y del superyó primitivo no deriva –salvo en casos gravemente patológicos (1927c: 187)– de la severidad de los padres reales, que es siempre menor que la de sus copias. Así se manifiesta una cierta tendencia, a menudo observada en la obra kleiniana, y a menudo también criticada (Devereux, 1970), a exculpar a los padres y a atribuir al niño la responsabilidad por el sadismo. Pero es fácil comprender que la actitud kleiniana no obedece a ningún oscuro móvil tendencioso, sino que responde a la exigencia de poner de manifiesto la dimensión fantaseada en la formación del superyó, el carácter irreal de las primeras imagos. De lo que se trataba en esa época era de oponerse a concepciones como la de Anna Freud que, al considerar al superyó como interiorización tardía de las exigencias parentales reales, no eran capaces de explicar la severidad de esa instancia, severidad que, por lo demás, desconocían en gran medida. Así, todo concurría a imponer este esquema simple: el objeto introyectado es feroz; el objeto real es bueno y tranquilizador.

Se comprenden así las razones de la confusión de Melanie Klein cuando llegó a suceder que un paciente –Gerald, George– la pusiera en presencia de imagos benévolas que presentaban el mismo grado de irrealidad que las imagos vengadoras. Gerald, por ejemplo, hacía intervenir, junto a personajes malvados y peligrosos, una "mamá hada" idealmente buena que, para su analista, estaba más cerca de la realidad que las imagos crueles, y a la que se refiere con estos términos: "Descubrí en él identificaciones que correspondían más estrechamente a sus verdaderos padres, aunque de ninguna manera eran idénticas a ellos" (1927b: 166). Pero también esta imago más realista ayudaba al niño a matar a su padre, a castrarlo y a comer su pene. Dos años más tarde, Melanie Klein manifiesta aún cierta perplejidad respecto de George, cuyos tipos de formación de roles compara con los de Erna. Las fantasías y los juegos de George hacían intervenir, además del yo y del superyó severo, un superyó servicial. Reflejaban pues un sadismo menos intenso que el de Erna, cuyos argumentos solo preveían dos roles: el de perseguidor y el de perseguido. Cabría esperar por lo tanto que su caso fuera considerado más favorable. Sin embargo, Melanie Klein no lo veía así: "Su yo se identificaba más íntegramente con el ello y estaba menos dispuesto a hacer concesiones al superyó. Mantenía alejada la angustia por una marcada exclusión de la realidad. La realización de deseos predominaba claramente sobre el reconocimiento de la realidad; una tendencia que es, para Freud, uno de los criterios de psicosis" (1929a: 207). Puede señalarse que

una afirmación semejante es casi contradictoria en sus términos. De acuerdo con la lógica kleiniana, la evaluación del sadismo, menos intenso que el de Erna, permitiría esperar un diagnóstico menos pesimista.

Todo parece indicar que en 1929 Melanie Klein consideraba a esas imagos totalmente buenas como simples réplicas invertidas de las imagos terribles, desprovistas de consistencia y de estabilidad reales. En el mismo artículo señaló la "…influencia excesivamente fuerte ejercida por esos tipos extremos de imagos, la intensidad de la necesidad de figuras bondadosas opuestas a las amenazadoras, la rapidez con la cual los aliados pueden transformarse en enemigos" (1929a: 210). Sin duda estas consideraciones son esclarecedoras y anticipan directamente las concepciones posteriores que harán del objeto ideal de la posición esquizoide de 1946 un correlato del objeto perseguidor. Pero en 1929 esta idea solo aparece en ese pasaje y no será retomada sino después de mucho tiempo; no parece tener otra función que la de contribuir a minimizar el alcance de la existencia de las imagos serviciales. Aunque fecunda y anticipadora, su confusión parece bien real. La lleva a esbozar una nueva oposición que enfrenta no ya los objetos irreales = malos con los objetos reales buenos, sino los objetos irreales (buenos o malos) con los objetos reales: "Llegué a convencerme de que la actuación de tales imagos con características buenas y malas es un mecanismo general tanto en adultos, como en niños. Estas figuras representan estadios intermedios entre el superyó terriblemente amenazador que está totalmente separado de la realidad" (1929a: 209).

La equivalencia entre objeto real y objeto bueno se impone hasta tal punto que ese texto, que comienza proponiendo una oposición neutra en lo que respecta al criterio bueno/malo, prosigue de este modo: "Esas figuras intermedias, cuya gradual evolución hacia los padres protectores (que también están más cerca de la realidad) puede ser constantemente observada en el juego analítico, me parecen muy instructivas para nuestro conocimiento de la formación del superyó" (1929a: 209). Será necesario esperar hasta 1932 y hasta la publicación de *El psicoanálisis de niños* (1932) para que Melanie Klein comience a considerar la posibilidad de un proceso de introyección de objetos buenos. Incluso entonces la mayoría de las veces habrá que tener en cuenta una tendencia permanente a confundir los objetos internos buenos con los objetos reales: "Su creencia en la existencia de figuras bondadosas y útiles –creencia que se basa en la eficacia de su libido– permite así que sus objetos reales emerjan cada vez con más fuerza y que sus imagos fantásticas retrocedan a último término [O también:]…la introyección simultánea de objetos reales, de hecho bien dispuestos para con él […] disminuye la fuerza de su temor a las imagos aterradoras" (1932: 162). De este modo, la introyección puede referirse a objetos buenos en la medida en que son reales, pero nada indica que se contemple la posibilidad de una transformación o deformación interna, en el sentido de la realización del deseo, capaz de construir objetos irrealmente buenos a partir de objetos neutros o moderadamente buenos. Sin duda se puede considerar un suavizamiento de las imagos internas terribles por un proceso de este género; así, cuando el niño se aproxima a

la etapa genital, sus imagos introyectadas se hacen más amistosas (1932: 167). Pero en este caso solo se trata aún de un destino del objeto *malo* introyectado. ¿Es posible considerar en la teoría kleiniana de 1932 la existencia de objetos buenos introyectados distintos de los objetos buenos reales y que serían tan reales como los malos sin ser simples réplicas invertidas de estos? ¿Puede admitirse la posibilidad de una introyección deformante que produzca objetos buenos?

Aunque la orientación general que seguía Melanie Klein hasta 1932 haría prever una respuesta negativa, existen sin embargo dos argumentos que permiten establecer, en cierto modo in *extremis*, la posibilidad de una introyección de esta clase en el sistema de 1932. Uno procede de la descripción de una identificación con el objeto atacado, mencionada primeramente en el caso de Dick, en el que desempeñaba un papel perturbador sin mucha relación con la evaluación que se hará de ella en *El psicoanálisis de niños* (1932). El otro procede de una nota al pie de página que incluye esta afirmación aislada y única en toda la obra: "En el capítulo 8 he mostrado cómo el pecho bueno se transforma en malo a consecuencia de los ataques imaginarios que el niño realiza contra él[…] así, una introyección primaria de ambas imagos maternas, una buena y una mala, tiene lugar antes de que se formen otras imagos" (1932: 218 *n*.). La primera parte de este pasaje incluye una afirmación inexacta: en ningún otro lugar de la obra se refiere Melanie Klein a la transformación del pecho bueno en malo como consecuencia de ataques lanzados contra él, ni a una relación con el pecho bueno que precedería a la relación con el pecho malo. Solo en un artículo de 1929 se afirma que la frustración oral "convierte a la madre buena indulgente en la madre mala" (1929b: 220). Pero en este caso se trata de la madre y no del pecho, y de un pasaje ambiguo que interpreta una obra literaria (el libreto de *El niño y los sortilegios*). Esta nota es el único ejemplo, en los escritos publicados hasta 1932, de una afirmación semejante: a nuestro juicio señala el hecho de que ya se estaba preparando, precisamente en el dominio de la teoría de la introyección, el movimiento que habría de conducir a Melanie Klein a descubrir en 1934 la posición depresiva.

La introyección y la incorporación oral:
su relacionamiento tardío

Cuando quiso explicar el proceso de introyección, Melanie Klein le atribuyó como fundamento y como prototipo pulsional la incorporación oral, y es por ello, en apariencia, que la noción de introyección adquirió finalmente cierta coherencia. Debemos precisar sin embargo que esta evolución es relativamente tardía y, sobre todo, que es posterior a la reintroducción en 1929 de la noción de proyección. Así, en 1932 la introyección había perdido la supremacía aparente que le otorgaban los textos anteriores. A causa de esto adquirió contornos mucho más definidos que los que tenía antes, lo cual se logró al precio de cierta subordinación de la teoría de la introyección a la de la proyección. Los diferentes momentos de la interiorización correspondieron desde entonces a momentos significativos de la historia del desarrollo de los procesos proyectivos. A pesar de este paralelismo, los términos que designan los procesos introyectivos siguieron siendo más numerosos y menos precisos en su empleo que los que corresponden al campo semántico de la proyección. Es relativamente fácil distinguir el término *identificación*, que las más de las veces es empleado en sentido material (no para designar el proceso de identificación sino sus productos, lo que se podría denominar los *identificatos* por analogía con los *introyectos* de que hablan algunos autores). Se puede también distinguir la incorporación –proceso libidinal descrito por Abraham que es simétrico, en el ámbito oral, de la eyección anal– de la introyección, de la que es el prototipo. En cuanto a la interiorización, se la describe en los términos más vagos: tomar dentro de sí, tener en el interior, que se aplican tanto a las manifestaciones más primitivas del canibalismo como a las formas más evolucionadas de la introyección del objeto bueno.

La primera forma de interiorización que aparece en el desarrollo del niño es, según *El psicoanálisis de niños* (1932), la incorporación parcial, unida en la teoría con la deflexión de la pulsión de muerte. El término tiene resonancias abrahamianas, pero Melanie Klein cambió completamente su sentido. En Abraham, la incorporación parcial es un proceso típico de la primera etapa anal, y se la llama parcial porque renuncia a devorar por completo al objeto, lo que constituye la meta del canibalismo total. Si el objeto es solo devorado en parte es para conservarlo. Este aspecto desaparece por completo en Melanie Klein: para ella la incorporación parcial es la que se relaciona con objetos parciales (pecho, pene, heces) mal distinguidos de los objetos (completos) a los que representan o cuyo lugar ocupan (*vertreten*), y parece claro que para ella se trata de un proceso canibalístico: “Hasta donde puedo juzgar, el núcleo del superyó se encuentra en la incorporación parcial que tiene lugar durante la fase canibalística del desarrollo” (1932: 152). En esta fase “…tanto los objetos reales como los introyectados están principalmente representados por sus órganos” (1932: 152), lo que se invoca entonces para explicar la deformación experimentada por las imagos: estas toman la marca de estos impulsos pregenitales (1932: 152).

La conexión entre esta incorporación y la deflexión de la pulsión de muerte es directa.

En apariencia debe entenderse que esta primera interiorización es posterior a la deflexión y que se relaciona con un objeto exterior al cual ha vuelto malo esta defensa anterior a toda otra: "Que el yo considere el objeto internalizado como un enemigo cruel del ello, surge lógicamente del hecho de que el instinto destructivo que el yo ha desviado hacia el mundo externo, ha sido dirigido contra aquel objeto, del cual, por consiguiente, nada, sino hostilidad contra el ello, puede esperarse" (1932: 152). La sucesión genética es pues clara: deflexión de la pulsión de destrucción, luego incorporación canibalística del objeto, la cual impondrá a su vez la proyección propiamente dicha, basada en la eyección. La incorporación es un relevo necesario entre el primer precursor de la proyección –la deflexión– y la verdadera proyección:

> Cuando, como niño pequeño, comienza a introyectar sus objetos y estos, no debemos olvidarlo, son solo muy vagamente conocidos por él y principalmente por medio de sus órganos separados, su temor a esos objetos introyectados pone en movimiento los mecanismos de expulsión y proyección, tal como ya hemos visto; sigue luego una acción recíproca entre proyección e introyección que parece ser de fundamental importancia no solo para la formación de su superyó, sino también para el desarrollo de sus relaciones de objeto con las personas y su adaptación a la realidad (1932: 157).

Tan pronto como la interiorización conduce a una proyección, el texto de 1932 le da el nombre de introyección. Solo cuando se pone en contacto con la proyección, la introyección es descrita concretamente como un mecanismo que tiene una base libidinal precisa, la incorporación, y que contribuye a la adaptación a la realidad.

Debe señalarse aun que el cuerpo de la obra solo describe la introyección en sus aspectos sádicos orales, como si fuera muy difícil para Melanie Klein separar verdaderamente este proceso de la connotación "mala" que adquirió al ser empleado durante seis años para explicar la deformación ansiógena que experimentan los objetos internos. Si bien ya se anuncia la idea de la introyección de un objeto bueno, esto solo ocurre, como vimos, en notas al pie de página: en 1932 la concepción kleiniana de la introyección no había alcanzado aún el equilibrio.

5. El descubrimiento de los mecanismos de reparación

Las circunstancias del descubrimiento de los mecanismos reparadores

Ni la teoría de la proyección ni la de la escisión alcanzaron su pleno desarrollo en 1932. La de la introyección se encontraba en esa fecha en vías de formación, en tanto que la del simbolismo estaba en gran medida implícita. La de los mecanismos de reparación, en cambio, presenta, en *El psicoanálisis de niños* (1932), la forma que habrá de conservar en lo esencial en las teorías posteriores. En este sentido es el descubrimiento más importante que hizo, en su forma definitiva, Melanie Klein entre 1927 y 1932. La primera aparición de uno de los términos que pertenecen a la serie de la reparación figura en "Estadios tempranos del conflicto edípico" (1926c, 1928a), donde desde el principio se encuentra incluido en un modelo relacional típico de los mecanismos reparadores: equiparación entre el cuerpo materno y el cuerpo propio, acción real sobre aquel de los términos equiparados que es materialmente accesible (en este caso el propio cuerpo real) con el fin de tranquilizarse en cuanto al estado del cuerpo fantaseado (objeto interno).

La niña que, durante su desarrollo, ha dirigido ataques imaginarios contra el cuerpo de su madre y sus contenidos, teme la destrucción del interior de su propio cuerpo. De ahí proviene la preocupación femenina por la apariencia física: "En el fondo del impulso a embellecerse y adornarse existe siempre la idea de *reparar* la belleza dañada [*Selbstwiederherstellung*], y esto se origina en la ansiedad y el sentimiento de culpa" (1926c, 1928a: 201). Ya a comienzos de 1927 Melanie Klein había descrito una conducta infantil relacionada con la reparación, aunque sin utilizar este término: al referirse a los juegos en los que se devora al padre o a la madre, señaló que estos son seguidos invariablemente por conductas reactivas: "…el niño trata ahora de hacer el bien y de arreglar lo que ha hecho" (1927c: 183). Ese texto se ocupa sin duda de la reparación del objeto atacado, pero sin mencionar el término ni la estructura relacional típica. En el texto de septiembre (1928a), el término y la estructura relacional se encuentran presentes, pero no se acierta del todo en cuanto al punto de aplicación. No se trata aún de reparación del objeto dañado, sino de restauración de sí mismo. Habrá que esperar hasta 1929 para hallar asociados la palabra y todos los aspectos del concepto.

El artículo titulado "Las situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador" (1929b) es un texto que mueve al asombro. Fue escrito en unas semanas, especialmente para la ocasión. Leído el 15 de mayo de 1929 en una reunión de la Sociedad Británica de Psicoanálisis, reproduce casi íntegramente y comenta dos artículos publicados en un diario berlinés, el *Berliner Tageblatt*, los días 11 y 23 de marzo del mismo año. Conocido por el hecho de que en él se introduce la noción de reparación, no dedica a este concepto más allá de cinco líneas en forma explícita. Primer escrito de Melanie Klein dedicado al arte, se refiere a dos obras que ella no conocía directamente. La primera es *El niño y los sortilegios*, ópera lírica de Maurice Ravel: Melanie Klein cita el libreto, debido a Colette, basándose en la crítica publicada por el

diario berlinés de una representación llevada a cabo en la Ópera de Viena. La segunda es la obra pictórica de Ruth Kjär, a la que Karen Michaelis, publicista y polígrafa muy conocida en esa época, había dedicado su crónica hebdomadaria del 23 de marzo, pero que, en apariencia, jamás expuso sus cuadros y no adquirió notoriedad en los medios competentes, a tal punto que ninguno de los especialistas consultados por nosotros pudo proporcionarnos la menor información sobre esta artista. Por lo tanto es lícito suponer que Melanie Klein no vio jamás las telas objeto de su comentario. Por último, el texto en alemán, publicado dos años después que la versión inglesa, presenta con esta diferencias no desdeñables, lo que constituye un caso poco frecuente, si se exceptúa *El psicoanálisis de niños* (1932).

El plan de este artículo, como se sabe, consiste en citar en forma extensa y luego comentar desde el punto de vista psicoanalítico el texto de la crítica de *El niño y los sortilegios,* en primer término, y a continuación el artículo de Karen Michaelis. Una breve síntesis del argumento de Colette sería la siguiente: un niño perezoso se niega a hacer sus tareas, la madre lo pone a pan seco y el niño causa un gran desorden en la habitación en que se encuentra. Los objetos y los animales que ha deteriorado o herido se rebelan y lo expulsan al jardín, donde los animales lo hostilizan. Todo termina bien porque el niño auxilia a una ardilla herida, con lo que consigue conmover a los demás animales. El artículo de Karen Michaelis, por su parte, relata la historia de una joven que se sintió impulsada a pintar porque no podía soportar la visión del espacio vacío dejado en la pared de su vivienda al ser retirado un cuadro: pensaba que ese vacío coincidía con el que experimentaba dentro de sí, y que logró colmar pintando una media docena de telas que la autora del artículo califica de obras maestras. En ambos casos la interpretación de Melanie Klein relaciona los espacios considerados –la habitación y más tarde el jardín en la ópera de Ravel, la vivienda de Ruth Kjär– con el cuerpo de la madre atacado en las fantasías: "Vemos los incidentes que tuvieron lugar dentro de la habitación reproducidos ahora en mayor escala en un espacio más amplio y con mayor número. El mundo, transformado en el cuerpo de la madre, enfrenta hostilmente al niño y lo persigue" (1929b: 220). En lo que respecta al relato de Karen Michaelis, el lugar que quedó vacío al retirarse el cuadro remite al espacio vacío que había dentro de Ruth (1929b: 222). Este espacio vacío corresponde a "…la sensación de que a su cuerpo le faltaba algo" (1929b: 222), sentimiento en el que también se manifiesta "la angustia de que la madre a su vez le robe a ella de sus propios contenidos (especialmente de hijos) y de que su cuerpo sea destruido y mutilado" (1929b: 222). Cuando Ruth Kjär pinta el retrato de su madre, *repara* los daños causados a esta por sus ataques fantaseados: "…el deseo de reparar, de arreglar el daño psicológicamente hecho a la madre [con el propósito de adelantarse a las represalias que podría acarrear su agresión], y también restaurarse a sí misma, estaban en el fondo del impulso a pintar estos retratos de sus parientes" (1929b: 223). Al reparar simbólicamente a su madre y a su hermana podríamos agregar, repara la imago materna como objeto interno y, al hacerlo, se repara a sí misma. En esta

forma interpretamos la dimensión narcisista que implican los cuidados de belleza de la mujer como restauración de sí misma (1928a: 201) y también el tono, igualmente muy narcisista, de la descripción sin duda muy idealizada que hace Karen Michaelis de su amiga Ruth Kjär. Lo que está presente desde que se comienza a emplear el concepto de reparación es el juego de equivalencias entre el cuerpo-vientre de la madre, que proporciona el modelo continente/contenidos (vientre/objetos parciales, contenidos del vientre: heces, hijos, pene del padre, etc.), y el mundo, por una parte, y el propio cuerpo, por la otra. Es gracias a la interacción de estas equivalencias simbólicas como podrá desplegarse el mecanismo de reparación.

Pero este juego de correspondencias entre el cuerpo fantaseado de la madre y sus equivalentes puede servir de base a muchas conductas defensivas: proyección, descomposición, etc. Tenemos derecho a preguntarnos cómo se pasa del temor a las represalias del objeto a la reconciliación implícita en la noción de mecanismo de reparación. ¿Qué es lo que hace que el niño siga el camino de la reparación y no el de la repetición indefinida de los ataques sádicos? Este es el interrogante que subsiste después del texto sobre "Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador" (1929b). Algunos meses más tarde surge un principio de respuesta, pero según una modalidad que no es la de la teoría de alcance general (1930a). En el caso de Dick –caso a la vez ejemplar y eminentemente singular–, Melanie Klein relaciona con claridad los mecanismos de restitución (*Zurückgebung*) con las pulsiones genitales y los vincula a la identificación con el objeto basada en la empatía (*Einfühlung*). Al hacerlo se anticipa a su teoría posterior, pero las particularidades del caso de Dick impiden extender lo observado a todos los niños. Lo que en 1932 habrá de considerarse como la condición de un desarrollo favorable, da origen en este caso a una pseudodebilidad mental de naturaleza psicótica, como consecuencia del carácter prematuro de la aparición simultánea en el niño de los mecanismos de reparación y de la identificación empática con el objeto: en Dick "…la fase genital había comenzado prematuramente" (1930a: 232). Por eso los ataques sádicos contra la madre "…desencadenasen no solo angustia, sino remordimiento, lástima y la sensación de que tenía que reparar" (1930a: 232). Capaz demasiado pronto de experimentar sentimientos de esta índole, el niño se hallaba aún demasiado inmerso en la fase sádica como para poder responder a ellos en forma apropiada, es decir, por medio de las fantasías de reparación activa y constructiva, que incluyen una parte de acción real: "Esta temprana identificación con el objeto no podía ser aún relacionada con la realidad" (1930a: 232).

Dick era aún incapaz de gobernar su empatía dirigiéndola tanto a los objetos materiales como a las personas. Esta selección que permite la descomposición todavía no estaba a su alcance. No podía aún empeñarse en verdaderas conductas reparadoras. Solo podía prohibirse toda aproximación a su madre, sea en el plano del sadismo, de las pulsiones libidinales o de la pulsión de saber. Esta inhibición radical es lo que causó el repliegue psicótico de Dick: "Simultáneamente a su incapacidad para tolerar la angustia,

su prematura empatía había sido un factor decisivo en la represión de sus impulsos destructivos. Dick había roto sus lazos con la realidad y había detenido su vida de fantasía" (1930a: 232). En otro ejemplo clínico de 1931, el de John, además de evocarse esta equivalencia y esta interacción entre el cuerpo de la madre, el cuerpo propio y el mundo, que proporcionan el marco de las fantasías reparadoras, se nos presenta una idea nueva. El mecanismo de reparación es vinculado, al menos en razón de su contemporaneidad, con una posibilidad de elección entre los objetos buenos y malos que anuncia la futura teoría de la escisión del objeto. Gracias a una disminución, resultante del análisis, de su angustia frente al superyó, John adquirió la capacidad de restaurar simbólicamente el cuerpo de la madre y el suyo propio ordenando su cajón (se trataba de un cajón asignado al niño, cuya llave poseía, y en el que ordenaba, en el intervalo entre las sesiones, los juguetes que empleaba en estas). Al hacerlo, "…estaba arreglando su propio cuerpo y separando sus posesiones de las cosas que había robado del cuerpo de la madre, tanto como separando heces malas de heces buenas, y objetos malos de buenos (1931: 248). Estos dos artículos presentan, con base en dos casos individuales, lo esencial de los temas que fueron desarrollados en *El psicoanálisis de niños* (1932) y que expondremos a continuación.

Los mecanismos de reparación se basan en las pulsiones genitales

Esta tesis se acompaña del corolario siguiente: lo que libera los mecanismos reparadores es la disminución del sadismo. Pero, puesto que el sadismo disminuye a partir de la frontera entre la primera y la segunda etapa anal, la atenuación de su influencia se produce en este período, y por lo tanto los mecanismos de reparación, que alcanzan su apogeo en la etapa genital, aparecen ya en la segunda etapa anal, de la que son, en realidad, característicos. Tales son los puntos principales de la teoría pulsional de la reparación. Es necesario reconocer que si bien los principios generales de esta teoría son claros y lógicos, sus detalles son a veces complejos, por no decir embrollados. Los principales aspectos a puntualizar son los siguientes:

- A pesar de las apariencias, los mecanismos de reparación obedecen a un determinante único. El surgimiento de las pulsiones genitales y la disminución del sadismo no son procesos independientes. Por el contrario, hay entre ellos una estrecha solidaridad, siendo el uno correlativo del otro. Sabemos que para Melanie Klein las pulsiones genitales están presentes desde el sexto mes de vida y que determinan el comienzo del complejo de Edipo arcaico. Pero durante todo el transcurso del período de apogeo del sadismo están encubiertas por las pulsiones agresivas, las cuales deforman las manifestaciones edípicas y vuelven imposible toda reparación o llevan a esta a un desenlace catastrófico para la propia persona, cuando, como en el caso de Dick, pulsiones genitales precoces imponen prematuramente la preocupación por el objeto.
- Más difícil de admitir es el hecho de que los mecanismos reparadores, siendo característicos de la segunda etapa anal, sean genitales en su esencia. Desde el punto de vista lógico, por cierto, las cosas son claras: puesto que las pulsiones genitales se encuentran presentes desde los comienzos del Edipo arcaico –y por lo tanto desde el destete–; puesto que las etapas libidinales, según Melanie Klein, se superponen y se interpenetran ampliamente, es natural que haya manifestaciones genitales desde la edad del destete. También es comprensible que las manifestaciones reparadoras no puedan tener lugar durante el apogeo del sadismo y que, por ello, manifestaciones que son genitales en lo que respecta a su base pulsional aparezcan de modo sistemático y característico al comienzo de la segunda etapa anal. Pero esto no impide que se plantee la cuestión de las relaciones entre la reparación y los mecanismos propios de la segunda etapa anal, en especial la formación reactiva. Es este un punto delicado que deberemos volver a considerar con mayor extensión.

Lo que activa los mecanismos de reparación
no es la angustia sino la culpabilidad

Esta tesis solo resulta comprensible si se puntualiza que al formular su teoría de los mecanismos reparadores, Melanie Klein transformó profundamente su teoría de la angustia. Desde entonces el sentimiento de culpabilidad fue claramente distinguido de la angustia y se lo consideró una elaboración tardía de esta. La noción de culpabilidad quedó limitada a formas que parecen excluir el temor a la retaliación, pero que implican en cambio la identificación con el objeto atacado por el propio sadismo. Así, curiosamente, las nociones de sentimiento de culpabilidad y de superyó se encuentran separadas en la teoría kleiniana, como lo seguirán estando en adelante. Asistimos pues a un verdadero desencuentro entre ambas nociones. Desde 1923 Melanie Klein consideraba que la angustia que se manifiesta en los accesos de terror nocturno era el resultado de la culpabilidad edípica. En 1926 se basaba en la existencia de una culpabilidad experimentada muy precozmente para afirmar la existencia del Edipo arcaico. En la época que estamos considerando, al limitar la extensión del concepto de sentimiento de culpabilidad, lo describe como más tardío. Pero el superyó inicial sigue siendo ubicado en la etapa edípica arcaica. Entre 1932 y 1934 Melanie Klein admitió que ese superyó provocaba una angustia que no era aún sentimiento de culpabilidad sino simplemente temor a la retaliación.

El precursor más lejano de esta distinción fundamental, destinada a convertirse y a seguir siendo uno de los elementos centrales de las concepciones kleinianas, figura en el texto de 1927 (1927b). En él, Melanie Klein distinguió dos tipos principales de manifestaciones del sentimiento de culpabilidad en la clínica infantil: este sentimiento podía o bien expresarse directamente "…por angustia o en representaciones que implican sobrecompensación, que son la expresión de formaciones activas" (1927b: 156). En 1932, cuando introdujo explícitamente esta distinción entre angustia y sentimiento de culpabilidad, remitió a su texto de 1929 (1929b), en el que, sin embargo, tal distinción solo aparece de manera implícita. La primera afirmación verdadera de esta tesis figura en *El psicoanálisis de niños* (1932): "El yo débil del niño no puede estar en buenas relaciones con un superyó amenazador y salvaje, y no es sino hasta que se ha alcanzado un estadio algo más avanzado que su ansiedad también es sentida como sentimiento de culpa y pone en movimiento los mecanismos obsesivos" (1932: 183).

¿En qué consiste la distinción? La angustia es puramente egocéntrica y se la podría denominar narcisista si este término formara parte del vocabulario kleiniano, mientras que el sentimiento de culpabilidad se acompaña de preocupación por el objeto. Sin embargo es necesario reconocer que los textos de 1932, si bien no dejan ninguna duda sobre la presencia de esta idea en la teoría kleiniana de esa época, no proporcionan una formulación clara, completa y detallada. Por cierto, la idea de un vínculo entre la distinción que opone la angustia al sentimiento de culpabilidad por una parte, y la oposición entre el sadismo y la preocupación por el objeto por la otra, era percibida ya en

esta época como típicamente kleiniana. Edward Glover (Glover, 1933: 119-129) la calificó de ese modo en su recensión de *El psicoanálisis de niños* (1932). Pero la relación no fue establecida en forma expresa por Melanie Klein, quien desarrolló dos series de consideraciones paralelas y relativamente independientes. Por un lado destacó la idea de que la angustia presenta dos formas sucesivas y distintas. Pero el contexto y la intención con que lo hizo no dejan de sorprender e incluso de desilusionar a quien espere verla anticipar su concepción futura de la angustia depresiva. Ocupada en la tarea de hacer admitir su teoría de un superyó primitivo feroz e implacable, trataba de demostrar el carácter tardío y relativamente superficial, o en todo caso muy atenuado, de las situaciones ansiógenas clásicamente reconocidas por el psicoanálisis de acuerdo con los postulados de Freud (Freud, 1926: 129-130) y, en particular, la angustia relacionada con la pérdida del objeto.

La distinción entre ambos tipos de angustia aparece así en medio de una argumentación que limita singularmente su alcance. En efecto, la tesis central del pasaje es la siguiente: sin duda el temor a perder el objeto amado existe en el niño pequeño, pero es precedido por el temor a sufrir la retaliación, y hay situaciones ansiógenas más arcaicas que las descritas por Freud. Este texto no fue escrito para atraer la atención sobre la originalidad de las formas evolucionadas y tardías de la angustia, sino, por el contrario, para relativizar su alcance. Subsiste el hecho de que, en ese contexto, inadecuado en buena retórica para introducir una idea semejante, Melanie Klein se ve inducida a definir la preocupación por el objeto, si no como la manifestación típica de la angustia tardía, al menos como una de sus manifestaciones:

> Estar solo, sin la persona amada o deseada, experimentar una pérdida de amor o una pérdida de objeto como peligro, tener miedo de estar en la oscuridad solo o con una persona desconocida, son según mi experiencia formas modificadas de las tempranas situaciones de ansiedad, es decir, del temor de los niños pequeños a los peligrosos objetos internalizados o externos. En un estadio más tardío del desarrollo se agrega a este miedo del objeto el miedo por el objeto, y el niño teme entonces que su madre muera como consecuencia de sus ataques imaginarios contra ella y quedar abandonado y desamparado (1932: 191-192).

Pero si el niño experimenta la necesidad de la presencia de su madre, piensa Melanie Klein, ello ocurre en el marco de la búsqueda de un medio para calmar los temores más arcaicos: para tener la prueba de que la madre verdadera es benévola y no se confunde con la madre terrible de las fantasías.

En suma esta idea, fundamental a nuestro juicio, de la existencia de dos formas de angustia –una egocéntrica y la otra altruista–, idea característicamente kleiniana, interesa tan poco a Melanie Klein en ese momento que solo la introduce por accidente en un pasaje cuyo interrogante principal no es: ¿cuáles son las formas más elaboradas de la angustia?, sino: la angustia por la pérdida del objeto, ¿no se basa en una angustia más profunda? Es necesario señalar además que en todo el pasaje no se menciona ni una sola vez el sentimiento de culpabilidad. Por lo demás, este término solo figura una vez, tomado en su sentido más amplio ("…la presencia y amor de sus objetos reales le

ayudan también a disminuir el miedo a sus objetos introyectados y sus sentimientos de culpa" [1932: 191]) en las primeras páginas del capítulo consagrado a "Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador" (1929b). Se observará igualmente que no hay referencias a los mecanismos de defensa en general ni, en particular, a los de reparación.

En cambio, la distinción explícita entre la angustia y el sentimiento de culpabilidad es abordada en relación directa con el estudio de las tendencias reparadoras. Ambos afectos se diferencian claramente, sobre todo porque el niño, en el curso de su desarrollo, se acerca a la fase genital: "Una precondición para el desarrollo de las tendencias restitutivas y de sublimaciones es que la presión ejercida por el superyó debe ser mitigada y sentida por el yo como sentimiento de culpa" (1932: 167-168). Esta transformación requiere pues el concurso de dos modificaciones simultáneas: una es cuantitativa y corresponde a la disminución rápida del sadismo durante la segunda etapa anal; la otra es cualitativa, y no se nos dice más de ella. Melanie Klein se limita a estudiar los aspectos económicos del fenómeno, perceptibles sobre todo en las variaciones de la presión del superyó que acompañan a la adquisición del sentimiento de culpabilidad propiamente dicho y que pueden provocar regresiones: "Los cambios cualitativos que comienza a sufrir el superyó como resultado de la fuerza creciente de los impulsos genitales del individuo y de las relaciones de objeto, motivan que se conduzca de un modo diferente con el yo, de modo que surgen en él verdaderos sentimientos de culpa. Pero si estos sentimientos se hacen demasiado abrumadores afectarán otra vez al yo, principalmente como ansiedad" (1932: 168). Una vez cumplida esta regresión, el yo vuelve a sus mecanismos de defensa anteriores, que tienen el sentido de un ataque contra el objeto, y sobre todo a la eyección-proyección del superyó.

¿Pero cuál es el aspecto propiamente cualitativo del fenómeno?

Cuando se propone distinguir la angustia del sentimiento de culpabilidad, Melanie Klein cita el artículo de Ernest Jones sobre "Fear, Guilt and Hate" (Temor, culpa y odio) (Jones, 1929). Este texto diferencia, efectivamente, el temor de la culpabilidad, y distingue además entre dos formas de cada uno de estos afectos. Jones fundamenta la distinción general entre el temor y la culpabilidad en consideraciones filogenéticas y ontogenéticas. Pero es la experiencia psicoanalítica lo que permite afinar la descripción: si bien es verdad que en la clínica de las neurosis toda angustia consciente encubre por lo común un sentimiento de culpabilidad inconsciente, es necesario abstenerse de generalizar esta relación: "…la culpabilidad surge de un estado de temor más antiguo aún" (Jones, 1929: 445). Melanie Klein retomó esta idea en 1932. Pero en su artículo Jones se refiere a su vez a las concepciones kleinianas. Manifiesta su interés por la teoría de "…la génesis del superyó en la etapa sádica y no en la etapa fálica" (Jones, 1929: 449).

Desde esta perspectiva, se interroga sobre la primera forma del sentimiento de culpabilidad. Este se encuentra asociado, afirma, a la angustia primaria de la

insatisfacción libidinal, antes de que se establezca la relación de objeto. Esta primera culpabilidad tendría el efecto de inhibir la pulsión y permitiría así evitar el dolor incipiente de la ausencia de satisfacción. Jones se sitúa de este modo en el marco de la segunda teoría freudiana de la angustia, a la que Melanie Klein nunca se adhirió, puesto que había descubierto, antes de que Freud publicara *Inhibición, síntoma y angustia* (1926), que la angustia es ante todo angustia de la retaliación y que proviene del propio sadismo. Pero el mismo Jones observa que en lo que respecta a esta primera forma de inhibición pulsional, "…no es del todo exacto hablar de culpabilidad en el sentido cabal del término: se requiere una expresión particular, como, por ejemplo, la etapa de la culpabilidad precruel [*prenefarious*]. Esto se asemeja a los procesos de inhibición y de renunciación, y la fórmula sería el imperativo categórico: 'no debo, porque es insoportable'. Hay pues aquí una tentativa por evitar la angustia primaria" (Jones, 1929: 449). Por su parte, la segunda forma del sentimiento de culpabilidad aparece con la relación de objeto:

> En este caso el sadismo combinado con la cólera proveniente de la frustración se abre paso, el amor que se profesa a la otra persona entra en conflicto con el temor al castigo que es su consecuencia (castración y desaparición de la persona amada); la segunda etapa, la de una culpabilidad plenamente desarrollada, se constituye. La fórmula es entonces: "no debería, porque está mal y es peligroso" (Jones, 1929: 449).

Desde esta perspectiva, y sea cual fuere el aspecto inaceptable desde el punto de vista kleiniano, y por lo demás un poco extraño, de la noción de una culpabilidad a la vez precruel y preobjetal, la distinción de Jones tiene el mérito de esclarecer la discusión relacional y el alto grado de elaboración de la segunda forma del sentimiento de culpabilidad: "Me parece muy improbable –afirma por lo tanto– que la culpabilidad aparezca alguna vez en relación con un objeto que solo es odiado: la ambivalencia es una condición esencial de la culpabilidad" (Jones, 1929: 449). Sin duda es esta idea lo que motivó el interés de Melanie Klein por las reflexiones de Jones, de las que retuvo dos tesis: el temor es más antiguo que la verdadera culpabilidad; la culpabilidad propiamente dicha supone el amor y no solo el odio.

Ya en 1929, el artículo en el que se expone el caso de Dick (1930a) nos proporciona la primera descripción en la obra kleiniana de una culpabilidad diferente de la angustia: "En este punto apareció en primer plano lo ya mencionado –y que había sido un factor determinante en el desarrollo de Dick–: que la fase genital había comenzado prematuramente. Esto se reveló con claridad en el hecho de que representaciones [ataques sádicos] del tipo de la que acabo de citar desencadenasen no solo angustia, sino remordimiento, lástima y la sensación de que tenía que reparar" (1930a: 232). Resulta claro que este texto sale al encuentro de la segunda sugerencia de Jones: la culpabilidad no es posible sin la presencia del amor. También resulta claro que el sentimiento de culpabilidad, tal como se lo describe, se halla indisolublemente vinculado, por una parte, a la necesidad de una acción reparadora, y por la otra, a sentimientos que implican cierta identificación con el objeto: asociadas a estas manifestaciones prematuras pero auténticas del sentimiento de culpabilidad hallamos: "la temprana identificación con el objeto" o una

"prematura *empatía*" (1930a: 232). En este sentido, la verdadera culpabilidad sirve al mismo propósito que la piedad, que aparece como un poderoso móvil de la iniciación de los mecanismos reparadores. Pero esta conexión no deja de plantear un problema, ya que en la teoría psicoanalítica clásica, a la piedad no se la relaciona por lo común con el nivel genital sino con el de las formaciones reactivas de la segunda etapa anal. Ahora bien, este es precisamente el punto que cuestiona Melanie Klein.

Los mecanismos de reparación forman parte del grupo de las formaciones reactivas

Los principios generales de la teoría kleiniana llevan necesariamente por su misma índole a una revaluación de los mecanismos reactivos. En la concepción freudiana clásica, en la que el sadismo no es nunca totalmente primario, resulta posible distinguir entre los movimientos propiamente libidinales y los movimientos esencialmente reactivos que provienen de una intención de defensa contra la agresividad, defensa que opera en la mayor parte de los casos sobre la base del procedimiento económico de la contracarga. Se puede así distinguir el amor o la benevolencia espontáneos, expresión directa de la pulsión, del amor que a menudo se describe como *forzado* (*zwanghaft,* que se suele traducir con un término demasiado cargado de connotaciones psicopatológicas: *compulsivo*), el cual es la *sobrecompensación* de un odio inconsciente reprimido. Pero en la lógica de la concepción kleiniana, la libido sola, no infiltrada por el sadismo, solo se encuentra durante el período preambivalente de la etapa oral de succión y es en esencia anobjetal. Toda relación de objeto, sea cual fuere, es sádica y ansiógena antes de ser libidinizada en un segundo momento. Pero si es verdad que Eros viene siempre después de Tánatos y no puede sino seguir sus huellas, toda manifestación de libido y de amor adoptará necesariamente una forma reactiva: no corresponderá distinguir en la teoría entre manifestaciones pulsionales libidinales y formaciones reactivas. Por lo tanto, aunque los mecanismos reparadores ocupan un lugar privilegiado en la serie de las manifestaciones reactivas, es indiscutible que están comprendidos en ella: existe una serie continua de intermediarios entre las actitudes reparadoras más eficaces y más normales y las formaciones reactivas más neuróticas. Como los mecanismos reparadores propiamente dichos, las formaciones reactivas aparecen al comienzo de la *segunda* etapa anal, "…cuando se han desarrollado sus relaciones con sus objetos. Sin embargo […] la aprobación de sus objetos es también una garantía de seguridad y salvaguardia contra la destrucción desde afuera y desde adentro, y su restauración es una condición necesaria de la integridad de su propio cuerpo" (1932: 179). En síntesis, así como la libido tomaba antes los caminos allanados por el sadismo cuando se trataba de cargar los objetos y el mundo exterior, sigue ahora los caminos que recorrieron las tendencias sádicas y sus metamorfosis en temor a las represalias, caminos que traza el sistema de las equivalencias simbólicas entre el cuerpo de la madre, el mundo exterior, el mundo interior y el cuerpo propio. Para proveer a la seguridad de mi cuerpo y de mi mundo exterior, puedo reparar la imago interiorizada de la madre. Y para lograrlo puedo, basándome en el simbolismo, ofrecer dibujos o recortes a la madre real que corresponde a esa imago en el mundo exterior.

En los detalles del contenido de las fantasías de reparación y de las formaciones reactivas reaparece exactamente la misma contracarga libidinal de lo que anteriormente había sido investido de un modo sádico. Así como el superyó genital retribuye cada mordisco con otro mordisco y cada detalle del castigo que se teme recibir del objeto

interiorizado significa volver contra la propia persona las fantasías sádicas primitivas, también las formaciones reactivas y las fantasías reparadoras retoman cada uno de los detalles de esas fantasías de ataques y tratan de *sobrecompensarlas*, según un término que no pertenece a Melanie Klein pero que tanto ella como Freud emplearon con frecuencia: "Los análisis tempranos dan una prueba completa del hecho de que los mecanismos restitutivos se basan, últimamente, en este principio de similitud (o contraste), en todos los puntos, tanto en grado como en naturaleza" (1932: 179).

Es evidente que entre la gama de las formaciones reactivas, la piedad ocupa un lugar aparte y es muy semejante a los mecanismos reparadores propiamente dichos. Ya en 1929 la elección que hizo Melanie Klein del argumento de *El niño y los sortilegios* como tema para su comentario fue motivada por el vínculo que establece Colette entre la conducta caritativa del joven héroe con respecto a la ardilla herida (símbolo, nos dice Melanie Klein, del pene en el cuerpo de la madre) y el cambio instantáneo de la actitud de los animales hasta entonces amenazantes y que, emocionados, se retiraron haciendo elogios del niño. La versión alemana, publicada en 1931, especifica el momento en que surge la piedad, como también su significado:

> En el desarrollo ontogenético el sadismo es superado cuando el sujeto avanza en el nivel genital. Cuanto más poderosamente se instaura esta fase, más capaz se vuelve el niño de amor objetal y de vencer su sadismo por medio de compasión y simpatía. Este paso del desarrollo se muestra también en el libreto de Ravel: cuando el niño siente piedad de la ardilla herida, y va en su ayuda, el mundo hostil se torna amistoso. El niño ha aprendido a amar y cree en el amor (1929b: 220).

Mientras que el ejemplo de Ruth Kjär ilustra una forma impulsiva de la reparación, en la que el elemento narcisista se encuentra muy presente, por lo menos en apariencia, el ejemplo de *El niño y los sortilegios* proporciona la ilustración de una piedad espontánea que no corresponde, en un primer momento, a ninguna necesidad del niño y que se basa únicamente en la identificación empática con el animal herido. Los textos teóricos de *El psicoanálisis de niños* (1932) retomarán este tema y acordarán a la piedad un lugar muy próximo a los mecanismos reparadores, de los que muy a menudo parece ser el estimulante específico. Debemos señalar en especial que los textos de 1932 tienden a considerar que las bases pulsionales de la piedad son genitales y no ya solamente anales tardías:

> A medida que el individuo avanza hacia su estadio genital y sus imagos introyectadas se hacen más amistosas, su superyó cambia en su modo de comportarse y el proceso de vencer la ansiedad se hace crecientemente exitoso. Cuando las hasta aquí abrumadoras amenazas del superyó se amortiguan en retos y reproches, el yo puede encontrar apoyo contra ellas en sus relaciones positivas. Puede ahora emplear mecanismos restitutivos y formaciones reactivas de lástima frente a sus objetos para aplacar su superyó (1932: 167).

Un texto semejante parece imponer la idea de que la "formación reactiva de la piedad", lejos de ser de índole anal, "se convierte en el medio de aplacar al superyó" en la medida exacta en que "nos acercamos más […] a la fase genital". Este texto la relaciona estrechamente con la actitud de apoyarse en objetos reales benévolos,

encarnaciones de un superyó tolerante, actitud que se describe por otra parte como una de las condiciones de la entrada exitosa en el período de latencia y cuya intervención pertenece pues necesariamente a la fase genital infantil. Son muchos los indicios que apuntan en esta dirección: mencionaremos solo la relación estrecha entre, por una parte, la piedad y la identificación, a través de la noción de empatía, y, por la otra, la identificación y las tendencias genitales.

Debemos destacar que Melanie Klein, quien, en la mayor parte de los casos, utiliza el término identificación en sentido material (en el sentido de una identificación determinada con algún objeto, parcial o total), solo lo emplea en sentido formal para afirmar el vínculo de la identificación en general con la fase genital, como si para ella se tratara entonces de un mecanismo diferente de la incorporación-introyección sádica oral. El texto sobre la importancia de la formación de símbolos (1930a) puntualiza que esta identificación es empatía (*Einfühlung*), término cargado de connotaciones extremadamente positivas en la tradición cultural alemana y que a veces ha sido comentado comparando el movimiento hacia el otro que él designa con la simpatía, cuyo sentido etimológico por lo demás es el mismo que el del término alemán para piedad (*mit-leiden*, sufrir con). Este movimiento es, en el sentido kleiniano, proyectivo y no introyectivo. La identificación con el objeto atacado es así un mecanismo sin relación con la introyección del objeto atacado y de significación inversa.

En un nivel genético arcaico, la introyección instala en el interior un objeto parcial peligroso que es necesario eyectar al mundo exterior y cuyos retornos ofensivos es necesario vigilar, vigilancia de la que deriva, en la primera etapa anal, el sentido de la realidad; en cambio, la identificación con el objeto atacado o dañado es por naturaleza más tardía y se halla vinculada con las pulsiones genitales. Cuando este mecanismo tardío entra en acción prematuramente (caso de Dick), la causa es la actividad demasiado precoz de las pulsiones genitales y su efecto no es comparable con el de la introyección del objeto malo atacado: no lleva a la eyección destructiva del objeto sino a la ruptura del movimiento proyectivo, y por consiguiente del vínculo con la realidad, en el deseo de proteger al objeto. Estamos pues en presencia de un mecanismo de defensa que en 1932 se distingue de la introyección, que puede ser proyectivo, si no lo es siempre, y cuya base pulsional es indiscutiblemente genital. Así, la formación reactiva de la piedad es utilizada sobre todo cuando el sujeto se aproxima a la etapa genital, y el mecanismo de identificación en que se basa es una identificación con el objeto dañado, mecanismo precursor, en el sistema de 1932, de la futura introyección del objeto bueno de la posición depresiva, y vinculado a la etapa genital. Nada permite distinguir la piedad de los mecanismos reparadores, tanto en lo que se refiere a la fuente pulsional como en lo que se refiere al tipo de relación de objeto.

Pero las otras formaciones reactivas –la repugnancia, el orden, la limpieza– es menos frecuente que estén asociadas a la piedad y a los mecanismos de reparación. Sin embargo, mientras que una de las formaciones reactivas, la piedad, tiende a unirse

estrechamente con la reparación, uno de los mecanismos de esta serie tiende a separarse de los demás y a mantener relaciones más estrechas con las formaciones reactivas. Parece así depender más de la segunda etapa anal que de la etapa genital infantil. Se trata del mecanismo de restitución, a menudo considerado como equivalente a la reparación o a la restauración, a tal punto que los traductores ingleses en primer término, y más tarde los franceses, han vertido indistintamente términos que a nuestro juicio se corresponden de este modo: la *Wiedergutmachung* (*reparation* en inglés) es la reparación; la *Wiederherstellung* (*restoration* en inglés) es la restauración, y la *Wiedergebung* (*restitution* en inglés) es la restitución. Ocurre a veces, es verdad, que estos términos se empleen como equivalentes.[14] Pero puede señalarse en Melanie Klein una clara tendencia a preferir el empleo del término *restitución* en el caso de conductas inspiradas por el temor al objeto amenazador, sea interno o externo.

En este sentido, las bases pulsionales de la restitución son por lo común anales, más que genitales, y el mecanismo corresponde a una relación de objeto de tipo obsesivo en la que hay más semejanza entre devolver y tomar que la que hay entre reparar y destruir:

> En el análisis de juego, el tomar dar compulsivo encuentra expresiones muy diversas. Tiene lugar junto con la ansiedad y culpa como una reacción a las representaciones de actos de robo y destrucción. […] Como consecuencia de la ansiedad que surge, poner de nuevo lo que simbólicamente ha tomado del cuerpo de su madre, a menudo no satisface su compulsión de dar o, más bien, de restaurar [*wiedergeben*]. Se ve constantemente impulsado de diversos modos para devolver más de lo que ha tomado, y, sin embargo, al hacerlo sus tendencias sádicas primarias irrumpen de continuo en sus tendencias reactivas (1932: 180-181).

La restitución, más infiltrada por el sadismo y por la angustia que la reparación propiamente dicha, es así intermediaria entre los mecanismos psicóticos y los mecanismos neurótico-normales. El yo que restituye lucha aún contra una angustia de tipo arcaico, pero lo hace empleando un medio más sutil que la proyección por medio de la eyección, y que no será utilizado plenamente sino en el nivel genital, en la lucha contra los sentimientos de culpabilidad: "Los análisis de adultos me han demostrado también que el deseo de tener una suma de dinero contante para cualquier contingencia, es un deseo de estar armado contra un ataque por parte de la madre a la que ellos han robado, una madre que con relativa frecuencia hacía mucho que había muerto" (1932: 181).

Puesto que el aspecto estrictamente reactivo prevalece con mucho sobre el movimiento libidinal primario hacia el objeto, la restitución se halla mucho más expuesta al fracaso que los otros mecanismos reparadores. En efecto, compromete al sujeto que intenta restituir en una cadena interminable de actos obsesivos en que la anulación precedente es a su vez anulada por una nueva conducta de signo contrario: "…así vemos que el niño muy neurótico trabaja bajo una compulsión constante de tomar, con la finalidad de poder dar" (1932: 183). Puede fracasar más gravemente cuando el enfermo, agobiado por la imposibilidad de restituirlo todo, renuncia a la estrategia restitutiva y regresa a defensas más arcaicas. Tal era el caso de John:

> Cuando aumentaba su miedo por no poder producir la correcta cantidad de heces o no ser capaz de reparar lo

> que había dañado, sus tendencias destructivas primarias irrumpían una vez más con toda su fuerza y entonces desgarraba, quemaba las cosas que había hecho cuando sus tendencias reactivas habían alcanzado el punto culminante –la caja que había pegado y llenado y que representaba a su madre, o el trozo de papel sobre el que había dibujado el plano de una ciudad– y su sed de destrucción se volvía insaciable (1932: 182).

Lo que impide el éxito de la restitución es el hecho de que en ella subsiste algo de la retaliación. Para pagar una deuda (la palabra alemana *Schuld* quiere decir a la vez deuda económica y falta moral, y sabemos el partido que los filósofos, y en especial Nietzsche [1886-1887: § 19-20], han sacado de esta polisemia) es necesario devolver y contar lo que se devuelve. Ahora bien, este camino es en sí mismo engañoso y veremos que implica, en cierta forma por su propia índole, una trampa inevitable. Pero antes de ocuparnos de ello conviene destacar el hecho de que la base pulsional de la restitución parece ser más anal que genital. La problemática del tomar y del devolver, las conductas relacionadas con el dinero en el adulto, son solo su expresión simbólica. El análisis de niños pone a menudo en evidencia de modo más directo la naturaleza anal de la restitución: "Muy a menudo los niños interrumpen sus representaciones de devolver por tener que ir al baño a defecar" (1932: 181). La restitución, por lo tanto, es relativamente distinta de la reparación. Simétricamente, la piedad no es una formación reactiva como las demás. El campo de la reparación, lo mismo que el de la formación reactiva, es muy vasto, engloba la segunda etapa anal y la etapa genital infantil, y los dos grupos de mecanismos en realidad se confunden. Pero una frontera divide este vasto dominio en dos regiones distintas, con la reparación y la piedad de un lado y la restitución y otras formaciones reactivas del otro, según un criterio simple, que consiste de hecho en distinguir las reacciones y reparaciones exitosas de las que fracasan.

Conviene distinguir una reparación omnipotente destinada al fracaso de la reparación exitosa

Sabemos que en las concepciones kleinianas definitivas la reparación omnipotente será considerada como característica de la defensa maníaca. Ahora bien, podemos comprobar que Melanie Klein, antes de elaborar la teoría de las posiciones psicóticas, poseía ya la noción de una clara distinción entre dos tipos de conductas reparadoras, distinción basada en el elemento de omnipotencia del pensamiento. En 1932 el estudio de las perturbaciones de la reparación por la ilusión de omnipotencia del pensamiento fue abordado bajo el rubro de los mecanismos obsesivos. Pero resulta curioso comprobar que fue en el momento de formular esta distinción cuando Melanie Klein introdujo por primera vez en su obra una explicación clara y detallada del temor a la retaliación, relacionándolo con la creencia infantil en la omnipotencia del pensamiento. No es que no conociera el término o la idea: los encontramos muchas veces en sus escritos del período protokleiniano, pero habían desaparecido de su vocabulario después de 1925. Retomó entonces este concepto y, citando a Freud, Ferenczi y Abraham, recurrió a la noción de narcisismo, tradicionalmente asociada con la teoría de la ilusión de omnipotencia, pero que no está muy de acuerdo con la orientación general de su pensamiento y que no volverá a ser mencionada en la obra kleiniana posterior.

En 1932 consideraba por lo tanto que la fase del desarrollo en la que ubicaba el "… conflicto de Edipo y las fantasías de masturbación sádicas que lo acompañan, es la fase del narcisismo" (1932: 184). El hecho de que haya relacionado estos términos puede sorprender, pero no deja de ser coherente en el marco de la referencia a las concepciones de Abraham, según las cuales la etapa del narcisismo y de la incorporación total del objeto corresponde a la fase libidinal de la segunda etapa oral, o etapa canibalística. En esta etapa el narcisismo impone la sobrestimación general de todos los productos del cuerpo, sobrestimación que el niño aplica por extensión a sus pensamientos (1932: 184). Como consecuencia de esta sobrestimación, el pensamiento y el acto resultan equivalentes y el niño no hace ninguna distinción entre atacar en la fantasía y atacar en la realidad. "Como resultado de esto, se siente culpable a causa de los múltiples asaltos sobre sus padres que realiza en su imaginación" (1932: 184-185).

La desgracia del obsesivo es que trata de luchar contra la omnipotencia del sadismo recurriendo a la omnipotencia reparadora. Cae así bajo la influencia de una variante tortuosa de la ley del talión. "Cuando su sentimiento de culpa pone en movimiento acciones obsesivas como defensa, emplean este sentimiento con el propósito de hacer restituciones. Pero entonces tienen que sostenerlo de manera compulsiva y exagerada porque es esencial que los actos de reparación que realizan estén basados en la omnipotencia" (1932: 185). En este juego los dados están siempre cargados, por efecto de un factor genético. El sentimiento de haber destruido es herencia de un período del desarrollo en el que el yo era incapaz de hacer la prueba de la realidad. La convicción de haber destruido el objeto permanece pues arraigada en el inconsciente, sobre todo por

cuanto ha podido escapar desde su origen a todo cuestionamiento y a todo examen crítico. Representa un núcleo de convicción absoluta al que el hecho de haberse hundido en las capas más profundas pone al abrigo de toda transformación. Las tendencias reparadoras, en cambio, aparecen al comienzo de la segunda etapa anal y son producto de un yo más desarrollado que sabe ya, según la profunda observación de Nina Searl –citada por Melanie Klein (1932: 185 *n.*)– que es más fácil romper las cosas que repararlas. Ese yo sabe ya demasiado como para abandonarse a la ilusión de su omnipotencia reparadora con la misma ceguera con que en la etapa de apogeo del sadismo había creído en su omnipotencia destructora. Es pues por esencia y no por accidente que la reparación, condenada a igualar la omnipotencia de las fantasías sádicas, se encuentra desde el comienzo destinada al fracaso: "…estas formaciones reactivas comienzan en un estadio de desarrollo del yo y de relación de objeto en el cual su conocimiento de la realidad se encuentra en un estado mucho más avanzado. Así, si bien un sentimiento de omnipotencia exagerado es una condición necesaria para hacer restitución, su creencia en la posibilidad de hacerlo así estará en desventaja desde el comienzo" (1932: 185). Como consecuencia de este desajuste inevitable, la reparación obsesiva es un proceso sin fin, susceptible de adoptar formas clínicas diversas: dudas del sujeto en cuanto a su capacidad reparadora que lo impulsan a repetir indefinidamente reparaciones más o menos mágicas, así como tentativas de negar la omnipotencia, sea cual fuere, ya que: "…toda indicación de que están usando su omnipotencia en un sentido positivo sería prueba de haberla usado en un sentido negativo (1932: 186), actitud que, en el niño, compromete las posibilidades de sublimación.

Existe además una relación cuantitativa entre el sadismo primario, la ilusión de omnipotencia y la reparación omnipotente. En algunos pacientes un sadismo primario excesivo hace que la reparación, para ser proporcional a los daños inferidos, deba ser propiamente megalomaníaca. En tales casos, la imposibilidad de reparar hace fracasar radicalmente todas las tendencias constructivas.

Pero ¿por qué algunos sujetos deben recurrir a la reparación omnipotente mientras que los demás pueden evitarlo? Melanie Klein postula, es cierto, que lo que impulsa a los neuróticos a que "…retengan o regresen a sus sentimientos de omnipotencia originarios" (1932: 185) es el exceso de culpabilidad que deriva de los ataques imaginarios contra los padres. Pero ¿cuál es en verdad el factor diferencial eficiente? ¿Por qué ciertos sujetos, cuyo sadismo es excesivo, se convierten unos en obsesivos, otros en maníacos y otros aun en psicóticos aparentemente retardados, etc.? Melanie Klein no lo dice en 1932. En esa época había sin duda reconocido la existencia de un tipo de funcionamiento omnipotente de los mecanismos de reparación, pero no había elaborado una teoría completa de la reparación omnipotente, de sus causas y sus efectos sobre el desarrollo; se hallaba aún bastante lejos de su futura teoría de la posición y luego de la defensa maníacas.

El descubrimiento de los mecanismos de reparación volvió más rígido el esquema genético kleiniano

En esta etapa de la evolución y la elaboración del pensamiento de Melanie Klein ya no se puede hablar del esquema de Abraham. Las concepciones de este autor fueron integradas en una teoría verdaderamente original, que opone una fase en que el sadismo está en su apogeo a una fase de reparación. Esta idea lleva a conferir a la frontera entre las dos etapas anales un significado psicológico y psicopatológico destacado, que a menudo es difícil de distinguir del que se atribuye a la diferenciación entre las pulsiones genitales y las pregenitales. Ya se habían manifestado signos de esta fluctuación cuando fue necesario explicar el hecho de que los mecanismos reparadores, genéticamente característicos de la segunda etapa anal, tienen sin embargo una base pulsional genital. Es exacto que la posición de Melanie Klein sobre este punto es de una coherencia lógica absoluta: pero se trata precisamente de una actitud global que supera el marco de los mecanismos reparadores; se extiende a partir de ellos al conjunto de la teoría kleiniana y se une a los resultados de la profundización de la teoría del desarrollo pulsional.

El fin del apogeo del sadismo y el comienzo de los mecanismos de reparación tienden a coincidir. Entre el amor parcial, caracterizado por la preocupación por conservar el objeto (segunda etapa anal) y el amor objetal que excluye los órganos genitales (etapa genital infantil), la diferencia importa menos que la semejanza. Por otra parte, después de que Melanie Klein hubo reconocido la frecuencia y los rasgos originales de la psicosis infantil, su interés se centró cada vez más en esta cuestión, y la frontera entre las dos etapas anales adquirió para ella un valor tanto más fundamental cuanto que sus descubrimientos demostraron que el complejo de Edipo no es algo que sobrevendrá al niño que aborda la segunda etapa anal sino algo que ya ha intervenido ampliamente. Así, la línea divisoria (*dividing line*) toma el significado de una prueba última –después de la cual la evolución se encuentra en cierto modo determinada de manera casi definitiva– de la iniciación de una segunda etapa del desarrollo que señala ya la instalación, el comienzo de una cierta latencia a través de la elaboración de un Edipo tardío apaciguado y falicizado, cuyas modalidades son determinadas por las experiencias vividas –especialmente en el plano de la fantasía– durante el período de apogeo del sadismo.

No debemos asombrarnos por lo tanto de que Melanie Klein, así como establece el estrecho parentesco entre los mecanismos reparadores y las formaciones reactivas, relacione indistintamente la represión con la etapa genital o con la segunda etapa anal. En consecuencia, escribe: "La conducta del yo con el ello, que en un estadio anterior ha sido en parte de expulsión, se transforma, en el estadio anal siguiente, en supresión, o más bien, en represión en el verdadero sentido de la palabra" (1932: 166). Melanie Klein no ve ninguna contradicción en el hecho de justificar esta afirmación citando una frase de Freud en la que se expresa que "…la represión sea un proceso que tenga relación especial con la organización genital de la libido y que el yo use otros métodos de defensa para protegerse de la libido en diferentes niveles de su organización" (Freud, 1926: 119;

citado en Klein, 1935: 166 *n*.).

Es que para ella la distinción, que conserva verbalmente, entre la segunda etapa anal y la etapa genital infantil importa mucho menos que la que hace entre la fase sádica y la fase en que la primacía del amor comienza a afirmarse. Aunque la oposición entre lo pregenital y lo genital mantiene toda su importancia, esta importancia ya no es entendida en sentido diacrónico y genético. Queremos decir con esto que no son las pulsiones genitales lo que confiere su aspecto general y su ritmo al desarrollo de las pulsiones: este papel corresponde a las pulsiones sádicas pregenitales, a causa de su irrupción brusca seguida de su considerable disminución. Las pulsiones genitales, por su parte, están presentes desde el comienzo, sin que se produzca una variación importante y brusca en su intensidad. Cualitativamente son desde el principio lo que serán en el momento del Edipo clásico, orientadas hacia el objeto, inspirando amor y benevolencia, a tal punto que su aparición prematura pudo provocar en Dick una empatía precoz, catastrófica para su desarrollo. De este modo, si se admite que la noción de reparación constituye, entre 1929 y 1932, la expresión de la inspiración más profunda de Melanie Klein, se comprende que la tendencia general de sus elaboraciones teóricas consista en acordar una atención cada vez mayor a la frontera genética entre el sadismo y la reparación, y en delimitar lo más exactamente posible los procesos que en ella se desarrollan y que permiten la superación del sadismo al tiempo que son facilitados por la disminución espontánea de este.

Los dos descubrimientos esenciales de la creadora del análisis por medio del juego son, entre 1927 y 1932, el de una fase de apogeo del sadismo, punto de fijación de la psicosis, y el de un mecanismo, la reparación, que permite superarla. Todo concurre pues a conferir al momento en que la reparación permite superar al sadismo, el valor más destacado en el desarrollo: salvo en cuanto a algunos ajustes, esta idea, claramente afirmada en *El psicoanálisis de niños* (1932), contiene ya lo esencial del descubrimiento más importante de Melanie Klein: el de la posición depresiva infantil, que hará dos años más tarde.

La descripción de la fase del apogeo del sadismo es inseparable del descubrimiento de los mecanismos de reparación. Su sucesión conflictiva se presenta como el principal acontecimiento del desarrollo infantil

Queremos decir con ello que el impulso que lleva a Melanie Klein a descubrir y a elaborar, en la línea de los análisis de Abraham, la existencia de un sadismo extremo, más o menos contemporáneo de la fase canibalística de este autor, no es independiente, como podría parecerlo, del que la lleva a descubrir los mecanismos de reparación. Señalemos en primer lugar, como hecho irrefutable, la simultaneidad de estos descubrimientos y el hecho de que ambos encuentran su primera ilustración clínica importante en el relato del caso de Dick. Pero si consideramos retrospectivamente el camino que Melanie Klein recorrió desde que en 1923 reconociera el complejo de Edipo arcaico en el análisis de Rita, comprobaremos que la empresa de profundizar sus concepciones la condujo siempre a formas cada vez más arcaicas en primer término (hasta 1929) y posteriormente cada vez más intensas del sadismo máximo en lo que respecta a sus fuentes, a sus medios y a sus objetos. Es esta misma empresa de exploración de lo más profundo, lo más antiguo, lo más extremado lo que explica el interés de la creadora de la técnica del juego por las psicosis, que la llevó a reconocer la dimensión paranoica en Erna y la dimensión autística o, como ella lo expresa, esquizofrénica, en Dick. Sin duda esta evolución de la teoría kleiniana puede atribuirse a la influencia de la experiencia clínica: con seguridad fue la frecuentación de las fantasías más arcaicas de los niños pequeños prepsicóticos lo que movilizó la atención de Melanie Klein y la obligó a dar cabida en la teoría a la descripción de aquello con que se enfrentaba en la práctica.

Entre 1929 y 1932 este verdadero impacto de la realidad clínica fue tan próximo y apremiante que Melanie Klein trató ante todo de forjar los instrumentos conceptuales que le permitieran la identificación teórica de esa clase de realidades. Ahora bien, debemos insistir en el hecho de que los conceptos a los que recurrió con este fin no los inventó en el marco de un esfuerzo por crear un aparato conceptual propio, sino que los tomó de Abraham, aunque modificándolos ampliamente para adaptarlos a las necesidades a las que debía hacer frente: ataques sádicos variados, superposición de las etapas, deformación del sentido de la noción de incorporación parcial, etc. En la descripción que hizo de la fase de apogeo del sadismo –concepto que le pertenece–, solo la pulsión de saber y la fantasía de los padres combinados pueden considerarse como nociones exclusivamente kleinianas. Es necesario, además, puntualizar que esta última fantasía se presenta más como un hecho que debe comprobarse en los argumentos imaginarios que ella organiza –un hecho, sin duda, que debe interpretarse y, en este sentido, un hecho que debe construirse– que tomó un concepto teórico que debe elaborarse.

Si nuestra hipótesis es exacta, habría que considerar que Melanie Klein, aunque fue capaz de descubrir la existencia de un conjunto de manifestaciones del sadismo extremo durante las fases arcaicas del desarrollo, se sintió confundida o bien no se mostró demasiado atenta cuando llegó el momento de formular la teoría correspondiente. Lo que

sorprende, en efecto, es que no se haya preocupado por buscar para el sadismo un motivo profundo, comparable a la codicia, la identificación proyectiva y la envidia, que manejará más tarde: ahora bien, a partir de 1927 había empleado en forma episódica los dos primeros conceptos y disponía de todos los elementos clínicos que le permitirían, en 1946, forjar el tercero. Por lo tanto, si se desentendió hasta cierto punto de llevar a cabo la conceptualización del sadismo, no es porque no tuviera los medios de hacerlo. Más aun, señalaremos que fue cuando quiso identificar un mecanismo productor de objetos internos malos que Melanie Klein se encontró por un lapso bastante considerable en un atolladero teórico, al querer atenerse a la idea de que un objeto introyectado ha sido constituido, en lo que tiene de más característico –es decir, en su maldad irreal–, por un mecanismo de tipo introyectivo.

Al hacer estas consideraciones no es nuestro propósito subestimar la firmeza y el alcance de la contribución de la creadora del psicoanálisis por medio del juego en lo que respecta a la descripción de las formas más arcaicas y más extremas del sadismo. En cambio, queremos destacar por contraste que fue precisamente en el dominio del análisis y de la caracterización de los diferentes procedimientos utilizados por el yo para superar el sadismo, o en todo caso para hacerle frente de un modo más o menos completo, que el genio de Melanie Klein se desplegó en toda su creatividad.

El descubrimiento, que data de 1929, de los mecanismos de reparación, trajo como consecuencia la elaboración de todos los procesos cuyo reconocimiento es característico del enfoque kleiniano: la escisión del objeto, la identificación (que no es descrita como una introyección) con el objeto atacado en las fantasías sádicas, el verdadero sentimiento de culpabilidad como opuesto a la simple angustia, sin contar la represión propiamente dicha y las sublimaciones. Es en torno de este polo reparador donde se reagrupan las nociones más novedosas y con más futuro de todas aquellas que Melanie Klein maneja en *El psicoanálisis de niños* (1932). Desde el comienzo constituyen un sistema, de modo que quien advierta los estrechos lazos existentes, desde 1932, entre la escisión y el sentimiento auténtico de culpabilidad no correrá jamás el riesgo de confundir esa escisión buena con el mecanismo esquizoide homónimo que describen los textos de 1946 y 1952, y no se sorprenderá de que la autora de *Envidia y gratitud* (1957) redescubra en 1957 las virtudes adaptativas de ese proceso defensivo.[15] Pero hacer una comprobación semejante equivale a decir que en 1932 Melanie Klein estaba en posesión de todos los elementos que, con solo precisar sus vínculos, le permitirían formular la teoría de la posición depresiva. De un modo que resulta paradójico solo en apariencia, *El psicoanálisis de niños* (1932) parte de una actitud resueltamente genetista para preparar el terreno de la futura concepción de 1934, la cual prescindirá de las preocupaciones genéticas. Lo que ocurre es que, a fuerza de oponer cada vez más radicalmente, en el marco de su esquema genético, la fase de apogeo del sadismo a la fase de reparación, Melanie Klein debió tomar en cuenta fatalmente las modalidades concretas de su interacción, sus superposiciones, las regresiones o progresiones de la una a la otra, en

síntesis, la coexistencia conflictiva en la que la distinción entre las dos fases adquiere, durante todo el tiempo que dura el período de superposición, un sentido mucho más dinámico que genético. Esto equivale a decir que ya no son fases sino posiciones, en el sentido que da expresamente a este término el texto de "Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos" (1935: 281-282*n*.), pero que ya estaba muy cerca de tener algunos de los usos en que se lo emplea en 1932.

Es decir que en el mismo momento en que termina de constituirse el primer sistema kleiniano contiene ya los gérmenes de su propia superación.

Notas al pie

* En efecto, durante los primeros años de Londres, Melanie Klein escribía en alemán y Alix Strachey traducía al inglés. El vocablo *Spaltung* es el empleado por Freud para designar lo que en español se tradujo como *escisión* y *disociación* (a veces *clivaje*, adaptación del francés *clivage*, que desapareció). Aquí se adopta *escisión* para designar eso que ha recibido tantas denominaciones.

J.M. Petot aborda la evolución de este fenómeno psíquico en el pensamiento kleniano. *Zerlegung* es en efecto *descomposición*; sin embargo, el término tiene una penumbra de asociaciones y evoca con más frecuencia "daño irreparable". Siguiendo el ejemplo de Derrida, escribimos *de-composición* para aludir a ese momento específico en la historia del concepto de *escisión*, fundamental en la teoría kleniana.

** La expresión equivale a emplear razonamientos sutiles, "hilar muy delgado". [T.]

NOTAS

PRÓLOGO

1 Con el título "¿Hay que acabar con el psicoanálisis?, médicos, psiquiatras, historiadores, filósofos cuestionan su eficacia:" *Le Nouvel Observateur*, una revista leída por más de dos millones y medio de personas en Francia desató una tormenta antifreudiana. Se ocupaba de un libro aparecido en ese año, *Le livre noir de la psychanalyse. Vivre, penser et aller mieux sans Freud*, París, Éditions des Arènes. Frente al escándalo que suscitó, Élisabeth Roudinesco y otros psicoanalistas se preguntaron, *Pourquoi tant de haine? Anatomie du Livre noir de la psychanalyse* en un pequeño libro, París, Navarin Editeur, 2005. Cuando en 2010 apareció el infame *Le Crépuscule d'une idole. L'affabulation freudienne* (París, Grasset) del también infame Michel Onfray, Roudinesco se preguntó, de nueva cuenta, *Mais pourquoi tant de haine?*, París, Seuil, 2010.

2 Eli Zaretzky, *Secrets of the Soul. A Social and Cultural History of Psychoanalysis*, Nueva York, Vintage Books, 2005.

3 Michael Allen Gillespie, *The Theological Origins of Modernity*, The University of Chicago Press, 2005; véase también su *Nihilism Before Nietzsche* The University of Chicago Press, 1995.

4 Esta elaboración en torno a las tres promesas de la Ilustración (autonomía, emancipación de la mujer y democracia) constituye una de las aportaciones más notables, entre muchas otras, de Eli Zaretzky, loc. cit.

5 El estudio de Mario Praz (*La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, Barcelona, El Acantilado, 1999) es un extraordinario catálogo de los personajes literarios que modelaron la identidad moderna.

6 Rubén Gallo, *Freud en México. Historia de un delirio*, México, Fondo de Cultura Económica, 2013.

7 Véase Donald Levy, "Wittgenstein's Critique of Psychoanalysis", en *Freud Among the Philosophers. The Psychoanalytic Unconscious and its Philosophical Critics*, New Haven, Yale University Press, 1996; también, John M. Heaton, *Wittgenstein y el psicoanálisis*, Barcelona, Gedisa, 2004.

8 Algunos textos indispensables en este sentido son: Richard Wollheim (*et al.*), *Philosofical Essais on Freud*, Cambridge University Press, 1982; Sidney Hook, *Psychoanalysis, Scientific Method and Philosophy*, Transaction Publishers, 1990; Donald Levy, loc. cit.

9 Basta citar el estudio monumental de Paul Ricoeur (1965), *Freud: Una interpretación de la cultura*, México, Siglo XXI Editores, 2002. Véase Harold Bloom, "Freud a Shakesperean Reading", en *The Western Canon. The Books and School of the Ages*, Harcourt and Brace Co., 1994.

10 Jacques Derrida y Élisabeth Roudinesco, *Y mañana, qué...*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

11 Miguel Kolteniuk ha realizado un agudo sumario de la evolución del concepto de *inconsciente* en el psicoanálisis desde su creación hasta su negación por la Escuela relacional, intersubjetiva: "La situación del psicoanálisis actual a 75 años de la muerte de Freud" (inédito).

12 Eric R. Kandel, "La biología y el renacimiento del pensamiento psicoanalítico", en *En busca de la memoria. El nacimiento de una nueva ciencia de la mente*, Madrid, Katz Editores, 2012; igualmente de Kandel, *The Age of Insight. The Quest to Understand the Unconscious in Art, Mind and Brain. From Viena* 1900 *to the Present*, Random House, 2012.

13 Slavoj Žižek, *How to Read Lacan*, Londres, Granta Publications, 2006.

14 Paul Laurent Assoun, *Dictionaire thématique, historique et critique des œuvres psychanalytiques*, París, Presses Universitaires de France, 2009.

15 W. R. Bion, Two Papers. *The Grid and Caesura*, Londres, Karnac Books, 1989.

16 D. Meltzer, "¿Por qué la historia?", en *Desarrollo Kleiniano I*, Buenos Aires, Spatia, 1990.

17 K. Sarah-Jane Murray, *From Plato to Lancelot. A Preface to Chrétien de Troyes*, Syracuse University Press, 2008.

18 Ver É. Roudinesco y Michel Plon, *Diccionario de Psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1998; Julia Kristeva, *Le génie féminin II. La Folie. Melanie Klein ou le matricide comme douleur et comme créativité*, París, Fayard, 2000.

19 Jacques Lacan, *El Seminario. La ética del Psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1988, p. 131.

20 George Steiner, "Wien, Wien, nur du allein", en *G.S. en "The New Yorker*", México, Fondo de Cultura Económica-Ediciones Siruela, 2009, p. 67.

21 Para el incidente de Cambridge, véase David J. Edmonds y John A. Eidinow, *El atizador de Wittgenstein. Una jugada incompleta*, Barcelona, Península, 2001; para el de Londres, Pearl King y Riccardo Steiner (eds.), *Las Controversias Anna Freud-Melanie Klein* (1941-1945), Madrid, Síntesis, 2003.

22 Esos trabajos están recogidos en el volumen editado por Pearl King y Riccardo Steiner, loc. cit.

23 Véase Perry Meisel y Walter Kendrick (eds.), *Bloomsbury/Freud. The Letters if James and Alix Strachey,* 1924-1925, Nueva York, Basic Books, 1985.

24 Neville y Joan Symington, *The Clinical Thinking of Wilfred Bion*, Londres, Routledge, 1996.

25 Paolo Cesar Sandler, *The Language of Bion. A Dictionary of Concepts*, Londres, Karnac, 2005.

26 Jean-Michel Quinodoz (ed.), *Melanie Klein. Lettres à Marcelle Spira*, París, Presses Universitaires de France, 2013.

27 Étienne Klein, "El inconsciente o el tiempo carente de curso", en *Las tácticas de Cronos*, Madrid, Siruela, 2005.

28 J. L. Borges, "Nueva refutación del tiempo", en *Otras inquisiciones*, Buenos Aires, Emecé, 1989, p. 142.

29 John Rickman, "Prólogo a Melanie Klein y Joan Riviere", *Love, Hate and Reparation*, Londres, Hogarth, 1937.

30 James Grotstein, "The Once-and-for-ever-and-ever-evolving-infant of the unconscious", en *"...But at the same Time and on another Level". Psychoanalytic Theory and Technique in the Kleinian/Bionian Mode*, Londres, Karnac Books, 2009, vol. I.

31 Eli Zaretsky, *op. cit.*, en su intento afortunado de vincular su noción de *vida personal* con el desarrollo histórico del psicoanálisis, ha llamado la atención sobre estos aspectos de la historia de las ideas.

32 George E. Moore, *Principa Ethica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997, § 113. La importancia de Moore en el clima intelectual de su época puede apreciarse en el libro de Tom Regan, *Bloombsbury Prophet. G. E. Moore and the Development of his Moral Philosophy*, Filadelfia, Temple University Press, 1986.

33 Cit. en *ibidem*, p. 3 1.

34 Sigo la explicación de Alejandro Tomasini Bassols, "Lenguajes privados", en *Enigmas filosóficos y filosofía wittgensteiniana*, México, Edere, 2002.

35 Véase Marcia Cavell, *The Psychoanalytic Mind. From Freud to Philosophy*, Cambridge, Harvard University Press, 1993.

36 Véase Pablo Quintanilla Pérez-Wicht, "El lenguaje de la intimidad. Sobre la constitución intersubjetiva de las emociones", en *Del espejo a las herramientas. Ensayos sobre el pensamiento de Wittgenstein*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, Universidad Nacional de Colombia, Siglo del Hombre Editores, 2003.

37 La importancia de otras ideas en el pensamiento kleiniano es estudiada por R.D. Hinshelwood, "Who wants to be a scientist? The historical and psychoanalytical context at the start of Klein's career: *circa* 1918-1921 ", en Jon Mills (ed.), *Other Banalities. Melanie Klein Revisited*, Londres, Routledge, 2006.

38 Véase Eli Zaretsky, "The Turn Toward the Mother", en *op. cit.*, pp. 192-216.

39 Michael Rustin, "Klein on human nature", en Jon Mills (ed.), loc. cit.

40 La colección editada por Elizabeth Bott-Spillius en dos volúmenes, *Melanie Klein Today. Developments in Theory and Practice. Vol.* 1 *Mainly Theory*, *vol* 2. *Mainly Theory*, Londres, Brunner–Routledge, 2003 y 2004, constituyen una introducción a la trascendencia de las ideas kleinianas.

41 Véanse, por ejemplo, los libros del influyente crítico inglés Adrian Stokes.

42 Véanse John Phillips y Lyndsey Stonbridge (eds.), *Reading Melanie Klein*, Londres, Routledge, 1998; C. Fred Alford, *Melanie Klein and Critical Social Theory. An Account of Politics, Art and Reason Based on her Psychoanalytical Theory*, New Haven, Yale University Press, 1989; Michael Rustin, *The Good Society and the Inner World. Psychoanalysis, Politics and Culture*, Verso, 1991; Esther Sánchez-Pardo, *Cultures of Death Drive. Melanie Klein and Modernist Melancholia*, Duke University Press, 2003.

43 Danubio Torres Fierro, "Contra el psicoanálisis dogmático, entrevista a Jean Laplanche", en *Revista de la Universidad*, México, UNAM, febrero de 1982.

44 J. L. Borges, *ibidem*.

45 L. Wittgenstein, *Sobre la certeza*, Barcelona, Gedisa, 1988.

46 Harry Karnac, *Melanie Klein and Beyond. A Bibliography of Primary and Secondary Sources*, Londres, Karnac Books, 2009.

47 Hannah Segal, *Introducción a la obra de Melanie Klein*, México, Paidós, 1996.

48 Willy Baranger, *Posición y objeto en la obra de Melanie Klein*, Buenos Aires, Kargieman, 1971.

49 Elsa del Valle, *La obra de Melanie Klein. Vol I,* 1919-1932; *La obra de Melanie Klein. Vol. II,* 1932-1952, Buenos Aires, Lugar Editorial, 1986; *Cierre y apertura*, Buenos Aires, Lumen, 1996. Este último reúne los estudios de la obra kleiniana desde 1952.

50 D. Meltzer, *Desarrollo kleiniano, parte II. Richard semana a semana (Crítica del Relato sobre el caso de análisis infantil y revisión del trabajo de Melanie Klein)*, Buenos Aires, Spatia, 1990.

51 Phyllis Grosskurth, *Melanie Klein. Her World and her Work*, Londres, Hodder and Stoughton, 1986; Meira Likierman, *Melanie Klein: Her Work in Context*, Londres, Continuum, 2001.

52 Horacio Etchegoyen y Luis Minuchin, *Melanie Klein. Seminarios de introducción a su obra*, Buenos Aires, Biebel, 2014; Bernardo Álvarez Lince, *Melanie Klein: Teoría y técnica*, Buenos Aires, Polemos, 2012.

53 R. D. Hinshelwood, *Diccionario del pensamiento kleiniano*, Buenos Aires, Amorrortu, 1989; Elizabeth Bott-Spillius (*et al.*), *The New Dictionary of Kleinian Thought*, Londres, Routledge, 2011.

Capítulo 1

1 De acuerdo con las indicaciones que dio Melanie Klein a su traductor al francés, J. B. Boulanger (cf. *La psychanalyse des enfants*, 1959: 9), corresponde traducir así el título "Zur Technik der frühen Analyse", con el fin de evitar el empleo de la palabra *precoz*, que es "impropia y ambigua".

2 Joan Riviere, a quien hoy conocemos como una de las primeras y principales colaboradoras de Melanie Klein, era una de las discípulas británicas más allegadas a Freud, que la había analizado y con quien se escribía regularmente (Jones, 1957).

3 Antes de 1900 Freud había tratado por medio del psicoanálisis a algunos niños más grandes. En *La interpretación de los sueños* menciona "…uno de esos histéricos muy jóvenes", de 12 años (Freud, 1900).

4 S. Freud escribió: "El análisis consumado en el propio niño neurótico aparecerá de antemano más digno de confianza, pero su contenido no puede ser rico; será preciso prestar al niño demasiadas palabras y pensamientos, y aun así los estratos más profundos pueden resultar impenetrables para la conciencia" (Freud, 1918: 10).

5 Cf. También estas líneas en "La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna" (1908): "Así, es lícito preguntar si nuestra moral sexual 'cultural' merece el sacrificio que nos impone. […] Por cierto que no es del resorte del médico presentarse con unas propuestas de reforma. Pero he creído que podría subrayar su urgencia si ampliaba la exposición de Von Ehrenfels sobre los nocivos efectos de nuestra moral sexual 'cultural'…" (Freud, 1908: 181).

6 Solo después de 1925 supo Melanie Klein interpretar las fantasías de este tipo.

7 Desde esta época, pues, Melanie Klein no abrigaba ninguna duda acerca de la génesis proyectiva de la angustia de castración.

8 El hecho de que las fantasías relatadas por Melanie Klein se refieran a la ortografía y a las divisiones nos proporciona un argumento suplementario en apoyo de nuestra suposición de que el análisis de las implicaciones de la vivencia escolar fue posterior al de los trastornos de la orientación. Es difícil imaginar cómo un niño que a comienzos de 1921 aún no sabía escribir, afrontara los problemas de la ortografía y sobre todo de la división antes de que hubiesen transcurrido por lo menos entre seis meses y un año: por lo tanto, antes del año escolar 1921-1922. Y, como sabemos, el análisis de los trastornos de la orientación estaba ya avanzado el 5 de mayo de 1921.

9 En el texto alemán se emplea la palabra *See*. La traducción francesa dice *lago*, lo que también es posible. Pero creemos que el barco alude a la travesía del Báltico (*Ostsee*), necesaria para trasladarse de Berlín a Suecia, donde residía el padre del niño.

10 Aunque ya en esta época Freud admitía el concepto de una angustia independiente de toda represión (por ejemplo, en la neurosis actual), Melanie Klein nunca lo utilizó. Para ella, hasta que elaboró, después de 1927, su propia teoría de la angustia, toda angustia estaba en estrecha relación con el proceso de represión.

CAPÍTULO 2

1 "Si equiparamos la capacidad de emplear la libido superflua en una catexia de tendencias del yo, con la capacidad de sublimar, podemos suponer que la persona que permanece sana logra hacerlo por su mayor capacidad para sublimar en un estadio muy temprano del desarrollo de su yo" (1923c, 1926a: 92).

2 No ocultamos sin embargo que este punto no se halla totalmente esclarecido. Nuestra hipótesis se basa en la interpretación según la cual el término *Organlust* designaría un placer no sexual. Pero podrían multiplicarse las citas de pasajes de Freud en que se define al autoerotismo como encaminado a la obtención del placer de órgano. No obstante, en las *Conferencias de introducción al psicoanálisis (*1916-1917), que es la obra a la que Melanie Klein se remite con mayor frecuencia en sus textos de 1923, el término aparece definido como designación de una satisfacción no sexual. Pero cualquiera que sea la índole –libidinal o no– que se atribuya al placer de órgano, subsiste el hecho fundamental de que, en las sublimaciones primarias, la carga sexual, esencialmente genital, debe ser precedida por un placer primario derivado del ejercicio de la función, actividad vocal o motriz, placer sin el cual la carga no podría tener lugar.

3 Así definida por J. Laplanche y J. B. Pontalis (1996: 108): "Conjunto de procesos mediante los cuales un sujeto se ve inducido a la formación de un determinado tipo de psiconeurosis en lugar de otro tipo".

4 Se trata aquí de la *identificación primaria* en el sentido que le da Jones, es decir, de la forma primitiva de la ecuación simbólica, y no de la identificación en el sentido habitual del término.

Capítulo 3

1 A comienzos de la década de 1930, el grupo de psicoanalistas ingleses que adhería a las concepciones kleinianas –es decir, en esta época, la casi totalidad de los miembros de la Sociedad Británica, de Jones a Glover– era conocido con el nombre de Escuela inglesa de psicoanálisis, contrapuesta a la Escuela vienesa, que se atenía a las ideas de Freud y de Anna Freud sobre la sexualidad femenina y sobre los comienzos del desarrollo.

2 Evidentemente este Hans, analizado entre 1917 y 1920, no tiene ninguna relación con su célebre homónimo, cuyo caso fue publicado por Freud en 1909.

3 Especie de muñeco que representa a un personaje del folklore vienés invocado para asustar a los niños. Las estatuillas que reproducían su imagen servían tradicionalmente de soporte a las disciplinas utilizadas para castigarlos.

4 Dijo allí, en efecto: "Los juegos de los niños nos permiten formular ciertas conclusiones especiales sobre el temprano sentimiento de culpa". Pero en lo que sigue se limita a dar ejemplos de la relación entre la angustia y el sadismo, sin formular explícitamente esas conclusiones.

5 Agresivas y no sádicas, puesto que Melanie Klein solo empezará a ocuparse del sadismo en 1924.

6 Esto explica asimismo el silencio total que observa Melanie Klein sobre el concepto de contratransferencia. La contratransferencia representa la transferencia que hace el analista en su paciente de sus imagos introyectadas, la cual es evocada por las modalidades particulares de la transferencia del paciente. Por lo tanto, la mención por el analista de la índole de su contratransferencia en el relato de un caso equivaldría a la publicación de su autoanálisis. Tal es sin duda la causa por la que Melanie Klein solo menciona dos veces su contratransferencia en toda su obra, en el caso de Richard (1961: 23 y 322), y simplemente para decir que era positiva e intensa. En cuanto a la teoría de la contratransferencia, Melanie Klein nunca se ocupó de ella.

7 El 6 de mayo de 1924 presentó una comunicación titulada "La actividad del superyó en el cuarto año de vida de un niño".

8 Maurice Merleau-Ponty, que por lo que sabemos fue el primero, a la par de Daniel Lagache –el primer traductor francés de Melanie Klein– que comprendió en Francia la importancia de la obra kleiniana, hizo una comparación semejante en su curso sobre "Les relations avec autrui chez le jeune enfant" (1953: 23): preocupado por las cuestiones políticas, utilizó la distinción, clásica entre los marxistas, entre una "izquierda" ultra revolucionaria, un "centro" leninista (estalinista, en esa época) y una "derecha" a la que se calificaba de oportunista, revisionista o "termidoriana", para describir la posición de Melanie Klein en el movimiento psicoanalítico. La ubicó en una "izquierda" extrema, incluso extremista en relación con el "centro" (Freud) y la "derecha" (Anna Freud), basándose esencialmente en la concepción del Edipo arcaico.

9 Conviene recordar que, entre 1923 y 1927, también para Melanie Klein la noción de objeto introyectado se hallaba estrechamente asociada a su concepción de la transferencia. Véase supra, "Surgimiento de la teoría kleiniana de la transferencia".

10 "El sentimiento de culpa, también reprimido, no es menos pesado" (1927c: 187).

11 La expresión *idea de reparar* (destacada por M. Klein) aparece en 1927 en "Estadios tempranos del conflicto edípico" (1926c, 1928a: 201). El concepto de reparación fue desarrollado explícitamente en "Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador" (1929).

12 Cabe señalar que el cuarto empleo de la palabra *envidia* en ese artículo se refiere a "…la envidia y odio a la madre poseedora del pene del padre…" (1926c, 1928a: 199). Este término no aparece en ningún texto kleiniano anterior.

CAPÍTULO 4

1 El pasaje señala también que ya en esa época Freud desaprobaba las innovaciones técnicas y teóricas de Melanie Klein. Después que Jones le dio explicaciones para apaciguarlo "…siguió sintiéndose escéptico en cuanto a los métodos y las conclusiones de Melanie Klein, y probablemente conservó prejuicios a su respecto. Más tarde mantuve con él varias conversaciones sobre los análisis precoces, pero lo único que pude conseguir fue que admitiera que no tenía en ese terreno una experiencia personal en qué basarse" (Jones, 1953-1957: 1 52)

2 Según Winnicott, "Jones la tentó a venir a Inglaterra para analizar a alguien en quien él estaba personalmente interesado". "Si usted está aplicando la teoría psicoanalítica a los niños –me dijo Strachey– debe conocer a Melanie Klein" (D. Winnicott, 1965:225).

3 Mención de su discípula inglesa Joan Riviere a quien analizó en 1922 y con quien intercambiaba correspondencia (Jones, 1953-1957: 429).

4 También se encuentran en ese caso "Nota sobre un sueño de interés forense" (1928b), "La psicoterapia de las psicosis" (1930b) y "Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual" (1931).

5 En esos casos remitimos también al lector al texto alemán.

6 El término alemán *Wissenstrieb* forma parte del lenguaje corriente; la forma abreviada *Wisstrieb,* empleada por Freud y más tarde por Melanie Klein, tiene también ese carácter. Una traducción que se mantuviera en el mismo nivel idiomático podría ser *instinto de saber* o *necesidad de saber*.

7 Se trata de una alusión a los famosos aranda de Australia, quienes, se supone, no conocen la relación entre el acto sexual y el embarazo.

8 Antes de 1932, en las etapas precoces los objetos son "representados por sus órganos", entre los cuales se dan equivalencias simbólicas múltiples; pero en ningún pasaje se menciona explícitamente el pecho como objeto primario del sadismo.

9 La efímera teoría acerca de la existencia de una primera etapa masculina en el desarrollo edípico del varón figura únicamente en el texto de 1927 ("Frühstadien des Ödipuskosflikts"). Véase el cap. III, "El complejo de Edipo arcaico en el varón".

10 En 1929 se trata aún de la madre y no del pecho: "La frustración oral que convierte a la madre buena indulgente en la madre mala estimula su sadismo" (1929b: 220).

11 Aquí Abraham comenta un caso propio de un paciente melancólico y su evolución hacia un caso de neurosis obsesiva (Freud-Abraham, 1907-1926: 493).

12 Término ambiguo, respecto del cual no es posible establecer si para Melanie Klein designa solo a la esquizofrenia o a un grupo que formaría esta juntamente con la paranoia (Laplanche-Pontalis, 1996: 269).

13 En este caso no se trata de la identificación de un sujeto con un objeto libidinal, sino de la identificación en el sentido de "establecimiento de equivalencia" entre dos cosas por un sujeto que las considera idénticas.

14 Cuando la niña cree que ha despojado *realmente* a su madre por medio de sus ataques imaginarios, este "… temor, que es de tan enorme importancia en la vida mental de la niña pequeña, fortifica aún más los vínculos que la ligan a su madre. Esto hace surgir un impulso a restituir y dar a su madre todas las cosas que ha tomado de ella, un impulso que se expresa en numerosas sublimaciones de naturaleza típicamente femenina" (1932: 219).

15 Volvemos a referirnos a estas cuestiones en el segundo volumen de esta obra, cuyo tema es la evolución de las concepciones de Melanie Klein desde 1932a 1960.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

ABRAHAM, NICOLAS Y MARIA TOROK (1968), "Introduction à l'édition française", en M. Klein, *Essais de psychanalyse*, París, Payot, 1968.

ABRAHAM, KARL (1913c), "Un fundamento constitucional de la ansiedad motriz", en *Psicoanálisis clínico*, Buenos Aires, Lumen-Hormé, 1994, pp. 178-184.

_____ (1919a), "Una forma particular de resistencia neurótica contra el método psicoanalítico", en *Psicoanálisis clínico*, Buenos Aires, Lumen-Hormé, 1994, pp. 231-237.

_____ (1920a), "La valoración narcisista de los procesos excretorios en los sueños y en la neurosis", en *Psicoanálisis clínico*, Buenos Aires, LumenHormé, 1994, pp. 243-246.

_____ (1920b), "Manifestaciones del complejo de castración femenino", en *Psicoanálisis clínico*, Buenos Aires, Lumen-Hormé, 1994, pp. 259-283.

_____ (1921b), "Contribuciones a la teoría del carácter anal", en *Psicoanálisis clínico*, Buenos Aires, Lumen-Hormé, 1994, pp. 284-300.

_____ (1924a), "La influencia del erotismo oral sobre la formación del carácter", en *Psicoanálisis clínico*, Buenos Aires, Lumen-Hormé, 1994, pp. 301-310.

_____ (1924b), "La influencia del erotismo oral (1924b), "Breve estudio sobre la evolución de la libido a la luz de los trastornos mentales", en *Psicoanálisis clínico*, Buenos Aires, Lumen-Hormé, 1994, pp. 319-381.

_____ (1925), "Reports of the Branch Societies", *Bulletin of the International Psycho-Analytical Association*, 6: 100-101, 1925.

_____ (1927), *Psicoanálisis clínico*, Buenos Aires, Lumen-Hormé, 1994.

_____ Y SIGMUND FREUD, (1907-1926), *Correspondencia completa* 1907-1926, Madrid, Síntesis, 2001.

ALEXANDER, FRANZ (1923), "The Castration Complex and the Formation of Character", *International Journal of Psycho-Analysis*, 4: 11-42, 1923.

ANZIEU, DIDIER (1957), *El psicodrama analítico en el niño y el adolescente*, Buenos Aires, Paidós, 1982.

_____ (1961), *Les métodes projectives,* París, PUF, 1973.

_____ (1974a), *"La peau: du plaisir à la pensée", en R. Zazzo et al.*, *L'attachement*, Neuchâtel, Delachaux et Niestlé, 1974.

_____ (1974b), "Le moi-peau", *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, 9, 1974.

ANZIEU, DIDIER *et al.* (1974), "Hacia una metapsicología de la creación", en *Psicoanálisis del genio creador*, Buenos Aires, Vancú, 1978.

_____ (1979), "The Sound Image of the Self ", en *International Review of Psycho-Analysis,* 6: 23-36, 1979.

ANZIEU, DIDIER Y CATHERINE CHABERT (1974-1999), *Psychanalyse des limites*, París, Dunod, 2007.

BALINT, MICHAEL (1937), "Early Developmental States of the Ego: Primary Object Love", *International Journal of Psycho-Analysis*, 30: 265-273, 1937.

BARANDE, ROBERT (1968), "Mélanie Klein parmi nous", en *L'inconscient*, París, PUF, 1968.

BARANGER, WILLY (1971), *Posición y objeto en la obra de Melanie Klein*, Buenos Aires, Kargieman, 1971.

BERGERET, JEAN (1974) *La personalidad normal y patológica*, Barcelona, Gedisa, 2005.

BERGMAN, ANNI (1975), *El nacimiento psicológico del infante humano: simbiosis e individuación,* México, Enlace, 2002.

BESDINE, MATHIEU *et al.* (1974), "Hacia una metapsicología de la creación", en *Psicoanálisis del genio creador*, Buenos Aires, Vancú, 1978.

BION, WILFRED, R. (1957a), "Diferenciación de las personalidades psicóticas y no psicóticas", en *Volviendo a pensar*, Buenos Aires, Lumen-Hormé, 1996, pp. 64-91.

_____ (1961), *Experiencias en grupos,* Barcelona, Paidós, 1980.

_____ (1962), A*prendiendo de la experiencia,* Barcelona, Paidós, 1997.

_____ (1963), *Elementos de psicoanálisis*, Buenos Aires, Lumen-Hormé, 2000.

BION, WILFRED, R., HERBERT ROSENFELD Y HANNA SEGAL (1961), "Melanie Klein", *International Journal of Psycho-Analysis*, 42: 4-8, 1961.

BOEHM, FELIX (1920), "Beiträge zur Psychologie der Homosexualität I: Homosexualität und Polygamie" [Contribuciones a la psicología de la homosexualidad I: Homosexualidad y poligamia], *Internationalen Zeitschrift für Psychoanalyse*, 6: 303, 1920.

_____ (1922), "Beiträge zur Psychologie der Homosexualität II: Ein Traum eines Homesexuellen" [Contribuciones a la psicología de la homosexualidad II: Un sueño de un homosexual], en *Internationalen Zeitschrift für Psychoanalyse*, 8: 313-320, 1922.

_____ (1926), "Beiträge zur Psychologie der Homosexualität III: Homosexualität und Ödipuskomplex" [Contribuciones a la psicología de la homosexualidad III: Homosexualidad y complejo de Edipo], *Internationalen Zeitschrift für Psychoanalyse*, 12: 68, 1926.

_____ (1930), "Weiblichkeitkomplex des Mannes" [El complejo de feminidad del hombre], *Internationalen Zeitschrift für Psychoanalyse*, 1930.

BOLLAND, JOHN Y JOSEPH SANDLER (1965), *The Hampstead Psychoanalytic Index: A Study of the Psychoanalytic Case Material of a Two-Year-Old Child*, Nueva York, International Universities Press, 1965.

BOULANGER, J. B. (1959), "Introduction", en *La psychanalyse des enfants*, París, PUF, 1959.

BOWER, THOMAS G. (1974), *El desarrollo del niño pequeño*, México, Debate, 1983.

_____ (1976), "Notion de l'objet: les yeux, les mains et les paroles", en Hecaen (ed.), *De la motricité au geste*, París, PUF, 1976.

_____ (1977), *Le Développement psychologique de la première enfance,* Bruxelles, 1977.

_____ (1979), *Psicología del desarrollo*, Madrid, Siglo XXI, 1983.

BOWLBY, JOHN (1969), *Attachment and Loss*, Londres, Hogarth Press, 1969.

BRAZELTON, T. BERRY Y HEIDELISE ALS (1979), "Four Early Stages in the Development of Mother-Infant Interaction", *Psychoanalytic Study of the Child,* 34: 349-369, 1979.

CARPENTER, GENEVIEVE, C. (1975), "Mother's Face and the Newborn", en *Child Alive*, Londres, Temple Smith, 1975.

CASSIRER, ERNST (1923), *Filosofía de las formas simbólicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979 (vol. I).

_____ (1924) *Filosofía de las formas simbólicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979 (vol. II).

_____ (1929) *Filosofía de las formas simbólicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976 (vol. III).

CHADWICK, MARY (1925a), "Die Wurzel der Wissbegierde" [La raíz del deseo de saber], *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, 11: 54-68, 1925.

_____ (1925b), "Clinical: M. Chadwick. Über die Wurzel der Wissbegierde. Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse, 1925, Bd. XI, S. 54 ", *International Journal of Psycho-Analysis,* 6: 468-469, 1925.

CHASSEGUET-SMIRGEL, JANINE (1964), *La sexualité féminine,* París, Payot, 1964.

CHASSEGUET-SMIRGEL, JANINE, SUSANNE ISAACS Y JOAN RIVIERE (1952a), *Desarrollos en psicoanálisis,* Buenos Aires, Lumen-Hormé, 2000.

CONDON, WILLIAM S. Y LOUIS W. SANDER, (1974), "Synchrony Demonstrate Between Movements of the Neonate and Adult Speech", *Child Development*, 45: 456-462, 1974.

COROMINAS, JOAN (1980), *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 1980.

DAYAN, MAURICE (1977), "Madame K. interpréta. La théorie dans la pratique kleinienne", *Topique, VIII*, 19: 77-115, 1977.

DEUTSCH, HELENE (1925), *Psychanalyse der weiblichen Sexualfunktionen*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1925.

DEVEREAUX, GEORGE (1970), *Ensayos de etnopsiquiatría general*, Barcelona, Barral, 1973.

DIATKINE, RENÉ (1951), "La signification du fantasme en psychanalyse d'enfants", *Revue française de psychanalyse*, 15: 325-343, 1951.

_____ (1966), "Agressivité et fantasmes agressifs", *Revue française de psychanalyse*, 30, 1966.
DITTRICHOVA, JAROSLAVA (1969), "Social Smiling", en R. J. Robinson (*ed.)*, *Brian and Early Behavior*, Londres y Nueva York, Academic Press, 1969.
FAIRBAIRN, W. RONALD D. (1940), "Factores esquizoides de la personalidad", en *Estudio psicoanalítico de la personalidad*, Buenos Aires, Hormé, 1978.
_____ (1941), "A Revised Psychopathology of the Psychoses and Psychoneuroses", en *Estudio psicoanalítico de la personalidad*, Buenos Aires, Hormé, 1978.
_____ (1952), *Estudio psicoanalítico de la personalidad*, Buenos Aires, Hormé, 1978.
FEDERN, PAUL (1952), *La psicología del yo y las psicosis,* Buenos Aires, Amorrortu, 1984.
FERENCZI, SANDOR (1908d), "Psicoanálisis y educación", en *Obras completas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1981, pp. 53-58 (Vol. I: 1908-1912).
_____ (1909c), "Transferencia e introyección", en *Obras completas,* Madrid, Espasa-Calpe, 1981, pp. 99-134 (Vol. I: 1908-1912).
_____ (1913h), "El desarrollo del sentido de realidad y sus estadios", en *Obras completas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1981, pp. 63-80. (Vol. II: 1913-1919).
_____ (1913 u), "Ontogénesis de los símbolos", en *Obras completas,* Madrid, Espasa-Calpe, 1981, pp. 135-138 (Vol. II: 1913-1919).
_____ (1919a), "Neurosis del domingo", en *Obras completas,* Madrid, 1981, Espasa-Calpe, pp. 409-414 (Vol. II: 1913-1919).
_____ (1919a), "Dificultades técnicas de un análisis de histeria", en *Obras completas,* Madrid, Espasa-Calpe, 1981, pp. 21-28 (Vol. III: 1919-1926).
_____ (1924e), "Thalassa, ensayo sobre la teoría de la genitalidad", en *Obras completas,* Madrid, Espasa-Calpe, 1981, pp. 303-383 (Vol. III: 1919-1926).
_____ (1968), *Obras completas,* Madrid, Espasa-Calpe, 1981 (Vol. I: 1908-1912).
_____ (1970), *Obras completas,* Madrid, Espasa-Calpe, 1981 (Vol. II: 1913-1919).
_____ (1974), *Obras completas,* Espasa-Calpe, Madrid, 1981 (Vol. III: 1919-1926).
FREEMAN SHARPE, ELLA *et al.* (1952), *On the Bringing Up of Children*, Nueva York, Robert Brunner, 1952.
FREUD, ANNA (1927), *Psicoanálisis del niño*, Buenos Aires, Hormé, 1977.
_____ (1965), *Normalidad y patología en la niñez: Evaluación del desarrollo*, Buenos Aires, Paidós, 1973.
FREUD, SIGMUND* (1895 [1894]), "Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de 'neurosis de angustia'", III.
_____ (1950 [1895]), "Proyecto de psicología", I.
_____ (1900-1901), *La interpretación de los sueños*, IV y V.
_____ (1905 [1901]), Fragmento de un caso de histeria, VII.
_____ (1905), Tres ensayos de teoría sexual, VII.
_____ (1907), "El esclarecimiento sexual del niño" (Carta abierta al doctor M. Fürst),

IX.
_____ (1908), La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna, IX.
_____ (1909 [1908]), "La novela familiar de los neuróticos", IX.
_____ (1909), Análisis de la fobia de un niño de cinco años, X.
_____ (1909), "A propósito de un caso de neurosis obsesiva" (El Hombre de las Ratas), x.
_____ (1910), "Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci", XI.
_____ (1910), "Sobre el sentido antitético de las palabras primitivas", XI.
_____ (1911), "Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico", XII.
_____ (1913), "La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis", XII.
_____ (1914), "Recordar, repetir y reelaborar", XII.
_____ (1915), "Pulsiones y destinos de pulsión", XIV.
_____ (1915), "La represión", XIV.
_____ (1915), "Lo inconsciente", XIV.
_____ (1916-1917), *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, XV y XVI.
_____ (1917 [1915]), "Duelo y melancolía", XVI.
_____ (1918 [1914]), "De la historia de una neurosis infantil", XVII.
_____ (1919 [1918]), "Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica", XVII.
_____ (1920), *Más allá del principio del placer,* XVIII.
_____ (1921), *Psicología de las masas y análisis del yo*, XVIII.
_____ (1923), *El yo y el ello,* XIX.
_____ (1925), "La negación", XIX.
_____ (1925 [1926]), *Inhibición, síntoma y angustia*, XX.
_____ (1930 [1929]), "El malestar en la cultura", XXI.
_____ (1933 [1932]), "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis", XXII.
FREUD, SIGMUND Y KARL ABRAHAM (1907-1926), *Correspondencia completa,* 1907-1926, Síntesis, Madrid, 2001.
FRIEDLANDER, BERNARD Z. (1968), "The Effect of Speaker Identity, Voice Inflection, Vocabulary, and Message Redundancy on Infants. Selection of Vocal Reinforcement", *Journal of Experimental Child Psychology*, 6: 443-459, 1968.
GIOVACCHINI, PETER L. (1972), *Tactics and Techniques en Psychoanalytic Therapy,* Nueva York, Aronson, 1972. (Vol. I)
GLOVER, EDWARD (1933), "The Psycho-Analysis of Children", *International Journal of Psycho-Analysis*, 14: 119-129, 1933.
_____ (1945), "Examination of the Klein System of Child Psychology", *Psychoanalytic Study of the Child,* 1: 75-118, 1945.
GOUIN-DÉCARIE, THÉRÈSE (1962), *Intelligence et affectivité*, París, PUF, 1962.
GREEN, JULIEN (1947), *Si yo fuera usted,* Madrid, Destino, Áncora y Delfín, 1988.
GROSSKURTH, PHYLLIS (1986), *Melanie Klein, su mundo y su obra*, México, Paidós,

1991.
GUNTRIP, HARRY (1961), *Estructura de la personalidad e interacción humana*, Buenos Aires, Paidós, 1971.
HARTMANN, HEINZ (1939), *La psicología del yo y el problema de la adaptación*, México, Pax-México, 1962.
_____ (1950), "Comments on the Psychoanalytic Theory of the Ego", *Psychoanalytic Study of the Child*, 5: 74-96, 1959.
_____ (1952), "The Mutual Influences in the Development of Ego and Id", *Psychoanalytic Study of the Child*, 7: 9-30, 1952.
HEIMANN, PAULA (1952), "Algunas funciones de la introyección y de la proyección en la temprana infancia", en P. Heimann, (*et al.*), *Desarrollos en psicoanálisis,* Buenos Aires, Lumen-Hormé, 2000.
_____ (1952) en JOHN RICKMAN (*ed.)*, *On the Bringing Up of Children*, Nueva York, Robert Brunner, 1952.
HEIMANN, PAULA, SUSANNE ISAACS Y JOAN RIVIERE (1952a), *Desarrollos en psicoanálisis,* Buenos Aires, Lumen-Hormé, 2000.
HEIMANN, PAULA *et al.* (1955a), *Nuevas direcciones en psicoanálisis. La significación del conflicto infantil en la pauta de la conducta adulta*, Buenos Aires, Paidós, 1972.
HOFFER, WILLY (1961), "Melanie Klein", *International Journal of Psycho-Analysis*, 42: 1-3, 1961.
HORNEY, KAREN (1922), "Sobre la génesis del complejo de castración en la mujer", en *Psicología femenina*, Madrid, Alianza Editorial, 1977.
_____ (1926a), "La huida de la feminidad", en *Psicología femenina*, Madrid, Alianza Editorial, 1977.
HRDY, SARAH BLAFFER (1999), *Mother Nature. Maternal Instincts and how they Shape the Human Species*, Nueva York, Random House, 1999.
HUG-HELLMUTH, HERMINE VON (1921), "On the Technique of Child Analysis", *International Journal of Psycho-Analysis*, 2: 287-305, 1921.
ISAACS, SUSANNE (1936), "Habit: With special References to Training to Cleanliness", en J. RICKMAN (ed.), *On the Bringing up of Children*, Nueva York, Robert Brunner, 1952.
_____ (1943), "Naturaleza y función de la fantasía", en *Desarrollos en psicoanálisis*, Buenos Aires, Lumen-Hormé, 2000.
_____ (*et al.*) (1952a), *Desarrollos en psicoanálisis,* Buenos Aires, LumenHormé, 2000.
JACCARD, ROLAND (1971), *La pulsion de mort chez Mélanie Klein*, Lausanne, L'âge d'homme, 1971.
JAKOB, E. (1929), "Ravels Kinderoper im Wien", *Berliner Tageblatt*, 11 de marzo de 1929.
JAQUES, ELLIOTT (1963), "Muerte y crisis de la mitad de la vida", en *Psicoanálisis del*

genio creador, Buenos Aires, Vancú, 1978, pp. 277-301.
JONES, A. ERNEST (1913), " The Fantasy of the Reversal of Generations", en *Papers on Psychoanalysis*, Londres, Bailliere, Tindall and Cox, 1948.
_____ (1916), *La teoría del simbolismo,* Letra Viva, Buenos Aires, 1980
_____ (1927), "El desarrollo temprano de la sexualidad femenina", en *Psicoanálisis y sexualidad femenina*, Buenos Aires, Hormé, 1967, pp. 25-47.
_____ (1929) "Temor, culpa y odio", *Revista de la Asociación Psicoanalítica Argentina*, vol. V, núm. 3, 1947-1948.
_____ (1932), "Le stade phallique", en *Théorie et pratique de la psychanalyse*, París, Payot, 1932.
_____ (1948), *Papers on Psychoanalysis*, Londres, Bailliere, Tindall and Cox, 1948.
_____ (1953), *Vida y obra de Sigmund Freud,* Buenos Aires, Lumen-Hormé, 1996 (Vol. I: *Infancia y juventud. El autoanálisis. La interpretación de los sueños,* 1856-1900).
_____ (1955), *Vida y obra de Sigmund Freud*, Buenos Aires, Lumen-Hormé, 1997 (Vol. II: *Los años de madurez* 1901-1919).
_____ (1957), *Vida y obra de Sigmund Freud*, Buenos Aires, Lumen-Hormé, 1997 (Vol. III: *La etapa final* 1919-1930).
KANNER, LEO (1943), "Autistic Disturbances of Affective Contact", *The Nervous Child*, 1943, 2.
KARNAC, HARRY (2009), *Melanie Klein and Beyond. A Bibliography of Primary and Secondary Sources,* Londres, Karnac, 2009.
KERNBERG, OTTO. F. (1969), "A Contribution to the Ego-Psychological Critique of the Kleinian School", *International Journal of Psycho-Analysis*, 50:317-333, 1969 [La versión en español de este trabajo apareció en el volumen VI de las *Obras completas* de Melanie Klein, publicadas por Paidós-Hormé en 1976 .]
KOUPERNIK, CYRILLE; DAILLY, ROBERT (1968), *Développement neuro-psychique du nourrisson: sémiologie normale et pathologique,* París, PUF, 1968.
LACAN, JACQUES (1949), "El estadio del espejo como formador de función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica", en *Escritos I*, México, Siglo XXI, 2001, pp. 86-93.
LAGACHE, DANIEL (1964), "Fantasía, realidad y verdad", en *El fantasma inconsciente,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1977.
LAPLANCHE, JEAN Y JEAN-BERTRAND PONTALIS (1964), *Fantasía originaria, fantasía de los orígenes, orígenes de la fantasía*, Buenos Aires, Gedisa, 1986.
_____ (1967), *Diccionario de psicoanálisis,* Barcelona, Paidós, 1996.
LEBOVICI, SERGE (1961), "La vie et l'œuvre de Mélanie Klein", *Psychiatrie de l'enfant*, IV; 1, 1961.
_____ Y MICHEL SOULÉ (1970), *El conocimiento del niño a través del psicoanálisis,* México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

LÉVI-STRAUSS, CLAUDE (1949), La eficacia simbólica", en *Antropología estructural*, Barcelona, Paidós, 1995

LIKIERMAN, MEIRA (2001), Melanie Klein. Her Work in Context, Londres y Nueva York, Continuum, 2001.

LINDON, J. A. (1972), "Melanie Klein's Theory and Technique: her Life and Work", en *Tactics and Techniques in Psychoanalytic Therapy*, Nueva York, Aronson, 1972 (Vol. I).

LITTRÉ, LE, *Dictionaire de la langue française classique*, Redon, 2001. (CD-Rom).

MAHLER, MARGARET (*et al.)* (1975), *El nacimiento psicológico del infante humano: simbiosis e individuación,* México, Enlace, 2002.

MELTZER, DONALD (1967), *El proceso psicoanalítico*, Buenos Aires, Hormé, 1987.

_____ (1973), *Estados sexuales de la mente*, Buenos Aires, Kargierman, 1974.

MELTZOFF, ANDREW N. Y KEITH M. MOORE (1977), " Imitation of Facial and Manual Gestures by Human Neonates", *Science*, 198, 75 78, 1977.

MERLEAU-PONTY, MAURICE (1953), *Les relations avec autrui chez l'enfant*, París, Centre de Documentation Universitaire, 1953.

MICHAELIS, KAREN (1929), "Der leere Fleck...", *Berliner Tageblatt*, 23 de marzo de 1929.

MIDDLEMORE, MERELL P. (1941), *The Nursing Couple,* Londres, Hamish Hamilton, 1941.

_____ (*et al.*) (1952), *On the Bringing Up of Children*, Nueva York, Robert Brunner, 1952.

MONEY-KYRLE, ROGER E. (ed.) (1955a), *Nuevas direcciones en psicoanálisis. La significación del conflicto infantil en la pauta de la conducta adulta*, Buenos Aires, Paidós, 1972.

_____ (1975), " Introducción", en M. Klein, *Amor, culpa y reparación*, *OC,* vol. I, Barcelona, Paidós, 1990.

NIETZSCHE, FRIEDRICH (1886-1887), *La genealogía de la moral: un escrito polémico*, Madrid, Alianza, 1997.

PETOT, JEAN-MICHEL (1979) *Mélanie Klein, premières découvertes et premier système (*1919-1932*),* París, Dunod, 1979. [Trad.: *Melanie Klein. Primeros descubrimientos y primer sistema (*1919-1932), México, Paidós, 2015].

_____ (1982), *Melanie Klein, le moi et le bon objet* 1932-1960, París, Dunod, 1982. [Trad.: *Melanie Klein. El yo y el objeto bueno (*1932-1960), México, Paidós, 2015].

PFEIFER, SIGMUND (1919), "Äusserungen der infantil-erotischer Triebe im Spiele (Psychoanalytische Stellungnahme zu den wichtigsten Spieltheorien)". [Expresiones de las pulsiones eróticas infantiles en el juego. (Posiciones psicoanalíticas sobre las principales teorías del juego)], *Imago*, vol. V., 1919.

PIAGET, JEAN (1923)*, "*La pensée symbolique et la pensée de l'enfant*",* en *Archives de Psychologie, XVIII,* 1923.

_____ (1936), *El nacimiento de la inteligencia en el niño*, Madrid, Aguilar, 1969.
_____ (1937) *La construcción de lo real en el niño,* México, Grijalbo, 1995.
_____ (1945), *La formación del símbolo en el niño*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
_____ (1954), *Les relations entre l'affectivité et l'intelligence*, París, Centre de Documentation Universitaire, 1954.
_____ Y BARBEL INHELDER (1966), *Psicología del niño*, Madrid, Morata, 2002.
PINE, FRED (*et al.*) (1975), *El nacimiento psicológico del infante humano: simbiosis e individuación,* México, Enlace, 2002.
PONTALIS, JEAN-BERTRAND (1964), *Fantasía originaria, fantasía de los orígenes, orígenes de la fantasía*, Buenos Aires, Gedisa, 1986.
_____ (1965), "Nos débuts dans la vie d'après Mélanie Klein", en *Après Freud*, París, Gallimard, 1968.
_____ Y JEAN LAPLANCHE (1967), *Diccionario de psicoanálisis,* Paidós, Barcelona, 1996.
RADO, SANDOR (1928), "The Problem of Melancholia", *International Journal of Psycho-Analysis*, 9: 420-438, 1928.
RAVEL, MAURICE (1925), L'Enfant et les sortilèges, The London Philarmonic, Sian Edwards, conductor, Nueva Jersey, Kultur, 1999 (CD).
RIBBLE, M. (1943), *The Rights of Infants*, Nueva York, Columbia University Press, 1943.
_____ (1944), " Infantile Experiences en Relation to Personality Development", en *Personality and Behavior Disorders*, 2, Nueva York, Ronald Press, 1944.
RICKMAN, JOHN (*et al.*) (1936), *On the Bringing up of Children*, Londres, Kegan, Paul, Trench, Trubner, 1938.
RIVIERE, JOAN (1936), "On the genesis of psychical conflict in earliest infancy", *International Journal of Psycho-Analysis*, 17: 395-422, 1936.
_____ (*et al.*) (1952), *Desarrollos en psicoanálisis,* Buenos Aires, Lumen-Hormé, 2000.
ROBINSON, R .J. (*et al.*), (1969), *Brain and Early Behavior*, Londres, Academic Press, 1969.
RODRIGUÉ, EMILIO (1955), "El análisis de un esquizofrénico de tres años con mutismo", en *Nuevas direcciones en psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1972.
ROHEIM, GEZA (1923), "Nach dem Tode des Urvaters", *Imago*, 9: 85-121, 1923.
ROSENFELD, HERBERT A. (1965), *Estados Psicóticos*, Buenos Aires, Hormé, 2000.
_____, WILFRED BION Y HANNA SEGAL (1961), "Melanie Klein", *International Journal of Psycho-Analysis*, 42: 4-8, 1961.
SANDER, LOUIS. W. (1969), "Regulation and Organization in the Early infant-caretaker System", en *Brain and Early Behavior*, Londres, Academic Press, 1969, pp. 311-333.

SAUSSURE, FERDINAND DE (1915), *Curso de lingüística general*, Fontamara, México, 2010.

SCHMIDEBERG, MELITA (1930), "The role of psychotic mechanisms in cultural development", *International Journal of Psycho-Analysis*, 11: 387-418, 1930.

SEARL, NINA (1929), "The flight to reality", en *International Journal of Psycho-Analysis*, 10: 280-291, 1929.

_____ (*et al*.) (1952), *On the Bringing Up of Children,* Nueva York, Robert Brunner, 1952.

SEGAL, HANNAH (1957), "Notes on Symbol Formation", *International Journal of Psycho-Analysis*, 38: 391-397, 1957.

_____ (1957), "Notas sobre la formación de símbolos", en H. Segal, *La obra de Hanna Segal,* Buenos Aires, Paidós, 1989, pp. 76-89.

_____ (1964), *Introducción a la obra de Melanie Klein*, México, Paidós, 1988.

_____ (1969), *Melanie Klein*, Madrid, Alianza, 1971.

_____ (1981), *La obra de Hanna Segal: Un enfoque kleiniano de la práctica clínica*, Buenos Aires, Paidós, 1989.

_____, WILFRED BION Y HERBERT R. ROSENFELD (1961), "Melanie Klein", *International Journal of Psycho-Analysis*, 42: 4-8, 1961.

SMIRNOFF, VICTOR (1966), *La psychanalyse de l'enfant*, París, PUF, 1978.

SHENTOUB, SALEM (1963), "Remarques sur la conception du Moi et de ses références au concept de l'image corporelle", *Revue de Française de Psychanalyse*, 27: 271-300, 1963.

SOULÉ, MICHEL (1970), *El conocimiento del niño a través del psicoanálisis*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

SPERBER, HANS (1912), "Ueber den Einfluss sexueller Momenten auf Entstehung und Entwicklung der Sprache" [Acerca de la influencia de los factores sexuales sobre el origen y el desarrollo del lenguaje], *Imago*, 1: 405-453, 1912.

SPITZ, RENÉ A. (1955), " The Primal Cavity–A Contribution to the Genesis of Perception and its Role for Psychoanalytic Theory", *Psychoanalytic Study of the Child*, 10: 215-240, 1955.

_____ (1957), *No and Yes: on the Genesis of Human Communication,* Nueva York, International Universities Press, 1957.

_____ y W. GODFREY COBLINER (1965), *El primer año de vida del niño. Génesis de las primeras relaciones objetales,* México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

_____ y M. KATHERINE WOLF (1946), " The Smiling Response: A Contribution to the Ontogenesis of Social Relations", *Genetic Psychology Monographs*, 34: 57 125, 1946.

TOROK, MARIA Y NICOLAS ABRAHAM (1968), Introduction à l'édition française, en M. Klein, Essais de psychanalyse, París, Payot, 1968.

VURPILLOT, ÉLIANE (1972), *Las percepciones del lactante*, Buenos Aires, Huemul, 1976.

WALLON, HENRI (1934), *Les origines du caractère de l'enfant*, París, PUF, 1934.
_____ (1946), "Le rôle de 'l'autre' dans la conscience du 'moi'", en *Enfance*, Spécial núm. 3-4, mayo-octubre 1959, y núm. 1-2, enero-abril 1963.
_____ (1954), "Kinesthésie et image visuelle du corps propre chez l'enfant", en *Enfance,* Spécial núm. 3-4, mayo-octubre 1959, pp. 252-263.
_____ (1956), "Les étapes de la personnalité chez l'enfant", *Enfance*, núm. especial 1-2, enero-abril, 1963, pp. 73-78.
_____ (1980), *Psicología del niño: Una comprensión dialéctica del desarrollo infantil,* Madrid, Pablo del Río, 1980.
WIENER, P. (1975), "La notion d'introjection chez Ferenczi", *Bulletin de psychologie,* XXVIII, núm. 317, pp. 688-693, 1975.
WINNICOTT, DONALD (1958), *Escritos de pediatría y psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1999.
_____ (1965), "Mirada personal sobre la contribución de Melanie Klein", en *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: estudios para una teoría del desarrollo emocional*, Buenos Aires, Paidós, 1993, p. 225.
_____ (1967), "Papel de espejo de la madre y la familia en el desarrollo del niño", en *Realidad y juego*, Buenos Aires, Gedisa, 2009, pp. 147-155.
_____ (1971), *Realidad y juego*, Buenos Aires, Gedisa, 2009.
WOLFF, PETER. H. (1963), "Observations on the Early Development of Smiling", en *Determinants of Infant Behavior,* 2, Nueva York, Wiley, 1963, pp. 113-138.
ZAZZO, RENÉ (1948), "Image du corps et conscience de soi", *Enfance* (1948), 30-43.
_____ (*et al.*) (1974), *L'attachement*, Neuchâtel, Delachaux et Niestlé, 1992.

Notas al pie

* Las referencias a la obra de Freud proceden en todos los casos de Sigmund Freud, *Obras completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1997.

ÍNDICE ANALÍTICO

ABRAHAM, Karl
ABRAHAM, Nicolas
Abstinencia (regla de)
Acting out
Afecto inconsciente
ALEXANDER, Franz
Ambición inicial de Melanie Klein
Ambivalencia
Amor objetal (de objeto)
Amor parcial
Angustia
  –automática
  –de castración
  –del talión
  –dosificación de
  –flotante
  –inconsciente
  –"Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador"
  –y culpabilidad
  –y formación de símbolos
  –y pulsión agresiva
  –y psicosis infantil
  –y síntoma neurótico
  –y superyó
Anna O. (Bertha Pappenheim)
Ansiedad
ANZIEU, Didier
Apogeo del sadismo (véase también Fase de apogeo del sadismo)
Ataques sádicos
  –anales

–contra el cuerpo de la madre
–orales
Autoerotismo

BARANGER, Willy
BEARD, George M.
BERGERET, Jean
BION, Wilfred R.
BREUER, Joseph
BROOK, Lola

Caminar
Contar (aritmética) (véase también División)
Canibalismo
CASSIRER, Ernst
Castración (complejo de) (véase también Angustia de castración)
Círculo vicioso, círculo maligno
CHADWICK, Mary
CHARCOT, Jean Martin
COLETTE, Sidonie Gabrielle
Complacencia somática
Complejo
–de castración
–de Edipo (véase Edipo)
–de feminidad del varón
–de masculinidad de la niña (véase Envidia del pene)
Concepción sádica del coito
Congresos Internacionales de Psicoanálisis
Contratransferencia
Creatividad de Melanie Klein
Cuerpo de la madre (véanse Ataques sádicos al cuerpo de la madre, Interior del cuerpo, Pulsión de saber)
Culpa (sentimientos de) (véase Angustia, Terror nocturno, Superyó)
Curiosidad sexual (véase Preguntas)
–arcaica (véase Pulsión de saber, Preguntas inconscientes)

Deflexión (*Verschiebung*)
Demencia precoz
Depresión
Descomposición o *de-composición* (*Zerlegung*)

Desmembramiento
Despegue de Melanie Klein
Desplazamiento (*Verlegung*)
Destete
Destinos de las pulsiones
DEUTSCH, Helen
Devorar
Dick
Dividing Line (frontera entre el primero y el segundo estadio anal)
División (aritmética)
División-en-el-ello

Económico (Punto de vista)
Ecuación simbólica
Edipo
Educación
Eficacia simbólica
Egon
Elección de la neurosis
Elección entre neurosis y psicosis (véase *Dividing Line*)
EMMY von N.
Empatía
Envidia
  –de la maternidad (véase también Complejo de feminidad)
  –del pene
Equivalencia (puesta en... simbólica: *Gleichsetzung*)
Erich
Erna
Ernst
Erotismo
  –anal
  –autoerotismo
  –genital infantil
  –oral
Escena primaria
Escisión
Escisión esquizoide
Escritura
Esquema (genético) de Abraham
Esquizoide, Esquizofrénico (niño...) (véase también Psicosis infantil)

Estadio anal
Eyección (*Ausstossung*)

Factor cronológico
FAIRBAIRN, Ronald
Falta de afectividad aparente en la psicosis
Fantasía
Fase de apogeo del sadismo
Félix
Fenómenos persecutorios
FERENCZI, Sandor
Fobia
Formación de roles (véase también Personificación)
Formación de símbolos
Formación del síntoma
Formación reactiva
FORSYTH, Douglas
FREUD, Anna
FREUD, Sigmund
FREUND, Anton von
Fritz (véase Erich)
Frustración

Geografía del cuerpo materno
Gerald
GLOVER, Edward
Grete
GRINSTEIN, Alexander
GRODDECK, Georg
GUNTRIP, Harry

***H**ans* (hijo de M. Klein)
Hans (el pequeño, descrito por Freud)
Hans (el pequeño, descrito por H. von Hug-Hellmuth, distinto del anterior)
Herida narcisista
Higiene (aprendizaje de...)
Histeria de angustia
HOFFER, Willy
Homosexual
HORNEY, Karen

HUG-HELLMUTH, Hermine von

Identificación
Identificación empática
Identificación proyectiva
Imagen del cuerpo
Imago
Incorporación
Inge
Inhibición
Inteligencia
Intensificación del sadismo
Interior del cuerpo de la madre
Interiorización (*Verinnerlichung*)
Interjuego (*Interplay*)
Interpretación
Introyección
ISAACS, Susan

JAQUES, Elliott
John
Jones, Ernst
Juego (véase también Técnica del juego)
JUNG, Carl Gustav

KANNER, Leo
KJÄR, Ruth
KRAEPELIN, Emil
KUN, Béla

LAGACHE, Daniel
LAMARCK, Jean-Baptiste
LAPLANCHE, Jean
Lenguaje
Lectura
LEVI-STRAUSS, Claude
Liberación de las fantasías
Libido
  –genital

Madre mala
Masoquismo primario
Masturbación
Mecanismos de defensa del yo
Mecanismos obsesivos
Mecanismos psicóticos
Medios del sadismo
Melancolía
Melancolía original
MENNINGER, Karl
MERLEAU-PONTY, Maurice
MICHAELIS, Karen
Moral esfinteriana
MORENO, Jacob Levi
Movimiento
Música y sublimación

Narcisismo
Necesidad de ser castigado (de castigo)
Neurastenia
Neutralidad del analista de niños
NIETZSCHE, Friedrich
Normal
NURNBERG, Hermann

Objeto
  –bueno
  –malo
Obsesivo
Omnipotencia
  –de los pensamientos
  –de los excrementos
Oral
Orientación espacial

Padres combinados
Palabra
PAPPENHEIM, Bertha (véase Anna O.)
Paranoia
Pasaje al acto (véase *Acting out*)

Pavor Nocturnus (véase Terrores nocturnos)
Pedagogía
Pene
Persecución (véase Fenómenos persecutorios)
Personificación (véase Formación de roles)
Peter
PFEIFER, Sigmund
Placer de ver
PONTALIS, J. Bertrand
Posición
  –depresiva
  –esquizoparanoide
  –femenina
  –genital
  –libidinal
  –masculina
Preguntas
  –inconscientes
Principio de placer
Profilaxis
Protokleiniano (sistema)
Proyección
Prueba de realidad (véase también Realidad)
Psicoanálisis de niños, El (obra)
psicoanálisis del niño (técnica)
Psicopatología infantil
Pulsión
  –de apoderamiento
  –de saber
  –sádica

RADO, Sandor
RANK, Otto
RAVEL, Maurice
Realidad, sentido de
Realidad
  –interna (psíquica)
  –principio de
  –prueba de
REIZES (apellido paterno de M. Klein)

Relación con la realidad
Relación de objeto (relación objetal)
Reparación *(Wiedergutmachung)*
Represión
Resistencias
Restauración *(Wiederhestellung)*
Restitución *(Wiedergebung)*
Retaliación
Retardos
Retorno de lo reprimido
Richard
Rita
RIVIERE, Joan
RODRIGUÉ, Emilio
ROHEIM, Géza
RORSCHACH, Hermann
Ruth

Sadismo
–anal
–arcaico
–brutal
–insidioso
–oral
–uretral
SAUSSURE, Ferdinand de
Símbolo
Simbólico
Simbolismo
Síntoma
Sobrecompensación
STARCKE, August
STRACHEY, Alix ,
STRACHEY, James
Sublimación
Sueños
Superyó

Talión
Técnica activa (de Ferenczi)

Técnica del juego
Teoría sexual (infantil) del niño anal
Teorías sexuales infantiles
Terrores nocturnos
TIC
TOROK, Maria
Transferencia ,
Trude

Vagina
VAN OPHUIJSEN
Venganza
Vientre de la madre *(Mutterleib)* (véase también Cuerpo de la madre)

W*alter*
Werner
WINNICOTT, Donald W.

Yo, actividad del...

Zonas erógenas

Acerca del autor

JEAN-MICHEL PPETOT es profesor emérito de Psicología clínica en la Universidad París Ouest Nanterre La Défense, Jean-Michel Petot cuenta con una rigurosa formación en filosofía, psicología y psicoanálisis, que le permite desvelar una a una las ideas kleinianas desde su nacimiento y a lo largo de todo su desarrollo. La libertad con la que realiza esta tarea le permite entender los hallazgos de la creadora del psicoanálisis de niños, poner en evidencia la lucidez con la que se anticipó a su tiempo y las razones por las que fue, y es aún objeto de críticas y ataques.

Autor de *Melanie Klein I. Primeros descubrimientos y primer sistema (1919-1932)*, donde se ocupa del período en el que Melanie Klein solo aplica las enseñanzas de sus maestros, Freud, Abraham, Ferenczi, Jones, para luego abordar el Primer Sistema, que es la conceptualización de la estela teórica y clínica que dejó la creación de la técnica del juego.

En *Melanie Klein II. El yo y el objeto bueno (1932-1960)*, se aborda el florecimiento y la evolución de las ideas propiamente kleinianas: la teoría de las posiciones esquizoparanoide y depresiva; el papel fundamental del yo y su relación con los objetos desde el inicio de la vida; la importancia de la fantasía inconsciente; el valor de la escisión, el de la angustia en el desarrollo; la identificación proyectiva; la matriz envidia primaria/gratitud.

Diseño de portada: José Luis Maldonado
Título original: *Mélanie Klein premiéres découvertes et premier systéme 1919-1932*

Publicado en Francia por Dunod

© 1979, 2016, Jean-Michel Petot
© 1979, Adolfo Negrotto, por la traducción

La editorial ha realizado todas las gestiones posibles para contactar con el propietario del copyright de la traducción. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado

Revisión técnica: Jaime del Palacio Montiel y Margarita Moya Daumas

Derechos reservados

© 2016, Ediciones Culturales Paidós, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PAIDÓS M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, México, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx
www.paidos.com.mx

Primera edición: enero de 2016
ISBN: 978-607-747-115-8

Primera edición en formato epub: abril de 2016
ISBN: 978-607-747-119-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Libro convertido a epub por:
H. R. Astorga (Tilde Tipográfica)

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

PAIDÓS

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE

Índice

Portadilla 2
Contenido 4
OBRAS DE MELANIE KLEIN 7
NOTA DE LOS REVISORES 15
INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL 17
PREFACIO 39
1. GÉNESIS Y SURGIMIENTO DE LA VOCACIÓN PSICOANALÍTICA DE MELANIE KLEIN 45
INFANCIA Y JUVENTUD DE MELANIE KLEIN 45
1. Su encuentro con el psicoanálisis 47
2. La estancia en Berlín 52
LA EDUCACIÓN PSICOANALÍTICA DE FRITZ-ERICH 57
1. La cuestión de la identidad del pequeño Fritz 57
2. Los objetivos pedagógicos iniciales de Melanie Klein 60
3. El desarrollo de Fritz-Erich antes de 1919 64
4. La fase inicial de educación sexual 66
5. El segundo período de educación psicoanalítica 70
6. El tercer período y el primer análisis 74
7. El cuarto período y el segundo análisis 77
8. Las enseñanzas que dejaron la educación y el análisis de Erich 81
2. EL SISTEMA PROTOKLEINIANO 86
1. El psicoanálisis de Félix (1921-1924) 87
2. Los elementos teóricos implícitos del enfoque clínico de Melanie Klein antes de 1923 92
3. El lugar de la inhibición en el proceso defensivo 100
4. La génesis de las sublimaciones primarias y el sistema protokleiniano 110
5. Lo normal y lo patológico en el sistema protokleiniano 124

6. El lugar que ocupa el sistema protokleiniano en la obra kleiniana 128
3. EL DESCUBRIMIENTO DE LA TÉCNICA DEL JUEGO Y SUS CONSECUENCIAS 134
1. El nuevo estilo de la creatividad de Melanie Klein 134
2. El psicoanálisis de Rita 138
3. El descubrimiento de la técnica del juego 144
4. Un precursor de la concepción kleiniana del juego: Sigmund Pfeifer 146
5. El empleo del juego en el tratamiento educativo y curativo de H. von Hug-Hellmuth 148
6. La originalidad de la invención kleiniana de la técnica del juego 151
7. La originalidad de la técnica kleiniana de interpretación 155
8. Surgimiento de la teoría kleiniana de la transferencia 158
9. Las enseñanzas teóricas del análisis de Rita. De la angustia a la culpabilidad edípica 166
10. El descubrimiento de las fantasías sádicas pregenitales 170
11. Sadismo y superyó arcaico 176
12. El complejo de Edipo arcaico de la niña 182
13. El complejo de Edipo arcaico del varón 191
4. DEL APOGEO DEL SADISMO A LOS MECANISMOS DE REPARACIÓN 197
1. Los primeros años londinenses de Melanie Klein 197
2. La teoría del desarrollo 200
3. La psicosis infantil 220
4. Proyección, escisión, introyección 243
5. El descubrimiento de los mecanismos de reparación 270
NOTAS 293
BIBLIOGRAFÍA GENERAL 300
ÍNDICE ANALÍTICO 312
Acerca del autor 321

Créditos 322
Planeta de libros 324